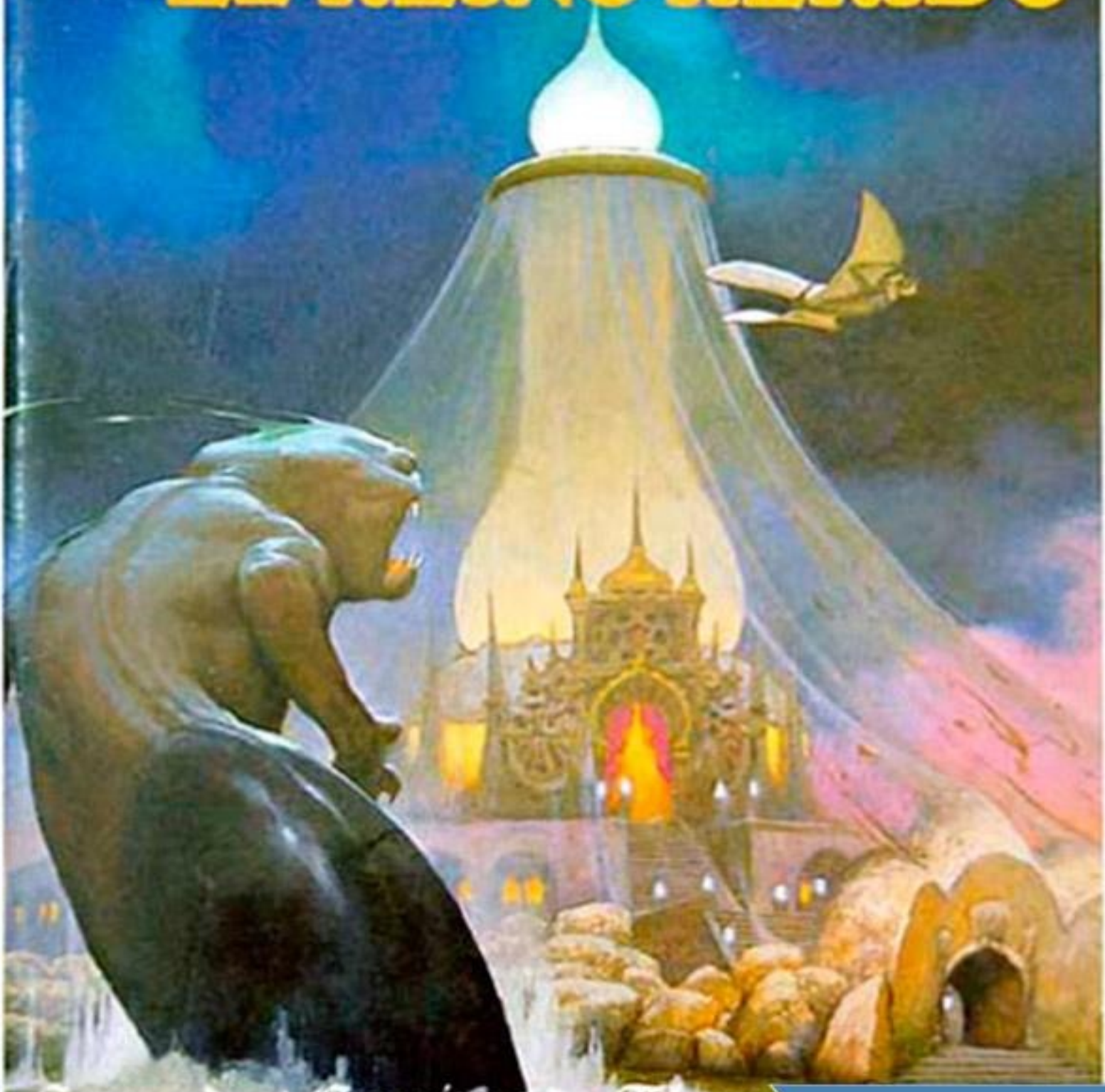


acervo ciencia/ficción

STEPHEN R. DONALDSON

EL REINO HERIDO



Segundas Crónicas de Thomas

Lectulandia

En el Reino, han pasado cuatro mil años (aunque sólo diez en el mundo habitual de Covenant) desde que éste consiguió la primera liberación del Reino de la devastadora opresión del Amo Execrable y sus esbirros. La monstruosa fuerza del mal ha recuperado su poder, perturbando otra vez la estructura y el equilibrio del Reino.

Armado con su sorprendente anillo del oro blanco, talismán de magia indomeñable, Covenant debe presentar batalla no sólo a las terroríficas fuerzas exteriores sino también a su propia capacidad para la desesperación y la destrucción. En estas Segundas Crónicas la naturaleza del Mal ha cambiado. El Amo Execrable, en las anteriores, era un villano estereotipado, más burlesco que aterrador. Cuando reaparece aquí es notablemente distinto y mucho más convincente.

Lectulandia

Stephen R. Donaldson

El Reino Herido

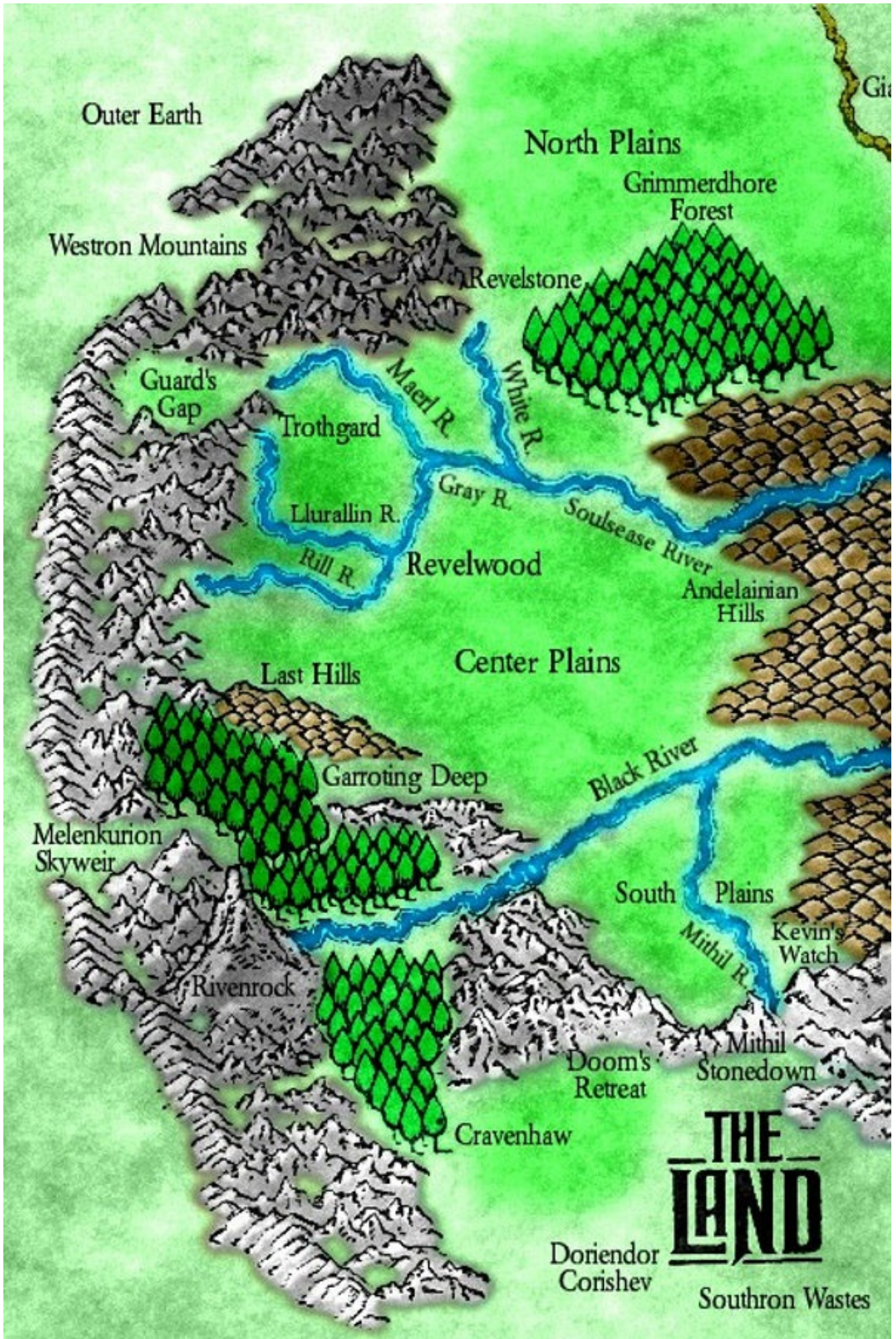
**Crónicas de Thomas Covenant: Segundas crónicas de Thomas
Covenant - 1**

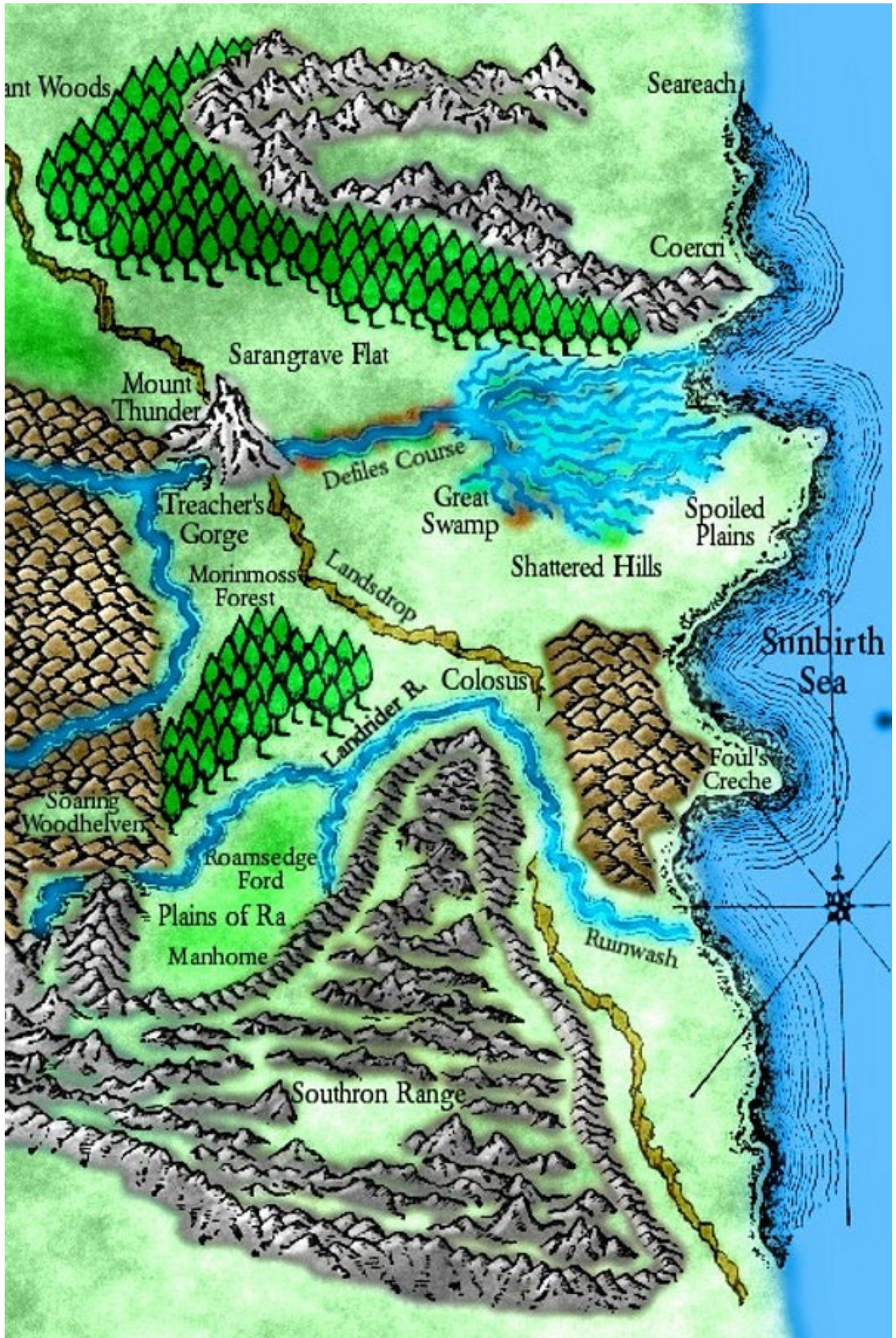
ePub r1.3
Gand 15.09.14

Título original: *The Wounded Land*
Stephen R. Donaldson, 1979
Traducción: Enric Canals

Editor digital: Gand
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com





Lo que sucedió antes

Después de que una infección le causara la amputación de dos dedos, Thomas Covenant se entera de que es leproso. Antes era un popular autor, ahora un marginado en su comunidad. Su esposa Joan se ha divorciado de él.

Solo y amargado, se encuentra con un viejo mendigo que le dice «sé fiel». Confundido por el extraño encuentro, cae al suelo ante el morro de un coche. Cuando recobra el conocimiento se encuentra en un mundo extraño, en lo alto de una montaña. Después de que la maligna voz de un personaje llamado el Amo Execrable le dé un mensaje de condena para los Amos del Reino, es conducido por Lena al pueblo de Pedraria Mithil. Allí, Covenant es considerado la reencarnación del legendario Berek Mediamano, el primer Amo Superior, y su alianza matrimonial de oro blanco es tomada por un talismán de un gran poder mágico.

Lena lo cura con barro antileSIONES. Su rápida curación le produce un incontrolable impulso y viola a Lena. A pesar de ello, la madre de Lena, Atiaran, accede a acompañarle a Piedra Deleitosa, morada de los Amos. Covenant se llama a sí mismo el Incrédulo porque se resiste a creer en la magia de aquella tierra. Sospecha que es simplemente una delirante evasión de la realidad.

Un simpático gigante, llamado Corazón Salado Vasallodelmar, acompaña a Covenant hacia Piedra Deleitosa, donde es recibido con honores de ur-Amo. Los Amo están consternados ante el mensaje del Amo Execrable, según el cual un perverso Ente de la Cueva guarda el poderoso Bastón de la Ley, sin el cual no pueden hacer fracasar el plan trazado por el Execrable para destruir el Reino. Es preciso rescatar el Bastón de las cavernas debajo del Monte Trueno. Covenant va con ellos, escoltado por Bannor, uno de los Guardianes de Sangre que hizo un voto para proteger a los Amos.

Tras varios encuentros con criaturas malignas, logran rescatar el Bastón del Ente de la Cueva. Los Amos escapan cuando Covenant, sin saber cómo, usa la magia de su anillo, pero luego se desvanece y despierta en un hospital, pocas horas después del accidente, si bien en el Reino han pasado varios meses.

Pocas semanas después, Covenant se apresura a acudir al teléfono para contestar a una llamada de su mujer; tropieza y se golpea la cabeza; desvaneciéndose. Nuevamente se encuentra en el Reino, donde ya han pasado cuarenta años. Los Amos están desesperados. El Execrable ha encontrado la Piedra Illearth, fuente de malignos poderes, y se prepara para atacar. El debilitado ejército de los Amos es mandado por Hile Troy, quien procede también de la Tierra «real». El Amo Superior es ahora Elena, hija de Covenant y Lena. Lo recibe como un salvador.

Se envían fuerzas de Guardianes de Sangre y Amos a Coercri en busca de ayuda de los Gigantes, pero el Execrable ha poseído a tres de ellos para albergar los

espíritus de sus lugartenientes Delirantes. Los otros Gigantes han sido salvajemente asesinados. El Amo superviviente destruye un Gigante-Delirante, y los Guardianes de Sangre cogen un trozo de la Piedra Illearth para devolverla a Piedra Deleitosa. Pero el Amo muere antes de poder advertirles de su peligro.

Hile Troy conduce su ejército hacia el sur, acompañado del Amo Mhoram, amigo de Covenant. El ejército del Execrable es mandado por otro Gigante-Delirante, y Troy se ve obligado a huir hacia Espesura Acogotante, bosque protegido por un misterioso y viejo Forestal, llamado Caerroil Bosqueagreste. El Forestal salva el ejército de Troy, pero exige que Troy se convierta en aprendiz de Forestal.

Elena ha llevado a Covenant y Bannor al Vertedero Celeste de Melenkurion, una montaña cercana a Espesura Acogotante. Dentro de la montaña, Elena bebe del agua llamada Sangre de la Tierra para obtener el poder de Mando. Invoca el espíritu de Kevin, un anciano Amo, y le ordena destruir al Execrable, pero éste vence al espíritu de Kevin con facilidad y le obliga a volverse contra Elena y el Bastón de la Ley, causando la muerte del Ama.

Covenant y Bannor escapan por un río para encontrarse con Mhoram. Pero nuevamente Covenant se desvanece y vuelve en sí en su propia sala de estar.

Invadido por un sentido de culpabilidad, se abandona y vagabundea de noche por las afueras. Luego encuentra a una niña que está a punto de ser mordida por una serpiente. La salva, pero no puede impedir ser mordido por la serpiente. Nuevamente regresa al Reino, en la Atalaya de Kevin, donde apareció la primera vez que estuvo allí. Ha sido convocado por un Vasallodelmar superviviente y por Triock, un antiguo amante de Lena, quien ha sabido dominar su odio hacia Covenant, en bien del Reino. En Pedraria Mithil, se encuentra de nuevo con Lena, una mujer loca que dice haberse mantenido joven por el amor de Covenant, pero ahora es vieja.

Durante los siete años en que el Bastón estuvo perdido, las cosas han empeorado en el Reino. Mhoram está a punto de ser asediado en Piedra Deleitosa y no existe ya lugar seguro. Sólo Covenant puede destruir al Execrable con el poder de su anillo, o así lo creen ellos. Finalmente, Covenant parte para la Guarida del Execrable, en el lejano oeste, acompañado de Vasallodelmar, Triock y Lena. Buscan la ayuda de los hombres de Ra, un pueblo que sirve a los grandes Ranyhyn, los caballos salvajes de los llanos. Pero los hombres de Ra están vendidos. Lena da su vida para salvar a Covenant y éste resulta gravemente herido.

Covenant es rescatado por un escolta y curado. Se encuentra con Vasallodelmar y con Triock, pero es capturado por un Delirante, de la guardia del Execrable, y conducido al Coloso, que guarda la Tierra Alta. Allí, el espectro de Elena trata de destruirles, ya que ha sido poseída por el Execrable. Con ayuda de su anillo, Covenant se enfrenta a ella y destruye el Bastón que sostiene.

Acompañado de Vasallodelmar, continúa adentrándose en la Tierra Baja, hacia la

guarida del Execrable. Reciben ayuda de los *Jheherrin*, lastimosas criaturas de fango viviente, y finalmente penetran en la fortaleza del Execrable. Allí, con la ayuda de Vasallodelmar, Covenant descubre cómo usa el poder de su anillo, aún sin comprenderlo todavía. Al final de la aventura, logra sobreponerse al Execrable y destruye la Piedra Illearth.

También él parece haberse destruido. Pero el Creador de este extraño mundo, el viejo mendigo que una vez le dijo «sé fiel» lo salva. Tras mostrar a Covenant cómo Mhoram también ha triunfado contra las fuerzas malignas, usando el *Krill*, un sable activado por la presencia de Covenant en el Reino, el Creador lo manda de vuelta a su propio mundo.

Satisfecho de que el Reino pueda sobrevivir, Covenant se propone afrontar el reto de vivir como un leproso en su propio tiempo y lugar. Durante diez años, afronta esta realidad, sin más incursiones en el Reino.

Ahora empieza las Segundas Crónicas de Thomas Covenant...

Prólogo

LA ESCOGIDA

UNO. La hija

Cuando Linden Avery oyó la llamada en la puerta, emitió un sonoro gruñido. Estaba de mal humor y no quería visitantes. Tenía ganas de tomar una ducha fría y permanecer sola, en la intimidad, para empezar a acostumbrarse a la deliberada austeridad que iba a mantener en su nuevo ambiente.

Había empleado la mayor parte de la tarde de un día de primavera, excepcionalmente ajetreado, mudándose a este apartamento que el Hospital había alquilado para ella, ordenando su destartalado armario ropero, su inadecuado mobiliario y acarreando la serie de cajas de cartón llenas de libros de texto desde su coche un poco anticuado hasta la segunda planta de la vieja casa de madera. La casa yacía acurrucada entre hierbajos, como una reliquia de la antigüedad y cuando había abierto la puerta de su apartamento por primera vez, fue saludada por tres habitaciones y un baño con mugrientas paredes amarillas y un zócalo cubierto de agrietada pintura beige. En resumen, aquella atmósfera rozaba la indignidad. Asimismo encontró un trozo de papel, que presumiblemente había sido deslizado por debajo de la puerta, con un gran triángulo trazado en líneas rojas, que podía haber sido hecho con una barra de labios o con sangre fresca, en el interior del cual rezaban las palabras:

JESÚS SALVA

Por un momento, ella había mirado el papel, guardándolo seguidamente en su bolsillo. No deseaba ofertas de salvación. No quería nada que no se hubiese ganado.

Pero la nota, combinada con aquel aire irrespirable, el esfuerzo de trasladar sus pertenencias escaleras arriba y el apartamento en sí, hicieron que se sintiera capaz de asesinar a alguien. Las habitaciones le recordaban la casa de sus padres. Por eso desde el primer momento odió al apartamento. Sin embargo, fue sumisa y lo aceptó. Aprobaba y rechazaba a la vez la aptitud que había adoptado, su estado de ánimo era lógico.

Era médico no residente, y se había propuesto encontrar un trabajo que la llevara a un pueblo medio rural, medio paralizado como aquel, un pueblo semejante al lugar donde había nacido y donde habían muerto sus padres. Aunque sólo tenía treinta años, se sentía vieja, desagradable y severa; el justo resultado de una vida severa y desagradable. Su padre había muerto cuando ella tenía ocho años, su madre cuando tenía quince y, después de tres vacíos años en un colegio, entró en la facultad de Medicina, en régimen de internado y residencia, especializándose en Medicina General. Había estado sola desde que podía recordar y esa soledad había arraigado fuertemente en ella. Sus dos o tres aventuras amorosas habían sido más bien prácticas de higiene o experimentos en fisiología; no la habían marcado en absoluto. Por tanto, cuando se miraba a sí misma, veía solamente severidad y las consecuencias de la

violencia.

Su duro trabajo y las emociones sufridas a lo largo de su vida no habían dañado la graciosa femineidad de su cuerpo ni disminuido el brillo de su larga cabellera rubia, ni tampoco la belleza de su rostro. Su autocontrolada existencia no había cambiado la dulce expresión de sus ojos grises. Pero su cara estaba ya surcada por algunas arrugas, que le habían perpetuado un gesto de concentración marcado entre las cejas sobre la recta y delicada nariz, y unas líneas como testimonios de dolor en cada lado de su boca, de una boca que había sido hecha para algo más placentero que la vida que le había tocado en suerte. Su voz se había vuelto inexpresiva, sonando más como un instrumento de diagnosis, como algo que da la información pertinente, que como un vehículo de comunicación.

Pero la forma en que había vivido le había dado algo más que soledad y tendencia al mal humor. La vida le había enseñado a creer sólo en su propia fuerza. Era una doctora y había tenido en sus manos la vida y la muerte, y había aprendido, por tanto, cómo tratarías a ambas de manera eficaz. Confiaba en su habilidad para soportar las cargas.

Cuando oyó la llamada en la puerta protestó en voz alta. Pero luego, se arregló las ropas que llevaba, manchadas de sudor, como si quisiera poner en orden sus emociones, y fue a abrir.

Reconoció en seguida aquel hombre bajo, de boca torcida que esperaba en el rellano. Era Julius Berenford, jefe de personal del Hospital del Condado. Era quien la había contratado para atender a sus pacientes fuera de la Clínica y en el servicio de urgencias. En un hospital metropolitano hubiera sido anormal contratar a un médico general para este cargo. Pero el Hospital del Condado servía a una región compuesta mayormente de granjeros y habitantes de las colinas. Aquella ciudad, aquella finca campestre, había ido petrificándose constantemente a lo largo de veinte años. El doctor Berenford necesitaba un médico de medicina general.

La cima de su cabeza estaba al nivel de los ojos de ella, a quien doblaba en edad. La silueta abultada y redonda de su estómago contrastaba con la delgadez de sus extremidades. Daba la impresión de padecer una afección dispéptica, como si encontrara el comportamiento humano, a la vez, cerrado y halagüeño. Cuando sonreía por debajo de su blanco bigote, las bolsas de los ojos se contraían irónicamente.

—Doctora Avery —dijo, avanzando tímidamente hacia adentro.

—Doctor Berenford. —Ella deseaba protestar por la intrusión pero apartándose hacia un lado, dijo secamente—: Entre.

El entró en el apartamento, mirando a su alrededor, al tiempo que se dirigía hacia una silla.

—Veo que ya tiene aquí sus cosas —observó—. Bien, espero que habrá encontrado ayuda para trasladar todo eso.

Ella cogió una silla y se sentó cerca de él, en ángulo, como si se tratara de una consulta profesional.

—No, ¿a quién hubiera podido pedir ayuda?

El doctor Berenford empezó a discutir la cuestión; pero ella le cortó con un gesto.

—No importa. Estoy acostumbrada.

—Bien, pero no debería estarlo. —La miró a las ojos—. Usted ha dejado su trabajo como residente de un hospital de gran renombre y su labor ha sido muy buena. Lo menos que hubiera podido esperar es que le ayudaran a subir sus muebles escaleras arriba.

Su tono era levemente humorístico, pero ella comprendió la preocupación que había detrás, porque el tema había surgido más de una vez, durante sus anteriores entrevistas. El le había preguntado repetidas veces cómo era posible que una mujer con sus credenciales hubiera solicitado un puesto en un modesto hospital de condado. En ninguna ocasión había aceptado las volubles respuestas que ella había preparado para él. Al final, incluso, se había visto forzada a ofrecerle al menos una aproximación de la verdad. «Mis padres murieron cerca de una ciudad como ésta», le dijo. «Eran de mediana edad, y si hubieran estado al cuidado de un buen médico todavía estarían vivos».

Esto era en parte cierto y en parte falso, y en la raíz de esta ambivalencia se hallaba la razón de que se sintiera vieja. Si el melanoma de su madre hubiera sido diagnosticada a su debido tiempo, podía haberse tratado quirúrgicamente con un noventa por ciento de probabilidades de éxito. Y si la depresión de su padre hubiera sido observada por alguien con suficientes conocimientos y capacidad de percepción, su suicidio podía haberse evitado. Pero también era cierto lo contrario, que nada hubiera logrado salvar a sus padres. Habían muerto simplemente porque no tenían el valor suficiente para seguir viviendo. Siempre que pensaba en estas cosas sentía como sus huesos se volvían un poco más frágiles.

Se había trasladado a aquella ciudad porque deseaba ayudar a personas como sus padres, porque quería demostrarse que podía ser eficaz en tales circunstancias, que ella no era como sus padres; y porque quería morir.

Como ella no hablaba, Berenford dijo:

—De todas formas, esto es ajeno al caso. —La amargura que mostraba en su silencio lo desconcertaba—. Me complace que se encuentre usted aquí. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarle a instalarse?

Linden iba a rehusar su oferta, por la falta de costumbre de recibir ofertas de ayuda quizás por decisión consciente, cuando recordó la hoja de papel que tenía en el bolsillo. En un impulso, la extrajo y se la alargó.

—Esto fue introducido por debajo de la puerta —dijo—. Tal vez usted pueda aclararme en qué me estoy metiendo.

El observó el triángulo y la inscripción, murmurando para sí:

—«Jesús salva». —Luego levantó la mirada y dijo—. Gajes del oficio. Mire usted, he asistido regularmente a la iglesia en esta ciudad durante cuarenta años. Pero desde que soy un profesional entrenado que se gana decentemente la vida — prosiguió, ahora gesticulando—, algunos de nuestros buenos vecinos siempre están tratando de convertirme. La ignorancia es la única forma de inocencia que comprenden. —Luego se encogió de hombros, devolviéndole la nota—. Esta zona ha estado deprimida durante mucho tiempo. La gente deprimida hace cosas extrañas. Tratan de convertir la depresión en virtud, es decir, necesitan algo para sentirse menos desamparados. Lo que acostumbran a hacer en estos alrededores es hacerse evangelistas. Supongo que tendrá que resignarse a aguantar a esa gente que se preocupa tanto de su alma. Nadie goza de mucha intimidad en una pequeña ciudad.

Linden asintió, pero sólo escuchaba vagamente. De pronto asaltó el recuerdo de su madre llorando, compadeciéndose a sí misma, culpando a Linden de la muerte de su padre.

Con visible expresión de disgusto, trató de desecharlo. Era tan doloroso para ella que, de ser posible, hubiera consentido que aquellos recuerdos fueran físicamente extirpados de su cerebro. Pero el doctor Berenford la estaba observando, como si su aversión se reflejara en su rostro. Al darse cuenta, Linden cambió de expresión, cubriendo de serenidad sus facciones como lo haría con una máscara quirúrgica.

—¿Qué puedo hacer por usted, doctor?

—Bien, por una parte —dijo él, esforzándose a ser afable pese al tono de ella—, puede llamarme Julius. Yo me permitiré llamarla Linden, si no le importa.

Ella asintió, con un gesto.

—Julius.

—Linden, —sonrió, pero su sonrisa no suavizó su incomodidad. Tras un momento, dijo apresuradamente, como si tratara de superar la dificultad de su propósito.

—En realidad, vine por dos razones. Desde luego, quería, ante todo, darle la bienvenida a la ciudad. Pero esto pude haberlo hecho más tarde. La verdad es que quiero ponerla a trabajar.

Trabajo, pensó. Acabo de llegar. Estoy cansada y furiosa. No sé todavía cómo ordenar este apartamento.

—Estamos a viernes. Se supone que no debo empezar hasta el lunes.

—Oh, no. Esto no tiene nada que ver con el hospital. Debería tenerlo, pero no es así. —Su mirada recorrió la cara de Linden como si hacerlo fuese un requisito necesario—. Es un favor personal. La cabeza me da vueltas. Me he pasado tanto tiempo metido en las vidas de mis pacientes que me parece difícil tomar decisiones objetivas. O, tal vez, no estoy al día, no tengo suficientes conocimientos médicos.

Creo que lo que necesito es la opinión de un colega.

—¿Acerca de qué? —preguntó, tratando de que no sonara a compromiso. En su interior había recelo, aunque estaba convencida de que trataría de hacer todo lo que le pidiera. El apelaba a una parte de ella que nunca había aprendido a rehusar nada.

El frunció el ceño.

—Desgraciadamente, no puedo decírselo. Es muy confidencial.

—Adelante. —No estaba en disposición de jugar a adivinanzas—. Hice el mismo juramento que usted.

—Lo sé —repuso, levantando sus manos como si quisiera desviar su hostigamiento—. Lo sé; pero no es esa clase de confidencia.

Ella le miró, confundida. ¿No hablaba de un problema médico?

—Parece que se trata realmente de un favor.

—Puede. Esto depende de usted. —Y antes de que ella pudiera usar las palabras para preguntarle, de una vez, qué quería, añadió—. ¿Ha oído usted hablar de Thomas Covenant? Escribe novelas.

Linden notó que el médico ponía toda su atención en ella, mientras trataba de recordar. Pero no pudo recordar nada. No había leído una sola novela desde que finalizó su asignatura de literatura en el colegio. No había tenido tiempo para eso. Para desembarazarse de la pregunta, movió la cabeza negativamente.

—Vive aquí cerca —dijo el doctor—. Tiene una casa en las afueras de la ciudad, en una vieja propiedad llamada «Haven Farm», girando a la derecha por la calle principal —hizo un gesto vago, como señalando el camino— y continuando, en dirección al centro de la ciudad, se encuentra a unas dos millas, a la derecha. Covenant es un leproso.

Al oír la palabra *leproso*, su mente se bifurcó. Era el resultado de su entrenamiento, de su profunda dedicación que había hecho de ella un médico, sin resolver su actitud hacia sí misma. Para sus adentros murmuró: Enfermedad de Hansen, y empezó a buscar información en su cerebro.

Micobacterium lepra. Lepra. Progresas mediante la destrucción del tejido nervioso, típicamente en las extremidades y en la córnea del ojo. En la mayoría de los casos, la enfermedad puede ser controlada mediante un tratamiento centrado en la administración de DDS (diamino-difenil-sulfona). Caso de que no se logre detener su progreso, puede degenerar en atrofia muscular y deformación, cambios en la pigmentación de la piel y ceguera. Asimismo la enfermedad deja a la víctima predispuesta a albergar afecciones secundarias, la más común de las cuales es una infección que destruye otros tejidos, dejando al individuo con apariencia, y también las consecuencias, de haber sido devorado vivo. Su incidencia es extremadamente rara. La lepra no es contagiosa en el sentido normal de la palabra. Tal vez, la única forma estadísticamente significativa de contraerla sea un prolongado contacto, como

un niño en los trópicos, en un ambiente de hacinamiento y bajo condiciones de vida poco higiénicas. Pero mientras una parte de su cerebro deshilaba la madeja de su conocimiento, la otra se hallaba ocupada en preguntas y emociones. ¿Un leproso? ¿Aquí? ¿Y por qué me lo dice? Se hallaba en un punto fronterizo entre el hastío visceral y un profundo interés por el caso. La enfermedad en sí, la atraía y repetía al mismo tiempo, porque era incurable, tan inmedicable como la muerte. Tuvo que respirar profundamente antes de preguntar:

—¿Qué quiere usted que haga?

—Bien... —El la estaba estudiando como si pensara que, efectivamente, había algo que podía hacer—. Nada. No se lo he mencionado con ese propósito. —Se levantó súbitamente y empezó a pasear sobre el viejo entarimado. Aunque no pesaba mucho, la madera crujía ligeramente bajo su cuerpo—. Fue diagnosticado bastante pronto. Sólo ha perdido dos dedos. Uno de nuestros mejores técnicos de laboratorio descubrió su enfermedad, aquí, en el hospital. Se ha estabilizado durante más de nueve años. La única razón de habérselo dicho ha sido saber si tiene usted... escrúpulos, con los leproso. —Habla con expresión cautelosa—. Yo lo era; pero he tenido tiempo para conseguir superarlo.

Sin darle la oportunidad de contestar, él prosiguió, como si se confesara.

—He llegado al punto en que ya no pienso en él como la lepra personificada. Pero nunca olvido que es un leproso. —Estaba hablando de algo por lo cual nunca había podido perdonarse a sí mismo—. En parte, es culpa suya —prosiguió, como queriendo justificarse—. El tampoco lo olvida. No se siente Thomas Covenant el escritor, el hombre, el ser humano. Se siente Thomas Covenant, el leproso. —Mientras ella continuaba mirándole fijamente, él bajó la vista—. Pero la cuestión no es ésta. La cuestión es. ¿Le molestaría ir a verle?

—No —respondió severamente; pero su severidad iba más dirigida a sí misma que a él—. Soy médico. Tratar con gente enferma es mi oficio. Pero aún no comprendo por qué quiere que vaya yo.

Las bolsas que tenía bajo sus ojos, se movieron como si tratara de pedir disculpas.

—No puedo decírselo.

—No puede decírmelo. —La suavidad de su tono no estaba en consonancia con su estado interior—. ¿Qué puedo hacer por él si usted ni siquiera sabe qué debo decirle?

—Puede hacer que él le hable a usted. —La voz del doctor Berenford sonó como la petición de un viejo ineficaz—. Eso es lo que quiero. Quiero que él la acepte, que le diga cómo se encuentra. De esta forma no tendré que romper mis promesas.

—A ver si comprendo bien —respondió ella, sin hacer más esfuerzos para contener su enfado—. Usted quiere que vaya allí y le diga, llanamente, que me cuente sus secretos. Una persona totalmente extraña llega a su puerta y quiere conocer todos

sus problemas, sin otra razón que el deseo del Doctor Berenford de obtener una segunda opinión. Tendré suerte si no me hace detener por violar su intimidad.

Por un momento, el doctor hizo frente a su sarcasmo e indignación. Luego suspiró.

—Sí, lo sé. Es como usted dice. El nunca le contará nada. Ha estado tanto tiempo encerrado en sí mismo... —En el siguiente instante, su voz se volvió más aguda y penosa—. Pero creo que está equivocado.

—Entonces, dígame lo que debo hacer —insistió Linden.

Su boca se abrió un instante y se cerró de nuevo. Sus manos hacían gestos de súplica. Pero luego se recobró. —No, sería contraproducente. Primero debo saber cuál de los dos está equivocado, él o yo. La señora Román no puede ayudar. Se trata de tomar una decisión médica; pero no puedo tomarla. Lo he intentado, pero no puedo. La naturalidad con la que admitía su incapacidad la dejó perpleja. Estaba cansada, sucia y malhumorada. Su mente buscaba una salida. Pero aquella necesidad de asistencia calaba demasiado hondo en las exigentes compulsiones de su vida. Cruzó las manos y le miró. Las facciones del doctor se hundieron como si sus músculos estuvieran exhaustos por el peso de su mortalidad. En su voz clara y profesional, ella dijo:

—Déme alguna excusa para que pueda presentarme en su casa.

La expresión de alivio del doctor fue casi irresistible para ella.

—Esto no es problema —dijo, mientras sacaba del bolsillo de su chaqueta un libro en rústica, en cuya cubierta podía leerse el título:

VENDERÉ MI ALMA POR UNA CULPA

novela de THOMAS COVENANT

—Pídale su autógrafo. —El hombre recobró su sentido de ironía—. Trate de hacerlo hablar. Si puede traspasar sus defensas, algo puede suceder.

Silenciosamente, se maldijo a sí misma. No sabía nada de novelas. Nunca había aprendido a hablar con extraños, como no fuera acerca de algo relacionado con sus síntomas. La sensación de apuro se anticipó en su interior, sintiendo, al mismo tiempo, vergüenza. Pero se había mortificado durante tanto tiempo que ya no tenía respeto para aquellas partes de ella misma que aún pudieran sentir vergüenza.

—Después de haber hablado con él —dijo con voz apagada— quiero ponerme al habla con usted. No tengo aún el teléfono instalado. ¿Dónde vive?

La aceptación de la doctora le hizo volver sus maneras originales, mostrándose nuevamente adulator y solícito. Le dio la dirección de su casa, repitió su oferta de ayuda y le dio las gracias por ocuparse de los problemas de Thomas Covenant. Cuando hubo partido, Linden se sintió algo asombrada de que él no se hubiera dolido de mostrar su incapacidad ante ella.

El ruido de sus pasos bajando la escalera le dejó una sensación de agobio, como si

fuese ella quien hubiera partido llevando una carga que nunca podría comprender.

Un presagio rondaba en su mente, pero prefería ignorarlo. No tenía alternativas aceptables. Por un momento se quedó sentada en su sitio, mirando aquellas paredes pintadas de amarillo oscuro. Luego fue a ducharse.

Después de lavarse lo mejor que pudo se puso un vestido gris oscuro y poco favorecedor que minimizaba su femineidad. Luego dedicó unos minutos a revisar el contenido de su maletín de trabajo. Siempre le parecía insuficiente su contenido instrumental. Había tantas cosas que podría necesitar en un momento dado y que era imposible llevar consigo... Y ahora especialmente le parecía poco adecuado para luchar contra lo desconocido. Pero sabía por experiencia, que se encontraría como desnuda sin su maletín. Con un suspiro de fatiga, cerró con llave el apartamento y bajó las escaleras, dirigiéndose a su coche.

Condujo despacio para darse tiempo a leer los indicadores, siguió las instrucciones del doctor Berenford y pronto se vio circulando por el centro de la ciudad.

El sol de las últimas horas de la tarde y la humedad del aire le daban a los edificios un aspecto insólito, como si estuvieran sudando. Los comercios parecían replegarse, alejándose de las aceras, como si hubieran perdido el entusiasmo, incluso la accesibilidad que necesitaban para subsistir; y el Palacio de Justicia, con su deslustrado mármol blanco y su tejado sostenido por gigantescos capiteles de piedra sobre columnas griegas, parecía indiferente a sus responsabilidades.

Las aceras estaban relativamente concurridas. La gente salía del trabajo y se dirigía a su casa; pero un pequeño grupo, en frente del Palacio de Justicia, llamó la atención de Linden. Una mujer de aspecto enfermizo se encontraba en los escalones, acompañada de tres niños. Llevaba una blusa deformada que parecía hecha de arpillera; los niños también iban vestidos con ropa vulgar. La cara de la mujer era pálida y sin expresión, como si ya estuviera acostumbrada al cansancio y a la indigencia de sus hijos. Los cuatro llevaban sendos bastones de madera con reclamos mal pintados, consistentes en un triángulo rojo, dentro del cual podía leerse la palabra «Arrepiéntete».

La mujer, al igual que los muchachos, ignoraba a los transeúntes. Permanecían en silencio, en los escalones, como si estuvieran comprometidos en una campaña que los atontaba. El espectáculo de aquella miseria moral y física llegó inútilmente al corazón de Linden, ya que nada podía hacer por ellos.

Tres minutos más tarde, se hallaba ya fuera del término municipal.

Allí la carretera se extendía a lo largo de valles cultivados, entre colinas pobladas de árboles. Más allá de la ciudad, el intenso calor y la humedad eran más amables con lo que tocaban. Hacían el aire apacible, posándose como inherencia a través de las nuevas cosechas, en las laderas de las colinas, entre árboles y arbustos. Su moral se

levantó a la vista del paisaje enrojecido por la proximidad de la noche. Había pasado tanto tiempo en ciudades durante su vida... Continuó conduciendo despacio; quería saborear la débil esperanza de haber encontrado algo de que pudiera disfrutar.

Después de un par de millas, llegó a una explanada muy grande, situada a su derecha, poblada de asclepias y maleza. A través de ella, a un cuarto de milla, junto a una pared de árboles, había una casa blanca de madera. Dos o tres casas más bordeaban el llano, cerca de la carretera; pero la casa blanca llamó especialmente su atención, como si fuera la única estructura habitable en la zona.

Un camino vecinal se adentraba en el campo. De él salían ramificaciones hacia las otras casas, pero la calzada principal iba directamente a la casa blanca.

Al lado de la entrada había un rótulo de madera que, a pesar de que la pintura estaba descolorida y de los agujeros que mostraba, como impactos de perdigones, podía leerse todavía: «Haven Farm».

Apurando su coraje, Linden viró hacia el polvoriento camino.

Sin previo aviso apareció una figura de color ocre en la periferia de su campo visual. Efectivamente, se hallaba al lado del indicador.

¿Qué...?

Allí estaba como si hubiera aparecido de golpe. Un instante antes no había visto nada, excepto el rótulo.

Cogida por sorpresa, giró instintivamente el volante, como si tratara de evadir un peligro que había ya pasado. Al momento, enderezó el coche, y pisó el freno. Sus ojos saltaron al espejo retrovisor.

Vio a un anciano con una túnica de color ocre. Era alto y flaco, iba descalzo y sucio. Su larga barba gris y su fino pelo resplandecían sobre su cara como un destello.

El hombre dio un paso en el camino hacia ella, luego se dio unos golpes en el tórax y tras de unas convulsiones, cayó desmayado.

Ella pidió socorro, aunque no había nadie que pudiera oírla. Moviéndose con una celeridad le pareció de cámara lenta, cerró el contacto, agarró su maletín y abrió la puerta. La aprensión la invadía, temor de muerte, de ataque cardíaco..., pero su entrenamiento la controlaba. En un momento estuvo al lado del anciano.

Aquel personaje parecía fuera de lugar en la carretera y fuera del tiempo en el mundo que ella conocía. La túnica era su única vestimenta; parecía como si hubiese vivido dentro de ella durante años. Sus facciones eran agudas, endurecidas por la indigencia o el fanatismo. El sol del crepúsculo coloreaba su blanquecina piel de oro mortecino.

No respiraba.

Su disciplina la obligó a actuar rápidamente. Se arrodilló a su lado, le tomó el pulso. Pero en su interior había un lamento. Su enferma imagen le recordaba a su padre. Si su padre hubiera vivido para llegar a ser viejo y loco, se hubiera asemejado

a aquella extraña figura.

No tenía pulso.

La situación la sublevaba. Su padre se había suicidado. Las personas que se matan a sí mismas merecen morir. El aspecto de aquel viejo le traía recuerdos de su propio llanto que aún resonaba en sus oídos como si nunca pudiera ser silenciado.

Pero el hombre se estaba muriendo. Ya sus músculos se habían distendido, relajándose el dolor de su trance. Y ella era médico.

Apelando a toda su serenidad y abnegación, logró que sus manos abrieran el maletín. Cogió su lápiz linterna y observó sus pupilas. Eran normales y reactivas. Aún era posible salvarlo.

Rápidamente, cogió su cabeza y la inclinó hacia atrás para despejar su pecho. Luego colocó las manos cruzadas sobre su esternón. Seguidamente, practicó dos profundas exhalaciones en su boca, al mismo tiempo que bloqueaba su nariz; dejó descansar el peso de su cuerpo en los brazos de él y empezó a practicarle la respiración artificial. El ritmo de resucitación cardiopulmonar era tan habitual en ella que lo practicaba automáticamente: quince apretones de sus manos en un esternón; luego dos profundas exhalaciones en su boca, al tiempo que le bloqueaba la nariz. Pero su boca era sucia y pestilente, como si sus dientes estuvieran podridos o su paladar cangrenado.

Quince. Dos. Casi balbuceó. Al instante, su revulsión se volvió náusea física, como si estuviera degustando la exudación de una caldera. Pero ella era médico y aquel era su trabajo.

Quince, dos.

Quince, dos.

No podía permitirse fallar un solo impulso.

Pero a través de sus náuseas surgió un temor. Desfallecer. La respiración artificial era tan exigente que ninguna persona podía practicarla más de unos minutos. Si no volvía en sí pronto...

—¡Respira, condenado! —murmuró entre sus esfuerzos—. Quince. Dos. ¡Respira de una vez! —No había latidos.

Su propia respiración era ya difícil. Una sombra de desvanecimiento se le venía encima como una marea de oscuridad. El aire parecía resistirse a entrar en sus pulmones. El calor y la proximidad de la noche complicaban la situación. Había perdido ya completamente el tono muscular y todas las señales de vida.

—¡Respira!

Súbitamente, detuvo su ritmo y abrió su maletín. Sus brazos temblaban. Trató de mantenerlos quietos mientras agarraba un envase de jeringa desechable, qué rompió sin dificultad, así como una ampolla de adrenalina y una aguja cardíaca. Luchando para dominar el pulso, llenó la jeringa, eliminó el aire y, a pesar de la urgencia, se

entretuvo un momento para limpiar con alcohol el pecho del paciente. Luego, introdujo delicadamente la aguja a través de sus costillas, inyectando adrenalina en el corazón.

Dejando aparte la jeringa, trató de rematar el intento con una presión del puño sobre el tórax, pero no tuvo ningún efecto.

Agachándose de nuevo, prosiguió con la respiración artificial.

Necesitaba ayuda. Pero nada podía hacer en este sentido. Si detenía su acción para llevarlo a la ciudad, o para ir en busca de un teléfono, seguro que moriría. Lo mismo ocurriría si ella desfalleciera en su intento.

—¡Respira!

Pero el anciano no respiraba. Su corazón no latía. Su boca era tan fétida como la vejiga de un difunto. No parecía haber esperanza.

Sin embargo, ella no aminoraba su ritmo.

Estaba poseída por todo el negror de su vida. Había empleado tantos años en enseñarse a sí misma cómo luchar contra la muerte que no podía rendirse ahora. Había sido demasiado joven, débil e ignorante para salvar a su padre. Tampoco pudo salvar a su madre. Y ahora que sabía cuanto hay que hacer en estos casos y podía hacerlo, estaba obligada a no abandonar. Sería tanto como traicionar su propia vida.

Unas motas oscuras empezaron a bailar ante su vista; el aire era húmedo y escaso. Sus brazos pesaban cada vez más; sus pulmones se quejaban al forzar su respiración hacia la garganta del viejo, quien se mantenía inerte. Lágrimas de rabia y desesperación empezaron a inundar su cara. Pero ella no cedía.

Se hallaba todavía semiconsciente cuando un temblor recorrió el cuerpo de aquel hombre, al tiempo que tomó un sorbo de aire.

Al instante, su voluntad estalló. La sangre le subió a la cabeza y ni siquiera se dio cuenta de que caía desmayada a su lado.

Cuando se recobró lo suficiente para levantar por sí misma la cabeza, su mirada era una expresión de dolor y su cara estaba empapada de sudor. El hombre se encontraba de pie ante ella, mirándola fijamente; aquellos ojos color azul intenso le dirigían una mirada de compasión. Parecía exageradamente alto y saludable; su actitud parecía negar que hubiera estado a punto de morir. Suavemente la levantó. Al ser rodeada por sus brazos, ella se sintió incómoda. No podía resistirlo.

—¡Ah, hija mía, no temas!

Su voz era ronca, entre lamento y ternura.

—No vas a sucumbir aunque él te ataque. También hay amor en el mundo.

Luego la soltó y dio un paso hacia atrás. Sus ojos se volvieron autoritarios.

—Sé fiel.

Ella le observó silenciosamente mientras se volvía y se alejaba en dirección al campo. Las hierbas rozaron su túnica por un momento. Apenas podía verle con sus

ojos empañados. Una almizclada brisa agitaba su cabello, haciendo con él una aureola mientras el sol empezaba a ocultarse. Luego se esfumó entre la calima.

Ella quiso llamarle, pero el recuerdo de sus ojos la detuvo.

Sé fiel.

En el trasfondo de su pecho, su corazón empezó a temblar.

DOS. Algo roto

Después de un momento, su temblor se extendió a sus piernas. Sentía ardor en toda la superficie de su piel, como si los rayos del sol se hubieran concentrado en su cuerpo. Los músculos de su abdomen se habían agarrotado.

El hombre viejo se había esfumado. La había rodeado con sus brazos y luego había desaparecido.

Temía que sus intestinos se rebelaran.

Pero luego su mirada buscó el sitio, en el fango, donde aquel hombre había estado echado. Allí vio la jeringuilla usada, los envases esterilizados y la ampolla vacía. Incluso se notaba la huella del cuerpo en el suelo.

Se estremeció primero y luego empezó a relajarse.

Por lo tanto, había sido real. Sólo había parecido esfumarse. Sus ojos la habían traicionado.

Escudriñó la zona en su busca. No debía andar por allí. Necesitaba cuidado y observación hasta estabilizarse. Pero no vio ninguna señal de él. Tras vencer una especie de rechazo, empezó a rastrear entre las aclepsias; pero en cuanto llegó al lugar en donde sus ojos lo vieron por última vez, no encontró nada.

Defraudada, volvió a la carretera. No quería abandonar, pero no parecía haber alternativa. Musitando algo entre dientes, volvió para recoger su maletín.

Metió los restos del tratamiento en una bolsa de plástico de especímenes de las que llevaba. Luego volvió a su coche. Al sentarse, se agarró al volante con las dos manos, quedándose unos instantes pensando.

No recordaba por qué había ido a Haven Farm, hasta que vio el libro en el asiento de al lado.

¡Ah! ¡Maldita sea!

Se hallaba demasiado cansada y nerviosa para enfrentarse con Thomas Covenant.

Por un momento, consideró la posibilidad de no hacer el favor que le había prometido al doctor Berenford. Puso en marcha el motor y empezó a girar el volante. Pero la exigencia de los ojos del anciano la tenía dominada. A buen seguro, no aprobaría la rotura de promesas. Y ella lo había salvado. Había sentado un precedente para ella misma que era más importante que cualquier cuestión de dificultad o mortificación. Cuando el sedán arrancó, lo dirigió directamente a lo largo del camino, hacia la blanca casa de madera, con el polvo y la puesta del sol a su espalda.

La luz daba una pincelada de rojo en la parte superior de la casa, como si estuviera en proceso de transformarse en alguna otra cosa. Cuando hubo aparcado el coche, aún tuvo que vencer otra sombra de vacilación. No hubiera querido tener nada que ver con Thomas Covenant, no porque fuera leproso, sino porque era alguien desconocido y violento, alguien tan extravagante que incluso el doctor Berenford le

tenía miedo.

Pero había contraído un compromiso. Cogió el libro y se dirigió a la puerta principal de la casa, esperando terminar aquella misión antes de que se hiciera totalmente de noche.

Se entretuvo un momento para arreglarse el pelo. Luego llamó.

La casa estaba silenciosa.

Su espalda acusaba las consecuencias de su esfuerzo. La fatiga y lo embarazoso de la misión hacían sus brazos demasiado pesados para levantarlos. Por eso tuvo que apretar los dientes para llamar por segunda vez.

Súbitamente, oyó ruido de pisadas. Se acercaban ruidosamente a través de la casa hacia ella. Pudo intuir que estaban impregnados de cólera.

La puerta se abrió de un tirón y apareció ante ella un hombre, una figura esbelta con unos viejos tejanos y camisa deportiva, unas pulgadas más alto que ella. Tendría unos cuarenta años, y un rostro muy personal que denotaba ansiedad. Su boca parecía tan dura como una lápida de piedra; sus mejillas parecían cinceladas; sus ojos, como ascuas, capaces de arder. El cabello que cubría parte de su frente era rayado de gris, como si hubiera envejecido más por sus pensamientos que por el tiempo.

Daba la impresión de estar agotado. Casi automáticamente, ella notó la rojez de sus órbitas y párpados, la palidez de su piel, la febril agudeza de sus movimientos. O bien estaba enfermo o se hallaba bajo los efectos de una gran tensión.

Linden abrió la boca para hablar, pero no pudo. El la contempló por un momento y luego estalló.

—¡Maldita sea! ¡Si quisiera visitantes pondría un anuncio! —y le cerró la puerta de un golpe ante su cara.

Ella se quedó momentáneamente mirando la puerta, mientras oscurecía a sus espaldas, y su vacilación se convirtió en furia. Luego golpeó la puerta tan fuerte que hizo vibrar el bastidor.

El volvió casi al momento. Su voz derramaba ácido contra ella.

—Puede que usted no comprenda mi idioma. Yo...

Acogiendo su mirada con una irónica sonrisa, Linden le interrumpió:

—¿Es que usted no toca una campana u otra cosa para avisar?

Esto le cortó. Sus ojos se encogieron como si reconsiderara su presencia. Cuando habló de nuevo, sus palabras fluían más despacio, como si tratara de medir el peligro que ella representaba.

—Si usted ya lo sabe, no necesita ningún aviso.

Ella asintió.

—Mi nombre es Linden Avery. Soy médico.

—Y no teme a los leprosos.

Su sarcasmo era más duro que una estaca, pero lo encajó.

—Si tuviera miedo de los enfermos, no ejercería la medicina.

Su mirada ceñuda mostraba su desconfianza, y dijo secamente:

—No necesito ningún médico —y empezó a mover la puerta para cerrarla.

—Por lo visto —casi gritó ella— es usted quien está asustado.

Su cara se ensombreció. Pronunciando cada palabra como si lanzara una daga.

—¿Qué quiere usted, doctora?

Para su desgracia, aquella vehemencia controlada la confundió. Por segunda vez, en aquel crepúsculo, era dominada por unos ojos demasiado potentes para ella. Su mirada la inquietaba. El libro, la excusa para estar allí, permanecía en su mano; pero su mano estaba tras su espalda. No podía contarle la mentira que el doctor Berenford le había sugerido. Pero tampoco tenía otra respuesta. Podía decirle claramente que creía que él necesitaba ayuda; pero si no se la había pedido, ¿estaba justificada su presencia?

Pero luego, una chispa de intuición cruzó por su mente. Antes de analizarla, habló:

—Aquel anciano me dijo: «Sé fiel».

Su reacción la asustó. Los ojos de Covenant despedían sorpresa y temor. Sus hombros se encogieron, su mandíbula se hundió. Luego cerró bruscamente la puerta detrás de él, manteniéndose ante ella con la cara hacia adelante, como para oír mejor.

—¿Qué anciano?

Sin impresionarse, Linden respondió:

—Estaba al final de su camino particular; un hombre viejo con una túnica ocre. Tan pronto como le vi sufrió un paro cardíaco. —Por un instante, una sombra de duda le rozó el corazón. Se había recuperado completamente. ¿Habría fingido aquella situación? ¡Imposible! Su corazón no latía—. Tuve que sudar como una condenada para reanimarle. Luego se marchó tranquilamente.

La beligerancia de Covenant cesó de inmediato. Su mirada caía sobre Linden como si se estuviera ahogando. Sus manos se abrieron delante de él. Por primera vez, ella observó que le faltaban los últimos dos dedos de la mano derecha. Llevaba una alianza de oro blanco en lo que antes había sido el dedo central de aquella mano. Su voz era un arañazo de dolor en su garganta.

—¿Se ha ido?

—Sí.

—¿Usted lo salvó? —Sus facciones se desvanecieron en la oscuridad cuando el sol desapareció del horizonte.

—Sí.

—Y, ¿qué le dijo?

—Ya se lo he dicho antes. —Su incertidumbre la impacientó—. Dijo: «Sé fiel».

—¿Eso le dijo a usted?

—¡Sí!

Los ojos de Covenant se desviaron de su cara.

—¡Por todos los diablos! —Se encorvó como si llevara un peso de crueldad en su espalda—. Tenga compasión de mí. No puedo soportarlo.

Volviéndose, regresó a la puerta y la abrió. Pero allí se detuvo.

—¿Por qué *usted*?

Entonces entró en la casa, cerró la puerta y Linden se quedó allí sola, abandonada en la noche.

Se mantuvo inmóvil hasta que la necesidad de hacer algo, de emprender cualquier acción que restaurara la normalidad de su mundo, la empujó hacia el coche. Sentada detrás del volante como si acabara de tener un accidente, trató de pensar.

¿Por qué *usted*?

¿Qué clase de pregunta era aquella? Ella era médico y el hombre necesitaba ayuda. La cosa era simple. ¿De qué estaba hablando Covenant?

Pero «Sé fiel» no era todo lo que el anciano le había dicho. También había dicho *No vas a desfallecer aunque él te ataque*.

¿El? ¿Se refería a Covenant? ¿Trataba de prevenirla de algo? ¿O había otra clase de relación entre él y el escritor? ¿Qué tenían en común entre sí? ¿O con ella?

¡Nadie podía simular un paro cardíaco!

Trató de poner en orden sus revueltos pensamientos. La situación, en conjunto, no tenía ningún sentido. Todo lo que podía decir es que Covenant había reconocido su descripción del anciano. Y también era cierto que la estabilidad mental de Covenant merecía ser puesta en cuestión.

Linden arrancó el coche para dar la vuelta en redondo. Ahora estaba convencida de que el problema de Covenant era serio; pero esta convicción la enfureció todavía más contra el doctor Berenford por haber rehusado contarle detalladamente el problema. El camino estaba oscuro y conectó las luces largas para completar la vuelta.

Un grito similar a un ruido de cristales rotos la hizo detenerse a la mitad al penetrar en el murmullo de su coche. Esquirlas de sonido cortaron su cerebro. Una mujer en agonía o locura.

La voz provenía de la casa de Covenant.

Durante un instante, Linden permaneció al lado de su coche, esperando que se repitiera.

No se oyó nada más. Había luz tras alguna de las ventanas; pero no se observaban sombras moviéndose. Ningún signo de violencia perturbaba la noche. Su oído estaba atento, pero la oscuridad mantenía su respiración normal. El grito no se repitió.

Durante unos minutos estuvo indecisa. ¿Debía enfrentarse a Covenant, pidiendo explicaciones? ¿O huir? Ya conocía su hostilidad, ¿con qué derecho podía...? De

todas formas, ¿y si estuviera torturando a una mujer? Pero ¿cómo podía estar segura? El doctor Berenford lo había denominado caso médico.

El doctor Berenford...

Murmurando entre dientes, volvió al coche, pisó el acelerador y se lanzó por el camino entre el polvo y la grava.

Dos minutos más tarde, se encontraba de nuevo en la ciudad. Pero luego tuvo que reducir la velocidad para fijarse en los indicadores.

Cuando llegó a la casa del jefe de personal, todo lo que pudo ver fue una silueta sobre el cielo nocturno. Su fachada parecía ceñuda, como si también tuviera secretos que guardar. Pero ella no vaciló. A grandes pasos se dirigió a la puerta principal. Esta puerta conducía a una veranda, una especie de zona neutral entre la vivienda propiamente dicha y el mundo exterior. A su llamada, las luces del porche se encendieron. El doctor Berenford abrió la puerta interior, cerrándola detrás de sí y luego cruzó la veranda para ir a su encuentro.

El le dedicó una sonrisa de bienvenida; pero sus ojos evadieron los de ella, como si tuviera una razón para estar asustado. La doctora pudo observar su pulso en las bolsas debajo de sus ojos.

—Doctor Berenford, —dijo ella secamente.

—Por favor —respondió, con un gesto de plegaria—. Julius.

—*Doctor Berenford*. —No estaba segura de admitir la amistad de aquel hombre—. ¿Quién es ella?

—¿Ella? —preguntó, titubeando.

—Sí, la mujer que ha gritado.

Parecía incapaz de levantar los ojos hacia su cara. En una voz fatigada, murmuró:

—El no le dijo nada.

—No.

El doctor Berenford estuvo unos instantes pensando. Luego la condujo hacia dos mecedoras, al final de la veranda.

—Siéntese, por favor. Aquí hace más fresco —su atención parecía vacilante—. Esta ola de calor no puede durar siempre.

—¡Doctor! —le espetó de golpe—. Está torturando a esa mujer.

—No, nada de eso. —De súbito, se mostró molesto—. Quítese, de inmediato, eso de la cabeza. Hace todo lo que puede por ella. Si algo la tortura, tenga la seguridad de que no es él.

Linden mantuvo su mirada, midiendo su confianza, hasta estar segura de que él era amigo de Thomas Covenant, aunque quizás no de ella. Luego dijo, tranquilamente:

—Hábleme.

Gradualmente, su expresión recobró su habitual ironía.

—¿No quiere usted sentarse?

Bruscamente, se encaminó al extremo del pórtico y se sentó en una de las mecedoras. Al momento, él apagó las luces y la oscuridad se filtró por las cristaleras.

—Pienso mejor a oscuras.

Antes de que sus ojos se acomodaran al medio, oyó crujir la silla en la que se sentó.

Durante un tiempo, los únicos sonidos que se percibían eran la suave protesta de su silla y el canto de los grillos. Luego él dijo de pronto:

—Hay algunas cosas que no se las voy a contar. Algunas de ellas porque no puedo explicarlas, otras porque no quiero. Pero le he metido en esto y le debo algunas respuestas.

Después, habló como la voz de la noche; y ella escuchó en un estado de suspensión, medio concentrada, como si escuchara a un paciente describiendo sus síntomas, medio reflexionando sobre la imagen de un hombre vivido y flaco que le había dicho con estupefacción y pena, *¿por qué usted?*

—Hace once años, Thomas Covenant era un escritor con un *bestseller*, una magnífica esposa, llamada Joan, y un hijo, Roger. El odia esa novela; dice que es aburrida, pero todavía ama a su esposa y a su hijo. O, al menos, eso cree. Personalmente, lo dudo. Eso sí, es un hombre intensamente leal. Lo que él llama amor, yo lo llamo lealtad a su propia desgracia. Hace once años que una infección en su mano derecha resultó ser lepra, y esos dos dedos le fueron amputados. Fue enviado al hospital de leprosos en Louisiana, y Joan se divorció de él para proteger a Roger de la proximidad a un leproso. Según lo cuenta Covenant, la decisión fue perfectamente razonable. Una madre mira por su hijo y creo que es normal lo que hizo. Creo que la idea de lo que la enfermedad de Hansen podía hacerle a él, sin mencionar a ella y Roger, la tenía aterrorizada. Por esta razón se fue.

Su tono conllevaba un gesto de duda. Y prosiguió:

«Pero esto son sólo suposiciones. El hecho es que ella se divorció y él no se opuso. A los pocos meses, fue detenido el proceso de la enfermedad y regresó a Haven Farm. Solo. Esto no fue muy agradable para él. Todos sus vecinos se mudaron. Algunas personas de esta inmaculada ciudad trataron de hacer presión para que la abandonara. Estuvo en el Hospital un par de veces, la segunda a punto de morir. —El doctor Berenford parecía retroceder en el recuerdo—. Su enfermedad se había reactivado y tuvimos que mandarle nuevamente a la leprosería. Cuando regresó, todo fue diferente. Parecía haber recobrado la salud. Y ahora, durante diez años, se ha mantenido estable. Algo malhumorado, puede ser. Pero, en cierto modo, accesible, razonable, compasivo. Todos los años contribuye económicamente al fondo de pacientes indigentes.

El doctor suspiró.

«¿Sabe usted? Es extraño. La misma gente que trata de convertirme a mí, parece creer que él necesita también salvarse. Es un leproso que no va a la Iglesia y tiene dinero. Algunos de nuestros evangelistas lo consideran un insulto al Todopoderoso.

El lado profesional de Linden absorbió los hechos expuestos por el doctor Berenford, descontando sus reacciones subjetivas. Pero sus reflexiones situaron nuevamente el rostro de Covenant ante ella, en la oscuridad. Poco a poco, aquella cara se le hizo más real. Vio la soledad y amargura reflejadas en ella. Ahora le respondía como si hubiera reconocido a un camarada. Después de todo, estaba familiarizada con la amargura, el abandono y el aislamiento.

Pero el discurso del doctor también le planteó algunas incógnitas. Quería saber dónde Covenant aprendió a estabilizarse. ¿Qué le había cambiado? ¿Dónde había encontrado una respuesta suficientemente potente para sobreponerse a la miseria de su vida? ¿Y qué había sucedido recientemente que le sacara de ella?

—Desde entonces —continuó el Jefe de Personal—, ha publicado siete novelas, y es ahí donde puede verse realmente la diferencia. Ah, él ha mencionado también otros tres o cuatro manuscritos, pero no los conozco. El caso es que, sin estar en antecedentes nadie creería que su *bestseller* y las otras siete obras fueron escritas por la misma persona. La primera responde plenamente a su personalidad. Es melodramática, autocomplaciente. Pero las otras... Si usted tiene oportunidad de leer «Venderé mi alma por una culpa» verá como arguye que la inocencia es algo maravilloso, excepto por el hecho de ser impotente. La culpabilidad es poder. Toda persona eficaz es culpable de algo porque el uso de la fuerza es culpabilidad y sólo las personas culpables pueden ser eficaces. Entienda eficacia por el *bien*. Sólo los condenados pueden ser objeto de salvación.

Linden se retorció. Entendía que había, por lo menos, una clase de relación entre el sentido de culpabilidad y la eficacia. Ella había cometido un asesinato y por esta razón se convirtió en médico. Sabía que otras personas como ella eran conducidas a la eficacia por la necesidad de expiar sus culpas. Pero ella no había encontrado nada, ni un calmante ni una forma de recuperación, que pudiera verificar que los condenados podían salvarse. Tal vez Covenant había embaucado al doctor Berenford; tal vez estaba loco, un esquizofrénico como máscara de estabilidad. O incluso, tal vez, sabía algo que ella ignoraba.

Ella necesitaba algo.

Este pensamiento le infundió temor. De pronto fue consciente de la noche, de los travesaños de la silla que presionaban contra su espalda y del canto de los grillos. Lamentó haberse echado atrás cuando creyó necesario enfrentarse nuevamente con Covenant. La oscuridad estaba repleta de posibilidades de daño. Pero necesitaba comprender lo que sucedía. Cuando el doctor Berenford dejó de hablar, ella aguantó el silencio tan largamente como pudo. Luego, reposadamente, repitió la pregunta

inicial.

—¿Quién es ella?

El Doctor suspiró. La silla lanzó al aire unos chillidos. Pero él se quedó completamente quieto antes de responder.

—Su ex-esposa Joan.

Linden vaciló. Esta información explicaba muchas cosas acerca de la apariencia y comportamiento de Covenant. Pero no era bastante.

—¿Por qué ha vuelto? ¿Qué le ocurre a esta mujer?

El hombre empezó nuevamente a balancearse.

—Ahora hemos vuelto al punto en que estábamos esta tarde. No puedo decirle por qué ha vuelto puesto que me lo dijo confidencialmente. Si él tiene razón... —Su voz se iba diluyendo—. No puedo decirle lo que le ocurre a ella porque no lo sé.

La mirada de Linden se quedó fija en su invisible cara.

—¿Es esa la razón de que me haya metido en esto?

—Sí. —Su respuesta sonó como un reconocimiento de mortalidad.

—Tiene usted muy cerca a otros médicos. Incluso podía llamar a un especialista. —Tuvo que aclararse la garganta—. ¿Por qué yo?

—Bien supongo... —Ahora su tono iba acompañado de media sonrisa—. Podría decirle que es porque está usted bien preparada, pero el hecho es que la escogí porque parece encajar bien en este asunto. Covenant y usted podrían comentar sus cosas, si hallaran una oportunidad.

—Comprendo. —Estaba llorando en silencio. ¿Era tan obvio a pesar de todo lo que había hecho para disimularlo, y sobreponerse que todavía se notaba? Para defenderse, se levantó. Su amargura le hizo hablar en tono provocador—. Veo que le gusta jugar a ser Dios.

Se produjo una larga pausa antes de que él respondiese con voz serena.

—No. No lo veo de esa forma. Este asunto me trae de cabeza y por ello he pedido su ayuda.

Ayuda. Linden protestó interiormente. ¡Oh Dios! Pero escondió su indignación. El Doctor había puesto el dedo en la llaga. Dado que no deseaba exteriorizar su debilidad ni su ira, ni su falta de alternativa, empezó a andar hacia la puerta exterior de la veranda.

—Buenas noches —dijo en tono completamente normal.

—Buenas noches, Linden. —No le preguntó qué era lo que iba hacer. Posiblemente la comprendió. O, tal vez, no se atreviera.

Subió a su coche y emprendió la marcha nuevamente hacia Haven Farm.

Conducía despacio, tratando de recobrar su sentido de perspectiva. Era cierto. No tenía opción ahora; no porque careciera de defensas, sino porque ya había hecho su elección. La había hecho mucho tiempo atrás, cuando decidió estudiar medicina.

Había elegido deliberadamente ser lo que había llegado a ser. Alguna de las implicaciones de esta elección le producían dolor, pero ¿no hay dolor en todas partes? Y ella merecía todo el dolor que hubiera que soportar.

Hasta que llegó al camino particular no se dio cuenta de que había olvidado hablarle del anciano al doctor Berenford.

Vio las luces de la casa de Covenant. El edificio brillaba ante un fondo de negros árboles, como un destello a punto de ser engullido por los bosques y la noche. La luna confirmaba esta impresión. Su luz hacía del campo un lago de plata impenetrable, pero no influía en los negros árboles ni la casa que estaba bajo su sombra. Linden temblaba al contacto de aquel aire húmedo, conducía con las manos agarradas al volante y sus sentidos estaban tensos como si fuera a sufrir una crisis.

A pocos metros de la casa, se detuvo y aparcó el coche, dejándolo en la zona iluminada por la luna.

Sé fiel.

No conocía el significado de aquella frase.

La aproximación de las luces debió advertir a Covenant de su llegada. El farol exterior se encendió cuando se acercó a la puerta. El salió a su encuentro. Su silueta erecta y despótica se dibujaba sobre el fondo de la luz amarillenta. Su cara no podía ser observada a contraluz.

—Doctora Avery. —Su voz cortaba como una sierra—. Váyase.

—No. —La dificultad para respirar hizo que hablara bruscamente, de golpe—. No, hasta que la vea a ella.

—¿Ella? —inquirió él.

—Su ex-esposa.

Por un momento, guardó silencio. Luego gritó:

—¿Qué más le ha contado ese bastardo?

Ella decidió ignorar su ira.

—Usted necesita ayuda.

Sus hombros se encogieron como si fuera a estrangular las palabras.

—Ése se equivoca. No necesito ninguna ayuda.

—No —respondió ella sin vacilar—. Está en lo cierto. Usted está agotado y la tarea de cuidar de ella le irá consumiendo. Yo puedo ayudarle.

—No puede —respondió con un enérgico gesto de rechazo—. Ella no necesita un médico. Necesita estar sola.

—Para creer lo que dice tengo que verlo con mis ojos.

La tensión creció cuando ella intentó entrar.

—Si no se marcha voy a llamar al Sheriff.

La falsedad de su posición la enfureció.

—¡Maldita sea! —dijo—. ¿De qué tiene usted miedo?

—De usted —respondió con voz grave y fría.

—¿De mí? Pero si ni siquiera me conoce.

—Y usted tampoco me conoce a mí. Usted no tiene idea de lo que está pasando aquí y, posiblemente, ni podría comprenderlo. Además no está aquí por voluntad propia. Berenford la metió en esto. Ese viejo... —Tragó saliva y luego exclamó con furia—. Usted lo salvó y él la escogió, sin que sepa usted ni remotamente lo que eso *significa*. No tiene ni idea de por qué la escogió. Por todos los demonios, no voy a tolerarlo, ¡Váyase!

—¿Qué tiene que ver eso con usted? —preguntó, intentando comprenderlo—. ¿Qué le hace pensar que está relacionado con usted?

—Lo que yo sé.

—¿Qué sabe usted? —No podía tolerar la condescendencia implícita en su rechazo—. ¿Qué es lo que tiene de especial? ¿Lepra? ¿Cree usted que el hecho de ser leproso le da derecho a reivindicar el sufrimiento en soledad? No sea arrogante. Hay mucha gente en el mundo que sufre y no es necesario ser leproso para comprenderla. ¿Qué demonios hay de especial en usted?

Su furia lo frenó. Linden no pudo ver su cara, pero su postura parecía cambiar, reconsiderándola. Después de un momento, él habló en tono calmado.

—No tengo nada de especial. Lo único que ocurre es que yo estoy dentro de ese asunto y usted no. Yo tengo conocimiento. Usted no sabe nada. Es algo que no puede ser explicado. Usted no tiene posibilidad de comprender en qué se está metiendo.

—Entonces, explíquemelo. Haga que lo comprenda y pueda decidir.

—Doctora Avery. —Su voz fue repentina y áspera—. Puede que el sufrimiento no sea algo privado. Puede que la enfermedad y el dolor sean de dominio público. Pero *éste* es privado.

Su apasionamiento la silenció. Luchaba a brazo partido con él en sus pensamientos y no encontraba la forma de vencerlo. Sabía más que ella, se había endurecido más, había obtenido y aprendido más. Así y todo, no podía inhibirse. Necesitaba alguna forma de explicación. El aire de la noche era denso y húmedo, y empañaba el brillo de las estrellas. Ya que no encontraba otros argumentos, decidió desafiarlo con la incomprensión misma.

—*Sé fiel* —articuló—, no fue lo único que dijo.

Covenant inició la retirada. Ella se quedó inmóvil hasta que la tensión le indujo preguntar en tono sarcástico.

—¿Qué más dijo?

—Dijo: *No temas. No vas a desfallecer aunque te ataque.* —Aquí ella se calló, omitiendo el resto. Los hombros de Covenant empezaron a agitarse. Ella prosiguió, haciendo uso de su ventaja—. ¿A quién se refería? ¿A usted?

El no respondió. Sus manos cubrían su cara, escondiendo su emoción.

—¿O se trataba de otra persona? ¿Alguien hizo algún daño a Joan?

Una corriente dolorosa se deslizó entre sus dientes antes de que pudiera cerrarlos en contra de sí mismo.

—¿O es algo que ha de pasarme a mí? ¿Qué tiene que ver conmigo ese viejo? ¿Por qué dice que me escogió a mí?

—La está utilizando. —Las manos de Covenant ocluían su voz, pero ya se había dominado. Cuando dejó caer los brazos, su tono era lánguido y apagado, como ceniza que se derrama—. Es como Berenford. Cree que necesito ayuda. Creen que esta vez no puedo arreglármelas solo. —Debió haber sonado amargo; pero momentáneamente incluso había perdido aquel recurso—. La única diferencia es que él sabe lo que yo sé.

—Entonces dígamelo. —Insistió Linden—. Déjeme intentarlo.

Con fuerza de voluntad, Covenant se enderezó, quedando erguido frente a la luz.

—No. Quizás no pueda detenerla, pero estoy tan seguro como de que hay infierno de que no colaboraré. No quiero contribuir. Si se empeña en verse envuelta en este asunto, tendrá que hallar algún medio para hacerlo a mis espaldas. —Guardó silencio, como si hubiera terminado, pero luego añadió con furia—. ¡Y dígale a ese bastardo de Berenford que debió tratar de confiar en mí, para variar!

Una réplica mordaz acudió a su garganta. Ella también quería chillar. Pero mientras cogía fuerza en sus pulmones, un grito irrumpió en el aire.

Un grito de mujer, horriblemente agudo. Era imposible que alguien, estando sano, pudiera expresar semejante terror.

Antes de que terminara, Linden corrió hacia la puerta, pasando por delante de Covenant.

El cogió su brazo. Ella se deshizo de su media mano, apartándole.

—Soy médico —dijo. Y sin darle tiempo a que le concediera o denegara el permiso, empujó la puerta y entró en la casa.

La sala de estar, aparecía desnuda. No había alfombras ni estanterías. Tampoco había cuadros ni objetos decorativos. El único mueble era un largo sofá, lleno de cosas, con una mesilla de café frente a él. El conjunto ocupaba el centro del salón, como si deliberadamente se hubiera dejado espacio navegable a su alrededor.

Recorrió con la mirada la estancia y se dirigió a la cocina, a través de un corto pasillo. También allí una mesa y dos sillas de respaldo recto ocupaban el centro del espacio. Tras rodear los muebles, entró en otra habitación. Covenant corrió tras ella antes de que traspasara dos puertas abiertas, las del baño y del dormitorio, para alcanzar la que se encontraba al final de la habitación.

Estaba cerrada.

En seguida, agarró el tirador. El la cogió por la muñeca.

—Escuche. —Su voz denotaba emoción, urgencia, fatiga o algo semejante, pero

ella no atendía—. Tiene que comprenderlo. Sólo hay una manera de herir a un hombre que ya lo ha perdido todo: devolverle algo roto.

Ella alcanzó el tirador con su mano libre. El la soltó.

Abrió la puerta y entró.

Todas las luces estaban encendidas.

Joan se encontraba sentada en una cama de hierro, en el centro de la habitación. Sus tobillos y muñecas estaban atados con bandas de tela que le permitían sentarse o acostarse, pero no juntar las manos. Su largo camisón, que cubría sus delgadas piernas, se había enrollado a causa de sus movimientos.

Una alianza de oro blanco colgaba de la cadena de plata que rodeaba su cuello.

Su mirada no se dirigía a Covenant, sino a Linden, y una furia demencial se reflejaba en su rostro. Sus ojos aparecían rábidos, como los de una leona insana. Continuos alaridos salían de su garganta. Su pálida piel se extendía por su cuerpo estrechamente tensado sobre los huesos.

Linden fue presa de una instintiva repulsión. No podía pensar. No estaba acostumbrada a tal salvajismo. Aquello violaba todo su concepto de enfermedad o dolor, paralizando sus respuestas. No se trataba de una ineficacia humana o dolor elevado al nivel de desesperación, aquello era pura ferocidad, concentrada y asesina. Hizo un esfuerzo para avanzar hacia ella, pero cuando estuvo cerca de la mujer y extendió una mano de tanteo, Joan intentó agredirla como un gato acosado. Involuntariamente, Linden retrocedió.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Qué le ocurre?

Joan levantó la cabeza y emitió un grito como el de un condenado bajo el suplicio.

Covenant no podía hablar. La aflicción deformaba sus facciones. Se colocó al lado de Joan y deshizo el nudo que ataba su muñeca izquierda, dejando libre el brazo. Al instante, trató de arañarle, esforzando todo su cuerpo para alcanzarle. El la evadió, al tiempo que sujetaba su antebrazo.

Linden observaba con una silenciosa angustia como él dejaba que las uñas de Joan rasgaran el dorso de su mano derecha. La sangre brotó de sus cortes.

Joan pasó los dedos por la herida, mojándolos con la sangre. Luego se llevó la mano a la boca y la chupó vorazmente.

El sabor de la sangre la tranquilizó. En seguida desapareció de su cara aquella expresión de locura. Su mirada se suavizó y brotaron lágrimas de sus ojos; su boca temblaba.

—¡Oh, Tom! —dijo con voz insegura y débil—. Lo siento tanto... Está en mi mente y no puedo quitármelo de encima. El te odia. Me hace... me hace... —Sus sollozos cortaban las palabras. La lucidez era mala para ella.

El se sentó en la cama, a su lado y la rodeó con sus brazos.

—Lo sé. —Su voz esparció el dolor por la habitación—. Lo comprendo.

—Tom —dijo, llorando—. Tom, ayúdame.

—Lo haré. —Su tono implicaba el sometimiento a cualquier prueba, aunque obligara al sacrificio e incluso a la violencia—. Tan pronto como él esté dispuesto, te dejaré libre.

Poco a poco, sus frágiles piernas se relajaron. Sus sollozos se hicieron más suaves. Estaba agotada. Cuando la acostó en la cama, ella cerró los ojos y se dispuso a dormir con los dedos en la boca, como una niña.

Covenant sacó un pañuelo de papel de una caja de la mesilla que se hallaba junto a la cama y lo presionó contra el dorso de su mano herida. Luego, cuidadosamente, retiró de la boca de Joan sus dedos y le ató nuevamente la muñeca. Sólo entonces, miró a Linden.

—No hace daño —dijo—. El dorso de mis manos se ha insensibilizado con los años.

La expresión atormentada había desaparecido de su rostro, que ahora no sugería nada más que el largo cansancio de una dolencia que no podía curarse.

Al observar la sangre que empapaba el pañuelo, ella se dio cuenta de que debía hacer algo para tratar aquella herida. Pero una parte esencial de su ser había fallado, se había mostrado inútil para Joan; ahora no podría soportar tocarla. No tenía respuesta para lo que acababa de ver. Por un momento, sus ojos impotentes, se llenaron de lágrimas. Sólo su viejo hábito de disciplina le impidió llorar. Sólo su necesidad le impidió de huir. Entonces dijo:

—Ahora va usted a contarme todo lo que ocurre.

—Sí —murmuró—. Supongo que debo.

TRES. La promesa

En silencio, la condujo nuevamente a la sala de estar. Su mano en el brazo de Linden era vacilante, como si el mero contacto le infundiera temor. Cuando ella se sentó en el sofá, él señaló la herida y se retiró. Linden se alegró de quedarse sola. Estaba aturdida por las muestras de flaqueza que había dado; necesitaba tiempo para recobrar el dominio de sí misma.

¿Qué le había ocurrido a Joan? No sabía nada acerca de malos espíritus, ni siquiera creía en ellos, pero había presenciado su ferocidad. Había sido educada para percibir el mundo en términos de disfunción y enfermedad, medicación y tratamiento, curación o muerte. Pero Joan... ¿De dónde procedía aquel horror?, y ¿cómo...?

Cuando Covenant regresó con su mano derecha vendada, ella se quedó mirándolo, inquiriendo explicaciones.

El se mantuvo frente a ella, esquivando su mirada. Se quedó cabizbajo, adoptando una postura que le daba cierto aire de abandono. La piel se arrugaba en los extremos de los ojos como si la consternación prendiera de su carne. Pero su boca había adquirido un hábito de desafío, y mostraba su repulsa. Tras un momento, musitó:

—Ahora comprenderá por qué no quería hablarle de ella. —Empezó a pasear y prosiguió—. Nadie lo sabe —sus palabras parecían escapar del rincón más íntimo de su corazón—, excepto Berenford y Román. La Ley no suele sonreírle a la gente que tiene prisioneros, ni aún en estas circunstancias. No tengo ningún derecho legal sobre ella. Lo que se supone debería hacer yo, ahora, es entregarla a las autoridades. Pero he estado viviendo tanto tiempo sin el beneplácito de la Ley que ya no me importa nada.

—Pero ¿qué le sucede realmente? —Linden no podía evitar que la voz le saliera un tanto crispada. Estaba demasiado nerviosa para hablar normalmente.

Covenant suspiró.

—Necesita herirme. Aunque le horroriza. Por esto se pone tan violenta. Parece pensar que de ese modo se castiga a sí misma.

El instinto analítico de Linden empezó a funcionar nuevamente. Paranoico. El es paranoico. Pero, en voz alta, insistió:

—Pero ¿por qué? ¿Qué le ha sucedido a ella?

El se detuvo. La miró como si tratara de medir su capacidad para comprender la verdad y prosiguió su paseo.

—Desde luego —murmuró—, no es así como lo ve Berenford. El cree que se trata de un problema psiquiátrico. La única razón de que no haya tratado de separarla de mí es que comprende el por qué de mi empeño en cuidarla. O parte. Su mujer es parapléjica y él nunca aceptaría traspasar el problema a otra persona.

Por cierto, nunca le he hablado de su gusto por la sangre.

Covenant seguía evadiendo la pregunta, y Linden se armaba de paciencia.

—¿Qué *no es* un problema psiquiátrico? ¿Ha podido el doctor Berenford encontrar otras causas físicas? Entonces, ¿qué puede ser?

Covenant balbuceó. Luego dijo, con voz distante:

—El no sabe lo que está pasando.

—Usted sigue diciendo lo mismo. Será que le conviene.

—No —replicó—. No es que me convenga. Es la verdad. No está usted preparada para comprenderlo.

—¿Cómo diablos puede estar tan seguro? —La tensión que soportaba su autocontrol hacía su voz cada vez más dura—. He pasado la mitad de mi vida compartiendo el dolor del prójimo. —Ella quería añadir «¿Es que no le cabe en su cabeza que sea médico?». Pero su garganta se cerró en las últimas palabras. Se había agotado.

Por un instante, la mirada de Covenant se levantó como si de pronto hubiera aceptado la idea de que ella estaba preparada para conocer la verdad. Pero luego movió la cabeza negativamente. Cuando habló, ella no pudo anticipar qué clase de respuesta había decidido darle.

—Tampoco yo estaría enterado —comenzó a decir—, si sus padres no me lo hubieran dicho. Fue hace un mes, aproximadamente. No suelen tener contacto conmigo, pero fueron francos. Me contaron todo lo que sabían.

«Supongo que venía de lejos. La única novedad es la forma en que ataca. Joan se divorció de mí cuando se me diagnosticó la lepra. Hace de esto once años. Tomó a Roger consigo y se fue con su familia. Pensó que su decisión estaba justificada. Demonios, durante años yo también he pensado que estaba justificada. Los niños son más susceptibles a la lepra que los adultos. Por eso se divorció. Por Roger.

«Pero no funcionó. En el fondo de su alma, creía haberme traicionado. Es duro perdonarse a uno mismo por haber abandonado a un ser querido, y aún más cuando éste te necesita. Es algo que erosiona gravemente el propio respeto, como la lepra erosiona el físico. Es algo que carcome. Y llegas a ser un lisiado moral. Ella lo soportó durante algún tiempo. Luego empezó a buscar remedios».

Su voz y la información que iba dando, mantenían atenta a Linden. Cuando paseaba, ella se fijó en su forma de moverse; el cuidado y la precisión de sus movimientos. Se desplazaba por el lado de la mesita como si ésta fuera un peligro para él. Y repetidamente se examinaba el cuerpo comprobando el estado de sus manos, sus brazos, sus piernas, su pecho, como si tratara de descubrir si se había lastimado sin darse cuenta.

Ella había leído acerca de estas cosas. Su auto-inspección se llamaba CVE (Control Visual de Extremidades). Al igual que la precaución con que se movía, era parte de la disciplina que necesitaba para mantener la enfermedad controlada. Debido

al mal que la enfermedad había hecho a sus nervios, la mayor amenaza para su salud era la posibilidad de que pudiera tropezar, resbalar, quemarse, cortarse o golpearse sin darse cuenta. La infección sería inevitable si la herida no era atendida de inmediato. Los muebles de la casa se hallaban dispuestos para reducir al mínimo la posibilidad de accidente, evitando ángulos agudos y obstáculos. Asimismo inspeccionaba su cuerpo con regularidad en busca de señales de peligro.

Al observarle bajo ese punto de vista objetivo y profesional, sintió que se restauraba su propia identidad profesional. Poco a poco se iba sintiendo más dispuesta a escuchar sus incompletas explicaciones, sin mostrar impaciencia.

El continuaba hablando.

—Primero ensayó con la psicología. Quería creer que todo estaba en su mente, y las mentes pueden repararse, al igual que los brazos rotos. Empezó a seguir las modas psicológicas de la misma manera que algunas personas siguen la de los coches, adquiriendo uno nuevo cada año. Como si su problema fuera realmente mental y no espiritual. Nada de eso convencía a sus padres, pero trataron de ser tolerantes. También hicieron cuanto pudieron para que Roger tuviera un hogar estable. Así que pensaron que todo iba a transcurrir bien; pero, de repente, lo abandonó todo y se dedicó a ir a la iglesia. Todos aceptaron entonces que la religión daría respuesta a sus problemas. Bien, esto es bueno para mucha gente, pero a ella no le daba lo que necesitaba. Hubiera sido demasiado fácil. Su enfermedad iba progresando. Hace un año que se convirtió en una verdadera fanática. Cogió a Roger y se unió a una comuna. Uno de esos lugares en que se aprende el éxtasis de humillación y el líder predica el amor y el suicidio en masa. Debió de estar muy desesperada, pues durante la mayor parte de su vida, lo único que realmente quería creer era que se hallaba perfectamente. Pero después de todos estos años de continuo desfallecimiento, ya no le quedan defensas. ¿Qué podía perder?

Linden no estaba del todo convencida. Para ella, Dios no tenía más significado que el concepto del bien y del mal. Pero la pasión de Covenant la atraía. Sus ojos estaban húmedos de sufrimiento y rabia. Su boca afilada como una cuchilla. Creía en lo que estaba diciendo.

La expresión de ella debió delatar sus dudas, ya que la voz de Covenant adquirió entonces resonancias de la ferocidad de Joan.

—No es necesario creer en Dios para descubrir lo que le ocurría. Padecía una aflicción para la cual no existe ningún remedio mortal. No podía siquiera detener aquello que la corrompía. Puede que ni ella misma supiera la realidad de lo que trataba de curar. Recurrió a curanderos, siempre en busca de algún poder que pudiera meterse en su ser y sanarlo. Cuando una persona ha probado ya todos los remedios del mundo y ninguno funciona, entonces empieza a pensar en el fuego. Quemar el dolor. Quería martirizarse, encontrar alguna clase de abnegación para librarse del

mal.

Su voz se quebró; pero al instante recuperó el control y prosiguió:

—Lo sé todo acerca de eso. Pero ella no tenía defensas. Ella le abrió la puerta y él sabía que era su herramienta perfecta, de modo que la está usando, *utilizándola* a ella, cuando está ya tan deteriorada que ni siquiera sabe para qué la está utilizando.

—¿Utilizándola? —Linden no comprendía—. ¿El?

Lentamente, la cólera de Covenant se iba desvaneciendo.

—Desde luego, sus padres no sabían nada de esto. ¿Cómo iban a saberlo? Sólo sabían que hace unas seis semanas los despertó en plena noche y empezó a murmurar cosas. Era una profetisa que había tenido una visión. El Señor le había dado una misión. Penas y castigo a los malvados. Muerte a los pecadores y a los incrédulos. Lo único que sacaron en claro es que deseaba que se hiciera cargo de Roger. Luego se marchó y no la han visto desde entonces. Pasadas dos semanas, me llamaron. Yo no la había visto. Era la primera noticia de su desaparición. Pero hace quince días que se presentó aquí. Se introdujo en mi habitación durante la noche y trató de rajarme la cara. De no haber estado tan débil como está lo habría logrado. Daba la impresión de haber pasado todo el día andando.

Covenant parecía estar demasiado cansado para continuar paseando. Sus ojos enrojecidos le daban la apariencia de estar enfermo, y sus manos temblaban. ¿Cuánto tiempo habría estado sin dormir bien y en paz? ¿Dos semanas? Cuando se sentó en el lado opuesto del sofá, Linden se giró hacia él para seguir observándolo. En el fondo de su mente estaba tratando de encontrar la manera de darle un sedante.

—Desde entonces —suspiró—, Berenford y yo hemos cuidado de ella. Le metí en esto porque es el único médico que conozco. Cree que estoy equivocado, pero me ayuda. O me ayudaba. Hasta que la encontró a usted. —Estaba demasiado agotado para dar un tono enfadado a su voz—. Trato de llevarla lo mejor que puedo y él le da drogas que se supone le aclaran la mente. O al menos la calman para que yo pueda darle de comer. Le dejo la luz encendida durante todo el tiempo. Se excita si se siente sola en la oscuridad y temo que se rompa un brazo o algo.

Covenant se quedó silencioso. Aparentemente había llegado al final de su historia... o de su resistencia. Linden vio que su explicación era incompleta, pero se guardó las preguntas en atención a su estado. Necesitaba ayuda, un relevo en el esfuerzo que estaba haciendo. Con cuidado sugirió:

—Tal vez debería estar en un hospital. Estoy segura de que el doctor Berenford está haciendo cuanto puede, pero hay ciertos métodos de diagnóstico que él no puede usar aquí. Si estuviera en un hospital...

—Si estuviera en un hospital... —se volvió hacia ella tan súbitamente que Linden se echó para atrás—, la meterían en una camisa de fuerza, la obligarían a tragar tres comidas al día y convertirían su cerebro en gelatina a base de electroshock. La

alimentarían con drogas hasta que no pudiera reconocer ni su propio nombre si Dios en persona la llamara. Nada de esto podría hacerle ningún bien. ¡Maldita sea! Era mi *mujer*. —Mostró su mano derecha—. ¡Aún llevo el anillo de boda!

—¿Es esto lo que cree que hacen los médicos? —Linden adoptó una postura defensiva—. ¿Martirizar a los enfermos?

Covenant se esforzaba en contener su ira.

—Los médicos tratan de curar las enfermedades tanto si las comprenden como si no. Y no siempre funciona. Esto es algo que un médico no puede curar.

—¿Eso cree usted? —No quería provocarlo, pero su propia excitación la dominaba—. Dígame cuál es el bien que le está haciendo.

El se quedó vacilante. La ira y el dolor le invadían, pero se los quitó de encima y dijo:

—Ella vino a mí.

—Pero ella no era consciente de lo que hacía.

—Pero yo sí —dijo en tono desafiante—. Conozco el problema lo suficiente para saber que soy el único que puede ayudarle.

Linden sintió frustración.

—¿Qué es lo que sabe?

Covenant se puso en pie. Era una figura de pasión que se mantenía erecta y fuerte a pesar de haberse visto tan debilitado por la intensidad de trabajo de su corazón. Sus ojos eran como clavos. Cuando hablaba, cada palabra caía de manera distinta, como lascas de granito.

—Está poseída.

Linden parpadeó.

—¿Poseída? —Esta palabra la sorprendió. No parecía que él hablara un lenguaje que ella pudiera comprender. Estábamos en el siglo veinte; la ciencia médica no había tomado en serio esas cosas, por lo menos, en los últimos cien años. Se levantó de su asiento, y añadió—. ¿Está usted mal de la cabeza?

Esperaba una rectificación; pero él aún tenía recursos que ella no había valorado. Mantuvo su mirada; y su rostro, cargado y purificado por alguna forma de convicción, hizo que ella tomara conciencia de su propia pobreza de moral. Cuando él apartó la mirada, no lo hizo por un sentido de vergüenza o abatimiento, sino para no implicarla a ella en tales conocimientos.

—¿Ve usted? —murmuró—. Es cuestión de experiencia. Usted no está bien equipada para comprenderlo.

—¡Por Dios! —exclamó ella acaloradamente—. Es la cosa más arrogante que he oído en mi vida. Acaba usted de soltar el más enorme disparate y, cuando yo le cuestiono la insensatez de sus palabras, no se le ocurre otra cosa que sugerir que soy yo quien está mal. Pero ¿de dónde sacó usted...?

—Doctora Avery, —su voz era ahora suave y peligrosa—. Yo no he dicho que usted estuviera mal.

Ella no escuchaba.

—Usted sufre una paranoia clásica, señor Covenant —declaró, mordiendo cada palabra—. Cree que cualquier persona que dude de sus conclusiones no está bien de la cabeza. Su caso es digno de un libro de texto.

Hirviendo de manera irracional, Linden le dio la espalda y se dirigió a la puerta, huyendo de él; pero luchando con todas sus fuerzas para no admitir que huía. El la alcanzó y la cogió por los hombros. Ella se volvió hacia él como si hubiera intentado asaltarla.

Pero no lo hizo. Sus manos cayeron a sus costados y se agitaron como si estuvieran cansadas de hacer gestos de súplica. Su cara se mostraba abierta y vulnerable; ella comprendió intuitivamente que en aquel momento podía preguntarle cualquier cosa y él se habría esforzado en responderle.

—Por favor, —tras respirar prosiguió—: Se halla usted en una situación imposible y yo no se la he hecho más fácil. Pero, al menos considere la posibilidad de que yo sepa lo que estoy haciendo.

A Linden le vino una palabra a la boca que luego retrocedió y cayó en otra parte. Estaba furiosa, no porque tuviera ningún derecho a estarlo, sino porque su actitud le mostraba la magnitud del error en que había caído. Tragó saliva para ahogar un grito. Estuvo a punto de pedir disculpas, pero él merecía algo mejor que una disculpa. Amablemente, dijo:

—Lo consideraré. —Linden rehuía su mirada—. No haré nada hasta que vuelva a hablar con usted.

Luego abandonó la casa, escapando de las incomprensibles convicciones de aquel hombre. Sus manos no la obedecían al intentar abrir la puerta de su coche. Finalmente se sentó ante el volante.

Con un regusto de enfermedad en la boca, se dirigió a su apartamento.

Necesitaba reconfortarse, pero no había ninguna clase de confort dentro de aquellas viejas paredes y sobre aquellas tablas astilladas que gemían como víctimas bajo sus pies. Había aceptado aquel apartamento, precisamente porque carecía de todo confort. Pero la mujer que había tomado tal decisión era una mujer que nunca había dicho no a ninguna exigencia de su profesión. Y ahora, por primera vez desde el momento del crimen, quince años antes, cuando sus manos habían sufrido ya la prueba de sangre, necesitaba un poco de reposo. Vivía en un mundo donde no había reposo.

A falta de algo mejor, se fue a la cama.

La tensión y las sábanas húmedas la mantuvieron despierta durante largo tiempo, y cuando finalmente se durmió, sus sueños fueron de sudor y miedo en la cálida

noche. El viejo de la túnica, Covenant, Joan... todos murmuraban acerca de él, tratando de prevenirla. *El*, que había poseído a Joan con propósitos demasiado crueles para ser contados. *El*, que intentaba dañarlos a todos. Pero al final quedó sumergida en un sueño más profundo y el ser maligno huyó de su mente.

Una llamada a la puerta la despertó.

Su cabeza estaba abrumada de pesadillas, y la llamada había sonado temerosa, como si el visitante creyera que el apartamento tenía algo peligroso. Pero era un imperativo. Ella era médico.

Linden sintió como su cerebro recibía el impacto de la luz del mediodía tan pronto como abrió los ojos.

Saltó de la cama refunfuñando, metió sus brazos en una bata y se fue a abrir la puerta.

Apareció una mujer bajita y tímida, cuyas manos se agitaban y sus ojos parecían asustados. Temerosamente, preguntó:

—¿Doctora Avery? ¿Linden Avery?

Con un esfuerzo, Linden se aclaró la garganta.

—Sí.

—Ha llamado el doctor Berenford. —La mujer parecía no tener idea de lo que estaba diciendo—. Soy su secretaria. Usted no tiene teléfono. No trabajo los domingos, pero me llamó a casa. Quiere que usted se reúna con él. Parece ser que tiene problemas.

—¿Reunirme con él? —Una ola de aprensión recorrió su cuerpo—. ¿Dónde?

—Dijo que usted ya sabía dónde. —Insistentemente, la mujer prosiguió—. Soy su secretaria. Yo no trabajo los domingos, pero siempre me gusta ayudarle. Es una bellísima persona y un buen médico. Su mujer tuvo polio. Realmente, parecía preocupado.

Linden cerró los ojos. Si le hubieran quedado fuerzas hubiera gritado: ¿Por qué me está haciendo esto? Pero se hallaba agotada por los malos sueños y por la duda. Por tanto, se limitó a musitar:

—Gracias. —Y cerró la puerta.

Por un momento se mantuvo inmóvil. Continuó con la mano en la puerta como si quisiera mantenerla cerrada, con ganas de gritar. Pero el doctor Berenford no se habría tomado tantas molestias de no haberse tratado de un caso realmente urgente. Tenía que ir.

Mientras se vestía con las ropas que había llevado el día anterior, y se pasaba un peine rápidamente por los cabellos, descubrió que había ya escogido. En algún momento, durante la noche, había dado su lealtad a Covenant. No comprendía qué pudo haberle ocurrido a Joan o qué pensaba él que podía hacerse con su caso, pero se sentía atraída hacia él. La misma intransigencia que la había enfurecido, le había

afectado muy profundamente; era vulnerable a aquella extraña demostración de odio de Covenant, su extrema dureza y su paradójicamente salvaje y compasiva determinación de ser leal a su ex esposa.

Se tomó rápidamente un vaso de jugo de naranja para despejar su cabeza y bajó hacia el coche.

El día era más caluroso de lo normal o la luz del sol cegaba sus ojos. Se encontraba vacía y soluble, como si estuviera sufriendo una alucinación, cuando entró en el camino particular y se acercaba a la casa de Covenant. Al principio no estaba segura de su vista al descubrir una mancha negra en la pared.

Aparcó al lado del coche del doctor Berenford y se bajó para ver qué era.

Cerca de la puerta principal, un gran triángulo contrastaba con la blancura de la pared. Era de un negro rojizo, el color de la sangre seca. La vehemencia de su diseño la convenció de que era realmente sangre.

Empezó a correr.

Al entrar en la sala de estar, vio que también había sido profanada. Los muebles estaban intactos; pero todo estaba manchado de sangre. Cubos de sangre habían sido esparcidos por la habitación. El olor a enfermedad pululaba el aire.

En el suelo, cerca de la mesita de café, había una pistola.

Su estómago se revolvió. Al instante, se llevó las manos a la boca para impedir un grito. Toda aquella sangre no podía provenir de un ser humano normal. Alguna atrocidad...

Luego vio al doctor Berenford. Estaba sentado junto a la mesa de la cocina con una taza en sus manos. La estaba observando.

Linden se acercó a él con ojos que revelaban su espanto.

—¿Qué diablos...?

El la interrumpió con un gesto, pidiendo silencio.

—Está durmiendo.

De momento, ella se quedó con la boca abierta ante el jefe de personal, pero estaba acostumbrada a las emergencias. Su piloto automático empezó a funcionar. Moviéndose como para demostrar que sabía mantener la calma, cogió una taza y se sirvió un poco de café de la cafetera que se hallaba sobre el hornillo. Se sentó en la otra silla de aquella mesa de viejo esmalte y, en tono muy tranquilo, preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

Berenford tomó un sorbo de su café. No tenía su humor habitual y sus manos temblaban.

—Creo que él estuvo en lo cierto durante todo el tiempo. —Dijo sin mirarla—. Ella se ha ido.

—¿Se ha ido? —Por un instante, su control resbaló. *¿Se ha ido?* Casi no podía respirar—. ¿Hay alguien que la esté buscando?

—La policía —respondió—. La señora Román... ¿le hablé de ella? Es su abogada. Se fue a la ciudad después de que yo llegué. Hace un par de horas. A encender un fuego ante el Sheriff. En estos momentos, todos los guardias del condado deben estar buscándola. La única razón de que no vea coches es que nuestro Sheriff, Dios bendiga su corazón, no permite a sus hombres aparcar tan cerca de un leproso.

—Bien. —Linden agarró su pericia con ambas manos—. Cuénteme lo que ha pasado.

Haciendo un gesto de desvalido, Berenford respondió:

—En realidad, no lo sé. Sólo sé lo que me ha contado la señora Román. No tiene ningún sentido. —Suspiró—. Bueno, esto es lo que dijo. Poco después de medianoche, oyó gente en su puerta. Había empleado mucho tiempo en tratar de bañarla, pero después se quedó dormido. No se despertó hasta que esa gente empezó a actuar como si quisieran echar la puerta abajo.

«No había necesidad de preguntarles qué querían. Creo que ya esperaba algo así desde que Joan llegó a la casa. Fue a recoger su pistola. ¿Sabía usted que tiene una pistola? La señora Román se la compró la semana pasada, para su defensa personal, como si el hecho de ser leproso no fuera ya una defensa en cierto modo.

Al ver la impaciencia de Linden, continuó con su relato.

«El caso es que cogió la pistola y encendió todas las luces. Luego abrió la puerta. En seguida entraron, casi media docena de personas. Dice que llevaban ropas de arpillera y cenizas.

El doctor Berenford hizo una mueca.

«Si reconoció a alguno de ellos no lo admite. Les apuntó con la pistola y les dijo que no podían llevársela. Pero ellos actuaban como si quisieran que les disparara. Y cuando estuvo dispuesto a hacerlo, no pudo. Ni aún para salvar a su esposa.

Movió la cabeza.

«Trató de intimidarles, pero era uno contra seis, y no tenía muchas oportunidades. Esta mañana, después de muchas horas, se ha decidido llamar a la señora Román. Se mostró incoherente. Trataba de impedir que se iniciase la búsqueda, sin saber explicar por qué. Pero al final, ha sido lo suficientemente sensato para reconocer que necesitaba ayuda. Luego se desmayó. Cuando ella llegó, lo encontró inconsciente, en el suelo. Había sangre por todas partes. Fueran quienes fueran, deben haber desangrado a una vaca entera.

Bebió un sorbo de café, como si fuera un antídoto.

«Bueno, pues logró levantarlo y él la condujo a la habitación de Joan. No estaba. Las cintas que le ataban las muñecas habían sido rotas».

—¿No la habrán matado? —preguntó Linden.

El la miró.

—El dice que no. Hasta qué punto lo sabe, puedo adivinarlo tanto como usted. —

Después de un momento, dijo—: De todas formas, la señora Román me llamó. Tan pronto como llegué, ella se fue para ver lo que se podía hacer con la búsqueda. Le he examinado y parece estar bien, aparte del agotamiento normal.

Linden prescindió de sus dudas acerca del estado de Covenant y dijo:

—Yo lo vigilaré.

El doctor asintió.

—Para eso la he llamado.

Tras tomar un sorbo de café, ella inquirió:

—¿Sabe usted quiénes eran?

—Eso mismo le pregunté a él. —Contestó, el doctor Berenford, frunciendo el ceño—. Dijo: ¿Cómo diablos lo voy a saber?

—Bien, pero ¿qué es lo que quieren de ella?

Tras quedarse pensativo un momento, dijo:

—Lo peor del caso es que yo creo que él lo sabe.

—Entonces, ¿por qué no quiere decírnoslo?

—Es difícil de saber —respondió el doctor lentamente—. Creo que él cree que si nosotros lo supiéramos, trataríamos de detenerlo.

Linden no respondió. Ya no estaba preparada para tratar de convencer a Covenant de hacer algo. Pero sí que estaba determinada a averiguar la verdad acerca de Joan, acerca de él y, por supuesto, del viejo de la túnica, tanto por su propia seguridad como por la de Covenant. A pesar de su feroz independencia, no podía abandonar la convicción de que necesitaba una ayuda desesperadamente.

—Lo cual es otra de las razones para quedarse aquí —continuó el médico, al tiempo que se levantaba de la silla—. Tengo que marcharme. Pero alguien tiene que encargarse de impedir que cometa cualquier locura. A veces... —Su voz quedó diluida, para reemprender la frase con una súbita energía—. A veces pienso que este hombre necesita un guardián. No un médico. —Por primera vez desde que llegó ella, la miró directamente a la cara—. ¿Cuidará de él?

En aquel momento, Linden adivinó que el doctor quería asegurarse de que ella compartiría su responsabilidad respecto a Covenant y Joan. Sin embargo, no podía prometer nada, si bien podía ofrecerle algo similar.

—Bien, lo que es seguro —dijo severamente— es que no abandonaré el caso.

El asintió vagamente. Sus ojos ya se habían apartado de ella. Al iniciar el camino hacia la puerta, murmuró:

—Sea paciente con él. Ha estado tanto tiempo sin encontrarse con alguien a quien no repeliera su presencia que no sabe como comportarse.

Luego salió de la casa y se dirigió a su coche.

Linden se quedó observándolo mientras se alejaba levantando polvo, en dirección a la carretera principal. Luego volvió a la sala de estar.

¿Cómo debía comportarse? Al igual que Covenant ella no lo sabía, pero necesitaba decidirlo. El olor a sangre le daba sensación de suciedad; pero ya había superado hacía tiempo su rechazo, por lo que decidió prepararse un desayuno. Después se ocupó de limpiar la estancia.

Con un cepillo de fregar y un cubo de agua y jabón, atacó las manchas como si fueran una provocación. En lo más profundo de su alma, donde su riqueza y su opresión tenían las raíces, sintió que la sangre era vida, algo de valor, demasiado preciosa para ser derrochada y desestimada, igual que sus padres la habían derrochado y desestimado. Con gesto de rabia, iba borrando la locura o malicia que había violado aquella habitación.

Cada vez que necesitaba unos momentos de descanso, iba silenciosamente a echar un vistazo a Covenant. Su sueño parecía agitado, pero no mostraba ningún signo de caer en coma. Ocasionalmente los movimientos de sus ojos indicaban que estaba soñando. Dormía con la boca abierta, como en un grito silencioso, y sus mejillas estaban húmedas de lágrimas. Al verlo allí tendido, desconsolado y vulnerable, su corazón se iba hacia él. Tenía tan poco respeto para con su propia personalidad.

Pasado el mediodía, cuando ella se encontraba aún en pleno trabajo, él salió de su habitación. Andaba inseguro, medio adormecido. Cruzó la estancia en dirección a ella como si estuviera encolerizado; pero su voz sólo mostró resignación.

—Ahora ya no puede ayudarle. Mejor será que se vuelva a casa.

Ella se encaró con él.

—Quiero ayudarle a usted.

—Puedo arreglármelas.

Linden tragó saliva y trató de no ser demasiado dura.

—Pues nadie lo diría. No pudo evitar que se la llevaran. ¿Cómo va a lograr ahora que se la devuelvan?

Los ojos de Covenant se dilataron. Había puesto el dedo en la llaga. Pero no respondió. Parecía estar casi inhumanamente sereno.

—No la quieren a ella. Es sólo una manera de atraparme a mí.

—¿A usted? —¿Era efectivamente paranoico?— ¿Está usted tratando de decirme que todo esto ha ocurrido por causa de usted? ¿Por qué?

—Aún no lo he descubierto.

—No. Quiero decir. ¿Por qué cree que todo esto va contra usted? Si le querían a usted, ¿por qué no se lo llevaron? No habría podido impedírselo.

—Porque ha de ser un acto voluntario. —Su voz tenía el timbre de un cable sobretensado. Debería haber estallado hacía rato, pero no parecía que fuera a estallar—. No pueden forzarme. Tengo que hacerlo por voluntad propia. Joan... —Una ola de oscuridad nubló sus ojos—. Está en camino para ejercer presión. El ha de correr la suerte que yo pueda rechazar.

El. La respiración de Linden se hizo más pesada.

—Sigue usted diciendo él. ¿Quién es él?

Su manera de fruncir el entrecejo no le favorecía.

—Olvídelo. —Dijo, tratando de prevenirla—. Si no cree en personas poseídas, ¿cómo puedo lograr que crea en poseedores?

Linden encajó su advertencia, pero no en la forma que él intentaba hacerla. Sus insinuaciones alumbraron inesperadamente sus pensamientos, ya fuera por un esfuerzo de adivinanza o por la determinación que acababa de tomar. El había dicho: *Deberá encontrar la manera de hacerlo a mis espaldas*. Pues bien, si esto es lo que debería hacer, lo haría.

—Muy bien —dijo, mirándole como para aprobar sus intenciones—. No puedo hacerle entrar en razón. Pero, dígame sólo una cosa. ¿Quién era aquel viejo? Usted lo conocía.

Covenant le devolvió la mirada como si no quisiera contestar. Pero luego habló lentamente:

—Un presagio. O un aviso. Cuando él aparece, sólo hay dos opciones. Olvidarse de todo cuanto haya comprendido en su vida y abandonarse a la suerte, o agarrarse a su propia vida. El problema es... —Su tono adquirió una resonancia especial, como si tratara de decir algo más de lo que podía expresar en palabras—. No acostumbra a perder el tiempo con la clase de personas que se le escapan fácilmente. Y es posible que usted ya sepa dónde se está metiendo.

Con miedo de que hubiera adivinado su intención, Linden preguntó:

—¿Por qué no me lo dice?

—No puedo. —Su tensión había desaparecido, transformándose de nuevo en resignación—. Es como firmar un cheque en blanco. Esa especie de inconsciencia, temeridad, culpa o sea lo que sea, no significa nada si usted sabe de antemano de cuánto va a ser el cheque, tanto si lo firma como si no. ¿Hasta cuánto puede usted llegar?

—Bueno, en todo caso —dijo, encogiéndose—, no tengo intención de firmar cheques en blanco. He trabajado mucho para limpiar todo esto. Ahora me marchó a casa. —Linden rehuía su escrutinio—. El doctor Berenford quiere que coma. ¿Lo hará usted solo o quiere que se lo mande de vuelta?

Covenant no contestó a la pregunta.

—Adiós, Doctora Avery.

—Oh, Dios mío —protestó en un súbito arranque—. Probablemente me pasaré el día pensando en usted. Al menos, llámeme Linden.

—Linden —murmuró, con ausencia de toda emoción—. Me las apañaré.

—Lo sé —respondió ella, casi para sí misma. Y se marchó hacia aquella calurosa tarde. Yo soy la que necesita ayuda, pensó.

En el camino de vuelta a su apartamento, vio de nuevo a aquella mujer con los niños que proclamaban arrepentimiento; allí, en el mismo sitio.

Varias horas más tarde, cuando el sol comenzaba a ponerse, tiñendo las calles de color anaranjado y rosa, se hallaba nuevamente conduciendo. Se había duchado y vestido con una blusa de franela, pantalones vaqueros y unos fuertes zapatos deportivos. Conducía despacio, dándole tiempo a la tarde a oscurecer. Media milla antes de llegar a Haven Farm, apagó las luces.

Al dejar la carretera principal, se adentró en el primer camino vecinal, que conducía a una de las casas abandonadas. Luego aparcó el coche y cerró con llave para proteger su maletín médico y el bolso.

A pie, se acercó a la casa de Covenant. Hizo lo posible para esconderse entre los árboles que bordeaban la granja. Apostaba que iba a llegar tarde. Aquellas gentes que habían secuestrado a Joan podían haber hecho algo durante la tarde. Desde los árboles, se acercó cautelosamente a la pared lateral de la casa, donde encontró una ventana desde donde podía observar la sala de estar, sin exponerse a ser vista desde la puerta.

Las luces estaban encendidas. Con toda la precaución de que era capaz, pudo ver a Thomas Covenant. Se hallaba sentado en el centro del sofá con la cabeza agachada y las manos en los bolsillos, como si estuviera esperando algo. Las bolsas de los ojos se habían oscurecido, dándole el aspecto de un hombre acabado. Los músculos de su mandíbula se tensaban y relajaban alternativamente. Se esforzaba en mantener la calma; pero, de pronto, su tensión le empujó a levantarse. Empezó a andar en círculos alrededor del sofá y la mesita. Sus movimientos eran rígidos, negando toda debilidad de su corazón.

Para no espiarle continuamente, Linden abandonó la observación y se sentó debajo de la ventana, apoyada en la pared. Allí, en la oscuridad, esperaba con él.

No le gustaba lo que estaba haciendo. Aquello era violar su intimidad, algo inadecuado para ella. Pero su ignorancia y la obstinación de Covenant eran intolerables. Sentía la absoluta necesidad de comprender aquello que la había hecho acobardarse cuando se había enfrentado al caso de Joan.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Pocos minutos después de que se hubiera sentado, unos pasos se aproximaron a la casa.

Los latidos de su corazón casi la aterrorizaron. Pero estaba dispuesta a resistirlo todo. Cautelosamente, levantó la cabeza hacia la ventana. Justo en aquel momento, un puño llamaba a la puerta.

Covenant vaciló ante aquella llamada. El miedo se reflejaba en su cara. Su aspecto asustó a Linden. Era un individuo fuerte que parecía tener muchos valores que le fallaban a ella. ¿Cómo habría llegado a sentir tal temor?

Pero unos instantes después, él ahogó su miedo como si estuviera agarrando una

víbora por el cuello. Desafió su flaqueza y se dirigió a la puerta.

Antes de que llegara, la puerta se abrió. De la oscuridad exterior surgió un hombre solo. Linden pudo verlo claramente. Iba envuelto en una tela de arpillera a guisa de túnica. Llevaba ceniza en el pelo y las mejillas tiznadas. Aquella indumentaria destacaba la falta de vida de sus ojos, dándole la apariencia de un vampiro.

—¿Covenant? —Al igual que su semblante, su voz era cenicienta, muerta.

Covenant miró firmemente al hombre. Y pareció crecer en estatura.

—Sí.

—¿Thomas Covenant?

El escritor asintió impacientemente.

—¿Qué quiere usted?

—La hora del juicio ha llegado. —El hombre miraba hacia el fondo de la sala, como si fuera ciego—. El Maestro llama a su alma. ¿Viene usted?

La boca de Covenant emitió un gruñido.

—Su maestro sabe lo que puedo hacerle.

El hombre no reaccionó. Prosiguió como si su discurso hubiera sido ya preparado para el entierro.

—La mujer será sacrificada cuando se levante la luna llena. Hay que expiar los pecados. Ella pagará si usted no lo hace. Ésa es la orden del Maestro de la vida y de la muerte. ¿Va a venir conmigo?

¿Sacrificada? Linden se horrorizó. ¿Expiación? Toda la piel de su cuerpo ardía de indignación. Pero ¿qué demonios...?

Los hombros de Covenant se plegaron. Sus ojos llamearon cargados de amenazas.

—Iré.

Ningún indicio de conciencia animó las grises facciones de aquel hombre. Se volvió como una marioneta y se retiró.

Por un momento, Covenant permaneció quieto, con los brazos cruzados sobre el pecho como para ahogar un grito, la cabeza inclinada hacia atrás mostrando la aflicción y el desamparo que marcaban su cara.

Pero luego, se movió con una violencia que sorprendió, o más bien aterró, a Linden. Con su media mano se abofeteó la cara y bruscamente se adentró en la oscuridad, detrás de su convocante.

Linden estaba tan aturdida que casi perdió la oportunidad de seguirlos. ¿El Maestro? ¿Sacrificio? Temores y dudas poblaban su piel como insectos. El hombre vestido de saco parecía tan insistente... y más desalmado que cualquier animal. ¿Drogas? ¿O...?

Aunque él la ataque...

¿Estaba Covenant en lo cierto? ¿Acerca del viejo, acerca de ser poseído? ¿Acerca

del propósito...? *Es sólo una manera de tenerme a mí.*

¿Sacrificada?

¡Oh, Dios mío! El hombre de la arpillera parecía un loco peligroso. ¿Y Covenant? Covenant era capaz de cualquier cosa.

El tratar de adivinar lo que él iba a hacer la dejó paralizada. Su temor por él se abrió paso a través de su aprensión personal y la llevó a doblar rápidamente la esquina de la casa en su persecución.

El mensajero le condujo hacia los bosques, lejos de la carretera y de la casa. Linden podía oírlos en la espesura; sin luz, no podían ir muy deprisa. Acomodando su vista, logró verlos, moviéndose como sombras en la jaspeada oscuridad. Linden los siguió.

Caminaban ciegamente a través del bosque, subiendo colinas y deslizándose en los valles. No usaban sendero alguno. Linden tenía la impresión de que seguían una dirección tan recta como una plomada hacia su destino. Y mientras se movían, la noche parecía cabalgar a su alrededor, siendo más hostil a medida que su cansancio aumentaba. Los árboles y los arbustos se volvían malévolos, como si estuviera pasando a un bosque contiguo, a un lugar de riesgos y crueles intenciones.

Luego apareció una colina. Covenant y el mensajero ascendieron, desapareciendo en la cresta, dentro de un extraño resplandor de luz anaranjada que los sacó de la oscuridad para volver a sumergirlos, como en un instante de transición. Advertida por aquel breve fulgor, Linden subió por la colina lentamente. La tensión de sus nervios parecía hacerse visible en la oscuridad. Recorrió a gatas los últimos metros protegiéndose con la cobertura de los hierbajos.

Cuando su cabeza asomó por la cresta, una llamarada de luz cegó sus ojos. Un fuego invisible ardió en su rostro como si de pronto hubiera traspasado la frontera de los sueños. Por un instante, se quedó paralizada, en silencio. La noche engullía todo sonido, dejando el aire vacío de vida.

Parpadeando furiosamente, pasó al otro lado de la colina.

Ante ella había un profundo barranco rocoso. Sus linderos carecían de hierba, matas o árboles, como si hubiera sido regado con ácido.

En el fondo del barranco ardía una hoguera. Sus llamas se elevaban con imprudencia, se agitaban como locas; pero no hacían ruido. Al contemplar el espectáculo, Linden pensó que se había quedado sorda. Era imposible que aquel fuego no produjera el menor sonido.

Cerca de la hoguera había una roca plana de unos tres metros de ancho, en la que se había pintado un gran triángulo rojo, del tono de la sangre fresca.

Joan yacía con la espalda apoyada en la roca, entre el triángulo. No se movía, parecía estar inconsciente. Sólo un leve movimiento de su pecho contra su camisa demostraba que estaba viva.

Había gente agrupada a su alrededor; veinte o treinta de ellos. Hombres, mujeres y niños, todos vestidos de arpillera, y todos enmascarados de gris, como si se hubieran revolcado en la ceniza. Eran tan flacos como las imágenes de gente hambrienta que acostumbramos a ver. Sus miradas vagas daba la sensación de que sus mentes, habían sido extirpadas, dejando unos ojos que habían perdido todo vestigio de voluntad o espíritu. Incluso los niños se movían como autómatas, sin hacer el menor ruido.

Sus caras se habían vuelto hacia un lugar, a la izquierda de Linden.

Hacia donde estaba Thomas Covenant.

Se hallaba a la mitad de la ladera, mirando el fuego a través de aquellas rocas desnudas. Con las manos cerradas en los costados y la cabeza combativamente inclinada hacia adelante. Su pecho estaba abombado como lleno de acusaciones.

Ninguno se movió, habló o pestañeó. El ambiente era tenso y silencioso, invadido por la violencia latente.

De súbito, Covenant emitió un grito.

—¡Estoy aquí! —Su garganta hacía retumbar cada palabra como si se inflingiera una herida a sí mismo—. ¡Dejadla libre!

Un movimiento atrajo nuevamente la atención de Linden hacia el fondo del barranco, Un hombre más moreno que los demás cambió de posición, colocándose junto al triángulo donde se hallaba Joan. Levantó los brazos exhibiendo una larga daga, curvada que sostenía con su mano derecha. Con una voz aguda y extraña como la de un hombre al borde del éxtasis, gritó:

—¡Es la hora! ¡Somos la voluntad del Maestro de la vida y la muerte! ¡Ésta es la hora de retribución, de purificación y de sangre! ¡Abramos el camino a la presencia del Maestro!

La noche absorbió aquella voz, dejando en su lugar un silencio absoluto. Durante un momento, no ocurrió nada.

Covenant dio un paso hacia adelante. Luego se quedó quieto.

Una mujer, cerca del fuego, inició un movimiento vacilante. Linden casi dejó escapar un grito al reconocer a la mujer que había visto en los escalones del Palacio de Justicia propagando el arrepentimiento. Con sus tres hijos detrás de ella, se aproximó a la hoguera.

Se inclinó ante el fuego y puso su mano derecha en las llamas.

Un chillido de dolor rompió el silencio. Seguidamente se alejó del fuego y cayó sobre aquel suelo desnudo. Parecía que estaba agonizando.

Un trémulo rojo recorrió las llamas, como un espasmo de deseo. El fuego parecía crecer como alimentado por el dolor de la mujer.

Los músculos de Linden se crisparon, empujándola a levantarse. Quería proclamar su horror, detener aquella atrocidad. Pero sus piernas no le respondían.

Estaba sobrecogida por las imágenes de desesperación y de maldad que veía por todas partes. Toda aquella gente era igual que Joan.

Luego la mujer se incorporó nuevamente y se mantuvo tan callada como si los nervios de aquella mano quemada hubieran sido extirpados. Su mirada se volvió hacia Covenant en una compulsión, como ejerciendo su demanda contra él.

El mayor de sus hijos tomó su lugar en la hoguera.

¡No!, gritó Linden tratando inútilmente de romper el silencio.

El joven se inclinó y extendió su flaco brazo hacia el fuego.

Su sollozo rompió el corazón de Linden, dejándola jadeando en su abominación e impotencia. No podía moverse ni mirar a otra parte. Sólo una angustia sin calificativo la dominaban.

La hermana menor del muchacho hizo lo mismo, como si aquel sufrimiento no significara nada para ella. Y el tercero siguió en su momento, rindiendo su carne sin vida, animada sólo por la inmolación.

Linden deseaba marcharse. La rígida expresión de Covenant indicaba el mismo deseo. Pero el fuego los detenía. A cada contacto con la carne, destellaba su codicia y las llamas crecían.

En el centro de la fogata, algo empezó a tomar forma.

Más y más gente acudió a sacrificar sus manos. A medida que lo hacían la figura se perfilaba. Era parte de las llamas; pero el fulgor rojo dibujaba un hombre con vestidura ondulante. Aparecía como pintado en sangre, con los brazos cruzados sobre su pecho, creado a partir del fuego por el dolor y el abandono.

El líder, con su cuchillo, se arrodilló y gritó:

—¡Maestro!

Los ojos de aquella figura eran como garras amarillentas amenazando venenosamente desde las llamas. Su malignidad hería directamente a Linden, como un asalto a su sano juicio, a su concepto de la vida. Eran feroces y deliberadamente sembradores de mal y de corrupción. Nunca en su vida había sido testigo de tan palpable odio.

Entre la pasividad de la gente, oyó que Covenant gritaba furiosamente:

—¡Malvado! ¿También los niños?

Pero su furor no pudo penetrar en el aturdimiento que la paralizaba. Para ella, el contrapunto del silencio eran sólo los gritos de los quemados.

Luego la luna empezó a elevarse, dibujando en la cresta opuesta de la colina un ribete de color hueso y mirando de reojo al fondo del barranco.

El hombre del cuchillo se puso en pie. Nuevamente levantó los brazos, bandeando su daga. Se estaba aproximando a su clímax. Finalmente, en una voz que parecía un aullido, gritó:

—¡Es la hora del Apocalipsis! ¡El Maestro ha venido a nosotros! La condena está

ahí para aquellos que niegan Su voluntad. Ahora seremos testigos de Su venganza contra el pecado y la vida, nosotros que hemos esperado y sufrido en Su nombre: Aquí cumplimos la misión que se nos ha dado. Hemos tocado el fuego y hemos sido redimidos, —luego la voz se levantó hasta alcanzar el tono de los que chillaban al tocar el fuego—. ¡Ahora convertiremos toda maldad en sangre y tormento eterno!

«Es un demente». Linden acariciaba este pensamiento, esforzándose a creer que todos aquellos personajes eran fanáticos y salvajemente manipulados por su privación y su temor. «Todos ellos están locos». «Esto es imposible». Pero no podía moverse.

Y Covenant tampoco se movía. Ella anhelaba hacer algo por él, interrumpir el trance de alguna forma, rescatar a Joan, salvarse a sí misma. Pero él seguía inmóvil, mirando el fuego, como si estuviera atrapado entre el salvajismo y la impotencia.

La figura del fuego creció. Sus ojos hechos de llamas eran como dos cicatrices gemelas de maldad que apostaban todas las cosas con su desprecio. Su brazo derecho hizo una señal como de ejecución de la sentencia.

Al instante, el hombre de piel oscura cayó de rodillas. Inclinandose sobre Joan, desnudó su cuello. Ella yacía sumisa, frágil y perdida. La piel de su cuello parecía brillar a la luz del fuego en una petición de ayuda.

Temblando como si estuviera embriagado o aterrorizado, el hombre colocó la hoja del cuchillo en el blanco cuello de Joan.

Ahora todos estaban completamente pendientes de él. Parecían haber perdido todo interés por Covenant. El silencio era aterrador. Las manos del hombre se agitaban, sacudidas por una voz.

—¡Basta! —gritó Covenant—. ¡Ya habéis hecho bastante! ¡Dejadla ir!

Los funestos ojos de fuego se encararon a él, clavándose en su cara tratando de denigrarlo. El hombre que sostenía el cuchillo en la garganta de Joan, volvió la mirada hacia arriba.

—¿Dejarla ir? ¿Por qué?

—¡Porque no tenéis que hacer eso! —El tono de su voz era a la vez colérico y suplicante—. No sé qué os ha llevado a esto. No sé como os ha tratado la vida. Pero no tenéis que hacerlo.

El hombre no vaciló. Los ojos del fuego se fijaron en él. Con lentitud, su mano libre agarró el pelo de Joan.

—¡Está bien! —gritó Covenant inmediatamente—. Acepto. Yo por ella.

—No. —Linden se esforzó en gritar, pero su grito fue tan sólo un susurro—. No.

Los adoradores estaban tan silenciosos como las piedras.

Lentamente, el hombre del cuchillo se puso en pie. Sólo él parecía tener la capacidad de sentir el triunfo. Con una sonrisa feroz, dijo:

—Es tal como el Maestro prometió.

Luego dio unos pasos hacia atrás, al mismo tiempo que Joan experimentaba un

temblor en todo su cuerpo. Ella levantó la cabeza y miró a su alrededor. Su cara estaba libre de toda posesión. Moviéndose con dificultad, logró levantarse. Aturdida y temerosa, deseaba escapar hacia algo que pudiera comprender.

Luego vio a Covenant.

—¡Tom!

Saltó de la piedra y corrió hacia él.

El la levantó, rodeándola con sus brazos, como si no pudiera soportar perderla. Pero luego, bruscamente, la dejó.

—¡Vete a casa! —ordenó—. Todo ha terminado. Ahora estás a salvo.

Señalándole la dirección, la urgió a que se moviera con rapidez.

Joan se detuvo y con la mirada, le imploró que se marchara con ella.

—No te preocupes por mí. —Una extraña ternura suavizó su tono—. Ahora estás a salvo. Eso es lo importante. Yo sabré cuidar de mí.

Trató de sonreír, aunque sus ojos delataban su tristeza. La luz de la hoguera formaba sombras de autodesafío en su cara. Y aún su sonrisa denotaba tal valor y lamento, al mismo tiempo, que su evidencia despedazó el corazón de Linden.

Arrodillándose con la cabeza inclinada y lágrimas en las mejillas, casi se dolía de que Joan hubiese abandonado la roca. No podía soportar ver a Covenant bajar hacia el fondo. Soy *la única persona que puede ayudarle*. Estaba cometiendo un suicidio.

Suicidio. El padre de Linden se había matado. Su madre se había empeñado en morir. Su repulsión hacia estas cosas era una obsesión constante.

Pero Thomas Covenant había escogido la muerte. Y había sonreído. Por Joan.

Linden jamás había visto que una persona se sacrificara tanto por otra.

No podía resistirlo. Tenía todavía demasiada sangre en sus manos. Secándose las lágrimas de los ojos, miró lo que sucedía.

Covenant se andaba entre la gente como si ya no le quedara ninguna esperanza. El hombre del cuchillo le guiaba hacia el triángulo de sangre. Los ojos del fuego le seguían con avidez.

Era demasiado. En un apasionado arranque, Linden rompió su resistencia y dio un salto mirando hacia arriba.

—¡Aquí, aquí! —gritó—. ¡Policía, rápido! ¡Están aquí! —Linden movía los brazos levantados como si hiciera señales a alguien que estaba detrás.

Los ojos del fuego se clavaron en ella inmediatamente y, en un instante, se sintió completamente vulnerable, con sus secretos expuestos y devorados. Pero ignoró los ojos. Empezó a bajar, temiendo que los adoradores creyeran que estaba sola.

Covenant, en el triángulo, se dio la vuelta. *No*.

La gente empezó a gritar. La carga de Linden parecía haber roto el trance del fuego. Se sembró la confusión entre los adoradores, que corrieron en todas direcciones. Escapaban como si ella hubiera esparcido su repugnancia. Por un

instante, tuvo esperanzas.

Pero el hombre del cuchillo no desfalleció. La cólera del fuego lo exaltó. Empujó bruscamente a Covenant contra la roca, al tiempo que lo golpeaba para mantenerlo allí.

¡El cuchillo...! Covenant se hallaba demasiado aturdido para moverse.

Linden se lanzó contra el hombre, agarrándole los brazos. Pero era fuerte y además, las cenizas que lo cubrían le hacían resbaladizo, por lo que se soltó con facilidad.

Covenant hizo un esfuerzo para intervenir. El hombre, sin vacilar, lo golpeó y lo sujetó con una mano, mientras levantaba el cuchillo con la otra.

Linden atacó de nuevo, bloqueando el cuchillo. Sus uñas arañaron la cara del hombre.

Aullando, dio a Linden un codazo que la dejó tendida sobre la roca.

Todo se ennegreció. La oscuridad la invadió por todas partes.

Vio el destello del cuchillo.

Luego los ojos del fuego la abrasaron y se encontró perdida en un triunfo amarillo que rugía como el horno del sol.

Primera parte

LA NECESIDAD

CUATRO. «Tú eres mío»

Una roja agonía se enclavó en el centro del pecho de Tomás Covenant. Sentía que estaba llorando. Pero el fuego era demasiado brillante. No podía oírse a sí mismo. La llama se introducía en su cuerpo a través de la herida, delimitando un territorio de dolor. No podía luchar contra aquello.

No quería luchar contra aquello. Había salvado a Joan. Salvado a Joan. Este pensamiento se repetía, una y otra vez, en su interior, consolándolo de la incontestable violencia de la lesión. Por primera vez en once años estaba en paz con su ex-esposa. Había reparado la vieja deuda hacia ella hasta el límite de la muerte. Había dado todo cuanto poseía para restituir el incondenable crimen de su leprosidad. No se le podía pedir nada más.

Pero el fuego emitía una voz. Al principio era demasiado débil para ser inteligible. Resonaba en sus oídos como el crujido de las piedras. La inhalaba con cada ejercicio de su dificultosa respiración. Reverberaba a lo largo de la conflagración que tenía lugar en su pecho; pero gradualmente se hizo más clara, musitando palabras tan pesadas como piedras.

Tu voluntad es mía—
No tienes esperanza de vida sin mí,
No tienes ni vida ni esperanza sin mí.
Todo es mío.

Tu corazón es mío—
No hay amor ni paz en ti.
Ni paz ni amor.
Todo es mío.

Tu alma es mía—
No puedes soñar en tu salvación.
No puedes rogar por tu salvación.
Tú eres mío.

La arrogancia de esas palabras le llenaban de repulsión. Conocía aquella voz. Había empleado diez años esforzándose en luchar contra ella. Agarrándose a la verdad del amor y del odio que le hicieron posible controlarla. Y aún tenía poder para asustarlo. Lo llenó de la complacencia en miseria propia de los leprosos. El lo reclamaba y no le soltaría fácilmente. Ahora quería luchar. Quería vivir. No podía permitir que aquella vez lo dominara.

Pero, el cuchillo le había herido demasiado profundamente; la herida era completa. Un entumecimiento general le invadía y el fuego rojo fue convirtiéndose en neblina. No tenía pulso, no podía recordar como se respiraba. No podía...

Luego recordó a Linden Avery.

¡Demonios!

Ella lo había seguido, a pesar de que le había advertido del hecho de que había sido escogida para jugar algún papel esencial. Había sido brusco con ella. Pero su enfado había sido ineficaz para cambiar la determinación de Linden de meterse en asuntos que no podía comprender. Y sin embargo, era la primera mujer que había encontrado en diez años, que no tuviera miedo de él.

Y allí estaba, caída a su lado, por haber tratado de salvar su vida. Aquel hombre la había golpeado; el fuego la había cubierto cuando trataba de alcanzarle.

¡Y si fuera enviada al Reino...!

Desde luego, allí iba. ¿Qué otra cosa hubiera pretendido el viejo mendigo?

Pero ella no tenía ni conocimiento ni poder para defenderse, ni manera de comprender lo que le estaba ocurriendo.

A ciegas, Covenant hizo un esfuerzo para superar aquel entumecimiento. Resistió la voz. Linden había tratado de salvar su vida. No podía permitir que ella afrontara, sola, tal condena. Su corazón albergaba la ira por la brutalidad de aquel pacto. ¡Por el Infierno! Murmuró con rabia para sus adentros. ¡No puedes hacerme esto!

De pronto, surgió un rebrote del fuego, pura llama blanca; el fuego que necesitaba. Se concentró en la herida de daga, introduciendo el calor en su tórax, como un apoteosis o un cauterio. Su corazón, sus pulmones, su media mano y todo su cuerpo estaban siendo martirizados por aquel calor. Su ira llegó al máximo.

Luego la crisis cesó y un palpable alivio se hizo sentir en su cuerpo. El dolor remitió, permitiéndole moverse y agarrarse a la piedra. La niebla se arremolinaba maliciosamente, pero sin rozarlo.

—Ah, veo que todavía sigues obstinado. —La voz era tan parecida a la suya que más podía creerse que la producía su propio cerebro que aquel aire cargado de esencia de rosas—. Obstinado más allá de mis más profundos deseos. De un golpe, acabas de confirmar tu propia impotencia. Mi voluntad domina ahora, y tú estás perdido. ¡Rastrero!

Covenant vaciló ante la virulencia de aquel sonido.

El Amo Execrable.

—¿No te gusta el título que te he concedido? —El Despreciativo hablaba suavemente, casi susurrando, pero su suavidad sólo acentuaba su rabia—. Te vas a hacer merecedor de él. Nunca habías estado bajo mi dominio hasta este extremo. Crees que has estado a punto de morir. ¡Eso es falso, Rastrero! No voy a permitir que mueras. He de obtener todavía muchos beneficios de tu vida.

Covenant quería esparcir la niebla, quitársela de encima. Pero estaba demasiado débil. Yacía en la piedra como si sus extremidades se hubieran desangrado. Necesitaba mucha fuerza de voluntad para que su voz tomara vida de nuevo.

—No te creo —dijo, jadeando—. No puedes ser tan estúpido como para ensayar nuevamente ese juego.

—Ah, no me crees —respondió mofándose—. Pues, si lo dudas, te sacaré el alma de tus huesos.

—¡No! —murmuró Covenant en silencio. He tenido diez años para comprender lo que ocurrió la última vez. No puedes hacerme lo mismo ahora.

—Ahora vas a arrastrarte ante mi —prosiguió el Despreciativo—, y puedes alegrarte de ello. Tu victoria sobre mi no fue gran cosa. Y me ha valido de mucho. Los planes que hice en mi tiempo de espera han empezado a dar fruto. El tiempo ha sido alterado. El mundo ya no es el que fue. Todo ha cambiado, *Incrédulo*, incluso tú. —La niebla hacía de la palabra *Incrédulo* un nombre de soberano desdén—. Ya no eres libre. Te has vendido por esa miserable mujer que te aborrece. En el momento que aceptaste su vida te has convertido en mi herramienta. Una herramienta no escoge. ¿No te expuso mi Enemigo la necesidad de ser libre? Tu presencia me da ahora fuerzas para dominarte.

Covenant desistió de discutir. El Amo Execrable decía la verdad. Había perdido la libertad al cambiarse por Joan. Se había comprometido a algo cuyo alcance no podía medir. Quería gritar; pero su cólera era demasiado intensa para permitirle demostrar tal debilidad.

—Tú y yo somos enemigos —prosiguió el Execrable—. Enemigos hasta el fin. Pero el fin tuyo, *Incrédulo*, no el mío. Tienes que hacerte a esta idea. Durante siglos he estado enterrado en el Reino, que aborrezco incapaz de nada, excepto de repudiar esta tierra. Pero me he rehabilitado a tiempo. Me he estado preparando para un período casi igual de largo, y cuando las cosas lleguen a su fin, tú serás el instrumento de mi victoria.

Covenant echaba maldiciones en la espesa niebla y al vitriolo del Amo Execrable. Pero su idea era clara. «¡No te lo permitiré!».

—Ahora, escúchame, Rastrero. Escucha mi profecía. Es sólo para tus oídos. ¡Mira! No queda nadie en el Reino a quien puedas comunicársela.

Esto le hirió. ¿Nadie? ¿Qué les había ocurrido a los Amos? Pero el Despreciativo siguió implacablemente, mofándose de Covenant.

—No, solamente te lo digo a ti. Empieza a temblar, porque el mal que puedas juzgar más terrible está sobre tu cabeza. Tu última victoria no sirvió de nada, excepto para preparar el camino para este momento. Soy el Amo Execrable, el Despreciativo, y digo te única verdad. A ti te lo digo: ¡La magia de tu anillo ya nada puede contra mí! Ya no puede servirte. No hay poder suficiente.

«Incrédulo, no puedes oponerte a mí. Al final sólo tendrás una opción, y te aseguro que la aceptarás en tu desesperación. Voluntariamente vas a poner en mi mano el anillo de oro blanco.

¡No! —gritó Covenant—. ¡No! Pero su voz no pudo llegar al Execrable, que mantenía su certeza.

—Sabiendo esto, haré uso de este poder para destruir la Tierra. Tú lo vas a depositar en mi mano y no habrá ocasión ni esperanza en el Arco del Tiempo para que puedas evitarlo.

«¡Sí, tiembla, Rastrero! ¡Estás en vísperas de una desesperación que va más allá de todo cuanto tu maldito corazón mortal puede soportar!

Aquel susurro apasionado amenazaba aplastar a Covenant contra la piedra. El maldecía entre sollozos, pero no tenía fuerzas para deshacer el nudo de su garganta.

Luego, el Amo Execrable empezó a reír entre dientes. El aire se impregnaba de olor a muerte. Por un momento, Covenant sintió; como si los músculos de su tórax se quebraran.

Pero luego la burla se alejó de él. El viento se cernió sobre ella, llevándose la niebla. El viento era frío, como si un temblor de risa cabalgara sobre él, resonando en silencio; pero la atmósfera se iba aclarando hasta que desapareció la niebla.

Covenant yacía sobre su espalda bajo un cielo brillante y un extraño sol.

El sol estaba alto en el cielo. El brillo central de su luz le era familiar, reconfortante. Pero estaba coronado de azul como un anillo de zafiros; y su radiación iluminaba el resto del espacio dándole una textura de seda.

Covenant lo miró de soslayo, en silencio; demasiado aturdido para moverse o reaccionar. *De tu propia voluntad.* El aura del sol le molestaba de una forma que no podía definir. *Los planes que hice en mi tiempo de espera...* Moviéndose como si tuviera una mente propia, su mano derecha se acercó lentamente al lugar donde el cuchillo se había clavado.

Sus dedos estaban demasiado entumecidos para indicarle algo. Pero podía sentir su presión en el pecho. Pudo sentir su contacto al deslizarse hacía el centro de su camisa.

No había dolor.

Retiró la mano y quitó la vista del cielo para mirar sus dedos.

No había sangre.

Reuniendo fuerzas, levantó su espalda para quedarse sentado. Por un momento, tuvo que apoyarse con los brazos. Parpadeando por el brillo del sol, forzó su vista para enfocarla a su pecho.

Su camisa estaba cortada. Una raja del ancho de su mano apareció justo por debajo del esternón. Dejaba ver en su piel la línea blanca de una nueva cicatriz.

Se quedó mirándola, asombrado. ¿Cómo...?

Todavía sigues obstinado. ¿Se había curado a sí mismo? ¿Magia indomeñable?

No lo sabía. No había sido consciente de usar ningún poder. ¿Lo habría hecho inconscientemente? Una vez, el Amo Superior Mhoram le había dicho: *Tú eres el oro blanco*. ¿Significaba esto que era capaz de utilizar su poder sin proponérselo? ¿Sin tener control sobre él? ¡Demonios!

Pasó largo rato antes de darse cuenta de que se hallaba frente a un parapeto. Estaba sentado en un lado de una losa redonda, rodeada por una pared baja, a la altura de su pecho, según la posición en que se encontraba.

Una sacudida del recuerdo lo sacó de su estupor. Conocía aquel lugar.

La Atalaya de Kevin.

Por un instante se preguntó: ¿Por qué aquí? Pero luego, un encadenamiento de ideas lo dejó asombrado. Se volvió y vio a Linden inconsciente.

Estuvo a punto de desmayarse él también al verla. Linden yacía, completamente inmóvil, con los ojos abiertos, pero sin ver nada. Su pelo caía sobre su cara completamente enmarañado.

Detrás de su oreja izquierda, brotaban gotas de sangre.

Tú eres mío.

De pronto, Covenant empezó a sudar en aquel aire frío.

La cogió por los hombros. La sacudió. Luego le tomó la mano izquierda y empezó a frotarle la muñeca. Su cara adquirió una expresión de protesta. Luego, un sollozo tensó sus labios. Empezó a contorcerse. Le soltó el brazo y le colocó las manos a los lados de la cara para evitar que se diera un golpe contra la piedra.

Bruscamente, su mirada se avivó, aspiró un gran sorbo de aire y emitió un grito ensordecedor. Sonó de una manera especial en aquel inmenso espacio y bajo aquel extraño sol anillado de azul.

—¡Linden! —gritó. Ella tomó aire para volver a gritar—. ¡Linden!

Sus ojos se fijaron en él. Tenían un brillo de terror o de cólera, como si él la hubiera amenazado con la lepra.

Con toda fiereza, le golpeó en la mejilla.

El retrocedió, más por la sorpresa que por el dolor.

—Tú, bastardo —dijo ella, incorporándose sobre sus rodillas—. ¿Ni siquiera has tenido valor para seguir viviendo? —e inhaló profundamente para seguir insultándolo. Pero, antes de que pudiera deshacerse de su ira, sus facciones cambiaron. Se puso las manos en la boca y luego las extendió cubriendo su cara. Con una mueca burlona, dijo—: ¡Oh, Señor!

Covenant la observaba confuso. ¿Qué le había ocurrido? Quería pedirle que se explicara en seguida. Pero la situación era demasiado compleja. Y ella no estaba en absoluto preparada para eso. Recordó vividamente su primera aparición en aquel lugar. Si Lena no le hubiera tendido la mano, hubiera muerto de vértigo y locura. Era

demasiado para que cualquier mente lo aceptara. Si al menos ella le hubiera hecho caso, se hubiera mantenido lejos del peligro...

Pero ella no le había escuchado. Ahora estaba allí, en necesidad de ayuda. No sabía la magnitud del peligro. Para su bien, se esforzó a hablarle con dulzura.

—Usted quería comprender y yo le iba diciendo que no estaba preparada. Ahora piense que tendrá que comprenderlo, lo quiera o no.

—Covenant —murmuró entre sus manos—. Covenant.

—Linden. —Cuidadosamente la cogió por las muñecas, haciendo que bajara los brazos.

—Covenant... —Su cara quedó al descubierto ante él. Sus ojos eran pardos, profundos y húmedos, con una oscuridad producida por el temor. Se apartaron un momento para fijarse nuevamente en él—. He debido estar soñando. —Su voz temblaba—. Creí que era mi padre.

El sonrió por ella, aunque el esfuerzo repercutiera en sus dolidos huesos. ¿Padre? Quería seguir con aquello, pero desistió. Había otras cuestiones más inmediatas.

Pero antes de que pudiera construir una pregunta, ella empezó a centrarse. Se ordenó el pelo con las manos, retirando la izquierda cuando se tocó la oreja herida. Por un momento, se quedó mirando sus dedos manchados de sangre. Luego volvieron a su memoria los recientes acontecimientos. Bruscamente, dijo, con sonidos entrecortados:

—El cuchillo. —Su urgencia era casi un ataque—. He visto... En seguida se fijó en su pecho, levantó su camisa y vio la nueva cicatriz debajo del esternón. Se quedó aterrada. La tocó y retiró la mano. Su voz era un ronco susurro. —No es posible.

—Escuche —dijo él, levantándole la cabeza, haciendo que sus ojos se fijaran en él. Quería, ante todo, prepararla—. ¿Qué le ha pasado? Aquel hombre la atacó. El fuego se nos vino encima. ¿Qué ocurrió después?

—¿Qué le ha pasado a usted?

—Cada cosa a su tiempo. —La necesidad de mostrarse firme y seguro hizo que su voz sonara algo dura—. Hay muchas otras cosas que tiene que comprender en primer lugar. Déme una oportunidad. Dígame qué ha pasado.

Ella le esquivó. Su cuerpo entero rechazaba la pregunta. Un dedo tembloroso apuntó a su pecho.

—Eso es imposible.

Imposible. En aquel momento, pudo haberle hablado de muchas imposibilidades; pero se contuvo, permitiéndose responder solamente:

—Eso es lo que se llama ser poseído.

Ella acogió penosamente su mirada. Luego cerró los ojos y con voz suave dijo:

—He debido estar inconsciente. Soñaba con mis padres.

—¿No ha oído nada? ¿Una voz lanzando amenazas?

Sus ojos se abrieron con sorpresa.

—No. ¿Debía oírla?

Covenant bajó la cabeza para disimular su turbación. ¿Acaso el Despreciativo no le había hablado a ella? Sus implicaciones, a la vez, le consolaban y le asustaban. ¿Era ella, de alguna forma, independiente de él? ¿Libre de su control? ¿O es que estaba ya muy segura de ella?

Cuando Covenant volvió a levantar la vista, la atención de Linden se había desviado hacia el parapeto, el sol, el cielo, etc. Lentamente su cara parecía congelarse. Se puso en pie y preguntó:

—¿Dónde estamos?

Cogió sus brazos y la hizo sentarse frente a él.

—Míreme. —Su cabeza giraba de una parte a otra como negando inconscientemente. Había abundancia de cuestiones a aclarar. Pero en ese momento, la necesidad de respuesta que su rostro exigía dominaba todo lo demás—. Doctora Avery. Había impureza en el aire. Lo sabía por experiencia. Y si no le ayudaba ahora, puede que nunca pudiera hacerlo. Míreme.

Su demanda exigente la hizo volver la mirada con brusquedad.

—Puedo explicarlo. Déme una oportunidad.

La voz de ella se oyó afilada como un cuchillo:

—Bien, pues, explíquese.

Lleno de vergüenza, él se quedó vacilante. Linden estaba ahí por su culpa y, además, no la había preparado para ello. Sin embargo, se esforzó para afrontar la situación de manera directa.

—No pude decírselo antes. —La dificultad de lo que tenía que decirle hizo su tono más brusco—. No había manera de que pudiera comprenderlo. Y ahora, es tan complicado...

Sus ojos cayeron sobre él como garras.

—Hay dos explicaciones completamente distintas —dijo, tan lentamente como pudo—. Desde dentro y desde fuera. La segunda es más fácil de aceptar. —Aquí respiró profundamente—. Usted y yo estamos todavía en aquel triángulo. —Una mueca tensó sus magulladuras—. Estamos inconscientes, y mientras estamos en este estado soñamos. Estamos compartiendo un sueño.

Su semblante expresaba incredulidad. Pero él se apresuró a añadir:

—No es tan misterioso como usted cree. Mucha gente tiene cosas en común. Por esto algunos de nuestros sueños constituyen un patrón que otras personas pueden reconocer.

«Esto es lo que nos sucede. —Covenant iba soltando palabras, no para convencerla, sino porque él sabía que necesitaba tiempo, que necesitaba una respuesta, aunque fuera insuficiente, para poder superar el primer impacto de su

situación—. Compartimos un sueño y no somos los únicos —prosiguió, impidiéndole toda oportunidad de expresar su incredulidad en palabras—. Joan tuvo fragmentos del mismo sueño. Y aquel anciano, el que usted salvó, también está implicado en esto. Todos estamos involucrados en el mismo proceso inconsciente.

La mirada de Linden se desvió y él dijo:

—¡Siga mirándome! Tengo que decirle de qué clase de sueño se trata. Es peligroso. Puede hacerle daño. Todas aquellas cosas enterradas en nosotros son poderosas y violentas. Y aquí saldrán a la superficie. La parte oscura o, digamos, nuestro lado destructivo, aquello que llevamos encerrado durante toda nuestra vida, aquí se queda en libertad. Todo el mundo se odia a sí mismo en alguna medida. Aquí, este odio se personifica, se exterioriza, tal como ocurre en los sueños. El se llama a sí mismo Amo Execrable, el Despreciativo, y quiere destruirnos.

«El es de quién Joan hablaba. El Amo Execrable. Y esto es lo que el anciano quería decir: “Aunque te ataque. Sé fiel”. Se fiel a ti misma, no sirvas al Despreciativo. No permitas que te destruya. Esto es lo que debemos hacer. —Quería que ella aceptara las consecuencias de lo que estaba diciendo, aún en el caso de que no creyera sus explicaciones—. Debemos estar sanos y mantenernos firmes, defender lo que somos, lo que creemos y lo que queremos, hasta que se acabe. Hasta que recobremos la conciencia.

Covenant hizo una pausa para darle tiempo.

Los ojos de Linden se fijaron en su pecho, como si aquella cicatriz fuera una prueba de lo que estaba escuchando. En su cara se dibujaron sombras de miedo. El se sintió de pronto seguro de que Linden estaba ya, de alguna manera, familiarizada con la egofobia.

Entonces ella, en plena tensión, dijo:

—Esto ya le ha ocurrido a usted antes.

El asintió.

Linden no levantó la cabeza.

—¿Y lo cree?

El quiso responder: Parcialmente. Si ponemos ambas explicaciones juntas, el conjunto es lo que creo. Pero en aquella situación, no podía turbarla con ambigüedades. En su lugar, optó por levantarse y llevarla consigo a dar una ojeada al paisaje, desde la Atalaya.

Linden se resistió.

Se hallaban en una especie de plataforma de piedra que daba la impresión de estar suspendida en el aire, y el espacio que los rodeaba era tan inmenso como si estuvieran colgados del pico de una cordillera. Aquel sobrenatural halo solar daba un tinte tenebroso al inmenso mar de nubes que se extendía muy por debajo de ellos, unas nubes que cubrían la tierra, de horizonte a horizonte.

Un espasmo de vértigo sobresaltó a Covenant. Recordó de pronto que se hallaba a más de mil metros sobre el nivel de los valles; pero se propuso ignorar el inminente pánico que le envolvía para concentrarse en Linden.

Ella estaba atónita, rígida. Aquel salto brusco, sin transición, de una noche en los bosques a una mañana en aquella cumbre, la sobrecogió. El quería rodearla con sus brazos, proteger su cara colocándola sobre su pecho; pero sabía que no podía hacerlo. No podía hacerle sentir algo que una vez estuvo a punto de destruirlo a él. Tenía que sobrevivir por sí misma. Le hizo dar la vuelta para mirar en la dirección opuesta.

Las montañas que asomaban dramáticamente al otro lado, parecían querer abofetearla. Se levantaban por encima de las nubes, a un tiro de piedra de la Atalaya. Sus picos eran toscos y puntiagudos. Desde el precipicio posterior de la Atalaya, se extendían a ambos lados, formando como una cuña, elevándose más y más en la distancia. Pero a la derecha, un aguijón de la cordillera aparecía entre las nubes para volver a desaparecer.

Linden se asomó al precipicio como si fuera a precipitarse a él. Covenant sintió como sus costillas se estremecían. Ella estaba cogida en el trance de los locos y no hallaba aire suficiente para gritar. Ante el temor de que pudiera deshacerse de él y perderse más allá del parapeto, tiró de su espalda para colocarla en postura menos peligrosa. Ella se quedó de rodillas en el suelo, murmurando lamentaciones. Sus ojos estaban terriblemente brillantes con una mirada vacía.

—¡Linden! —No sabiendo qué otra cosa podía hacer, le gritó—. ¿Es que no tiene ya el valor necesario para seguir viviendo?

Ella se quedó asombrada y le dirigió la mirada con unos ojos que parecían sables recién desenvainados. Aquel sol tan raro daba a su cara un aspecto de furia.

—Lo siento —dijo él. Su reacción le había exasperado—. ¿Estaba tan...? —Involuntariamente había provocado algo a lo que no tenía ningún derecho—. Nunca quise que le ocurriera esto.

Ella rechazó su disculpa con un violento movimiento de cabeza.

—Ahora —dijo, jadeando—, va usted a contarme la otra explicación.

Covenant asintió. Se separó de ella y buscó un lugar para sentarse, apoyado en el parapeto. No podía comprender su extraña combinación de fortaleza y debilidad; pero en aquel momento, su incompreensión carecía de importancia.

—La explicación desde dentro. —Un profundo cansancio le invadió, pero luchó contra él porque necesitaba palabras—. Nos encontramos en un lugar llamado el Reino. Es un mundo diferente, como de otro planeta. Estas montañas son de la Cordillera Meridional, en el Sur. El resto del Reino está al Oeste, al Norte y al Este de donde nos encontramos. Este sitio se llama la Atalaya de Kevin. Debajo de nosotros, un poco hacia el Oeste, había un pueblo llamado Pedraria Mithil. Piedra Deleitosa es...

Pero Piedra Deleitosa le recordó a los Amos. Entonces dijo solamente. —He estado allí antes.

«Mucho de lo que voy a contarle no tendrá sentido para usted hasta que lo vea por sí misma. Pero hay algo importante, ahora mismo. El Reino tiene un enemigo: El Amo Execrable. —El trató de estudiarla para leer su respuesta; pero sus ojos le miraban fríamente. Nada más—. Durante miles de años —prosiguió—, el Execrable ha tratado de destruir el Reino. Es una especie de prisión para él. Quiere escapar. —Se debatía por dentro ante la imposibilidad de que aquello que iba decir pudiera ser aceptable para cualquier persona que nunca hubiera tenido aquella experiencia—. El nos ha sacado de nuestro mundo. Nos ha traído aquí para servir a sus propósitos. Cree que puede manipularnos para ayudarle a destruir el Reino.

«Aquí, nosotros tenemos poder. —Rogó para que lo que estaba diciendo fuera verdad—. Al venir de otro mundo, no estamos sujetos a la Ley, al orden natural que lo mantiene todo unido. Es por ello que el Execrable nos necesita. Quiere utilizarnos. Podemos hacer cosas que nadie aquí puede hacer. —Para librarse de la carga de su incredulidad, volvió su cabeza hacia el parapeto y miró las montañas—. Tras de un respiro, continuó. —En la medida en que no estemos sujetos a ninguna ley, ni a nadie, ni a cualquier explicación somos poderosos—. Dijo, para aliviar su conciencia. Pero yo no soy libre. Ya he escogido. —Esto es lo que aquí impera. El Poder. El Poder que curó mi herida.

«Aquel anciano... De alguna manera sabe lo que está ocurriendo en el Reino. Y no es amigo del Execrable. El la escogió a usted por algo, no sé por qué. O tal vez quiso reasegurarse. A ver si es usted la clase de persona que el Execrable puede manipular.

«Por lo que respecta a Joan, ella fue el camino para que el Execrable me tuviera a mí. Ella era vulnerable ante él. Después de lo que ocurrió la última vez, yo estaba aquí y no estaba. El la utilizó para que yo caminara hacia aquel triángulo por mi propia voluntad. Por esto pudo convocarme. —Lo que no comprendo, pensó suspirando, es porqué tuvo que hacerlo así. No fue como las otras veces—. Puede que yo también esté aquí por accidente, pero no lo creo.

Linden bajó la mirada a la piedra del suelo, como para verificar que estaba en su sitio. Luego se tocó la herida que tenía detrás de la oreja. Frunciendo el ceño, levantó las rodillas del suelo para adoptar una postura más cómoda, quedándose sentada. Ahora ya no le miraba a él.

—No lo entiendo —dijo—. Primero dice usted que es un sueño, y luego que es real. Primero, se halla en trance de muerte allí en el bosque; luego se encuentra aquí curado por una especie de... una especie de magia. Primero, el Amo Execrable es una ficción; luego resulta que es real. —A pesar de su control, su voz se mostraba algo temblorosa—. ¿Cuál es la verdad? No puede ser ambas. —Su puño se cerró—. Podría

estar muriéndose.

Ah, para mí ambas explicaciones son válidas, pensó Covenant. Es como el vértigo. La respuesta está en la contradicción, en el centro de la paradoja. Sin embargo, se guardó de expresar este pensamiento en voz alta.

Y no obstante, la pregunta de Linden le reconfortó. Su incansable mente y aquella necesidad que la llevó a rechazar todos sus avisos de peligro, la condujo a seguirle en su condena y empezaba ya a aferrarse a la situación. Si tenía la fortaleza necesaria para enfrentarse a él, la crisis había pasado, al menos de momento. A pesar de su miedo, sonrió.

—No importa —dijo—. Puede que sea real, puede que no. Puede usted creer lo que quiera. Me limito a ofrecerle un marco de referencia para que tenga un punto de partida.

Las manos de Linden se movían incesantemente, tocándose el cuerpo o la piedra, como si necesitara la sensación táctil que asegurara su propia existencia. Al cabo de un momento dijo:

—Usted ha estado aquí antes. —Su cólera se había convertido en tristeza—. Es su vida. Indíqueme como puedo comprenderla.

—Afróntela. —Le contestó sin vacilar—. Siga adelante. Averigüe lo que pasa y lo que se pone en juego. Eso es lo que debe hacer. —El sabía por experiencia que no hay otra defensa contra la desgracia que se le viene a uno encima. La realidad y la irrealidad del Reino no eran conciliables—. Concédase a sí misma una oportunidad para averiguar quién es.

—Sé quién soy. —Sus mandíbulas adoptaron una rigidez obstinada. La línea de su nariz parecía más precisa y firme que frágil, mientras su boca mostraba su habitual severidad—. Soy médico. —Pero notó que le faltaba algo—. Ni siquiera tengo mi maletín. —Entonces empezó a escrutarse las manos como si tratara de averiguar para qué servían. Cuando se cruzó de nuevo con la mirada de Covenant, su pregunta era más bien una súplica que una interpelación—. ¿Qué cree usted?

—Yo creo —dijo, haciendo un esfuerzo para suavizar su dureza—, que debemos hallar el medio para detener al Execrable. Esto es lo más importante de todo. El trata de destruir el Reino y no voy a permitir que se salga con la suya. Esto es lo que yo voy a hacer.

Tan rotunda afirmación pareció impresionarla.

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver con usted? Si esto es un sueño, nada importa. Y si es... —tenía dificultad en pronunciar las palabras—. Si es real, no es su problema.

Covenant sacó a relucir su vieja cólera.

—El Execrable se ríe de los leprosos.

Los ojos de Linden acusaron un impacto de comprensión a estas palabras. Su expresión decía: Nadie tiene derecho a reírse de la enfermedad. Con voz templada,

preguntó:

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—¿Ahora? —El estaba fatigado, pero la pregunta le movilizó. Ella tenía razones, fuerza y posibilidades. El viejo no la habría hecho correr el riesgo gratuitamente—. Ahora, si puedo vencer mi vértigo, vamos a bajar de aquí, a ver qué clase de aventura nos espera.

—¿Abajo? —dijo ella, parpadeando—. Ni siquiera se cómo hemos subido.

Como respuesta, Covenant asintió, señalando hacia las montañas. Cuando ella se volvió, tuvo noticia del hueco situado en la curva del parapeto, encarando el risco. El la vigiló cuando se dirigió a mirar por el borde y vio lo que él ya sabía.

El parapeto coronaba el final de una larga escalera de rudos escalones cortados en la piedra que terminaba en ángulo con el despeñadero, por debajo de la Atalaya.

Covenant fue junto a ella y la primera mirada al vacío le indicó que el vértigo no sería fácil de vencer. Desde aquella altura, los escalones desaparecían entre las nubes, como si cayeran en las oscuras profundidades.

CINCO. Rayos y truenos

—Yo iré primero. —Covenant estaba temblando hasta los huesos. No miraba a Linden—. Esta escalera va directamente al desfiladero. Pero si perdemos pie, la caída será de más de mil metros. No soporto las alturas. Si resbalo, no quiero que te caigas conmigo. —Deliberadamente, se introdujo en la hondonada de forma que pudiera descender de espaldas al vacío.

Luego se detuvo y trató de resistir el vértigo. Pero el ejercicio despertó la ansiedad del leproso. Bajo aquel sol azulado, su piel había adquirido un tono púrpura oscuro, como si la lepra se hubiera ya extendido por sus brazos, afectando la pigmentación y atacando los nervios.

Una súbita debilidad le invadió repentinamente, paralizando sus músculos, mientras sus hombros temblaban. El particular entumecimiento de sus nervios no se había alterado, ni para bien ni para mal. Pero el color enfermizo que mostraba su carne se le aparecía fatal y profético. Aquello le hizo intuir ciertas cosas. Por ejemplo, una de sus preguntas se contestaba sola. ¿Qué hacía allí Linden? ¿Por qué el anciano le había hablado a ella y no a él? Porque ella era necesaria allí. Para salvar el Reino cuando él desfalleciera.

La magia indomeñable ya no sirve de nada. El se había abandonado a las maquinaciones del Execrable. Una maldición se le escapó, antes de que pudiera ahogarla entre los dientes.

—¿Covenant? —La voz de Linden sonó alterada—. ¿Estás bien?

El no pudo responder. El simple hecho de que ella se preocupara por él, que fuera capaz de preocuparse por él en un momento tan tenso para ella, acentuó el agotamiento de sus huesos. Sus ojos se fijaron en la roca, buscando fuerzas.

—¡Covenant! —Su llamada fue como un grito de socorro—. No sé cómo ayudarte. Dime qué debo hacer.

Qué hacer. Nada de aquello ocurría por su culpa. Merecía una respuesta. Se abandonó, plenamente en el centro de su fatiga y de su vértigo. ¿Se había condenado realmente a sí mismo al tomar el lugar de Joan? ¿Era cierto que no debía desfallecer? ¿Era cierto que el poder por el que había pagado tan alto precio no podía perderse con tanta facilidad? Sin levantar la cabeza gritó:

—Cuidado con las escaleras. Al fondo hay un reborde, a mi izquierda.

Haciendo un esfuerzo, se puso nuevamente en movimiento. Cuando su cabeza se hallaba por debajo del nivel de la Atalaya, oyó el grito de Linden.

—¡Maldito seas! ¿Por qué tienes que actuar siempre de una manera tan impenetrable? Todo lo que quiero es ayudar. Las palabras sonaron como si toda su razón de vivir dependiera de su habilidad para servirle de ayuda.

Pero él no podía, en aquel momento, pensar en ella. El peligro de las escaleras

consumía su atención. Empezó a bajarlas como si de una escalera de mano se tratara, agarrando los escalones alternativamente con sus manos y colocando un pie cuando el otro estaba seguro. Nunca dejaba de mirar sus manos, que mantenía firmes en los peldaños haciendo sufrir a sus tendones hasta la desesperación.

El vacío, a su alrededor, parecía impenetrable. Podía escuchar la vacuidad del viento, y las nubes, debajo de él, tenían un poder hipnótico, afectando a su concentración. Un baño de nubes le esperaba.

Pero conocía su miedo. Manteniendo su respiración, fue descendiendo, adentrándose en las nubes, en el mismo centro de su vértigo.

Bruscamente, el sol desapareció. El gris de la niebla se hacía más denso y tenebroso a cada paso de descenso. Un pálido destello recorrió aquel mar de nubes, seguido casi al instante de un trueno. El viento se levantó, arrojando con fuerza su humedad contra él, como si quisiera tirarle al vacío. La piedra se volvió resbaladiza. Sus dedos insensibles no notaban la diferencia, pero los nervios de sus muñecas y codos acusaban cada uno de los resbalones de su mano.

Nuevamente, una chispa eléctrica pasó junto a él, iluminando aquel loco hervor de las nubes. Luego estalló. Instintivamente, se tendió en la piedra. Algo dentro de él protestaba; pero no podía asegurar que lo hiciera en voz alta.

Arrastrándose penosamente a través del brutal impacto de la tormenta, continuó descendiendo.

A medida que descendía se intensificaba el peso de la lluvia.

El agua, fría y pulverizada golpeaba su cara convirtiéndose en gotas grandes, como una ducha de guijarros. Muy pronto se encontró empapado y dolorido. Rayos y truenos se cruzaban y rugían salvajemente en su entorno. Pero la promesa de llegar al rellano le mantenía en camino.

Al fin, sus pies tocaron suelo llano. Abandonó el espigón respaldándose en la pared del despeñadero y se quedó mirando hacia arriba.

Un relámpago hizo aparecer a Linden entre la oscuridad. Se hallaba justo encima del nivel de su cabeza.

Cuando alcanzó el rellano, la cogió para evitar que se precipitara al vacío. Seguidamente, ella exclamó, emocionadamente.

—¡Covenant! —El viento se llevaba la voz hacia otra dirección—. ¿Estás bien?

El puso la boca junto a su oído.

—Colócate contra la roca. Vamos a buscar refugio.

Linden asintió.

Cogiendo la mano derecha de ella con su izquierda volvió la espalda al precipicio y empezó a moverse a lo largo del reborde en dirección oeste. El reborde tenía poco más de medio metro de ancho y bajaba bruscamente a través de la superficie de la roca.

El relampagueo seguía, permitiéndole visiones fugaces de su situación. Desde allí, las montañas desaparecían en el abismo de nubes.

Los truenos le golpeaban como la voz de su vértigo, ordenándole perder el equilibrio. Su espalda era martirizada por la lluvia y el viento, frío como el hielo. Se arrimó al máximo a la roca, avanzando poco a poco.

A cada relámpago, miraba hacia adelante, a través de la lluvia, tratando ver el final del reborde.

Allí: una línea vertical como una cicatriz en la superficie de la roca.

La alcanzó. Tiró de Linden para doblar la esquina y siguió, hallándose avanzando cuesta arriba, pisando barro y agua, como si fuera el lecho de un arroyo. El próximo destello azul reveló que habían penetrado en una cárcava que subía por el lado de la montaña. La corriente formaba espuma al chocar con las piedras que poblaban el suelo.

Con mucho esfuerzo siguió avanzando hasta que él y Linden pudieron situarse encima de una piedra que parecía lo bastante grande para hallarse seguros. Allí se detuvo y se sentó con su espalda apoyada en la pared. Ella se sentó a su lado. El agua caía sobre sus piernas; la lluvia cegaba sus caras. Pero a él no le importaba. Tenía que descansar.

A los pocos momentos, ella se volvió hacia él y le dijo, gritándole al oído: —¿Y ahora qué?

El no lo sabía. Su agotamiento le nublaba el cerebro. Pero ella tenía razón. No podían quedarse allí. Con voz débil, musitó:

—Ha de haber un sendero en alguna parte. —¿No conoces el camino? Dijiste que habías estado aquí antes.

—¡Hace diez años! —Y además la segunda vez había permanecido inconsciente. Fue Corazón Salado Vasallodelmar, quien lo llevó.

La luz de los relámpagos iluminaba la cara de Linden, completamente mojada. —¿Qué vamos a hacer?

El recuerdo de Vasallodelmar, el gigante que había sido su amigo, le dio la idea que necesitaba.

—¡Probar! —Apoyando su brazo en la espalda de Linden, se puso en pie. Ella parecía soportar bien su peso—. ¡Puede que lo recuerde!

Ella se puso en pie, a su lado, y dijo, casi gritando:

—No me gusta esta tormenta. No me hace ninguna gracia.

—¿No te hace...? —Covenant la miró, parpadeando. Por un momento, no comprendió lo que quería decir. Para él, no era más que una tormenta, una fuerza natural como cualquier otra. Pero luego cayó en el significado de su exclamación. Para ella, la tormenta *no era natural*. Era ofensiva a cierta parte de su sensibilidad.

De repente, ella se le adelantó. Mientras los sentidos de ella se acoplaban al

Reino, él se mantenía sordo, ciego e insensible al espíritu de cuanto percibía. Diez años antes, él habría sido capaz de hacer lo que ella estaba haciendo: diferenciar lo correcto o lo erróneo, la salud o la enfermedad de las cosas físicas y los fenómenos, de viento, lluvia, piedra, madera, carne. Pero ahora no podía sentir nada, excepto la violencia de la tormenta, como si esta fuerza no tuviera sentido ni implicación alguna. Como si careciera de alma.

Se dedicó a sí mismo algunas maldiciones. ¿Ocurría sólo que sus sentidos se mostraban lentos en acomodarse? ¿O había perdido su habilidad para adaptarse a la vida del Reino? ¿Es que la lepra y el tiempo habían anulado totalmente aquella sensibilidad? ¡Maldita sea!, gruñó débilmente, pero con aspereza. Si Linden pudiera ver aquello que le era imposible ver a él.

Anonadado por su incapacidad, trató de dominarse. Esperaba que Linden le preguntara qué le ocurría. Y ese pensamiento también era ingrato; no quería que sus debilidades y temores, su innata capacidad de error, se hiciera visible a ella. Pero Linden no preguntó. Estaba rígida por la sorpresa o el miedo.

Su cara se volvió hacia adelante, mirando la continuación de la cárcava.

El comenzó a andar bruscamente, disponiéndose a seguir bajo el aguacero.

Entonces lo vio: una tenue luz amarilla en la distancia.

Se acercaba fluctuando con lentitud, yendo a su encuentro por la cárcava. Cuando se acercó lo suficiente, pudo observarse que era una antorcha sostenida por la mano de un hombre. La oscuridad y los truenos se cernían sobre ellos y Covenant no podía ver nada, excepto aquella extraña llama. Ardía vivamente, a pesar del diluvio y la violencia de la tormenta.

Siguió acercándose hasta iluminar al hombre que la llevaba. Era un tipo bajo y encorvado con las vestiduras empapadas. El agua chorreaba a través de su escaso pelo y su enmarañada barba, formando regueros en las arrugas de su cara, lo que le daba un aspecto desagradable. Miró de reojo a Covenant y Linden como a seres salidos de una pesadilla dispuestos a agredirle.

Covenant se quedó quieto y devolvió la mirada al anciano, sin decir nada.

Linden le tocó el brazo como si quisiera avisarle de algo.

De pronto, el anciano levantó su mano derecha mostrando la palma con los dedos extendidos.

Covenant imitó su gesto. No sabía si aquel encuentro había sido o no preparado por el Amo Execrable. Pero necesitaba refugio, alimentos e información. Y estaba preparado para tratar con cualquiera que pudiera llevar una tea encendida bajo aquella lluvia. Al levantar su media mano hacia la luz, destacó el brillo de su anillo en el segundo dedo.

El hombre se quedó atónito. Reculó unos pasos como si tuviera miedo. Luego señaló temblorosamente el dedo de Covenant.

—¡Oro blanco! —exclamó.

—¡Sí! —respondió Covenant.

—¿Mediamano?

—¡Sí!

—¿Cómo te llamas? —preguntó, tartamudeando.

Covenant se esforzó para emitir bien sus palabras a través de la tormenta.

—Ur-Amo Thomas Covenant, Incrédulo y Barón del Oro Blanco.

—¿Curador? —dijo, con una voz que parecía sofocada por la tormenta—.
¿Revelador de la Vida?

—¡Sí!

El anciano retrocedió otro paso. La antorcha daba a su semblante un aspecto de desmayo. Súbitamente, se dio la vuelta y empezó a andar penosamente en el agua y el barro. Ya en camino, gritó:

—¡Venid conmigo!

—¿Quién es ese? —preguntó Linden, de forma casi inaudible.

Covenant eludió la cuestión.

—No lo sé.

Escrutándole, ella preguntó:

—¿Te fías de él?

—¿Qué otra opción tenemos?

Antes de que ella pudiera contestar, saltó de la piedra en que se hallaba y puso toda su energía en seguir a aquel hombre a través del lodo.

Su boca estaba llena de lluvia y de un agrio sabor a debilidad. El esfuerzo de las últimas semanas le había afectado hasta el agotamiento. Pero la antorcha le ayudaba a hallar agarraderos en las paredes y en las rocas. Con ayuda de Linden, era capaz de vencer los efectos de la tormenta. Poco a poco, iban adelantando.

Cuando ya se hallaban a cierta distancia del punto de encuentro, el hombre giró, entrando por una abertura, a la derecha de su camino. Una rústica escalera al lado de aquel corte, conducía al fondo del mismo. Libre ya de las corrientes, Covenant tuvo fuerzas para preguntarse: *¿Te fías de él?* Pero la antorcha le convenció. No había conocido a nadie capaz de llevar un objeto ardiendo bajo la lluvia, excepto los maestros de la ciencia de la madera. O los Amos. Estaba dispuesto a confiar en cualquiera que sirviera a la madera o a la piedra con tal sabiduría.

Cuidadosamente, siguió al anciano a lo largo del fondo de aquella hendidura en la roca, hasta que se estrechó, convirtiéndose en una clara fisura de la montaña. Luego, bruscamente la grieta cambió de dirección, abriéndose para salir a un pequeño valle.

Algunos picos de la roca protegían el valle del viento. Pero allí no había refugio contra la lluvia, que seguía azotando a Covenant en la cabeza y los hombros igual que una porra. Apenas podía ver la antorcha del viejo cruzando aquel pequeño lugar.

Ayudado por Linden, Covenant vadeó un pequeño arroyo y, momentos más tarde, llegaron a un pequeño habitáculo de piedra adosado a la falda de la montaña. La entrada no tenía puerta. La luz de la antorcha se extendía a su alrededor mientras se acercaban. Entraron corriendo, con las ropas chorreando, a la única habitación de la casa.

El anciano estaba en el centro, con la antorcha aún flameando, aunque un reconfortante fuego ardía en el hogar junto a él. Escudriñó a Covenant temblando, dispuesto a humillarse ante él, igual que un niño que esperase un castigo.

Covenant se detuvo. Sus heridas le dolieron al acercarse al fuego; pero se mantuvo quieto, mirando alrededor de la habitación.

Entonces, una sombra de ansiedad le invadió. Pudo constatar que algo había cambiado en el Reino. Algo fundamental.

La morada de aquel hombre viejo estaba amueblada con una mezcla de madera y piedra. Había recipientes de piedra descansando sobre estantes de madera fijados a las paredes; taburetes de madera alrededor de una mesa, también de madera, en un rincón de piedra. Y hierro. Había utensilios de hierro en los estantes, así como clavos de hierro en los asientos. Antiguamente, las gentes de la piedra y la madera, los pedrarianos y los fustarianos, se habían mantenido, cada uno, en su propia cultura, no por deseo de exclusividad sino porque sus especialidades y conocimientos requerían toda su devoción.

Por un momento, miró al hombre, resistiendo su mirada medio salvaje. También Linden estaba examinando a aquel hombre, sin acertar a calificarlo. Pero Covenant sabía que ella se formulaba preguntas muy distintas de las cuestiones que ocupaban su cerebro en aquellos momentos. Es que los fustarianos y los pedrarianos se habían fusionado, uniendo sus culturas o es que... *El mundo ya no es lo que era.*

Su corazón se sentía dolido. Sin hacer comentario alguno, advirtió que había humo en la estancia. *¡Humo!*

Se adelantó hacia la chimenea, pasando por detrás del anciano que aún permanecía allí quieto.

La madera estaba ardiendo sobre un montón de ceniza. Los trozos de carbón crujían y caían de los leños; largos gusanos carcomían la carne de los árboles. A intervalos, oleadas de humo ondeaban dentro de la estancia. La lluvia producía en la chimenea un leve silbido.

¡Qué demonios ha pasado aquí!

La gente que había conocido antes, nunca habría consumido voluntariamente madera para ningún propósito. Siempre se habían mantenido utilizando la vida de la madera. La energía de la Tierra estaba en ella y por tanto no podían destruirla. Madera, tierra, piedra, agua... los habitantes del Reino respetaban toda manifestación de vida.

—Ur-Amo —murmuró el anciano con voz angustiada.

Covenant se volvió. La pesadumbre le quemaba el alma. Hubiera querido gritar al Despreciativo. ¿Qué es lo que has hecho? Pero tanto Linden como el anciano le estaban contemplando. Los ojos de Linden mostraban preocupación, como si temiera que él se hubiese equivocado. Y el anciano, por su parte, sentía angustia por sus razones particulares. Covenant contuvo desesperadamente su temor; pero el esfuerzo de la represión se notaba en su cara.

—¿Qué quema esa antorcha?

—Me siento avergonzado. —La voz del viejo irrumpió como si estuviera a punto de llorar. No había escuchado la pregunta de Covenant. Su dolor personal le devoraba—. Este templo —prosiguió—, construido por los más viejos padres de los padres de mis padres... en preparación. ¡Nosotros no hemos hecho nada! Otras habitaciones cayeron en ruinas, santuarios... Nosotros no hicimos nada. Durante generaciones, nada. Esto no es más que un cobertizo, indigno de ti. No dimos crédito a la promesa confiada de generación en generación de Redimidos; no tuvimos fe en sus profecías. Harías bien en azotarme.

—¿Azotarte? —Esta salida le cogió de improviso. Había allí demasiadas cosas que no comprendía—, ¿por qué debería hacerlo? ¿Por qué tienes miedo de mí?

—Covenant —intervino Linden bruscamente—. Mira su mano.

El agua seguía chorreando del viejo. Todos ellos derramaban agua por todas partes; pero las gotas que caían del mango de la antorcha eran rojas.

—¡Ur-Amo! —El hombre cayó sobre sus rodillas—, yo no soy digno... —dijo con amargura y temblando—. He traficado con los conocimientos de los malvados, ganando poder sobre el Sol Ban de esos que rompen las promesas que yo he jurado mantener. ¡Oh, perdóname! ¡Estoy avergonzado! —Dejó caer su antorcha y abrió su mano izquierda a Covenant.

La antorcha se apagó al instante de soltarla. Al estrellarse contra el suelo, quedó hecha cenizas.

En la palma de su mano había dos largos cortes. La sangre brotaba como si no hubiera forma de detenerla.

Covenant vaciló. El temporal rugía a lo lejos. Nada quedó de la antorcha, salvo ceniza. Se había mantenido entera y ardiendo sólo por la energía inducida por el anciano. ¿La energía de su sangre?

Por el cerebro de Covenant comenzaron a desfilar acontecimientos pasados, deteniéndose en el súbito recuerdo de Joan mordiéndole la mano, chupando sus dedos. El vértigo le llegó, haciéndole perder el equilibrio. Se sentó, apoyándose en la pared que tenía más cerca. La lluvia resonaba en sus oídos. ¿Sangre? ¿Sangre?

Linden examinaba la mano del anciano. Volviéndola hacia la luz del fuego, extendió los dedos. La presión en su muñeca disminuía el derrame.

—Está limpia —dijo con voz fría, impersonal—. Necesita un vendaje para detener la hemorragia, pero no hay infección.

No hay infección. Covenant suspiró. Sus pensamientos cojeaban como lisiados.

—¿Cómo puedes asegurar que no hay infección?

—No lo sé. —La pregunta pareció sorprenderla—. Puedo verlo. Puedo ver... — Su extrañeza aumentaba— la herida. Pero está limpia. ¿Cómo...? ¿No puedes?

El sacudió la cabeza. Confirmaba su anterior impresión; sus sentidos se iban adaptando a aquel mundo.

Los suyos, en cambio, no. Estaba ciego ante cualquier cosa no escrita en la superficie. ¿Por qué? Covenant cerró los ojos. Viejos lamentos latían en él. Había olvidado que el entumecimiento de los órganos podía hacer tanto daño.

Al cabo de un momento, ella se movió; pudo sentirla buscar algo en la habitación. Cuando volvió al lado del anciano estaba cortando un trozo de tela para hacer un vendaje.

No vas a desfallecer... Covenant sintió que ya se le había dado por perdido. Este pensamiento era sal para su delicado corazón.

¿Humo? ¿Sangre? Sólo hay una manera de herir a un hombre. Devolverle algo roto. ¡Maldición!

Pero el viejo requería su atención. El hombre había inclinado su mojada cabeza gris hacia la piedra. Sus manos avanzaban para tocar las botas de Covenant.

—Ur-Amo —dijo con un gemido—, ur-Amo. Al fin has llegado. El Reino está a salvo.

Esta afirmación le sacó de sus íntimos pensamientos. No podía exponerse a verse oprimido por la ignorancia o la pérdida de fuerzas. Pero tampoco podía soportar verse tratado como si fuera un salvador. No podía vivir con tal imagen de sí mismo. Se puso erecto; luego cogió al viejo por los brazos y le ayudó a levantarse.

Los ojos de aquel hombre se movían atemorizados, brillando a la luz del fuego. Para tranquilizarlo, Covenant habló despacio y con amabilidad.

—Dime tu nombre.

—Soy Nassic, hijo de Jous, hijo de Prassan. —El hombre hablaba con voz entrecortada—. Descendiente directo del Redimido Uno.

Covenant se quedó pensativo. Los Redimidos que él había conocido eran ermitaños liberados de todas las responsabilidades normales, de forma que podían cultivar sus visiones privadas. Una Redimida Uno le había salvado, una vez, la vida, muriendo después. Otro había leído sus sueños y le había dicho que soñaba la verdad.

—¿Qué fue lo que predijo?

—Ur-Amo, vio tu retorno. Por eso vino a este lugar, al canalizo bajo la Atalaya de Kevin, a la que se dio el nombre hace tanto tiempo que nadie conoce su significado.

El tono de Nassic se estabilizó, como si estuviera recitando algo que había

memorizado mucho tiempo antes.

«El construyó este templo como lugar para darte la bienvenida y como lugar de curación, pues a lo largo de estos años el pueblo no ha olvidado que tu mundo es un mundo de contienda y sufrimiento, que daña incluso a sus héroes. En su visión, previo la severa condena del Sol Ban, aunque en su pesadilla no tenía nombre. Asimismo predijo que el Incrédulo, ur-Amo de la Curación, vendría para combatirlo. Este mensaje se transmitió de generación en generación, con fe...

Comenzó a tartamudear.

—Ah, ¡qué vergüenza! —murmuró—. Templo... fe... curación... Reino. Todo ruinas. —Pero luego se endureció por la indignación—. Los locos implorarán clemencia. Sólo merecen un justo castigo. ¡Por los Diez! El Incrédulo ha llegado. Que nuestro cañadizo y sus obras lloren su abandono. ¡Que el mismo Sol tiemble en su curso! ¡Castigo hacia ti, malvado y abominable! El...

—Nassic. —Covenant forzó al anciano a detenerse. Linden los observaba atentamente. En su cara se reflejaban varias cuestiones; pero Covenant las ignoró—. Nassic, ¿qué es eso del Sol Ban?

—¿El Sol Ban? —Nassic perdió sus temores por la confusión—. Pero ¿me preguntas...? —¿Cómo no puedes tú...? Sus manos tiraban de los pelos de su barba—. ¿Por qué otra cosa has venido?

Covenant le cogió la muñeca.

—Dime solamente qué es.

—Es... como, es... Sí, es... —Nassic se detuvo y luego exclamó, como en un grito de desesperación—. ¡Ur-Amo, podrías preguntar lo que no es! Es Sol, lluvia, sangre, desierto, miedo y el llanto de los árboles. —Nassic se retorció con renovado abatimiento—. Era... era el fuego de mi antorcha, ur-Amo.

La humillación y la miseria comprimían su cara como un puño.

—Nassic. —Covenant trató de ponerle erecto, buscando alguna forma de apoyarle—. No vamos a hacerte ningún daño. ¡Puedes comprender esto! —Luego, otro pensamiento acudió a su mente. Recordando la lesión de Linden y sus propias heridas, dijo—: Tu mano todavía está sangrando. Ambos hemos sido lastimados. Y yo... —Iba a decir, no puedo ver lo que ella ve. Pero las palabras se le atragantaron—, he estado ausente durante mucho tiempo. ¿Tienes un poco de marga antilesiones?

¿Marga antilesiones? —preguntó Linden en silencio.

—¿Marga antilesiones? —inquirió Nassic—. ¿Qué es eso?

—¿Qué es? —la Confusión de Covenant sacudió sus facciones. ¿Qué?— Las palabras salían de su boca como gritos de exclamación, ¡Marga! ¡Energía de la Tierra! ¡Vida! —gritó—: ¡Barro antilesiones! El barro que cura.

Sus gritos hicieron vibrar los frágiles huesos de Nassic.

—Perdóname, ur-Amo. No te enfades conmigo. Yo...

—¡Estaba aquí, en este valle! —Lena, le había curado con él.

Nassic encontró un momento de dignidad.

—No se nada acerca de ese barro. Soy un hombre viejo y nunca he oído hablar de él.

—¡Maldición! Ahora me vas a decir que nunca has oído hablar de la Energía de la Tierra.

El viejo repitió, confuso:

—¿Energía de la Tierra? —Suspiró—. ¿Energía de la Tierra?

Covenant, consternado, derramó su ira apretando con sus manos los delgados brazos de Nassic. Pero Linden estaba a su lado, tratando de impedir que le hiciera daño.

—¡Covenant! ¡Está diciendo la verdad!

Covenant lanzó su mirada a la cara de Linden como un látigo. Los labios de ella estaban tensamente cerrados, pero no podía permitirse vacilar.

—No sabe de lo que estás hablando.

El guardó silencio. En realidad, la creía. Ella podía adivinar la verdad en la voz de Nassic, de la misma forma que pudo ver la inexistencia de infección en sus cortes. ¿No hay marga antilesiones? En su interior sangraba. ¿Olvidado? ¿Perdido? Imágenes de profanación se proyectaban en su mente. ¡Estamos bien provistos!; El Reino sin Marga ni Energía de la Tierra. El peso de la revelación de Nassic era demasiado para él y se dejó caer sentado en el suelo como un inválido.

Linden estaba a su lado, esperando una decisión; pero él no podía tomarla. Al cabo de un momento, ella dijo:

—Nassic. —Su tono era severo—. ¿Tienes algo de comida?

—¿Comida? —respondió, como si ella le hubiera recordado su indigencia.

—Sí. No. Eso es indigno.

—Necesitamos comer.

Su afirmación no admitía excusas. Nassic se inclinó y fue en seguida a la pared de enfrente, donde empezó a sacar tazones y botes de los estantes.

Linden se acercó a Covenant, se arrodilló frente a él y le preguntó tensamente:

—¿Qué te ocurre? —El no podía evitar que la preocupación se reflejara en su rostro—. ¿Qué es lo que no marcha bien?

El no quería responder. Había pasado tantos años en el aislamiento de su leprosidad, que el deseo de Linden de comprenderle, todavía agravaba más su pena. No podía soportar sentirse tan vulnerable, Y sin embargo no podía rechazar la demanda de aquella boca dura, de aquellos suaves ojos. La vida de la mujer era tan accidentada como la suya. Luego, haciendo un esfuerzo, dijo:

—Luego. —Su voz le producía dolor en los dientes—. Necesito tiempo para pensar en ello.

Sus mandíbulas se cerraron; sus ojos se ofuscaron. Desvió la mirada, evitando tener que volver a hablar antes de haber recobrado su control.

Al cabo de poco, Nassic llevó tazones de carne seca, fruta y pan sin levadura, que ofreció tímidamente, como si supiera que merecía ser rechazado. Linden aceptó los alimentos con una forzada sonrisa; pero Nassic no se movió hasta que Covenant hubo mostrado su aceptación. Luego el anciano tomó unos recipientes y recogió agua de lluvia para que bebieran.

Covenant se quedó mirando la comida sin probarla. Parecía no tener razón para realizar el esfuerzo de alimentarse. Sin embargo, no era cierto; de hecho, tenía muchísimas razones. Pero la imposibilidad de hacer justicia a todas ellas le impedía tomar una resolución. ¿Había realmente vendido su alma al Despreciativo?

Pero él era un leproso; había pasado largos años aprendiendo la respuesta a su desamparo. La lepra era incurable. Por lo tanto, los leprosos estaban obligados a poner la máxima atención en sus necesidades inmediatas. Desentendiéndose de la abstracta inmensidad de sus cargas, concentrándose en el presente, en cada momento. Se atuvo, pues, a este principio pragmático. No tenía otra respuesta.

Moviendo las manos torpemente, se introdujo en la boca un trozo de fruta y empezó a masticar.

Después del primer esfuerzo, el hábito de comer llegó en su ayuda. Tal vez su respuesta no había sido la mejor; pero así era él y no podía remediarlo.

Nassic esperaba nerviosamente mientras Covenant y Linden comían. Cuando terminaron, dijo:

—Ur-Amo. —Su voz denotaba su ansiedad—. Yo soy tu sirviente. Servirte es el propósito de mi vida, como lo fue el de Jous, mi padre, y el de Prassan, su padre, a través de toda la dinastía de los Redimidos. —Parecía haber olvidado el temblor que antes daba a sus palabras—. No te has apresurado demasiado en venir. El Sol Ban se multiplica en el Reino. ¿Qué piensas hacer?

Covenant suspiró. No se sentía aún preparado para enfrentarse a aquel problema. Pero el ritual de comer le había serenado, y tanto Nassic como Linden merecían alguna respuesta. Lentamente, dijo:

—Iremos a Piedra Deleitosa. —Vaciló al pronunciar el nombre—. ¿Lo reconocería Nassic? Si ya no había Amos en el Reino, tal vez Piedra Deleitosa tampoco existía. O quizá los nombres habían cambiado. Había pasado tiempo suficiente para que ocurriera cualquier cosa. Pero Nassic replicó inmediatamente: — ¡Sí! Venganza contra el Clave. ¡Esto es bueno! ¿El Clave? Covenant estaba confuso. Pero no quiso responder. En su lugar, probó con otro nombre que le era familiar.

—Pero primero debemos ir a Pedraria Mithil...

—¡No! —interrumpió el hombre. Su vehemencia se convirtió en protesta—. ¡No debéis ir! ¡Son ruines... perversos! Adoradores del Sol Ban. Dicen aborrecer el

Clave, pero no es verdad. ¡Sus campos están sembrados de sangre!

Otra vez la sangre; Sol Ban, el Clave. Eran demasiadas las cosas que no conocía. Se concentró en aquello que trataba de adivinar. Aparentemente, los nombres que él recordaba eran conocidos por Nassic a pesar del tiempo transcurrido. Esto terminaba con su confusa esperanza respecto a la persistencia de la Energía de la Tierra. Nuevamente el pesimismo se apoderó de él. ¿Cómo podría luchar contra el Amo Execrable si ya no existía la Energía de la Tierra? O, peor aún; si ya no había Energía de la Tierra, ¿qué quedaba en el Reino por lo que mereciera la pena luchar?

Pero la distraída mirada de Nassic y el silencio de Linden, pedían una respuesta. Con una mueca, se deshizo de su sentido de incapacidad. Estaba íntimamente ligado con todo lo que significa desesperanza, imposibilidad o amargura, y sabía como poner límites a su poder sobre él.

Covenant respiró a fondo y dijo:

—No hay otro camino. No podemos salir de aquí si no es a través de Pedraria Mithil.

—¡Ah, cierto! —murmuró el anciano—. ¡Eso es cierto! —Parecía casi desesperado—. Pero, así y todo, no podéis ir. ¡Son malvados! Escuchan las palabras del Clave, palabras abominables. Se mofan de todas las antiguas promesas, diciendo que el Incrédulo no es más que una locura de las mentes de los Redimidos. No debéis ir allí.

—Entonces, ¿cómo...? —Covenant frunció el ceño—. ¿Qué les ha ocurrido? Yo solía tener amigos allí.

De súbito, Nassic tomó una decisión.

—Yo iré. Tengo allí un hijo. Se llama Sunder. Es tan malo como los demás, pero es mi hijo. Viene a mí cada vez que se encuentra en algún apuro. No está corrompido del todo. Sí, él nos ayudará a pasar por Pedraria.

En seguida se dirigió al portal para salir.

—¡Espera! —Covenant se levantó de un salto. Linden lo acompañó.

—¡Tengo que ir! —gritó Nassic acaloradamente.

—Espera que pare la lluvia. —Covenant quiso calmar su frenesí. El hombre parecía demasiado decrepito para exponerle a tan malas condiciones—. Tampoco tenemos tanta prisa.

—La lluvia no cesará hasta muy tarde en la noche. Tengo que ir ahora.

—¡Al menos, llévate una antorcha!

Nassic vaciló como si temiera algún castigo.

—¡Ah, me menosprecias! Conozco el camino. Tengo que redimir mis dudas.

Antes de que Covenant o Linden pudieran detenerle, salió corriendo, bajo la lluvia.

Linden intentó ir tras él, pero Covenant la detuvo. Los relámpagos destelleaban

sobre sus cabezas. A su luz, vieron a Nassic correr frenéticamente hacia el final de la cañada. Luego se esfumó en la oscuridad, entre los estruendos de la tormenta.

—Déjalo ir —dijo Covenant, suspirando—. Si lo seguimos, a lo mejor nos caemos por un despeñadero.

El la tuvo sujeta hasta que asintió. Luego volvió junto al fuego.

Ella lo siguió. Cuando expuso su espalda, a la fogata, ella se encaró con él, El cabello mojado oscurecía su cara, acentuando las líneas entre sus pómulos, a cada lado de la boca. El esperaba censura, protesta o algo en contra de la situación creada. Pero cuando ella habló, su voz era opaca y controlada.

—Esto no es lo que esperabas.

—No. —Se maldijo a sí mismo porque no podía superar su desaliento—. Algo terrible ha sucedido.

Ella no se inmutó.

—¿Cómo puede ser? Dijiste que hace diez años que estuviste aquí por última vez. ¿Cómo pueden suceder tantas cosas en diez años?

Esta pregunta le recordó que no le había hablado de la profecía del Amo Execrable. Pero aquel no era el momento. Ella estaba sufriendo por muchos otras incomprendimientos.

—Diez años en nuestro mundo. —Evitó decir, *el mundo real*—. Aquí el tiempo es diferente. Va más deprisa; de la misma forma que los sueños, a veces, son instantáneos. Yo he... —Tenía dificultad en aguantar su mirada; incluso sus conocimientos le avergonzaban—. He estado aquí antes tres veces. Cada vez estuve inconsciente durante pocas horas, mientras que aquí transcurrieron meses. De manera que, diez años para mí... ¡Oh, Cielos! —El Despreciativo había dicho, *durante siglos. Por casi tantos siglos más*—, si la relación es la misma, estamos hablando de tres o cuatro mil años.

Ella lo aceptó como un detalle más que afrontaba de manera racional.

—Bien, ¿qué pudo haber pasado? ¿Qué es eso tan importante de la marga antilesiones?

El quería esconder su cabeza, conciliar su pena; asimismo estaba demasiado expuesto a la nueva penetración de los sentidos de Linden.

—La marga antilesiones era un barro especial que lo curaba casi todo. —Dos veces, estando en el Reino, se había curado de la lepra. Pero prefirió dejar aparte lo de sus curaciones. Si le hubiera contado a Linden lo que la marga había hecho con él en el pasado, también hubiera tenido que explicarle por qué no le había hecho ningún bien duradero. Hubiera tenido que explicarle que el Reino era físicamente autocontenido, que no tenía ninguna conexión tangible con su mundo. La curación de la herida del pecho no significaba nada. Cuando recobraran el conocimiento, ella vería que la continuidad física era completa. Todo estaría igual que antes.

Si no despertaran pronto, ella no tendría tiempo de tratar su herida.

Linden estaba bajo una tensión muy fuerte y quiso evitarle esa preocupación. Sin embargo, él no podía contener su amargura.

—Pero éste no es el problema —prosiguió—. Mira —dijo, señalando el fuego—. Humo. Cenizas. El pueblo que yo conocí, nunca encendió fuego a base de destruir la madera. No tenían necesidad de hacerlo. Para ellos, todo cuanto estaba en su entorno, madera, agua, piedra, carne... cada parte del mundo físico, estaba repleto de lo que ellos llamaban «Energía de la Tierra». El Poder de la Vida. Ellos podían hacer fuego, hacer que los botes se desplazaran contra corriente, o enviar mensajes, utilizando la energía contenida en la madera y no la madera en sí misma.

«Esto fue lo que les hizo tal como eran. La Energía de la Tierra era la esencia del Reino. —Viejos recuerdos acudieron a su memoria, visiones de los Amos, de los Maestros de la Ciencia de la Piedra y de la Madera—. Era tan vital para ellos, que daban su vida para defenderla. Hacían todo cuanto podían para servir a la naturaleza y no para explotarla. Era fortaleza, sapiencia, pasión. *Vida*. Un fuego como éste les hubiera horrorizado.

Pero las palabras no eran adecuadas. Era imposible transmitir su anhelo por un múnello donde el álamo o el granito, el agua y la naturaleza misma, fueran comprendidos y respetados por su fuerza y su encanto, Un mundo con alma, que merecía ser atesorado. Linden lo contemplaba como si estuviera rezando. Con un ligero gruñido, desistió de seguir explicando aquello.

—Aparentemente —dijo—, todo se ha perdido. O se ha olvidado. O ha muerto. Ahora tienen ese Sol Ban. Si he comprendido bien lo que he estado oyendo, lo cual dudo, el Sol Ban es lo que mantuvo la antorcha de Nassic ardiendo bajo la lluvia. Y tuvo que cortarse la mano para lograrlo, además de consumir la madera. Dice que el Sol Ban es lo que causa esta lluvia.

Covenant se estremeció involuntariamente. La luz del fuego que se reflejaba en el aguacero, más allá del portal de entrada hacía que la tormenta pareciese viciosa y amenazante.

Los ojos de Linden lo buscaban. Los huesos de su cara parecían presionar la piel, como si el mismo cráneo protestara contra tales extrañas circunstancias.

—No puedo creer nada de esto. Todo carece de sentido. —Linden balbuceó. El pudo observar temores agrupándose en el ángulo de su visión—. Todo es imposible. No puede... —Lanzó una devastadora mirada alrededor de la habitación y se pasó las manos por los cabellos, como para librar sus facciones de una histeria inminente—. Voy a volverme loca.

—Lo sé —dijo Covenant, comprendiendo su depresión. Su propia rebeldía, cuando fue llevado al Reino por primera vez, le hizo cometer los peores crímenes de su vida. Quería abrazarla para darle consuelo, pero sus manos insensibles se lo

impedían. En lugar de eso, dijo, enérgicamente—: No abandones. Pregúntame. Sigue tratando de comprender. Te contaré todo lo que sepa.

Por un momento, la mirada de Linden se dejó caer sobre él como un niño abandonado. Pero luego sus manos se cerraron convirtiéndose en puños. Una mueca que mostraba un arranque de intransigencia cambió su semblante.

—Preguntas. —Respiró entre dientes y con un gran esfuerzo se controló nuevamente—. Sí.

Su tono le acusaba como si él fuera la causa de su crispación. Pero aceptó la responsabilidad. Pudo haberla prevenido para que no le siguiera entre los bosques si hubiera tenido el suficiente coraje.

—Muy bien —dijo Linden resueltamente—. Tú has estado aquí antes. ¿Por qué eres tan importante? ¿Qué hiciste? ¿Qué quiere de ti el Execrable? ¿Qué es un ur-Amo?

Covenant suspiró, con una exhalación de alivio por su determinación de sobrevivir. Esto es lo que quería de ella. Un súbito cansancio disminuyó su visión, pero no lo tuvo en cuenta.

—Me consideraban la reencarnación de Berek. —El recuerdo no le era grato; contenía demasiados desastres. Pero lo aceptaba así—. Berek fue uno de los antiguos héroes, cientos de años antes de que yo llegara aquí. Según la leyenda, él descubrió la Energía de la Tierra, construyendo el Bastón de la Ley como instrumento para gobernarla. Toda la ciencia respecto a la Energía de la Tierra se originó con él. El fue el primer Amo Superior, fundador del Concejo de los Amos. Ellos dirigían la defensa del Reino contra el Execrable.

El Concejo, murmuró para sí, recordando a Mhoram, Prothall, Elena...

—Cuando aparecí ellos me dieron la bienvenida, como una especie de avatar de Berek. Se sabía que había perdido los dos últimos dedos de la mano derecha en una guerra. —La mirada de Linden se agudizó; pero le dejó continuar—. Por tanto me nombraron ur-Amo del Concejo. La mayor parte de esos otros títulos vinieron más tarde, cuando hube derrotado al Execrable. Pero el de «Incrédulo» lo tomé por mi cuenta. Durante largo tiempo permaneciendo aquí, estaba seguro de que soñaba, pero no sabía qué hacer a ese respecto. —Agriamente musitó—: Tenía miedo de verme envuelto. Tenía algo que ver con el hecho de ser leproso. —Esperaba que ella aceptara esta no-explicación; no quería tener que hablarle de sus crímenes—. Pero estaba equivocado. En la medida que tienes idea de lo que te está sucediendo, «real» o «irreal», tienes que obrar en consecuencia; de lo contrario, pierdes el control de tu personalidad. —Hizo una pausa para asegurarse de que ella viera la claridad de su convicción—. Y acabé por preocuparme del Reino como de algo propio.

—¿A causa de la Energía de la Tierra?

—Sí. —Dolores de fatiga torturaban su corazón. El esfuerzo había agotado sus

defensas—. El Reino era increíblemente bello. Y la manera con que el pueblo lo amaba y cuidaba, era algo magnífico. Los leprosos —concluyó mordazmente— son sensibles a la belleza.

A su manera, Linden también le parecía bella.

Ella lo escuchaba como un médico que trata de diagnosticar una rara enfermedad. Cuando él hubo terminado, dijo:

—Tú te llamas a ti mismo «Incrédulo y Portador del Oro Blanco». ¿Qué tiene que ver en esto el oro blanco? Involuntariamente, Covenant frunció el ceño. Para aliviar su dolor, se sentó en el suelo, apoyado en la pared del hogar. La pregunta había tocado el punto clave y él estaba demasiado cansado para explicarlo con la energía requerida por el caso. Pero su solicitud de conocimientos era perentoria.

—Mi anillo de boda —murmuró—. Cuando Joan se divorció de mí, sentí que lo había perdido todo. Pensé que el único vínculo con la raza humana era el hecho de que había estado casado. Pero aquí es una especie de talismán. Una herramienta para lo que ellos llaman «magia indomeñable»; la magia indomeñable que destruye la paz. No puedo explicarlo.

Linden se hallaba sentada cerca de él, atenta a sus gestos.

—Crees que no puedo soportar la verdad. El vaciló ante su percepción.

—No lo sé. Pero sé que es duro. Créeme. No es fácil para mí.

Fuera, la lluvia batía el valle con toda su ira. Rayos y Truenos luchaban entre sí en las montañas. Pero dentro del cobertizo el aire era caliente, aunque impregnado de humo, cosa que lo hacía ligeramente soporífico. Y él había estado andando varios días sin descanso. Por tanto cerró los ojos, para aliviar su cansancio, y para darse un respiro en el examen a que estaba siendo sometido por parte de Linden.

Pero ella aún no había terminado.

—Nassic... —su voz fue tan directa como si hubiera alargado el brazo para tocarle— está loco.

Con un esfuerzo de voluntad, Covenant preguntó: —¿Qué te hace pensar eso?

Ella mantuvo el silencio hasta que él abrió los ojos para dirigirle la mirada. Luego, defensivamente, dijo:

—Puedo adivinarlo por el desequilibrio que noto en él. ¿Tú no? Se nota en su cara, en su voz, en todo. Lo vi en seguida cuando se acercaba a nosotros por el camino.

De mala gana, Covenant prescindió de su fatiga para preguntar:

—¿Qué tratas de decirme? ¿Que no debemos confiar en él?

—Tal vez. —Ahora no pudo encontrar su mirada. Estudió la manera en que agarraba sus rodillas con las manos—. No estoy segura. Todo lo que sé es que es un demente. Ha vivido solo durante mucho tiempo. Eso sí, cree en lo que dice.

—No es el único —musitó Covenant. Deliberadamente, se estiró para hallar una

posición más confortable. Estaba demasiado cansado para preocuparse de la salud mental de Nassic. Pero le debía a Linden todavía otra respuesta. Antes de abandonarse a su descanso, respondió—: No, no he notado nada.

Mientras descansaba, era consciente de que ella estaba levantada, paseando detrás de su cuerpo recostado.

El silencio lo despertó. Había parado de llover. Durante unos momentos, se mantuvo quieto, gozando del final de la tormenta. El descanso le había beneficiado. Ahora se encontraba más fuerte, más capaz.

Levantó la cabeza y vio a Linden en el portal de la entrada, contemplando el valle y el inicio de la claridad en aquella noche fría. Sus hombros estaban tensos. El esfuerzo se denotaba en la forma en que estaba apoyada en la roca. Cuando él comenzó a incorporarse, ella volvió a mirarlo. Debía haber reavivado el fuego mientras él dormía. La habitación estaba bien alumbrada, pudiendo ver su cara claramente. Los extremos de sus ojos estaban marcados como si hubiera estado mirando de reojo durante mucho tiempo a algo de lo cual desconfiaba.

—Ha parado a altas horas de la noche —dijo ella, indicando la ausencia de lluvia con un movimiento de cabeza—. En eso estuvo acertado.

Covenant seguía preocupado por ella. Tratando de que la pregunta pareciera intrascendente, dijo: —¿En qué has estado pensando? Ella se encogió de hombros.

—Nada nuevo. Enfrentate a él, sigue adelante, prueba a ver qué pasa... —Su mirada estaba distraída, buscando algo en el recuerdo—. He estado viviendo así durante años. Es la única manera de averiguar cuánto consigues ahorrarte del coste total.

El la miró, buscando algún indicio que le diera a entender el significado de sus palabras.

—¿Sabes? —dijo lentamente—. No me has hablado mucho de ti misma.

Linden endureció su expresión. Su cara era un escudo. Evadiendo la pregunta, dijo:

—Nassic no ha vuelto aún.

Por un momento, él consideró su evasiva. ¿Tenía tanto que esconder de su pasado? ¿Actuaron sus defensas contra él o contra sí misma? Pero se interesó por su último comentario.

—¿No ha llegado? —Incluso un viejo hubiera podido hacer el viaje de ida y vuelta dos veces durante ese tiempo.

—Yo no le he visto.

—¡Maldita sea! —La garganta de Covenant se secó de golpe—. ¿Qué demonios le habrá pasado?

—¿Cómo puedo saberlo? —Su ira traicionaba su aparente tranquilidad—. ¿Recuerdas? Soy yo la que no ha estado aquí antes.

El deseó abofetearla; pero se contuvo.

—No quiero decir que debas saberlo. Puede que se haya despeñado o puede, incluso, que Pedraria Mithil sea aún más peligrosa de lo que él pensaba. Tal vez no sea cierto que tenga allí un hijo.

Covenant pudo ver como ella se tragaba su propia provocación.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—¿Qué opción hemos escogido? Tendremos que ir nosotros. —Se planteó compartir sus dudas acerca de Nassic—. Es duro para mí tener que creer que no podemos confiar en esta gente. Fueron mis amigos cuando yo ni siquiera merecía tenerlos.

Ella consideró el problema.

—De esto hace tres mil años.

Sí, se dijo a sí mismo. Y él no les había correspondido, incluso les había hecho daño. Si ellos le recordaban, harían bien en hacerlo sólo por el daño que les proporcionó.

Al tiempo que empezaba a sentir náuseas, pensó que debería contarle a Linden lo que había hecho en Pedraria Mithil, a Lena, la hija de Aliaran. La doctora era la primera mujer que había encontrado en diez años, que no mostró miedo hacia él. Y además había tratado de salvarle la vida. ¿Qué otra protección podría darle contra él mismo?

Pero le faltaba coraje. Las palabras estaban en su mente, pero no podía pronunciarlas. Para escapar de su mirada, salió de la morada de Nassic, pasando bruscamente por delante de ella.

La noche era un cúpula de cristal. Todas las nubes habían desaparecido. El aire era frío y penetrante; las estrellas brillaban como fragmentos de belleza rota a través de aquellos valles inmaculados. Iluminaban tenuemente. Debajo de la oscura silueta de los picos pudo ver el arroyo fluyendo agitado a lo largo de la cañada. Empezó a andar para seguirlo. Conocía muy bien esa parte del camino. Pero luego acertó el paso al ver que Linden no lo seguía.

—¡Covenant!

Su grito provocó a la noche. El eco lo repitió al chocar con las montañas.

El retrocedió, corriendo a su encuentro.

Ella se arrodilló ante un montón de piedras, al lado de la casa; los restos rotos del templo de Nassic convertido en ruinas. La vio examinando un cuerpo oscuro que descansaba de forma extraña sobre las piedras.

Covenant se precipitó hacia el cuerpo.

—¡Maldita sea! Es Nassic.

El anciano estaba como abrazado a las ruinas. Del centro de su espalda salía el mango de un cuchillo.

—No lo toques —advirtió Linden—. Todavía está caliente.

Su boca estaba llena de horror.

—¿Todavía? —Covenant expulsó su desaliento—. Cógele las piernas. Lo entraremos en la casa.

Linden no se movió, y Covenant, para hacerla reaccionar, la golpeó con palabras duras:

—Ya te dije que esto era peligroso. ¿Creías que estaba bromeando? ¡Coge sus piernas!

Su voz fue una simple y fría articulación de la oscuridad.

—Está muerto. No hay nada que podamos hacer.

El tono desolado de Linden contrastaba con sus recientes protestas. Por un momento, temió haberla perdido. Temió que su mente se hubiera caído por el precipicio. Pero luego se volvió. Su cabello caía hacia adelante, cubriendo su cara, cuando se agachó para meter sus brazos por debajo de las piernas de Nassic.

Covenant lo levantó por los hombros. Juntos, lo llevaron dentro de la casa.

El cuerpo ya se había endurecido.

Lo colocaron con cuidado en el centro de la estancia. Covenant lo inspeccionó. Su piel estaba fría. No había sangre en la ropa alrededor del cuchillo. La lluvia debió haberla eliminado. Todo indicaba que había permanecido allí, muerto, durante mucho tiempo.

Linden no miraba el cuerpo. Sus ojos se fijaron en el cuchillo de hierro negro.

—No lo ha matado el cuchillo de un golpe —dijo, concentrándose—. No es una herida mortal. Ha muerto desangrado. —Los huesos de su cara parecían vibrar con vehemencia—. ¡Esto es obra de un ser maligno!

La manera de pronunciar la palabra *maligno* produjo un escalofrío en Covenant que le recorrió toda la columna. Sabía a lo que se refería. También él había sido capaz, anteriormente, de percibir tales cosas. Ella veía la crueldad de la mano que había empuñado aquel cuchillo y la maldad que la había inspirado. Y si el hierro estaba todavía caliente... Nerviosamente tragó saliva. El asesino de Nassic debió ser alguien dotado de un poder brutal.

Covenant trató, en seguida, de buscar explicaciones al hecho.

—Quien quiera que haya sido, sabía que estábamos aquí. De lo contrario, ¿qué sentido tenía dejar el cadáver ahí fuera? Quería que lo encontráramos... después de que él se hubiera marchado, —cerró los ojos y se esforzó en encontrar más claridad en el asunto—. Nassic fue asesinado a causa de nuestra presencia, para impedir que hablara con los de Pedrada Mithil, o tal vez, que hablara con nosotros. ¡Maldita sea! Esto parece obra del Execrable.

Linden no escuchaba. Estaba viviendo su propia reacción.

—Nadie hace una cosa así.

Su voz sonaba como la de un alma desamparada, temerosa y vengativa al mismo tiempo, Covenant acusó la extrañeza de su comentario; pero no podía detenerse a analizarlo. Su vieja cólera contra el Despreciativo le dominaba.

—Se han servido de un asesino muy especial —murmuró—, dejándole en la espalda un cuchillo caliente. El Execrable tiene muchos asistentes de esa clase. Es perfectamente capaz de haber hecho matar a Nassic, sólo para impedir que recibiéramos de él demasiada información. O, para manipularnos de alguna forma.

—Nadie mata de esa manera. Por placer —insistió Linden, con una angustia que ahogaba su voz y cegaba su cara—. Las personas no hacen eso.

—Desde luego que no. —Su tristeza le alcanzó a él; pero la fragilidad de los miembros muertos de Nassic hacían crecer su indignación, que le hizo responder:

—Probablemente decidió dormir una siesta bajo la lluvia y el cuchillo cayó sobre él de alguna parte, por casualidad.

Ella ignoró su sarcasmo.

—La gente mata porque tiene hambre o miedo. —Linden se esforzó por encontrar otras razones ante aquel cuchillo—. O por órdenes recibidas. —Su tono se agudizó como si estuviera a punto de llorar—. A nadie le gusta hacerlo.

—No. —La visión de su zozobra atrajo nuevamente la atención de Covenant hacia ella—. A todo el mundo le gusta. A todo el mundo le gusta el poder. Pero la mayor parte de la gente se controla, porque al mismo tiempo lo odia. Este crimen no es diferente de otros. Sólo es más obvio.

Un gesto de repulsión giró su rostro. Su aseveración pareció herirla. Por un momento, temió que se desvaneciera, pero luego los ojos de Linden se volvieron a mirarlo.

—Quiero... —Su voz temblaba, pero concluyó de un golpe la frase—. Quiero encontrar al bastardo que ha hecho esto. Quiero verlo con mis propios ojos.

Covenant asintió, manifestando su propia ira.

—Creo que vas a tener ocasión de conocerlo. —También él quería encontrar al asesino de Nassic—. No podemos dejar al Execrable en segundo lugar. El sabe más que nosotros. Y no podemos permanecer aquí. Pero hemos perdido a nuestro guía, nuestra única oportunidad de saber lo que está pasando. Tenemos que ir a Pedraria Mithil. Ya que el asesino no nos ha atacado aquí, puede que nos aguarde en Pedraria.

Durante un largo momento, ella se mantuvo inmóvil, valorando sus recursos. Finalmente, dijo:

—Vámonos.

El no vaciló. A Nassic no se le había concedido siquiera la dignidad de una muerte limpia. Con Linden a su lado, se puso en camino.

Pero a pesar de la violencia que llevaba dentro de sí, no se permitía apresurarse demasiado. Las estrellas no daban la suficiente luz, y la lluvia había dejado el suelo

de la cañada resbaladizo por el fango. El camino hacia la Pedraria era peligroso y no podía permitir que la imprudencia les acarreará daño alguno.

Camaron bajando por el valle; después, siguieron el curso del arroyo, entrando en un paso curvado entre firmes paredes. Luego giraron, adentrándose a una hendedura que subía, en ángulos rectos, a la cordillera. La grieta era estrecha y difícil de transitar de noche; pero, pasados los primeros metros se iba nivelando, para terminar en una bajada. Pronto llegaron al propio declive de la montaña, justo en la cara oriental de Valle Mithil.

A poca distancia, debajo de ellos, el valle se extendía con una explanada hacia el Norte. Una raya de negrura atravesaba el valle. Debía ser un río.

Al lado del río, a su derecha, podía observarse una agrupación de tenues luces.

—Pedraria Mithil —murmuró. Pero luego, el vértigo le forzó a volverse atrás, para proseguir por un pequeño camino, a la izquierda. No pudo reprimir el recuerdo de aquella vez que pasó por allí con Lena. Hasta que le hubiese contado a Linden todo lo que había hecho, no podría conocer su reacción y, por tanto, no podría saber cómo iba a responderle, a él o al Reino.

Necesitaba que Linden comprendiera sus relaciones con el Reino. Necesitaba su apoyo, sus conocimientos y su fuerza. ¿Por qué otra razón ha sido escogida?

El aire estaba impregnado de una humedad fría y penetrante; pero el ejercicio de andar los mantenía calientes. Y el camino se hacía menos difícil a medida que descendía hacia el fondo del valle. Cuando la Luna empezó a coronar los picos, abandonó cualquier medida de precaución. Por el contrario, trataba de acumular coraje para decir todo lo que debía ser dicho.

Al cabo de poco, el camino viró, dejando el declive, para seguir por el lado del río. De vez en cuando, miraba a Linden, preguntándose de dónde había sacado la insensatez o la desesperación que la posibilitara, o la indujera, a acompañarle. Le preocupaba descubrir la verdad de ella; determinar si su firmeza provenía de la convicción o del miedo.

Ella no creía en fuerzas malignas.

No había opción. Tenía que decírselo.

Obligándose a sí mismo, la cogió por el brazo, haciendo que se detuviera. Ella lo miró.

—Linden. —A la luz de la luna era como el alabastro, pálida y distante—. Tengo que decirte algo, antes de que vayamos más lejos. —El ahogo que sentía le hizo susurrar—. La primera vez que estuve aquí, encontré a una muchacha, Lena. Era todavía una niña, pero muy amiga mía. Gracias a ella me mantuve vivo en la Atalaya de Kevin, cuando mi vida estaba en peligro. —Su larga soledad se lamentaba de aquella autodelación—. La violé.

Ella se quedó mirándole. Sus labios formaban palabras inaudibles.

—¿La violaste?

Covenant se vio reflejado en la mirada de Linden como un ser detestable.

Ocupado en los efectos de esta confesión, no advirtió la sombra que pasaba sobre sus cabezas y el peligro que suponía, hasta que cayó una red, envolviéndolos al instante. Luego salieron de la oscuridad diversas figuras humanas, y los rodearon. Uno de los atacantes golpeó su cara con algo que se abrió despidiendo un olor semejante al del melón podrido.

Luego ya no tuvo tiempo de respirar y cayó con Linden en sus brazos como si fueran amantes.

SEIS. El Gravanélico

Despertó repentinamente, con un sofocante estiércol sobre su cara que le hizo esforzarse para mover los brazos a fin de eliminarlo. Pero sus manos estaban atadas a su espalda. Se desesperó al creerse amordazado, hasta que se dio cuenta de que podía respirar.

El aire llegaba seco y helado a sus pulmones, pero le hacía bien. Poco a poco, sus náuseas desaparecieron.

Desde algún lugar cerca de él, oyó que Linden decía:

—Estarás bien en seguida. Nos han echado alguna clase de analgésico. Es como el éter. Hace que te sientas enfermo, pero luego el mareo desaparece. No creo que nos hayan herido.

El permaneció unos momentos acostado sobre aquella piedra fría. Luego dobló su cuerpo, haciendo un esfuerzo para sentarse. Las ataduras dificultaban los movimientos. Una sombra de desmayo le invadió; pero el aire le ayudó a superarla.

—Amigos, —murmuró. Pero no había nadie excepto Linden—. Nassic estaba en lo cierto. —Nassic estaba en lo cierto—. Repitió, como si ella no se hubiese enterado la primera vez.

Se hallaban en una habitación reducida como una celda. La puerta de entrada estaba cubierta por una gran cortina; pero en el lado opuesto, una ventana con barras de hierro dejaba entrar la pálida luz del amanecer, un amanecer tardío por la interposición de las montañas.

Linden estaba sentada, con los brazos detrás de ella en ángulo. También sus muñecas estaban atadas, Sin embargo, había logrado limpiarse sus mejillas, aunque porciones de estiércol colgaban todavía de los hombros de su blusa.

En la cara de Covenant la suciedad se había secado, y parecía señales de lepra.

Covenant se desplazó hasta lograr apoyarse en la pared. Las ataduras cortaban sus muñecas. Cerró los ojos. Una trampa, murmuró. La muerte de Nassic fue una trampa. Había sido asesinado para que Covenant y Linden cometieran la torpeza de meterse en las defensas de la Pedraria y ser capturados, ¿qué estará tramando el Execrable? Se preguntaba en la oscuridad, detrás de sus párpados. ¿Hacernos pelear con esta gente?

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Linden, en tono normal, como si se hubiera desprendido de toda la emoción del caso—. ¿Por qué me has contado lo de esa chica?

Sus ojos saltaron hacia ella. Pero en aquella escasa luz, no pudo distinguir su expresión. El deseaba decir: Olvídalo. Tenemos otras cosas de que preocuparnos. Pero consideró que ella tenía derecho a conocer toda la verdad acerca de él.

—Quise ser honesto contigo. —Su interior se revolvía con el recuerdo—. Los actos que cometí cuando estuve aquí antes, van a afectar a nuestra situación actual. El Execrable no olvida. Y yo estaba asustado. —Balbuceó ante el coste de su deseo de

rectitud—. Tú pudiste confiar en mí sin saber en quién confiabas. No quiero traicionarte... por no ser quién piensas que soy.

Ella no respondió. Sus ojos eran sombras que no le decían nada. Bruscamente, la presión de su amargura, le hizo disparar palabras como si fueran dardos.

—Después de que se me diagnosticara la lepra y Joan se divorciara de mi, fui impotente durante un año. Luego vine aquí. No comprendo lo que pasó. El Reino estaba curando partes de mí que habían estado muertas durante tanto tiempo que ya me había olvidado de que las tenía. Y Lena... —La mirada de ella le quemó como un ácido—. Era tan bella que aún tengo pesadillas por lo que ocurrió. Fue demasiado fuerte para mí. Se supone que los leproso son impotentes.

No le dio a Linden ocasión de responder. Continuó, reviviendo el pasado con su propio criterio.

«Pero no me detuve ahí. Yo fui causa de su muerte y de la muerte de su hija, Elena..., también hija mía. Yo traté de escapar de las consecuencias. Todo el mundo se negaba a castigarme. Yo era la reencarnación de Berek. Querían que salvara el Reino. Lena, ¡oh Lena! Murió asesinada al tratar de salvar mi vida.

Linden escuchaba, inmóvil. Parecía una figura de piedra junto a la pared, muda e insensible, como si la mera confesión de culpa no le impresionara en absoluto. Pero sus rodillas se apretaban contra su pecho fuertemente, como en posición defensiva. Cuando terminó, ella sólo dijo:

—No debiste habérmelo contado.

—Tenía que hacerlo. —¿Qué otra cosa podía decir?— Así me verás como soy.

—No. —Ella protestó como si una acusación de malignidad se hubiera levantado entre ambos—. No eres así. No lo hiciste intencionadamente. Tú salvaste el Reino. ¿Verdad?

El la miró directamente.

—Sí. Al final, sí.

—Pues ya está. Olvida lo que ocurrió. —Su cabeza cayó sobre sus rodillas, oprimiendo la frente contra ellas, como para refrenar el batir de sus pensamientos—. Déjame sola.

Covenant estudió su cabeza, la forma en que sus cabellos descendían hacia sus muslos, y trató de comprender. Esperaba de ella una repulsa por lo que había hecho; no por haberlo confesado. ¿Por qué era tan vulnerable a estas cosas? En realidad, sabía muy poco de aquella mujer. Pero no podía pedirle que le contara cosas que ella no deseaba descubrir.

—No lo comprendo —dijo con voz áspera, que reflejaba incertidumbre—. Si es esa tu opinión, ¿por qué volviste a insistir sobre el tema? Te has tomado muchas molestias para averiguar lo que estaba escondiendo.

Ella continuó con la cabeza inclinada.

—Te dije que me dejaras.

—No puedo. —Su cuerpo fue atravesado por una vibración de rabia—. Tú no estarías aquí si no me hubieras seguido. Necesito saber por qué lo hiciste, necesito saber si puedo confiar en ti.

La cabeza de Linden, ahora se levantó.

—Soy médico.

—No es razón suficiente —respondió él con energía.

Poco a poco, la luz de la ventana iba creciendo. Ahora podía leer partes de su rostro; su boca cerrada y severa, sus ojos como dos oscuras ranuras debajo de la frente... Ella lo miraba como si estuviera traspasando su intimidad.

Después de un largo momento, ella dijo, con voz suave y normal:

—Te seguí porque pensaba que eras fuerte. Cada vez que te había visto te mantenías sobre tus pies. Necesitabas ayuda desesperadamente, pero te mantenías firme como si ni siquiera una explosión pudiera derribarte. —Sus palabras eran ásperas y cargadas de amargura—. Yo creía que eras *fuerte*, Pero ahora resulta que estabas huyendo de tu culpa, igual que cualquier otra persona, tratando de convertirte nuevamente en inocente al sacrificarte por Joan. ¿Qué supones que debía hacer yo? —Una furia controlada exasperó su tono—. ¿Permitir que cometieras un suicidio?

Antes de darle tiempo para responder, ella continuó:

«Usas la culpabilidad de la misma forma que la lepra. Quieres que la gente te rechace, que se mantenga apartada de ti. Hacerte la víctima, en una palabra, para recobrar tu inocencia. —Gradualmente, la intensidad de su tono se fue suavizando y adquiriendo mordacidad—. Ya he visto más de lo que puedo soportar. Si crees que soy una amenaza para ti, al menos, déjame en paz.

Nuevamente escondió la cara en las rodillas.

Covenant se quedó contemplándola en silencio. Sus palabras le hirieron como si hubieran puesto de relieve su falsedad. ¿Era *aquello* lo que estaba haciendo? ¿Darle una razón moral para repudiarle, ya que no le afectaba la razón física de su enfermedad? ¿Tanto miedo tenía de verse ayudado o de que confiaran en él? Concentrándose en la visión de sí mismo, se levantó y se dirigió a la ventana como si necesitara defender sus ojos mirando a otra parte.

Pero la vista sólo dio asentimiento a sus recuerdos. Verificó que Linden y él se encontraban en Pedrada Mithil. La pared y el tejado de otra casa de piedra estaban frente a él; y a cada lado pudo ver sendas esquinas de otros edificios. Las paredes eran muy viejas y estaban muy dañadas por los siglos que habían soportado. Habían sido edificadas sin mortero, formadas por losas y grandes piedras mantenidas juntas por su propio peso, y cubiertas por tejados planos. Detrás de los tejados estaban las montañas.

Por encima de ellas, el cielo era de un color amarronado, como sucio y cubierto

de polvo.

El había estado allí antes y no podía negar la verdad: tenía miedo. Demasiada gente que se había preocupado por él y prestado ayuda lo había pagado muy caro.

El silencio de Linden vibraba a su espalda como un estruendo. Pero se quedó quieto, contemplando el sol que empezaba a iluminar el valle. Cuando su tensión comenzaba a ser insoportable, dijo sin volverse:

—No sé lo que van a hacer con nosotros.

Como si fuera una respuesta, la habitación brilló, de súbito, al correrse la cortina hacia un lado. Se volvió rápidamente y vio a un hombre en el dintel.

El pedrariano tenía aproximadamente la estatura de Linden, pero era más corpulento y musculoso que Covenant. Su oscura piel y su negro pelo destacaban con el color de su indumentaria de cuero. No llevaba nada en los pies. En su mano derecha sujetaba un largo bastón de madera como un signo de autoridad.

Parecía tener unos treinta años. Sus facciones eran las de un hombre joven, pero las dos profundas arrugas de su entrecejo lo contradecían, así como sus opacos ojos, que parecían gastados por haber soportado largas e inútiles aflicciones. Los músculos de sus mandíbulas se mostraban tensos como si se hubiera estado cepillando los dientes durante años. Su brazo izquierdo colgaba a su lado y, desde el codo hacia arriba, estaba cubierto por finas cicatrices blancas.

No habló. Estuvo mirando a Covenant y a Linden como si creyera que ellos conocían la razón de su visita.

Linden se puso en pie. Covenant dio dos pasos hacia adelante, de forma que quedaron dándose la espalda ante el pedrariano.

El hombre balbuceó, buscando la forma de encararse con Covenant. Luego se movió hacia dentro de la habitación. Puso su mano izquierda en la sucia mejilla de Covenant. De momento, éste retrocedió. Luego se mantuvo quieto, mientras el pedrariano le quitaba cuidadosamente los restos de suciedad que le quedaban en la cara.

Sintió cierta gratitud ante aquel gesto, que parecía otorgarle más dignidad de la que merecía. Estudió atentamente el semblante moreno y fuerte de aquel hombre, tratando de descifrar lo qué había tras él.

Luego, el hombre se volvió, abandonando la habitación y dejando la cortina descorrida para Covenant y Linden.

Covenant miró a Linden por si necesitaba que le infundieran valor. Pero ella no aceptó su mirada. Estaba ya en camino. Respiró hondo y salió tras ella.

Acto seguido se encontró en amplio y redondo centro de Pedraria Mithil, lo que atrajo a su memoria viejos recuerdos. Todas las casas miraban hacia el centro, y las que estaban detrás del círculo interior, estaban dispuestas para facilitar el acceso más directo a él. Pero ahora podía observar que varias de las casas habían sufrido un serio

abandono, como si sus ocupantes no supieran como repararlas. ¿Era posible que aquella gente hubiese olvidado la ciencia de la piedra?

El Sol brillaba sobre la cordillera oriental, dándole en la cara. Al mirarlo indirectamente, se dio cuenta de que había perdido su aura azul. Ahora era de un marrón descolorido.

La Pedraria parecía desierta. Todas las cortinas de las puertas estaban cerradas. Nada se movía, ni en el pueblo, ni en las laderas de la montaña, ni en el aire. Ni siquiera podía oírse el río. El valle yacía bajo aquel amanecer como si le hubieran impuesto un silencio absoluto.

Una lenta sensación de miedo empezó a introducirse en sus nervios.

El hombre del bastón se adentró en el círculo, haciendo señas a Covenant y Linden para que le siguieran a través del suelo rocoso. Linden y Covenant obedecieron. El hombre miró hoscamente alrededor del pueblo, apoyándose en el bastón como si los músculos que lo mantenían estuvieran cansados.

Pero después de un momento entró en acción. Levantó el bastón por encima de su cabeza, con lentitud. En un tono peculiar, dijo:

—Esto es el centro.

En seguida, las cortinas se abrieron. Hombres y mujeres salieron de sus casas.

Toda aquella gente tenía la piel oscura y llevaba vestimentas de cuero. Formaron un círculo como un dogal y se quedaron contemplando a Covenant y a Linden. Sus caras eran hostiles y cautelosas. Algunos llevaban jabalinas rudimentarias; pero no era visible otra clase de armas.

El hombre del bastón se unió a ellos. Luego se sentaron, todos juntos, en el suelo, con las piernas cruzadas.

Sólo un hombre permaneció de pie. Estaba detrás de los otros, apoyado a la pared de una casa, con los brazos cruzados negligentemente sobre el pecho. Sus labios mostraban una sarcástica sonrisa, como si saboreara anticipadamente una matanza.

Covenant adivinó por instinto que aquel hombre era el verdugo del pueblo.

Los habitantes de Pedraria no emitían ningún sonido. Vigilaban a Covenant y Linden, casi sin parpadear. Su silencio, sin embargo, sonaba en el aire, como el alarido de una garganta desprovista de voz.

El Sol empezó a hacer sudar el cuero cabelludo de Covenant.

—Alguien dice algo, —musitó entre dientes.

De súbito, Linden le tocó con el codo.

—Esto es lo que están esperando. Estamos siendo juzgados y quieren escuchar lo que tenemos que decir.

—Es terrible. —Aceptó su intuitiva explicación sin dudar. Ella tenía un visión de la que él carecía—. ¿Porqué tenemos que ser juzgados?

—Posiblemente porque han encontrado a Nassic, respondió Linden.

El gruñó. La cosa tenía sentido. Tal vez Nassic había sido asesinado precisamente para que Linden y él fueran culpados del crimen. Forzó sus ataduras deseando liberar las manos para enjugarse el sudor que ya cubría su cara. Pero esto no explicaba por qué los habían capturado antes de saber que se había producido el asesinato.

El silencio era intolerable. Las montañas y las casas formaban un opresivo círculo. Los pedrariansos seguían sentados impasiblemente, como jurados en un juicio. Covenant los escudriñó y luego empezó a hablar.

—Mi nombre es ur-Amo Thomas Covenant, Incrédulo y Portador del Oro Blanco. Mi compañera es Linden Avery. —Deliberadamente, le dio un título—. La Escogida. Ella es forastera, —aquella gente oscura le devolvió la mirada con indiferencia. El hombre que se apoyaba en la pared enseñó los dientes—, pero yo no soy extraño al Reino. —Covenant prosiguió con súbita furia—. Corréis un gran peligro amenazándonos.

—Covenant, —exclamó Linden, en recomendación de prudencia.

—Ya se... —musitó—, que no debería decir cosas así. —Luego se dirigió nuevamente al pueblo—. Nassic, hijo de Jous, nos dio la bienvenida. El no era amigo vuestro, o vosotros no erais amigo de él, porque Dios sabe que era un hombre incapaz de hacer daño alguno. —Nassic parecía tan desamparado en su muerte...— Pero dijo que tenía aquí un hijo. Un hombre llamado Sunder. ¿Está Sunder aquí? ¿Sunder? —Covenant miró alrededor del ruedo. Nadie respondió—. Sunder, —repitió—, quien quiera que seas, ¿ya sabes que tu padre murió asesinado? Lo encontramos a la salida de su casa con un cuchillo de hierro en la espalda. El cuchillo estaba todavía caliente.

Alguien del círculo emitió un ligero gemido; pero Covenant no vio quién era. Linden movió la cabeza negativamente; tampoco ella había podido ver quien se lamentaba.

El cielo se había vuelto marrón claro de extremo a extremo. El color del Sol era tan árido como el polvo.

—Creo que el asesino vive aquí. Creo que es alguno de vosotros. Pero puede que eso os tenga sin cuidado.

Nadie reaccionó. Todas las caras le miraban como si fuera una especie de aparición. El silencio era absoluto.

—¡Maldita sea! —Covenant se volvió hacia Linden—. Me estoy comportando como un loco. ¿Tienes tú alguna idea?

La mirada de Linden era como una súplica.

—No sé. Yo nunca había estado aquí.

—Ni yo tampoco. —Covenant no pudo contener su ira—. No en un lugar como éste. La cortesía y la hospitalidad eran aquí tan importantes que la gente que no podía ofrecerla se sentía avergonzada. —Luego, recordando la manera en que Trelle y Atiaran, los padres de Elena, le habían acogido en su casa, apretó los dientes y, tras

de una silenciosa maldición, se enfrentó nuevamente con los pedrarianos—. ¿Son los otros pueblos iguales a éste? —preguntó—. ¿Es que todo el Reino ha enfermado de suspicacia? ¿O es éste el único lugar donde se ha perdido la decencia?

El hombre del bastón bajó los ojos. Nadie más se movió.

—¡Por Dios! —insistió Covenant—. Si no podéis, al menos tolerarnos, ¡dejadnos ir! Saldremos de aquí sin mirar atrás jamás. Algún otro pueblo habrá que nos dé lo que necesitamos.

El hombre que estaba detrás del círculo, hizo una maliciosa mueca de triunfo.

—¡Maldita sea! —musitó Covenant entre dientes. El silencio era demencial. La cabeza empezó a darle vueltas. El valle parecía un desierto—. Desearía que Mhoram estuviera aquí.

Linden en voz baja, preguntó:

—¿Quién es Mhoram? —Sus ojos estaban fijos en el hombre que permanecía de pie.

—Uno de los Amos de Piedra Deleitosa, —Covenant no sabía lo que ella estaba viendo—. También un amigo. Tenía un gran talento para enfrentarse a situaciones difíciles.

Ella apartó la mirada de aquel hombre que se recreaba con la situación y miró a Covenant. Su frustración y ansiedad influyeron en el tono de su voz.

—Está muerto. Todos tus amigos están muertos. —Sus hombros se movieron involuntariamente, tensando sus ataduras—. Hace tres mil años que están muertos. Estás viviendo en el pasado. ¿Han de agravarse aún más las cosas, antes de que te olvides de cómo eran?

—¡Estoy tratando de comprender lo que ha pasado! —Estaba avergonzado de su actitud. Era injusto; pero todo cuanto había dicho, había sido inútil. Giró la cabeza, encarándose nuevamente con el pueblo.

—¡Escuchadme! —suplicó a los pedrarianos—. Estuve aquí antes, hace mucho tiempo, durante la gran guerra contra el Asesino Gris. Yo luché contra él para liberar al Reino y lograr que fuera feliz. Hombres y mujeres de esta Pedraria me ayudaron. Vuestros antepasados. El Reino fue salvado gracias al coraje de los pedrarianos, los fustarianos, los Amos, los Gigantes, los Guardianes de Sangre y los Ranyhyn. Pero algo sucedió. Hay algo en el Reino que no marcha bien, y por esto estoy aquí. —Recordando la vieja canción de Kevin Pierdetierra, dijo formalmente—. Para que la belleza y la verdad no se borren totalmente de la tierra.

Con el tono, la cara y el gesto, rogaba alguna clase de respuesta del círculo. Pero los pedrarianos rehusaron hacer cualquier comentario. Su acalorado discurso había tensado las ataduras de sus muñecas, agravando el entumecimiento de sus manos. El Sol había empezado a lanzar oleadas de calor en la distancia. Se sentía fútil y voluble.

—No se lo que queréis —exclamó. Luego respiró a fondo y prosiguió—. No sé

de qué pensáis que somos culpables. Pero estáis equivocados respecto a ella. —Con la cabeza señaló a Linden—. Ella nunca ha estado aquí antes y es inocente.

Un resoplido de mofa le detuvo.

Se quedó con la vista fija en el hombre que estaba de pie detrás del círculo. Aquellos ojos se clavaban en él como dos arpones. El hombre había perdido su sonrisa burlona. Ahora irradiaba escarnio y desdén hacia Covenant. Tenía violencia en la curvatura de sus cejas. Pero Covenant no balbuceó. Enderezó su espalda, se cuadró de hombros y desafió la amenaza de su mirada.

Al cabo de un momento, el hombre desvió la vista.

Luego Covenant dijo, suavemente:

—No estamos aquí para ser juzgados. Más bien vosotros debéis serlo. La condena del Reino está en vuestras manos y estáis ciegos para verlo.

Un pesado silencio cubrió el pueblo. El valle entero parecía aguantar la respiración. Luego, aquel hombre que estaba solo, gritó, de repente:

—¿Tenemos que oír más? —Su tono conllevaba satisfacción y temor al mismo tiempo—. Ha dicho ya bastantes tonterías. ¡Pasemos a juzgarles, ya!

En seguida, el hombre del bastón se puso en pie.

—Quédate quieto, Marid —dijo enérgicamente—. Yo soy el Gravanélico de Pedraria Mithil y me corresponde a mí decidir cuando empieza y acaba la prueba del silencio.

—¡Ya es bastante! —replicó Marid—. ¿Puede haber un daño mayor que todo lo que ha dicho?

Un murmullo de asentimiento corrió a través del círculo.

Linden se situó más cerca de Covenant. Sus ojos estaban puestos en Marid como si su figura le aterrara. Una sensación de náusea deformaba su boca. Covenant la miró, y luego, a Marid, tratando de adivinar lo que ocurría entre ellos.

—Muy bien. —El Gravanélico dio un paso adelante—. Ya es suficiente. —De un golpe, hizo descansar el bastón sobre la piedra—, pedrarianos, decid lo que hayáis oído.

Por un momento, el pueblo se mantuvo callado. Luego, un anciano se levantó, y dijo:

—Yo he oído las narraciones sobre na-Mhoram, tal como las cuentan los Caballeros del Clave. Ellos dicen que la venida de un hombre con media mano y un anillo blanco va a traer la ruina para todos nosotros. Dicen que mejor es eliminar a este hombre a su llegada, dejando que su sangre se derrame en la tierra, que permitir que respire libremente invocando a los poderes malignos. Sólo el anillo debe ser recuperado y entregado a los Caballeros, para que toda blasfemia sea apartada del Reino.

¿Blasfemia? ¿Clave? Covenant se debatía inútilmente con su incompreensión.

¿Quién, además del Redimido antepasado de Nassic, había profetizado el retorno del Incrédulo?

El anciano concluyó con un movimiento de cabeza ante el Gravanélico, asintiendo. Al lado opuesto, una mujer de mediana edad, señalando con el dedo a Covenant, dijo:

—El ha hablado de na-Mhoram como un amigo. ¿No son los na-Mhoram y todo su Clave hostiles a Pedraria Mithil? Y todos sus Caballeros, ¿no nos arrebatan la sangre? Y no precisamente a los viejos cuya muerte está cercana, sino a los jóvenes, cuyas vidas son preciosas. ¡Que mueran esos dos! Nuestros rebaños han soportado ya demasiados días sin forraje.

—¡No digas insensateces! —replicó el anciano—. No hablarás así cuando el Caballero nos visite, que será muy pronto. En todo el Reino, sólo el Clave tiene poder sobre el Veneno del Sol. El sacrificio es duro para nosotros, pero nuestras vidas ya no existirían si no utilizaran la sangre de los pueblos.

—¿No hay aquí una contradicción? —interpuso el Gravanélico—. Él nombra a na-Mhoram como amigo y, sin embargo, las narraciones del Clave hablan mal de él.

—¡Por eso ambos deben morir! —exclamó inmediatamente Marid—. El na-Mhoram no es nuestro amigo, pero su poder es real.

—¡Cierto! —gritaron varias voces en el círculo.

—¡Sí!

—¡Es verdad!

Linden rozó deliberadamente su hombro con Covenant.

—Este hombre... —susurró—. Marid, es algo... ¿Te has dado cuenta?

—No —respondió Covenant entre dientes—. Ya te dije que no puedo. ¿Qué ocurre?

—No se... —dijo, preocupada—. Es algo...

Luego, otra mujer, gritó:

—El quiere que le soltemos para ir a otra Pedraria. ¿No son todos los otros pueblos nuestros enemigos? Dos veces han irrumpido en nuestros campos la Pedraria Ventosa durante la fertilidad del Sol para que nuestras barrigas encojan y nuestros niños lloren por la noche. Que mueran los amigos de nuestros enemigos.

Nuevamente, los pedrarianos gritaron:

—¡Sí!

—¡Cierto!

Inesperadamente, Marid, gritó a la multitud:

—¡Ellos asesinaron al padre de Sunder! ¿Vamos a permitir un crimen sin venganza alguna? ¡Deben morir!

—¡No! —La negación instantánea de Linden cayó sobre el círculo como un azote—. Nosotros no matamos a ese hombre bondadoso.

Covenant la miró, pero ella no se dio cuenta. Su atención era consumida por Marid.

En un tono de ácida burla, el hombre preguntó:

—¿Tienes miedo a morir, Linden Avery, la Escogida?

—¿Qué es? —respondió ella, gritando—. ¿Qué eres tú?

—¿Qué es lo que ves? —preguntó Covenant impaciente—. Dime.

—Algo... —su voz era indecisa; pero su mirada no vacilaba. La transpiración había oscurecido su cabello a lo largo de la línea de la frente—. Es como aquella tormenta. Algo maligno.

Las intuiciones aparecían como manchas solares en la mente de Covenant.

—Algo caliente.

—Sí. —Su mirada seguía centrada en la ferocidad de Marid—. Como el cuchillo.

Covenant se fijó en Marid. De pronto, se había calmado.

—Tú —dijo—, Marid, ven aquí.

—No, Marid —ordenó el Gravanélico.

—¡Por todos los diablos! —gruñó Covenant—. Mis manos están atadas. ¿Tienes acaso miedo a la verdad? —No miraba al Gravanélico. Mantenía a Marid con su voluntad—. Ven aquí. Os enseñaré quién mató a Nassic.

—Vigila —alertó Linden—. Quiere golpearte.

Marid hizo un gesto de rechazo y, por un momento, se mantuvo inmóvil. Pero ahora todos los ojos de los pedrariansos estaban puestos en él para ver cuál sería su reacción. Y Covenant no le daba ninguna salida. Un espasmo de temor o de júbilo, tensó la expresión de Marid. De pronto, se dirigió hacia el centro, deteniéndose frente a Covenant y el Gravanélico.

—Suelta tus mentiras —dijo con desprecio—. Te vas a ahogar en ellas antes de morir.

Covenant no vaciló.

—Nassic fue acuchillado por la espalda —dijo suavemente—, con un cuchillo de hierro. Fue un trabajo miserable. Murió desangrado. Cuando le dejamos, el cuchillo estaba todavía caliente.

Marid tragó saliva, convulsivamente.

—Estás loco. ¿Qué hombre o mujer de Pedraria Mithil podría llevar un cuchillo todavía con el fuego dentro? Tu misma boca te condena.

—Gravanélico —dijo Covenant—, tócale con tu bastón.

A su alrededor los pedrariansos se pusieron en pie.

—¿Con qué propósito? —preguntó el Gravanélico, desconcertado—. Sólo es madera. No tiene virtud para determinar culpabilidad o inocencia.

Covenant le miró fijamente.

—Hazlo.

Balbuzeando, el Gravanélico obedeció.

Al acercársele la punta del bastón, Marid se asustó. Pero luego, una exaltación salvaje iluminó su cara y se mantuvo quieto.

El bastón tocó su hombro.

Instantáneamente, un fuego rojo prendió en la madera.

El Gravanélico retrocedió, asombrado. Los pedrarianos se quedaron boquiabiertos y se consultaban unos a otros para asegurarse de lo que habían visto.

Con un movimiento explosivo, Marid golpeó a Covenant a un lado de la cabeza con el revés de su mano.

La fuerza sobrenatural del golpe lo derribó, cayendo hacia atrás. Una vez en el suelo, un fuerte dolor, como si de ácido se tratara, torturaba su delicado cráneo.

—¡Covenant! —exclamó Linden, asustada.

El oyó al Gravanélico gritar.

—¡Marid!

Oyó luego como el pánico de los pedrarianos se convertía en cólera. Luego el dolor se convirtió en un murmullo que le ensordecía. En el primer momento, estaba demasiado mareado para moverse. Pero quiso vencer aquel fuego y se incorporó, apoyado en sus rodillas, para que todo el mundo pudiera ver la marca del golpe de Marid en su herida.

—¡Bonito trabajo, bastardo! —Su voz parecía no sonar—. ¿De qué tenías miedo? ¿De que nos ayudara demasiado? ¿O, simplemente, querías divertirte?

Covenant tenía conciencia de unos susurros a su alrededor, pero no podía comprender las palabras. Marid estaba allí de pie con los brazos cruzados, protestando.

Covenant lanzó su voz a través de aquel murmullo.

—¿Por qué no nos dices tu nombre real? ¿Es Harem? ¿Jehannum?, ¿o tal vez Sheol?

Linden estaba a su lado. Se esforzaba intensamente en liberarse las manos, pero las ataduras no cedían. Su boca mascaba maldiciones.

—Ven —continuó Covenant, aunque apenas podía ver a Marid—. Atácame. Prueba suerte. A lo mejor he olvidado como usarlo.

De súbito, Marid empezó a reírse; una risa gélida como la muerte. Penetraba en el oído de Covenant, resonando en su cabeza como una conmoción.

—No te servirá de nada —gritó—. Tu muerte es segura. ¡No puedes hacerme daño!

De forma amenazante, el Gravanélico levantó ante Marid el bastón flameante.

—¿Has matado a Nassic, mi padre?

—Con mucho placer —respondió el Delirante—. ¡Ah, como me alimentó poner mi daga en su espalda!

Una mujer chilló, y antes de que nadie pudiera detenerla, cruzó el espacio abierto, viéndose sólo un borrrón de cabello gris pasando a toda velocidad, para arrojarse directamente contra Marid, derribándolo. Parecía que el impacto lo había matado.

A Covenant le fallaron las últimas fuerzas y cayó, quedándose de espaldas en el suelo de piedra.

Luego, el aire se impregnó de un olor a carne quemada. Uno de los pedrariansos gritó:

—¡Sunder! ¡Sus manos!

Otro dijo:

—¿Está muerto?

—¡No! —fue la respuesta.

Linden estaba sollozando.

—¡Dejadme ir! ¡Soy médico! ¡Puedo ayudarle! —y añadió—. ¿No sabéis qué es un médico?

Un momento después, unas manos cogieron a Covenant por los brazos, incorporándolo. Un pedrarianso se le acercó. Su borrosa cara se definió al llegar junto a él. Era el Gravanélico. Su expresión mostraba una mezcla de ira y aflicción. Con voz dura, exclamó:

—Marid duerme. Mi madre tiene serias quemaduras. Dime el significado de todo esto.

—Es un Delirante. —La respiración de Covenant estremecía sus pulmones—. ¡Diablos! —No podía encontrar las palabras que necesitaba.

El Gravanélico puso sus puños en la camisa de Covenant.

—¡Habla!

De algún lugar cercano, oyó a Linden exclamar:

—¡Maldita sea! ¡Déjalo en paz! ¿No ves que está herido?

Covenant buscaba la forma de despejarse.

—Suéltala, —dijo al Gravanélico—. Es una curadora.

Los músculos de la mandíbula del Gravanélico se tensaron. Luego se relajaron.

—No se me ha dado razón para fiarme de ella. Háblame de Marid.

Covenant empezó:

—Escucha. —Sudoroso y mareado, intentaba expulsar de su mente el dolor—. Era un Delirante.

La expresión del Gravanélico denotaba su falta de comprensión.

—Cuando se despierte, probablemente volverá a ser una persona normal. Puede que incluso ni recuerde lo que ha pasado. Fue poseído. Ese Delirante puede estar en cualquier parte. No está herido. Necesitarías una fuerza enorme para dañar a alguno de ellos, aún temporalmente. Observa si alguien está actuando de una manera extraña y violenta. Apártate de ellos, créeme.

El Gravanélico escuchaba, primero con impaciencia; luego con disgusto. Su exasperación pulsaba en las venas de sus sienes. Antes de que Covenant terminara, el pedrario dio la vuelta y se fue.

Inmediatamente, las manos que sostenían a Covenant por los brazos le arrastraron fuera del centro del pueblo.

Linden iba delante de él, forcejeando inútilmente entre dos corpulentos hombres, los cuales la empujaron nuevamente hacia su cárcel.

—¡Maldición! —exclamó Covenant. Su voz no tenía fuerza—. Estoy tratando de preveniros.

Sus captores no respondieron. Lo empujaron hacia dentro de la casa, detrás de Linden, dejándole caerse.

El se quedó en el suelo, sintiendo el frescor de la oscura habitación después de haber sufrido el calor brutal de aquel sol amarronado. El brusco cambio hacía que el suelo rodara, pero aquella piedra sedante aliviaba su dolor.

Linden no paraba de protestar. El trató de levantar la cabeza.

—Linden.

Ella se colocó a su lado.

—No trates de levantarte. Sólo déjame que te reconozca.

El volvió la cabeza para enseñarle la herida.

Linden se inclinó, podía sentir su aliento en la mejilla.

—Te ha quemado, pero no parece serio. Primer grado. —Su tono era de cólera y desamparo, a la vez—. No hay ningún hueso roto. ¿Cómo te encuentras?

—Mareado —murmuró—. Sordo. Creo que me pondré bien.

—Seguro que te repondrás —reconoció ella—, sufres una contusión. ¿Verdad que tienes ganas de dormir?

El asintió, casi sin fuerzas para moverse. La oscuridad de su cabeza le ofrecía una paz en la que deseaba sumergirse.

Ella respiró entre dientes y dijo:

—Siéntate.

El no se movió. Carecía de fuerzas para obedecerla.

Linden le tocó con la rodilla.

—Estoy hablando en serio. Si te duermes puedes entrar en coma y carezco de medios para restablecerte. Tienes que mantenerte despierto. Siéntate.

El timbre de su voz, sonaba como una amenaza de histeria. Apretando los dientes, trató de levantarse del suelo. Un dolor caliente invadía los huesos de su cabeza; pero se puso erecto y luego se dejó caer hacia un lado para apoyar su hombro contra la pared.

—Bien. —Linden suspiró. El golpeteo que sonaba en el interior de su cabeza producía un abismo entre ambos. Ella parecía más pequeña e indefensa por la pérdida

del mundo que conocía—. Bien, ahora trata de mantenerte despierto. Háblame. — Guardó silencio un momento—. Dime lo que ha pasado.

El reconoció su necesidad de información. Marid encarnaba los temores que la muerte de Nassic le habían despertado. Un ser que vive odiando, saborea la violencia y la angustia. Ella no sabía nada de estas cosas.

—Un Delirante. —Covenant trató de que su voz se deslizara suavemente para burlar el dolor—. Debí figurármelo. Marid no es más que un pedrario cualquiera, poseído por un Delirante.

Linden se retiró de su lado y volvió a la otra pared, acomodándose bajo su apoyo. La mirada se mantenía en su cara.

—¿Qué es un Delirante?

—Un servidor del Execrable. —Covenant cerró los ojos, apoyando la cabeza en la piedra para poder concentrarse en lo que estaba diciendo—. Hay tres: Harem, Sheol y Jehannum, pero tienen muchos nombres diferentes. No tienen cuerpo propio. Por ello toman los de otros individuos, o incluso animales, supongo. Todo lo que pueden encontrar. Por eso siempre están disfrazados. —Suspiró ligeramente, sólo para minimizar el efecto sobre su cabeza—. Espero que esa gente comprenda lo que esto significa.

—Entonces, lo que yo vi, ¿fue el Delirante dentro de Marid? ¿Es por eso que parecía tan extraño?

—Sí. —Cuando escuchaba su voz, la herida se hacía menos molesta, crecía en calor, pero también el dolor era más específico y delimitado. Un fuego en su piel en lugar de una estaca en el cerebro, le imposibilitaba menos la tarea de pensar—. Marid fue sólo una víctima. El Delirante lo utilizó para matar a Nassic. Sentemos aquí el punto de partida. Lo que no sé es por qué. ¿Quiere el Execrable que nos maten? ¿O hay algo más? Si el Execrable nos quiere muertos, el Delirante cometió un gran error cuando se dejó atrapar. Ahora Pedraria tiene algo en que pensar además de en nosotros.

—Lo que no sé —dijo Linden en tono de extrañeza—, es cómo me fue posible verlo. Nada de lo ocurrido es posible.

Su tono le trajo inesperados recuerdos. De pronto, le vino a la mente que la manera en que ella había mirado a Marid era la misma en que había mirado a Joan. Aquel encuentro con Joan la había marcado visiblemente.

Covenant abrió los ojos y la observó mientras decía:

—Ésta es una de las pocas cosas que me parecen naturales. Yo acostumbraba a ver lo que ahora ves tú, en mis visitas anteriores. —Su cara estaba vuelta hacia él, pero no le miraba. Su atención estaba concentrada en sí misma, mientras se debatía en la locura de su predicamento—. Tus sentidos —prosiguió él, tratando de ayudarlo—, se están identificando con el Reino. Te estás volviendo sensible al espíritu físico

que hay a tu alrededor. Más y más. Llegarás a mirar algo, o a escuchar o tocar cualquier cosa, y adivinarás si aquello está sano o enfermo, si es natural o sobrenatural. —Ella no parecía escucharle. Desafiando su dolor, añadió—: Eso ya no me sucede a mí. —Quería sacarla de su ensimismamiento, antes de que perdiera el hilo de sus explicaciones—. En consecuencia, es como si estuviera ciego.

La cabeza de Linden se movía de un lado a otro.

—¿Qué pasa si estoy equivocada? —dijo, al fin, respirando levemente—. ¿Qué pasa si estoy perdiendo el juicio?

—¡No! Esa parte de ti, nunca va a equivocarse. Y tú no puedes perder el juicio a menos que te lo propongas. —Luego adoptó una expresión salvaje—: *No abandones*.

Ella le escuchó. Con un esfuerzo que oprimió su corazón, obligó a su cuerpo relajarse, músculo por músculo. Aspiró fuertemente y tembló; pero luego exhaló el aire y pareció más calmada.

—Me encuentro tan desamparada...

El permaneció en silencio aguardando a que ella hablara.

Tras un momento, ella volvió a respirar a fondo, se quitó el cabello de la cara y fue al encuentro de su mirada.

—Si esos Delirantes pueden posesionarse de cualquiera —dijo— ¿por qué no de nosotros? Si somos tan importantes, y si el Execrable es tal como dices, ¿por qué no nos hace Delirantes para así servir a sus propósitos?

Con un silencioso suspiro de alivio, Covenant se permitió adoptar una posición de descanso.

—Esto es lo único que no puede hacer. No puede arriesgarse. El nos va a manipular, o va a tratar de manipularnos, pero tiene que aceptar el riesgo de que no queramos hacer lo que él quiere. Necesita nuestra libertad de acción. Todo lo que pueda desear de nosotros no tendrá ningún valor si no lo hacemos por voluntad propia. —Además, prosiguió para sí mismo, el Execrable no se atrevería a darle a un Delirante mi anillo. ¿Cómo podría confiar en cualquiera de ellos si adquiriera tanto poder?

Linden frunció el ceño.

—Esto puede tener sentido, si llego a comprender qué nos hace tan importantes, qué hemos conseguido que pueda ser importante para él. Pero no se me ocurre nada. —Linden suspiró—. Si yo puedo ver al Delirante... ¿Por qué no puede verlo nadie más?

Esta pregunta preocupó a Covenant.

—Esto es lo que realmente me preocupa. Por lo general, esta gente era como tú. Pero ahora no. Ni yo tampoco. Me da miedo incluso pensar en lo que esto significa. Han perdido... Han perdido el instinto de amar y servir al Reino. ¡Oh, Execrable! Bastardo. ¿Qué es lo que has hecho? Si ellos no pueden ver la diferencia entre un

Delirante y un hombre normal, tampoco podrán comprender que deben confiar en nosotros.

La boca de Linden se tensó nuevamente.

—¿Quieres decir que aún están planeando matarnos?

Antes de que Covenant pudiera responder, se abrió la cortina y el Gravanélico entró en la habitación.

Sus ojos estaban empañados por la aflicción y en todo su rostro se reflejaba el desconsuelo. Había dejado atrás su bastón. Sus manos colgaban a ambos lados, pero no podía tenerlas quietas. Se movían inconscientemente, haciendo pequeños gestos, como si sostuvieran algo imaginario.

Tras un momento de vacilación, se sentó sobre sus talones cerca de la entrada. No miraba a los prisioneros. Su mirada estaba dirigida al suelo, al espacio que había entre ellos.

—Sunder —dijo Covenant suavemente—, hijo de Nassic.

El Gravanélico asintió, sin levantar los ojos.

Covenant esperaba que hablase. Pero el Gravanélico permanecía silencioso, como si estuviera abatido. Después de unos instantes, Covenant dijo:

—La mujer que atacó a Marid era tu madre.

—Kalina, esposa de Nassic, hija de Alloma —dijo, manteniéndose rígido—, mi madre.

Linden dirigió la mirada a Sunder, interesándose.

—¿Cómo se encuentra?

—Ahora descansa. Pero la herida es profunda. Tenemos pocas posibilidades de curación para estas heridas. Puede que sea sacrificada.

Covenant vio que Linden estaba a punto de estallar, pero se anticipó.

—¿Sacrificada?

—Su sangre pertenece a Pedraria Mithil. —La voz de Sunder salía ahogada por el peso del dolor—. No debe desperdiciarse. Sólo Nassic, mi padre, se habría opuesto a una cosa así. Por lo tanto —aquí se le hizo un nudo en la garganta—, está bien que no sepa que yo soy el Gravanélico de Pedraria Mithil.

Linden retrocedió. Perplejo, Covenant preguntó:

—¿Vas a sacrificar a tu propia madre?

—Por la supervivencia de Pedraria Mithil —respondió Sunder—. Necesitamos sangre. —Luego prescindió de su emoción—. Vosotros también seréis sacrificados. Pedraria ha emitido su veredicto. Seréis muertos mañana, a la salida del Sol.

Covenant miró fijamente al Gravanélico e, ignorando su dolor de cabeza, preguntó:

—¿Por qué?

—He venido para darte la respuesta. —El tono de Sunder y su mirada acusaban a

Covenant. El Gravanélico detestaba plenamente el cometido que su responsabilidad le imponía, pero tampoco estaba dispuesto a eludirlo—. Las razones son muchas. Habéis pedido ser liberados para ir a otros pueblos.

—Estoy buscando amigos, —dijo Covenant con entereza—. Si no los encuentro aquí, debo buscarlos en otra parte.

—No. El Gravanélico estaba en lo cierto. Otra Pedraria haría lo mismo que nosotros. Por haber llegado de Pedraria Mithil ya os sacrificarían. Además — prosiguió—, has hablado de na-Mhoram como amigo tuyo, y ése es quien nos roba la sangre.

Covenant parpadeó. Aquellas acusaciones formulaban una norma que no podía descifrar.

—No conozco a ningún na-Mhoram. El Mhoram que yo conocía murió, hace al menos tres mil años.

—Eso no es posible. —Sunder hablaba sin levantar la cabeza—. Pero no significa nada para el Consejo del Clave. Aunque los Caballeros nos aborrecen, su poder y su ciencia está fuera de toda duda. Ellos han predicho tu llegada desde la pasada generación. Y ellos están cerca. Un caballero llegará pronto para reforzar la voluntad del Clave. Cualquier desobediencia supondrá un gran castigo para nosotros. No dudamos en defender su mundo. Sólo sabemos que vuestra sangre puede contribuir a la supervivencia de Pedraria Mithil.

—Espera —objetó Covenant—, cada cosa a su tiempo. —Su cabeza seguía soportando el dolor y la desesperación—. Hace tres mil años, un hombre con media mano y un anillo de oro blanco salvó al Reino, después de que hubiese sido completamente destruido por el asesino gris. ¿Quieres decir que esto ha sido olvidado? ¿Nadie recuerda la Historia? El Gravanélico se agitó nerviosamente.

—He oído esa leyenda. Quizás soy el único en Pedraria Mithil. Nassic, mi padre, hablaba de esas cosas. Pero estaba loco. Perdido en sus fantasías, al igual que Jous y Pressan, antes que él. Habría sido sacrificado por el bien de Pedraria si Kalina, su esposa, y yo lo hubiéramos permitido.

El tono de Sunder fue una revelación para Covenant. Le proporcionó un vislumbre del conflicto interior del Gravanélico. Sunder se hallaba confuso entre lo que su padre le había enseñado y lo que los del pueblo aceptaban como verdadero. Conscientemente, él creía en lo mismo que los del pueblo; pero las convicciones del medio loco de su padre rondaban en él bajo la superficie, erosionando su confianza. Era un hombre en conflicto consigo mismo.

Este pensamiento suavizó la provocación de Covenant. Descubrió que había toda una gama de posibilidades en Sunder; intuiciones de esperanza, pero que tenía que manejarlas con sumo cuidado.

—Está bien —dijo—. Dejemos esto. ¿Cómo va a ayudarnos nuestra muerte?

—Soy el Gravanélico. Con sangre puedo dominar, hasta cierto punto, el Veneno del Sol. —Los músculos de sus mandíbulas se tensaban y relajaban sin ritmo ni propósito—. Hoy estamos bajo el Sol del desierto; hoy y tal vez dos o tres días más. Ante de este día, tuvimos el Sol de la lluvia, y le siguió el Sol de pestilencia. Nuestros rebaños necesitan forraje y nosotros necesitamos cosechas. Con vuestra sangre, me será posible sacar agua de esta tierra árida. Me será posible sacar un acre, quizás dos, de hierba y grano. Vida para el pueblo hasta que llegue de nuevo el Sol fértil.

Para Covenant, todo esto carecía de sentido. Tratando de comprender, preguntó:

—¿No podéis sacar agua del río?

—No hay agua en el río.

De repente, Linden habló.

—¿Qué no hay agua? —Las palabras eran tan hondas como su incredulidad—. No es posible. Ayer llovió.

—He dicho —Sunder estalló como un hombre desesperado—, que estamos bajo el Sol del desierto. ¿No lo habéis notado?

En su asombro, Covenant se volvió hacia Linden.

—¿Está diciendo la verdad?

Sunder levantó la cabeza. Sus ojos saltaban de Covenant a Linden.

—Sí, es verdad —respondió Linden.

Covenant creyó sus palabras. Luego se dirigió de nuevo al Gravanélico.

—Así que no hay agua. —Se armó de paciencia y pasó revista a sus recursos—. Bien, admitamos eso también. Persistía la vibración en su cabeza, pero cerró sus orejas. —Dime, cómo lo haces. ¿Cómo logras dominar el Sol Ban?

Los ojos de Sunder expresaban su vacilación, pero Covenant retenía al Gravanélico con su pregunta. Por mucha fuerza de voluntad que poseyera, se hallaba demasiado poco seguro de sí mismo para rehusar. ¿Cuántas veces le había hablado su padre del Incrédulo? Al cabo de un momento accedió.

—Yo soy el Gravanélico —dijo—, metiéndose una mano en su justillo. —Llevo la Piedra del Sol.

Casi de forma reverencial, sacó un trozo de roca, del tamaño de la mitad de su puño. La piedra era lisa, de forma irregular. Por algún truco, su superficie parecía transparente, pero no se veía nada a través de ella. Era como un agujero en su mano.

—¡Por todos los demonios! —exclamó Covenant. No pudo ocultar la sensación de alivio que sintió. Allí había una sólida pieza de esperanza. *Orcrest*.

El Gravanélico le miró con sorpresa.

—¿Tienes conocimiento de la Piedra del Sol?

—Sunder, —Covenant habló, tratando de controlar su excitación y ansiedad—, si tratas de matarnos con esa cosa, el pueblo puede sufrir un gran daño.

El pedrario movió la cabeza.

—No os resistiréis. Echaremos *Mirkfruit* a vuestras caras; el mismo melón que os hizo cautivos. No sentiréis dolor.

—Oh, claro que habrá dolor —replicó Covenant—. Vosotros vais a sentir dolor. —Deliberadamente, presionó al Gravanélico—. Tú serás el único hombre, en toda esta pedraria, que sabe como está destruyendo la última esperanza para el Reino. Es una lástima que tu padre muriera. El, quizá, habría encontrado alguna forma de convencerte.

—¡Basta! —Sunder casi dio un alarido al ver despedazarse su espíritu—. Ya he dicho lo que vine a decir. En esto, al menos, os he mostrado mi cortesía. Si tenéis algo más que exponer, exponedlo y se acabó. Tengo que volver mi trabajo.

Covenant no cedió.

—¿Qué hay de Marid?

—Es un asesino que mató sin ningún beneficio para Pedraria. Un violador de la Rede que todos aceptamos. Será castigado.

—¿Vais a castigarle? —El control de Covenant se desvaneció—. ¿Por qué? —Se esforzó en mantenerse erecto, con la mirada clavada en el Gravanélico—. ¿No has oído lo que te he dicho? Es inocente. Ha sido poseído por un Delirante. No fue culpa suya.

—Sí —respondió Sunder—, y es mi amigo. Pero tu dices que es inocente y tus palabras no tienen valor. No sabemos nada acerca de Delirantes. La Rede es la Rede. Será castigado.

—¡Maldita sea! —dijo Covenant—. ¿Lo has tocado?

—¿Es que estoy loco? Sí. Le puse la mano en la espalda. El fuego de su culpa ya no está. Ha despertado con el recuerdo de una cosa monstruosa que se le vino encima, saliendo de la lluvia. Pero su acto queda. Por tanto, será castigado.

Covenant quería agarrar al Gravanélico y sacudirlo; pero sus esfuerzos sólo consiguieron hacer más profundos los cortes que producían las ataduras en sus muñecas.

—¿Cómo? —preguntó con aspereza.

—Será atado. —La suave violencia del tono de Sunder sonó como un detalle de autodisciplina—. Y conducido a los llanos durante la noche. El Sol Ban no tendrá piedad de él.

Sunder evadió la mirada de Covenant.

Haciendo un esfuerzo, dejó de lado la cuestión de Marid y pospuso todo aquello que no comprendía acerca del Sol Ban. En su lugar, preguntó:

—¿Vas a matar realmente a Kalina?

Las manos de Sunder se agitaron como si quisieran llegar a la garganta de Covenant.

—Trataré de evitarlo —dijo, amargamente—, haré todo lo posible para curarla.

Su sangre no será vertida hasta que su muerte esté escrita en su frente y lo veamos todos. ¿Estás tratando de prevenirme de parte de ella?

Covenant acusó la zozobra del Gravanélico. Su indignación bajó de tono. Tras sacudir la cabeza, dijo:

—Suelta a Linden. Ella es curadora y tal vez ...

Linden le interrumpió.

—¡No! —A pesar de hablar en tono normal, su voz llevaba un timbre de desesperación—. No tengo ni siquiera mi maletín. Ella necesita un hospital y no buenos deseos. Déjale que tome sus propias decisiones.

Covenant se volvió hacia ella. Era la misma mujer que antes había dicho con tanta pasión: *¡Yo puedo ayudarle!* Su cara estaba medio escondida por el cabello.

—¿No hay algo que puedas hacer?

—Quemaduras de tercer grado. —Articuló cada palabra como si fuera una máscara para las contradicciones de su corazón—. Ya son difíciles de tratar bajo las mejores circunstancias. Si quiere practicar la eutanasia, es su problema. No trates de erigirte en juez. —Luego, sin transición, Linden se dirigió a Sunder—. Necesitamos comida.

—Linden Avery —respondió Sunder—, podría proporcionaros algunas cosas para haceros más fácil la espera, pero la comida no está entre ellas. Nunca malgastamos comida para ningún hombre o mujer que esté bajo juicio. Kalina, mi madre, no recibirá comida hasta que yo logre demostrar que puede curarse.

Ella no se dignó a mirarle a la cara.

—También necesitamos agua —añadió.

Sunder se retiró, irritado. Al correr la cortina, dijo:

—Tendréis agua.

Una vez fuera, gritó a alguien:

—¡Los prisioneros necesitan agua!

Luego se alejó, quedando fuera de escucha.

Covenant se quedó mirando la cortina, tratando de salir de su confusión. Sentía su pulso latiendo al mismo ritmo que aquella ligera llama de los huesos de su cráneo. ¿Qué le había pasado a Linden? Moviéndose cuidadosamente, fue hacia ella. Estaba sentada, con la mirada baja y las facciones difuminadas por la oscuridad de la habitación. El se puso de rodillas al suelo para preguntarle cuál era el problema.

Ella le dirigió una mirada dura, se sacudió el pelo y dijo:

—Debo estar histérica. Esta gente quiere matarnos. Por alguna razón sin importancia, esto me molesta.

El la contempló durante un momento, midiendo su beligerancia. Luego retrocedió para sentarse junto a la pared opuesta. ¿Qué más podía hacer? Ella ya se estaba hundiendo; no podía insistir en que le confiara todos sus secretos. En sus aventuras,

durante su primera experiencia en el Reino, se había perdido a sí mismo tantas veces... Cerró los ojos y trató de encontrar valor. Luego suspiró y dijo:

—No te preocupes. No nos van a matar.

—Naturalmente que no —respondió Linden en tono irónico—. Tú eres Thomas Covenant, Incrédulo y portador del oro blanco. ¿Cómo van a atreverse?

Su sarcasmo le molestó; pero trató de quitarle importancia.

—Saldremos de aquí esta noche.

—¿Cómo? —inquirió bruscamente.

—Esta noche —él no podía disimular su cansancio—, trataré de demostrar a Sunder por qué le conviene soltarnos.

Un momento después, alguien empujó hacia dentro dos grandes recipientes de piedra llenos de agua, a través de la cortina. Linden reaccionó como si fuera la única cosa real en la habitación. Se precipitó hacia ellos, de rodillas, bajó la cabeza y bebió largamente.

Cuando Covenant fue a imitarla, le indicó que usara el mismo recipiente que ella. El obedeció para evitar discusiones; pero las razones se hicieron claras cuando le dijo que introdujera las manos en el otro recipiente, aún lleno. El agua podía reducir la irritación y facilitar el paso de sangre a través de las ataduras. Quizá también aflojarlas hasta que cediesen.

Aparentemente, sus muñecas estaban atadas con cuero. El siguió sus instrucciones y comprobó que el fluido paliaba su molestia, hasta tal punto que, poco más tarde, ya notaba una ligera recuperación en sus palmas. Trató de agradecerse con una sonrisa; pero ella no correspondió. Cuando él terminó, ella ocupó su lugar y mantuvo sus propias manos en remojo durante mucho tiempo.

Gradualmente, la atención de Covenant se apartó de Linden. El Sol de la tarde estaba empezando a descender. En el suelo había aparecido un cuadrado de luz brillante y caliente, partido por las barras de hierro. Apoyó la cabeza en la pared y empezó a pensar en la Piedra del Sol.

Orcrest, una piedra de poder. Los anteriores maestros de la piedra habían utilizado el *orcrest* para gobernar la energía de la Tierra en una gran variedad de formas. Para producir luz, para cortar las sequías, para comprobar la verdad, etc. Si la piedra de Sunder fuera realmente *orcrest*...

Pero ¿y si no lo era? Covenant recordó el desencanto recibido en la casa de Nassic. *El mundo ya no es como era*. ¿Y si ya no existiera la Energía de la Tierra?

Algo roto. No podía negar su angustia. Necesitaba *orcrest*; necesitaba su poder. Necesitaba el detonador. Nunca había sido capaz de usar la magia de su anillo, por voluntad propia. Incluso durante la crisis de su confrontación final con el Despreciativo, habría estado perdido irremisiblemente sin el catalizador de la piedra *Illearth*. Si la Piedra del Sol no fuera realmente *orcrest*...

Deseaba sentir el tacto de su anillo; pero aunque las manos hubieran estado desatadas, sus dedos estaban demasiado entumecidos. Leproso, murmuró. Haz que funcione. Hazlo. La luz del Sol, se había convertido en una blanca cinosura creciendo hasta vibrar como el dolor de su cabeza. Poco a poco, su mente se llenó de una brillantez más terrible y punitiva que cualquier otra noche. El se opuso a esto como si fuera un fragmento de la última y benigna oscuridad que curaba y renovaba.

Mientras, Linden iba diciendo:

—Covenant. Ya has dormido bastante. Es peligroso si tienes una contusión. Covenant.

El ofuscamiento de su cerebro le cegó momentáneamente; tuvo que bizquear para ver la habitación. La puesta del Sol daba color al aire. En el cielo, más allá de la ventana, lucía el crepúsculo.

Se sentía torpe y agotado, como si la vida se hubiese congelado dentro de sí mismo mientras dormía. Su dolor había minado el hueso; pero incluso el dolor era impreciso a causa de la fatiga. Obedeciendo el ruego de Linden, se bebió el agua que quedaba. Esto aclaró su garganta, pero no su mente.

Durante un largo rato, estuvieron sentados sin hablar. La noche llenaba el valle como una exudación de las montañas; el aire se enfrió al perder la tierra su calor en aquel claro cielo. Al principio, las estrellas eran tan vividas como el lenguaje; una articulación de ellas mismas a través de la distancia y de la impenetrable noche. Pero luego, el cielo perdió su profundidad cuando salió la luna.

—Covenant, —Linden suspiró—. Háblame. —Su voz era frágil y transparente como el hielo. El trató de pensar algo que les ayudara a ambos, que le diera fuerzas a ella y le alumbrara a él—. No quiero morir así sin saber siquiera por qué.

Lamentablemente, él no podía darle ninguna explicación. Pero conocía una historia que podía ayudarle a comprender lo que estaba en juego. Tal vez fuera una historia que ambos necesitaban oír.

—Muy bien —dijo pausadamente—. Voy a contarte cómo fue creado este mundo.

Ella no respondió. Después de un momento, él empezó a hablar.

Su voz sonaba, incluso para él mismo, impersonal, como si existiera un cuerpo que la emitiera, como si la oscuridad de la noche hablara por él. El trataba de alcanzarla con las palabras, aunque no podía verla, ni tampoco tenía una idea muy clara de quién era. La historia parecía muy simple; pero para él, su simplicidad salió de una larga destilación. Incluso hacía vibrar sus nervios muertos como si estuviera movido por una elocuencia que no poseía.

—En la inmensidad de los cielos del Universo —dijo—, donde la vida y el espacio eran una sola cosa, y los inmortales caminaban a través del éter sin limitación alguna, el Creador sintió que su corazón deseaba hacer algo que gustara a sus hijos. Utilizando su fuerza y su sabiduría, empezó el trabajo que fue su exaltación.

«Primero forjó el Arco del Tiempo, para que el mundo que deseaba crear tuviera un lugar donde asentarse. Luego, dentro del Arco, formó la Tierra. Usando como herramientas la grandeza de su amor y visión, hizo un mundo donde todo era belleza, un lugar que ningún ojo podía captar sin maravillarse. Luego, sobre la Tierra colocó todos los millares de habitantes; seres para percibir y acariciar la belleza que él había creado. Esforzándose en la perfección, ya que la naturaleza de la creación exigía que todo fuera perfecto, intachable, hizo a los habitantes de la Tierra capaces de crear, a su vez, y de sacrificarse con amor por el mundo. Entonces retiró su mano y contempló lo que había creado.

«Allí vio, con gran ira, que había maldad en la Tierra: calamidades, pestes y malos poderes que nunca formaron parte de su intento. Mientras había laborado en su creación, había cerrado los ojos y no había visto al Despreciativo, el amargado hijo o hermano de su corazón, que estaba trabajando a su lado, echando escoria dentro de la forja, añadiendo malicia a su intento.

«Entonces, la cólera del Creador hizo que los cielos se estremecieran y luchó con el hijo o hermano de su corazón. Depuso al Despreciable y lo arrojó a la Tierra, encerrándolo en el Arco del Tiempo para su castigo. De esta forma, llegó a ser para los habitantes de la Tierra, lo que fue para el Creador, dañando aquello que él amaba, y así todos los corazones vivientes fueron instruidos del poder de su propio despecho. El Despreciativo se quedó en la Tierra, provocando males y tratando de escapar de su prisión. Y el Creador no pudo dejarlo fuera del alcance de cualquier mano inmortal que, a través del Arco, derribara el Tiempo, destruyendo la Tierra y liberando al Despreciativo. Ésta fue la gran preocupación del Creador y la causa de los interminables males que afligen a todos los que viven y luchan en la Tierra».

Covenant se quedó callado. El contar esta historia, esencialmente tal como la había oído diez años antes, le recordó muchas cosas. Ya no se sentía tan inútil y osificado. Ahora se sentía como la noche y sus recuerdos eran estrellas: Mhoram, Vasallodelmar, Bannor, los Ranyhyn... Mientras aún tuviera sangre en las venas y aire en los pulmones, él no daría la espalda a aquel mundo que había sido cuna de tales personajes.

Linden iba a hacerle una pregunta; pero el ruido de la cortina la interrumpió. Sunder entró en la habitación, llevando una lámpara de aceite. La depositó en el suelo y se sentó, con las piernas cruzadas, ante ella. Su tenue luz amarilla, formaba sombras macilentas ante su visión. Cuando habló, su voz llevaba cenizas, como si estuviera de luto.

—Yo también he oído esa historia —dijo—. Me la contó Nassic, mi padre. Pero la historia que cuenta la Rede de los na-Mhoram, es del todo distinta.

Covenant y Linden esperaron. Al cabo de un momento, el Gravanélico prosiguió:
—En la Rede se cuenta que la Tierra fue creada como prisión y lugar de tortura

para el Amo de la Maldad, al que nosotros llamamos a-Jeroth de los Siete Infiernos. Y la vida fue colocada sobre la Tierra; hombres, mujeres y todas las demás razas, para imponer sobre a-Jeroth su condena. Pero a través del tiempo y las edades, el Reino fracasó en su propósito. En lugar de luchar contra las calamidades y de imponerle al Amo de la Maldad el castigo que merecía, los Amos del Reino formaron alianzas con él, perdonándole su perversidad e inclinándose bajo su fuerza. Y siempre... —Sunder echó una mirada a Covenant y vaciló un momento— la parte más grave de esta traición ha sido llevada por todos aquellos hombres nacidos a imagen del primer traidor, Berek, padre de la cobardía. Un hombre con media mano.

«A consecuencia de esto, el Maestro se encolerizó con el Reino y mandó sobre nosotros el Sol Ban como castigo, para que nos recuerde nuestra mortalidad. Sólo la intercesión del Clave nos permite resistir».

Covenant iba a protestar. Sabía por experiencia que aquella concepción del Reino era falsa y cruel. Pero, antes de que intentara contestar, Linden se levantó súbitamente. A la luz de la lámpara, sus ojos eran ardientes, afligidos por el temor, el ultraje y la espera. Sus labios temblaban.

—Un Maestro como ése no es digno de que nadie crea en él. Pero probablemente vosotros tenéis que hacerlo. ¿Qué otra cosa puede justificar la matanza de gente que ni siquiera conocéis?

El Gravanélico se incorporó y se encaró a ella con firmeza.

—Todo el Reino conoce la verdad que el Clave nos enseña. Es manifiesto cada vez que el Sol se levanta. Nadie niega esta verdad, excepto Nassic, mi padre, cuyo cerebro murió, antes de que fuera asesinado. Y vosotros, que sois ignorantes.

Covenant permaneció en el suelo. Mientras Linden y Sunder se enfrentaban, él tiró de todas las cuerdas de sí mismo, uniéndolas. Había cólera, énfasis, determinación y memoria para componer un acorde del que todas sus vidas dependían. Parte de él pensaba en el golpe que Sunder debería recibir, lo que era preciso arrancarle; otra parte radicaba en la brutalidad con que se había enseñado a gente como Sunder a creer en sus propias vidas como un castigo por un crimen que nunca habían cometido; otra parte, aún, temblaba ante la posibilidad de fallar, y en los escasos medios de que disponía para desarrollar el poder que necesitaba.

Cuando Linden empezó a discutir con el Gravanélico, Covenant la detuvo con un movimiento de cabeza. Yo lo haré, pensó, si es que hay que hacerlo. Levantando su mirada hacia Sunder, preguntó:

—¿Qué hay de tu madre?

Un espasmo contorsionó la cara del Gravanélico. Sus manos se agitaban incontroladamente.

—Su muerte es segura. —Sus ojos estaban empañados, heridos, mostrando el tormento de su corazón—. Tengo que verter su sangre, junto con la vuestra, a la

salida del Sol.

Covenant inclinó la cabeza en señal de tácito reconocimiento. Luego, deliberadamente, creó un espacio de claridad en su mente, dejando aparte sus dudas y temores. Muy bien, murmuró. Leproso, hay que hacerlo.

Tomando una profunda bocanada de aire, se puso en pie y encarándose con el pedrariano, dijo: —Sunder, ¿tienes un cuchillo?

El Gravanélico asintió como si la pregunta no tuviera ningún sentido. —Sácalo.

Lentamente, Sunder obedeció. Se puso la mano a la espalda y sacó de su cinturón un largo puñal de hierro. Sus dedos lo sostenían como si no tuviera idea de cómo usarlo.

—Quiero que veas que estás seguro —dijo Covenant—. Tú tienes un cuchillo y mis manos están atadas. No puedo atacarte.

Sunder le miró sin llegar a comprender lo que se proponía.

Muy bien, Covenant respiró. Leproso, hazlo ahora. Los latidos de su corazón parecían llenar todo su pecho, sin dejar espacio para el aire. Pero no vaciló.

—Saca esa pieza de *orcrest*. La Piedra del Sol. Nuevamente, Sunder obedeció. La voluntad de Covenant lo dominaba.

Covenant no se permitió mirar la piedra. Marginalmente, era consciente de que Linden lo estaba mirando como si creyera que había perdido el juicio. Un estremecimiento de miedo amenazó su claridad. Tuvo que apretar sus dientes para mantener la voz segura. —Tócame con ella.

—¿Tocarte? —murmuró Sunder, indeciso—. Toca con ella mi frente.

Las dudas se reflejaban en los ojos de Sunder. Sus hombros se dilataban al tiempo que agarraba con más fuerza el cuchillo. *Hazlo*.

La mano del Gravanélico pareció moverse independientemente de su voluntad. El *orcrest* pasó por su cara y se apoyó en su tenso entrecejo.

Sus atención corrió, a través de él, hacia su anillo, buscando la conexión entre el *orcrest* y el *oro blanco*. Recordó cuando, hallándose al pie del Monte Trueno, en plena desesperación, vio a Bannor coger su mano, poniendo en contacto el anillo con el Bastón de la Ley. Un detonador. Allí se produjo la detonación del Poder.

Tú eres el oro blanco.

El silencio vibraba en la habitación. Sus labios se separaron de sus dientes. Cerró los ojos, apretando los párpados.

Un detonador.

El no quería morir. No quería que el Reino muriera. El Amo Execrable aborrecía toda clase de vida.

Ferozmente, puso el *orcrest* y el oro blanco en contacto, dentro de su mente.

Una chispa plateada salió de su frente con un gran estallido.

Linden dio un grito. Sunder apartó de golpe el *orcrest*.

Una onda de fuerza apagó la lámpara.

Las manos de Covenant quedaron libres. Ignorando el súbito magma de circulación renovada, levantó sus brazos ante él y abrió los ojos.

Sus manos resplandecían con el color de luna llena. Pudo sentir la pasión del fuego, pero no le dañaba.

Las llamas, a su izquierda, se apagaron rápidamente. Pero su mano derecha se hizo más brillante a medida que la llama se centraba en su anillo, ardiendo sin el más leve ruido.

Linden se quedó mirándolo, aturdida. Los ojos de Sunder reflejaban el fuego plateado como una revelación demasiado palpable para ser creída.

Eres obstinado todavía. Sí, pensó Covenant. Y aún no has empezado a saber hasta qué punto soy obstinado.

Con un simple pensamiento, soltó las ataduras de las muñecas de Linden. Luego, con la mano, fue al alcance de la Piedra del Sol.

Al cogerla de los temblorosos dedos de Sunder, un destello de luz blanca salió de la piedra. Brillaba como un sol dentro de la habitación. Linden apartó la cabeza. Sunder se cubrió los ojos con su brazo libre, ondeando su puñal sin control.

—Magia indomeñable —dijo Covenant. Su voz salía como una llama en su boca. El retorno de sangre en sus brazos atizó sus nervios como un látigo—. Tu cuchillo no significa, nada. Yo tengo la magia indomeñable. No te estoy amenazando. No quiero hacer daño a nadie. —La noche se había vuelto más fría. Sin embargo, corrían ríos de sudor en su cara—. No es para eso para lo que estoy aquí. Pero no permitiré que nos matéis.

—¡Padre! —gritó Sunder, desesperado—. ¿Era verdad? ¿Era cada palabra que dijiste, una palabra de verdad?

Covenant se desplomó. Sabía que había cumplido su propósito. Ahora se hallaba fatigado.

—Aquí está. —Su voz era ronca y hablaba con esfuerzo—. Tómala.

—¿Tomar...?

—La Piedra del Sol es tuya.

Perplejo por su visión de poder, como si convirtiera en caos todo el mundo que él había conocido, Sunder extendió la mano, tocó la brillante *orcrest* y cuando comprobó que su luz no le quemaba, la tomó en sus dedos.

Con un quejido, Covenant dejó su magia indomeñable.

Instantáneamente, el fuego se apagó de su mano. La luz de la Piedra del Sol se extinguió y la habitación volvió a la oscuridad de la noche.

El se recostó nuevamente, apoyado en la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho. Unos fulgores danzaban ante su visión, cambiando lentamente de color, del blanco al naranja, y luego, al rojo. Se encontraba exhausto; pero no podía descansar.

Había silenciado su poder para que el Gravanélico tuviera la oportunidad de rechazarle. Ahora tenía que asumir el coste de su riesgo. Haciendo un esfuerzo, dijo:

—Quiero salir de aquí, antes de que ocurra algo. Antes de que ese Delirante intente algo peor. Pero necesitamos ayuda. Un guía. Alguien que conozca el Sol Ban. Solos, no podemos sobrevivir. Te queremos a ti.

Desde la oscuridad, el Gravanélico respondió, como si se estuviera ahogando:

—Soy el Gravanélico de Pedrada Mithil. Mi pueblo confía en mí. Ha puesto en mí su fe. ¿Cómo puedo traicionar a mi pueblo para ayudarte a ti?

—Sunder, —respondió Covenant, en un esfuerzo para transmitirle la magnitud de su convicción—. Yo quiero ayudar al Reino. Quiero salvarlo todo, incluyendo Pedraria Mithil.

Durante un largo rato, el Gravanélico permaneció callado. Covenant se golpeaba el pecho. No quería rogar para conseguir la ayuda de Sunder; pero su corazón no dejaba de palpar. Por favor; te necesito.

Bruscamente, Linden habló en un tono apasionado y sobrecogedor.

—No deberías tener que matar a tu madre.

Sunder respiró, temblando.

—No quiero derramar su sangre. Ni tampoco la vuestra. Que mi pueblo me perdone.

La cabeza de Covenant se sintió aliviada. Apenas pudo oír sus propias palabras cuando dijo:

—Bien; ya podemos empezar.

SIETE. Marid

Por un momento, sólo hubo silencio en aquel pequeño cuarto. Sunder permanecía quieto, como si no pudiera forzar sus reacios huesos a actuar de acuerdo con la decisión tomada. En medio de la oscuridad, dijo:

—Thomas Covenant, no me traiciones.

Antes de que Covenant pudiera responder, el Gravanélico se volvió y retiró la cortina hacia un lado.

A través del dintel, Covenant vio que el centro de Pedraria estaba iluminado por el claro de luna. Bajando la voz, preguntó:

—¿Y los guardias?

—No hay ninguno aquí. —La voz de Sunder era un tenso susurro. Las vidas a suprimir se dejan al cuidado del Gravanélico. Está establecido que el que tiene que practicar el sacrificio mantenga vigilia con aquellos cuya sangre ha de ser derramada. Pedraria duerme.

Covenant se sobrepuso a su fatiga y al tono del Gravanélico.

—¿Y respecto a las afueras del pueblo...?

—Debemos evitar a los guardias.

Sunder salió de la habitación.

Linden empezó a seguir al pedrariano, pero al pasar por el lado de Covenant, se detuvo y dijo, en voz baja:

—¿Confías en él? Todavía no parece muy convencido de lo que está haciendo. Creo que lo lamenta.

—Lo sé —respondió. En el fondo de su mente, maldecía la agudeza de su observación—. No confiaría en nadie que no lamentara tomar una decisión como ésta.

Ella vaciló un momento y luego dijo:

—No creo que lamentar sea una virtud.

Luego salió, adentrándose en la noche.

El se mantuvo quieto, parpadeando en la oscuridad. Se encontraba deshecho y hambriento; y sólo al pensar en lo que tenía por delante, se le quitaban las pocas fuerzas que le quedaban. La severidad de Linden le había molestado. ¿Dónde había aprendido a condenar el simple gesto humano de lamentarse?

Pero no tenía tiempo de pensar en esas cosas. Su necesidad de escapar era absoluta. Andando torpemente, siguió a sus compañeros, fuera de la habitación.

Tras la negror que dejaba en su espalda, la Luna parecía resplandeciente. Sunder y Linden eran visibles y vulnerables frente a la pared, mientras le esperaban. Cuando se unió a ellos, el Gravanélico se volvió inmediatamente en dirección al Norte, empezando a caminar descalzo y en silencio entre las casas. Linden le hacía sombra y

Covenant le seguía, con la espalda de Linden al alcance de su brazo.

Al aproximarse a las casas exteriores, Sunder se detuvo. Hizo señas a Covenant y a Linden para que permanecieran donde estaban. Cuando asintieron, Sunder retrocedió en dirección a Pedraria.

Covenant trataba de contener la respiración. A su lado, Linden mantenía los puños cerrados. Sus labios se movían sin ruido como si discutieran con el miedo. La noche era fría. La ansiedad de Covenant dejaba una huella helada al final de su espalda.

Pronto reapareció Sunder, llevando una bola del tamaño de una papaya.

—*Mirkfruit* —susurró—. En seguida reemprendió el camino. Igual que espectros, los tres abandonaron Pedraria Mithil. A partir de las últimas casas, Sunder tomó un camino hacia el fondo del valle. Andaba medio agachado, reduciendo su silueta al mínimo posible. Linden siguió su ejemplo. Parecía deslizarse bajo la luz de la Luna, como si hubiera nacido de pie. Pero los talones de Covenant estaban entumecidos y sus piernas cansadas. Andaba tambaleándose sobre el suelo irregular.

Bruscamente, Sunder apoyó sus manos a una roca y saltó al lecho del río.

Linden saltó detrás de él; la arena amortiguó su aterrizaje. En seguida se reunió con Sunder, en la sombra del margen.

Covenant vaciló al llegar al borde. Al mirar hacia abajo, le invadió el vértigo. Volvió la cabeza. El cauce seco se extendía serpenteando entre las montañas, a su izquierda, y hacia los llanos del Sur, a su derecha.

La última noche, el río Mithil bajaba a pleno nivel de agua.

—¡Ven! —susurró Sunder—. Van a descubrirte. Covenant saltó, pero cayó mal, quedando tumbado en la arena. En un instante, Sunder estuvo a su lado, ayudándole a levantarse. Ignorando al Gravanélico, metió sus manos en la arena buscando humedad. Pero, incluso por debajo de la superficie, la arena estaba completamente seca.

¡Imposible!

El lecho del río parecía un desierto. ¿Era que la misma Ley había perdido todo sentido?

—¡Covenant! —gritó Linden.

Sunder tiraba de sus hombros. Luchando contra un ataque de furia ciega, Covenant forzó sus piernas y fue, tambaleándose, hacia la sombra del margen. Pasó un momento antes de que se recobrara lo suficiente para mirar hacia adelante, fuera de su desolación.

Sunder señaló río abajo, hacia el negro arco del puente, unos metros más allá.

—Un guardia —dijo susurrando—. Los otros difícilmente pueden vernos, pero es difícil pasar por ahí sin ser vistos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Linden, en voz baja. El Gravanélico indicó

silencio. Con el *mirkfruit* en la mano, avanzó por el cauce del río, manteniéndose cuidadosamente fuera de la vista, a la sombra de la ladera. Linden y Covenant le siguieron. Su avance era lento. El fondo del río era inesperadamente accidentado, con muchas piedras y hoyos, especialmente cerca de la orilla. Covenant tenía que mirar dónde pisaba. Sin embargo, su vista estaba centrada en el puente, un enorme arco negro bloqueando su camino como un gran portal. Recordó que había cruzado aquel puente con Lena, y también con Aliaran, lo que le retorció el corazón.

No vio al guardia en ninguna parte. Debía haberse escondido detrás de los muros.

Luego, llegaron al puente y siguieron su camino por debajo de su arcada. Covenant mantuvo la respiración mientras Sunder se disponía a subir por la ladera. Trepó con extremo cuidado, como si cada piedra o cada porción de tierra pudieran traicionarle. Al fin desapareció por detrás de la base del puente.

La tensión flotaba en el aire como si el plan de aquella noche pudiera hacerse pedazos de un momento a otro. Los pulmones de Covenant se atascaban, pidiendo descanso.

Oyeron un suave golpe; el impacto del *mirkfruit* de Sunder, seguido de un quejido y el ruido de un cuerpo cayendo a las piedras, por encima de sus cabezas.

El Gravanélico regresó rápidamente al lecho del río.

—Ahora debemos darnos prisa —dijo—, antes de que otro venga a ocupar su puesto.

Sus palabras habían sonado como si estuviera furioso. Tomando nuevamente la dirección del grupo, empezó a andar con grandes pasos, como si lo que acabara de hacer a alguien a quien conocía de toda la vida, fuera difícil de soportar.

Covenant y Linden tenían que correr para no perderlo.

La luz de la Luna daba a la noche un matiz de plata oxidada, como si la misma noche fuera un fino trabajo de orfebrería. El brillo de las estrellas parpadeaba como ejemplo de perfección, por encima de la línea de las montañas que se alzaban majestuosamente hacia los insondables cielos, a cada lado del río. Mientras sus fuerzas aún se lo permitían, Covenant tuvo el placer de volver a saborear la belleza tangible del Reino.

Pero en cuanto la Luna declinó para su puesta y los picos de las montañas empezaron a perder relieve, su ímpetu descendió. Estaba demasiado débil. Con un seco graznido, gritó a Sunder que hiciera un alto. Luego se estiró en el suelo sobre su espalda y empezó a tomar aire.

Linden se detuvo cerca de él, algo fatigada, pero todavía capaz de aguantar. Sunder se mantenía erguido e impaciente; era tenaz, además de fuerte y estaba acostumbrado a la fatiga en un mundo de difícil supervivencia. Lo poco que Covenant había visto y oído, era suficiente para darse cuenta de que la vida en Pedrada Mithil era dura y penosa. ¿Por qué otra razón, aquella gente, estaba dispuesta

a sacrificar a sus propios padres? ¿O a condenar a muerte a extranjeros e inocentes? Era intolerable que el Reino que él amaba hubiera llegado a eso.

Estaba todavía reponiendo fuerzas cuando Sunder dijo:

—Aquí estamos a salvo hasta que amanezca. Al menos, mientras nuestra ausencia no se haya notado en Pedraria. Pero aquí no hacemos nada, excepto exponernos a la condena. El Caballero que está en camino hacia Pedraria Mithil puede caer sobre nosotros. No hay duda que nos buscará en cuanto le informen de nuestra fuga. Me has pedido que te guíe. Thomas Covenant, ¿dónde quieres ir?

Entre quejas, Covenant levantó la espalda del suelo, quedándose sentado.

—Lo primero es lo primero. —Había visto lo suficiente para saber que a Sunder no le gustaría la larga respuesta que tenía que dar a su pregunta. Por ello se concentró en su propósito inmediato—. Primero quiero encontrar a Marid.

—¿Marid? —protestó el Gravanélico—. ¿No te he dicho que se le ha juzgado en Pedrada Mithil? Ha sido condenado a quedarse a merced del Sol Ban. Esto ya ha sido hecho.

—Lo sé —murmuró Covenant—. Ya me lo dijiste. Pero ahora yo te digo que es inocente.

—Culpable o inocente —exclamó Sunder—, eso ya no importa. ¡Ya está hecho! Los hombres y mujeres encargados de ejecutar su condena ya volvieron antes de que yo entrara a hablar contigo.

El cansancio erosionaba el control de Covenant. Pero no podía reprimir su cólera.

—¿Qué le han hecho exactamente?

En un gesto de desesperación, Sunder lanzó una mirada a las estrellas.

—Ha sido llevado a los Llanos y atado en espera de ser sentenciado.

—¿Sabes dónde le han dejado?

—Tengo una ligera idea. Ellos hablaron de su intención antes de partir; pero yo no fui con ellos para saber el lugar exacto.

—Es suficiente. —Covenant se encontraba muy débil, pero se puso en pie y mirando al Gravanélico—. Llévanos allí.

—¡No hay tiempo! —En la cara de Sunder se veía un mar de confusiones—. Está demasiado lejos. Necesitamos encontrar protección. Al menos, debemos rogar a la salida del Sol.

—Pero, Marid es inocente. —Covenant sabía que hablaba demasiado duramente, pero no le importaba—. La única razón de que el Delirante le utilizara fuimos nosotros. Por esto no voy a permitir que sea castigado, ¡maldita sea! —Agarrándose al justillo de Sunder, insistió—. Llévanos allí. Ya hay demasiada sangre en mis manos.

En un tono bajo y forzado, como si acabara de vislumbrar alguna verdad crucial y espantosa, el Gravanélico dijo:

—Vosotros no conocéis el Sol Ban.

—Entonces explícate. ¿De qué tienes miedo?

—Vamos a sufrir la misma condena que Marid.

Detrás de Sunder, se oyó la voz de Linden.

—Quiere decir que algo terrible nos va a suceder cuando salga el Sol.

Haciendo un gran esfuerzo, Covenant soltó a Sunder. Miró a Linden y preguntó:
—¿Tú qué piensas?

Por un momento, Linden guardó silencio. Luego, resueltamente dijo:

—Yo no te creí cuando dijiste que Joan estaba poseída. Pero vi a ese Delirante con mis propios ojos. Luego vi a Marid y el Delirante se había ido. —Cada palabra quedaba esculpida en la noche—. Si tú quieres quedarte con Sunder, yo buscaré a Marid por mi cuenta.

—¡Cielos y Tierra! —protestó Sunder—. ¿Es que he traicionado a mi pueblo sólo para que podáis encontrar a un hombre que no podéis salvar? ¡Si dais algún paso en falso, acabaréis implorando a las mismas piedras que os llegue la muerte!

Covenant miró, en la oscuridad, hacia donde estaba Linden, recogiendo su fortaleza. Entonces le dijo a Sunder:

—Era tu amigo.

—¡Estáis locos! —exclamó Sunder con rabia—. ¡Nassic, mi padre, estaba loco! —Cogió una piedra y la lanzó contra la ladera del río—. Yo estoy loco. —Luego se volvió a Covenant. La ira se debatía en su boca—. Bien, yo os guiaré. Pero no —su puño golpeó el aire—; no sufriré la destrucción del Sol Ban por ningún hombre o mujer, loco o sano.

Acto seguido se puso en movimiento, subiendo por la ladera y abandonando el lecho del río.

Covenant se quedó mirando a Linden. Quería darle las gracias por su apoyo, por la voluntad de arriesgar su propia vida en nombre de la inocencia de Marid. Pero ella lo adelantó, siguiendo a Sunder.

—Ver —le dijo por encima del hombro—. Debemos apresurarnos. Cualquier cosa que sea lo que él teme, estoy segura de que no va a gustarme.

El la observó cuando trepaba por la ladera. *Acabaréis suplicando...* Se tocó la barbilla con la mano derecha, haciendo rozar su anillo en el espeso rastrojo de su barba. Luego puso en orden sus escasos recursos y se esforzó en seguir a sus compañeros.

Al nivel del suelo, se encontró con un panorama completamente distinto. Los Llanos carecían de unos rasgos característicos. Se extendían hacia el Norte y el Oeste hasta donde le alcanzaba la vista, marcados sólo por las ondulaciones del terreno, desnudo de arbustos y de piedras. El pálido claro de luna les daba el aspecto de una esterilidad espectral, como si hubieran sufrido toda una era de sequía implacable.

Sunder se encaminó a una cantera, casi paralela a las montañas que todavía podían verse al Este. Covenant no podía seguir aquel paso. Tampoco podía comprender la prisa y el miedo de su guía. Llamó a Sunder para que fuera más despacio. El Gravanélico respondió, sin pararse:

—*No hay tiempo.*

—Entonces no hay razón para que nos agotemos.

Sunder vomitó unas maldiciones y siguió andando. Pero, a pesar de su frenética ansiedad, su velocidad no pasaba ahora de ser la de un paseo.

Algo más tarde, la Luna se ocultó en el horizonte. Pero la tenue luz de las estrellas alumbraba suficientemente. El terreno no era accidentado y Sunder conocía el camino. Pronto empezó a clarear. Una vaga luz gris procedente del Este empezó a macerar la noche.

El anuncio del amanecer excitó a Sunder. Mientras andaba, hacía digresiones de su camino, entre las irregularidades del terreno. Pero no podía encontrar lo que quería. Después de haber recorrido media legua, el amanecer ya era inminente. Dando muestras de nerviosismo, se dirigió a Covenant y a Linden:

—Debemos hallar piedra. Cualquier roca libre de tierra. Ha de ser antes de que salga el Sol. Buscad, si valoráis una vida sana o una muerte limpia.

Covenant se paró mecánicamente. Sus alrededores parecían inclinarse como si fueran a caer. Estaba completamente atontado por el cansancio.

—Allí, —dijo Linden, señalando a su derecha.

El siguió la dirección indicada. No podía discernir nada; pero no tenía los ojos de Linden.

Sunder se volvió hacia ella y luego corrió a investigar. Con sus manos, exploró la superficie.

—¡Piedra! —exclamó—. Puede ser suficiente. Luego, saltó encima y se quedó firme.

—Debemos quedarnos aquí, —dijo—. La piedra nos guardará del mal.

La visión de Covenant era borrosa por la fatiga, no pudiendo ver claramente al Gravanélico. La aprensión de Sunder no tenía sentido para él. Sólo faltaban escasos momentos para la salida del Sol. La luminiscencia empezaba a dar relieve al horizonte. ¿Es que tenía miedo del *Sol*?

Linden le formuló a Sunder la misma pregunta.

—¿Crees que el Sol nos va a hacer algún daño? Eso es absurdo. Ayer pasamos media mañana en esa prueba de silencio vuestra y lo único que sufrimos fue perjuicio de vuestra parte.

—¡Con piedra bajos los pies! —dijo el Gravanélico—. ¡Son los primeros rayos los que destruyen! Vosotros no habéis soportado los primeros rayos sin la protección de la piedra.

No tengo tiempo para eso, murmuró Covenant para sí mismo. Los ojos de su mente veían claramente a Marid. Abandonado al Sol para que muriera. Con mucha dificultad, se puso nuevamente en movimiento.

—¡Loco! —gritó Sunder—. ¡Por ti he traicionado a mi pueblo natal!

Un momento después, Linden acompañó a Covenant.

—¡Encontrad piedra! —La pasión del Gravanélico sonaba como un grito de desesperación—. ¡Me estáis destrozando! ¿Debo mataros también a vosotros?

Linden se mantuvo callada unos momentos. Luego comentó:

—El lo cree realmente.

Covenant sintió un sobresalto. Involuntariamente se detuvo. Linden y él volvieron la cabeza hacia el Este. Ambos bizquearon al primer destello del Sol naciente. Su resplandor en el cielo era rojo, pero el Sol propiamente dicho tenía una aureola marrón, como si brillara a través de una capa de polvo. Su contacto a la piel producía un calor seco.

—Nada —dijo Linden—. No siento nada especial.

El se volvió para observar a Sunder. El Gravanélico se mantenía derecho sobre la piedra. Se cubría la cara con las manos y sus hombros estaban ligeramente encogidos.

Al no saber Covenant qué más podía hacer, volvió a caminar en busca de Marid.

Linden le acompañó. El hambre se había plasmado en su rostro, dándole un aspecto enfermizo. Inclina la cabeza como si las injurias captadas por su oído todavía le dolieran.

Pero sus mandíbulas estaban rígidas, destacando la línea firme de su barbilla, y sus labios estaban pálidos y severos. Parecía una mujer que no conociera la forma de desfallecer. El se alegró de su determinación y siguió caminando.

La salida del Sol había alterado la vista de los Llanos. Antes eran de color de plata y tolerables; ahora se habían convertido en un cálido desierto sin vida. Nada crecía ni se movía en toda aquella extensión. La tierra estaba seca y cocida por el Sol, endurecida como el hierro. Las partículas sueltas se convertían en polvo. El paisaje entero tenía el aspecto de haber sufrido una devastación total. Esforzándose sobre su agotamiento y desolación, Covenant preguntó a Linden qué opinaba del estado del terreno.

—Está mal. —Pronunciaba las palabras como si aquel panorama fuera un insulto directo a su personalidad—. No debería estar así. Es como una úlcera. Espero verla sangrar. No debería estar así.

No debería estar así, repitió en su cerebro. El Reino se había convertido en algo roto, como Joan.

El calor dañaba sus ojos. Sintió que estaba pisando dolor y desolación. Sus entumecidos pies le fallaron y Linden lo sujetó por el brazo, intentando mantenerlo erguido. Indignado, exclamó:

—¿Qué puede causar esto?

—No podría decirlo —respondió Linden—, pero tiene algo que ver con ese anillo que hay alrededor del Sol. El Sol mismo —poco a poco, retiró sus brazos, dejándole solo—, parece sobrenatural.

—¡Por todos los diablos! —exclamó. Luego respiró fuerte—. ¿Qué habrá hecho ese bastardo?

Pero no esperaba respuesta. A pesar de su penetrante visión, Linden sabía menos que él acerca del Reino. Covenant prosiguió la búsqueda de Marid. Más allá de su propia desesperación, pensó en un hombre que yacía atado en algún lugar, a merced del Sol. Esto lo hacía todo todavía más abominable.

Obstinadamente y desafiando al cansancio, Linden y él caminaron por aquel desierto. El polvo cubría su boca con sabor a fracaso; la luz del Sol le atravesaba los párpados. A medida que su debilidad aumentaba, iba sumergiéndose en un vago vértigo. Sólo la referencia de las montañas, ahora al Este y después al Sur, le permitían mantener la dirección. Ya no sabía como aguantarse sobre sus pies. A veces, se sentía vagando sobre aquella tierra incolora, bajo el azote del Sol, como si fuera un fragmento más de aquella desolación.

Pudo haber pasado de largo su objetivo; pero Linden, de alguna manera, estaba más alerta. Le tiró de la manga para que se detuviera y llamó su atención.

—Mira.

Sus labios enmarcaban preguntas vacías. Por un momento, ella no podía comprender por qué él no le había hecho caso.

—Mira —repitió. Su voz era un árido graznido.

Se hallaban en un gran hoyo de polvo, del que se levantaban nubes a cada una de sus pisadas. Ante ellos había dos estacas abandonadas en el suelo. Se hallaban algo distanciadas una de otra, como si se hubieran colocado allí para atar los brazos de un hombre. En las estacas había lazos de cuerda.

Los lazos estaban intactos.

A un cuerpo de distancia de las estacas había dos hoyos en el suelo, hechos por las estacas clavadas y arrancadas luego.

Covenant tragó en seco.

—Marid. —La palabra abrasó su garganta.

—Se ha escapado —dijo Linden con satisfacción.

Las piernas de Covenant se doblaron. Se sentó, tosió ligeramente por el efecto del polvo que levantó.

Linden se sentó, frente a él. La proximidad de su cara le obligaba a mirarla. Su voz raspaba como si estuviera llena de arena.

—No se cómo lo habrá logrado, pero estará mejor de lo que estamos nosotros ahora. Este calor nos va a matar.

La boca de Covenant balbuceó.

—Tenía que intentarlo. Era inocente.

Torpemente, ella le enjugó unas gotas de sudor inútil que llevaba en la frente.

—Tienes un aspecto horrible —dijo.

El la observó. El polvo cubría sus labios y mejillas, quedando colectado en ambas líneas, a cada lado de la boca. Sus ojos estaban acristalados.

—Lo mismo te digo a ti.

—Luego debemos hacer algo. —Un temblor de voz traicionó su esfuerzo para ser resoluta, pero se levantó y ayudó a Covenant a ponerse en pie—. Volvámonos. Puede que Sunder nos esté buscando.

El asintió. Ya había olvidado al Gravanélico.

Pero cuando se volvieron para emprender el camino de regreso, vieron una figura acercándose a través del vislumbre trémulo del calor.

Covenant se detuvo. ¿Era un espejismo? Linden estaba cerca de él por si perdía su equilibrio. Esperaron.

La figura se fue acercando hasta que reconocieron a Sunder.

Se detuvo a veinte pasos de ellos.

En su mano derecha sostenía su puñal. Esta vez parecía estar bien familiarizado con su uso.

Covenant observó al Gravanélico, como si el cuchillo les hubiera hecho extraños uno al otro. Linden le dio un toque de alerta con el brazo.

—Thomas Covenant. —La cara de Sunder tenía el mismo aspecto que la piedra caliente—. ¿Cuál es mi nombre?

—¿Qué? —Covenant parpadeó.

—¡Pronuncia mi nombre! —gritó ferozmente el Gravanélico—. No permitas que te mate.

—¿Matarme? —Covenant hizo un esfuerzo para sacar alguna conclusión—. Sunder —gritó—, Gravanélico de Pedraria Mithil, portador de la Piedra del Sol.

Sunder le miró con cara de incompreensión.

—Linden Avery —gritó, ahora balbuceando—. ¿Cuál es el nombre de mi padre?

—Era —le corrigió ella pausadamente—. Su nombre era Nassic, hijo de Jous. Está muerto.

Sunder miró a Covenant y a Linden como si hubieran aparecido allí por algún milagro. Luego dejó caer los brazos.

—¡Cielos y Tierra! Esto no es posible. El Sol Ban... Nunca había presenciado... —Movió la cabeza con asombro—. ¡Ah! ¡Sois un misterio! ¿Cómo pueden ocurrir estas cosas? ¿Es que un anillo blanco altera el orden de la vida?

—Algunas veces —respondió Covenant. Estaba tratando de seguir una secuencia fracturada de recuerdos. Todo lo que había hecho era un asalto no intencionado a las

preconcepciones del Gravanélico. Quería tranquilizar a Sunder con alguna explicación. El azote del calor parecía borrar la distinción entre pasado y presente. ¿Algo relativo a sus botas? Trató de forzar unas palabras a través de sus entumecidos labios. La primera vez que estuve aquí... Las botas... Sí, eso fue. Drool Piedracaliente había podido localizarle a través de la pisada aliena de sus botas en el suelo. Al fin logró decir—: Mis botas y sus zapatos. No son de este Reino. Puede ser que sea eso lo que nos ha protegido.

Sunder acogió la sugerencia.

—Sí, puede ser. Carne es carne, sensible al Sol Ban. Pero vuestro calzado... es distinto a todo lo que he visto. Seguro que estuvisteis escudados al primer rayo de Sol. De otra forma hubierais sido alterados de manera que no podríais conocerme. —Luego, su cara se ensombreció—. Pero podíais habérmelo dicho. Yo temía... —El modo en que se cerraban sus mandíbulas describía elocuentemente la inmensidad de sus temores.

—No lo sabíamos. —Covenant quería descansar, cerrar sus ojos y olvidarse de todo—. Tuvimos suerte. —Pasó un momento antes de que reuniera la voluntad suficiente para preguntar—. ¿Y Marid?

En segunda, Sunder dejó de lado todo lo demás. Fue a ver las estacas y los agujeros del suelo. Su frente se arrugó.

—¡Locos! —exclamó—. Yo les advertí que había que evitar estas cosas. Nadie puede escapar del Sol Ban. Ahora la maldición anda suelta por los Llanos.

—¿Quieres decir... —preguntó Linden— ...que no ha escapado? ¿No está a salvo?

En respuesta, el Gravanélico dijo:

—¿No os dije ya que no estábamos a tiempo? No habéis logrado nada, excepto vuestra propia postración. Ya es bastante. —Luego prosiguió, hablando fuerte—: Os he seguido hasta este final inútil. Ahora vais a acompañarme a mí.

Linden le miró.

—¿Adonde vamos a ir?

—A encontrar refugio. No podemos continuar aquí, bajo este sol.

Covenant gesticuló hacia el Este, a una región que le era familiar.

—Las Colinas.

Sunder movió la cabeza negativamente.

—Hay refugio en las Colinas. Pero para llegar allí tenemos que pasar por el control de Pedraria Ventosa. Esto significaría un sacrificio seguro para cualquier extranjero. Y también para el Gravanélico de Pedraria Mithil. Vamos a tomar la dirección Oeste, hacia el Río Mithil.

Covenant no pudo discutir. La ignorancia le impedía toda posibilidad de tomar decisiones. Sunder cogió su brazo y lo giró de espalda al Sol, ayudándole a salir del

hoyo de arena.

Linden se movía a su lado. Su paso era inseguro. Parecía hallarse peligrosamente débil. Sunder estaba más fuerte; pero sus ojos habían perdido el color, como si intuyera algún desastre. Y Covenant, por su parte, apenas podía mover los pies. El Sol de media mañana, a su espalda, seguía atormentándolo. El calor le producía una fiebre viciosa en forma de olas intermitentes que parecían el eco del castigo solar que sufría aquella desolada tierra. Sus ojos estaban irritados por polvo pegado a sus párpados. Al cabo de un rato, empezó a tambalearse como si las ligaduras de sus rodillas se hubieran partido.

Luego se encontró en el suelo, sin tener idea de cómo se había caído. Sunder le ayudó a sentarse. El Gravanélico tenía la cara gris del polvo que se le había pegado. El también había empezado a sufrir.

—Thomas Covenant —dijo—, esto es fatal para ti. Necesitas agua. ¿No vas a hacer uso de tu anillo blanco?

La respiración de Covenant era débil y desigual. Miró a través de la bruma como si estuviera ciego.

—El anillo blanco —insistió Sunder—. Necesitas agua. Sin ella vas a morir.

Agua. Intentó pensar en sus posibilidades. Imposible. No lograba concentrarse. Nunca había usado la magia indomeñable excepto en una contienda. No era una panacea.

Linden y Sunder le miraban como si él fuera el responsable de sus destinos. Se equivocaban con él. De buena gana hubiera querido hacer un intento. Pero era imposible, además, por otras razones. Tortuosamente, como si se hubiera dislocado, echó su cuerpo hacia adelante, quedando sus rodillas debajo de él, y luego sus pies.

—¡Ur-Amo! —protestó el Gravanélico.

—Yo no... —musitó, tosiendo sin fuerza—. No se cómo hacerlo. —Quería hablar alto y no podía—. Soy un leproso. No puedo ver ni puedo sentir... No sé como utilizar el oro blanco. Necesitamos Energía de la Tierra. Y un Amo para activarla. No hay Energía de la Tierra. Los Amos ya no existen. —No tenía palabras suficientes para convencerles de su impotencia—. Simplemente, no puedo. —Concluyó.

Sunder gruñó. Pero sólo un momento. Luego suspiró, resignado.

—Muy bien. De todas maneras necesitamos agua. —Sacó su cuchillo—. Estoy más fuerte que tú. Tal vez pueda extraer un poco de sangre. —Con expresión de desagrado, apuntó la hoja en el mapa de cicatrices que tenía en el antebrazo.

Covenant intentó detenerle.

Linden fue más rápida, cogiéndole la muñeca.

—¡No!

El Gravanélico se libró de ella, gritando agudamente:

—*Necesitamos agua.*

—No de esta forma. —Covenant recordó los cortes que Nassic tenía en la mano. Instintivamente rechazaba esa clase de poder.

—¿Es que queréis morir?

—No. —Covenant se envalentó con mucha fuerza de voluntad—. Pero no estoy tan desesperado. Al menos, no todavía.

—Ni siquiera tu cuchillo está limpio —añadió Linden—. Podría producirte una infección. Habrá que hervirlo.

Sunder cerró los ojos como para rechazar todo lo que estaba oyendo.

—Os haré sobrevivir a ambos bajo este Sol. —Sus mandíbulas mascaban la voz, convirtiéndola en un seco susurro—. Ah, Padre mío, ¿qué me has hecho? ¿Es este el resultado de todo vuestro loco proceder?

—Hazlo si quieres —dijo brutalmente Covenant, tratando de evitar una rebelión—, pero al menos ten la decencia de esperar que estemos demasiado débiles para impedirte.

Los ojos del Gravanélico se abrieron de golpe, vomitando una maldición.

—¿Decencia lo llamáis? Estáis derramando vergüenza sobre un pueblo cuyas vidas no comprendéis. Bien, vamos a esperar el momento en que pueda salvaros decentemente.

Con el brazo tocó la espalda de Covenant para ponerlo en movimiento. Luego le ayudó a levantarse, colocó su brazo alrededor de la cintura para evitar que se cayera y empezó a caminar, casi arrastrándolo, dirección Oeste.

En un momento, Linden se colocó al otro lado de Covenant, colocándole el brazo sobre sus hombros. De esta manera, aún le fuera posible desplazarse.

Pero el Sol era cruel. Hacia media mañana, Covenant estaba arrastrando apenas una fracción de su propio peso. Ante sus ojos quemados empezaron a bailar unas motas negras. Su visión era cada vez más confusa. Trozos de noche se depositaban en el pálido terreno, más allá de la claridad, como si estuvieran esperándole.

Luego la tierra pareció levantarse ante él. Sunder hizo un alto. Linden, rendida, casi se cayó. Pero Covenant, de alguna forma, se aferró a ella. Trató de ajustar su vista, descubriendo que aquel levantamiento del terreno era un banco de rocas.

Sunder les hizo avanzar hacia allí. En la sombra de las rocas vieron algo que les pareció un pequeño arbusto.

El lado erosionado de las rocas ofrecía un espacio de sombra lo suficiente grande para dar refugio a varias personas. En aquel sector, la roca y la arena se notaban frías. Linden ayudó a Sunder en la tarea de sentar a Covenant en un lugar donde la piedra ofrecía respaldo. Covenant trató de acostarse; pero Sunder se lo impidió y Linden dijo:

—No. Podrías quedarte dormido y no te conviene porque has perdido demasiado líquido.

El asintió vagamente. El frescor era sólo relativo y él se encontraba en un estado febril y con mucha sed. No había sombra que pudiera anular la impiedad del Sol. Pero el hecho de estar en la sombra ya era una bendición para él y estaba contento. Linden se sentó a su lado, Sunder al lado opuesto. El cerró los ojos para dejarse llevar, flotando.

Un poco más tarde tuvo conciencia de unas voces. Linden y Sunder hablaban. El tono de Linden anulaba la dificultad que tenía para estar atento a la conversación. Las respuestas de Sunder eran distantes, como si sus preguntas le parecieran estúpidas, pero que no encontrara la forma de evadirlas.

—Sunder —preguntó ella—. ¿Qué va a hacer sin ti Pedraria Mithil?

—¿Linden Avery? —Pareció no entender la pregunta.

—Llámame Linden, a partir de ahora.

El vaciló un momento y luego dijo:

—Linden.

—Tú eres el Gravanélico. ¿Qué van a hacer sin un Gravanélico?

—Ah, —ahora captó el sentido de la pregunta— yo significo poco. La pérdida de la Piedra del Sol puede tener más importancia; pero aún esta pérdida puede ser superada. Pedraria cuida muy bien su ciencia. Mi ayudante es capaz de practicar todos los ritos necesarios en la ausencia de la Piedra del Sol. Sin duda, él habrá sacrificado a Kalina, mi madre, a la salida del Sol. Pedraria puede sobrevivir. ¿Cómo habría hecho, si no, lo que he hecho?

Después de una pausa, Linden preguntó:

—¿No eres casado?

—No. —Su respuesta era como una evasiva.

Linden pareció notar una serie de implicaciones en esta palabra. Amablemente, dijo:

—Pero lo has estado.

—Sí.

—¿Qué pasó?

Sunder, al principio, se mantuvo callado. Luego respondió:

—Entre mi pueblo, sólo el Gravanélico tiene el privilegio de escoger su propia pareja. La supervivencia de Pedraria depende de sus hijos. El emparejamiento para tener hijos no se deja al azar de afectos o preferencias. Pero, por tradición, el Gravanélico tiene libertad para escoger. Es como una recompensa por la responsabilidad de su trabajo.

«Mi corazón escogió a Aimil, hija de Anest. Anest era hermana de Kalina, mi madre. Desde la infancia, Aimil y yo, éramos muy amigos. Nos casamos con gusto y nos dispusimos a tener hijos.

«Nos llegó un hijo y se le dio el nombre de Nelbrin, que significa “hijo del

corazón”. —Su tono parecía tan áspero como el terreno—. Era un niño pálido, no muy saludable. Pero creció como todos los niños y fue un tesoro para nosotros.

«Durante muchas vueltas de la Luna creció. Fue lento en aprender a andar y nunca tuvo las piernas muy fuertes; pero al final llegó a andar bien. Hasta... —aquí tragó saliva convulsivamente— hasta que, por mala suerte, Aimil mi mujer, le hirió en casa. Ella cogió del fogón una olla muy pesada y se volvió: Nelbrin, nuestro hijo, se había colocado tras ella. La olla le golpeó el pecho.

«Desde aquel día, enfermó hacia la muerte. Creció en él una negra hinchazón, hasta que su vida terminó.

—Hemofilia, —dijo Linden, casi de manera inaudible— ¡pobre muchacho! Sunder no se paró.

«Cuando su muerte estuvo escrita en su cara, a la vista de todos, Pedraria convocó un juicio. Yo fui encargado de sacrificarle en bien del pueblo.

Covenant sintió sus intestinos roídos por una úlcera repentina. Miró al Gravanélico. La sequedad de su garganta era como un lento estrangulamiento. En protesta, Linden dijo: —¿Tu propio hijo? ¿Qué hiciste? Sunder miró el terreno azotado por el Sol Ban como si él fuera la historia de su vida.

—Yo no pude impedir esa muerte. El Sol del Desierto y el Sol de la Pestilencia nos habían dejado pobres y necesitados. Sacrifiqué su vida para obtener agua y comida para Pedraria.

—¡Oh, Sunder! —exclamó Covenant.

Tensamente, Linden preguntó: —¿Qué pensaba Aimil acerca de esto?

—La volvió loca. Intentó hacerme desistir. Y cuando no pudo, su mente se volvió salvaje. La desesperación la hizo... —por un momento, Sunder no encontraba las palabras. Luego las pronunció crudamente—: Cometió un daño mortal contra su propia vida. Para que su muerte no fuera inútil, también la sacrifiqué.

Así que... ¡Demonios! Covenant comprendía ahora por qué la idea de matar a su madre le había llevado a abandonar su hogar. ¿A cuántos seres amados podía matar aquel hombre?

Linden dijo, amargamente:

—No fue culpa tuya. Hiciste lo que debías. Es ese Sol Ban.

El Gravanélico no la miraba.

—Todos los hombres y mujeres mueren —dijo, con una voz atormentada por el Sol, al igual que aquella planicie—. ¿Qué más queréis saber de mí? Sólo tenéis que preguntar. Yo no tengo secretos para vosotros.

Covenant quería reconfortarle; pero no sabía nada de esas cosas. Odio y desafío eran las únicas cosas que había conocido. Ya que no podía consolar a Sunder, trató de distraerle con otra pregunta.

—Háblame de Nassic. ¿Cómo llegó a tener un hijo?

Linden miró a Covenant como si no aprobara su insensibilidad, pero Sunder se había relajado visiblemente.

—Nassic, mi padre —dijo con un cansancio que servía como calmante—, fue igual que Jous, su padre, y que Prassa, el padre de su padre. Era un hombre de Pedraria Mithil.

»Jous, su padre, vivía en un lugar que él llamaba “su templo”, y de vez en cuando, Nassic visitaba a Jous, tanto por respeto a su padre como para asegurarse de que nada le había ocurrido. Pedraria casó a Nassic con Kalina y vivieron juntos como cualquier joven y su mujer. Pero luego Jous llegó a las puertas de la muerte y Nassic fue al Templo a buscar a su padre para llevarlo a Pedraria Mithil a ser sacrificado. Nunca volvió. Al morir, Jous puso sus manos sobre Nassic y la locura o profecía del padre pasó al hijo. Por ello Nassic fue perdido para Pedraria.

«Esta pérdida afligió a Kalina, mi madre. No estaba contenta con sólo un hijo. Fue al Templo varias veces para ofrecer su amor a mi padre y a rogar por él. Siempre volvía llorando y desesperada. Me temo... —hizo una pausa y se puso más triste— que agredió a Marid porque quería morir.

Gradualmente, Covenant iba dejando de prestar atención a sus palabras. Estaba demasiado débil para concentrarse. Confusamente, notó inclinarse el ángulo del sol. Era mediodía y faltaban pocos metros para que el sol llegara a sus pies. Hacia media tarde, la sombra habría desaparecido. Hacia media tarde...

No podría sobrevivir mucho más bajo los rayos solares directos.

El arbusto oscuro que había visto a su paso hacia el refugio de las rocas estaba allí. Aparentemente, no era un espejismo. Lo observó, tratando de recordar detalles. Si no era un espejismo, entonces, ¿qué era? ¿Un matorral? ¿Qué clase de matorral podría soportar aquel sol cuando toda otra forma de vida había sido borrada de allí?

La cuestión le recordaba algo, pero no podía verlo claramente. El cansancio y la sed ofuscaban su mente.

—¿Morir?

Era consciente de que había hablado en voz alta. Su voz parecía arena rozando la piedra. ¿Qué clase...? Se esforzó en enfocar su vista al vegetal.

—Esa planta —dijo, señalando con la cabeza hacia aquella mancha oscura en la piedra—. ¿Qué es?

Sunder respondió:

—Es *alianta*. Estas plantas pueden encontrarse en cualquier parte, pero son más comunes aquí, cerca del río. De alguna forma, desafían al Sol Ban. Son muy venenosas.

—¿Venenosas? —Su espanto le hizo morderse los labios. La sangre empezó a brotar, bajando hacia la barbilla, a través del polvo, como una estela de furia—. No *alianta*.

El Gravanélico intentó llegar con la mano a la cara de Covenant como si aquellas gotas de sangre fueran preciosas. Fortalecido por los recuerdos, Covenant apartó bruscamente su mano.

—¿Veneno? —gritó. En el pasado, el raro alimento de la *alianta* lo había sostenido con más frecuencia de lo que él podía recordar. Si se hubiera vuelto venenosa. La violencia estalló en él. Si esas plantas se hubiesen vuelto venenosas, entonces el Reino no habría perdido solamente la Energía de la Tierra. ¡La Energía de la Tierra habría sido corrompida! Dominado por su indignación, quiso batirse con Sunder y cerró los puños—. ¿Cómo lo sabes?

Linden lo agarró por el hombro.

—¡Covenant!

—Está contenido en la Rede de na-Mhoram —dijo Sunder. Yo soy un Gravanélico. Mi trabajo es hacer uso de este conocimiento. Sé que es verdadero.

—¡No! —Covenant exclamó—. ¿Los has probado?

Sunder lo miró y dijo:

—No.

—¿Conoces a alguien que lo haya probado?

—Es veneno. ¿Quién comería sabiendo que es veneno?

—¡Diablos del Infierno! —agarrándose a la piedra, Covenant se puso en pie—. Yo no lo creo. El no puede destruir totalmente la Ley. Si lo ha conseguido, el Reino no volverá a existir jamás.

El Gravanélico se incorporó y sacudiendo a Covenant, insistió:

—¡Es veneno!

Exteriorizando toda su pasión, Covenant respondió:

—¡No!

El semblante de Sunder daba la impresión de estar próximo a explotar, y que sólo la tensión de sus músculos lo impedían. Con un golpe de su mano, derribó a Covenant.

—¡Estás loco! —Su voz era hierro y amargura—. Me seduciste para que abandonara mi casa y te ayudara; pero a cada momento te atreves a desafiarme. Quisiste buscar a Marid. ¡Locura! Quisiste rechazar toda protección contra el Sol Ban. ¡Locura! No consigues sacar agua ni permites que yo lo haga. ¡Locura! ¡Y ahora te empeñas en comer veneno! —Cuando Covenant trató de levantarse, él lo detuvo—. ¡Ya es bastante! Trata nuevamente de acercarte a la *alianta* y te golpearé sin vacilación.

Covenant lo miró con odio; pero éste no cedió. Manteniendo la mirada de Sunder, Covenant logró ponerse en pie. Estuvo unos momentos tambaleándose ante el Gravanélico. Linden estaba de pie detrás de Sunder, pero Covenant no la miraba a ella.

Ya más calmado, dijo:

—Yo no creo que la *alianta* sea venenosa.

Luego se volvió y empezó a caminar con dificultades hacia la planta.

Sunder lo sujetó. Covenant trató de esquivarlo, pero él se le echó encima y lo arrastró a través del polvo. Un golpe en la cabeza produjo en su visión unas luces como fragmentos de vértigo. Luego Sunder se desplomó. Covenant articuló sus piernas, debajo de él, para mirar a Linden que estaba encima del Gravanélico. Le había aprisionado con una llave que le mantenía inmóvil en el suelo. Covenant aprovechó para aproximarse a la mata. La cabeza le daba vueltas y cayó sobre sus rodillas. La planta era pálida y estaba cubierta de polvo, recordando ligeramente a la planta de verde intenso que había conocido. Pero las hojas eran firmes, aunque no abundaban. Tres pequeños frutos del tamaño de una baya colgaban de las ramas, desafiando al Sol Ban.

Temblando, alcanzó una y la limpió de polvo para ver el color real de la baya.

En un rincón de su visión vio a Sunder golpear el pie de Linden, liberándose de ella.

Armándose de coraje, Covenant puso la fruta en su boca.

—¡Covenant! —gritó Sunder.

El fresco jugo llenó la boca de Covenant de un sabor a melocotón con un dejo de sal y lima. En seguida notó que su cuerpo se reanimaba. La sed había cedido y su garganta quedaba limpia de polvo. Una nueva energía nacía en él. Todos sus nervios se estremecieron al sabor que no había probado desde diez largos años antes. El quíntesencial néctar del Reino.

Sunder y Linden estaban de pie, observándolo.

Un sonido como un seco suspiro llegó de él. Su visión era un borrón de alivio y gratitud. La semilla cayó de sus labios.

—¡Oh, Dios Mío! —exclamó contento—. Todavía existe la Energía de la Tierra.

Un momento más tarde, Linden estaba a su lado, mirándole a la cara.

—¿Estás...? —Empezó a preguntar, luego se detuvo—. No, tú estás muy bien. Mejor que antes. Puedo ver la diferencia. ¿Cómo...?

Estaba agitado y no podía dejar de moverse. Quería levantarla en brazos, pero sólo se permitió acariciarle la mejilla. Luego, para responderle y darle las gracias, cogió otra baya y se la dio.

—Come...

Ella la tomó y la miró cuidadosamente. Súbitas lágrimas brotaron de sus ojos. Su labio inferior temblaba cuando susurró:

—Es la primera... —su voz se quebró.

—Cómela —insistió él.

Linden levantó el fruto hasta su boca y sus dientes se cerraron detrás de él.

Lentamente, un aspecto de esplendor se extendió por toda su cara. Su postura se irguió. Empezó a sonreír como un amanecer frío.

Covenant asintió para darle a entender que había comprendido. Escupe la semilla —dijo—. Puede que crezca otra planta.

Ella cogió la semilla en sus manos y la miró unos instantes, como, si hubiera sido santificada, antes de lanzarla al suelo.

Sunder no se había movido. Permanecía con los brazos cruzados, sobre el pecho. Sus ojos se empañaban de horror al ver cómo su vida había sido falseada.

Cuidadosamente, Covenant arrancó la última baya. Al dirigirse a Sunder, su paso era ya más seguro. Su corazón cantaba a la Energía de la Tierra.

—Sunder —dijo, ofreciéndole la baya, medio insistiendo, medio rogando—. Esto es *alianta*. Ellos las llamaban bayas-tesoro, el regalo de la Tierra a todo aquel que sufriera de hambre o de necesidad. Así era antes el Reino.

Sunder no respondió. El asombro de su expresión era completo.

—No es veneno —dijo Linden, claramente—. Es inmune al Sol Ban.

—Cómela —insistió Covenant—. Esto es por lo que estamos aquí. Lo que queríamos descubrir. Salud. Energía de la Tierra. Come.

Con un penoso esfuerzo, Sunder, sacó su respuesta.

—No quiero confiar en vosotros. —Su voz era la de un salvaje—. Vosotros habéis violado toda mi vida. Cuando haya creído que la *alianta* no es veneno, trataréis de convencerme de que el Sol Ban no existe; que toda la vida del Reino, a través de generaciones, no ha tenido ningún sentido, y que todos los sacrificios que he practicado no son otra cosa que asesinatos. —Tragó saliva y prosiguió—. Pero debo, debo encontrar alguna verdad para que ocupe el sitio de la verdad que vosotros estáis destruyendo.

Bruscamente, cogió la baya y la introdujo en su boca.

Durante un momento, su alma se mostraba desnuda en su rostro. Su inicial anticipación de daño se convirtió en un placer involuntario; su mundo interior se estremeció al verse de pronto alterado. Sus manos temblaban cuando retiró la semilla de su boca.

—¡Cielos y Tierra! —exclamó. Su temor era tan asombrado como angustioso.

—¡Covenant! —Su mandíbula trabajaba para formar palabras—. ¿Es realmente éste el Reino, el Reino del cual mi padre me hablaba?

—Sí.

—Pues estaba loco. —Un profundo espasmo de suplicio invadió al Gravanélico, antes de proseguir—. Debo aprender a ser un loco como él.

Se volvió y regresó a las rocas, sentándose acto seguido en la sombra y cubriéndose la cara con las manos.

Para conceder a Sunder un momento de intimidad en su desorientación, Covenant

desvió su mirada hacia Linden. Su nueva expresión dulcificaba su habitual severidad, resaltando parte de su belleza a través de aquella capa de polvo.

—Gracias —empezó a decir, por tratar de salvar mi vida, allí en los bosques. Pero luego cambió de tono— y por quitarme a Sunder de encima. Yo no sabía que confiabas tanto en mí. ¿Dónde aprendiste esa llave?

—Oh, esto. —Su expresión era una mezcla de diversión y de añoranza—. La escuela de medicina donde iba, estaba en un bonito barrio lleno de gente amable. Los guardias de seguridad se veían obligados a dar clases de defensa personal.

Covenant se paró a pensar cuánto tiempo hacía que una mujer no le había sonreído. Antes de que pudiera contestar, ella miró hacia arriba.

—Debemos alejarnos del Sol. Una baya-tesoro por cabeza no nos va a dar energía para mucho tiempo.

—Cierto.

La *alianta* había matado su hambre, aliviado la necesidad de agua de su cuerpo y restaurado la vida en sus músculos. Pero no podía hacerlos insensibles al Sol. A su alrededor, la llanura era bañada por el calor como si el suelo fuera un tejido que estuviera siendo blanqueado fibra a fibra. Se frotó inconscientemente la sangre de la barbilla y empezó a andar para reunirse con Sunder. Pero Linden le detuvo.

—¡Covenant!

El se volvió. Ella estaba de cara al Este, mirando por encima de las rocas.

—Algo se acerca.

En aquel momento, Sunder se unió a ellos y los tres se quedaron mirando en aquella dirección.

—¿Qué demonios...? —musitó Covenant.

Al principio no vio nada, excepto efluvios de calor y polvo; pero luego distinguió una figura erecta fluctuando en su visión.

La figura se hizo más estable a medida que se aproximaba. Luego se hizo sólida, transubstanciándose como un avatar del Sol Ban. Era un hombre. Llevaba las vestiduras de un pedrarioano.

—¿Quién...?

—¡Oh, Dios Mío! —exclamó Linden.

El hombre se aproximó más. Sunder gritó:

—¡Marid!

—¿Marid? —Covenant sintió una súbita debilidad de piernas.

El Sol Ban no tendrá piedad...

El hombre tenía los ojos de Marid; chancrosos con cierto rasgo de auto-aversión y codicia. Todavía llevaba estacas atadas en cada uno de sus tobillos. Su paso denotaba avidez y cautela.

Era un monstruo. La parte inferior de su cara estaba cubierta de escamas; le

faltaba la boca y la nariz. Sus brazos eran serpientes. Donde antes había manos, ahora había cabezas de serpiente enseñando blancos colmillos. Su pecho se hinchaba con el aire y las serpientes silbaban.

Linden se quedó mirando a Marid. La náusea distorsionaba su boca. Estaba paralizada. Apenas podía respirar. La visión del mal que se había inflingido a Marid la imposibilitaba para todo pensamiento, quitándole el coraje que necesitaba.

—Oh, Marid, amigo mío, —susurró Sunder— éste es el castigo del Sol Ban al que nadie puede engañar. Si eras inocente, como dice el ur-Amo... —dijo gruñendo— perdóname. —Pero un instante más tarde su voz se endureció—. ¡Adelante, Marid! ¡Atácanos! ¡Tu vida es ilegal aquí!

La mirada de Marid dio a entender que había comprendido; pero continuó avanzando hacia las rocas.

—¡Marid! —Sunder sacó su puñal—. Soy bastante culpable de tu condena. No lances eso contra mí.

Los ojos de Marid lanzaron un aviso inaudible al Gravanélico.

Covenant sentía su garganta como si tuviera arena; sus pulmones trabajaban. En el fondo de su mente, un pulso de ultraje latía como la sangre en las venas.

Tres pasos a su lado, Linden estaba inmóvil y aterrada.

Siseando vorazmente, Marid echó a correr hacia las rocas.

Durante unos segundos, Covenant no pudo moverse. Pero vio a Marid lanzarse contra Linden y cuando los colmillos estaban ya cerca de su cara, dio un salto desesperado hacia ella, derribándole con un golpe de su cabeza y sus hombros. Juntos, rodaron por el suelo, sobre la arena.

En seguida pudo soltarse y, al ponerse en pie, Marid se lanzó sobre de él.

Con su cuchillo, Sunder intentó atacar a Marid, pero los colmillos de las serpientes le hicieron retroceder.

Al momento, Marid inició de nuevo su ataque contra Linden; pero Covenant se interpuso, deteniendo con su antebrazo derecho el ataque de una de las cabezas de serpiente, al tiempo que con la mano izquierda agarraba el otro cuerpo escamado.

La serpiente libre retrocedió para atacar.

En un instante, Sunder, en un rápido movimiento y antes de que las serpientes tuvieran tiempo de reaccionar, cortó el cuello de Marid. Un fluido viscoso salpicó las ropas de Covenant.

Sunder dejó caer en la arena a su difunto amigo. La sangre empezó a derramarse. Covenant retrocedió unos pasos. Cuando Linden se incorporó sobre sus rodillas, parecía como si hubiera sido asfixiada por el Sol Ban.

El Gravanélico no prestó ninguna atención a sus compañeros. Estaba poseído de una frenética obsesión.

—¡Sangre! —gritó—. ¡Vida! —Y puso sus manos en el charco, se las frotó con la

sangre y se untó de rojo su frente y sus mejillas—. Al menos tu muerte será de alguna utilidad. Es el regalo de mi culpa.

Covenant lo observaba consternado. No sabía que un ser humano pudiera estar tan ávido de sangre.

Sacando la Piedra del Sol, Sunder agachó la cabeza junto al cuello de Marid y chupó sangre directamente del corte. Con la piedra sostenida entre ambas palmas, arrojó fluido sobre su superficie y luego miró hacia arriba, empezando a cantar en un lenguaje que Covenant no podía entender.

A su alrededor, el aire se concentraba como si el calor tomara el testimonio personal de su invocación. La energía floreció en el *orcrest*.

Una línea roja tan estrecha como la línea entre la vida y la muerte se disparó hacia el Sol. Crepitó como una descarga eléctrica, pero se mantuvo fija y palpable, sostenida por la sangre. Consumió la sangre de las manos de Sunder, al tiempo que aspiraba la de las venas de Marid y limpiaba toda la sangre del suelo. El cuello de Marid quedó como una sonrisa disecada.

Todavía cantando, Sunder colocó la Piedra del Sol cerca de la cabeza de Marid. La línea de sangre entre la piedra y el Sol se mantenía estable.

Casi al instante, el agua empezó a burbujear alrededor de la piedra; fue ganando fuerza, hasta dejar un pequeño surtidor de agua tan clara y fresca como si saliera de las rocas de la montaña y no de aquella tierra sucia.

Covenant, sudando bajo el peso del Sol, quedó turbado ante el espectáculo.

Sunder siguió cantando; y junto al chorro, algo verde empezó a brotar. Crecía con increíble velocidad y, en un momento, una especie de vid se extendió; por el suelo. Salieron hojas y varios frutos que crecieron como melones.

El Gravanélico invitó a Linden a que se acercara al surtidor. La expresión de ella había cambiado del terror al asombro. Moviéndose como si estuviera hechizada, se arrodilló ante el chorro y puso sus labios en el agua. En seguida retrocedió, sorprendida por la frescor de aquel agua. Luego empezó a beber con gusto y en cantidad.

Un maléfico fuego ardía en el brazo derecho de Covenant. Su respiración era fatigosa. Su boca estaba llena de polvo. Podía sentir el latir de su pulso en la base de su garganta.

Después, Linden levantó la cabeza del surtidor y dirigiéndose a Covenant dijo:

—Está buena, muy buena.

El no se movió ni la miró. El temor brotaba en él como el agua de aquel suelo reseco.

—Ven, —insistió Linden— ven a beber.

El no podía dejar de mirar a Marid. Sin desviar su mirada, extendió su brazo derecho hacia ella.

Ella lo miró e inmediatamente emitió un grito, levantándose para sujetarlo y verlo mejor.

El se resistía a ver lo que ella estaba viendo; pero se armó de valor y miró hacia abajo.

Su antebrazo estaba amoratado. A poca distancia de su muñeca brillaban dos puntos rojos sobre la oscuridad de la hinchazón.

—Me ha mordido el bastardo. —Luego empezó a toser como si ya estuviera muriéndose.

OCHO. La corrupción del Sol

—¡Sunder! —gritó Linden—. Dame tu cuchillo.

El Gravanélico balbuceó cuando vio las marcas de la serpiente en el brazo de Covenant. Al mismo tiempo balbuceó el surtidor. Pero rápidamente reanudó el cántico. La línea de fuego entre el Sol y la Piedra, que había estado oscilando durante su silencio, restauró su estabilidad. Los melones continuaron madurando.

Sin dejar de cantar, extendió su puñal a Linden. Ella lo cogió y, sin vacilar, cortó un trozo de la cuerda que ataba la estaca al tobillo de Marid.

El dolor en el antebrazo de Covenant se convirtió en un martillo, golpeándole como si quisiera triturarle los huesos. Sin decir nada, se sujetó el codo con su mano izquierda y apretó fuertemente las venas para restringir la extensión del veneno. No quería morir así, dejando todas las preguntas sin respuesta y sin haber cumplido nada.

Un momento después, Linden volvió hacia él. Sus labios se habían alineado en posición de mando.

—Siéntate —dijo—. Sus rodillas se doblaron como si ella manejara las cuerdas de su voluntad.

Se sentó frente a él y le aprisionó fuertemente el brazo entre sus rodillas. Ató la cuerda justo por encima de su codo, haciendo un nudo corredizo que tensó hasta que él retrocediera. Luego la anudó.

—Ahora —dijo ella—, tendré que cortarte y sacarte todo el veneno que pueda.

El asintió. Trató de tragar, pero no pudo.

Linden colocó la punta del cuchillo sobre la inflamación, pero bruscamente lo retiró.

—¡Maldita sea! El cuchillo está demasiado sucio.

Arrugando la frente se levantó.

—No te muevas.

Sin pensarlo dos veces, se fue hacia el rojo rayo energético de Sunder. El siseó como aviso, pero ella lo ignoró y con el cuidado de un médico tocó el arco con el puñal.

El contacto produjo chispas y el fuego recorrió la hoja. Cuando lo sacó, asintió con la cabeza para sí misma, aprobando el resultado.

Volvió hacia Covenant y cogió su brazo. Por un momento alcanzó su mirada.

—Esto va a dolerte —dijo, mirándole directamente a los ojos—, pero será peor si no lo hago.

El, trató de aclarar su garganta, la animó:

—Adelante.

Lentamente, cortó una profunda cruz entre ambas marcas. Covenant lanzó un grito. Se mantenía rígido y no quería doblarse. Aquello era necesario; él mismo había

hecho esas cosas. El dolor era vida; sólo la muerte carecía de dolor. Se mantuvo quieto, mientras ella se agachaba para succionar las incisiones. Con su mano libre, acariciaba su cabeza para darle valor.

Sus manos presionaban sobre la herida, multiplicando el fuego. El contacto de los labios le dolía como si fueran dientes cuando sacaba sangre y veneno, con su boca.

El sabor rompió su compostura. Escupió con fiereza la sangre.

—¡Dios! —exclamó—. ¿Qué clase...? En seguida, atacó nuevamente la herida, succionó y escupió con violenta repulsión. Sus manos se estremecían al agarrar su brazo.

Qué clase... Sus palabras le desconcertaron bajo la presión que sentía en su cabeza. ¿De qué estaba hablando?

Por tercera vez, ella succionó y escupió. Sus facciones se tensaron visiblemente. Con una brutalidad no intencionada, soltó su brazo. Luego se levantó de un salto y pisó con furia la sangre del suelo, enterrándola en la arena, como si fuera un ultraje que quisiera erradicar del Mundo.

—Linden —musitó él, con voz debilitada por el dolor—. ¿Qué es?

—¡Veneno! —respondió con inmensa repugnancia—. ¿Que clase de lugar es éste?

Bruscamente, se dirigió al surtidor de Sunder y se lavó la boca. Cuando regresó al lado de Covenant, su cuerpo entero estaba temblando y sus ojos parecían hundidos.

—Veneno. —Se encogió como si tuviera un escalofrío—. No tengo palabras para describirlo. Esto no era solamente veneno. Era algo más; algo peor. Como el Sol Ban. Alguna clase de veneno moral. —Se pasó las manos por el cabello, tratando de controlarse. Luego resumió—. Bien, vas a estar muy enfermo. Necesitas un hospital. Salvo que en el mundo no exista ningún antídoto para un veneno como éste.

Covenant se revolcaba de dolor, sin poder distinguir entre el dolor y el miedo. ¿Veneno moral? No comprendía aquella descripción, pero clarificaba otras cuestiones. Explicaba por qué el Delirante de Marid se había expuesto a ser descubierto. Así, siendo Marid condenado por el Sol Ban se convertiría en un monstruo capaz de infectar con ese veneno. ¿Pero por qué? ¿Qué iba a ganar el Amo Execrable si Covenant moría de aquella forma? Y ¿por qué Marid quería atacar a Linden? Porque era sensible al Reino y podía presentir cosas que al Execrable no le interesara que se supieran.

Covenant no podía pensar. El olor a sangre de su camisa anulaba sus sentidos. Todo se volvía miedo. Quería llorar; pero Linden llegó en su ayuda. De alguna manera, se había serenado. Ayudándole a levantarse, le acompañó hasta el agua para que pudiera beber. Se hallaba ya casi paralizado, pero su cuerpo reconocía su necesidad de agua. Una vez en el surtidor tragó toda el agua necesaria.

Cuando hubo bebido, ella le acompañó a la sombra. Luego se sentó a su lado,

cogiéndole el brazo entre sus manos, tratando de que estuviera más cómodo.

La sangre seguía brotando de los cortes, mientras la infección se le iba extendiendo hacia el codo.

Sunder había estado cantando continuamente; pero ahora se detuvo. Por fin había podido hacer la invocación. Al silenciar su voz, el rayo del *orcrest* fluctuó y luego quedó apagado, dejando la piedra vacía como un agujero en el suelo; pero el surtidor de agua continuó activo durante unos minutos, dando tiempo a que Sunder bebiera lo suficiente antes de cerrarse y desaparecer bajo tierra.

Con su cuchillo cortó los melones que habían crecido en las ramas, los llevó hacia la sombra y se sentó al lado de Covenant. Al momento, empezó a cortar los frutos en rodajas, separando las semillas que se guardó en el bolsillo de su justillo. Luego pasó a Linden trozos de melón.

—Esto es *ussusimiel* —dijo en un tono débil, como si temiera ser contradecido—. En caso de necesidad puede mantener la vida sin ningún otro alimento.

Sunder empezó a comer. Linden probó la fruta y asintió con aprobación. Luego empezó a devorar los trozos que Sunder le había dado. Sin ningún entusiasmo, Covenant aceptó un trozo de los que le ofrecieron. Pero no le fue posible comérselo. El dolor torturaba los huesos de su brazo derecho, y aquel fuego parecía absorber todas sus otras fuerzas, dejándole en una lasitud extrema. Estaba a punto de pasar a mejor vida y había tantas cosas que sus compañeros no comprendían...

Una era más importante que las otras. Trató de fijarse en Gravanélico. Pero no pudo mantener clara su visión. Cerró los ojos para no tener que ver la forma en que el Gravanélico iba a echar a correr.

—Sunder.

—¿Ur-Amo?

—Escucha. —Covenant suspiró, temiendo la reacción de Sunder. Concentró los vestigios de su determinación en sus palabras—. No podemos estar aquí. No te dije aún donde queríamos ir.

—Déjalo ahora —dijo el guía tranquilamente—. Ahora estás enfermo y hambriento. Debes comer. Más tarde consideraremos esto.

—Escucha —Covenant sentía ya la medianoche deslizándose hacia él. Por esto se esforzó a articular con urgencia—. Llévame a Piedra Deleitosa.

—¿Piedra Deleitosa? —Sunder estalló en protestas—. Tú no estás en tus cabales. ¿No sabes que Piedra Deleitosa es la sede de los na-Mhoram? ¿No te he hablado de lo que dice la Rede respecto a ti? Los Caballeros viajan por todo el Reino ordenando tu destrucción. ¿Crees que van a acogerte cortésmente?

—No me importa —Covenant sacudió la cabeza. Luego vio que no podía pararla. Notó que los músculos del cuello la balanceaban adelante y atrás como en un ataque de histeria—. Allí están todas las respuestas. Tengo necesidad de ver lo que ha

pasado. ¿Qué es el Sol Ban? No puedo luchar contra él si no sé qué es.

—Ur-Lord, hay trescientas leguas.

—Lo sé. Pero tengo que ir. Necesito saber lo que ha pasado aquí. —Insistió con la irracionalidad de un niño enfermo—. Para poder luchar contra él.

—Cielos y Tierra —exclamó Sunder—. Ésta es la mayor locura de todas.

Durante unos momentos, estuvo callado y pensativo. Por favor, rogaba Covenant en silencio, Sunder, por favor.

—Ah, bien —musitó bruscamente Sunder—. No tengo ningún otro compromiso en este momento. Y a ti no puedo negarte nada. En nombre de Nassic, mi padre, y de Marid, mi amigo, cuya vida te esforzaste en salvar a tu costa, te guiaré hacia donde quieras ir. Ahora come. Los profetas y los locos también deben alimentarse.

Covenant asintió y, apartando su mente del olor a sangre, empezó a comerse aquel trozo de *ussusimiel*.

No podía compararse a la *alianta*, pero sabía bien y parecía aliviar su dolor. Al mismo tiempo que comía, la oscuridad de su visión parecía disminuir.

Después de haber consumido su parte de fruta, se acomodó para descansar un rato. Pero Sunder se levantó de súbito.

—Ven —dijo a Linden—. Tenemos que emprender nuestro camino.

—El no puede moverse —objetó ella.

—Encontraremos *alianta* junto al río. Quizá tenga poder para ayudarlo.

—Quizás; pero si se mueve ahora, el veneno puede extenderse por su cuerpo.

—Linden Avery —repuso Sunder—. Marid fue mi amigo. No puede permanecer en este lugar.

Covenant era consciente de un ligero hedor en el aire. Podía proceder de su brazo. O del cuerpo de Marid.

Momentáneamente, Linden no respondió. Luego lanzó un suspiro.

—Déjame el cuchillo. No puede viajar con el brazo así.

Sunder le dio el puñal. Ella miró atentamente la hinchazón del brazo de Covenant. La infección había subido más allá del codo. Su negra presión hacía que la cuerda le mordiera profundamente la carne.

El observaba atentamente mientras ella le cortaba el torniquete. La sangre bajó a la herida. El se quejó.

Luego la oscuridad le cubrió por algún tiempo. Estaba ya de pie con los brazos apoyados en los hombros de sus compañeros. Así empezaron a viajar hacia el Oeste. El Sol los azotaba como si fueran una amenaza para su soberanía. El aire era denso y cálido. Parecía resistirse a ser respirado. En todas direcciones, la tierra y la piedra humeaban como si estuvieran evaporándose. El dolor soltaba una carcajada, dentro de su cabeza, a cada paso que daba. Si Sunder o Linden no encontraban pronto algún febrífugo...

Linden estaba ahora a su izquierda, para que su tambaleo no repercutiera directamente en el brazo enfermo. El olvido llegaba y se iba. Cuando Covenant tuvo conciencia de una voz, no estuvo seguro de si era real o si procedía de un sueño.

«Y aquel que lleva oro blanco y mágico
es una paradoja—
porque lo es todo y no es nada,
héroe y loco,
potente, y débil—
y con una palabra de verdad o traición
salvará o condenará el Reino
porque es loco y cuerdo,
frío y apasionado,
perdido y encontrado».

Sunder se quedó silencioso. Linden preguntó:

—¿Qué es eso?

—Una canción —respondió el Gravanélico—. Nassic, mi padre, la cantaba siempre que yo me rebelaba contra su locura. Pero no tengo comprensión de ella, aunque he visto el anillo blanco y la magia brillando tan magníficamente.

Covenant respiró, como si estuviera soñando.

Luego, Linden dijo:

—Sigue hablando. Esto ayuda. ¿Conoces otras canciones?

—¿Qué sería la vida sin cantar? —respondió Sunder—. Tenemos canciones para sembrar y para cosechar; canciones para consolar a los niños durante el sol de pestilencia; canciones para honrar a aquellos cuya sangre ha sido derramada para Pedraria. Pero he renunciado al derecho a cantarlas. —No hizo ningún esfuerzo para consolar su amargura—. Voy a cantarte una de las canciones de a-Jeroth, tal como la enseñan los Caballeros del Clave.

Enderezó sus hombros, sacudiendo el brazo de Covenant. Cuando empezó, su voz sonó enronquecida por el polvo.

«"Oh, ven, amor mío, y acuéstate conmigo;
Tu compañero no conoce ni la lujuria ni el amor—
Olvídale en este éxtasis.
Me place representar el papel de traidor".
Sutil en halagos y hechizos,
dijo a-Jeroth de los Siete Infiernos.
«Diassomer Miniderain,

compañera de poder y esposa del Maestro,
de todas las estrellas y cielos castellana,
con poder sobre la tierra y la lucha,
atendió bien, dice la historia,
a a-Jeroth de los Siete Infiernos.

«Con a-Jeroth la señora huyó;
Diassomer con temor y miedo,
escapó de los dominios del Maestro.
En la Tierra esconde su tembloroso corazón
mientras le llegan las burlas de a-Jeroth de los Siete Infiernos.

«"Perdóname" implora con dolor y aflicción,
ya que las burlas de su traidor la torturan.
"Sus halagos fueron mi perdición.
Quiero adorar a mi Maestro".
Por sus oídos entra el desprecio,
de a-Jeroth de los Siete Infiernos.

«Ira, furor y fuego es el Maestro.
El castigo llena sus manos.
Atacando viene, espada y desafío,
contra los traidores en todas las tierras.
Invalidados quedan los astutos halagos
de a-Jeroth de los Siete Infiernos.

«Miniderain, le dice con deploro;
no hay lugar en el cielo para una confianza rota
sino hijos nacidos para perseguir
toda traición de muerte y destrozos.
Así la Tierra llegará a ser el patíbulo
para a-Jeroth de los Siete Infiernos».

El Gravanélico suspiró.

—Sus hijos son los habitantes de la Tierra. Se dice que, en cualquier parte de la Tierra, más allá de los mares y las montañas, viven seres que han mantenido la fe. Pero el Reino es la patria de los infieles y, sobre los descendientes de la traición, el Sol Ban manda la venganza del Maestro.

Covenant se mostró disconforme, aunque sin palabras. Sabía que la visión de la Historia que daba el Clave era una gran mentira; que los habitantes del Reino habían

luchado duramente contra el Amo Execrable durante milenios. Pero no podía comprender cómo aquella mentira podía ser creída por alguien. El tiempo, por sí solo, no podía ser causa de aquella corrupción.

Quería negar ante Sunder aquella historia. Pero la infección se había extendido rápidamente hasta cerca de su hombro. Cuando trató de hallar palabras volvió la oscuridad.

Al cabo de un rato, Linden dijo:

—Siempre estás mencionando a los Caballeros del Clave. —Su voz era débil, como si sufriera por la ruptura de varias costillas—. ¿Sobre qué cabalgan?

—Grandes bestias —respondió Sunder—, que llaman corceles.

—¿Caballos? —preguntó ella, tratando de aclararse.

—¿Caballos? Nunca he oído esta palabra.

—¿No...? Covenant gruñó como si el dolor de su brazo hablara. ¿No conocen a los Ranyhyn? Súbitamente le vino a la memoria la imagen de los grandes caballos criados en Ra. Ellos le habían dado una lección de fidelidad que nunca podría olvidar. ¿Dónde habían ido a parar? ¿Habrían muerto todos? La profanación que el Amo Execrable había extendido por el Reino parecía no tener fin.

—Hay pocas bestias en el Reino —prosiguió Sunder—. Claro, ¿cómo podrían soportar el Sol Ban? En mi pueblo hay rebaños, algunas cabras y un poco de ganado, sólo porque se ha hecho un gran esfuerzo para proteger sus vidas. Los animales se guardan en una cueva cerca de las montañas y se sacan sólo cuando el Sol Ban lo permite. Pero no pasa lo mismo con los corceles del Clave. Son criados en Piedra Deleitosa para el uso de los Caballeros. Son bestias muy grandes y corren mucho. Se dice que sus lomos están protegidos del Sol Ban. —Y luego añadió—: Debemos evitar toda esta ayuda si deseamos vivir.

—¿No hay Ranyhyn? La tristeza de Covenant era mayor que su dolor físico. Pero en la superficie del Sol había malicia, que provocaba ruina en todo lo que tocaba. Su brazo, apoyado en la espalda de Sunder, parecía levantarse locamente en un saludo involuntario al Sol Ban. Era como la lepra; algo sin sentido, pero irreparable. El veneno se concentraba lentamente en los alrededores de su corazón.

Unas horas más tarde, la oscuridad se bifurcó, de manera que ocupaba plenamente su cabeza, pero aún le permitía mirar fuera de ella. Estaba acostado sobre su espalda, mirando a la luna; la sombra de la ribera la enmarcaba a ambos lados. Notó que se levantaba una brisa, pero parecía servir sólo para ventilar su fiebre. El plomo de su brazo contradecía el sabor de *aliantha* en su boca.

Su cabeza descansaba en el regazo de Linden, y la de ella en la ladera del río. Linden tenía los ojos cerrados; posiblemente dormía. Pero él ya había estado otra vez con la cabeza descansando en el regazo de una mujer y conocía el peligro. *De tu propia voluntad...* Enseñó sus dientes a la Luna.

—Va a matarme. —Las palabras amenazaban con estrangularlo. Su cuerpo estaba rígido, luchando contra un veneno invisible—. Nunca te daré el anillo. Nunca.

Luego comprendió que estaba delirando. Se observaba a sí mismo, indefenso, mientras entraba y salía de las pesadillas, con la Luna sobre su cabeza.

Eventualmente, oyó a Sunder decir a Linden:

—Debemos caminar durante un rato si queremos encontrar más *alianta*. Toda la de por aquí la hemos consumido ya.

Ella suspiró, como si la vigilia que había mantenido hubiera irritado su alma. Sunder preguntó luego; refiriéndose a Covenant:

—¡Va aguantando!

—Es la *alianta* —respondió ella—. Si podemos seguir alimentándole...

Ah, todavía eres obstinado. Todavía eres obstinado, eres obstinado.

Luego Covenant se encontró nuevamente erecto y crucificado en las espaldas de sus compañeros. Primero sufrió bajo inquietantes sueños que implicaban al Amo Execrable, y a Marid con el cuello cortado bajo un Sol vengativo. Pero luego, sus visiones se hicieron más placenteras: grandes prados de hierba, vestidos por el rocío y engalanados con rosas salvajes. Linden caminaba por ellos. Ella era a la vez Lena y Atiaran: fuerte y fuertemente herida, capaz de amar y frustrada. Y ella era Elena, corrompida por un mal engendrado odio... hija de la violación, que se destruyó a sí misma por romper la Ley de la Muerte, porque creía que los muertos pueden soportar las cargas de los vivos.

Pero ahora no era ninguna de aquellas. Era ella misma, Linden Avery, y su contacto refrescaba su frente. Sentía que su brazo estaba lleno de ceniza y su manga ya no le apretaba la inflamación. El mediodía convertía el lecho del río en un horno; pero podía respirar y ver. Cuando levantó la cabeza para mirarla, el Sol hacía radiante su cabello.

—Sunder. —Su tono se semejaba al llanto—. Se va a poner bien.

—Extraño veneno esa *alianta* —respondió el Gravanélico—. Por esta mentira, al menos, el Clave debe dar una explicación.

Covenant quería hablar; pero tenía la cabeza demasiado torpe. Volvió a cerrar los labios y se durmió sobre la arena.

* * *

Despertó de nuevo a la hora del crepúsculo. Estaba tendido con la cabeza descansando en el regazo de Linden en la orilla oeste del río y el cielo aparecía listado de naranja y rosa. La luz del Sol seguía azotando a través del aire cargado de polvo. Se encontraba frágil como un hueso viejo; pero lúcido y vivo. La barba le picaba. La inflamación había disminuido y su antebrazo había cambiado su negror intenso por un gris. Incluso las heridas de su cara parecían haber mejorado. Su camisa estaba seca y ya no percibía el olor a sangre.

El ofuscamiento oscurecía el semblante de Linden, pero bajó la mirada hacia él y Covenant le dedicó una sonrisa.

—He soñado contigo.

—Algo bueno, supongo. —Su voz sonaba como en sombras.

—Tú estabas llamando a mi puerta —dijo, porque su corazón estaba lleno de alivio—. Yo la abría y gritaba: ¡Maldita sea! ¡Si quisiera visitantes pondría un rótulo! Luego me atizaste un directo que por poco me rompes la mandíbula. Fue el flechazo.

Linden volvió la cabeza como si la hubiera molestado. Su sonrisa se apagó. Inmediatamente, el alivio que sentía se convirtió en su habitual estado de soledad, una soledad que se hacía más punzante por el hecho de que ella no sentía aprensión hacia él.

—De todas formas —musitó luego con expresión de disculpa—, la sensatez llegó a tiempo.

Ella no contestó. Su perfil parecía un timón en el aire crepuscular, fortificado contra cualquier afecto o vínculo.

Un ruido de cabalgadura distante acentuaba el crepúsculo; pero Covenant apenas lo oyó hasta que Sunder saltó súbitamente debajo de la ladera Este del río.

—¡Un Caballero! —gritó, atravesando corriendo el lecho del río sobre la arena—. Por poco me descubre.

Linden se liberó de la cabeza de Covenant al levantarse.

—¿Viene por este camino? —susurró con temor.

—No. Se dirige a Pedraria Mithil.

—Entonces, ¿estamos seguros aquí? —El ruido ya no se oía.

—No. En Pedraria le dirán que hemos escapado. Y él no va a ignorar la fuga del Mediamano del Anillo Blanco.

La agitación de Linden crecía por momentos.

—Entonces, ¿nos perseguirá?

—Sin duda alguna. Los pedrarianos no nos van a buscar. Aunque hayan perdido la Piedra de Sol, temen encontrar a Marid. Pero al Caballero nada le impedirá ir tras de nosotros. A la salida del Sol, si no antes, estará buscándonos. Debemos irnos.

—¿Irnos? —murmuró Linden—. Todavía está débil. —Pero un instante después dijo—: Bueno, parece que no hay alternativa. Vámonos.

Covenant no vaciló. Extendió una mano a Sunder y éste le ayudó a levantarse. Mientras se apoyaba en Sunder, la cabeza le daba vueltas. Esforzándose para hablar, dijo:

—¿Cuánto hemos caminado?

—No estamos a más de seis leguas de Pedraria Mithil, por el río —respondió Sunder, señalando hacia el Sur—. No está lejos.

Hacia donde se ponía el Sol se levantaban cimas de montañas, la pared occidental

del Valle Mithil. Parecían peligrosamente cercanas. ¡Seis!, murmuró Covenant para sí mismo, en dos días. Seguro que un jinete puede recorrer esta distancia en una mañana.

Se volvió nuevamente hacia sus compañeros. De pie, en el lecho del río, le llegaba la mejor luz; podía verlos claramente. Perdido y dudando de sí mismo, el conocimiento de mentiras y miedo a la verdad, se reflejaban en el rostro de Sunder. Había sido despojado de todo aquello que le había permitido aceptar lo que había hecho a su hijo y a su esposa. A cambio, le habían dado a un hombre débil a quien tenía que guiar y que encima le desafiaba, y una esperanza no más grande que un anillo de bodas.

También Linden sufría. Su espalda estaba seriamente quemada por el Sol. Había sido encerrada en un mundo que no conocía y que no había escogido, atrapada entre distintas fuerzas que no podía comprender. Covenant era su único vínculo con su propia vida y casi lo había perdido. La mortalidad ordinaria no estaba hecha para saldar tales exigencias. Y aún así ella se había ofrecido, rehusando incluso aceptar su gratitud. Guardaba las penas para sí misma como si ningún otro ser tuviera derecho a sostenerla, a cuidar de ella.

La pesadumbre hurgaba en el corazón de Covenant. Había visto demasiadas veces cómo otras personas cargaban con las consecuencias de sus acciones.

Pero lo aceptó. En este dolor había una promesa que le daba fuerzas. Por un momento, mientras sus compañeros aguardaban, practicó un control visual de sus extremidades. Luego dijo, secamente:

—Vamos. Ya puedo andar.

Y empezó a avanzar en dirección Norte, a lo largo del río seco.

Pensando que un Caballero le empujaba por la espalda, mantuvo sus piernas en movimiento durante media legua. Pero los efectos del veneno le habían dejado tábido. Muy pronto sintió la necesidad de pedir ayuda. Se volvió a Sunder; pero el Gravanélico le dijo que descansara. Luego salió del cauce del río.

Covenant se quedó sentado en el suelo, tratando de hallar una respuesta a la incapacidad de sus huesos. Cuando apareció la Luna, Sunder volvió con un doble puñado de *alianta*.

Al comer su ración de bayas-tesoro, Covenant sintió que adquiría nuevas fuerzas y aceleraba su curación. Necesitaba agua, pero su sed no era muy apremiante. Cuando hubo terminado, estuvo en condiciones de levantarse y caminar de nuevo.

Con la ayuda de frecuentes descansos, más *alianta* y el soporte de sus compañeros, pudo viajar durante toda la noche; una noche fresca y apacible, como si la feroz maldición del Sol Ban hubiera sido absorbida por los espacios libres del cielo entre las estrellas. Y el arenoso fondo del Mithil hacía el camino fácil. Ahora andaba sin ayuda. El Clave había ordenado su muerte. Bajo la Luna se mantuvo derecho, a

pesar de su debilidad, pero cuando desapareció, volvió a sentirse inseguro, desamparado y sin visión.

Antes de amanecer se tomaron un descanso; pero Sunder hizo que se levantaran al aproximarse la salida del Sol.

—El castigo del Sol Ban se acerca —murmuró—, he visto que vuestro calzado os protege. Pero mi corazón sufrirá menos si venís conmigo.

Luego señaló hacia un sitio donde había piedra; un espacio de piedra limpia donde podían refugiarse varias personas.

Temblando y agotado, Covenant se puso en pie, y los tres fueron a situarse sobre la roca, a esperar el día.

Cuando el Sol asomó por el horizonte, Sunder lanzó un grito de júbilo. El marrón había desaparecido. En su lugar, llevaba un halo verde. Para Covenant, aquella luz verde pálido fue agradable y balsámica al tocar su cara. Era como una caricia después de haber soportado el Sol Desértico.

—¡Un Sol Fértil! —gritó Sunder—. Esto va a dificultar la persecución, incluso para un Caballero.

Saltó de la roca, como si hubiera rejuvenecido, y buscó un espacio de tierra. Rápidamente, con su puñal, hizo dos grandes hoyos, en los que introdujo las semillas de *ussusimiel* que tenía guardadas.

—¡De momento tendremos comida! —afirmó—. ¿Puede haber agua más allá?

Covenant se volvió hacia Linden para preguntarle qué veía en el verde del Sol. Ella tenía una expresión seria y preocupada, y no le había afectado la excitación de Sunder. Se estaba esforzando demasiado, pidiéndole demasiado a su cansado espíritu. Y sus ojos estaban empañados, como cegados por las cosas que había visto; cosas esenciales que ni Covenant ni Sunder podían discernir.

Covenant empezó a plantear una pregunta; pero luego la luz del Sol distrajo su atención. Miró hacia la orilla Oeste del río. La luz bañaba ya parcialmente el lecho. Y dondequiera que tocara la tierra, salía la hierba. Crecía con visible rapidez. Por encima de la ladera del río, asomaban algunas plantas, ya lo suficiente altas para poder ser vistas. El verde se esparcía como una manta, siguiendo la línea del Sol. Aquí y allá, nuevos arbustos se alzaban al cielo. Donde tocaba aquel sol, la aridez de los tres días pasados se tornaba en verdor.

—El Sol Fértil —exclamó contento Sunder—. Nadie puede decir cuando vendrá; pero cuando viene, trae la vida al Reino.

—Imposible —susurró Covenant. Sus ojos parpadeaban inconscientemente, tratando de aclarar su vista. No dejaba de contemplar, asombrado, como la tierra se iba llenando de hierba, viñas y toda clase de plantas. Todo aquello violaba su instintivo sentido de la Ley—. Imposible.

—¡Claro que es posible! —dijo el Gravanélico, que parecía un hombre nuevo,

hecho por el Sol—. ¿No creéis en lo que ven vuestros ojos? Ahora reconoceréis que hay verdad en lo del Sol Ban.

—¿Verdad? —Covenant apenas oía a Sunder. Estaba sobrecogido por lo que veía—. Todavía hay Energía de la Tierra; eso es obvio. Pero nunca se manifestó así. — Sintió como un intuitivo escalofrío de peligro—. ¿Qué ha pasado con la Ley? ¿Estaba enferma? ¿Era ésta? ¿Había encontrado el Execrable alguna forma de destruir la misma Ley, la Ley?

—A menudo —dijo Sunder—, Nassic, mi padre, cantaba una canción sobre la Ley; pero nunca supo explicarme su significado.

—¿Qué es la Ley?

Covenant miró al Gravanélico sin verlo.

—La Ley de la Energía de la Tierra. —Especulaciones de temor obstruían su garganta, roían sus entrañas—. El orden natural. Estaciones, Tiempo, Desarrollo y Declive, ¿qué ha pasado con eso? ¿Qué habrá hecho?

Sunder frunció el ceño como si la actitud de Covenant fuera la negación de su alegría.

—No sé nada de esas cosas. Sólo conozco el Sol Ban y la Red que na-Mhoram nos ha dado para sobrevivir. Pero Estaciones... Ley..., estas palabras no tienen sentido para mí.

No tienen sentido, pensó Covenant. No, desde luego, no. Si no hubiera Ley, si no hubiera existido la Ley durante siglos, los pedrarians no tendrían posibilidad de comprender. Impulsivamente, se volvió hacia Linden. —Dile tú lo que ves.

Ella no parecía escucharle. Estaba al lado de la roca en una actitud pasiva, como indefensa.

—¡Linden! —insistió en tono más alto—. Dile qué es lo que tú ves.

Su boca se torció como si su petición fuera un acto de brutalidad. Se pasó las manos por el cabello; miró al Sol halado de verde, y luego a la verde orilla del río.

Se estremeció.

Su reacción fue toda la respuesta que Covenant necesitaba. Le alcanzó como un instante de visión compartida que momentáneamente gratificaba o agudizaba sus sentidos dándoles una percepción de que ellos carecían. Súbitamente, la hierba, las viñas y las espesas matas ya no le parecieron frescas y jugosas, sino frenéticas y locas. No salían del suelo espontáneamente, sino que eran forzadas a crecer por la antinatural disciplina solar. Los árboles apuntaban al cielo como dementes, las trepadoras se contorneaban por el suelo y la hierba crecía tan fuerte e inmediata como un clamor.

El momento pasó, dejándolo desalentado.

Linden se frotó los brazos como si lo que estaba viendo la hubiera llenado de piojos. La rojez de las quemaduras del Sol afeaba sus facciones.

—Enfermedad. Malignidad. Esto me está matando.

Luego se sentó y escondió la cara entre las manos.

Covenant iba a preguntarle: ¿Matarte? Pero Sunder intervino nuevamente.

—¡Vuestras palabras no significan nada! Esto es el Sol Fértil. No hay nada malo. Simplemente es así. El Sol Ban ha actuado así desde que empezó el castigo. ¡Mirad!

Con un gesto señaló el espacio de tierra, donde había sembrado las semillas. La línea del Sol atravesaba uno de los surcos y la *ussusimiel* ya empezaba a brotar.

—¡Gracias a esto tendremos comida! El Sol Fértil da vida a todo el Reino. En Pedraria Mithil, ahora, mientras vosotros estáis calumniándolo, cada hombre, mujer o niño, está cantando. Todos los que son fuertes van a trabajar hasta que se caen de cansancio. Primero, buscando lugares donde la tierra sea buena para conseguir cosechas. Luego, esforzándose a preparar este terreno para que la semilla pueda ser sembrada. En un solo día, tres veces, las semillas serán sembradas y las cosechas recogidas. Tres veces cada día del Sol Fértil.

»Y si la gente de otra Pedraria viene a este lugar buscando una tierra para ellos, los de aquí les harán frente y lucharán y se matarán hasta que una de las Pedrarias se quede con la tierra para atender las cosechas. ¡Y la gente cantará! ¡El Sol Fértil es vida! Es fibra para las cuerdas, hilo para las ropas, madera para barcos y fuego, grano para comida y para el *metheglin* que cura el cansancio. No me digáis que eso está mal.

Hablaba gritando de entusiasmo; pero luego su pasión se apagó al recordar las circunstancias en que había abandonado su casa.

—No puedo soportarlo —dijo.

—¿Cuánto más podría aguantar Covenant el remordimiento de ser la causa de su desgracia?

—Sunder —dijo—. Yo no quise decir eso.

—Pues ilumíname —musitó el Gravanélico—. Conforta la pobreza de mi comprensión.

—Estoy tratando de comprender vuestra vida. Tenéis que soportar tanto que cuando llega esta situación cantáis victoria. Pero no es a esto a lo que me refiero. —Trató de controlarse para que su pasión no pudiera ser interpretada como odio contra él—. Lo que sufrís no es un castigo. Las gentes del Reino no son criminales ni traidores. ¡No! Vuestras vidas no tienen nada de malo. Lo malo es el Sol Ban. Es un maleficio que hay sobre el Reino. No sé cómo lo ha logrado, pero sé quién es el responsable: El Amo Execrable, al que vosotros llamáis a-Jeroth. Esto es obra suya. Escúchame Sunder. Puede ser vencido. Puede ser vencido —repitió al asombrado Gravanélico.

Sunder miró a Covenant, tratando de relacionar ideas y percepciones que pudiera entender. Pero después de un momento bajó la vista y, cuando habló, sus palabras

eran un reconocimiento.

—El Sol Fértil es también peligroso en su camino. Quedaos mientras podáis, en la seguridad de esta roca.

Con su cuchillo, empezó a limpiar de hierba los alrededores de su pequeña plantación.

Ah, Sunder, Covenant suspiró. Eres más bravo de lo que merezco.

Quería descansar. Los huesos de su cráneo empezaban a dolerle de nuevo por la fatiga. La inflamación de su brazo había ya desaparecido; pero la carne estaba todavía muy dañada por la herida, y las articulaciones del codo y la muñeca le dolían. Pero se mantenía erguido y volvió la cara para observar a Linden en su silencio.

Ella continuaba sentada, con la mirada perdida. Su rostro parecía demacrado por el cansancio, lo cual agudizaba sus rasgos. Sus manos cogidas a los codos, las rodillas levantadas, como si estuviera anclada en la inexorable mortalidad de sus huesos.

Al mirarla, Covenant reconoció en ella su propia actitud ante sus primeras pruebas en el Reino. Hizo un esfuerzo para decirle amablemente:

—Está bien. Lo comprendo.

También quería añadir: No te dejes abatir por ello. No estás sola. No hay razones para todo eso. Pero su respuesta lo detuvo.

—No, no lo comprendes —y sin la suficiente convicción para mostrar amargura, concluyó—. No, tú no puedes verlo.

El no supo qué responder. La clara verdad de sus palabras negaban su énfasis; lo dejaron buscando dentro de sí, como si hubiera perdido todos los dedos. Indefenso contra su incapacidad y su responsabilidad por las cargas que no podía llevar, se tendió en la roca para descansar un poco. Ella estaba allí porque había tratado de salvar su vida. Trataba de darle algo en compensación; ayuda, protección... alguna respuesta a su propia severidad. Pero nada podía hacer. Ni siquiera podía mantener los ojos abiertos.

Cuando volvió a mirar el paisaje, la vegetación había crecido de manera alarmante. La hierba ya alcanzaba, en algunos lugares, la altura de la rodilla. No sabía cómo podrían viajar con aquel sol, pero esta cuestión debía solucionarla Sunder.

Mientras los melones estaban madurando, Sunder fue a recoger trepadoras salvajes, que luego cortó en trozos. Cuando estuvo satisfecho de la cantidad recogida, empezó a tejer los tallos formando un saco.

Tras de efectuar este trabajo, las primeras *ussusimiel* estaban ya maduras. Las cortó a rodajas, almacenando las semillas en su bolsillo y repartió raciones a sus compañeros. Covenant aceptó su parte consciente de la necesidad de alimento que tenía su cuerpo. Pero Sunder tuvo que tocar la espalda de Linden para llamar su atención. Recibió su *ussusimiel* sin gran apetencia.

Después de comer, Sunder cogió el cesto de melones y los metió en un saco.

Parecía estar de mejor humor; tal vez su habilidad para proporcionar comida había fortalecido su sentido de utilidad a sus compañeros. O quizá había decrecido su miedo a la persecución.

—Debemos abandonar el cauce del río. Aquí no vamos a encontrar agua —dijo, y señaló a la ribera Este—. A medida que los árboles crezcan, darán sombra y crecerá menos vegetación. Pero escuchadme. He dicho que el Sol Fértil es peligroso. Debemos andar con cuidado en nuestra marcha para no caer aprisionados entre plantas que nos aprisionarían. Mientras dure este Sol, viajaremos sólo de día, descansando por la noche.

Covenant se frotó ligeramente el brazo y miró hacia el río.

—¿Has hablado de encontrar agua?

—Tan pronto como la fuerza y la suerte nos lo permitan —respondió Sunder.

Fuerza, musitó Covenant, suerte. Le faltaba una y no confiaba en la otra. Pero no vaciló.

—Vámonos.

Los dos hombres miraron a Linden.

Ella se levantó lentamente, manteniendo la mirada baja, pero asintió en silencio.

Sunder dirigió una muda pregunta a Covenant, pero éste no tenía respuesta. El Gravanélico se encogió de hombros y levantó el saco, que se cargó en la espalda. Luego empezó a caminar por el lecho del río. Covenant le siguió, con Linden detrás de él.

Sunder procuraba evitar las hierbas, en lo posible, hasta encontrar un lugar donde los costados eran menos empinados. Al llegar a él, trepó hacia arriba.

Tuvo que colocar los pies, hurgando entre la maleza para ganar nivel. Covenant lo contempló hasta que desapareció. Luego intentó trepar él mismo. Entre las matas encontró agarraderas que le ayudaron a subir. Tras resbalarse varias veces, llegó al espacio que Sunder había limpiado de maleza. Con cuidado, avanzó por él. La espesa vegetación hacía difícil su avance. No podía levantar las manos ni las rodillas. Se encontró aprisionado entre un verdor increíble, un éxtasis salvaje de crecimiento más agobiante que los muros. Covenant no podía controlar la reacción de sus músculos.

Aquella forma de arrastrarse amenazaba con agotar las fuerzas que le quedaban; pero, a poca distancia, el túnel había llegado al final. Sunder había encontrado una zona donde los helechos sólo llegaban hasta la cintura. Aplastó como pudo las hierbas para facilitar el paso a Covenant y Linden.

—Somos afortunados —murmuró Sunder, señalando hacia uno de los árboles más cercanos. Era una mimosa de unos tres metros. Esta planta tenía unas brillantes hojas verdes y un fruto amarillo-verdoso que vagamente recordaba la papaya—. Es *mirkfruit*.

¿*Mirkfruit*? Covenant recordó la pulpa narcótica con la cual Linden y él fueron

capturados en Pedraria Mithil.

—¿Por qué somos afortunados? —preguntó Covenant.

—El fruto es una cosa y el tallo otra.

Sunder sacó su cuchillo y se dirigió hacia el árbol, haciendo que Covenant lo acompañara, agarró el cuchillo con las dos manos y dijo:

—Prepárate.

Dio un salto y clavó el cuchillo en la planta por encima del nivel de su cabeza.

El cuchillo cortó el tallo como si fuera carne. Cuando Sunder arrancó la hoja de su puñal, salió agua clara del corte.

Sorprendido, Covenant balbuceó.

—¡Bebe! —dijo Sunder, al tiempo que empujaba bruscamente a Covenant hacia el chorro.

Covenant se encontró debajo, recibiendo el agua que caía a presión sobre su cara y boca. Estaba tan fresca como el aire de la noche.

Cuando hubo satisfecho su sed, Linden tomó su lugar, y bebió con tremendo frenesí. Covenant temía que el tallo se secase. Pero, después de haberse apartado, también Sunder pudo beber hasta saciarse antes de que el chorro empezara a disminuir.

Mientras aún salía agua, todos la aprovecharon para lavar sus manos y cara y quitar algo de suciedad de sus ropas. Luego el Gravanélico se cargó el saco.

—Debemos continuar. Estando parados, nada está fuera de peligro bajo este Sol —para demostrarlo, dio un puntapié y les enseñó como la hierba trataba de enrollarse en sus tobillos—. Y el Caballero habrá salido ya. Viajaremos lo más cerca posible del Mithil.

Luego señaló al Norte. En aquella dirección, más allá de la sombra de los matorrales, había una extensión de hierba amarillenta alta hasta el pecho, y creciendo. Pero luego la hierba se debilitaba ante un grupo de árboles, una incongruente mezcla de roble y sicomoro, eucaliptus y Jacaranda.

—Hay gran diversidad en el terreno —explicó Sunder— y éste hace crecer lo que le es más propio. No puedo prever lo que encontraremos. Pero trataremos de mantenernos entre árboles y sombras.

Escudriñando la zona como si esperara ver señales del Caballero, inició su camino hacia la espesura de hierba.

Covenant le seguía, a un paso no muy seguro, con Linden a su espalda.

Mientras se aproximaban a los árboles, sus brazos eran golpeados por finos tallos, ramas y la misma hierba que ondeaba sobre su cabeza. Pero más tarde, tal como Sunder había previsto, la sombra de los árboles mantenía la altura de la hierba más acorde con las proporciones naturales. Y aquellos árboles conducían a un bosque de cipreses donde la sombra era todavía más intensa. Además de cipreses había moreras

y un árbol de hojas amarillas que Covenant reconoció como *Gilden*. Aquellos árboles que, en otra época, el Reino había cuidado con tanto cariño, crecían ahora como marionetas, gobernados por el Sol Ban. Esto le produjo un nuevo ataque de ira, del que se resintieron los huesos de su frente.

Se volvió hacia Linden para compartir el ultraje que acababa de ver. Pero ella estaba sumida en sus propios problemas y apenas le hizo caso. Su mirada parecía retroceder ante todo lo que la rodeaba, como si no pudiera cerrar los ojos al sufrimiento de los árboles. Ni ella ni Covenant tenían otra alternativa que seguir caminando.

Poco después del mediodía, Sunder hizo un alto en una enramada bajo un frondoso sauce. Allí, comieron *ussusimiel*. Luego, media legua más allá, encontraron otro árbol de mirkfruit. Aquellas cosas sostenían a Covenant en su convalecencia. No obstante, llegó al final de su resistencia hacia media tarde. Se echó al suelo y procuró mantenerse quieto. Todos sus músculos parecían de barro, la fatiga afectaba a su cabeza, restringiendo su capacidad de ver y el sentido de equilibrio.

—Ya es bastante —exclamó—. Tengo que descansar.

—No puedes —dijo el Gravanélico, con voz que a él le pareció lejana—. No hasta la puesta del Sol... o hasta que encontremos suelo firme.

—Debe hacerlo —insistió Linden—. No se ha recuperado todavía. Piensa que aún le queda veneno dentro. Podría recaer.

—Bien —aceptó Sunder—. Aguarda aquí con él y buscaré un lugar seguro.

Covenant oyó los pasos del Gravanélico que se distanciaban pisando los matorrales.

Inducido por el aviso de Sunder, Covenant se arrastró hasta la sombra de un árbol de grueso tronco y se sentó, apoyado en él. Por un momento, cerró los ojos y se encontró flotando por encima de su cansancio.

Linden le hizo volver a la realidad. Debía estar muy cansada, pero no lograba descansar. No dejaba de pasear de un lado a otro, delante de él, sujetándose los codos con las manos, sacudiendo la cabeza como si estuviera discutiendo consigo misma. El la observó un momento, mientras trataba de aclarar su visión, ya menos borrosa al aminorarse la fatiga.

—Dime qué te ocurre —le pidió con delicadeza.

—Esto es lo peor. —Su interés le arrancó palabras; pero parecían más dirigidas a sí misma que a él—. Todo es terrible, pero esto es lo peor. ¿Qué clase de árbol es éste? —e indicó el tronco contra el cual estaba sentado.

—Se llama *Oropelino* —inducido por los recuerdos, añadió—: Su madera era tenida en alta consideración.

—Esto es lo peor —sus pasos eran tensos—. Todo está herido. En este dolor... —su voz empezó a temblar—. Pero esto es lo peor. Todos los Oropelinos tienen fuego

dentro —se cubrió la cara con las manos—. Habría que sacarlos de su miseria.

—¿Sacarlos de...? —El pensamiento le alarmó. ¿Como la madre de Sunder?— Linden, dime qué es lo que pasa.

Ella le habló en un arranque súbito de cólera.

—¿Es que eres sordo además de ciego? ¿No sientes nada? ¡Te digo que están sufriendo! ¡Habría que sacarlos de su miseria!

—No. —Sin parpadear, Covenant hizo frente a su furia. Eso es lo que había hecho Kevin. La necesidad del Reino destrozó su corazón e invocó el Ritual de Profanación, tratando de extirpar el mal destruyendo aquello que amaba. Covenant recordó lo cerca que estuvo él mismo de seguir aquel camino—. No puedes atacar al Amo Execrable de este modo. Esto es lo que él quiere.

—¡No me digas eso! No quiero escuchar. Eres leproso. ¿Por qué debería preocuparte el dolor? ¡Deja que el mundo entero llore! A ti te será indiferente.

De repente, Linden se dejó caer al suelo y se sentó contra un árbol, con sus rodillas levantadas hasta el pecho.

—No puedo aguantar más. —El llanto reprimido alteraba su semblante. Inclino su cabeza y colocó sus brazos rígidos sobre sus rodillas. Sus manos se cerraron formando puños como si se agarraran al aire—. No puedo.

La visión de ella en este estado le conmovió.

—Por favor —le dijo—. Explícame por qué esto te hiere tanto.

—No puedo explicarlo. —Brazos, manos, hombros y todas las partes de su cuerpo se unían en la protesta—. Es que todo me está pasando a mí. Puedo verlo... sentirlo... los árboles. En mí. Es demasiado personal. No puedo quitármelo. Me está matando.

Covenant quiso tocarla, pero no se atrevió. Era demasiado vulnerable. Tal vez era capaz de sentir la leprosidad al contacto de sus dedos. Por un momento, estuvo a punto de contarle lo de Kevin. Pero podría tomar esta historia como un menosprecio de su dolor. Y, sin embargo, tenía que ofrecerle algo.

—Linden —dijo, murmurando interiormente ante la dificultad de hacerse comprender—. Cuando fuimos convocados aquí, el Execrable me habló. Tú no lo oíste. Voy a repetirte sus palabras.

Las manos de Linden se retorcieron. Pero no dio otra respuesta. Después de un momento, él empezó a repetir el discurso sarcástico del Despreciativo.

Ah, todavía eres obstinado.

El recordaba cada sílaba, cada gota de veneno, cada modulación de contexto. Quería que lo oyera todo. Ya que no podía consolarla, trataba, por lo menos, de compartir su sensibilidad o propósito.

Tú serás el instrumento de mi victoria.

A medida que las palabras entraban en ella, se recogía en sí misma. Volvió a

rodearse las rodillas con los brazos y escondió su cara entre ellos. Se estremecía con lo que él estaba diciendo igual que un niño aterrorizado.

Hay aquí desesperación para ti hasta más allá de todo cuanto tu despreciable corazón mortal pueda soportar.

Sin embargo, mientras hablaba, notó que apenas le oía, que su reacción era íntima, lo cual él no comprendía. Ella pudo haber sentido cólera por el Despreciativo, tal como lo hizo; pero parecía que ello no tenía mucho que ver con su compleja angustia. Seguía allí sentada y plegada, sin emitir sonido alguno.

Finalmente, no pudo soportar por más tiempo verla así. Se arrastró y fue a sentarse a su lado. Le cogió la mano derecha con firmeza e hizo que la abriera. Luego colocó su media mano entre sus dedos, de forma que no pudiera liberarse del ser mutilado sin poner su voluntad en ello.

—Los leprosos no somos insensibles —dijo suavemente—. Sólo el cuerpo se vuelve insensible. El resto compensa. Quiero ayudarte y no sé cómo. No te atormentes de esta forma.

De alguna manera, el contacto de su mano o el énfasis de su voz llegó a ella. En un supremo acto de voluntad, empezó a relajar sus músculos, a deshacer los nudos de su angustia. Respiró profunda y estremecedoramente y dejó caer sus hombros. Pero aún estaba atada a su mano, tomando el lugar de sus dedos perdidos como si la amputación fuera la única parte de él que podía comprender.

—No creo en maleficios. —Su voz parecía salir de una garganta ensangrentada—. La gente no es así. Este lugar está enfermo. El Execrable es sólo algo creado por tu imaginación. Si puedes condenar la enfermedad de alguien, en lugar de aceptarla tal como es, puedes evitar el sentirte responsable de ella. Ya no tienes que tratar de curar el dolor. Aunque esto sea un sueño.

Covenant no pudo responder. Si ella había rehusado admitir la existencia de su propio Despreciativo interior, ¿cómo podía persuadirla? ¿Y cómo podría tratar de defenderla contra las manipulaciones del Amo Execrable? Cuando bruscamente se despegó de su mano, se puso en pie como para escapar de las implicaciones de aquel contacto. Miró detrás de ella con un sentimiento de soledad indistinguible del temor en su corazón.

NUEVE. Río abajo

Poco tiempo después, Sunder volvió. Si se dio cuenta de la tensión de Linden, que estaba de pie, pálida y violenta, dándole la espalda a Covenant, no hizo mención de ello. En tono completamente normal anunció que había encontrado un sitio donde podrían descansar tranquilamente hasta la mañana siguiente. Luego ofreció la mano a Covenant.

Covenant aceptó la ayuda, dejándose levantar. Los músculos de sus extremidades eran como cenizas; pero apoyándose en la espalda de Sunder, fue capaz de andar media legua hasta llegar a un pequeño sector de terreno rocoso. Estaba escondido entre altos matorrales, lo que les proporcionaba, al menos, cierta protección contra la posibilidad de ser descubiertos. Tendiéndose sobre la dura piedra, Covenant se dispuso a dormir durante el resto de la tarde. Tras de una cena de *ussusimiel*, se sorprendió a sí mismo durmiendo toda la noche.

A pesar de la dureza de su lecho, no despertó hasta poco antes de la salida del Sol. Por entonces, Sunder ya había limpiado un trozo de terreno y plantado una nueva cosecha de melones.

Cuando Covenant se levantó, Linden se quedó junto a él. Evitando su mirada, como si no pudiera tolerar la visión de sus pensamientos, su preocupación por ella, sus particulares creencias, lo examinó en silencio, encontrándole sin fiebre y apto para seguir viajando. Algo vio en él, sin embargo, que la preocupó, pero no dijo qué era ni él se lo preguntó.

Tan pronto como la nueva cosecha de Sunder hubo madurado, repuso las semillas en su reserva y llenó su saco de fruta. Luego condujo a Covenant y a Linden a través de los matorrales.

El río Mithil había doblado hacia el Noreste, y ellos se mantenían siguiendo su curso, tan cerca de él como el terreno lo permitía. Inicialmente, su progreso fue lento; atravesaron una zona de hierba terrestre que amenazó con acabar, incluso, con las fuerzas del Gravanélico. Pero más allá, entraron en un bosque de banianos por donde se caminaba mucho mejor.

El segundo día del Sol Fértil las higueras crecieron hasta una altura que Covenant jamás habría podido creer. Entre los troncos había grandes avenidas y galerías. Las prodigiosas brancas se entrecruzaban formando arcos, recordando el techo embovedado y pilares del Recinto Sagrado de Piedra Deleitosa, o la Gran Caverna bajo el Vertedero Celeste de *Melenkurion*. Pero el efecto no tenía nada de grandioso sino más bien ominoso. Cada tronco y cada rama parecían sufrir bajo su propio peso.

Varias veces, a Covenant le pareció oír un retumbar de cascos en la distancia, aunque no vio nada.

Al día siguiente, el grupo tuvo que enfrentarse con alguna de las consecuencias de

la necrónica fecundidad del Sol. Hacia mediodía, se encontraron haciendo esfuerzos para atravesar una zona que, justo el día anterior, había sido un bosque de cedros de más de cien metros de altura. Pero ahora parecía la escena de un holocausto.

Durante la noche, los árboles habían empezado a caerse; y cada coloso que se caía, derribaba otros a su paso. Ahora todo el sector era un caos de maderos rotos. Troncos y ramas, desgarrados, esparcidos, triturados. Los tres compañeros emplearon todo el día luchando duramente para abrirse paso entre las ruinas.

Hacia la puesta del Sol, llegaron a la ladera de una colina, poblada de brezo, que silbaba en la brisa y tenía doble altura que ellos. Sunder atacó con su cuchillo los troncos del grueso de su muñeca, logrando despejar un área lo suficiente grande para descansar los tres. Pero incluso entonces no pudo descansar; estaba visiblemente ansioso. Mientras comían, Covenant no hizo comentario alguno; y Linden, encerrada en su intimidad, pareció no prestar atención al Gravanélico. Pero más tarde, Covenant le preguntó qué era lo que le preocupaba.

Con cara pensativa, Sunder respondió:

—No he encontrado piedra. La Luna está en menguante y no penetrará aquí lo suficiente para ayudarme a encontrarla. No sé cómo podré evitar correr la misma suerte que Marid.

Covenant consideró por un momento la cuestión y luego dijo:

—Te llevaré sobre mí. Si yo estoy protegido, también podrás estarlo tú.

El Gravanélico aceptó con un encogimiento de hombros. Pero aún no estaba del todo tranquilo. La sugerencia de Covenant violaba un arraigo de precaución de toda una vida. Luego Covenant añadió:

—Creo que funcionará perfectamente. ¿No tuve razón en lo de la *aliantha*?

Sunder respondió acomodándose para dormir. Pero cuando Covenant se despertó un instante durante la noche, vio al Gravanélico mirando hacia arriba como un hombre que se despediera del uso de sus ojos.

Se levantaron al clarear el día. Todos se movieron entre el brezo hasta que encontraron un claro que les permitiera ver el horizonte oriental. La brisa se había hecho más fuerte, y fría desde la tarde anterior. Covenant sintió un leve escalofrío de aprensión. Tal vez él y Linden no habían sido protegidos por el calzado; tal vez eran naturalmente inmunes al Sol Ban. En tal caso...

No había tiempo para buscar alternativas. La salida del Sol era inminente. Linden cogió el saco de los melones. Covenant se agachó para que Sunder se montara en su espalda. Luego miraron hacia el Este. Covenant tenía que obligarse a mantener la respiración.

El Sol salió vestido de azul y con una áurea color zafiro. Brilló sólo unos instantes. Luego, unas nubes negras lo taparon, avanzando en dirección Oeste como la vanguardia de un ejército.

—El Sol de la Lluvia. —Con un esfuerzo, Sunder soltó sus manos de los hombros de Covenant y se deslizó al suelo—. Ahora —dijo, venciendo la contracción de su pecho— vamos, al fin, a poder viajar más deprisa. Si no podemos impedir que nos persigan, prolongaremos, al menos, nuestras vidas.

Al momento, se volvió hacia el río y empezó a desplazarse a través del brezo como si compitiera con las nubes.

Covenant miró a Linden a través del viento que se levantaba.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —respondió ella con impaciencia— nuestros zapatos bloquearon el Sol Ban. Cuando él asintió con alivio, ella corrió detrás de Sunder.

El brezo se extendía a cierta distancia hacia el Oeste; luego cambiaba bruscamente en una espesura de maleza ruda y áspera con plantas altas como árboles a lo largo de la orilla del río. Las nubes estaban encima y habían empezado a caer algunas gotas, cuando Sunder se adentraba con dificultad en los matorrales altos. Mientras se movía, rompía o cortaba gruesas ramas de casi metro y medio de largo, junto con tallos de enredadera que dividió en trozos iguales. Recogió todo lo que pudo y llevó las ramas y los tallos a sus compañeros. Luego volvió en busca de más madera de la misma longitud.

Al divisar el cauce del río, sólo un pequeño espacio de cielo estaba sin nubes, en el Oeste.

Sunder se apresuró hacia la orilla del río y preparó un espacio de terreno en el que poder trabajar. Obedeciendo sus órdenes concisas, aún sin saber lo que se proponía, Covenant y Linden le ayudaron a limpiar tallos y ramas de sus hojas. Luego colocaron toda la madera junta, a lo largo, y Sunder la ató con los tallos, asegurando el conjunto. Al terminar, tenía una pieza compacta y plana de una anchura mayor de la que podía abarcar con sus brazos.

El viento empezó a mover la parte alta de los matorrales. Grandes gotas sacudían las hojas, produciendo una llovizna regular dentro de la espesura. Pero Sunder parecía haber olvidado su prisa. Se sentó e hizo cuanto pudo por sentirse cómodo.

Después de un momento, Covenant preguntó:

—¿Y ahora qué?

Sunder le miró a él y a Linden.

—¿Sabéis nadar?

Ambos asintieron.

—Entonces esperaremos la crecida del río.

Covenant parpadeó, enjugándose el agua de los ojos. ¡Demonios!, musitó, una balsa.

Era una buena idea. La corriente del Mithil les proporcionaría una marcha más rápida de la que se podía imaginar para recorrer aquellas tierras. Y la balsa de

Sunder les iba a proporcionar algo donde apoyarse para no caer rendidos. El Gravanélico había obrado con tanta prisa porque la labor de construir siquiera una pequeña balsa hubiera sido muchísimo más difícil bajo el peso de la lluvia.

Covenant hizo un gesto de aprobación para sí mismo. Sunder era un guía con más recursos de lo que había creído.

Linden se sentó cerca de la balsa y cruzó sus brazos por delante de las rodillas.

—Va a hacer frío —dijo con voz débil.

Estaba en lo cierto; la lluvia era muy fría. Pero Covenant ignoró este detalle y se fijó en el fondo del río.

Dudó de su vista. El lecho estaba lleno de vegetación cuya altura llegaba casi al nivel de sus bordes. No sabía cuánto tardaría en llegar el agua, pero cuando lo hiciera, los árboles y los matorrales lo harían extremadamente peligroso.

Mientras Sunder repartía las raciones de ussusimiel, Covenant continuaba estudiando el curso del agua. El aguacero era ahora fuerte y continuo, pegando sobre el matorral como una cascada, mientras la luz del día iba disminuyendo; pero pudo ver muy bien los primeros movimientos fangosos del río. Inicialmente, temía que el agua creciera demasiado lentamente. Pero la espesura en la que se encontraba le había hecho subestimar la fuerza de la tormenta. Los torrentes bajaban llenos y el caudal aumentaba momento a momento. La lluvia sonaba como una bestia arrasando los matorrales.

El agua empezó a correr más rápidamente. Moviendo el lodo como a serpientes en una carrera, la corriente se deslizaba entre los árboles, pegando y gorgoteando a través de los arbustos. Toda la región de los Llanos del Sur se escurría sobre aquel río. Covenant apenas había terminado de comer cuando un súbito cambio se produjo en la corriente. Sin previo aviso, el agua pareció saltar hacia arriba y hacia delante, como un predador, derribando las plantas.

Las raíces eran superficiales. La corriente las arrancó fácilmente. Pronto se encallaron en los troncos de los árboles, aguantando con desesperación entre los remolinos. Pero el agua se iba enfureciendo contra ellas, hasta que los mismos árboles empezaron a ceder.

Muy pronto, troncos arrancados de raíz y ramas llenaron el río, batiéndose inútilmente corriente abajo. El agua se agitaba con la fuerza de una avalancha. La lluvia se estrellaba en el Mithil y éste crecía y corría ávidamente, limpiándose él mismo palmo a palmo.

La corriente había llegado a la mitad de los bancos cuando Sunder se levantó. Se entretuvo un momento para verificar que todas sus posesiones estaban seguras y, acto seguido, se inclinó sobre la balsa, y sujetó firmemente a la madera su saco de melones.

Un espasmo de temor cruzó el pecho de Covenant.

—Es demasiado peligroso —gritó a través del ruido de la lluvia—. ¡Vamos a hacernos pedazos! ¡Soy un leproso!

—¡No! —replicó Sunder—. ¡Nos mantendremos sobre la corriente y avanzaremos con los árboles! ¡Si no quieres arriesgarte, tendremos que esperar! ¡El río no quedará despejado hasta mañana!

Covenant pensó en el Caballero y en los seres que había encontrado, quienes podrían detectar la presencia del oro blanco. Antes de que pudiera responder, Linden dijo:

—¡Me volveré loca si tengo que perder mi tiempo aquí sentada!

Sunder levantó la balsa por uno de sus extremos.

—¡Agarraos a la madera! ¡Si no, podemos perdernos unos de otros!

En seguida, Linden se agachó al otro extremo, introdujo sus manos entre las ramas, agarrándolas y las levantó.

Vomitando maldiciones, Covenant se colocó detrás de ella y trató de agarrarse a las ramas mojadas. La insensibilidad de sus dedos amenazaba con traicionarle; no podía estar completamente seguro de haberse cogido correctamente.

—¡Debemos movernos todos a un tiempo! —advirtió Sunder—. ¡Hacia el centro!

Covenant protestó en voz baja. Necesitaba tiempo para hacerse la acostumbrada revisión de las extremidades. El agua le parecía un abismo para su vértigo.

Un momento después, Sunder gritó:

—¡Ahora! —y se lanzó hacia la orilla.

—¡Maldita sea! —Al tiempo que Sunder y Linden iniciaban el lanzamiento, la balsa tiró bruscamente de Covenant, poniéndole en movimiento.

Sunder saltó al agua. La balsa traspasó la orilla. Covenant fue arrastrado hacia el agua con una brusca sacudida.

El impacto hizo que sus inadecuados dedos se soltaran de la balsa. El Mithil se lo llevó, corriente abajo, y se encontró a merced del río, dando vueltas y perdido en su turbulencia. Un instante de pánico hizo que su cerebro ennegreciera igual que el agua. Su cuerpo se defendía con desespero, sin saber cómo encontrar la superficie.

Luego, una mata todavía enraizada lo detuvo, dándole un fuerte golpe en la pierna. Pudo enderezarse y con la boca abierta, sin emitir ningún sonido, sacó la cabeza fuera del agua.

En el tumulto de la lluvia, estaba sordo para todo, excepto para el aire y el miedo, la corriente que impelía su cara y el gélido fuego del agua. Su mente estaba aturdida por el frío.

Pero una voz familiar le llamaba.

—¡Covenant!

La urgencia del grito de Linden lo alcanzó. Luchando con el lastre de sus zapatos, logró sacar cabeza y hombros fuera del agua para explorar, en la oscuridad, los

alrededores.

Antes de sumergirse nuevamente, captó una ligera imagen de la balsa.

Estaba cerca; unos tres metros río abajo. Al volver a la superficie se dejó llevar un poco por la corriente.

Un brazo trataba de agarrarle. El se lanzó hacia adelante y rozó la muñeca de Linden con su media mano. Sus dedos entumecidos no podían cogerla, mientras el agua cubría nuevamente su cabeza.

La mano de ella buscó su antebrazo y tiró de él para levantarlo y colocarlo sobre la balsa. El pudo, al fin agarrarse bien en una de sus ramas y acomodarse en ella.

Su peso provocó una pérdida del control de Sunder sobre la balsa y ésta empezó a dar vueltas. Covenant tuvo la impresión de que llevaban una velocidad muy peligrosa. Las riberas eran un vago espejismo.

—¿Estás bien? —gritó Linden.

—¡Sí!

Juntos, lucharon contra aquel agua tan fría y ayudaron a Sunder a enderezar la balsa.

La lluvia los cegaba y enmudecía, mientras la corriente trataba de arrebatarles el dominio de la balsa. A veces tenían que sacar la balsa de viciosos remansos y apartar árboles de su camino. Sólo la anchura del Mithil evitaba los atascos de troncos a cada curva.

Y el agua era fría. Parecía chupar de sus músculos toda su fuerza y calor. Covenant sentía como si sus huesos se llenaran de hielo. Y le era difícil, no sólo mantenerse sobre la madera sino incluso mantener la cabeza fuera del agua.

Pero a medida que el río crecía, su superficie decrecía en turbulencia. La corriente no disminuía su velocidad; pero el incremento de caudal calmaba la violencia causada por la irregularidad de su fondo y riberas. La balsa ya era más fácil de manejar. Luego, siguiendo instrucciones de Sunder, se establecieron turnos, uno se tendía en la balsa, mientras los otros hacían de timón, en un esfuerzo para retrasar la crisis de su extenuación.

Más tarde, el agua ya era apta para beber. Todavía dejaba un poco de tierra en la boca de Covenant; pero la lluvia y la corriente hacían bajar poco a poco el lodo, dejando el Mithil más claro.

De vez en cuando, a los oídos de Covenant llegaban unos sonidos lejanos, semejantes a los producidos en una batalla. No eran truenos, ya que no iban acompañados de relámpagos. Sin embargo, destacaban sobre el ruido de la lluvia.

De súbito, un enorme astilleo llenó el aire. Una monstruosa sombra se les vino encima. En el último instante, la corriente les libró de ser aplastados por un inmenso árbol. Demasiado alto para las raíces que tenía, y sobrecargado por el peso del agua de la tormenta, el árbol rompió sus amarras y se desplomó, quedando atravesado en el

río.

Ahora Covenant oía aquellos ruidos en todas partes, cerca y lejos. El Mithil atravesaba una región de árboles megalíticos; el clamor de su destrucción se percibía incesantemente.

Temía que alguno de ellos aplastara la balsa o bloqueara el río. Pero nada de esto ocurrió. Los árboles que caían al río obstaculizaban la corriente, pero no lo cerraban. Luego, el ruido de su ruina aminoró cuando el río dejó atrás aquella zona.

La lluvia continuó cayendo como si el cielo estuviese colapsado. Covenant se colocó en un extremo de la balsa utilizando el peso de sus botas para estabilizar el curso. Medio paralizados por el frío, él y sus compañeros navegaron a lo largo de un día que parecía no tener medida ni fin. Cuando la intensidad de la lluvia empezó a menguar, no podía hacerse a la idea de este hecho. Al retirarse las nubes, dejando despejado el cielo de la tarde. Covenant lo contempló como si hablara en un lenguaje que le era extraño.

Juntos, los tres compañeros se precipitaron a la orilla como peces moribundos, saliendo del agua. Pero, de alguna forma, Sunder aún sacó fuerzas para asegurar la balsa contra la crecida del río. Luego se reunió con Covenant y Linden en un monte bajo resguardado del viento y poblado por unas aliagas de tamaño desproporcionado. Los tres se tendieron en el suelo. Los últimos nubarrones negros se deslizaron hacia el Oeste y dejaron ver la puesta del Sol, magnificada con los colores naranja y rojo. Luego fue oscureciendo hasta llegar la noche.

—¡Fuego! —La voz de Linden temblaba; de hecho temblaba de pies a cabeza—. Necesitamos hacer fuego.

Covenant levantó la cabeza de entre el barro sobre el que se había acostado. Atravesado por intensas y frías vibraciones, sentía que éstas agarrotaban sus músculos. El Sol no había brillado en los Llanos durante todo el día, y la noche era clara como hielo limpísimo.

—Sí —respondió Sunder castañeando los dientes—, necesitamos hacer fuego.

Fuego. Covenant procuró vencerse. Tenía demasiado frío para sentir nada, excepto miedo. Pero la necesidad era absoluta. Y no podía hacer circular su sangre. Para anticiparse al Gravanélico, empezó a mover las manos y las rodillas, aunque tenía la impresión de que sus huesos entrechocaban.

—Yo lo haré.

Se miraron uno al otro. El silencio entre ellos estaba roto solamente por el ruido de la brisa y el esfuerzo de respirar. La expresión de Sunder indicaba que no confiaba en la fortaleza de Covenant ni quería dejar de lado su propia responsabilidad para con sus compañeros. Pero Covenant seguía repitiéndose: No vas a cortarte por mí, y no abandonó. Al cabo de un momento, Sunder le dio su *orcrest*.

Covenant la aceptó con su media mano temblorosa. La puso en contacto con su

anillo y relumbró débilmente. Pero luego vaciló. Ni en diez años había podido desprenderse de su instintivo miedo al poder.

—Deprisa —susurró Linden.

¿Deprisa? Para disimular su temblor, se cubrió la cara con la mano izquierda. ¡Demonios! Le faltaba fuerza. El *orcrest* yacía inerte en su puño; no podía siquiera concentrarse en él. No sabéis lo que me estáis pidiendo.

Pero la necesidad era perentoria. Su furia empezó a crecer. Poco a poco se puso tenso, su cuerpo adquirió rigidez y se sobrepuso a los escalofríos. La ira, indistinguible del dolor o de la extenuación, se centró en el círculo de su anillo. La Piedra del Sol no tenía vida; el oro blanco no tenía vida. El les había dado su vida. No había otra explicación.

Maldiciendo en silencio, dio un puñetazo en el barro.

El *orcrest* se iluminó con luz blanca, mientras que se encendía la flama en su anillo, como si el metal fuera un círculo de magma plateado. En un instante, su mano entera resplandeció.

Covenant alzó su puño y brindó el fuego como promesa de venganza al Sol Ban. Luego dejó caer la Piedra del Sol. Ésta se apagó, pero su anillo continuó portando la llama. Con voz firme, llamó:

—¡Sunder!

En seguida el Gravanélico le dio una rama de aliaga. El cogió la mojada planta con su media mano; su brazo temblaba al poner en contacto la llama con la madera. Cuando la soltó ya estaba encendida.

Sunder reunió más leña; luego se arrodilló para tratar de avivar aquel débil fuego. Covenant encendió la segunda rama; luego la tercera y la cuarta. Sunder alimentaba el fuego con hojas y ramas que encontraba, soplando para que prendieran. Luego anunció:

—Es suficiente.

Con un gruñido, Covenant dejó su mente en blanco y la llama de su anillo se apagó. La noche se cerró, envolviendo la tenue luz amarilla y el humo del fuego.

Pronto empezó a sentir calor en la cara.

Encerrándose en sí mismo, trató de valorar las consecuencias de lo que había hecho y medir el impacto emocional del poder.

Poco después, el Gravanélico recuperó el saco de melones de la balsa y repartió las raciones de *ussusimiel*. Covenant se sentía demasiado vacío para comer; pero su cuerpo respondió sin implicar a su voluntad. Estaba sentado como una esfinge, enmarcado en espiras de vapor que salían como espectros de sus ropas mojadas, y consideraba silenciosamente la inanición de su alma.

Al terminar su comida, Linden tiró las pieles. Mirando fijamente a las llamas, dijo en tono remoto:

—No creo que pueda soportar otro día como éste.

—¿Es que podemos escoger? —La fatiga ensombrecía los ojos de Sunder. Permanecía sentado muy cerca del fuego, como si sus huesos estuvieran sedientos de calor—. El ur-Amo quiere ir a Piedra Deleitosa. Muy bien. Pero la distancia es grande. Si prescindimos de la ayuda del río, tendremos que viajar a pie. Llegar a la casa de los na-Mhoram requiere muchas vueltas de Luna. Pero me temo que no vamos a llegar. El Sol Ban es demasiado cambiante. Y además tenemos el problema de la persecución.

La postura de los hombros de Linden denotaba su aprensión. Poco después preguntó, nerviosamente:

—¿Cuánto más largo puede ser un día?

El Gravanélico suspiró.

—Nadie puede predecir lo que el Sol Ban nos tiene preparado —dijo con voz apagada—. Se dice que en las pasadas generaciones, cada nuevo sol duraba cuatro, seis o incluso siete días. Pero un sol de cuatro días no es corriente ahora. Y con mis propios ojos, he visto sólo un sol de menos de tres.

—Dos días más —musitó Linden—. Dios mío. Durante un rato, permanecieron en silencio. Luego, por tácito acuerdo, ambos se levantaron para ir a buscar más leña para el fuego. Rastreando los matorrales, recogieron una substancial cantidad de ramas y hojas. Después, Sunder se tendió en el suelo. Pero Linden permaneció sentada al lado del fuego. Lentamente, Covenant fue dándose cuenta de que ella le estaba observando.

En un tono que parecía deliberadamente falto de modulación, preguntó:

—¿Por qué te molesta utilizar tu anillo? —Sus temblores habían desaparecido, quedando sólo un vestigio de escalofrío en sus huesos. Pero sus pensamientos eran reflejos de cólera.

—Es duro.

—¿En qué sentido?

A pesar de su severidad, la expresión de Linden indicaba que quería comprender. Posiblemente necesitaba comprender. Ella leía en su largo historial de autocastigo. Era una facultativa que se atormentaba para curar a otros, como si la conexión entre ambos fuera esencial y compulsiva.

A la complejidad de su pregunta, Covenant dio la respuesta más simple que conocía. —Moral.

Por un momento, se miraron el uno al otro, tratando de definirse mutuamente. Luego, inesperadamente, el Gravanélico habló:

—Al fin, ur-Amo, has pronunciado una palabra que puedo comprender. —Su voz parecía surgir de la húmeda madera y de las llamas—. Tú temes tanto a la fortaleza como a la flaqueza, al poder y a la falta de poder. Temes tanto el verte necesitado

como ver tus necesidades cubiertas. Lo mismo que yo. Soy un Gravanélico, bien familiarizado con esos temores. Un pedrariano confía al Gravanélico su vida. Pero en nombre de esta vida, de esta esperanza, el Gravanélico, debe derramar la sangre de su pueblo. Los que esperan y confían deben ser sacrificados para ver realizada su esperanza. De modo que la esperanza se convierte en sangre y muerte. Por esto he dejado mi casa —el mismo timbre de lamento en su tono libraba sus palabras de toda acusación— para servir a un hombre y a una mujer de quienes no puedo esperar nada. No hay nada entre nosotros que me obligue a quitaros la vida. O a sacrificar la mía.

Escuchando la voz de Sunder y el fuego, Covenant perdió algo de su miedo, y se despertó en él un sentido de parentesco. Aquel duro pedrariano había sufrido mucho y todavía se conservaba mucho a sí mismo. Después de un largo momento, Covenant decidió aceptar lo que Sunder había dicho. No podía pagar todo el precio él solo.

—Muy bien —dijo con un suspiro que formaba parte de la brisa nocturna—. Mañana por la noche podrás encender tú el fuego.

—Eso está bien —respondió Sunder tranquilamente.

Covenant asintió. Después cerró los ojos. Su cansancio le llevó a tenderse cerca del fuego. Quería dormir.

Pero Linden mantenía su atención.

—No es suficiente —dijo resueltamente—. Estás diciendo que quieres luchar contra el Sol Ban, pero apenas puedes encender un fuego. Hasta es posible que te asuste frotar dos maderas. Necesito una respuesta mejor que ésa.

El comprendió su punto de vista. En efecto, el Sol Ban, capaz de torturar la propia naturaleza a su antojo, no iba a ser vencido con algo tan simple como un anillo de oro blanco. De hecho, él desconfiaba del poder porque ningún poder era lo suficiente grande para satisfacer los deseos de su corazón. Sanear el Mundo. Curar la lepra. Eliminar la soledad que lo incapacitaba para el amor. Hizo un esfuerzo para que su voz no fuera demasiado brusca.

—Tendrás que encontrar una. Nadie puede hacerlo por ti.

Linden no contestó. Aquellas palabras parecieron volverla a su aislamiento. Pero estaba demasiado cansado para seguir hablando con ella. Había empezado ya a sumergirse en el sueño. Mientras ella se acomodaba para pasar la noche, el susurro del río le transportaba a través del sueño.

Despertó entumecido y helado al lado de un montón de brasas muertas. Las estrellas ya habían sido borradas; y en el amanecer, el rápido Mithil aparecía oscuro y frío, como cubierto de escarcha. No creía en la posibilidad de sobrevivir otro día en el agua.

Pero, tal como había dicho Sunder, no existía alternativa. Temblando anticipadamente, despertó a sus compañeros. Linden tenía un aspecto pálido y asustado. Sus ojos evitaban el río, como si no quisiera pensar en él. Juntos, tomaron

un ligero desayuno, para colocarse luego sobre una piedra y contemplar el amanecer. Tal como esperaban, el Sol salió con un resplandor azul y unas nubes amenazadoras empezaron a amontonarse en el Este. Sunder se encogió de hombros con resignación y fue a colocar el menguado saco de melones en la balsa.

Entre los tres botaron el haz de troncos. La impresión que le produjo el agua detuvo la respiración de Covenant; pero en seguida se sobrepuso al frío, la corriente y el peso de sus botas con la tenacidad de un leproso, superando el primer choque.

Luego empezó a llover. Durante la noche, el río había estado menos violento; se había limpiado él mismo de árboles y arbustos flotantes. Pero la lluvia crecía en intensidad, así como el viento que la empujaba. Sus ráfagas hacían golpear las gotas como si fuera granizo, y su choque contra el agua producía un sonido escalofriante.

El aguacero se convirtió pronto en un tormento para ellos. Era imposible escapar del insidioso frío. De vez en cuando, Covenant veía algún relámpago a cierta distancia, contrastando la oscuridad; pero el ruido incesante de la lluvia sobre el Mithil ahogaba cualquier trueno. Pronto sus músculos se volvieron tan pesados y sus nervios tan insensibles que ya no pudo mantenerse agarrado a la balsa. Pero pudo resistir introduciendo la mano entre las ramas y enganchando el brazo hasta el codo por debajo de una de las ataduras.

Y así transcurrió el día. Al final, una línea de cielo despejado se abrió a lo largo del horizonte oriental. Gradualmente, la lluvia y el viento cesaron.

Más por suerte que por intento, llegaron a una pequeña cala de gravilla y arena en la orilla Oeste. Con el esfuerzo de arrastrar la balsa después de sacarla del agua, a Covenant le fallaron las piernas y se desplomó, de cara, sobre las piedras, como si ya no fuera a levantarse jamás.

Linden gritó:

—Madera para quemar.

Covenant podía oír las pisadas de los zapatos de Linden. También Sunder parecía estar moviéndose.

La exclamación de Linden fue como una sacudida que le hizo levantar la cabeza y elevarse sobre sus manos y rodillas. Al ver su mirada pudo adivinar cuál era el motivo de su desesperación.

No había madera para quemar. La lluvia había limpiado la gravilla de toda vegetación. Y el pequeño trozo de matorral cerca del río era impenetrable al estar bordeado por un embrollo de grandes plantas espinosas. Su agotamiento le hizo exclamar entre lágrimas:

—Y ahora ¿qué vamos a hacer?

Covenant trató de hablar pero estaba demasiado débil para emitir cualquier sonido.

El Gravanélico miró sus cansadas rodillas y exhibió una forzosa sonrisa.

—El ur-Amo ha dado su permiso. Tened coraje para aguantar. Un poco de calor nos vendrá bien.

Esforzándose para ponerse en pie, Covenant observó como Sunder se dirigía a la parte más espesa de aquel bosque de espinos.

Los músculos de sus mandíbulas se tensaban y relajaban arrítmicamente como un corazón alterado. Pero no vaciló. Introdujo su mano izquierda entre las púas de las matas más grandes y presionó su antebrazo contra el espino, cortándose la piel.

Covenant estaba demasiado abatido por la fatiga, el frío y la responsabilidad para reaccionar. Linden balbuceó, pero no pudo moverse.

Sunder se estremeció, pero se untó pacientemente las manos y la cara con la sangre que brotaba de su herida. Luego cogió su *orcrest*. Sosteniendo la Piedra del Sol de forma que la sangre goteara sobre ella, empezó a cantar.

Durante un largo momento, nada pasó. Covenant, temblando, pensaba que fuera de la luz del Sol, Sunder no lograría su propósito. Pero de pronto, un resplandor rojo despertó en la piedra traslúcida. Un rayo de energía, del mismo color que la sangre de Sunder, se disparó en dirección al Sol.

El Sol ya se había puesto detrás de las colinas, pero la Piedra no se veía afectada por la interposición del terreno; el rayo rojo de Sunder iba directamente hacia el Sol escondido. A cierta distancia del lugar donde se encontraban, el rayo desaparecía en la base oscura de las colinas; pero su brillante poder no se veía disminuido.

Sin dejar de cantar, Sunder levantó las manos de forma que el rayo encontrara un tallo grueso. Casi al momento, el fuego prendió en la planta.

Al conseguirlo, desvió su poder hacia las ramas vecinas, las cuales, pese a estar mojadas, ardieron rápidamente. Su fuerza era tal que en un momento las llamas prendieron unas de otras creándose una hoguera autoalimentada.

Sunder se quedó en silencio y el rayo de sangre se desvaneció. Tambaleándose, se dirigió al río para lavarse y lavar la piedra.

Covenant y Linden se acercaron a la hoguera. El crepúsculo se iba desvaneciendo a su alrededor. A sus espaldas, el Mithil sonaba como la respiración del mar. A la luz del fuego, Covenant pudo ver que los labios de Linden estaban amoratados por el frío. Su cara bañada por el rojo sanguinolento del fuego y sus ojos reflejaban las llamas como privados de cualquier otra visión. Covenant supuso que ella encontraría en algún lugar el deseo o la resolución de aguantar.

Al cabo de poco, Sunder regresó, portando su saco de *ussusimiel*. Linden quiso ocuparse de su brazo, pero él rehusó, murmurando:

—Soy el Gravanélico. Este trabajo no me hubiera sido encomendado si fuera lento de curar.

Seguidamente levantó el brazo y mostró a Linden como su herida ya no sangraba. Luego se sentó cerca del fuego y preparó una ración de melones para cenar.

Los tres comieron en silencio y se instalaron para pasar la noche. Covenant trataba de reunir el valor suficiente para pasar otro día bajo el Sol de la Lluvia, al mismo tiempo que adivinaba que sus compañeros hacían lo propio. Todos llevaban en secretos sus necesidades privadas, durmiéndose aislados de los demás.

El día siguiente desbordó todas las previsiones de Covenant. En cuanto las nubes sellaron las llanuras, el viento se levantó en proporciones feroces, batiendo el río entre espuma y rachas de lluvia como azotes de castigo. Rayos y Truenos se disputaban el dominio del cielo. En cada fogonazo el firmamento parecía derrumbarse estremecedoramente, estrepitoso como un alud. La balsa seguía la corriente como si fuera madera muerta, enteramente a merced del Mithil.

Covenant resistía las sacudidas agarrándose y en constante temor por los rayos, esperando que en cualquier momento la balsa fuera alcanzada, con las consecuencias naturales para él y sus compañeros. Pero este golpe mortal no llegó. Por el contrario, a últimas horas del día, un rayo les proporcionó una inesperada ayuda. A cierta distancia de ellos, río abajo, una chispa blanquiazul serpenteó hacia un terreno poblado de prodigiosos eucaliptus. Uno de los árboles ardió como una antorcha. Sunder avisó a sus compañeros. Entre todos llevaron la balsa junto a la orilla, abandonando el río y apresurándose hacia los árboles. No pudieron aproximarse a los árboles; pero cuando una rama encendida cayó cerca de ellos, usaron otra para retirarla de debajo del árbol sin exponerse al peligro. Luego con ella encendieron broza, ramas rotas y hojas de eucalipto que encontraron hasta que el fuego pudiera resistir la lluvia.

El árbol ardiente y el fuego de campaña les dieron calor como una bendición. El terreno tenía una gruesa capa de hojas, formando la cama más blanda que Covenant y sus compañeros habían tenido en muchos días. Después de haberse puesto el Sol, el árbol se desplomó, pero cayó lejos de ellos; a partir de entonces pudieron descansar sin ninguna preocupación.

Al amanecer, Sunder despertó a Covenant y a Linden para tener tiempo de desayunar antes de la salida del Sol. El Gravanélico se mostraba nervioso y apresurado, como si presintiera un cambio de Sol Ban. Después de comer, bajaron a la orilla del río, donde encontraron un pequeño trozo de roca plana donde se situaron, esperando la mañana. A través de los delgados y ennegrecidos árboles, vieron como el Sol daba su primer vistazo desde el horizonte.

Su aspecto era funesto, feroz y rojo; llevaba un aura como una corona de espinas y desprendía un calor húmedo completamente distinto de aquel otro, intenso y feroz, del Sol del Desierto. Su corona parecía insidiosa y nociva. Los ojos de Linden parpadearon al verlo. La expresión de Sunder era extraña. Con ambas manos hizo un instintivo gesto de aviso.

—Sol de Pestilencia. —Suspiró y bajó su tono—. Ah, pero hemos sido

afortunados. Si este Sol hubiera caído sobre nosotros después del Sol Desértico o del Sol Fértil... —la frase murió en su garganta—. Pero ahora, después de un Sol de Lluvia... —suspiró de nuevo— somos afortunados, después de todo.

—¿Por qué? —preguntó Covenant. No comprendía la actitud de sus compañeros. Su cuerpo pedía un día claro y limpio—. ¿Qué es lo que hace este Sol?

—¿Hacer? —dijo Sunder—. ¿Qué daño no hace? Es el temor más grande y terrible del Reino. El agua se queda estancada. Todo cuanto crece se pudre y se desmenuza. Todo aquel que come o bebe algo que no haya sido mantenido en la sombra contrae una enfermedad de la que pocos sobreviven y ninguno se cura. ¡Y los insectos...!

—Está en lo cierto —dijo Linden con la boca llena de desaliento—. Oh, Dios Mío.

—Es por encontrarnos cerca del Mithil que somos afortunados. Este río no se estancará. Hasta un próximo Sol Desértico, continuará fluyendo de sus fuentes y se alimentará con la lluvia. Y también nos protegerá de otras cosas. —El reflejo rojo en la cara de Sunder le hacía parecer un animal acorralado—. Pero aún no puedo afrontar este Sol sin descorazonamiento. Mi pueblo se esconde en sus casas y ruega por un Sol de dos días. Yo también debería esconderme, pero no tengo casa y soy tan pequeño en la inmensidad del mundo y de todo el Reino que temo a este Sol de Pestilencia más que a cualquier otra cosa.

La actitud de Sunder afectó a Covenant. Como respuesta dijo:

—También eres tú la única razón de que aún estemos vivos.

—Sí.

El Gravanélico respondió como si estuviera escuchando sus propios pensamientos en lugar de a Covenant.

—¡Sí! —añadió Covenant—. Y algún día cualquier pedrario va a descubrir que este Sol Ban no es el único camino de vida. Cuando llegue ese día, tú vas a ser la única persona en el Reino capaz de enseñarles algo.

Sunder permaneció silencioso unos minutos. Luego preguntó:

—¿Qué es lo que voy a enseñarles?

—A reconstruir el Reino. —Deliberadamente, Covenant incluyó a Linden en su pasión—. Era un lugar donde había salud y amabilidad. Si pudieras verlo, te rompería el corazón. —Su voz lanzaba oleadas de rabia y amor—. Podría volver a ser como era.

Covenant miró a sus compañeros sospechando que dudaban de sus palabras.

Linden bajó la vista; pero Sunder se volvió, encarándose con Covenant.

—Tus palabras no tienen sentido. Ningún hombre o mujer puede reconstruir el Reino. Eso está en las manos del Sol Ban, para bien o para mal. Eso es lo que puedo decirte.

Covenant empezó a protestar, irritando a Sunder.

—¡Inténtalo! —gritó el Gravanélico. Luego bajó los ojos y dijo—: No puedo soportar por más tiempo seguir en la creencia de que Nassic, mi padre, era un pobre loco.

Ató su saco de melones y se fue a fijarlo en el centro de la balsa.

—Te escucho —musitó Covenant. Sentía un inesperado deseo de violencia—. Te he oído.

Linden tocó su brazo.

—Ven —dijo, sin buscar su mirada—. Aquí va a haber peligro.

Los siguió calladamente mientras ella y Sunder botaban la balsa.

En seguida zarparon y pronto se hallaron en el centro del Mithil, a caballo de la corriente bajo un Sol rodeado de rojo, en un cielo blancuzco. El aire, ahora más cálido, hacía el agua casi agradable; y la velocidad de la corriente había disminuido durante la noche, lo que permitía un control más fácil de la balsa. Sin embargo la aureola solar preocupaba a Covenant. Sólo su vista le hacía intuir una secreta amenaza, algo malvado y ávido de sangre. Por esta razón, aquel sol templado y aquel cielo limpio parecían la preparación de una emboscada.

Sus compañeros compartían su nerviosismo. Sunder hacía avanzar la balsa cautelosamente, como si se sintiera perseguido, esperando un ataque en cualquier momento. Y el comportamiento de Linden denotaba una ansiedad más acusada que la que había mostrado desde el primer día del Sol Fértil.

Pero nada ocurrió que pudiera justificar esos vagos temores. La mañana pasó tranquilamente, ya que el agua había perdido su helor. El aire se llenaba de moscas, mosquitos, moscas de agua, etc. como motas de vehemencia dentro de aquella luz matizada de rojo; pero esto no impedía a los compañeros pararse donde vieran *alianta*. Poco a poco, Covenant empezó a relajarse. Pasó mediodía antes de que se dieran cuenta de que el río se hacía más difícil.

Durante los días de lluvia, el Mithil había virado directamente hacia el Norte; y ahora, inesperadamente, se hacía más ancho y rápido. Pronto descubrió lo que estaba sucediendo: La balsa avanzaba velozmente hacia la confluencia con otro río.

La velocidad no les dejó tiempo para escoger. Sunder gritó:

—¡Agarraos!

Linden apartó los cabellos de su cara y se agarró bien. Covenant introdujo sus insensibles dedos entre las ramas de la balsa. Luego el Mithil les llevó, incontroladamente, hasta el turbulento centro de la confluencia.

La balsa llegó a sumergirse de extremo a extremo. Covenant se sintió sacudido entre el remolino y trató de contener la respiración. Pero casi al momento, la corriente arrastró la balsa hacia otra dirección. Buscando aire desesperadamente, se quitó el agua de los ojos y vio que ahora estaban viajando hacia el Noreste.

Durante más de una legua, pareció que la corriente iba a arrancarlos de la balsa en cualquier momento, pero, finalmente, la nueva corriente facilitó la maniobra entre las dos orillas. Covenant empezó a respirar tranquilo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Linden.

Covenant buscó en su memoria.

—Debe haber sido el Río Negro, que viene de la Espesura Acogotante y del Vertedero Celeste de Melenkurion. —Allí fue donde Elena había roto la Ley de la Muerte para invocar a Kevin Pierdetierra, sacándolo de su tumba, y donde había encontrado su propia muerte. En una rápida revisión de aquellos recuerdos pensó que quizá ninguno de aquellos viejos bosques había sobrevivido al Sol Ban—. Separa las llanuras del Sur y del Centro —añadió.

—Sí, —dijo el Gravanélico—, y ahora nos toca escoger. Piedra Deleitosa se encuentra hacia el Noroeste de donde estamos. El Mithil ya no acorta nuestro camino.

Covenant asintió. Pero la secuencia de sus recuerdos le traía a la memoria también otras cosas.

—Ya vamos bien —dijo—. Tampoco va a alargar la distancia. —Sabía muy bien, por experiencia, a donde le llevaría el río—. De todas formas, tampoco quiero caminar bajo este Sol.

Andelain.

Sintió un escalofrío ante un súbito rayo de esperanza y ansiedad. Si la *alianta* había podido resistir el Sol Ban, ¿por qué no podría también conservarse Andelain? ¿O es que la Gema Superior y Gloria del Reino se hallaba ya en ruinas?

Este pensamiento incrementó todavía más su deseo de llegar a Piedra Deleitosa. El calculó que estaban a unas diez y ocho leguas de Pedraria Mithil. Seguro que habían ganado una fuerte ventaja a cualquier persecución inmediata. Por tanto podían afrontar aquella digresión.

Notó que Sunder le miraba de una manera extraña. El rostro del Gravanélico mostraba que no tenía ningún deseo de desafiar al Sol de Pestilencia viajando a pie. Y Linden, por su parte, parecía haber perdido todo interés por el lugar adonde el río les llevaba.

Por turnos, empezaron a concederse algún descanso tras el esfuerzo de la confluencia.

Por una vez, la atención de Covenant a su entorno estuvo suspendida por los recuerdos de Andelain. De pronto, una barahunda de color casi golpeó su cara, y le hizo volver a prestar atención al aire situado sobre su cabeza. La atmósfera se llenó de insectos de todas clases. Mariposas del tamaño de su mano extendida parpadeaban y rastreaban vagabundeando por encima del agua; grandes caballitos del diablo lloriqueaban al pasar; grandes manadas de mosquitos se arremolinaban como en un espejismo. Marcaban el ambiente con constantes zumbidos, como el rumor de una

violencia distante. El sonido aquel le hacía sentir incómodo, así como los picores que empezaba a notar en su espalda.

Sunder no mostraba ninguna ansiedad en especial. Pero la agitación de Linden aumentaba por momentos. Parecía estar inexplicablemente fría; sus dientes castañeaban hasta que cerró sus mandíbulas para detenerlos. Aprensivamente vigilaba el cielo y las riberas, mirando...

El aire se hizo más irrespirable, húmedo y peligroso.

Covenant estuvo momentáneamente sordo al creciente zumbido. Pero luego lo oyó. Un ensordecedor rezongar de abejas encolerizadas. ¡Abejas!

El ruido fue como una barrena que atravesaba su cuerpo. Con horror vio un inmenso enjambre tan denso que oscurecía el Sol, levantándose de los matorrales y que se dirigía, a lo largo del río, directamente a la balsa.

—¡Cielos y Tierra! —exclamó Sunder.

Linden se agarró a Covenant.

—¡Delirante! —Sus palabras culminaron en un chillido—. ¡Oh, Dios Mío!

DIEZ. Desfiladero de Cristal

La presencia del Delirante, auténtico y tangible, afectó a los nervios de Linden como una descarga eléctrica, dejándola atontada. No podía moverse. Covenant la empujó para que se mantuviera detrás de él y volvió la cara para ver el ataque. El grito de ella se ahogó en el impacto del agua.

Luego el enjambre atacó. Cuerpos negros y amarillos del largo de su pulgar poblaban el aire y se precipitaban sobre el río como si se hubieran vuelto locos. Linden sintió al Delirante en todo su alrededor; un espíritu de venganza y codicia que se movía maliciosamente entre las abejas.

Inducida por el pánico, Linden se sumergió.

El agua que estaba debajo de la balsa era clara y vio a Sunder, que buceaba cerca de ella, empuñando su cuchillo y la Piedra del Sol como si intentara enfrentarse al enjambre.

Covenant permaneció en la superficie. Sus piernas y todo su cuerpo se retorcían; debió haber estado luchando salvajemente contra las abejas.

En seguida, el miedo de Linden cambió de dirección. Ahora temía por él. Nadó hacia él, le agarró un tobillo y tiró de él con toda su fuerza, haciéndole zambullirse. Todavía dos abejas estaban pegadas a su cara. Con furia repulsiva. Linden las apartó. Luego tuvo que subir a buscar aire.

Sunder salió a la superficie cerca de ella, empuñando su cuchillo. La sangre brotaba ya de su antebrazo izquierdo.

Ella tomó aire y volvió a sumergirse. El Gravanélico no la siguió. A través de la distorsión del agua, Linden vio la piedra irradiando fuego solar. El enjambre se concentró sobriamente en Sunder. Sus piernas se abrieron en tijera y levantó los hombros, desarrollando en seguida la energía necesaria para inflamar al enjambre. Las abejas ardieron como estrellitas brillantes.

Un instante después finalizó el ataque.

Linden salió nuevamente a la superficie y echó una rápida mirada a su alrededor. Pero el Delirante ya no estaba. La superficie del Mithil quedaba salpicada de cuerpos quemados.

Sunder subió a la balsa y se revisó para comprobar si su reciente esfuerzo había producido algún daño en su cuerpo.

Ella le ignoró. Covenant todavía no había salido a la superficie.

Inmediatamente llenó sus pulmones de aire y bajó a buscarlo. Empezó a bucear en círculos. De momento, nada pudo encontrar. Luego lo localizó a cierta distancia, luchando contra la corriente para subir. Sus movimientos eran desesperados. A pesar de la interferencia del río, pudo ver que su desesperación no era solamente debida a la falta de aire.

Con toda la fuerza de sus extremidades nadó hacia él.

Covenant llegó a la superficie; pero su cuerpo continuaba agitado como si todavía estuviera siendo asaltado por las abejas.

Cerca de él, Linden levantó la cabeza y fue en su ayuda.

—¡Diablos del infierno! —exclamó febrilmente excitado por el miedo o la agonía. El agua corría a través de su cabello y de su poblada barba, como si hubiera estado inmerso en la locura. Sus manos golpeaban su rostro.

—¡Covenant! —gritó Linden.

El no la oyó. Seguía esquivando, como un loco, abejas invisibles, machacándose la cara. Un incoado grito desgarró su garganta.

—¡Sunder! —exclamó Linden—. ¡Ayúdame!

Acercándose nadando hacia Covenant, le colocó los brazos alrededor del pecho y empezó a tirar de él, llevándolo hacia la orilla. La sensación de sus convulsiones la ponía enferma; pero se olvidó de su náusea y luchó con todas sus fuerzas para sacarlo del río.

El Gravanélico la siguió, arrastrando la balsa. Su cara estaba tensa de dolor. Una pequeña mancha de sangre tintaba sus labios.

Al llegar a la orilla, Linden ayudó a Covenant a salir del agua. Los espasmos recorrían todos sus músculos, resistiéndose a ella involuntariamente. Pero la necesidad le daba fuerzas a ella. Lo tendió en el suelo y se arrodilló a su lado para examinarlo.

Por un horrible momento, sus sospechas volvieron, amenazando con hacerla zozobrar. No quería ver lo que le ocurría. Había visto ya demasiado; el daño del Sol Ban había destrozado ya tanto sus nervios y le había afectado tan íntimamente que ya casi creía haber perdido la razón. Pero era médico. Había escogido esa profesión por razones que no admitían excusas, miedo, repugnancia o incapacidad. Dejando de lado sus problemas interiores, aplicó a Covenant la nueva dimensión de sus sentidos.

Mientras tanto, él sufría agarrotamientos como estallidos de fuego cerebral. Su cara mostraba dos picaduras de abeja. Las marcas eran de un rojo brillante y se inflaban rápidamente; pero carecían de gravedad. O, tal vez, eran graves en un sentido muy distinto.

Linden tragó bilis y le reconoció más a fondo.

Su lepra ya era obvia para ella. Estaba en su carne como una maligna infección, exigente y horrenda. Pero la enfermedad permanecía inactiva.

En él había algo más. Concentrándose en ello, recordó lo que Sunder había dicho acerca del Sol de Pestilencia y su implicación con los insectos. El estaba mirando por encima de ella y, a pesar de su dolor, esquivaba y mataba mosquitos tan grandes como libélulas para tenerlos apartados de Covenant. Linden se mordió los labios por la aprensión y examinó el antebrazo derecho de Covenant.

La piel que bordeaba las pálidas cicatrices dejadas por los colmillos de Marid y el puñal de Sunder estaba hinchada y oscura, como si su brazo hubiera sufrido una nueva infusión de veneno. Por lo que pudo ver la inflamación había aumentado. La herida estaba tensa y caliente, tan peligrosa como una reciente mordedura de serpiente. De nuevo, tuvo la impresión de un daño moral, como si el veneno fuera tan espiritual como físico.

El veneno de Marid nunca había abandonado el cuerpo de Covenant. Había captado indicios de ello en días anteriores, pero no había comprendido su significado. Repelido por la *alianta*, el veneno había permanecido latente en él, esperando. Marid y las abejas habían sido formados por el Sol Ban; ambos habían sido conducidos por Delirantes. Las picadas de estas últimas habían reactivado el proceso.

Ésta debió de ser la razón del ataque del enjambre; la razón por la que el Delirante había escogido abejas para lograr su propósito. El de producir la recaída.

Covenant, sin visión, se volvió hacia ella con la boca abierta. Sus convulsiones empezaron a disminuir al tiempo que sus músculos se debilitaban. Se dormía en su conmoción. Por un momento, ella vislumbró una estructura de verdad detrás de su aparente paranoia; su creencia en un enemigo que trataba de destruirlo. Todos sus instintos se habían rebelado contra esta idea. Pero ahora, por un instante, le parecía ver algo deliberado en el Sol Ban, algo intencionado en esos ataques a Covenant.

Este vislumbre le hizo perder confianza en sí misma. Se arrodilló al lado de él, incapacitada para actuar o decidir. El mismo desaliento que había sufrido el día que vio a Joan por primera vez.

Pero ahora los lamentos de dolor llegaban a ella; el gemido de Sunder en su dificultosa respiración. Linden levantó la cabeza pidiéndole en silencio una respuesta. El debió adivinar intuitivamente la conexión entre el veneno y las abejas. Y por ello arriesgó su integridad para evitar más picaduras de insectos. Al cruzarse con su triste mirada dijo:

—Algo de mí se ha rasgado. —En cada palabra hacía una pausa—. Es algo que duele, pero no creo que sea grave. Nunca había obtenido tanto poder de la Piedra del Sol.

Ella pudo sentir su dolor como una palpable realidad. Era posible que hubiera sufrido un desgarramiento en algunas de las ligaduras entre sus costillas; pero sin fractura de las mismas ni daño vital.

La dolencia de Sunder y su decidida voluntad de ayudar a Covenant, hizo volver a Linden a ser ella misma. En cierta medida, su normal autodisciplina volvió, estabilizando el funcionamiento de su corazón. Se levantó y dijo:

—Ven. Vamos a meterlo nuevamente en el agua.

Sunder asintió. Delicadamente levantaron a Covenant y lo bajaron por el margen. Afianzaron su brazo izquierdo sobre la balsa, de forma que el derecho colgara

libremente en el agua fría. Luego se empujaron hacia el centro de la corriente y dejaron que el río les llevara bajo el peso de un Sol anillado de rojo.

Durante el resto de la tarde, Linden se debatió entre el recuerdo de Joan y su sentimiento de fracaso. Casi podía oír a su madre clamando por la muerte. Covenant recuperó la conciencia varias veces, levantando la cabeza; pero el veneno siempre volvía a arrastrarle, antes de que lograra hablar. A través del agua, Linden observaba el rápido crecimiento de la negra tumefacción en su brazo. El progreso parecía mucho más acelerado que la vez anterior. El tóxico de Marid había aumentado su virulencia durante su letargo. Su visión le empañó los ojos. No podía disimular los temores que roían su corazón.

Poco después y antes de la puesta del Sol, el río corría entre un grupo de colinas, adentrándose luego, en línea recta a una amplia garganta que se abría al paso del Mithil. Los lados eran escarpados como los de un barranco y reflejaban la luz del Sol del atardecer con un extraño brillo. La garganta era como un canalizo de diamantes. Los acantilados estaban formados de cristal facetado que recogió la luz y la devolvían con delicados matices de blanco y rosa. Cuando el Sol de la Pestilencia estaba a punto de esconderse en el horizonte, dando al terreno un baño de vermellón, la barranca se convirtió en un lugar de extraña grandeza.

Había gente que se movía en la ladera, pero no dio muestras de haber visto la balsa. El río se hallaba ya en sombra y el brillo del cristal era deslumbrante. Se dispusieron a penetrar en el canalizo.

Linden y Sunder compartieron una mirada y empezaron a girar hacia la boca de la barranca. En un anochecer, sólo matizado por los últimos fulgores reflejados en las cristalinas rocas, impulsaron la balsa hasta llegar a la orilla y cuidadosamente colocaron a Covenant en terreno seco. Tenía el brazo negro e hinchado hasta el hombro, cruelmente apretado, tanto por el anillo como por la camisa, y gemía cada vez que tenían que moverlo.

Linden se sentó a su lado y le puso la mano sobre la frente; pero su mirada estaba fija en Sunder.

—De verdad que no sé qué hacer —dijo sinceramente—. Tendremos que pedir ayuda a esa gente.

El Gravanélico rodeaba su pecho con los brazos, encunando su dolor.

—No podemos. ¿Te has olvidado de Pedraria Mithil? Para esa gente sólo somos sangre que pueden derramar sin ningún coste para ellos. Y la Rede le denuncia. Yo os redimí en Pedraria Mithil. ¿Quién nos va redimir aquí a nosotros?

Ella se contuvo.

—Entonces, ¿por qué nos hemos parado?

—Necesitamos comer. —Sunder se encogió de hombros—. Ya nos queda muy poco *ussusimiel*.

—¿Cómo te propones obtenerlo? —A ella no le gustaba el sarcasmo de su tono, pero no pudo evitarlo.

—Cuando ellos duerman —los ojos de Sunder revelaban su reluctancia tan claramente como las palabras— intentaré robar lo que necesitamos.

Linden frunció el entrecejo involuntariamente.

—¿Y qué hay de los guardias?

—Los guardias vigilan las colinas y el río; pero desde las mismas colinas. No hay otro lugar para observar. Si todavía no nos han visto, tal vez estemos seguros.

Ella se mostró de acuerdo. La idea de robar le pareció rechazable, pero reconoció que no había alternativa.

—Iré contigo. —Sunder empezó a protestar y ella le detuvo, sacudiendo bruscamente la cabeza—. No estás exactamente sano. Suponiendo que no tengas problemas, vas a necesitarme para vigilar tu espalda. Y... —suspiró—. Quiero algo de *mirkfruit*. El no necesita.

La cara del Gravanélico era ilegible en el crepúsculo. Pero asintió calladamente. Sacó el último melón de la balsa y empezó a cortarlo.

Linden comió su ración y luego hizo cuanto pudo para alimentar a Covenant. La tarea era difícil; apenas podía hacerle tragar los pequeños trozos que ponía en su boca. Nuevamente el miedo constreñía su corazón. Pero lo eliminó. Pacientemente, le iba dando pequeñas cantidades de melón y luego golpeaba suavemente en su cuello para estimular sus reflejos de tragar, hasta que hubo consumido un mínimo de alimento.

Cuando terminó, ya era de noche y la Luna, en menguante, empezaba a coronar las colinas. Permaneció un rato al lado de Covenant, tratando de descubrir en él facultades aún no reveladas. Pero se encontró escuchando su respiración como si cada ronquido pudiera ser el último. La angustiaba pensar que no podía hacer nada. Un desagradable hedor corría con la brisa atravesando el río; era el efecto del Sol de Pestilencia sobre la vegetación. Era imposible descansar.

Bruscamente, Covenant empezó a moverse. Una tenue luz blanca brilló en su lado derecho. En un instante, se encendió y se apagó.

Linden enderezó el cuerpo, sentándose sobre sus piernas, al tiempo que llamó al Gravanélico con un susurro: —Sunder.

La luz volvió. Una inestable radiación del poder de su anillo localizada en su torturado dedo.

—¡Cielos y Tierra! —exclamó Sunder—. Pueden verlo.

—Yo creía... —Linden miró estúpidamente como el Gravanélico metía la mano de Covenant en el bolsillo de sus pantalones. El movimiento le hizo enseñar la dentadura en una expresión de loro. Su mirada estaba fija en la Luna—. Yo creía que necesitaba la Piedra del Sol para activarlo. —El bolsillo amortiguaba el brillo

intermitente, pero no lo ocultaba del todo—. Sunder. —Su ropa estaba aún mojada y no podía dejar de temblar—. ¿Qué le ocurre?

—No me preguntes a mí —Sunder respiró ruidosamente—. Yo no tengo tu visión. —Pero luego inquirió—: ¿Puede ser que el Delirante de que hablaba... que ese Delirante esté dentro de él?

—¡No! —replicó ella, repudiando la idea tan rápidamente que ni tuvo oportunidad de controlar su vehemencia—. El no es Marid. —Sus sentidos guardaban esta certidumbre; Covenant estaba enfermo, no poseído. No obstante, la sugerencia de Sunder lanzó acordes de ira que la cogieron por sorpresa. No se había dado cuenta de lo mucho que estaba invirtiendo de sí misma en Thomas Covenant. Desde que estuvo en Haven Farm, en el mundo que conocía, había escogido dar soporte a su dura integridad, esperando asimilar una lección de fortaleza. Pero no había percibido el alcance de aquella decisión. Ya había sido testigo de algo demasiado grande cuando le vio sonriendo a Joan... sonreír y darle su vida. Una parte de ella se centró en esta imagen de él; su sacrificio parecía mucho más limpio que el suyo propio. Ahora no sabía cuánto le quedaba aún por aprender de él. Y de ella misma. Su voz sonó más fuerte—. Puede ser cualquier cosa, menos un Delirante.

Sunder, en la oscuridad, volvió la cabeza como si tratara de formular una pregunta, pero antes de que pudiera articularla, el pequeño centelleo del anillo de Covenant fue reflejado con un gran resplandor en las paredes del canalizo. De repente, todo el valle pareció incandescente.

Linden se quedó envarada, esperando que furiosos pedrarianos se precipitaran sobre ella. Pero a medida que ajustó la vista se dio cuenta de que la causa de aquel reflejo se hallaba a cierta distancia. En el pueblo había encendido un gran fuego. Sobre la luz de las llamas se dibujaba la silueta de algunas casas de piedra; el fuego era reflejado por las facetas de cristal, proyectándolo en todas direcciones. Nada pudo oír que indicara peligro alguno para ella y sus compañeros.

Sunder tocó su espalda.

—Ven —susurró—. Algo grande está pasando en la pedraria. Toda su gente debe estar pendiente de ello. Quizá tengamos la gran oportunidad de encontrar comida.

Linden vaciló un momento y se inclinó para examinar a Covenant. Un complejo temor la hacía dudar.

—¿Debemos dejarlo aquí?

—¿Dónde va a ir? —respondió simplemente el Gravanélico.

Ella inclinó la cabeza. Sunder probablemente la necesitaría. Y Covenant parecía estar demasiado enfermo para moverse y lastimarse. Pero se le veía tan acabado... Mas no había elección. Levantándose de golpe indicó al Gravanélico que guiara la marcha.

Sunder empezó a andar cuesta arriba. Ella le siguió, ocultándose tanto como le era

posible.

Se sintió expuesta al resplandor del valle; pero no hubo motivo de alarma. Al mismo tiempo, la luz les ayudaba a aproximarse más fácilmente a la pedraria. Pronto se encontraron entre las casas.

Sunder se paraba en cada esquina para asegurarse de que el camino estaba libre. Pero no vio a nadie. Todas las viviendas parecían vacías. El Gravanélico escogió una casa. Haciendo señas a Linden para que vigilara la puerta de entrada, apartó la cortina y entró.

Ella oyó voces. Por un instante, la voz con que tenía que avisar se le quedó helada en la garganta. Luego la procedencia del sonido se clarificó. Venía del centro de la pedraria. Se quedó más tranquila y esperó.

Momentos después, apareció Sunder. Llevaba un abultado saco de cuero bajo el brazo. Le susurró al oído que había encontrado *mirkfruit* y también comida.

El inició la retirada, pero Linden lo detuvo, señalando hacia el centro de la pedraria. Por un momento, él consideró las ventajas de conocer lo que pasaba en el pueblo y accedió.

Juntos avanzaron cautelosamente hasta que sólo una casa se interpuso entre ellos y el centro. Las voces cambiaron de tono. Pudo percibir odio e incertidumbre. Sunder señaló el tejado y ella asintió rápidamente. Dejó su saco en el suelo y la ayudó a subir al alero. Cuidadosamente, trepó luego por el tejado.

Sunder le pasó el saco. Ella lo cogió y luego le tendió una mano para facilitarle la subida. El esfuerzo arrancó un suspiro de su lastimado pecho; pero el sonido fue demasiado débil para que pudiera oírse. De lado a lado, se deslizaron por el tejado hasta llegar a un punto donde era posible observar todo lo que ocurría en el centro de la pedraria.

La gente estaba agrupada formando un apretado círculo alrededor del espacio abierto. Había un número de personas sustancialmente mayor del que constituía la población de Pedraria Mithil. En cierta forma, parecían más prósperos, mejor alimentados que los paisanos de Sunder. Pero sus caras mostraban preocupación, ansia y temor. Todos miraban al centro del círculo con tensa atención.

Había tres figuras al lado del fuego: dos hombres y una mujer. La mujer estaba entre los hombres en una actitud suplicante respecto a ambos. Llevaba una vistosa prenda de cuero al igual que las otras mujeres de la pedraria. Sus pálidas y delicadas facciones pedían ayuda, y el desarreglo de su negro y brillante cabello le daba una apariencia de fatalidad.

El hombre más cercano a Linden y Sunder era también un pedrario, un tipo alto y cuadrado con una encrespada barba negra y ojos oscurecidos por la pugna. Pero la persona que se hallaba en el lado opuesto no se parecía a nadie que Linden hubiese visto antes. Su vestimenta consistía en un traje color rojo vivo, cubierto por una

casulla negra. Una capucha daba sombra a sus facciones. Con sus manos sostenía una corta vara de hierro, como un cetro, con un triángulo abierto inserto al extremo del mismo. Emanaciones de soberbia heráldica y vitriolo salían de él, como si estuviera desafiando a toda la pedraria.

—¡Un Caballero! —susurró Sunder—. Un Caballero del Clave.

La mujer que ya no era una muchacha, se encaró con el pedrariano.

—¡Croft! —dijo, rogándole, mientras le saltaban las lágrimas—. Tú eres el Gravanélico. ¡Debes impedírsele!

—¡Siempre, Hollian! —respondió con gran amargura. Mientras hablaba, sus manos jugaban con una delgada varilla de madera—. Por el derecho de la sangre y el poder, soy el Gravanélico. Y tú eres una eh-Estigmatizada, una bendición más allá de cualquier precio para la vida de Pedraria Cristal. Pero él es Sivit na-Mhoram-wist y te reclama en nombre del Clave. ¿Cómo puedo yo negarme?

—Puedes negarte —dijo el Caballero en un tono sepulcral.

—¡Debes negarte! —gritó la mujer.

—Pero si lo haces —prosiguió Sivit sin piedad—, si te atreves a negarme lo que te pido, te juro en nombre del Sol Ban que desataré sobre ti el *Grim* de los na-Mhoram, y serás molido bajo su poder como el grano.

Al escuchar la palabra *Grim*, Sunder se echó a temblar, al tiempo que oyó un murmullo en la pedraria.

Pero Hollian desafió su miedo.

—¡Croft! —insistió—. ¡Niégate! No me asustan los na-Mhoram con su *Grim*. Soy una eh-Estigmatizada. ¡Puedo predecir el Sol Ban! Mientras yo esté aquí, no estarás indefenso contra ningún daño, ni contra el *Grim* ni contra ningún otro. ¡Croft! ¡Mi pueblo! —ahora se dirigía a los pedrarianos—. ¿Es que no soy nadie y por eso me abandonáis al capricho de Sivit na-Mhoram-wist?

—¿Capricho? —protestó el Caballero—. Yo hablo en nombre del Clave. No tengo caprichos. Escúchame bien, muchacha. Te reclamo a ti en acto de servicio. Sin la mediación del Clave, sin la sabiduría de la Rede y el sacrificio de los na-Mhoram, ya no habría ni rastro de vida en ninguna pedraria ni en ninguna fustaria, a pesar de tu arrogancia. Y debemos tener vida para trabajar. ¿Te atreves a contradecirme? ¡Condenada impertinente!

—Es de un inestimable valor para nosotros —dijo suavemente el Gravanélico—. No nos impongas tu voluntad.

—¿Lo es? —dijo con rabia Sivit, blandiendo su cetro—. Te ha contagiado su locura. ¡No sólo no tiene ningún valor sino que es una abominación! Vosotros pensáis que un eh-Estigmatizado es una bendición para el Reino. ¡Y yo os digo que ella es Sapiente del Sol, condenada como servidora de a-Jeroth! No predice el Sol Ban, sino que lo domina a su antojo. Contra ella y su maldita gente lucha el Clave, para evitar

el daño que pueden causar a otros seres.

El Caballero continuó desbarrando.

Linden se volvió hacia Sunder, preguntándole al oído:

—¿Para qué la quiere?

—¿No has aprendido nada? —le respondió tensamente—. El Clave tiene poder sobre el Sol Ban; pero para ejercitar ese poder necesita sangre.

—¿Sangre?

El asintió.

—Los Caballeros viajan por el Reino, visitando una y otra vez cada pueblo. En cada visita, toman una, dos o tres vidas, siempre de personas jóvenes y fuertes, y se las llevan a Piedra Deleitosa, donde los na-Mhoram hacen su trabajo.

Linden cerró los puños con rabia, pero mantuvo su voz en un susurro.

—¿Quieres decir que van a matarla?

—Sí —silbó.

En seguida, todos sus instintos se rebelaron. Un frente de intenciones recorrió todo su cuerpo, clarificando, por primera vez, su enloquecedora relación con el Reino. En parte, la pasión de Covenant se hizo súbitamente explicable.

—Sunder —dijo—. Tenemos que salvarla.

—Salvar... —casi perdió el control de su voz—. Somos dos contra toda una pedraria. Y el Caballero es muy poderoso.

—Tenemos que hacerlo. —Ella trató de buscar algún medio de convencer a Sunder. El asesinato de aquella mujer no debía permitirse. ¿Por qué otra razón había tratado Covenant de salvar a Joan? ¿Por qué otra razón, ella misma arriesgó su vida por la de él? Rápidamente concluyó—: Covenant trató de salvar a Marid.

—Sí —respondió Sunder— ¡y aún lo está pagando!

—No. —De momento no pudo encontrar la respuesta que necesitaba. Luego le vino—. ¿Qué es una Sapiente del Sol?

El la miró y dijo:

—Un ser así no puede existir.

—¿Qué es?

—El Caballero lo ha dicho —murmuró—. Es alguien que puede dominar al Sol Ban.

Linden fijó la mirada en él con toda determinación.

—Entonces la necesitamos.

Los ojos de Sunder parecían salirse de sus órbitas. Sus manos buscaron algo donde agarrarse. Pero nadie podía negar la fuerza de su argumento.

—Locos —exhaló entre sus dientes—. Todos estamos locos. —Recorrió brevemente la pedraria con la mirada, como si tratara de reunir el valor necesario. Luego tomó una decisión—. Espera aquí —susurró—. Voy a ver si encuentro el

corcel del Caballero. Quizá pueda ser dañado o logro hacerle huir. Entonces no podrá llevársela. Así ganaremos tiempo para planear otra acción.

—¡Bien! —respondió ella—. Si se van de aquí, trataré de ver dónde la lleva.

El asintió con un breve gesto, murmurando débilmente para sí:

—Locos, locos.

Y arrastrándose por detrás del tejado, se dejó caer al suelo, tomando consigo el saco.

Linden devolvió su atención al pueblo de Hollian. La joven mujer estaba de rodillas, tapándose la cara con sus manos. El Caballero la señalaba con su cetro denunciándola; pero sus gritos se dirigían a los pedrariansos.

—¿Creéis de verdad que podríais soportar el *Grim* de na-Mhoram? ¡Por los Tres Rincones de la Verdad! Con una simple palabra mía, el Clave desatará tal devastación sobre vosotros que os arrastraréis suplicando que nos llevemos a esa despreciable eh-Estigmatizada.

Bruscamente, la mujer se levantó y se enfrentó al Gravanélico.

—¡Croft! —dijo con desesperación—. Deshazte de ese Caballero. No le permitas llevar al Clave ninguna palabra. Luego, permaneceré en Pedraria Cristal y el Clave no sabrá nada de lo que hemos hecho. —Sus manos agarraban sus vestiduras, suplicándole—. ¡Croft, hazme caso! ¡Mátale!

Sivit se echó a reír sarcásticamente. Luego su voz bajó y habló en un tono bajo y sepulcral.

—No tenéis poder para ello.

—Lo que dice es verdad —murmuró Croft a Hollian. En su semblante se reflejaba su pavor—. El no necesita el *Grim* para sembrar nuestra ruina. Debo atender su demanda. De otra forma no viviremos para llorar el desafío.

Un ensordecedor grito sin palabras arrancó de ella. Linden temió por un momento que le hubiera dado un ataque de histeria. Pero tras el dolor, Hollian exhibió un enérgico gesto de dignidad.

—Bien, tú me has entregado. —Levantó la cabeza y se quedó erguida—. Estoy sin ayuda ni esperanza. Pero, al menos, concédeme la cortesía de lo que soy merecedora. Devuélveme el *liantar*.

Croft miró la varilla que tenía en sus manos. El rictus de sus hombros revelaba su vergüenza y decisión.

—No —dijo débilmente—. Con esta madera tú haces tus predicciones. Sivit na-Mhoram-wist no tiene nada en contra de ella, y para ti carece de futuro. Pedraria Cristal la retendrá, como una plegaria para el nacimiento de un nuevo eh-Estigmatizado.

El Caballero irradiaba triunfo como si fuera una antorcha de malicia.

En el lado extremo del pueblo, Linden observó un súbito resplandor rojo. El

poder de Sunder. Debió haber hecho uso de su Piedra del Sol. El cristal reflejaba la rojez del rayo. Luego se extinguió. Linden contuvo la respiración, temiendo que Sunder hubiese abandonado. Pero los pedrariansos estaban ocupados en su propio conflicto y el instante de fuerza pasó desapercibido.

Muda y desesperada, Hollian volvió la espalda al Gravanélico. Luego se quedó paralizada como si hubiera recibido una bofetada, mirando hacia la esquina de la casa donde se hallaba Linden. Ocultos rumores flotaban en el círculo; todos se fijaron en el lugar hacia donde la eh-Estigmatizada miraba.

—¿Qué...?

Linden se colocó sobre el alero a tiempo de ver a Covenant acercarse, tambaleándose, al centro del pueblo. Se movía como un vagabundo. Su brazo derecho estaba horrorosamente hinchado. El veneno le salía por los ojos. Su anillo lanzaba erráticos fulgores de fuego blanco.

¡No!, dijo silenciosamente. ¡No Covenant!

Estaba tan débil que cualquier pedrarianso podría derribarlo con una sola mano. Pero la furia que le confería su fiebre les mandaba detenerse. El círculo se partió ante él involuntariamente, siendo admitido en el espacio interior.

Se paró un momento, envuelto en el resplandor de los destellos que emitía.

—Linden —gritó con voz ronca—. Linden.

¡Covenant!

Sin vacilar, ella bajó del tejado. Antes de que pudieran ver lo que pasaba, se apresuró, entre los pedrariansos, al encuentro de Covenant.

—¡Linden! —El la reconoció con dificultad. La confusión y el veneno se reflejaban violentamente en la expresión de su cara—. Me has abandonado.

—¡El Mediamano! —gritó Sivit—. ¡El anillo blanco!

En el ambiente brillaba el peligro. Arrancaba de la fogata y rebotaba en las paredes del desfiladero. Al borde de la violencia, la gente temblaba. Pero Linden lo subordinó todo a la fidelidad, concentrándose en Covenant.

—No. No te hemos abandonado. Hemos venido a buscar comida. Y a salvar a esa mujer —dijo, señalando a Hollian.

Su delirio continuaba.

—Tú me has abandonado.

—Digo que es Mediamano —gritó el Caballero—. Ha llegado, tal como predijo el Clave.

—¡Preddedle! ¡Matadle!

Los pedrariansos dudaron ante la petición de Sivit; pero nadie se movió. La intensidad de Covenant los mantenía apartados.

—¡No! —repitió Linden con insistencia—. ¡Escúchame! Ese hombre es un Caballero del Clave. El *Clave*. Va a matarla para utilizar su sangre. ¡Tenemos que

salvarla!

Su vista se desvió hacia Hollian; luego volvió a centrarse en Linden. Parpadeó sin comprender e insistió:

—Tú me has abandonado. —La angustia de verse solo había cerrado su mente a cualquier otro tema.

—¡Locos! —gritó Sivit con fiereza.

Súbitamente floreció su cetro. La sangre cubrió en seguida sus flacas manos. Chispas de fuego rojo saltaron del triángulo de hierro. En actitud vengadora, empezó a avanzar.

—¡La mujer va a ser sacrificada! —gritó Linden, ante la confusión de Covenant—. ¡Igual que Joan! *¡Como Joan!*

—¿Joan? —En un instante, toda su incertidumbre se convirtió en cólera y veneno. Inmediatamente fue al encuentro del Caballero—. ¡Joan!

Antes de que Sivit pudiera atacar, el fuego blanco explotó alrededor de Covenant, envolviéndolo en conflagración. Ardía con furia plateada, fulgurando el aire. Linden retrocedió y levantó las manos para protegerse la cara. La erupción de magia indomeñable se desató en todas direcciones.

Una turbulencia de fuerza arrancó el cetro de las manos de Sivit. El fuego del hierro pasó del negro al rojo, al blanco y luego se mezcló con el barro del suelo. El fuego plateado fustigó la fogata, produciendo la proyección de rayos incandescentes que se esparcían a través del círculo. El relampagueo indomeñable iluminó los cielos hasta que el espacio se estremeció y en las paredes de cristal se propagaron celestiales estrépitos de poder.

El mismo suelo, bajo los pies de Linden, parecía que iba a romperse, produciéndole sacudidas en las rodillas.

Los pedrariansos huyeron. Sólo se oían chillidos de miedo entre las casas. Poco después, sólo Croft, Hollian y Sivit seguían allí. Hollian y Croft estaban demasiado aturdidos para moverse. Sivit seguía tendido en el suelo como un cobarde, con los brazos encima de la cabeza.

Bruscamente, como si Covenant hubiera cerrado una puerta dentro de su cerebro, la magia indomeñable cesó. El emergió de la llama; su anillo fluctuó y se apagó. Sus piernas empezaron a doblarse.

Linden lo cogió antes de que se cayera. Rodeándolo con sus brazos, lo mantuvo en pie.

Luego apareció Sunder, llevando el saco. Corría hacia ellos, gritando:

—¡Huid! ¡Vamos, rápido! ¡Antes de que reúnan nuevas fuerzas y nos persigan!

En su brazo izquierdo había la marca de un nuevo corte. Al cruzarse con ella, cogió a Hollian del brazo. Ella se resistió. Estaba demasiado aturdida para comprender lo que ocurría. Pero él se acercó a ella, gritándole a la cara:

—¿Es que deseas la muerte?

Aquello la sacó de su estupor. Recobró el sentido de alerta con una mueca.

—No. Iré con vosotros. Pero... Pero necesito recuperar mi *liantar*. —dijo, señalando la varilla que Croft sostenía en sus manos.

Sunder se dirigió al pedrario. Croft, instintivamente, agarró más fuerte la madera.

Sunder atizó un golpe bajo a Croft y, al doblarse éste, aprovechó para quitarle el *liantar*.

—¡Venid! —gritó Sunder a Linden y Hollian—. ¡Ahora!

Linden sintió un extraño alivio. Su valoración inicial de Covenant había sido vindicada; al fin se había mostrado capaz de desarrollar él solo un poder notable. Colocando su brazo izquierdo sobre sus hombros, le ayudó a salir del centro de la pedraria.

Sunder cogió a Hollian de la muñeca, guiando el camino entre las casas tan deprisa como pudiera Covenant seguir la marcha.

Todo estaba oscuro; sólo la Luna en creciente y el reflejo de los restos del fuego en las paredes iluminaban el desfiladero. La brisa llevaba un desagradable olor a podrido procedente del Mithil, y el agua aparecía oscura y viscosa, como un crisma maligno. Pero ninguno vaciló. Hollian pareció aceptar su rescate con muda incomprensión. Ayudó a Linden mientras ésta conducía a Covenant al agua, asegurándolo en la balsa. Sunder urgió a sus compañeros a meterse en el río y bajaron con la corriente, pegados a la madera.

ONCE. La corrupción de la belleza

No hubo persecución. El poder de Covenant había aturcido al pueblo de Pedraria Cristal. El Caballero había perdido el cetro y el corcel, y el río corría rápido. Pronto Linden se detuvo para mirar hacia atrás, tratando de oír ruidos de persecución. Estaba muy preocupada por Covenant, al que no le quedaban ya fuerzas. Ni siquiera intentó agarrarse a la balsa, ni tampoco trató de levantar la cabeza. Ella no podía oír su respiración con el ruido del agua, y su pulso parecía haberse retirado a un lugar fuera de su alcance. Su cara tenía un aspecto cadavérico a la pálida luz de la Luna. Todo sus sentidos le decían que Covenant tenía envenenada el alma.

Su estado la amargaba. Entre sus ignorancias e incapacidades buscaba algún medio de hacer algo por él. Una voz dentro de ella le decía que si podía sentir su desgracia de una manera tan aguda, debería tener posibilidades de ejercer algún efecto sobre ella, que seguramente la corriente de percepción que le unía a él podía circular en dos sentidos. Pero ella no tenía poder; no tenía nada con que oponerse a su enfermedad excepto los sufrimientos de su propia vida. El temor a tanta vulnerabilidad la asustaba, porque ni siquiera disponía de los limitados recursos de un maletín médico. Necesitaba algo que la liberara de la responsabilidad que se había impuesto respecto a la supervivencia de Covenant.

Durante un tiempo, sus compañeros viajaron por el río en silencio. Pero al fin Hollian habló. Linden sabía cuál era el problema de aquella joven mujer. La eh-Estigmatizada había sido entregada a la muerte por su propio pueblo, y rescatada de ella en una imposible hazaña. Eventualmente, todas las cosas que no comprendía se sobreponían a su renuencia. En la oscuridad, respiraba dominada por la aprensión.

—Habládme. Yo no os conozco.

—Perdón. —El tono de Sunder expresaba cansancio y una inútil disculpa—. Hemos olvidado la cortesía. Yo soy Sunder, hijo de Nassic, en otro tiempo... —se sintió amargado durante unos momentos— ...Gravanélico de Pedraria Mithil, cuatro veintenas de leguas al Sur. Conmigo están Linden Avery, la Escogida, y el ur-Amo Thomas Covenant, Incrédulo y portador del oro blanco. Ellos son extraños al Reino.

Extraños, murmuró Linden. Se vio a sí misma como a una visitante antinatural. El pensamiento tenía cantos afilados en todos sus extremos.

La eh-Estigmatizada respondió como una muchacha que recuerda con dificultad las buenas maneras.

—Yo soy Hollian, hija de Amith, eh-Estigmatizada de Pedraria Cristal. Yo soy... —aquí se atascó—... Yo no sé si daros las gracias por haber salvado mi vida... o maldeciros por haberme sacado de allí. El *Grim* de los na-Mhoram va a caer sobre Pedraria Cristal para siempre.

Sunder respondió bruscamente:

—Tal vez no.

—¿Por qué no? —preguntó—. Sivit na-Mhoram-wist no perdona. Irá a Piedra Deleitosa y el *Grim* será proclamado. Nada puede impedirlo.

—No irá a Piedra Deleitosa. He matado a su corcel. —Sunder musitó, casi para sí mismo—: La Rede nunca me reveló que una Piedra del Sol tuviera tanto poder.

Hollian emitió un leve suspiro de alivio.

—Y el *ruk* con el que gobierna al Sol Ban está destruido. Así no puede mandar el mal sobre mi pueblo.

Una recuperación de esperanza la silenció. Se relajó en el agua como si fuera un bálsamo para sus temores.

La necesidad de Covenant sonaba fuerte en los oídos de Linden y trató de hacerse el sordo ante ella.

—El cetro del Caballero... ¿su *ruk*? ¿De dónde sacó la sangre para usarlo? Yo no vi que se cortara él mismo.

—Los Caballeros del Clave —respondió Sunder— no necesitan desangrarse. Están fortificados por los hombres y mujeres jóvenes del Reino. El *ruk* está hueco por dentro y contiene la sangre para dominar al Sol Ban.

Los ecos del ultraje que la había decidido a rescatar a Hollian despertaron en Linden. Les dio la bienvenida y tras de explorarlos trató de reunir valor. Los ritos del Sol Ban eran bastante bárbaros, tal como Sunder los había practicado. Pero el privilegio de obtener tal poder sin coste personal era ya abominable. No sabía cómo reconciliar su ira con lo que había oído acerca de la misión del Clave, su reputación por su resistencia al Sol Ban. Pero tenía profundas sospechas sobre tal reputación. Había empezado a compartir los deseos de Covenant de llegar a Piedra Deleitosa.

Pero Covenant se estaba muriendo. Todo se concentró en Covenant y su muerte. Después de un rato, Hollian habló de nuevo. —¿Es el de la magia indomeñable?

—Sí —respondió el Gravanélico.

—Entonces ¿por qué... —Linden captó el desconcierto de Hollian— ...cómo puede comprenderse que Pedraria Mithil no lo sacrificara tal como manda la Rede?

—Yo no lo permití —respondió Sunder con sencillez—. En su nombre, abandoné mi pueblo, para que no lo mataran.

—Tú eres un Gravanélico —susurró Hollian con sorpresa—, un pedrario como yo. Un acto así... seguro que fue difícil para ti. ¿Cómo llegaste a cometer tal transgresión?

—Hija de Amith —Sunder contestó haciendo una confesión formal—, llegué a esto por la verdad de la Rede. Las palabras del ur-Amo eran palabras de belleza y no de maldad. Hablaba como aquel que posee voluntad y poder para dar sustancia a las palabras. Y en mi corazón, la verdad de la Rede era insoportable. Además —prosiguió con expresión triste—, he llegado a comprender que la Rede tiene falsedad.

—¿Falsedad? —protestó Hollian—. No. La Rede es la vida del Reino. Si fuera falsa, todos los que confían en ella morirían.

Sunder reflexionó durante unos momentos. Luego dijo:

—Eh-Estigmatizada, ¿conoces la *aliantha*?

Ella asintió.

—Sí, es el veneno mortal más activo.

—¡No! —Su certeza tocó a Linden. A pesar de todo lo que había ocurrido, tenía una especie de duda interior que ella no llegaba a comprender—. Es el mejor de todos los frutos. Hablo con conocimiento de causa. Durante tres soles hemos comido *aliantha* en cada ocasión que se nos ha presentado.

—¿Seguro? —Hollian encontró un punto de discusión—. ¿Es esa la causa de la enfermedad del ur-Amo?

—No. La enfermedad la contrajo antes, y la *aliantha* le ayudó mucho.

A esto siguió una pausa. Hollian trató de asimilar cuanto había oído. Su cabeza oscilaba de un lado a otro, buscando orientarse en la noche. Cuando habló de nuevo, lo hizo con voz suave, entre el ruido de las aguas.

—Habéis salvado mi vida. No dudaré de vosotros. Estoy sin hogar Y sin planes para el futuro, ya que no puedo volver a Pedraria Cristal. El mundo es peligroso y no comprendo mi mala suerte. No debo desconfiar de vosotros. Pero aún quisiera preguntaros cuál es vuestro propósito. Por mi habéis incurrido en algo que despertará la cólera del Clave. Recorréis grandes distancias bajo el Sol Ban. ¿Podéis darme una razón?

Sunder dijo deliberadamente.

—¿Linden Avery? —pasándole la pregunta.

Ella comprendió. La respuesta iba a ser desconcertante y Hollian no parecía preparada para aceptarla con calma. Linden quería rechazar esta dificultad, forzando a Sunder y Hollian a discutir entre sí. Pero, ya que su propia debilidad era intolerable para ella, resolvió responder simple y llanamente:

—Vamos a Piedra Deleitosa.

Hollian reaccionó con horror.

—¿Piedra Deleitosa? ¡Me estáis traicionando!

En seguida abandonó la balsa, buscando la forma de escapar.

Sunder fue tras ella. Trató de gritarle algo; pero su contusionado pecho lo cambió por un gemido de dolor.

Sus bruscos movimientos hicieron que la balsa se tambaleara, lanzando a Covenant al agua.

Linden abrazó a Covenant, llevándolo a la superficie. Su respiración era tan débil que ni siquiera tosía para expulsar el agua que había penetrado por su boca. A pesar de su corpulencia, su aspecto era de extrema debilidad.

Sunder trató de impedir la huida de Hollian; pero se hallaba impedido por sus costillas heridas.

—¿Estás loca? —le gritó Sunder—, si quisiéramos hacerte daño, el intento de Sivit habría sido suficiente.

Esforzándose para sostener a Covenant, Linden le dijo:

—¡Déjala que se vaya!

—¿Dej...? —protestó el Gravanélico.

—¡Sí! —la ferocidad ardía en su cuerpo—. Necesito ayuda. ¡Por Dios! Si quiere irse, que se vaya. ¡Está en su derecho!

—¡Cielos y Tierra! —exclamó Sunder—. Entonces ¿para qué hemos expuesto nuestras vidas por ella?

—¡Porque iban a matarla! Ya no me importa si la necesitamos o no. No tenemos derecho a retenerla en contra de su voluntad. *Necesito ayuda.*

Sunder escupió una maldición. Bruscamente, abandonó a Hollian y volvió cojeando a través del agua para sostener una parte del peso de Covenant. Pero estaba lívido por el dolor y la indignación. Por encima del hombro, aún le gritó a Hollian:

—¡Tu suspicacia es injusta!

—Tal vez. —La eh-Estigmatizada estaba a unos seis metros de distancia. Su cabeza era una mancha oscura entre las sombras del río—. Seguro que he sido injusta con Linden Avery. —Después de un momento preguntó—: ¿Qué propósito os lleva a Piedra Deleitosa?

—Allí están las respuestas que buscamos —tan rápidamente como vino, el enfado de Linden se desvaneció, tomando su lugar un miedo que le llegaba a los huesos. Se había esforzado demasiado. Sin la ayuda de Sunder, no hubiera sido capaz de colocar a Covenant en la balsa—. Covenant piensa que puede combatir al Sol Ban. Pero primero tiene que saber cómo. Es por ello que quiere hablar al Clave.

—¿Combatir? —inquirió Hollian con incredulidad—. ¿Habláis de alterar el Sol Ban?

—¿Por qué no? —Linden se agarró a la balsa. El agotamiento paralizaba sus piernas—. ¿No es eso lo que tú haces?

—¿Yo?

—¿No eres una sapiente del Sol?

—¡No! —declaró rápidamente Hollian—. Eso es una mentira de Sivit na-Mhoram-wist para reforzar sus acusaciones contra mí. Yo soy una eh-Estigmatizada. Profetizo la llegada del Sol, pero no lo gobierno.

Sunder se dirigió a Linden.

—Sí eso es verdad, no la necesitamos.

Linden no sabía exactamente por qué Sunder se sentía amenazado por Hollian. Pero le faltó valor para preguntárselo.

—Necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir —murmuró—. La quiero con nosotros. Si ella lo desea, claro.

—¿Por qué?

Al mismo tiempo, Hollian preguntó:

—¿De qué puedo yo servirlos?

De pronto, Linden se encontró sollozando. Se sentía como un niño huérfano, enfrentándose a extremos que no podía solventar. Tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para decir:

—Se está muriendo. Puedo sentirlo. —En un súbito recuerdo vio los colmillos de Marid—. Está peor que antes. Necesito ayuda. —La ayuda que necesitaba era espantosa para ella; pero no podía detenerse—. Uno de vosotros no es suficiente. Tendríais que sangrar hasta morir. O yo. —Inducida por el temor a perderle, dirigió su voz a Hollian—. Necesito poder. Para curarle.

No había visto a la eh-Estigmatizada aproximarse; pero ahora estaba nadando a su lado. Suavemente, la mujer dijo:

—Tal vez ese derrame no sea necesario. Puede que me sea posible hacer algo por él. Una eh-Estigmatizada tiene ciertos conocimientos de curación. Pero no quiero verme de nuevo implorando ante el Clave.

Linden apretó sus dientes hasta que la mandíbula le dolió, conteniendo su desesperación.

—Ya has visto lo que es capaz de hacer. ¿Crees que va a ir a Piedra Deleitosa para permitir que te sacrifiquen?

Hollian meditó un momento, tocó delicadamente la inflamación de Covenant y dijo:

—Lo intentaré. Pero debo esperar a la salida del Sol. Y debo saber cómo contrajo ese daño.

El autocontrol de Linden no llegaba a tanto. A la salida del Sol sería demasiado tarde. Covenant no podía durar hasta el amanecer. ¡La Escogida!, murmuró para sí misma. Dios Mío. Dejó que Sunder contestara a las preguntas de la eh-Estigmatizada. El inició el relato de lo que le había sucedido a Covenant, y la atención de Linden se concentró en el débil y arruinado cuerpo del Incrédulo.

Pude sentir el veneno pasando por la inútil constricción de la manga de su camisa. La muerte carcomía, al igual que la lepra, los cimientos de su vida. De ninguna manera podría llegar al amanecer.

Su madre había decidido morir; pero él quería vivir. Se había canjeado por Joan y había sonreído, como si el proyecto fuera una bendición; y aún, en cada acto suyo, demostraba que quería vivir. Quizá *estaba* loco, quizá su historia del Despreciativo *era* producto de su paranoia, pero las situaciones vividas no podían ser refutadas. En Pedraria Cristal había aprendido a aceptarlas.

Ahora se estaba muriendo.

Tenía que ayudarle. Ella era médico. Seguro que podía hacer algo contra la enfermedad. Era imposible que su extraña compenetración no actuara en ambos sentidos. Con un sollozo interior, abandonó su resistencia y desnudó su corazón.

Poco a poco, se introdujo dentro de él, morando su propio ego en la carne de él. Sintió su debilitada respiración como propia, sufrió el calor de su fiebre y quedó tan íntimamente atada a él como jamás lo había estado a ningún hombre.

Luego sintió la acción del veneno. Era impotente para repelerla. Le producía náuseas como el aliento enfermo de aquel viejo que le había dicho *Se fiel*. Ninguna parte de ella sabía cómo dar vida de esta forma, pero hizo cuanto podía hacer. Luchó por él con la misma energía y con la misma secreta y desesperanzada determinación que la había llevado a estudiar medicina, como un acto de indignación contra la ineficacia de sus padres, un hombre y una mujer que nada habían comprendido de la vida, excepto la muerte, y habían anhelado aquello que comprendían con la codicia de unos amantes. Ellos le habían enseñado la importancia de ser eficaz, objetivo que persiguió sin descanso durante quince años.

Esa persecución la había llevado a Haven Farm. Y allí, su desfallecimiento ante la aflicción de Joan, había puesto en tela de juicio toda su vida. Ahora aquella duda tenía el sabor y la corrupción del veneno de Covenant. No podía extinguirlo. Pero trató, con fuerza de voluntad, abrir las últimas barreras de su vida. Aquella enfermedad era un mal moral. La ofendía tanto como la había ofendido Marid o como la había ofendido el asesinato de Nassic y el cuchillo caliente, y ella la condenaba con cada latido de su corazón. Introdujo aire en sus pulmones, presionó su pulso para continuar y se opuso con toda su fuerza a la corrosión y el progreso del mal.

Así, ella sola, pudo mantenerlo vivo durante el resto de la noche.

Los huesos de su frente estaban doloridos por la fiebre compartida cuando Sunder la obligó a regresar a sí misma. Empezaba a amanecer. Hollian y él habían llevado la balsa a la orilla. Linden miró a Hollian rápidamente. Su alma estaba llena de cenizas. Una parte de ella jadeaba continuamente. No. Nunca más. El río corría a través de una tierra baja que debió haber sido una gran llanura; pero ahora, en su lugar, había montañas de hierba preternatural arrancada por tres días de lluvias torrenciales y corrompida luego por el Sol de Pestilencia. Mientras el día se aproximaba, el viento movía corrientes de putrefacción de un lado a otro del Mithil.

Entonces Linden adivinó por qué Sunder y Hollian habían escogido aquel lugar. Junto a la orilla, había un banco de arena que ocupaba parte del curso del agua, formando un montículo donde Covenant podría descansar, lejos de la fétida hierba.

Los pedrariansos amarraron la balsa, llevaron a Covenant a la arena y le levantaron el cuerpo de forma que descansara en los brazos de Linden. Tratando de mantenerlo derecho, pese a su propio agotamiento, observó como Sunder y Hollian se

apresuraban a buscar piedra. Pronto estuvieron fuera de su vista.

Con el reducido remanente de sus fuerzas, Linden volvió la cabeza para ver salir el Sol.

Apareció por el horizonte vestido de color de carne, como las velas de un barco con plaga a bordo. Agradeció su calor. Necesitaba calentarse y secarse. Pero su corona la hizo gruñir con repugnancia. Dejó a Covenant en la arena, luego se sentó a su lado y lo estudió como si tuviera miedo de cerrarle los ojos. No sabía cuánto tardarían en llegar los insectos.

Sunder y Hollian regresaron excitados. La tensión entre ellos se mantenía, pero habían encontrado algo importante para ambos. Juntos, llevaban una gran mata que habían arrancado de raíz, como si fuera un tesoro.

—¡*Voure!* —gritó Hollian mientras ella y Sunder depositaban la planta en la arena. Su pálida piel era luminosa a la luz del Sol—. Ha sido una gran suerte. La *voure* es una planta muy extraña. —En seguida empezaron a arrancar sus hojas.

—Sí, muy extraña —confirmó Sunder—. Ese nombre está en la Rede, pero yo no conozco la *voure*.

—¿Es curativa? —preguntó Linden.

En respuesta, Hollian le dio un puñado de hojas. Eran pulposas como esponjas. De los tallos rotos salía una savia blanca. Su intenso olor le hizo retirar la cabeza.

—Frótate la cara y los brazos con este jugo —le aconsejó Hollian—. La *voure* es muy potente contra los insectos.

Linden se quedó mirando hasta que sus sentidos registraron la verdad de Hollian. Luego obedeció. Cuando se hubo aplicado aquel jugo, hizo lo mismo con Covenant.

Sunder y Hollian estaban ocupados en la misma tarea. Cuando terminaron, él guardó las hojas restantes en su saco.

—Ahora —dijo rápidamente la eh-Estigmatizada—, debo hacer lo que permita mi capacidad para restaurar a Mediamano.

—Su nombre es Covenant —protestó Linden. Para ella, *Mediamano* era una palabra del Clave y no le gustaba.

Hollian parpadeó como si aquello fuera irrelevante y no contestó.

—¿Necesitas mi ayuda? —preguntó Sunder. Su sequedad había vuelto. En alguna forma que Linden no podía precisar, Hollian le molestaba o le amenazaba.

La respuesta de la eh-Estigmatizada fue igualmente corta.

—Creo que no.

—Entonces pondré a prueba esa *voure*. Voy a ver si encuentro *aliantha*.

Moviéndose con brusquedad, volvió a la orilla y avanzó a zancadas a través de los hierbajos.

Hollian no perdió el tiempo. De su vestido sacó un pequeño puñal de hierro y la varita *lianar*. Arrodillándose junto al hombro derecho de Covenant, colocó el *lianar*

en su pecho y tocó su mano izquierda con el puñal.

Ahora el Sol ya estaba por encima del horizonte, ejerciendo su corrupción. Pero el jugo de *voure* parecía formar un escudo contra la putrefacción. Y aunque varios insectos habían empezado a volar en todas direcciones, no se acercaban al banco de arena. A Linden le enfermaba concentrarse en estas cosas. No quería ver los ritos de sangre de la eh-Estigmatizada. No quería verlos fallar. Sin embargo, fijó la vista en el cuchillo para seguir la operación.

Al igual que el antebrazo de Sunder, la palma derecha de Hollian estaba llena de viejas cicatrices. Pasó el hierro por su carne. Un reguero de sangre empezó a bajar por su muñeca desnuda.

Seguidamente dejó el puñal y cogió el *liantar* con su mano sangrante. Sus labios se movían, pero no emitía ningún sonido.

Toda su atención se centraba en la varita. De súbito, unas llamas envolvieron la madera. Fuego del color del aura solar envolvió sus dedos. Su voz se convirtió en un cántico audible, pero las palabras eran extrañas a Linden. El fuego creció, cubriendo la mano de Hollian y empezó a unirse con la sangre de su muñeca.

Mientras ella cantaba, el fuego iba lanzando largos y delicados vástagos jarcillos de visteria. Se extendieron por la arena, alcanzando el agua, como venas de sangre en la corriente, buscando luego la orilla como si trataran de encontrar un lugar para echar raíces.

Con el soporte de una resplandeciente red de jarcillos de poder, ella ajustó su canto y bajó su *liantar* hasta el envenenado antebrazo de Covenant. Linden retrocedió instintivamente. Pudo sentir el mal sabor de la enfermedad en el fuego y la preternatural fuerza del Sol Ban. Hollian usaba la misma fuente de poder que Sunder con la Piedra del Sol. Pero después de un momento, Linden se dio cuenta de que el efecto del fuego no era malsano. Hollian atacaba el veneno con veneno. Al retirar su vara del brazo de Covenant, la inflamación había empezado a decrecer.

Cuidadosamente, trasladó su poder a la frente, poniendo la llama en contacto con la fiebre en su cráneo.

En seguida, su cuerpo se quedó rígido, la cabeza se echó hacia atrás; un grito salió de su garganta. Una detonación instantánea en su anillo lanzó un remolino de arena sobre las dos mujeres y el río.

Antes de que Linden pudiera reaccionar, él se hallaba completamente inerte.

La eh-Estigmatizada se desplomó a su lado. La llama del *liantar* se extinguió, dejando la madera clara, limpia y entera. En el espacio de un latido de corazón los jarcillos de fuego se apagaron solos, pero su imagen quedó retenida unos momentos en los ojos de Linden.

Se apresuró a examinar a Covenant con cierta aprensión. Pero al tocarle, él inhaló profundamente y empezó a respirar como si estuviera dormido. Le tomó el pulso, y lo

encontró normal y seguro.

Una sensación de alivio inundó todo su cuerpo. El Mithil y el Sol parecían extrañamente empañados. Se encontró postrada en la arena sin haberse dado cuenta de que se recostaba. Su mano izquierda tocaba el agua. Aquel toque frío parecía ser lo único que le impedía llorar.

Con voz débil Hollian preguntó:

—¿Se encuentra bien?

Linden no pudo responder porque no tenía palabras.

Poco después, Sunder regresó. Llevaba las manos llenas de bayas-tesoro. Pareció observar la extenuación de sus compañeros. Sin decir nada, se aproximó a Linden e introdujo entre sus labios una baya.

Su delicioso sabor la restauró. Hizo una estimación de la cantidad de *aliantha* que Sunder traía y tomó su parte. Las bayas alimentaron una parte de ella que se había extendido hasta más allá de sus límites en su esfuerzo para mantener vivo a Covenant.

Hollian observaba con cansancio y extrañeza como Sunder consumía su porción de *aliantha*. Pero no se atrevió a tocar las bayas que él le ofreció.

Una vez recuperadas las fuerzas, Linden colocó a Covenant de forma que estuviera medio sentado. Luego cogió bayas y lo alimentó con ellas. Su efecto fue casi inmediato: su respiración se estabilizó, sus músculos se fortalecieron y el color de su piel se normalizó.

Deliberadamente, Linden miró a Hollian. El esfuerzo de haber curado a Covenant la había dejado en necesidad de alimento. Y su mirada escudriñadora no admitía otra respuesta. Con un estremecimiento de resolución aceptó una baya y la introdujo en su boca. Después la masticó.

Su propio placer la dejó desconcertada. Una especie de revelación resplandecía en sus ojos, mientras se desprendía de sus temores como de un manto desechado.

Con un íntimo suspiro, Linden bajó la cabeza de Covenant y la apoyó en la arena para que descansara.

Los compañeros permanecieron en el banco durante buena parte de la mañana para recuperarse. Luego, cuando la inflamación de Covenant había derivado de negro a un color jaspeado de amarillo y púrpura, y había descendido del hombro, Linden juzgó que se hallaba en condiciones de viajar. Y emprendieron nuevamente la marcha Mithil abajo.

El *voure* siguió protegiéndoles de los insectos. Hollian dijo que aquella savia mantendría su actividad durante varios días, y Linden empezó a creerlo cuando descubrió que su olor aún se percibía después de haber pasado medio día inmersa en el agua.

En el cárdeno rojo de la puesta del Sol, hicieron parada en un ancho declive de

roca que se extendía desde el río hacia el Norte. Tras el esfuerzo de los últimos días, Linden apenas notó la incomodidad de dormir sobre piedra. Parte de ella estaba todavía en contacto con Covenant como una cuerda afinada para resonar adecuadamente en un determinado tono. En la mitad de la noche, se encontró mirando como encantada la afilada hoz de la Luna. Covenant estaba sentado a su lado. No parecía consciente de su presencia. Sin hacer ruido, alcanzó el borde del agua para beber.

Ella lo siguió, angustiada, ante la posibilidad de que sufriera una recaída en su delirio. Al verla, dio muestras de reconocerla con un movimiento de cabeza y la condujo a un lugar donde pudieran, al menos, susurrar sin molestar a los otros. La forma en que llevaba el brazo demostraba que aún lo tenía delicado, pero útil. Su expresión era oscura en la vaga noche, pero su voz sonó clara.

—¿Quién es la mujer?

Ella de pie junto a él, atisbo en la sombra de su desconcierto.

—¿No la recuerdas?

—Recuerdo a las abejas —dijo con un instantáneo temblor—. Aquel Delirante. Nada más.

Los esfuerzos de ella para mantenerle vivo la habían hecho vulnerable a él. Había compartido su extrema gravedad, y ahora parecía demandarle algo que nunca le sería posible rechazar.

—Tuviste una recaída.

—¿Una recaída? —preguntó, tratando de flexionar su brazo.

—Fuiste picado y sufriste un *shock*. Fue como otra mordedura en el mismo lugar, pero creo que peor. —Involuntariamente tocó su hombro—. Creí que no llegarías a contarlo.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace día y medio.

—¿Y cómo...? —Empezó, pero luego cambió la pregunta—. ¿Y luego qué?

—Sunder y yo no pudimos hacer nada por ti. Simplemente continuamos. —Le dio más rapidez a sus palabras—. Aquella noche fuimos a otra pedraria. —Ella le contó la historia como si tuviera prisa para llegar al final. Pero cuando trató de describirle el poder de su anillo, él la detuvo.

—Eso no es posible —susurró.

—¿De verdad que no recuerdas nada?

—No. Pero te digo que es imposible. Yo siempre... siempre he necesitado alguna clase de detonador. La proximidad de otro poder, como el *orcrest*. Nunca actúa solo. Nunca.

—Tal vez fuera el Caballero.

—Sí —admitió—, podría ser. Ese cetro... su rukh —dijo, repitiendo el nombre

que ella le había dado, para asegurarse.

Linden asintió y continuó hablando.

Cuando terminó, Covenant se expresó en forma vacilante.

—Tú dices que estuve desvariando. Debe ser así, pues no recuerdo nada. Luego, ese Caballero trató de atacar y, de súbito, tuve poder —su tono mostraba la importancia de la cuestión—. ¿Qué me ocurrió? No pude defenderme solo si estaba tan enfermo. ¿Resultaste herida? ¿...o Sunder?

—No. —Súbitamente, la oscuridad entre ellos se llenó de significado. Ella se había arriesgado hasta extremos increíbles para mantenerlo vivo... ¿y para qué? En su poder y delirio ella no contaba para nada, excepto para ser acusada de haberle abandonado. Incluso ahora, él no sabía cuánto le había costado su supervivencia. No. Casi no pudo esconder su amargura cuando dijo:

—No. No fue eso.

Luego él, suavemente preguntó:

—Entonces ¿qué fue?

—Te hice creer que Joan estaba en peligro. —Y prosiguió, golpeándole con palabras—. Fue lo único que se me ocurrió. No ibas a ser capaz de salvarte a ti mismo... ni de salvarme a mí. Sólo sabías acusarme de haberte abandonado. Por Dios —exclamó—. He estado junto a ti desde la primera vez que vi a Joan. Sin importarme lo loco que puedas estar, he permanecido contigo. Ahora estarías muerto de no haber sido por mí. Pero tú seguías acusándome y yo no lograba que me hicieras caso. El único nombre que significó algo para ti fue el de *Joan*.

Le había hecho daño. Su mano derecha hizo un gesto hacia ella; luego retrocedió. En la oscuridad, parecía no tener ojos. Sus cuencas se encaraban a ella como si se hubiera quedado ciego. Ella esperaba alguna protesta, alguna disculpa. Pero estaba allí de la misma forma que había estado cuando le había conocido en Haven Farm; derecho, bajo el peso de cargas imposibles. Cuando habló, su voz estaba enmarcada en rabia y tristeza.

—Ella fue mi esposa. Se divorció de mí porque yo había contraído lepra. De todas las cosas que me han ocurrido, esta fue la peor. Dios sabe que he cometido crímenes. He violado, matado, traicionado... Pero esas son cosas que *hice* yo, y también hice todo lo que pude para compensar el mal que había producido. Ella me trató como si fuera una ofensa. Siendo yo quien era, sufriendo una dolencia física, no pude haber prevenido o curado más de lo que previne o curé mi propia mortalidad. Yo la aterrorizaba. Eso fue lo peor. Porque yo lo creía. Yo sentía esa forma de lepra sobre mí.

«Yo le di un motivo de reproche. He vivido con él durante once años. No pude soportar el hecho de ser la causa. He vendido mi alma para pagar esta deuda; pero de nada ha servido. —Los músculos de su cara se contorcían ante el recuerdo—. Soy un

leproso. Nunca dejaré de ser un leproso. Y nunca me será posible quitarme de encima su reproche. Esto va más allá que cualquier elección. Sus palabras eran de color de sangre.

»Pero, Linden —prosiguió. La primera alusión pinchó su corazón—. Ella es mi ex-esposa. —A pesar de sus esfuerzos para controlarla, su voz contenía una dosis de fatalidad, como un lamento—. Si el pasado sirve de algo, no voy a verla nunca más.

Sus ojos se pegaron a él al tiempo que acumulaba cantidad de incertidumbres. ¿Por qué no iba a ver más a Joan? ¿Cómo había podido venderse a sí mismo? ¿Cuántas cosas había ocultado? Pero, en su vulnerabilidad, había una pregunta más apremiante que ninguna otra. De una manera normal la formuló:

—¿Quieres verla de nuevo?

Para sus tensos oídos, la simplicidad de la respuesta llevaba el peso de una declaración.

—No. No me gusta ser un leproso.

Ella se volvió para que él no viera las lágrimas que tenía en los ojos. No quería descubrirse tanto ante él. Estaba en peligro de perderse. Y aún, su alivio era tan punzante como el amor. Mirando hacia atrás, dijo tranquilamente:

—Tómame un descanso. Lo necesitas.

Luego regresó al lugar donde estaban Sunder y Hollian, tendidos en la roca, y pasó largo tiempo temblando como si estuviera atrapada en un invierno de soledad sin protección.

Cuando se despertó el Sol ya se había levantado, rojo y amenazante. La *alianta* amontonada junto al saco de Sunder indicaba que los pedrarians habían ido a buscar comida, con éxito. Covenant y la eh-Estigmatizada estaban juntos, entablando relación. Sunder, sentado cerca de ellos y parecía limpiarse los dientes.

Linden se puso en pie. Su cuerpo estaba dolorido por la dureza de su cama; pero no le prestó atención. Evitando los ojos de Covenant, como si estuviera avergonzada, se acercó al río para lavarse la cara.

A su regreso, Sunder repartió las bayas-tesoro. Los viajeros comieron en silencio. Sin embargo, Linden no podía desentenderse de lo que ocurría entre sus compañeros. Covenant estaba tan rígido como nunca lo habría estado en Haven Farm. Las delicadas facciones de Hollian mostraban perplejidad, casi como una especie de temor. Y el mal humor del Gravanélico no había desaparecido; un resentimiento dirigido a la eh-Estigmatizada o a sí mismo.

La actitud de todos ellos creaba confusión en Linden. Ella era responsable de sus tensiones e inadecuada para resolverlas. Al mantener la vida de Covenant, había abierto puertas que ahora no podía cerrar, aunque había jurado cerrarlas. Musitando agriamente algo para sí misma, terminó su *alianta*, esparció las semillas más allá de las rocas y se dispuso con energía a hacer los preparativos para volver al río.

Pero Hollian no podía sobrellevar su propia pena en silencio. Después de un momento se dirigió al Incrédulo.

—Dices que debo llamarte Covenant, aunque es un nombre de mal agüero y sienta mal a mi boca. Bien, Covenant. ¿Has pensado adonde vas? El Gravanélico y Linden Avery dicen que tienes que dirigirte a Piedra Deleitosa. Mi corazón se encoge al pensarlo; pero si éste es tu destino, yo no voy a desanimarte. Piedra Deleitosa está allí —dijo, señalando al Noreste—, a más de doscientas leguas de distancia. El Mithil ya no sigue tu camino.

—Esto ya lo sabemos, eh-Estigmatizada —murmuró Sunder.

Ella no hizo caso de su intervención y continuó:

—Podríamos seguir a pie, con la ayuda del *voure*.

—Dudó al darse cuenta de la dificultad de lo que estaba proponiendo.

—Y probar fortuna —terminó, sin que sus ojos hubiesen dejado la cara de Covenant.

—Podemos. —Su tono revelaba que ya había hecho su elección—. Pero no quiero correr el riesgo de nuevas picaduras. Continuaremos por el río un día o dos más.

—Covenant. —La mirada de Hollian era punzante—. ¿Ya sabes lo que hay en este camino?

—Sí —respondió, mirándola de frente—. Andelain.

¿Andelain? La intensidad, no mostrada anteriormente, con que pronunció este nombre puso a Linden en estado de alerta.

—¿Es que tú...? —Hollian luchaba contra su aprensión—. ¿Es que tú *eliges* pasar por Andelain?

—Sí. —La resolución de Covenant era absoluta. Pero estudió atentamente a la eh-Estigmatizada, como si su preocupación le molestara—. Quiero verlo, antes de ir a Piedra Deleitosa.

Su decisión la dejó aterrada. Abrió la boca con la intención de gritar, pero no pudo encontrar aire suficiente en la mañana.

—Estás loco. O eres un servidor de a-Jeroth, como predica la Rede. —Se volvió hacia Linden y luego hacia Sunder, rogándoles que la escucharan—. No debéis permitirselo. —Luego llenó sus pulmones de aire y gritó—: ¡No debéis!

Covenant la emprendió contra ella. Hundiendo los dedos en sus hombros, la sacudió y dijo:

—¿*Qué hay de malo en Andelain?*

La boca de Hollian se movía, pero no encontraba palabras.

—¡Sunder! —gritó Covenant.

Tensamente, el pedrariano, respondió:

—Estoy a ochenta leguas de mi casa. No sé nada de Andelain.

Hollian trató de controlarse.

—Covenant —dijo en tono patético—, tú puedes comer *alianta*, desafiar al Clave, atropellar la Rede y retar al mismo Sol Ban, pero de ninguna manera debes entrar en Andelain.

Covenant bajó la voz y preguntó:

—¿Por qué no?

—¡Es una artimañana y un engaño! —dijo ella—. Una abominación del Reino. Se muestra agradable y cruel a los ojos y seduce a todos los que lo miran, para su destrucción. ¡Es impermeable al Sol Ban!

—¡Imposible! —exclamó Sunder.

—¡No! —puntualizó Hollian—. Digo la verdad. Sol tras Sol, siempre permanece inalterado, como una imitación del paraíso. —Trataba de transmitir a Covenant todo su espanto—. Mucha gente ha sido traicionada allí... La leyenda se cuenta a menudo en toda esta región. Pero yo no hablo sólo de leyendas. He conocido a cuatro... cuatro bravos pedrarians que sucumbieron en ese señuelo. Angustiados y temiendo por sus vidas, abandonaron Pedraria Cristal para correr aventuras en Andelain. Dos entraron y no volvieron a salir. Los otros dos regresaron a Pedraria Cristal y la locura se enraizó en ellos como el *Grim* de na-Mhoram. No había remedio para disminuir su violencia. Rofit se vio obligado a sacrificarlos.

—Covenant —rogó—, no vayas allí. Te vas a encontrar con un tormento más temible que cualquier Sol Ban sin protección. —Cada palabra de ella vibraba con convicción, con verdadero miedo—. Andelain es la profanación del alma.

Bruscamente, Covenant apartó de él a la eh-Estigmatizada. Dio la vuelta y bajó por el declive para detenerse a la orilla del agua. Sus puños se abrían y cerraban, temblando, a ambos lados.

Linden fue de inmediato a su encuentro, buscando alguna forma de disuadirlo. Ella creía en lo que había dicho Hollian. Pero en cuanto tocó su brazo, la violenta reacción de él la dejó muda.

—Andelain. —La voz le salía llena de fatalismo y rabia. Súbitamente se volvió hacia ella—. Dices que has estado conmigo. —Sus ojos la atravesaban—. Quédate ahora. Nada más importa. Sigue a mi lado.

Antes de que ella tratara de responder, se dirigió a Sunder y a Hollian. Ellos le miraban, confundidos por su pasión. El Sol dibujaba su perfil a contra luz.

—Andelain había sido el corazón del Reino. —Su voz sonó como si se estuviera estrangulando—. Tengo que ver lo que ha ocurrido allí.

Un momento después estaba en el agua, nadando río abajo con todas sus fuerzas.

Linden valoró sus propias posibilidades y decidió no seguirle. No podía mantener su marcha; ya se reencontraría con él más tarde. *Sigue a mi lado*. Sus sentidos le indicaban que Hollian decía la verdad. Había algo engañoso encerrado en Andelain;

pero las palabras de Covenant habían desechado toda convicción de peligro. Se había esforzado con la intimidación de una amante en salvar su vida. No podía soportar el coste de aquella intimidación, pero podía hacer otras cosas por él. Volviéndose hacia los pedrarianos, llamó:

—¿Sunder?

El Gravanélico miró hacia el río, luego a Hollian y, por fin, localizó la llamada de Linden.

—La eh-Estigmatizada es pedrariana —respondió—, como yo. Comparto sus temores. Pero ahora estoy atado al ur-Amo. Le acompañaré.

Con un simple movimiento de cabeza, Linden aceptó su decisión.

—¿Hollian?

La eh-Estigmatizada no parecía poder enfrentarse a la elección que le tocaba hacer. Sus ojos vagaron por la piedra en busca de respuestas que no contenía.

—¿Es que he sido rescatada de un peligro para el peligro? —Murmuró amargamente. Pero lentamente fue recuperando la fuerza que le había permitido enfrentarse a Croft y a Sivit con dignidad—. Se dice en la Rede, por encima de toda duda, que el Mediamano es un servidor de a-Jeroth.

Linden respondió rápidamente:

—La Rede se equivoca.

—¡No puede ser! —El temor de Hollian se palpaba en el aire—. Si la Rede es falsa, ¿cómo puede sostener la vida?

—Eh-Estigmatizada, —intervino inesperadamente Sunder con voz estrangulada como si hubiera llegado, sin aviso ni preparación, a una crisis—, Linden Avery habla de otra falsedad. Para ella, todas las cosas relacionadas con el Sol Ban son falsas.

Hollian estaba atenta a lo que decía y también Linden escuchaba. Ella trataba de mantenerse en su lugar; pero los esfuerzos del Gravanélico para expresar sus propios sentimientos la hizo permanecer callada.

«Eh-Estigmatizada —prosiguió—, yo te he acogido con resentimiento. Tu presencia es un reproche que se me hace. Tú eres pedrariana. Tu comprendes lo que pasa cuando un Gravanélico traiciona a su hogar. Tanto si lo quieres como no, me estás acusando. Y tu situación es envidiable para mí. Tú eres inocente del hecho de estar donde estás. Sea cual sea el camino que sigas a partir de este lugar, nadie podrá recriminarte nada. En cambio, todos mis caminos son caminos de reproche.

»Mi vindicación ha sido la de ser necesario al ur-Amo y a Linden Avery, sirviendo a sus objetivos. Su visión me ha llegado al corazón y la supervivencia de esa visión ha estado en mis manos. Sin mi ayuda, ahora estarían muertos y con ellos un claro mundo de belleza que se me ha dado a escuchar.

»Lo elijas o no, me despojas del valor asistencial que tengo para ellos. Tus conocimientos del Sol Ban y de los peligros que tenemos delante, con toda seguridad

exceden a los míos. Tú puedes curar y yo no. Tú no has segado ninguna vida. En tu presencia, yo no tengo respuesta a mis culpas».

—Sunder —Hollian respiró—. Gravanélico. Este castigo no representa nada. El pasado no puede cambiarse. Tu vindicación no puede ser arrebatada.

—Las cosas cambian —respondió tensamente—. El ur-Amo Covenant altera el pasado a cada instante. Por tanto —dijo para cortar su protesta— no tengo elección. Ya no puedo pasarme sin estas alteraciones. Pero tú sí tienes elección. Y precisamente porque puedes elegir, eh-Estigmatizada, te imploro. Presta tu servicio al ur-Amo. El ofrece mucho... y lo necesita. Tu ayuda es más grande que la mía.

La mirada de Hollian estaba fija en él mientras hablaba. Pero no pudo encontrar ninguna respuesta a su miedo.

—Ah —suspiró amargamente—, yo no puedo ver tal elección. Detrás de mi veo muerte y delante veo horror. Esto no es elegir, es un tormento.

—¡Es una elección! —gritó Sunder, sin poder contener su vehemencia—. Ni la muerte ni el horror son inevitables para ti. Puedes separarte de nosotros y encontrar un pueblo nuevo donde establecer tu casa. Ellos desconfiarán de ti durante algún tiempo, pero eso pasará. Ninguna pedraria osaría sacrificar voluntariamente una eh-Estigmatizada.

Sus palabras cogieron por sorpresa tanto a Hollian como a Linden. A Hollian, ni se le había ocurrido la idea que él le estaba dando. Y Linden no llegaba a comprender por qué había utilizado tal argumento.

—Sunder —dijo Linden suavemente—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Trato de persuadirla —respondió, sin apartar los ojos de Hollian—. Una elección hecha libremente es más fuerte que aquella que se toma por coacción. Necesitamos su fuerza. De otra forma, dudo que lleguemos alguna vez a Piedra Deleitosa.

Linden se esforzó en comprenderle.

—¿Intentas decirme que *quieres* ir a Piedra Deleitosa?

—Debo ir —respondió; pero sus palabras iban dirigidas a la eh-Estigmatizada—. No me queda otro remedio. Debo ver contestadas las mentiras de la Rede. Durante todas las generaciones del Sol Ban, los Caballeros han recogido sangre en nombre de la Rede. Ha llegado la hora de obligarles a decir la verdad.

Linden asintió y puso su atención en Hollian mientras ésta absorbía el argumento de Sunder y buscaba una respuesta. Después de un momento dijo lentamente:

—En lo de la *alianta*, si no en otra cosa, he llegado a dudar de la Rede. Y Sivit na-Mhoram-wist quería mi muerte, aunque estaba claro para todos los presentes que yo significaba mucho en beneficio de Pedraria Cristal. Si te dispones a seguir al ur-Amo Covenant en nombre de la verdad, yo te acompañaré. —Luego volvió la mirada hacia Linden—. Pero no entraré en Andelain. Eso sí que no lo haré.

Linden tomó nota mental de su aviso y dijo:

—Muy bien, vámonos. —Llevaba ya demasiado tiempo alejada de Covenant y su ansiedad por él tensaba todos sus músculos. Pero una última palabra la hizo volverse—. Sunder —dijo pensativamente—. Gracias.

Su gratitud pareció desconcertarlo. Pero luego respondió con una muda inclinación. En este gesto, se comprendieron uno a otro.

Dejando el saco y la balsa para los pedrarianos, Linden se tiró al agua y nadó en busca de Covenant.

Lo encontró descansando en una lengüeta de tierra situada tras una curva del río. Parecía cansado y esperando, como si supiera que ella iba a llegar. Al salir del agua cerca de él, después de frotarse los ojos para aclarar su visión, pudo observar el gesto de alivio medio escondido entre su convalecencia y su desgredada barba.

—¿Vienes sola?

—No. Los otros vienen detrás. Sunder le ha explicado a ella todo el asunto.

El no contestó. Bajó la cabeza hasta apoyarla en sus rodillas, y escondió la cara, como si no quisiera mostrar su satisfacción, por la ayuda que había conseguido.

Sunder y Hollian estuvieron pronto a la vista y en seguida se reagruparon para seguir juntos río abajo. Covenant cabalgaba la corriente en silencio, con su vista siempre fija hacia adelante. También Linden permanecía callada, tratando de recoger las dispersas piezas de su intimidad. Se hallaba totalmente vulnerable, como si cualquier palabra casual o cualquier ligero toque pudieran conducirla al borde de sus propios secretos. No sabía cómo recuperar su antigua autonomía. Durante el día pudo sentir el Sol de Pestilencia amenazándola mientras nadaba; y su vida parecía compuesta de hilos contra los cuales no tenía protección.

Luego, a últimas horas de la tarde, el río empezó a correr en línea recta en dirección Este, y el terreno por el que se deslizaba iba cambiando dramáticamente. Empinadas colmas se levantaban a ambos lados como contraponiéndose unas a otras. Las de la derecha eran rocosas y desnudas, con una desolación distinta de la tierra salvaje producto del Sol del Desierto. Linden adivinó que aquel era su estado natural, que nunca un Sol Fértil había aliviado su aridez. Algún antiguo desastre había eliminado en ellas toda posibilidad de vida vegetal, algo que debía haber ocurrido mucho tiempo antes del dominio del Sol Ban.

Pero las colinas de la izquierda ofrecían un tremendo contraste. La fuerza con que afectaron a sus sentidos fue un *shock* para sus nervios.

Al Norte del Mithil había una frondosa región intocada, para bien o para mal. Los olmos y toda la brillante vegetación que marcaba los límites tenían su altura natural y un aspecto saludable; no había Sol Fértil que hubiera influido en su crecimiento ni Sol de Pestilencia que hubiera corrompido su madera o su savia pura. La hierba que se extendía formando grandes extensiones de césped a partir de la orilla del río, era

genuina y podían verse plantas de *alianta*, amarillis y botones de oro. Un suave aire soplaba desde aquellas colinas, siempre limpio y virginal.

La demarcación entre esta región y su terreno circundante era tan clara como una línea trazada en el barro; en aquella frontera terminaba el Sol Ban y empezaba la belleza. Cerca del río, como señal y guardián de las colinas, había un roble, nudoso y oscuro, con largas ramas engalanadas con brionia, como una capa de poder, una canosa majestad inmutable ante la desertización o corrosión. Era el árbol que prohibía la entrada o daba la bienvenida, según el espíritu de quienes llegaban.

—Andelain —susurró tensamente Covenant, como si quisiera cantar y no pudiera abrir su garganta—. Oh, Andelain.

Pero Hollian miró hacia las colinas con irreprimida repugnancia. Sunder pasó la vista por encima de ellas como si encerraran un peligro que no podía identificar.

Y Linden tampoco podía compartir la satisfacción de Covenant. Andelain le chocó como el sabor de la *alianta* encarnado en el Reino. Se desvelaba a su particular percepción con una intensidad visionaria. Era tan azaroso como una droga que puede matar o curar, según la pericia del médico que la utilice.

Linden sentía temor y curiosidad. Había sentido el Sol Ban de una manera demasiado personal y se había expuesto demasiado en Covenant. Quería encontrar amabilidad como si su alma desesperara por ella. Pero el miedo de Hollian era del todo convincente. Las emanaciones de Andelain llegaban a la cara de Linden con sabor tan fatal como profético. Vio intuitivamente que las Colinas podían herirla o hacerla sentir herida tan absolutamente como cualquier agravio. No tenía la habilidad necesaria para medir o controlar la potencia de la droga. ¡Era imposible que aquellos árboles y hierba ordinarios pudieran ejercer tanto poderío! Ella ya estaba comprometida en una batalla contra la locura. Hollian había dicho que Andelain volvía a la gente loca.

—No —se repitió a sí misma—. No otra vez, por favor.

Por mudo consenso, ella y sus compañeros hicieron parada para la noche en lado opuesto al roble. Había un hechizo peculiar entre ellos. Covenant miró extasiado a la luz trémula. Pero la repulsión de Hollian se mantenía invariable. Sunder llevaba desconfianza en la corvadura de sus hombros. Y Linden no podía dejar sus sentidos libres de la desolación de las colinas del Sur. Esta región desértica era como una sombra proyectada por Andelain, una consecuencia del poder. A ella le afectó como si demostrara la legitimidad del miedo.

Al anochecer, Hollian pinchó la palma de su mano con la punta de su pequeña puñal y utilizó la sangre para obtener una pequeña llama verde en su *liantar*. Luego anunció que al día siguiente habría un Sol Fértil. Pero Linden estaba encerrada en sus propias aprensiones y apenas oyó a la eh-Estigmatizada.

Se levantó al amanecer con sus compañeros, y le dijo a Covenant:

—Yo no voy a ir contigo.

El aire matinal no pudo mitigar su sorpresa.

—¿No? ¿Por qué?

Ella no pudo responder inmediatamente, y él la urgió:

—Linden, ésta es tu oportunidad de probar algo distinto a la enfermedad. Has sido herida por el Sol Ban. Andelain puede curarte.

—No. —Trató de que su negación sonara segura, pero los recuerdos de su madre y, del aliento del viejo habían desgastado su autocontrol. Ella había compartido la enfermedad de Covenant, pero nunca había compartido su fortaleza—. Sólo parece saludable. Ya has oído a Hollian. En algún lugar de allí hay algo canceroso. Ya me he arriesgado lo suficiente.

—¿Canceroso? —replicó—. ¿Has perdido tus ojos? Esto es *Andelain*.

Linden no pudo aguantar su oscura mirada.

—No se nada acerca de Andelain. No se qué decirte, pero, es demasiado poderoso. No podría soportarlo. Allí perdería el juicio.

—Allí puedes encontrarlo —insistió tercamente—, he estado hablando de luchar contra el Sol Ban y tú dudas entre creerme o no. Allí está la respuesta. Andelain niega al Sol Ban. Incluso puedo verlo. El Sol Ban no es omnipotente.

«Desde luego, Andelain tiene un gran poder —prosiguió él en un arranque de ira y persuasión—. Así tiene que ser. Pero nosotros también necesitamos poder. Y necesitaríamos saber qué hay de claro en Andelain.

«Puedo comprender a Hollian e incluso a Sunder. El Sol Ban los ha hecho tal como son. Es algo cruel y terrible, pero es lógico. Un mundo lleno de leprosos no puede automáticamente confiar en alguien que tenga los nervios sanos. Pero *tú*, tu eres médico. Luchar contra la enfermedad es tu oficio. Linden, —la cogió por los hombros, forzándola a mirarle a la cara. Sus ojos parecían desvaídos e inflexibles, como si creyera que todo el mundo podía hacer lo que él hacía, como si no supiera que le debía la vida a ella, que toda su demostración de empeño y valor hubiera quedado en nada sin su intervención—. Ven conmigo».

A. pesar de sus temores, ella quería ser igual que él. Pero había almacenado demasiado veneno y necesitaba tiempo y fuerzas para recobrarle.

—No puedo. Tengo miedo.

La furia de su mirada le producía un martirio. Ella bajó los ojos y, al cabo de un momento, él dijo, de una manera distante:

—Estaré de vuelta de aquí a dos o tres días. Probablemente es mejor así. La insensibilidad del cuerpo tiene sus ventajas. Es posible no sea vulnerable a lo que haya allí, sea lo que sea. Cuando vuelva decidiremos lo que vamos a hacer.

Ella asintió con dificultad y él la soltó.

El Sol se levantaba, vestido de esmeralda. Cuando ella volvió a alzar la cabeza, él

estaba en el río, nadando hacia Andelain como si fuera capaz de hacer algo. Una luz tintada de verde danzaba en los rizos del agua por donde pasaba. El veneno todavía estaba en él.

Segunda parte

LA VISIÓN

DOCE. Las colinas de Andelain

Cuando Thomas Covenant hubo pasado el árbol venerable y viró comenzando a adentrarse en Andelain, una parte débil y afligida de sí mismo se quedó con Linden. Se encontraba todavía afectado por el ataque de las abejas y no quería estar solo. Involuntariamente, casi inconscientemente, había llegado a depender de la presencia de Linden. Se sentía atado a ella con muchas cuerdas, algunas de las cuales le eran conocidas, tales como su valor y su apoyo, y su disposición a arriesgarse por su bien. Pero había otras que no parecían tener nombre. Sé sentía casi físicamente atado a ella sin saber del todo por qué. Su negativa a acompañarle le hizo temer algo.

Parte de su temor arrancaba del miedo de sus compañeros. Se resistía a creer que, a pesar de su belleza, Andelain encerrara algo canceroso. Pero llevaba ya tantos años padeciendo lepra que se había acostumbrado a la enfermedad, y esa clase de temor sólo pudo acelerar su determinación. Gran parte de su nerviosismo partía del rechazo de Linden y de lo que podía significar aquella decisión.

Muchas de sus esperanzas giraban en torno a Linden. La duda minimizaba su anterior victoria en el Reino. No podía eludir la convicción de que al haber elegido comprar la seguridad de Joan se había vendido al Despreciativo, lo cual significaba haber perdido la libertad de acción de la que dependía la eficacia en su lucha contra él. Había sentido aquella cuchillada en su pecho y sabía que podía fallar. *La magia indomeñable ya no puede nada contra mí. De tu propia voluntad pondrás el oro blanco en mi mano.* Pero Linden era otra cuestión. Había sido escogida por el viejo que una vez le había dicho *Sé fiel*. En su invocación, el Amo Execrable no había demostrado tener conocimiento o deseo de su presencia. Y desde entonces ella se había mostrado capaz de muchas cosas. Aparte de su severidad, era bella. ¿Por qué no podría tener alguna esperanza con aquella mujer?

Pero ahora, su negativa a acompañarle a Andelain, parecía indicar que sus esperanzas se habían forjado sobre arenas movedizas, que su inquebrantable voluntad había sido una expresión de cobardía, más que de entereza.

El comprendía esas cosas. El era un leproso, y para los leprosos, cada golpe recibido en cualquier lugar del mundo era una lección de cobardía. La decisión de ella había aumentado su simpatía. Pero él estaba solo; y sabía por larga y brutal experiencia lo poco que podía hacer estando solo. Incluso el apoteosis de su último poder ejercido contra el Amo Execrable, se habría quedado en nada sin el apoyo y la risa de Corazón Salado Vasallodelmar.

Por ello, al subir, camino de Andelain, sintió que estaba caminando hacia una situación de desamparo, falta de camaradería, de esperanza y quizá de valor, de la cual nunca podría recuperarse.

Al llegar a lo alto de la colina se detuvo para saludar a sus compañeros. Pero no

respondieron; no le estaban mirando. Su falta de respuesta le hirió como si deliberadamente le hubieran vuelto sus espaldas.

Pero él era un hombre que siempre había sido fiel a sus penurias, y el Reino se había convertido en un desgarrador e inmediato agobio para él. Seguía su camino hacia Andelain porque necesitaba salud, poder y conocimientos para tratar de restaurar lo que se había perdido.

Sin embargo, pronto cambió su estado de ánimo porque aquello era Andelain, tan precioso en su recuerdo como sus mejores amigos del Reino. En el aire, un éter tan fresco como una eterna primavera, no podía ver siquiera el aura crisoprática del Sol; la luz solar no contenía nada excepto una abundancia de belleza. La hierba que se extendía bajo sus pies, era brillante y de color verde berilo, recién enojada de rocío. Los bosques se extendían hacia el Norte y el Este de donde él se encontraba. Augustos olmos ponían frente al azul del cielo como príncipes, sauces tan delicados como filigrana le hacían señas invitándole a entrar en su sombra curadora de corazones. Alrededor de los robustos y sanos troncos, diversas flores enriquecían el césped. Y por encima de todo, una atmósfera de pureza y vibrante hospitalidad, como si allí y no en otra parte habitara la quintaesencia de la salud, puro regalo para templar el alma.

Mascando *alianta* a su paso por las laderas, dando ocasionales saltos de alegría, Thomas Covenant se adentraba rápidamente a Andelain.

Poco a poco, fue calmándose, poniéndose más a tono con la impoluta tranquilidad de las colinas. Los pájaros cantaban en las ramas; pequeños animales del bosque saltaban entre los árboles. Nada hizo para estorbarles. Y después de caminar a cierta distancia, bebiendo ávidamente el roborante de Andelain, devolvió sus pensamientos a sus compañeros, a Hollian y a Sunder. Ahora estaba seguro de que las Colinas no eran cancerosas, que no contenían ningún secreto ni ninguna enfermedad mortal. Esta idea se había hecho inconcebible. Pero al mismo tiempo, la intensidad de lo que veía, sentía y amaba, incrementaba su comprensión a la actitud de los pedrarianos.

Ellos eran como leprosos; todos los habitantes del Reino se comportaban como leprosos. Eran las víctimas del Sol Ban, víctimas de una enfermedad que no tenía cura ni escape. Expulsados de la belleza del mundo. Y en esas condiciones, la necesidad de sobrevivir imponía duras penalidades. No había nada bajo el Sol tan peligroso por un leproso como su propio anhelo por una vida amable, el compañerismo y la esperanza, que le eran negados por su enfermedad. Esta susceptibilidad llevaba al desespero y a la autocontemplación, a la convicción de que el aislamiento de un leproso era un justo castigo, una aflicción que debió ser merecida.

Visto de esta forma, Andelain era una venganza viviente del Sol Ban. El Reino no era como Andelain porque la gente del Reino merecía más pagar un tributo que

disfrutar de una vida plácida. ¿Qué otra cosa podían creer, aún soportando la penuria de sus vidas? Al igual que muchos leprosos, habían sido obligados a aprobar su propia miseria. Por esta razón, Sunder no podía confiar en nada que no estuviera reglamentado por el Sol Ban. Y Hollian creía que Andelain la destruiría. No tenían elección.

Ninguna elección, absolutamente. Hasta que aprendieran a creer que el Sol Ban no era la única verdad de sus vidas. Hasta que Covenant pudiera encontrar una respuesta que los liberara.

Estaba preparado para sacrificar todo lo que poseía, todo lo que era en aras de abrir un camino que permitiera a Sunder, Hollian y Linden, entrar en Andelain sin temor alguno.

Durante todo el día viajó sin descanso. No necesitaba descansar. La *alianta* curaba los efectos del veneno, y el agua, en sus claros arroyos, le mantenía fresco como un recién nacido, y cada nueva vista era en sí misma una nueva forma de sustentación, vivida y deliciosa. El Sol se puso con esplendor sin que él hubiese pensado siquiera en tomarse un descanso. No podía pararse. Continuó adelante, siempre en dirección Noreste, hasta que se hizo de noche y salieron las estrellas sonrientes de las profundidades celestiales para hacerle compañía.

Pero la oscuridad era todavía joven cuando fue detenido por la visión de una pequeña luz amarillo-anaranjada que fluctuaba entre los árboles como una brizna incandescente. No intentó aproximarse a ella. Los recuerdos le mantuvieron quieto. Se quedó enmudecido y reverente mientras la flama se acercaba a él. Al aproximarse, emitía un finísimo sonido acampanillado, como el toque de un delicado cristal.

Luego se quedó en el aire ante él y Covenant se inclinó. Era una de las almas de Andelain; una flama no más grande que su mano, danzando verticalmente, como si la oscuridad fuera una mecha invisible. Con un movimiento correspondió a su reverencia. Cuando se alejó, flotando lentamente, él la siguió. Su brillo hacía que su corazón se estremeciera. De camino hacia las almas de Andelain, sintió un pesar que hubiera dado cualquier cosa por no sentir. En otro tiempo, muchos de ellos habían muerto porque a él le faltó la fuerza o el poder para salvarles.

Pronto aquella alma se juntó con otra, y luego con otras, y en poco tiempo estuvo rodeado por ellas, que danzaban a su alrededor mientras andaba. El brillante círculo y la luz de las llamas le guiaban. Y así caminó y caminó, como si conociera la ruta, hasta que una luna tenue y plateada se levantó por encima de las Colinas orientales.

Fue entonces cuando las Almas le condujeron a una loma bastante alta, desprovista de árboles, pero opulentamente cubierta de hierba. Luego el campanileo fue convirtiéndose en una música más fuerte. El mismo aire se convirtió en una canción y cada hoja de hierba era una nota en su armonía. Era una canción dura a pesar de su lento compás y conllevaba un largo lamento que él comprendió muy bien.

Las Almas se quedaron en la base de la loma, formando un gran anillo, pero la música le empujaba a él hacia arriba, hacia la cima.

Y luego vino la letra, tan significativa que nunca la olvidaría. Las palabras eran tristes y resolutas. Y habría llorado con ellas de haber estado menos extasiado.

«Andelain yo guardo y moldeo en mi frágil hechizo,
Mientras la ruina del mundo destruye bosque y campiña,
Savia y rama son para mi tristeza y suplicio,
Y los pétalos caen sin que los pueda socorrer,
Constreñidos por la muerte de mi poder,
Yo mantengo la alabarda de la Ley contra la Tierra.

«Andelain te quiero y te alimento en mi pecho inmaterial;
Y fielmente detengo los deseos del Despreciativo.
Mas la infidelidad es mi pesar en los sueños y de los descansos.
Y las aflicciones hacen desfallecer mi valor.
Las burlas del Sol Ban son las mejores respuestas que recibo.
Y siento que toda la belleza que hay fuera y dentro de mí, muere.

«¡Andelain! Me esfuerzo con urgencia y quebranto, y precaución
A que el Despreciativo se hunda y se rinda.
De cada fallo de mi viejo corazón él saca provecho;
Y ello aterra, sin estremecer.
Ya no puedo esparcir más mi poder,
Aún me llegan tremendas visiones de desgracia y llanto.

«¡Oh, Andelain! ¡Perdón! Condenado estoy a perder esta guerra,
No soporto verte morir... ni vivir,
Predestinado al amargor y a la ciencia gris del Despreciativo.
Pero mientras pueda, atenderé la llamada
Del Verdor y del Árbol; y en su nombre
Empuñaré la albarada de la Ley contra la Tierra.

Lentamente, a través de la música, Covenant observaba al cantante.

El hombre era alto y fuerte, vestido de sedalina blanca. En su mano empuñaba una nudosa rama de árbol como bastón. La melodía coronaba su cabeza. La música fluía de su silueta en corrientes de fosforescencia. Su canción era la misma substancia del poder y con ella mantenía la noche en la palma de su mano.

Su cara no tenía ojos ni órbitas. Aunque había cambiado extremadamente en los diez años o treinta y cinco siglos desde que Covenant lo había visto por última vez,

no parecía haber envejecido en absoluto.

Covenant sintió un impulso de arrodillarse, pero lo rehuyó. Pensó que si se arrodillaba ahora, la necesidad de postrarse, en adelante, no tendría fin. En su lugar, se mantuvo quieto ante la inmensa música blanca de aquel hombre y esperó.

Después de un momento, el hombre canturreó, con voz férrea:

—Thomas Covenant, ¿me conoces?

Covenant captó su mirada sin ojos.

—Eres Hile Troy.

—No. —La canción fue absoluta—. Soy Caer-Caveral, el Forestal de Andelain. En todo el Reino soy el último de mi clase.

—Sí —respondió Covenant—. Ya recuerdo. Me salvaste la vida en el Coloso, después de que regresé de Morinmoss. Creo que también debiste salvarme en Morinmoss.

—No hay Morinmoss. —La melodía de Caer-Caveral se convirtió en destemplanza y dolor—. El Coloso ha caído.

—¿No hay Morinmoss? ¿No hay bosques? —Covenant tuvo que contenerse las lágrimas—. ¿Qué quieres de mí? ¿Puedo hacer algo?

El Forestal canturreó durante un momento, sin contestar. Luego cantó:

—Thomas Covenant, ¿has visto Andelain?

—Sí —respondió—. Lo he visto.

—En todo el Reino, es la última reserva de la Ley. Con mi fortaleza, mantengo aquí el suelo sin rendirse. Cuando caiga al final, pues debo caer, ya que además sigo siendo Hile Troy y ha de llegar el día en que no pueda negarme a sacrificar mi poder, ya no habrá restitución por el abismo de esta pérdida. La Tierra pasará a su última edad y nada la podrá salvar.

—Lo sé —dijo Covenant con las mandíbulas cerradas—. Lo sé.

—Thomas Covenant —cantó aquel hombre alto—, de ti lo quiero todo y nada. No te he enviado a buscar esta noche para pedir, sino para dar. ¡Mira! —Haciendo un gesto con su bastón sobre la hierba, arrancó más música, y allí, a través de la melodía y como encarnaciones de la canción, Covenant los vio. De color plata pálido como si hubieran sido hechos de luz de luna, aunque la Luna no era de este color, ante él se encontraban. La corriente plateada de Caer-Caveral los iluminaba como si hubieran sido creados del fuego del Forestal.

Los amigos de Covenant.

El Amo Superior Mhoram, con su sabia serenidad en los ojos y su peculiar sonrisa.

Elena, hija de Lena y violada, antes Ama Superior, bella y apasionada. Hija de Covenant.

Bannor, Guardián de Sangre, equilibrado, capacitado y con la capacidad de juicio

que nunca pudo serle arrancada.

Corazón Salado Vasallodelmar, que sobresalía de todos los demás, como había sobrepasado a todos los mortales en tamaño, humor y pureza de espíritu.

Covenant los contempló a través de la música como si las fibras de su alma se estremecieran. Un gemido se escapó de su pecho, y se adelantó hacia ellos con los brazos extendidos para abrazarlos.

—¡Alto!

La orden del Forestal dejó congelado a Covenant antes de poder tocarlos. Todos sus músculos quedaron inmóviles.

—No lo comprendes —Caer-Caveral cantó más amablemente—. No puedes tocarlos, ya que no tienen carne. Ellos son los muertos. La Ley de la Muerte ha sido rota y no puede repararse. Tu presencia aquí los ha levantado de su sueño, pues todo aquel que entra en Andelain encuentra aquí a sus Muertos.

—¿No puede...? ¿Después de todo este tiempo? —Las lágrimas bajaron por las mejillas de Covenant; pero cuando Caer-Caveral le soltó, no hizo ningún movimiento más para acercarse a los espectros. Casi agarrado por su perplejidad, dijo:

—Me estáis matando.

—¿Qué queréis de mí?

—Ah, querido —respondió rápidamente Elena, en una clara e inconfundible voz que él recordó con angustia—, no es tiempo para lamentos. Nuestros corazones están contentos de verte aquí. No hemos salido para torturarte sino para bendecirte con nuestro cariño. Y para ofrecerte regalos, tal como la Ley permite.

—Es una palabra de verdad —añadió Mhoram—. Regocíjate con nosotros, ya que ninguno puede negar que nos regocijamos de verte a ti.

—Mhoram —Covenant lloró—, Elena, Bannor, ¡oh, Vasallodelmar!

La voz del Forestal adoptó un retumbar como una amenaza de tormenta.

—Ésta es la causa de que hombres y mujeres se vuelvan locos en Andelain. Esto no debe durar por más tiempo. Thomas Covenant, tus compañeros han hecho bien en no acompañarte. El hombre y la mujer del Reino sucumbirían a la vista de sus muertos. Y la mujer de tu mundo levantaría aquí algunas sombras. Debemos dar nuestros regalos mientras la mente y el valor están en su sitio.

—¿Regalos? —La voz de Covenant vaciló, suspirando—. ¿Por qué? ¿Cómo...? —Estaba tan lleno de necesidades que no podía nombrarlas.

—Ah, amigo mío, perdónanos —dijo Mhoram—. No podemos responder a preguntas. Es la Ley.

—Hasta en las invocaciones del difunto Kevin, quien rompió la Ley de la Muerte —repuso Elena—, las respuestas del Muerto rebotan contra el que pregunta. No vamos a dañarte con nuestras respuestas, querido.

—Y tú no necesitas respuestas —Vasallodelmar estaba riéndose de contento—.

Tú te bastas para cada pregunta.

¡Vasallodelmar! Las lágrimas quemaban la cara de Covenant igual que fuego. Se encontró de rodillas, sin recordar que se había arrodillado.

—Es suficiente —cantó el Forestal—, ahora balbucea, incluso —con gracia y dignidad, se colocó al lado de Covenant—. Thomas Covenant, no voy a decir el nombre de lo que persigues. Pero te ayudaré a encontrarlo —con su bastón tocó la frente de Covenant. Una llama blanca de música recorrió su mente—. El conocimiento ya está dentro de ti, aunque no puedas verlo. Pero cuando llegue la hora, encontrarás el medio de desenvolver el regalo.

Cuando cesó la canción, no dejó nada en su memoria excepto una vaga sensación de fuerza.

Caer-Caverall se apartó hacia un lado, y el Amo Superior Mhoram se adelantó en silencio.

—Ur-Amo e Incrédulo —dijo pausadamente—. Mi regalo para ti es un consejo. Cuando hayas comprendido las necesidades del Reino, debes abandonarlo, pues lo que tú persigues no está en él. La auténtica palabra de Verdad no puede hallarse de otra manera. Pero quiero prevenirte de lo siguiente: No te dejes engañar por las necesidades del Reino. Lo que tú persigues no es en realidad lo que parece ser. Al final, debes volver al Reino.

Antes de que Covenant pudiera pedirle que le aclarara más, se retiró.

Elena ocupó el lugar del Amo Superior.

—Querido —dijo con una sonrisa profundamente emocionada—. Me ha correspondido a mi hablarte de algo muy duro. La verdad es la que tú temías que fuera: el Reino ha perdido su poder para remediar su enfermedad, pues el bien que se había hecho ha sido destruido por el Despreciativo. Por tanto lamento que la mujer que ha venido contigo no haya tenido valor de acompañarte, pues tienes mucho que ver y soportar. Pero debe venir a su tiempo para encontrarse a sí misma. Cuida de ella, querido, para que al final pueda curarnos a todos.

Luego su voz se volvió más aguda, llevando un eco del odio feroz que la había llevado a romper la Ley de la Muerte.

«Otra cosa quiero decirte, querido. Cuando llegue el momento y debas enfrentarte al Despreciativo, debes encontrarle en Monte Trueno, concretamente en Kiril Threndor, donde ha fijado su morada.

Elena, musitó Covenant para sí, aún no me has olvidado, y ni siquiera lo sabes.

Un momento después, Bannor estaba ante él. La cara *Haruchai* del guardia de sangre era impasible, implacable.

—Incrédulo. Yo no tengo regalo para ti —dijo sin modular la voz—, sólo te digo: Redime mi pueblo. Su pacto es una abominación. Y ellos te servirán bien.

Luego, Vasallodelmar se adelantó y Covenant vio que el Gigante no estaba solo.

—Mi querido amigo —dijo alegremente Vasallodelmar—. A mi me ha correspondido darte un regalo que no tiene precio. ¡Mira!

Cuando Vasallodelmar señaló a su compañero, Covenant se dio cuenta en seguida de que aquella figura no era uno de los Muertos. Llevaba una corta túnica gris y, debajo de ella, toda su piel era tan oscura como el espacio de entre las estrellas. Su forma era perfectamente moldeada y fuerte; pero su cabello era negro, sus dientes y encías eran negras y, por último, sus pupilas y ojos eran de pura medianoche. Se mantenía como absorto entre los Muertos, el Forestal y Covenant. Sus ojos miraban al vacío, como sin ver nada.

—Éste es Vain —dijo Vasallodelmar— el producto final de los ur-viles — Covenant vaciló al recordar a los ur-viles. Pero el gigante prosiguió—: Corona todas las generaciones de crianza. Como amigo tuyo, te imploro que lo tomes por compañero. No te va a gustar, porque no habla y no sirve a otro propósito que al suyo. Pero este propósito es poderoso y puede ser grandemente deseado. Sus creadores han sido siempre buenos dominadores de la ciencia, aunque atormentados, y cuando algo se le pone por delante, al menos no desfallece.

»Digo que no sirve a otro propósito que al suyo propio. Pero a fin de que puedas aceptarlo, los ur-viles lo han formado de manera que pueda recibir órdenes una vez. Una sola, pero has de procurar que sea suficiente. Cuando tengas necesidad de él y no haya absolutamente ninguna otra forma de ayuda, dile: “*Nekhrimah, Vain*” y obedecerá.

»Thomas Covenant, mi querido amigo —Vasallodelmar se inclinó—. En nombre de Hotash Slay, donde fui consumido y renacido, te ruego que aceptes este regalo. Covenant casi no podía evitar el impulso de rodear con sus brazos el cuello del gigante. Había aprendido a temer mucho a los ur-viles y sabía mucho también de sus trabajos. Pero Vasallodelmar había sido su amigo y había muerto por ello. Emocionadamente dijo: —Sí, de acuerdo.

—Muchas gracias. —El gigante respiró y se retiró. Durante un momento hubo silencio. La luz de las ánimas creció ligeramente, y los Muertos estaban allí quietos, como imágenes del poderío y tristezas del pasado. La canción de Caer-Caverall adoptó la estridencia de un trueno. El flujo de su fosforescencia se tiñó de rojo. Covenant sintió que sus amigos estaban a punto de partir. En seguida su corazón empezó a trabajar, buscando las palabras para decirles a sus amigos cuanto les quería.

El Forestal se aproximó de nuevo; pero el Amo Superior Mhoram le indicó con un gesto que esperara.

—Una palabra más —dijo Mhoram a Covenant—. Esto debe ser dicho, aunque arriesgo mucho al decirlo. Amigo mío. El peligro del Reino no es el que fue. El Amo Execrable trabaja en nuevos sistemas, provocando la ruina, y su maligna labor no puede ser contestada en ningún combate. El te ha dicho que eres su enemigo.

Recuerda que lo que persigue es pervertirte. No significa nada evitar sus trampas, porque siempre están aseguradas con otras trampas, y la vida y la muerte están demasiado íntimamente relacionadas para ser separadas una de otra. Pero es necesario comprenderlas para que puedan ser dominadas. Cuando... —balbuceó momentáneamente— cuando hayas llegado al límite y no te quede ya otro recurso, recuerda la paradoja del oro blanco. Hay esperanza en la contradicción.

¿Esperanza?, se preguntó Covenant. ¡Mhoram! ¿No sabes que voy a fracasar?

Poco después, la canción de Caer-Caveral bajaba firmemente al dorso de su cuello, y él estaba dormido en la espesa hierba.

TRECE. El Demondim-producto

Cuando despertó, su cara le picaba como si la hierba hubiera crecido en su barba, y su espalda estaba caliente por el Sol de media mañana.

Levantó la cabeza y vio que se encontraba en la misma loma donde había encontrado a Caer-Caveral y a los Muertos. Andelain se extendía a su alrededor, desplegada como una flor hacia el Sol. Pero él observaba los árboles y el cielo de una manera abstracta; las Colinas habían perdido temporalmente su poder sobre él. Estaba demasiado lleno de cenizas para moverse.

Recordaba claramente la noche anterior. Lo recordaba todo, excepto la convicción de su realidad.

Pero la duda duró sólo un momento. Cuando se sentó y cambió su ángulo de visión, vio a Vain.

El Demondim-producto confirmaba la certeza de todo lo demás.

Se encontraba justo en el lugar donde estuvo la noche anterior, ligeramente recostado y absorto. A Covenant le chocó de nuevo la perfección física de Vain. Sus piernas eran lisas y fuertes; su carne no tenía manchas. Pudo haber sido una pieza idealizada de estatuaria.

No dio signos de haberse dado cuenta de que Covenant estaba despierto, ni de conocerlo. Sus brazos colgaban relajados, con los codos ligeramente torcidos, como si hubiera sido ideado para desarrollar una gran actividad, pero sin haber tenido ocasión de hacerlo hasta el momento. No se oía ninguna respiración en su pecho; sus ojos ni parpadeaban ni se movían.

Lentamente, Covenant recordó los otros regalos que había recibido. Eran muy oscuros para él. Pero la solidez de Vain representaba alguna forma de protección. Covenant tomó a su compañero como promesa de que los otros regalos serían igualmente importantes.

Buscando alivio a su desánimo, se levantó y miró a Vain. Consideró brevemente aquella figura oscura y luego dijo:

—Vasallodelmar dice que no hablas. ¿Es verdad?

Vain no reaccionó. Una sonrisa ambigua se dibujó en sus labios, pero ninguna expresión especial alteró la ebonita de sus ojos. Podía también estar ciego.

—Muy bien —murmuró Covenant—. Efectivamente no hablas. Espero que las otras cosas que dijo de ti sean también ciertas. No quiero comprobarlas. Voy a tratar de mandar sobre ti hasta donde pueda. Si esos ur-viles hubieran mentido... —Covenant frunció el ceño—, tratando de penetrar en el misterio de su compañero; pero ninguna intuición le ayudaba.

—Puede que Linden sea capaz de decirme algo sobre ti. —La negra mirada de Vain no se movía. Al cabo de un momento Covenant exclamó, gritando—. ¡También

espero no adoptar la costumbre de hablarte! Esto es ridículo.

Sintiéndose vagamente atontado, miró al Sol para ver la dirección que debía tomar. Luego empezó a bajar la loma en viaje de regreso para reunirse con sus amigos.

El Demondim siguió unos cuantos pasos detrás de él. Se movía como si hubiera memorizado los alrededores desde hacía tiempo y ya no necesitara orientarse. A pesar de su solidez física, sus pasos no hacían ruido ni dejaba huellas en la hierba.

Covenant se encogió de hombros y emprendió el camino en dirección Suroeste a través de las colinas de Andelain.

Hacia mediodía, había comido suficiente *aliantha* como se hubiera consumido en una fiesta y había empezado a recobrar su alegría. Andelain hizo algo por él más importante que reconfortar su vista y sus oídos o procurarle reposo. El Amo Execrable le había privado de lo más estimulante de su anterior visita: El *sentirse* lleno de salud como una palpable cinosura en cada cosa verde y viviente que le bordeaba. Pero las colinas parecían conocer su pacto y formulaban su instancia para ofrecerle cuanto pudiera hacerle gozar de su estancia. El aire estaba lleno de alegres pájaros. La hierba era una almohada para sus pies, de forma que las rodillas y los muslos se sentían cómodos en sus pasos. La *aliantha* lo nutría hasta que todos sus músculos estuvieran rebosantes de vitalidad.

Así transformó Andelain su desolación, mezclándola en un granítico sentido de proyecto. Consideró las hazañas que tenía por delante sin miedo e hizo un solemne juramento, un juramento sin temores ni furia, el juramento de que Andelain no caería mientras le quedara aliento o pulso para defenderla.

A mitad de la tarde llegó a un arroyo donde el agua corría plácidamente sobre un lecho de fina arena, y se detuvo para darse un baño. Sabía que no podría llegar a reunirse con sus compañeros antes del anochecer y por tanto no tenía que darse prisa. Quitándose las ropas, se restregó desde la cabeza a los pies con arena hasta que se sintió limpio por primera vez en muchos días.

Vain estaba plantado junto al arroyo como si hubiera estado enraizado en aquel sitio durante toda su vida. Covenant tuvo, de pronto, un maléfico impulso. Sin avisar, lanzó al Demondim una salpicadura de agua. Las gotas se deslizaron por su obsidiánica carne, pero él no parpadeó ni mostró señal alguna de conciencia.

¡Diablos! —musitó Covenant. Un toque de preocupación oscureció su tono. Casi con rabia empezó a lavar sus ropas.

Pronto se halló nuevamente en camino, con Vain detrás.

Había planeado continuar andando hasta alcanzar el valle del Mithil y a sus compañeros. Pero aquella noche no había luna y las estrellas no daban mucha luz. En cuanto se extinguió la última iluminación de la tarde, decidió tomarse un descanso.

Durante algún tiempo tuvo dificultades para dormir. Una indeterminada ansiedad

se lo impedía. Vain continuaba como una efigie de oscuridad aludiendo a los peligros. Un ur-vile, pensó Covenant disgustado. No podía confiar en un ur-vile. Ellos, los Demondim eran una de las antiguas razas del Reino; y habían servido al Amo Execrable durante milenios. Covenant había sido atacado una y otra vez por aquellas extrañas criaturas. Carentes de ojos y ávidos de sangre, habían devorado cantidad de personas cuando él estaba vacío de poder. Ahora no podía creer que los ur-viles que habían dado Vain a Vasallodelmar le hubieran dicho la verdad.

Pero el aire y la hierba de Andelain eran un elixir para su vaga angustia, y finalmente se durmió.

Ya estaba despierto y en camino cuando el Sol iniciaba su ascenso. Ahora sentía tristeza. No quería abandonar Andelain. Pero no permitió que eso le hiciera acortar el paso. Estaba preocupado por sus compañeros. Mucho antes de mediodía ya había traspasado la última línea de colinas por encima del Mithil.

Penetró en el Valle demasiado desviado hacia el Este; el viejo roble que se hallaba en el límite de Andelain estaba a media legua de distancia a su derecha. Rápidamente caminó hacia él por las crestas, tratando de ver a sus amigos.

Pero cuando se aproximó al majestuoso árbol, no pudo ver signo alguno de Linden, Sunder o Hollian.

Covenant se detuvo y escudriñó la región desierta, detrás del Mithil, tratando de divisar algún rastro de sus compañeros. Era más amplia de lo que él había creído. En sus prisas para entrar en Andelain, había prestado poca atención a la configuración de la zona. Ahora observó que la arruinada roca de vieja pizarra se extendía hasta cierta distancia a través de las colinas y, quizás a una legua hacia el Oeste en los Llanos. Nada crecía en aquella devastada región. Yacía ante él como un cadáver de piedra. Pero los bordes contrastaban por la abundante verdor del Sol Fértil. Dos períodos de fertilidad sin uno desértico entre ellos que despejara el terreno había hecho que la zona pareciese una isla muerta cercada de verde.

Pero de Linden y de los dos pedrarianos no había ni rastro.

Covenant bajó por la ladera de la colina y se lanzó al agua. Nadando por la superficie del Mithil se dirigió hacia la orilla Sur. Poco después se encontró en el lugar donde se había despedido de Linden.

Recordaba el lugar exacto. Todos los detalles coincidían al hacer memoria. Era aquí, aquí...

—¡Linden! —su grito no se impuso a la desolación de las rocas y desapareció sin eco en la jungla de sus alrededores—. ¡Linden!

No pudo encontrar ninguna evidencia de que hubieran estado allí ni de que nunca hubiera tenido compañeros.

El Sol llevaba su cerco verde como una sonrisa de desdén. Su mente quedó un momento en blanco temiendo lo peor. Las maldiciones que no podía proferir se batían

con su estupefacción. Sus compañeros se habían ido. El los había dejado y en su ausencia, algo les había ocurrido. ¿Algún otro Caballero? ¡Y sin estar allí para defenderlos...! ¿Qué había hecho? Golpeándose los puños, uno contra otro, se encontró mirando los inescrutables ojos de Vain.

La visión le hizo trepidar.

—¡Estaban *aquí!* —exclamó como si el Demondim le hubiera contradecido. Un escalofrío recorrió su cuerpo, convirtiéndose en un frío furor. Empezó a buscar por el sector.

—Ellos no me han abandonado. Algo los ha sacado de aquí. O han sido capturados. Desde luego, no los han matado ni heridos, ya que no hay sangre.

Vio una alta pila de piedras y se subió a ella, haciendo caso omiso del vértigo. Manteniéndose precariamente sobre las piedras, miró a través del río hacia los llanos que bordeaban Andelain. Pero la maraña de la monstruosa vegetación era impenetrable; sus compañeros podían estar a una distancia accesible, sin que fuera posible verlos. Estudió la desolación al Sur y al Oeste de él. Aquella tierra salvaje tenía un suelo rocoso y lo bastante caótico para esconder miles de peligros.

—¡Linden! —volvió a gritar—. ¡Sunder! ¡Hollian!

No vaciló. Descendió del montículo y volvió al lugar donde había visto a Linden por última vez. Recogió algunas piedras y formó una flecha en la roca, apuntando hacia el interior de la tierra salvaje, de forma que si sus compañeros volvían, supieran hacia donde había ido. Luego partió en la dirección de la flecha.

Vain lo siguió como una sombra que hubiera tomado cuerpo.

Covenant caminaba rápidamente, con urgencia. Su mirada inspeccionaba el terreno como cuando se controlaba visualmente las extremidades. Quería localizarlos o sería presa de un sentimiento de culpabilidad por la posibilidad de ser el responsable de la desaparición de sus amigos. Cuando conociera la naturaleza del peligro, sabría como responder. De momento no hizo ningún intento de esconderse. Sólo mantenía sus ojos alerta y se movía entre las rocas y pizarras como un hombre inclinado a su propia destrucción.

Recorrió una legua antes de detenerse y reconsiderar las direcciones a tomar. Estaba ya algo cansado por sus esfuerzos; sin embargo, Vain se mantenía cerca de él como si nunca hubiera estado en otra parte, siempre infatigable, como la piedra. Maldiciendo a Vain o a sí mismo, Covenant escogió una rampa y subió por ella, para ganar ventaja en la observación de los alrededores.

Desde lo alto, divisó los bordes de un largo cañón, quizás a media legua de él. En seguida decidió dirigirse allí, ya que era lo único que llamaba la atención en la zona.

Bajó nuevamente la rampa, pero demasiado deprisa. Al aterrizar, perdió su equilibrio y cayó frente a Vain.

Cuando se puso en pie, él y el Demondim estaban rodeados por cuatro hombres.

Eran más altos que los pedrarianos y más delgados. Llevaban unas ropas que Covenant había aprendido a asociar con los fustarianos. Pero sus vestidos estaban rasgados y una fiebre de violencia brillaba en sus ojos. Tres de ellos llevaban largas porras de piedra, y el cuarto tenía un cuchillo. Con sus armas en posición amenazadora, avanzaban juntos.

—Diablos —musitó Covenant, al tiempo que sus manos hacían un gesto inconsciente de salvaguarda—. ¡Maldita sea!

Vain miraba indiferente, como si nada ocurriera.

Sus caras mostraban malas intenciones. Covenant gruñó. ¿Es que todos los hombres del Reino querían matarle? Pero estaba demasiado furioso para retroceder. Esperando tomar por sorpresa a los fustarianos, saltó bruscamente:

—¿Dónde está Linden?

El hombre más cercano a él hizo un gesto de asentimiento.

Al instante siguiente, uno de ellos fue a la carga. Covenant se echó hacia atrás; pero los otros no atacaron. El hombre se abalanzó hacia Vain y con su porra le dio un fuerte golpe en el cráneo.

La piedra se quebró en pedazos. El hombre emitió un grito y retrocedió, agarrándose los codos.

La cabeza de Vain se movió como diciendo que sí. No acusó el golpe ni siquiera con un parpadeo. Estaba entero y absorto como siempre.

Defraudado, pidió ayuda a los otros hombres. Un momento más tarde todos se adelantaron con la vehemencia del temor.

Covenant no tenía tiempo para aturdirse. Debía cumplir su propósito y no podía verlo fracasar de esta manera. Antes de que los hombres hubieran avanzado un par de pasos, extendió los brazos y gritó:

—¡Alto! —con toda la ferocidad de su pasión.

Su grito hizo silbar el aire. Los hombres se detuvieron.

—Escuchad —dijo—. ¡No soy vuestro enemigo y no intento batirme a muerte por mi inocencia! —El hombre del cuchillo lo ondeaba amenazadoramente. Covenant señaló con el dedo su dirección—. ¡Yo os lo digo! —Estaba temblando pero la autoridad de su voz paralizó a sus atacantes.

El fustariano que había reconocido el nombre de Linden balbuceó y se reveló como el líder.

—Si te resistes —dijo tensamente— todos mis compañeros se levantarán contra ti para matarte.

Covenant añadió agriedad a su tono.

—Ni soñaría en resistirme. Vosotros tenéis a Linden y quiero ir adonde ella esté.

Encolerizado y suspicaz, el hombre trató de encontrar la mirada de Covenant, pero no pudo. Con su porra apuntó hacia el cañón.

—Allí.

—Allí —musitó Covenant—. Muy bien. Volviendo la espalda a los fustarianos empezó a andar en aquella dirección.

El líder dio una orden; y un hombre corrió para ponerse delante de Covenant. El conocía las rocas y las ruinas íntimamente; el camino que escogió era directo y bien allanado. Antes de lo que hubiera creído, Covenant fue conducido a una hendidura que cortaba la pared del cañón. El suelo de aquella hendidura descendía considerablemente antes de abrirse a su destino.

Covenant fue sorprendido por la profundidad del cañón. El lugar parecía una gola; las rocas de los bordes superiores semejaban oscuros dientes dibujados con el cielo de fondo. Imprevistos peligros parecían acechar, esperando en las sombras de las paredes. Por un momento vaciló. Pero su necesidad de encontrar a sus compañeros le empujó hacia adelante. Al virar hacia las moradas de los fustarianos, trató de captar todo lo que pudo, buscando información o esperanza.

Inicialmente le extrañó el parecido del pueblo con la gente que le había capturado. Fustaria Poderdepiedra era desaliñada; sus habitantes eran la gente más descuidada que había visto en el Reino. El suelo del cañón estaba lleno de escombros; y la gente vestía como si no tuviera ningún interés en mostrar buena apariencia ni aún en que sus ropas fueran decorosas. Muchas de las prendas que llevaban estaban sucias y rotas, a pesar de que ellos aparentaban estar bien alimentados. Las casas presentaban un aspecto similar. Las estructuras de madera eran fundamentalmente buenas. Cada una de ellas se asentaba sobre seguros soportes para protegerse de la fuerza de las aguas que corrían por el fondo del cañón durante el Sol de la Lluvia; y todas tenían armaduras de tronco gruesas como vigas. Pero la construcción de las paredes era muy deficiente, dejando aberturas en todos los lados; y muchas de las escaleras de las puertas tenían escalones rotos o pasamanos torcidos.

Covenant observaba con sorpresa y con nerviosismo creciente mientras avanzaba por aquel desorganizado claustro de chozas. ¿Cómo...? Pensó, ¿cómo puede un pueblo tan descuidado sobrevivir al Sol Ban?

Y sin embargo, en otras cosas no parecían tan descuidados. Sus ojos mostraban una rara combinación de beligerancia y pánico al mirarle a él. Le recordaban vagamente a Drool Piedracaliente, el Ente de la Cueva que había sido vengado, casi a muerte, por su ambición sobre la Piedra Illearth.

Los secuestradores de Covenant le llevaron a la casa más grande y mejor construida. Luego, el líder llamó:

—¡Gravanélica!

Al cabo de un momento, una mujer apareció y bajó por la escalerilla situándose ante Covenant y Vain. Era alta y se movía con una mezcla de autoridad y desesperación. Vestía unas ropas de color esmeralda vivo. El primer vestido brillante

que Covenant había visto, y estaba entero, aunque lo llevaba desgarradamente. Su cabellera estaba enmarañada por completo. Había estado llorando. Su rostro era oscuro y marcado por las lágrimas.

Covenant se sentía algo confuso por ver un gravanélico en una fustaria. Antiguamente, las gentes de la piedra y de la madera, cultivaban sus ciencias separadamente. Pero ya había tenido evidencia de que tales distinciones de devoción habían dejado de respetarse. Tras la derrota del Amo Execrable, los pueblos debieron haber tenido un largo período de interacción e intercambio de culturas. He aquí la razón de que Pedraria Cristal tuviera una Estigmatizada y Fustaria Poderdepiedra fuera regida por una Gravanélica.

Ella se dirigió al líder de los secuestradores.

—¿Brannil?

El hombre colocó su mano en el hombro de Covenant.

—Gravanélica —dijo en tono de acusación—, éste pronunció el nombre de la extranjera, compañera de los pedrarianos —ceñudamente prosiguió—. Es el Mediamano y lleva el anillo blanco.

La mujer miró la mano de Covenant. Cuando sus ojos volvieron a la cara, miraban de manera salvaje.

—¡Por el poder de la piedra! —exclamó— aún podremos obtener recompensa. — Su cabeza gesticuló una orden. Entonces volvió la espalda y regresó a la casa.

Covenant fue lento en responder. La apariencia de la mujer y la mención de sus amigos le aturdieron momentáneamente. Pero se alertó en seguida y gritó a la Gravanélica:

—¡Espera!

Ella se detuvo y, por encima de su hombro, dijo:

—Brannil, ¿ha mostrado algún poder contra ti?

—No, Gravanélica —respondió el hombre.

—Entonces es que no lo tiene. Si se resiste, atizadle sin piedad. Con cara malhumorada, entró en su casa y cerró la puerta.

En seguida, unas manos agarraron los brazos de Covenant y lo arrastraron hacia otra casa, lanzándole a la escalerilla. Imposibilitado de recuperar el equilibrio, cayó sobre los escalones. Inmediatamente, varios hombres le hicieron subir a la fuerza, introduciéndole en el portal con tanta violencia que tuvo que pararse el golpe con las manos en la pared del fondo.

Vain le seguía. Ninguno había tocado al Demondim. Éste subió a la choza de su propia voluntad, como si no quisiera estar separado de Covenant.

La puerta se cerró, siendo atada con un trozo de sarmiento.

—¡Maldita sea! —exclamó Covenant, sentándose en el suelo de madera y tratando de pensar. Algunas de las maderas estaban corroídas por el tiempo.

Cualquiera con fuerza o con un cuchillo podía romperlas. Pero la libertad no era precisamente lo que necesitaba. Quería a Linden, quería encontrar a Sunder y a Hollian. Y no tenía cuchillo. Sus recursos de fuerza no eran para impresionar a nadie.

Por un momento pensó en recurrir a la única orden para Vain, pero luego rechazó la idea. La situación no era todavía tan desesperada. Durante algún tiempo estudió el pueblo por las aberturas que había en las paredes, observando las sombras de la tarde alargarse en el cañón. Pero no vio nada que respondiera a sus preguntas. La cabaña le oprimía. Se sentía más prisionero, más ineficaz y dominado, que en Pedraria Mithil. Un sentido de pánico latente constreñía su corazón. Se encontró cerrando sus puños y mirando a Vain como si la pasividad de éste fuera una ofensa para él.

Su cólera le hizo decidir. Comprobó, a través de la pared frontal, que los dos guardias estaban aún allí. Luego seleccionó cuidadosamente un lugar en el centro de la puerta donde la madera fuera más débil. Midió la distancia y le dio un puntapié.

La casa tembló. La madera hizo un ruido al astillarse.

Los guardias retrocedieron un paso, quedándose mirando la puerta.

Covenant repitió el golpe. Tres viejas ramas cedieron, dejando un agujero en la puerta del tamaño de su cabeza.

—¡Cuidado prisionero! —gritó un guardia—. Vas a ser aporreado.

Covenant respondió con otro golpe. Uno de los soportes interiores quedó hecho astillas.

Los guardias vacilaron, claramente indecisos al intento de abrir la puerta mientras estuviera bajo el asalto.

Lanzándose con todo su peso, Covenant golpeó nuevamente la puerta.

Uno de los guardianes se colocó al pie de la escalerilla, mientras el otro se fue corriendo a casa de la Gravanélica.

Covenant estaba furioso. Seguía dando patadas a la puerta, pero se cansaba gastando mucha fuerza. Cuando llegó la Gravanélica, dio a la madera un último golpe y paró.

A una orden de la Gravanélica un guardián subió por la escalerilla. Observando a Covenant por el agujero, desató las ligaduras, luego se apartó para evadir la puerta para el caso de que volviera a golpearla.

Pero no lo hizo. Apartó la puerta hacia el lado con su mano y se quedó enmarcado en el portal, mirando de frente a la Gravanélica.

Antes de que ella llegara a hablar, él dijo:

—Quiero hablar contigo.

—Prisionero, yo no deseo hablar contigo —respondió arrogantemente.

Covenant se decidió a supeditarla.

—No me importa un comino lo que deseas. Si crees que no tengo poder, estás tristemente equivocada. ¿Por qué otra cosa el Clave quiere verme muerto? —Luego

añadió—: Pregunta a tus hombres lo que pasó cuando intentaron atacar a mi compañero.

La estrechez de sus ojos revelaba que había sido ya informada de la aparente invulnerabilidad de Vain.

—Haré un trato contigo —prosiguió él, negándole tiempo para pensar—. No te temo en absoluto, pero no quiero hacerte daño. Puedo esperar hasta que decidas dejarme ir. Si respondes a algunas preguntas, dejaré de echar esta casa abajo.

Los ojos de la mujer vagaron momentáneamente y volvieron a su cara.

—Tú no tienes poder.

—Entonces, ¿de qué tienes miedo?

Ella dudó. El pudo ver que tenía ganas de volverse, pero la ira de Covenant minaba su confianza. Aparentemente, su confianza había sufrido ya algún castigo por alguna otra causa. Después de un momento, ella murmuró tensamente:

—Pregunta.

En seguida, Covenant dijo:

—Tú tienes a tres prisioneros. Una mujer llamada Linden Avery y dos pedrarianos. ¿Dónde están?

La Gravanélica no buscó su mirada. De alguna forma, la pregunta era la causa de su preocupación.

—Se han ido.

—¿Ido? —Una sacudida de terror llegó a su corazón—. ¿Qué quieres decir?

Ella no respondió.

—¿*Los matasteis?*

—¡No! —Su mirada era la de un ave de rapiña a la que acaban de robar su caza—. ¡Estábamos en nuestro *derecho*! ¡Los pedrarianos eran enemigos! Su sangre fue confiscada por derecho de captura. Ellos poseían Piedra del Sol y *liantar*, también confiscados. Y la sangre de su compañera fue también confiscada. El amigo de unos enemigos es también un enemigo.

«Pero fuimos privados de nuestro derecho. —Un corrupto lloriqueo hería su voz—. Los tres cayeron en nuestro poder el primer día del Sol Fértil. Y esa misma noche vino Santonin na-Mhoram-in con su corcel. —Su maligna angustia sonaba más fuerte que un grito—. En nombre del Clave, fuimos privados de lo que nos pertenecía. Tus compañeros no son nada, Mediamano. Los entregué al Cabalgador sin ningún remordimiento. Ahora viajan a Piedra Deleitosa y ruego para que su sangre se pudra dentro de sus cuerpos.

¿Piedra Deleitosa? Covenant gruñó. ¡Maldita sea! La fuerza le fallaba en sus rodillas; tuvo que cogerse en el marco de la puerta para mantenerse derecho.

Pero la Gravanélica estaba ocupada en su propio sufrimiento. Por tanto no se dio cuenta.

—Sí. Y que se pudra también el Clave. El Clave y todos los que sirven a los na-Mhoram. Por Santonin fuimos también despojados del poder de vivir. ¡La Piedra del Poder! —Sus dientes crujieron—. ¡Cuando yo descubra quien traicionó nuestra posesión de la Piedra del Poder para dársela a Santonin na-Mhoram-in, voy a arrancarle el corazón, aún latiendo, para estrujarlo con mis propias manos!

Bruscamente plantó la mirada a Covenant, como una lanza.

—Espero que ese anillo blanco sea algo tan valioso como dicen los Caballeros. Eso será nuestra recompensa. Con tu anillo voy a tratar la devolución de nuestra Piedra del Poder. Sí, y mucho más. Por tanto, puedes disponerte a morir, Mediamano. Al amanecer, te arrancaré la vida. Va a ser un gran placer.

Miedo y sentimiento de fracaso rondaban en torno a Covenant, ensordeciéndole a la amenaza de la Gravanélica, chocando sus protestas en su garganta. Nada podía preocuparle tanto en aquel momento como el peligro que corrían sus compañeros. Por haber insistido en ir a Andelain...

La Gravanélica dio la vuelta sobre su talón y se marchó. Tuvo que esforzarse para gritarle:

—¿Cuándo salieron?

Ella no contestó; pero uno de los guardias dijo cautamente:

—A la salida del segundo Sol Fértil.

—¡Demonios! ¡Casi dos días! ¡En un corcel! Mientras los guardias le empujaban nuevamente adentro de la choza y volvían a atar la puerta, Covenant estaba pensando estúpidamente. Nunca podré alcanzarles.

Un mar de desolación se le echó encima. Estaba aquí, encarcelado, mientras cada grado del Sol y cada latido de tiempo llevaba a sus compañeros a la muerte segura. Sunder había dicho que la Tierra era una prisión para a-Jeroth de los Siete Infiernos, pero eso no era verdad; era una prisión para él solo. Thomas Covenant, el Incapaz. Si Fustaria Poderdepiedra le soltara en aquel mismo momento, no le sería posible salvar a sus amigos.

Y los fustarianos no le soltarían; este pensamiento penetraba poco a poco en su desolación. Intentaban matarle. Al amanecer. Para hacer uso de su sangre. Relajó sus puños y levantó la cabeza. Mirando por las aberturas de las paredes vio que el cañón había ya entrado en sombra. La puesta del Sol se acercaba. También la noche, como la suerte de un leproso. Una loca angustia le inducía a lanzarse contra aquella puerta debilitada. Pero la futilidad de aquella acción le hizo desistir. En su fiebre para escapar y para redimir lo que les había hecho a sus compañeros, se quedó mirando su anillo de boda.

Acurrucado allí, contra la pared y en la creciente oscuridad, consideró todo lo que conocía o recordaba acerca de la magia indomeñable. Recordó todo lo que había hecho levantar fuego blanco. Pero no vio ninguna esperanza. A Linden le había dicho

la verdad: En toda su experiencia pasada, siempre, la ejerción del poder de magia indomeñable se había producido por la proximidad de algún otro poder que actuara como detonador. Su confrontación final con el Amo Execrable habría terminado en fracaso y profanación si la propia arma del Despreciativo, la Piedra Illearth no hubiera sido tan poderosa y no hubiera lanzado su potente respuesta del oro blanco.

Sin embargo, Linden le había dicho que, en su delirio, en Pedraria Cristal, su anillo había emitido luz incluso antes de que el Caballero hubiera activado su propio poder. Siguió dándole vueltas a esta idea. El Amo Superior Mhoram le había dicho una vez *Tú eres el oro blanco*. Tal vez la necesidad de un detonador surgió en él mismo, en su resistencia no resuelta, más bien que en la misma magia indomeñable. Si eso fuera verdad...

Covenant se sentó en una postura más cómoda y puso en orden todo aquel torbellino de ideas con fuerza de voluntad. Deliberadamente empezó a buscar en su memoria, sus pasiones, su necesidad, de la llave que había abierto la magia indomeñable en su batalla contra el Amo Execrable.

Recordó lo completa que era su abyección, la extremidad de su peligro. Recordó vividamente la crueldad con que el Despreciativo le había acorralado, al borde de obligarle a rendir su anillo. Recordó el gozo con el que el Amo Execrable había visionado el Reino como sumidero de leprosidad.

Y recordó el despertar de su rabia por los leprosos, por las víctimas y la miseria. Aquella pasión, clara y pura más allá de cualquier furia que jamás hubiera sentido, le había llevado a la paradoja, el lugar del poder entre imposibilidades conflictivas; era imposible creer que el Reino era Real; imposible negar las necesidades del Reino. Acorralado en la misma contradicción, fortalecida por la cólera, se había enfrentado al Amo Execrable y había vencido.

Lo recordó todo y lo revivió tan intensamente que su corazón hervía. Y de tal intensidad trató de hacer un mando para la magia indomeñable; un mando de fuego.

El anillo permanecía inerte en el segundo dedo de su media mano. Apenas era visible con aquella escasa luz.

La desesperación revolvió sus tripas; pero la reprimió y volvió a probar. Agarró su propósito con ambas manos como un estrangulador. Detonador, pensó. Proximidad. Llevando un recuerdo como un entalle de flama en su mente, se puso en pie y confrontó la única fuente externa de poder disponible. Balanceando su media mano formando un arco, golpeó a Vain en el estómago.

La sacudida le dolió; chispas rojas como carbúnculos explosionando, cruzaron por su cerebro. Pero nada pasó. Vain ni siquiera le miraba. Si el Demondim contenía poder, lo llevaba escondido en algún sitio que Covenant no podía llegar a él.

—¡Maldita sea! —exclamó Covenant, apretándose su dolorida mano y sacudiéndola con inútil ira—. ¿No lo comprendes? ¡Van a matarme!

Vain no se movió. Sus negras facciones ya habían desaparecido en la oscuridad.

—¡Maldito! —con un esfuerzo que casi le hizo llorar, Covenant desechó la idea de seguir sacudiendo sus manos contra Vain—. Esos ur-viles posiblemente le mintieron a Vasallodelmar. Probablemente vas a estar aquí, viendo tranquilamente como me cortan el cuello.

Pero el sarcasmo no solucionaba nada. Sus compañeros se encontraban en aquel peligro porque él les había dejado indefensos. Y Vasallodelmar había muerto en el cataclismo desencadenado por el esfuerzo de Covenant contra la Piedra Illearth. Vasallodelmar, que había hecho más para atemperar la maldad del Despreciativo que cualquier magia indomeñable, resultó muerto porque Covenant era demasiado débil e incapaz de encontrar otra respuesta. Se sentó al suelo, abrumado por viejas culpas, y siguió repitiendo su última esperanza hasta que el agotamiento lo arrastró hacia el sueño.

Se despertó dos veces, con el pulso como un martillo y el corazón en llamas por los sueños de Linden llorando por él. La segunda vez ya no quiso dormir más. No creía poder soportar una vez más aquella pesadilla. Paseando alrededor de Vain, se mantuvo en vigilia entre sus incertidumbres hasta el amanecer.

Gradualmente, el cielo oriental empezó a iluminarse. Las paredes del cañón se iban quitando la noche, dejándola atrás, como depósitos de oscuridad. Covenant oyó gente moviéndose en el exterior de la cabaña y se abrazó a sí mismo.

Unas pisadas subieron por la escalerilla; unas manos manipularon en las ataduras.

Cuando la puerta estuvo suelta, se abalanzó contra ella con su espalda y de un golpe derribó al guardia, echándolo al fondo de la escalerilla. En seguida saltó al suelo, tratando de huir.

Pero había juzgado mal la altura del soporte de la barraca y cayó de mala manera sobre un grupo de hombres que se hallaban más allá de la escalerilla. Algo le golpeó detrás de la cabeza, produciéndole vértigo y produciéndole, al mismo tiempo, la pérdida de control de sus extremidades.

Los hombres le levantaron, agarrándole por los brazos y el cabello.

—Eres afortunado. La Gravanélica te quiere completamente despierto —dijo uno de ellos—. De no ser así le enseñaría a tú cráneo la dureza de mi porra.

Las piernas de Covenant se entumecieron; el cañón parecía sufrir de nistagma. Los fustarianos le arrastraron como si se tratara de una colección de huesos desarticulados.

Lo llevaron al extremo Norte del cañón, a unos quince o dieciséis pasos de la última casa se detuvieron.

Una hendidura vertical partía la piedra bajo sus pies. Acuñaado en ella se encontraba un grueso poste de madera, de una altura casi doble a su estatura.

El gimió de manera enfermiza y trató de resistirse. Pero era inútil.

Aquellos hombres le dieron la vuelta para que estuviera de cara al pueblo. Luego ataron sus brazos por detrás del poste. Hizo un débil esfuerzo para darles patadas; pero pronto ataron también sus tobillos.

Cuando hubieron terminado, se fueron sin pronunciar una palabra.

Al tiempo que su vértigo desaparecía y sus músculos empezaban a recobrase, le entraron náuseas; pero su estómago estaba demasiado vacío para soltar nada.

Las casas eran virtualmente invisibles, perdidas en la oscuridad del cañón. Pero después de un momento se dio cuenta de que el poste había sido colocado de forma cuidadosamente estudiada. La pared Este, por encima de él, estaba cortada por una profunda abertura; a través de la cual entraba una pincelada de luz del amanecer. El iba a ser lo primero del pueblo en recibir los rayos solares.

Pasaron algunos momentos. La luz solar descendía como la hoja de un hacha hacia su cabeza.

Aunque iba protegido por sus zapatos, el miedo le corroía los huesos. Su pulso parecía latir detrás de sus pupilas.

La luz llegó a su cabello, su frente, su cara... Mientras los fustarianos estaban aún en el crepúsculo, él experimentó la salida del Sol como una anunciación. El Sol llevaba una corona de bruma ligeramente amarronada. Una oleada de árido calor pasó por su cuerpo.

—¡Demonios del Infierno! —exclamó.

Cuando el Sol directo cubrió toda su cara, cegándole a los fustarianos, una lluvia de guijarros empezó a caer sobre él. Varias personas le lanzaban pequeñas piedras.

Covenant mantuvo los ojos cerrados, aguantando los golpes lo mejor que pudo.

Cuando la lluvia de piedras cesó, abrió nuevamente los ojos, viendo a la Gravanélica aproximándose, recién salida de la oscuridad.

Tenía un largo cuchillo de hierro, de un solo filo y sin mango. El negro metal parecía funesto en sus manos. Su semblante no había perdido su mísera expresión; pero también llevaba una corrupta exaltación que él no podía distinguir de la locura.

A unos veinte pasos detrás de la Gravanélica se hallaba Vain. Los fustarianos lo habían atado con fuertes sarmientos, tratando de inmovilizarle; pero él parecía no prestar ninguna atención a las ataduras. Se mantenía él mismo fuera de alcance, como si hubiera venido a presenciar la muerte de Covenant.

Pero Covenant no tenía tiempo de pensar en Vain. La Gravanélica pedía su atención.

—Ahora —dijo con voz áspera—, la recompensa. Yo segaré tu vida y tu sangre será utilizada para que los fustarianos tengamos agua. —Y mirando hacia el estrecho cañadizo, añadió—: Y con tu anillo blanco volveremos a obtener del Clave nuestra Piedra del Poder.

Echando mano de una última posibilidad de esperanza, Covenant preguntó:

—¿Dónde está tu *orcrest*?

—¿Orcrest? —devolvió suspicazmente.

—Tu Piedra del Sol.

—Ah, —respiró—, Piedra del Sol. La Rede habla de esas cosas. —Su cara mostraba repugnancia—. La Piedra del Sol está permitida, pero fuimos privados de nuestra Piedra del Poder. ¡No es justo! —Sus ojos se fijaban en Covenant como si quisiera adelantarse al sabor de la sangre—. No tenemos Piedra del Sol, Mediamano.

¿No hay Piedra del Sol? —Covenant maldijo en sus interiores. Con ella pensaba ignear su anillo. Pero la Gravanélica no tenía Piedra del Sol. No había Piedra del Sol. El Sol del Desierto le quemaba como el brillante y caliente flujo que le trajo al Reino. Invisibles alas de buitre batían el aire por encima de su cabeza como latidos de corazón insano. A través de aquel ruido, casi no podía ni hacer oír su voz.

—¿Cómo puedes...? Yo creí que todos los Gravanélicos necesitaban una Piedra del Sol. —Sabía que esto no era verdad, pero quería hacerla hablar para entretenerla. El ya había sido herido una vez. Seguramente otro golpe similar terminaría con él—. Entonces, ¿cómo puedes utilizar el Sol Ban?

—Es difícil —admitió. Pero su mirada hambrienta no parpadeó. Debo hacer uso de la Rede. ¡La Rede!— Bruscamente, escupió al agujero donde descansaban los pies de Covenant. —Durante generaciones, Fustaria Poderdepiedra no ha tenido necesidad de estos conocimientos. De Gravanélico a Gravanélico, la Piedra del Poder se ha ido traspasando y con ella hemos creado ¡vida! Sin ella, debemos sobrevivir como podemos.

El Sol mandaba un sudor que, sorteando la barba de Covenant, se deslizaba hasta la mitad de su espalda. Sus ataduras le cortaban la circulación en los brazos, proyectando dolor a sus hombros. Tenía que tragar varias veces para despejar su garganta.

—¿Qué es eso de la Piedra del Poder?

La pregunta le llegó al alma. El vio en seguida que no podía rehuir hablarle de la Piedra del Poder. Una expresión de amor o lujuria apareció en su cara. Bajó su cuchillo; sus ojos dejaron de fijarse en él.

—La Piedra del Poder —respiró ardientemente—. Ah, la Piedra del Poder —sus pechos se tensaron bajo su vestidura azul como si recordara un éxtasis—. Es poder, gloria, salud y confort. Una piedra de carísima esmeralda, alumbrada con potencia y fina más allá del toque de cualquier piedra. ¡Todo el poder está concentrado en esa pequeña hada! Pues la Piedra del Poder no es más grande que la palma de mi mano. Es llana y de cantos afilados como una rodaja cortada de una piedra más grande. Es algo admirable, que no tiene precio.

Ella prosiguió, incapaz de detener el ímpetu de su obsesión. Pero Covenant perdió sus palabras en una chispa de intuitivo horror. Súbitamente, tuvo la certeza de que el

talismán que ella describía era un fragmento de la Piedra Illearth.

Esta convicción se encendió en su interior como un espantoso relámpago. Ello explicaba tantas cosas: El ruinoso estado del suelo en aquella región; la vida fácil de los fustarianos; la gratuita violencia de la gente; la obsesión de la Gravanélica. La Piedra Illearth era la misma esencia de la corrupción, un veneno tan maléfico que él había estado dispuesto a sacrificar la vida de Vasallodelmar y la suya propia con tal de extirpar aquel mal del Reino. En un momento de consternación, pensó que tal vez él habría fallado en la destrucción de la piedra, que la misma Piedra Illearth posiblemente había sido la causa del Sol Ban.

Pero luego se le ocurrió otra explicación. En cierta ocasión el Despreciativo había dado a cada Delirante un fragmento de la Piedra. Uno de estos Delirantes había marchado para librar batalla contra los Amos, y había sido encontrado aquí, al Suroeste de Andelain, donde fue detenido varios días. Tal vez en aquel conflicto, se hubiera perdido un pedazo de la piedra del Delirante entre las colinas y hubiera permanecido aquí ejerciendo su espontánea desecación, hasta que algún infeliz Fustariano tropezara con ella.

Pero esto ahora no venía al caso. Un Caballero se había llevado la Piedra del Poder. A Piedra Deleitosa. De pronto Covenant supo que tenía que vivir y llegar a Piedra Deleitosa. Para completar la destrucción de la Piedra Illearth. Para que sus anteriores sufrimientos y la muerte de Vasallodelmar no hubieran sido estériles.

La Gravanélica estaba sollozando.

—¡Pueden pudrirse! ¡Que sean condenados con tormento eterno para despojarme de lo único que teníamos! ¡Les maldigo desde el fondo de mi corazón y desde el caos de mi suplicio! —luego levantó el cuchillo por encima de su propia cabeza. El brillo de la hoja al Sol del Desierto era maligno y amenazante. Había dejado de prestar atención a Covenant; su mirada estaba invertida hacia su interior, en una salvaje visión del Clave—. ¡Os mataré a todos!

El grito de Covenant desgarró su propia garganta. Ante el horror y la desesperación, gritó:

—Nekhrimah, ¡Vain! Sálvame.

La Gravanélica no escuchó su llamada. Con toda la fuerza de su cuerpo, llevó el cuchillo al pecho de Covenant.

Pero Vain se movilizó. Mientras la cuchilla bajaba, encogió sus brazos, librándose de las ligaduras.

Estaba demasiado lejos. Demasiado tarde.

Desde una distancia de veinte pasos, cerró su puño.

Los brazos de la Gravanélica se congelaron antes de pinchar. La punta del cuchillo, justamente tocó el centro de la camisa de Covenant, pero no pudo completar el golpe.

Con una mirada de salvaje asombro, Covenant contempló a Vain atacando a la Gravanélica. Con el revés de su mano, la golpeó, cayéndose ésta al suelo. La sangre empezó a brotar de su boca y ella se encrispó; pero luego se quedó inmóvil.

Vain la dejó. Dio un golpe al poste y la madera saltó en pedazos. Covenant se cayó; pero Vain lo levantó.

Covenant no se permitió ningún tiempo para pensar. Librándose de astillas y sarmientos, cogió el cuchillo y se lo puso en su cinturón. Notaba sus brazos enfurecidos con el retorno de la circulación. Su corazón trabajaba al máximo. Pero se esforzó en caminar hacia adelante. Sabía que si no seguía moviéndose, la reacción podía provocarle un colapso. Empezó a caminar entre los paralizados fustarianos, de vuelta al pueblo entró en la primera casa grande que encontró.

Sus ojos tardaron un momento en adaptarse a la oscuridad. Luego se dirigió al interior de la estancia. Las cosas que vio colgadas en las paredes: un saco de sarmiento tejido, conteniendo pan, una bolsa de cuero conteniendo alguna clase de líquido. El ya había cogido estos artículos antes de darse cuenta de que había una mujer sentada en uno de los rincones. Estaba quieta y acurrucada para proteger al bebé que chupaba de su pecho.

El abrió la bolsa y bebió del líquido. Tenía un sabor empalagoso, pero limpió su garganta. Bruscamente, se dirigió a la mujer:

—¿Qué es?

En una voz débil la mujer respondió:

—*Metheglin*.

—Bien —dijo, y se dirigió a la puerta. Luego se detuvo para decirle en voz rasposa—: Escúchame bien. Este mundo va a cambiar. No precisamente aquí. No porque hayáis perdido vuestra sangrienta Piedra del Poder. El Reino entero va a ser diferente. Vais a tener que aprender a vivir como seres humanos. Sin esa enferma matanza.

Al abandonar la casa, el bebé empezó a llorar.

CATORCE. La persecución

Covenant corrió bruscamente, pasando ante los aturridos fustarianos. El llanto del bebé era un acicate en el aire; los hombres y mujeres empezaron a volverse, parpadear y mirar a su alrededor. En pocos momentos se recobrarían de su asombro para actuar. Cuando alcanzó a Vain, musitó:

—¡Ven! ¡Vamos a huir de aquí!

Y se dirigió rápidamente hacia el extremo Norte del cañón.

Vain le siguió.

La elevación del Sol iluminaba el camino de Covenant. El cañón tenía una curva más allá de donde él estaba y sus laderas empezaban a juntarse, estrechándose hasta terminar siendo una profunda y estrecha garganta. El marchaba sin mirar atrás, marcado por la intransigente constricción de su enfermedad. Sus amigos le llevaban ya dos días de ventaja y viajando rápidamente.

Los gritos empezaron a resonar en las paredes; cólera, miedo, fracaso... Pero él no claudicó. A caballo de un corcel, Linden y los dos pedrarianos podrían llegar a Piedra Deleitosa diez días antes que él. No podía concebir de ninguna forma alcanzarlos a tiempo de hacer algo para salvarles. Pero la lepra también era un motivo de desesperación para el cual no había en la Tierra ningún remedio; y él había aprendido a sobrellevarlo y hacerse una forma de vida a despecho de ello, a base de estacionarse en el ojo de la paradoja, afirmándose en todo lo humanamente aceptable de las contradicciones y sometiendo su alma a la disciplina más rígida posible. Los mismos recursos le permitían enfrentarse a la fútil persecución de sus amigos.

Y en realidad había una razón para tener esperanzas. El Clave había decretado su muerte; no la de Linden, Sunder o Hollian. Posiblemente sus compañeros serían mantenidos como rehenes para tenerle a él. Lo mismo que en el caso de Joan. Se mantuvo en este supuesto y continuó marchando a grandes pasos a lo largo del cañón que se estrechaba cada vez más.

Los gritos iban *in crescendo*; luego cesaron bruscamente. Furiosos ante su fracaso, los fustarianos fueron tras él. Pero él no miraba hacia atrás ni alteraba su paso. El cañón era ahora lo suficiente estrecho para no poder alcanzarle sin antes pasar a Vain. Esperaba que el Demondim pudiera intimidar a los fustarianos y disuadirles.

Momentos después, oyó pies descalzos pisando la piedra, resonando en las paredes. La aprensión intrincó los músculos de sus hombros. Para ganar ventaja, intentó asustarles.

—¡Vain! —gritó sin volver la cabeza—. ¡Mata al primero que trate de adelantarte!

Estas palabras danzaron entre las paredes como una amenaza de asesinato. Pero

los perseguidores no balbucearon. Eran como su Gravanélica; adictos a la Piedra Illearth; la violencia era su única respuesta al fracaso. Sus gritos indicaban que eran unos fanáticos.

Al instante siguiente, uno de ellos gritó desesperadamente. Los otros se pararon. Covenant se volvió en redondo.

Vain estaba enfrentándose a los fustarianos; cinco de ellos. El más próximo, todavía a unos diez pasos de distancia. Este hombre yacía arrodillado con la espalda arqueada, estremeciéndose. Una negra agonía se mostraba en su cara. Vain había lanzado su puño contra aquel hombre, reventándole el corazón.

—¡Vain! —gritó Covenant—. No... ¡no quería decir eso!

El siguiente fustariano estaba a quince pasos. Vain le dio un golpe de brazo. La cara y la frente de su cráneo se abrieron, esparciendo los sesos y la sangre encima de la piedra.

—¡Vain!

Pero Vain no había satisfecho todavía la demanda de Covenant. Con las rodillas ligeramente dobladas, Vain esperó a los tres hombres restantes. Covenant les dijo que huyeran; pero su fanatismo les empujaba y no podían huir. Los tres juntos intentaron atacar a Vain.

Los abrazó a los tres, estrujándolos con sus brazos.

—¡Basta! —gritaba Covenant a su espalda. Incluso intentó tirar de su cabeza y forzarle a aflojar sus brazos—. ¡No tienes por qué hacer eso!

Pero Vain era granito e indomable. Siguió apretando hasta que los hombres perdieron la fuerza para gritar e incluso de respirar. Sus costillas se rompieron fácilmente. Covenant desató su furia, contra el Demondim, pero éste no les soltó hasta que estuvieron muertos.

Luego Covenant, presa de pánico, vio a un grupo de fustarianos corriendo hacia él.

—¡No! —les gritó—. ¡Volveos! —y los ecos recorrieron el cañón como el terror. Pero ellos no se detuvieron.

No pudiendo ya hacer otra cosa, dejó a Vain y huyó. Lo único que podía evitar que Vain siguiera sacrificando gente era salvándose él, y así se cumplía la orden que le había dado. Desesperadamente echó a correr con la virulencia de sus maldiciones.

Pronto las paredes del cañón se juntaron en lo alto, formando un túnel. Pero la luz que entraba por detrás de él y la del extremo lejano del pasaje le permitían mantener su paso. El ruido de sus botas le impedían estar atento a los sonidos de persecución.

Cuando echó un vistazo hacia atrás, vio a Vain siguiendo su marcha sin esfuerzo.

Después de haber recorrido hasta cierta distancia, alcanzó la luz solar en el lecho seco del río Mithil. Allí se detuvo y descansó, recostándose contra uno de sus márgenes. Tan pronto como pudo normalizar la respiración escuchó en el túnel, pero

no oyó nada. Quizás cinco cadáveres ya eran bastante para probar el fanatismo de los fustarianos.

Con fulminante enfado, llamó a Vain.

—Escúchame —dijo—, no me importa lo mal que sienta. Pero si *alguna vez* vuelves a hacer algo así, juro ante Dios que te llevaré de vuelta donde te encontré, y tú puedes pudrirte con tu sangriento propósito.

Pero el Demondim seguía tan indiferente como la piedra. Estaba con los codos ligeramente doblados, sus ojos mirando al infinito y no mostraba ningún signo de tener conciencia de la existencia de Covenant.

—Hijo de perra —musitó Covenant. Deliberadamente volvió la espalda a Vain. Forzando su voluntad, desvió su cólera hacia otros objetivos, transformándola en fuerzas para realizar lo que se proponía. Luego se dispondría a subir por el margen Norte del Mithil.

El saco de pan y la bolsa de *metheglin* le molestaban, haciendo su ascenso difícil; pero cuando llegó al borde y se detuvo, no lo hizo por estar cansado, sino por ver el efecto que el Sol del Desierto había causado a la monstruosa vegetación.

El río estaba seco. Había notado este hecho sin pararse a considerarlo. Pero ahora sí quería considerarlo. Por lo que había podido ver, hierba tan alta como las casas y arbustos como montañas, bosques cíe helechos y árboles que rozaban el cielo, todo había sido reducido a un necrótico cieno gris, extendiéndose en todo el contorno del terreno con un fluido espeso que llegaba al muslo.

Aquel Sol amarronado mezclaba toda clase de fibras de planta, disecaba cada gota de savia o jugo, sublimando todo lo que crecía. Toda madera o planta verde y cualquier cosa fértil, simplemente se abatía ella misma, desparramándose en un ampuloso charco. El Sol Ban lo absorbía como si el aire inhalara lodo y cieno. Cuando se detuvo en aquella porquería para ver si podría seguir viajando en aquellas condiciones, pudo ver que el nivel de aquel viscoso líquido descendía. Sus pantalones quedaron manchados de un gris fúnebre.

Aquel lodo le ponía enfermo. Involuntariamente se entretuvo para aclarar su garganta. Bebió un poco de *metheglin* y mascó lentamente media pieza de pan sin levadura, mientras veía evaporarse aquel lodo. Pero la prisa no le permitía detenerse mucho. Cuando el charco descendió hasta la mitad de sus pantorrillas, bebió otro sorbo de *metheglin*, cerró la bolsa y empezó a desplazarse en dirección Noroeste, hacia Piedra Deleitosa, a unas once leguas de distancia.

El calor era tremendo. Hacia media mañana, el suelo estaba ya desnudo, tornándose árido; los horizontes habían empezado a humear, como si el Sol del Desierto estuviera consumiendo el Mundo. Ahora, ya nada impedía viajar a través de los Llanos Centrales; nada excepto la luz que destripaba igual que el fuego y un aire que parecía arrancar la humedad de su carne, así como ligeras olas de calor y Sol

Ban.

Fijó su cara orientada a Piedra Deleitosa y marchó como si ni el Sol ni el terreno fueran suficientemente poderosos para detenerle. Pero el polvo y la sequedad tapaban su garganta. Hacia mediodía había vaciado la mitad de su bolsa de cuero. Su camisa estaba empapada de sudor. La bruma afectaba a su equilibrio, de forma que se tambaleaba, aun cuando sus piernas tenían la suficiente fuerza para sostenerle. Y sus fuerzas no duraron mucho; el Sol se encargaba de arrebatarlas, a pesar de su consumo de pan y *metheglin*.

Hubo un momento en que la indecisión nubló su mente. Su única esperanza de alcanzar a Linden era viajando día y noche, sin descanso. De actuar racionalmente, viajaría sólo de noche, cuando el Sol del Desierto no actúa. Pero luego el corcel del Cabalgador le ganaría ventaja día a día. Pero él no podría mantener este ritmo. El Sol Ban atizaba su resistencia más y más; en momentos de confusión se sentía ya translúcido.

Cuando su cerebro se había vuelto ya tan voluble que se encontró dudando de si Vain podría llevarle, reconoció en seguida sus limitaciones. En un fallo de su lucidez se había visto montado en los hombros de Vain, mientras el Demondim estaba inmóvil porque Covenant no se movía. Amargamente, cogió la dirección Noreste, hacia Andelain.

Covenant sabía que el margen de Andelain era más o menos paralelo al camino directo a Piedra Deleitosa; de manera que, pasando por las colinas, podía mantenerse cerca de la ruta que el Caballero habría seguido. Sin embargo, Andelain estaba lo suficiente alejado para fastidiarle. Desde las colinas, no podría tener a Linden y sus compañeros al alcance de la vista, aún en el caso de que, por algún afortunado motivo, el Caballero se hubiera retrasado; y el ondulado terreno de Andelain podría acortar su marcha. Pero la elección correcta no era ahora una cuestión de velocidad; no bajo este Sol. En Andelain podría, al menos encontrar vivo el río Aliviaalmas.

Y quizá, pensó, tratando de darse ánimo, quizá incluso un Caballero del Clave no podría viajar muy rápidamente entre los diversos avatares del Sol Ban. Metiéndose esta idea en su dolorida garganta, ángulo su marcha en dirección a las Colinas.

Con Vain caminando impasivamente detrás de él, cruzó la línea de la abundancia poco antes de oscurecer. En su amargura, no le regocijaba ahora volver al último bastión de Ley y salud del Reino. Pero el fresco césped y la vitalidad de la *alianta* le afectó como si de hecho se regocijara. La fuerza fluyó de nuevo en sus venas; su vista se aclaró; su boca y su garganta empezaron a mejorar. A través del espectáculo oranaranja de la puesta del Sol, aceleró el paso y avanzó por las faldas de las colinas.

Aquella noche no paró más que escasos momentos cada vez. Sostenido por Andelain, su cuerpo podía aguantar la cruel demanda de su voluntad. La Luna era demasiado nueva para ayudarle; pero había pocos árboles en los márgenes de las

colinas y, bajo un espacio abierto, la luz de las estrellas era suficiente para que pudieran seguir su camino. Bebiendo *metheglin* y masticando pan como energía, avanzó por las laderas y los valles. Cuando su bolsa estuvo vacía, se desprendió de ella. Y siempre su vista estaba dirigida al Oeste escudriñando los llanos por algún signo de fuego que pudiera indicar, más allá de toda esperanza o de suerte, que el Caballero y sus prisioneros estaban todavía a su alcance. Al amanecer se hallaban a unas veinte leguas de Fustaria Poderdepiedra, y marchando todavía, como si por una clara testarudez hubiera logrado anular su mortalidad.

Pero no podía hacerse inmune al cansancio. A pesar de la *alianta* y del agua clara de fuente, de la abundante hierba y de aquel aire tan vital como un elixir, sus esfuerzos le consumían como la lepra. Había traspasado sus límites y ahora viajaba con resistencia prestada; una energía que le era arrancada por la intransigencia de la usura del tiempo. Finalmente, llegó a creer que el final estaba cerca, esperándose al acecho en la cima de cada colina o en el fondo de cada declive. Luego su corazón se despertó y porque él era Thomas Covenant, el Incrédulo, responsable más allá de cualquier exculpación de todo lo que le sucedía en la vida, empezó a correr.

Tambaleándose y tropezando a cada tres pasos, avanzó con dificultades en dirección Noroeste, dentro del margen de Andelain, y no se paró a calcular el coste. Sólo hizo una concesión a sus músculos deshechos: Comió bayas-tesoro de cada *alianta* que encontraba en su camino, tirando las semillas al suelo de aquella rica tierra. Estuvo corriendo durante todo el día, aunque, hacia media tarde, su paso no era más que un paseo; y durante todo el día Vain le siguió, contraponiendo su invulnerabilidad, paso a paso, a la extenuación que sufría Covenant.

Pronto, después de anochecer, Covenant se desmoronó. Perdió su paso, se cayó y ya no pudo levantarse. Sus pulmones buscaban aire desesperadamente, pero él no les prestó atención. Todo en su pecho parecía insensible, sin ayuda. Yació aturdido hasta que su pulso quedó reducido a un débil latido, al tiempo que sus pulmones cesaron de temblar. Luego se durmió.

Fue despertado hacia medianoche por el contacto de una mano fría en su alma. Un escalofrío que más bien parecía un lamento que un temor, recorrió todo su cuerpo. Levantó la cabeza.

Tres figuras plateadas como luz de luna destilada se hallaban ante él. Cuando se desempañó los ojos las reconoció.

Lena, la mujer que había violado.

Atiaran y Trel, sus padres.

Trel, el poderoso Trel, que había sido profundamente herido por el daño que Covenant había hecho a su hija y por el mal que Atiaran se había inflingido a sí misma en sus esfuerzos para servir al Reino, salvando al violador de su hija. Pero la angustia más grande de su vida, el dolor que finalmente había desequilibrado su

mente, era el amor que Elena, hija de Lena, había sentido por Covenant.

Atiaran había sacrificado todos sus instintos, todo su sentido de rectitud tan duramente ganado, en favor de Covenant; ella le había considerado necesario para la supervivencia del Reino. Pero las implicaciones de este sacrificio le habían costado la vida al final.

Y Lena, ¡ah, Lena! Había seguido viviendo casi cincuenta años con la demente esperanza de que Covenant volvería para casarse con ella. Y cuando volvió, cuando supo que fue el responsable de la muerte de Elena, que fue la causa del inmenso tormento de los Ranyhyn que ella adoraba, ya había escogido sacrificar su propia vida en un intento de salvar la de él.

No había aparecido ante él con la gracia de su juventud, sino con la fragilidad de una edad caduca; y su desgastado corazón la había hucheado. Había pagado todo cuanto había podido reunir en un esfuerzo extravagante para rectificar sus errores; pero nunca había aprendido a enterrar sus remordimientos.

Trell, Atiaran y Lena. En cada una de sus caras leyó un reproche tan profundo como el dolor humano era capaz de hacer. Pero cuando Lena habló, no hizo ninguna mención al pasado.

—Thomas Covenant, has sometido tu cuerpo a una tensión superior a sus posibilidades. Si duermes más, puede ser que Andelain te aleje de la muerte, pero no despertarás hasta que se haya perdido un día. Quizá tu espíritu no tenga ataduras. Aún no sabes cómo castigarte a ti mismo. ¡Levántate! Debes comer y moverte. De lo contrario tu carne desfallecerá.

—Es verdad —añadió severamente Atiaran—. Te estás castigando por lo ocurrido a tus compañeros. Pero este castigo es una condena que se genera ella misma. Atormentándote de esta manera, es seguro que fracasarás en redimirles. Y el fracaso demuestra tu indignidad. Castigándote, te haces merecedor del castigo. Así es, Incrédulo. Levántate y come.

Trell no habló. Pero su mirada muda era incuestionable. Humildemente, por ser ellos quienes eran y porque reconoció que tenían razón, Covenant obedeció. Su cuerpo lloraba en cada articulación y en cada tendón; pero no podía defraudar a sus Muertos. Las lágrimas se deslizaron por su cara al comprender que aquellos tres, gente que en vida tuvieron más razones para odiarle que cualquier otro, habían aparecido aquí para ayudarle.

El brazo de Lena apunto a una planta de *alianta*.

—Cómete todas las bayas. Si no lo haces te obligaremos.

El obedeció, comiéndose todas las bayas que pudo arrancar en la oscuridad con sus dedos insensibles. Luego, con las lágrimas todavía en sus mejillas, partió en dirección a Piedra Deleitosa con sus Muertos siguiéndole, como un cortejo.

Al principio, cada paso era un tormento. Pero, poco a poco, fue tomando

conciencia de lo que sus Muertos querían que hiciera. Su corazón se estabilizó gradualmente; la dificultad de su respiración decreció a medida que sus músculos se relajaban. Ninguno de los tres espectros volvió a hablar, ni tampoco él tenía la temeridad ni la fuerza de hablarles. En silencio, la pequeña procesión aireaba su plata espectral por los bordes de Andelain. Durante mucho tiempo después de haber dejado de llorar, Covenant siguió con zozobra, porque sus colinas eran irrevocables y nunca podría redimir el mal que había hecho a Trel, Atiaran y Lena. Nunca.

Antes del amanecer le dejaron. El se volvió súbitamente hacia el centro de Andelain sin que le hubieran dado la oportunidad de darle las gracias. Esto lo comprendió. Tal vez, nada hubiera sido peor para ellos que el agradecimiento de un incrédulo. Por tanto no dijo nada de su gratitud. Estuvo observando como se retiraban como un saludo, murmurando promesas en su corazón. Cuando el resplandor plateado se extinguió, él siguió el camino hacia su propósito.

El amanecer y un fresco y jubiloso arroyo que se cruzaba en su camino como música, le dio nuevas fuerzas; logró enmendar su paso de forma que se pareciera a su anterior progreso. Con Vain detrás de él como una sombra desechada, pasó el tercer día del Sol del Desierto viajando por Andelain tan rápidamente como pudo sin riesgo de un nuevo colapso.

Aquella noche se detuvo poco después de la puesta del Sol, bajo el amparo de un blanquecino sauce. Comió un poco de *alianta*, se terminó el pan que le quedaba y estuvo algún tiempo sentado con su espalda descansando en el tronco. El árbol estaba muy alto por encima de los Llanos y se hallaba sentado con la cara hacia el Oeste, estudiando la abierta expansión de la noche sin esperanza, casi sin voluntad, porque el compromiso que tenía con sus compañeros no le permitía relajarse.

La primera chispa de fuego apareció a sus pies.

La llama se desvaneció tan rápidamente como apareció. Pero un momento después volvió a encenderse. Esta vez prendió. Después de varios balbuceos tentativos, finalmente se quedó estable.

El fuego se situaba al Oeste de donde él estaba.

En la oscuridad, no pudo estimar la distancia. Y sabía que lógicamente no podía ser una señal de Linden y los pedrarians; seguro que un Cabalgador podía alcanzar una distancia mucho mayor en cinco días. Pero él no vaciló. Haciendo un gesto a Vain, empezó a bajar la colina.

La presión en su interior crecía a cada paso. Cuando cruzó los bordes de Andelain corría al galope. El fuego desapareció detrás de una elevación del terreno. Pero tenía la dirección firmemente fijada en su mente. A través de la tierra arruinada por el Sol Ban, avanzaba con presteza y con la respiración contenida como un hombre avido de afrontar su condena.

Había cubierto media legua antes de ver nuevamente el fuego. Se situaba aún

detrás de otra elevación del terreno. Pero ahora estaba suficientemente cerca para darse cuenta de que era bastante grande. Cuando subía por la segunda loma, recordó que debía tener prudencia y acortó el paso. Acabó de subir medio agachado y se paró en el borde de la loma mirando furtivamente.

Allí: El fuego.

Manteniendo la respiración, exploró la zona circundante del fuego.

Desde allí, el terreno se hundía bruscamente, luego se extendía, formando una ligera curva de varios centenares de pies antes de subir empinadamente, formando un ancho escarpado. En un lugar aproximadamente opuesto a su posición, el contorno del terreno y el escarpado se combinaban formando una depresión como una taza medio enterrada, en uno de sus lados, en el terreno más alto.

El fuego estaba localizado en aquella concavidad vertical. La media taza reflejaba mucha luz, pero la distancia aún escondía muchos detalles, con dificultad pudo ver que el fuego ardía en una larga y estrecha pila de maderos. La pila estaba orientada hacia el corazón de la taza; y el fuego había sido encendido, con toda seguridad, en el extremo opuesto al escarpado, de forma que cada nuevo madero que cogiera flama, la brasa cayera en la taza. Se había consumido ya la mitad de la pila.

El área circundante estaba desierta. Covenant no descubrió signo alguno de nadie que hubiera encendido este fuego. Sin embargo, la disposición de la leña era manifiestamente premeditada. Excepto por la furia de las llamas, un aterrador silencio reinaba en los Llanos.

En un ángulo de la visión de Covenant protuberaba una figura. Se volvió y vio a Vain a su lado. El Demondim no hizo ningún intento para esconderse detrás del borde.

—¡Idiota! —susurró Covenant—, ¡agáchate!

Vain no hizo el menor caso. Miraba el fuego con la misma sonrisa ciega y ambigua que había llevado durante toda su travesía por las tierras de Andelain. O mientras mataba a la gente de Fustaria Poderdepiedra. Covenant se colgó de su brazo, pero Vain era inamovible. Entre dientes, Covenant exclamó:

—¡Maldito seas! ¡De todas formas cualquier día vas a ser la causa de mi muerte!

Cuando volvió a mirar el fuego, se había movido notablemente hacia el escarpado, y la taza resplandecía más. Con un súbito sofoco descubrió que los leños terminaban en una pila de troncos que rodeaba una estaca colocada verticalmente tan alta y gruesa como un hombre.

Alguien o algo estaba atado a la estaca. Y atado vivo, ya que la figura no identificada hacía convulsiones.

—¡Maldita sea! Covenant instintivamente descubrió un cebo. Por un momento se quedó paralizado. No podía huir, dejando que aquella figura se quemara. Ni tampoco podía aproximarse más. Allí se estaba tramando un abominable propósito. Alguien

trataba de tenderle una trampa, a él o a alguien igualmente vulnerable. ¿Alguien más? Esta pregunta no tenía respuesta. Pero en cuanto se movilizó tratando de tomar una decisión que le hiciera salir de su parálisis, recordó unas palabras de Mhoram: *No sirve de nada evitar sus trampas.*

Bruscamente se levantó.

—Quédate aquí —le dijo a Vain—. Sería absurdo arriesgarnos los dos.

Luego bajó por la pendiente y corrió, de mala gana, hacia el fuego.

Vain le siguió como de costumbre. Covenant no podía evitar maldecirle en cada paso que daba, pero él no se detenía.

Al acercarse al escarpado, el fuego empezó a prender a la pila que circundaba la estaca. Aceleró la marcha y en un momento estuvo en la taza, examinando la naturaleza de la trampa tendida.

La criatura atada a la estaca era un Waynhim.

Al igual que los ur-viles, los Waynhim eran vástagos de los Demondim. Excepto por su piel gris y su menor estatura, se parecían mucho a los ur-viles. Sus cuerpos sin pelo, tenían un largo tronco y cortas extremidades, siendo los brazos y piernas iguales en longitud para que pudieran correr lo mismo sobre sus cuatro extremidades que mantenerse erectos. Sus orejas puntiagudas se sentaban tensas sobre su desnudo cráneo. Su boca era como una pequeña cortadura. Y no tenían ojos; usaban el olfato en lugar de la vista. En el centro de su cara se abrían los dos grandes orificios de su nariz.

Como productos de los Demondim los Waynhim eran cultos y astutos. Pero, a diferencia de sus parientes negros, habían roto con el Amo Execrable después del Ritual de Profanación. Covenant había oído que los Waynhim como raza, sirvieron al Reino bajo sus propias normas; pero no había visto más de ellos desde su última estancia en Piedra Deleitosa, cuando un Waynhim se había escapado de la guarida del Execrable para llevar al Concejo de los Amos la voz del poder del Amo Execrable.

La criatura que Covenant tenía enfrente estaba sometida a un terrible sufrimiento. Su piel estaba áspera. Había puntos de sangre oscura en sus marcas de látigo. Uno de sus brazos estaba torcido, agonizante, y su oreja izquierda le había sido arrancada. Pero estaba consciente. Su cabeza seguía la aproximación de Covenant. Los orificios de la nariz temblaban. Cuando se detuvo para considerar la situación, él se esforzó hacia Covenant rogando su rescate.

—Aguanta un poco —le dijo, aún sin saber si la criatura le entendía—. Te sacaré de ahí.

Y empezó a sacar leños, apartando de su paso brasas consumidas y malezas para llegar a la estaca.

Pero luego la criatura pareció captar un nuevo olor. Tal vez era su anillo de boda. Sabía que todos los seres de la familia de los Demondim eran capaces de tales

percepciones. Se agitó de manera sorprendente y empezó a gruñir, emitiendo voces con su tosca y gutural lengua. Su voz llevaba una urgencia especial. Covenant no podía entender su lenguaje; pero oyó una palabra que le produjo un escalofrío en su espina dorsal. Una y otra vez, el Waynhim gritó:

—¡*Nekhrimah!*

¡Diablos! La criatura estaba tratando de dar a Vain alguna orden.

Covenant no se detuvo. La desesperación de la criatura se hizo suya. Apartando troncos a un lado, despejó el camino hacia la estaca. En seguida, sacó el cuchillo de la Gravanélica que llevaba en su cinturón y empezó a cortar los sarmientos que ataban al Waynhim.

En un momento, la criatura estuvo libre. Covenant le ayudó a saltar de la pila de troncos. Inmediatamente la criatura se dirigió a Vain, emitiendo unas voces que parecían maldiciones. Luego cogió el brazo de Covenant apartándole del fuego.

Hacia el Sur.

—No. —Se soltó de su brazo con dificultad. Aunque el Waynhim probablemente no podía entenderle, trató de explicarle—: Yo voy hacia el Norte. Tengo que ir a Piedra Deleitosa.

La criatura emitió un grito de horror, como si supiera el significado de *Piedra Deleitosa*. Con la rapidez del rayo, salió de la taza y echó a correr a lo largo de la línea del escarpado. Un momento después se había desvanecido en la oscuridad.

El temor de Covenant aumentó. ¿Qué habría querido decirle? Le había infectado de un vivido sentido de peligro. Pero él no quería dar un solo paso que aumentara la distancia entre él y Linden. Su única alternativa era huir lo más rápidamente posible.

Cuando dio la vuelta y volvió hacia Vain, una súbita sorpresa le dejó congelado.

Había un hombre al otro lado del fuego.

Tenía una barba enmarañada y unos ojos furiosos. En contraste, había una tímida sonrisa en sus labios.

—Déjale ir —dijo, señalando con la cabeza hacia donde había huido el Waynhim—. Ya no lo necesitamos más.

Dio lentamente la vuelta al fuego, acercándose a Covenant y Vain. Su voz era normal en su superficie pero tenía histeria en su borde.

Llegó al lado de la hoguera donde estaba Covenant. Una fuerte inhalación de aire silbó entre los dientes de Covenant.

El hombre estaba desnudo hasta la cintura, y su torso estaba lleno de salamandras. Crecían de él como excrecencia. Sus cuerpos se crispaban al moverse. En sus ojos había un brillo rojo del fuego y sus mandíbulas chasqueaban.

¡Una víctima del Sol Ban!

Recordando a Marid, Covenant alzó su cuchillo.

—Estás lo suficiente cerca —advirtió—, pero su voz tembló, mostrando su

miedo. —No quiero hacerte ningún daño.

—No —contestó el hombre—. No, no quieres hacerme daño —su sonrisa seguía en sus labios—, y yo no quiero hacerte daño a ti —sus manos estaban plegadas ante él, como si contuvieran algo precioso—. Quiero darte un regalo.

Covenant intentó encolerizarse para controlar su miedo.

—Tú has herido a ese Waynhim e ibas a matarle. ¿Qué es lo que te ocurre? ¿Na hay bastantes crímenes en el Mundo que tengas que añadir más?

El hombre no escuchaba. Miró sus manos con una expresión de demente dicha.

—Es un maravilloso regalo —dijo, adelantándose como si no supiera que se estaba moviendo—. Ningún hombre, excepto tú, puede conocer lo maravilloso que es.

Covenant quiso apartarse, pero sus pies seguían enraizados en el suelo. El hombre ejercía una horrible fascinación. Covenant se encontró mirando involuntariamente aquellas manos como si realmente contuvieran algo muy valioso.

—¡Mira! —susurró el hombre con delicada histeria. Lentamente y con cuidado, como un hombre desenterrando un tesoro, abrió sus manos.

Una pequeña araña peluda yacía en su palma.

Antes de que Covenant pudiera apartarse o hacer algo para defenderse, la araña saltó.

Aterrizó en su cuello.

Rápidamente se la expulsó, pero sintió la picada de su aguijón.

Por un instante, sintió una maravillosa calma. Observó, imperturbado, como el hombre iba avanzando como si estuviera nadando en la súbita crecida del fuego. El sonido de la hoguera se hizo más vago. Covenant apenas se dio cuenta de que el hombre le quitara su cuchillo. Vain le miró sin una razón en particular. Con imponderable delicadeza, el suelo de la taza empezó a inclinarse.

Luego su corazón dio un latido como el golpe de una mandarina y todo estalló. Olas de dolor entorpecían sus pensamientos. Su cerebro, sólo tuvo tiempo de formar estas palabras: *recaída del envenenamiento*. Después de esto, su corazón latió de nuevo; y no fue consciente de nada, excepto de un crudo y largo aullido.

Durante algún tiempo se encontró vagando por un laberinto de angustias. El dolor estaba en todas partes. No tenía mente, sólo dolor. No había respiración sin dolor ni un pulso que no multiplicara el dolor. Le atormentaba la inflamación en el interior de su brazo derecho. Dolía como si su brazo no fuera otra cosa que un muñón de sangre; pero aquel dolor estaba en todo él; su pecho, sus intestinos, su cabeza y toda una letanía de dolores insoportables. Si lloraba, no lo oía; no podía oír o sentir nada, excepto dolor y muerte.

La muerte era un vértigo, torbellinos, succionándole desde el precipicio de su futilidad. Era todo aquello que siempre se había esforzado en redimir, cada zozobra

sin un motivo claro que él no había cesado hasta encontrarle un sentido. Era el inconsolable pesar y la inerradicable culpabilidad, junto con una cólera salvaje. Y ello hacía un pequeño y claro espacio de lucidez en su cabeza.

Colgado allí, desamparado, abrió los ojos.

El delirio confundía su visión; unas formas grises brincaban incomprensiblemente a través de su fiebre, amenazando la última parte lúcida de él. Pero rechazó la amenaza. Parpadeando, como si el movimiento de los párpados fuera un acto de violencia, aclaró su visión.

Estaba en aquel hoyo, en aquella taza, atado a la estaca. Había saltos de fuego a su alrededor. Las llamas danzaban en los bordes de la pira.

El hoyo estaba lleno de figuras danzando como las llamas. Cabrioleaban alrededor de aquel espacio como vampiros. Gritos con codicia de sangre salían de las paredes del escarpado; voces estridentes de caníbal torturaban sus oídos. Hombres con ojos tornasolados y narices prensiles le miraban de reajo. Mujeres con pechos de víbora y colmillos en los dedos pasaban ante él como fragmentos de locura, cacareando por su vida. Niños con horrendas deformidades faciales y garras de tigre vomitaban ranas y obscenidades.

El horror le hizo retorcer, arrancando claridad de su agarre. Su brazo derecho lanzaba dolor sobre su pecho. Cada nervio de aquella extremidad estaba corroído y agonizante. Por un instante, casi se apagó todo.

Pero luego pudo ver a Vain.

El descendiente de los Demondim estaba de espalda a los Llanos, mirando los férvidos danzarines como si no hubieran sido creados con otro propósito de divertirlo. Poco a poco, sus ojos recorrieron el hoyo a través del barullo, hasta que se fijaron en los de Covenant.

—¡Vain! —gritó desesperadamente—. ¡Ayúdame!

En respuesta, Vain abrió la boca mostrando una negra mueca.

Ante su vista, Covenant escupió. Un blanco chillido de furia estalló en su pecho. Y con este chillido vino una deflagración que destruyó la noche.

QUINCE. «Porque tú puedes ver»

No. Nunca más.

Cuando Covenant hubo traspasado la cresta de la colina, camino de Andelain, Linden Avery estaba sentada entre las piedras muertas y trataba de recobrar su sentido de quién era. Estaba de muy mal humor. Se encontraba fútil y cansada de vivir, tal como se había sentido ya varias veces durante los últimos años; todos sus esfuerzos para elevarse por encima de sus padres habían sido inútiles. Si Sunder o Hollian le hubieran hablado, se habría echado a llorar. Si hubiera podido reunir la energía necesaria.

Ahora que ya había tomado su decisión y había dado un golpe en defensa de su difícil autonomía contra el extraño poder de Covenant para persuadirla, se había quedado allí con las consecuencias. No podía ignorarlas; la antigua y nunca mitigada aridez que se encontraba a su alrededor no permitía que se ignoraran. Aquellas muertas colmas que se levantaban al Sur y al Oeste de ella, contrastaban con las de Andelain, como si hubiera escogido la muerte, habiéndosele ofrecido la vida.

Y estaba aislada con su zozobra. Sunder y Hollian habían hallado compañerismo en su mutuo rechazo a las colinas. Sus vidas habían sido tan fundamentalmente forjadas por el Sol Ban que no podían siquiera cuestionar lo que Andelain significaba. Tal vez no podían percibir que aquellos árboles y aquel césped tenían salud. O que la salud era algo bello.

Pero Linden aceptaba la actitud de los pedrarianos. Era explicable en el contexto del Sol Ban. Su distanciamiento de ellos no la desanimó.

La pérdida de Covenant era lo que la entristecía. Había tomado su decisión y él había salido de su vida como si se llevara toda su fortaleza y convicción. La luz del Sol Fértil había danzado en el Mithil mientras lo atravesaba, como un reconocimiento de eficacia contra la condena del Reino. Ella había compartido lo más íntimo de su vida y aún así la había abandonado por Andelain. Y el veneno estaba todavía en él. No se habría encontrado más sola si la hubiera despojado de todas sus razones para vivir.

Pero había tomado su decisión. Había experimentado la enfermedad de Covenant como si fuera propia, y sabía que no podía escoger otra cosa. Prefería aquella devastada región de piedra sin vida que el atractivo de Andelain porque la comprendía mejor, podía declararse en contra de ellas con más convicción. Después de sus esfuerzos para salvar a Covenant, había jurado que nunca volvería a exponerse tan completamente a algo, que jamás permitiría que la agudeza de sus sentidos nacida en el Reino amenazara su independiente identidad. Este juramento era más fácil de mantener cuando las percepciones contra las cuales cerró su corazón, eran percepciones de ruina, de roca muerta como el detritus de un cataclismo, y no de

madera limpia, hierbas aromáticas y bienhechora *alianta*. A su propia manera, compartía la desconfianza de Hollian. Andelain era mucho más seductora que la piedra que se extendía a su alrededor y ella sabía que no debía exponerse a ser seducida.

Perdida en su larga oscuridad, con sus ojos y oídos cerrados como si hubiera clavado los postigos y borrado las puertas, no comprendió el grito de alerta de Sunder hasta que fue demasiado tarde. De repente, hombres con porras y cuchillos salieron de su escondite y sujetaron a Sunder mientras éste luchaba para sacar su puñal y su Piedra del Sol. Linden oyó un ruido seco. Las manos de Hollian fueron inmovilizadas antes de que pudiera coger su cuchillo. Linden se puso en movimiento, pero no tuvo oportunidad de hacer nada. Un duro golpe la hizo tambalearse. Mientras se reponía, cogiendo aire, sus manos fueron atadas a su espalda.

Un momento después, unas manos brutales la arrastraron, junto con sus compañeros, fuera del río.

Por una vez, mientras ella boqueaba y se tambaleaba, no pudo mantener el control de sus defensas. Sus sentidos detectaron la violencia de aquellos hombres, experimentando su brusquedad como si se tratara de una forma de codicia arraigada. Sintió la retorcida profanación del terreno, involuntariamente supo que se le llevaban hacia el origen de aquella desolación, que aquellas gentes pertenecían a la misma fuerza que había matado aquella región. Tuvo que cerrar los ojos y atar su mente con varios nudos para sofocar su involuntaria visión de lo que estaba sucediendo.

Luego los tres fueron conducidos por una estrecha abertura del cañón hasta Fustaria Poderdepiedra.

Linden no había visto nunca antes una fustaria y la visión de ella la sublevó. Aquellas casas mal hechas y descuidadas, la astrosidad de su gente, la codicia de sangre de la Gravanélica... Aquellas cosas contrastaban con la rectitud que había aprendido a ver en gentes como Sunder y Hollian. Pero todo ello palideció cuando vio el primer brillo de aquella perniciosa Piedra del Poder. Aquel objeto anegaba de enfermedad sus ojos, le escocía en la nariz como ácido virulento; empequeñecía cualquier otro poder que hubiera visto antes; todo quedaba opaco a su lado, excepto el mismo Sol Ban. Aquella astilla de esmeralda era la causa de la ruina de aquellos alrededores, la causa de la inminente vuelta al estado salvaje de los fustarianos. Las lágrimas, la cegaron. Los espasmos le apretaban la mente igual que un deseo de vomitar. Y, sin embargo, no podía defenderse de la Gravanélica cuando anunció con júbilo que pensaba matar a sus cautivos a la mañana siguiente.

Después de aquello Linden y los pedrarianos fueron introducidos en una burda cabaña sostenida sobre unos soportes, dejándoles para que se enfrentaran con la muerte lo mejor que pudieran. Ella no pudo resistir. Había sufrido una crisis de autoprotección. Sentía continuamente la proximidad de la Piedra del Poder. Sus

emanaciones eran como sanguijuelas para su corazón. La succionaban hasta dejarla exhausta. Balanceándose contra la pared para recordar que todavía existía, que aún poseía un identidad física independiente, repitió una y otra vez; nunca más. Repetía las palabras como si fueran una letanía contra el mal y decidió luchar por su conservación.

Necesitaba una respuesta por lo de Joan, lo del veneno y los Delirantes, así como por el terrible poder de aquella esmeralda. Pero la única solución que encontró fue la de encerrarse dentro de sí misma y cerrar su mente como si fuera su padre o su madre, una persona sin recursos para enfrentarse con la vida y deseosa de morir.

Al amanecer, se abrió la puerta de la cabaña. No fue la Gravanélica ni ninguno de los fustarianos quien lo hizo sino un Caballero del Clave. El Sol Fértil resaltaba el color rojo de sus vestiduras, bajo cuyo fondo sobresalía la silueta de su negro *ruk*. Era alto, con autoridad y absolutamente seguro de sí.

—Venid —dijo, como si la desobediencia fuera imposible—. Soy Santonin na-Mhoram-in. Estáis en mi poder.

A los gestos de Sunder y Hollian respondió con una sonrisa cortante como la cuchilla de una cimitarra.

Fuera, los fustarianos estaban llorando y rogando. La Gravanélica protestaba, pero Santonin la obligó. Llorando, le entregó su Piedra del Poder. Otro hombre le entregó la Piedra del Sol de Sunder, el *lianar* y los cuchillos.

Viendo la transacción, Linden sólo pudo desear que Covenant volviera pronto de Andelain y sus compañeros pudieran ser salvados. En un desafortunado instante, la sonrisa del Caballero casi le hizo confesar la existencia de Covenant; quería librarle de caer en manos de los fustarianos. Pero Sunder y Hollian estuvieron silenciosos, y su silencio recordaba que el Clave deseaba la muerte de Covenant. Usando los restos de su voluntad, consiguió ocultar todo lo que pudiera delatarle.

Después de aquello, su voluntad le fue arrebatada de un golpe. Santonin na-Mhoram igneó su *ruk*. La fuerza que salió de la llama tomó posesión de su alma. Ya no tenía ninguna oportunidad. A una orden suya, Linden montó el corcel de Santonin. Lo poco que quedaba de ella observó que Sunder y Hollian también obedecían. Y Santonin se los llevó de Fustaria Poderdepiedra con destino a Piedra Deleitosa.

El control del Caballero no pudo romperse. Ella no tenía nada con que oponerle resistencia. Durante días, supo que debía intentar escapar, que debía luchar. Pero le faltaba la voluntad hasta para levantar sus manos para tocarse la cara o apartar el cabello de sus ojos sin instrucciones explícitas de Santonin. Siempre que él observaba su perdida mirada, sonreía, como si su docilidad impuesta le complaciera. A veces murmuraba nombres que nada le decían a ella, como si quisiera burlarse: Windscour, Victuallin, Tayne, Andelainscion... Y sin embargo parecía estar corrompido. O al menos ella no era capaz de percibir su corrupción.

Sólo una vez su maestría falló. Poco después de la salida del Sol, en el primer día del Sol del Desierto, ocho días después de su salida de Fustaria Poderdepiedra, una silenciosa y súbita exclamación estremeció el aire, estremeció el corazón de Linden. La correa en la que se agarraba, Santonin, se rompió como una cuerda de arpa demasiado tensa.

Como si hubieran estado segando la correa para este momento, Sunder y Hollian intentaron arrebatarse el *ruk*. Linden logró derribar al suelo a Santonin con una llave de brazo.

Pero poco después, se encontró a ella misma vagando nuevamente dentro del campo de Santonin. Sunder y Hollian recogía los suministros del Caballero, Santonin tenía una expresión furiosa. El triángulo de su *ruk* brillaba como sangre y esmeralda. Pronto tomó nuevamente a sus cautivos camino de Piedra Deleitosa, como si nada hubiera pasado.

Nada había pasado. Linden no sabía nada, no comprendía nada ni podía elegir nada. El Caballero hubiera podido abusar de ella de la forma que hubiera querido, hubiera sido insensible ante su decisión de caer sobre ella un deseo. Pero no lo hizo. Parecía tener un sentido muy claro de sus propios propósitos. Sólo sus ojos podían anticipar que los propósitos no eran muy sanos.

Después de tantos días en vacío, Linden deseaba inconscientemente que ocurriera algo, aunque fuese malo, que le permitiera recuperar su identidad. Thomas Covenant había dejado de existir en sus pensamientos. Tal vez hubiera dejado de existir realmente. Quizá no había existido nunca. Nada era cierto, excepto que necesitaba las instrucciones de Santonin hasta para poner comida en su boca.

Incluso la vista de Piedra Deleitosa, la fortaleza de los na-Mhoram elevándose por encima de la alta jungla del segundo Sol Fértil, como un gran barco de piedra, dejó indiferente su espíritu. Sólo era consciente de lo que ocurría a su alrededor de una forma distanciada, como si asistiera a un espectáculo. Las puertas se abrieron para que entrara el Caballero, se cerraron detrás del corcel y aquello no significó nada para ella.

Santonin na-Mhoram-in fue recibido por dos o tres hombres iguales a él; pero le saludaban con respeto, como si tuviera una graduación superior. Ellos le hablaron. Palabras que Linden no pudo comprender. Luego mandó a los prisioneros que desmontaran.

Linden, Sunder y Hollian obedecieron, en una inmensa sala poco iluminada. Con Santonin a la cabeza, recorrieron los caminos de la gran fortaleza. Pasajes y cámaras, escaleras y bifurcaciones pasaban sin quedar fijadas en su mente. Linden se movía como un barco sin rumbo, incapaz de recibir impresión ni emoción alguna. El camino de Santonin no tenía duración ni significado.

Y, no obstante, su propósito se mantenía. Llevó a sus cautivos hasta una gran

cámara que parecía una fosa practicada en el suelo de Piedra Deleitosa. Sus inclinadas paredes eran ásperas y burdas, como si una antigua galería o cueva hubiera sido cubierta de lava. Al fondo había un hombre que vestía de color de ébano y llevaba una casulla carmín. Cogió un alto cetro de hierro terminado en un triángulo abierto. Se echó su capucha hacia atrás, exponiendo facciones que también eran ásperas y burdas a la luz de la antorcha.

Su presencia cortó el último rasgo de identidad de Linden igual que una cuchilla caliente. Tras su pasividad empezó a llorar.

Era un Delirante.

—Tres locos —dijo con voz helada—. Esperaba cuatro.

Santonin y el Delirante cambiaron entre sí palabras vacías. Santonin sacó la Piedra del Poder, dándosela al Delirante. La esmeralda se reflejó en sus ojos. Una elocuente sonrisa moldeó la carne de sus labios. Cerró su puño sobre la piedra verde. Ésta les proporcionaría un manantial de nuevas fuerzas. Los sollozos de Linden murieron de inanición en la pobreza de su ser.

Luego el Caballero se apartó hacia un lado y el Delirante estudió a los cautivos. Su rostro era la plasmación de la malevolencia a los ojos de Linden. El la miró directamente, examinando los vestigios de su ser. Los midió y los escarnió.

—Tú no debes sufrir ningún daño —dijo con voz neutra, casi lamentándolo—. Así entera podrás cometer todo el mal que yo desee —sus ojos le dejaron como si ella fuera demasiado miserable para seguir observándola—. Pero esos traidores ya son otra cosa —dijo, encarándose a Sunder y Hollian—. No importa que se rompan antes de ser muertos.

Mantén la Piedra del Poder contra su pecho. Sus vapores subían por su cara. Con las ventanas de la nariz dilatadas, olfateaba sus emanaciones como si fuera un narcótico.

—¿Dónde está Thomas Covenant?

Los pedrariansos no reaccionaron. No podían reaccionar. Linden seguía situada donde la habían dejado, como una muñeca desechada. Pero su corazón se contrajo en un súbito sentimiento de terror.

El Delirante hizo un leve gesto. Santonin musitó suavemente algo sobre su *ruk*. De pronto, el control que mantenían Sunder y Hollian terminó. Se tambalearon como si hubieran perdido la capacidad de dominar sus extremidades y volvieron a erguirse, temblando. Los ojos de Sunder quedaron empañados por el miedo, como si estuviera viendo la temerosa fuente y maestro de su existencia. Hollian se cubrió la cara como una niña asustada.

—¿Dónde está Thomas Covenant?

Animados por un impulso innato y no por el pensamiento, los pedrariansos hicieron un esfuerzo para tratar de moverse y huir.

El Delirante dejó que Hollian se marchara. Pero con la Piedra del Poder sacó una mano de fuerza que agarró a Sunder por el cuello. La esmeralda caliente, lo torció antes de obligarles a arrodillarse.

Separada de su compañero, Hollian se detuvo y dio la vuelta para encararse con el Delirante. Su pelo enmarañado caía a los lados de su cabeza como alas.

El Delirante ató al cuello de Sunder su verde enfermedad y volvió a preguntar:

—¿Dónde está Thomas Covenant?

Los ojos de Sunder parecían ciegos de miedo y compulsión. Pero no respondió. Apretando sus mandíbulas se mantuvo callado.

Los dedos del Delirante se apretaron.

—¡Habla!

Los músculos de la mandíbula de Sunder se tensaron como si trataran de romper sus dientes, pero mantuvo su boca cerrada y en silencio. A medida que creció la fuerza ejercida en su cuello, los músculos se tensaron más, quedando rígidos, contraponiéndose a la estrangulación y a su miedo... Parecía imposible pudiera apretar así los dientes sin romperse las ligaduras de la mandíbula. Pero no respondió. El sudor empezó a brotar de sus poros como si sus huesos convertidos en líquido, salieran por su piel. Aún aguantó.

Un fruncir de contrariedad se dibujó en la frente del Delirante.

—Tú me hablarás —murmuró—. Si es necesario te sacaré las palabras de tu propia alma —agarró fuertemente la esmeralda como si tratara de extraerle todo su poder—. ¿Dónde está Thomas Covenant?

—Muerto —los sollozos entrecortaron la voz de Hollian. Linden sintió la mentira en el centro de su abandono—. Perdido.

El Delirante no apartó la mirada de Sunder ni aflojó su presión.

—¿Cómo ha sido?

—En Andelain —respondió la eh-Estigmatizada—. Entró allí. Nosotros le esperábamos pero no volvió —para completar su mentira añadió—: Perdóname Sunder.

—¿Y el anillo blanco?

—No sé. Perdido, tal vez. El no ha vuelto.

El Delirante aún no miraba ni respondía a Hollian. Pero aflojó ligeramente su presión sobre el cuello del Gravanélico.

—Tu empeño en negarlo —dijo— me indica que Thomas Covenant vive. Si está perdido, ¿por qué queréis hacerme creer que está muerto?

Entre los restos de ella misma, Linden pidió a Sunder que apoyara la mentira, tanto por su propio bien como por el de Covenant.

Poco a poco el Gravanélico relajó sus mandíbulas. La claridad se movía detrás de la ceguera de sus ojos. Con un esfuerzo terrible a través de su anudada garganta dijo:

—Quiero hacerte sufrir de miedo.

Los labios del Delirante formaron otra sonrisa, como una promesa de asesinato. Pero, al igual que Santonin, la certeza de su propósito final le refrenaba. Luego dijo al Caballero:

—Llévalos a las celdas.

Linden no pudo detectar si había creído o no la mentira de Hollian. No podía detectar nada, excepto las intenciones del Delirante.

Con unas palabras, sumió a los pedrariansos en el mismo estado en que estaba Linden. Avanzando como si tuvieran articulaciones de madera mandadas por la voluntad del Caballero, los cautivos le siguieron, tambaleantes, y salieron de la fosa de piedra.

De nuevo atravesaron salas sin sentido alguno, cruzaron umbrales que parecían haber sido puestos en su camino, sólo para desorientarlos, y entraron en una caverna profunda con puertas de hierro alineadas a ambos lados. Pequeñas ventanas enrejadas permitían ver el interior de las celdas, pero Linden fue incapaz de distinguir cualquier rasgo de otros prisioneros. Santonin encerró a Sunder, luego a Hollian y, al final de la fila de puertas, hizo entrar a Linden en una celda.

Allí quedó, desamparada y con el alma desnuda, al lado de unas tablas cubiertas de paja, mientras él la estudiaba como si estuviera considerando el coste de sus deseos. De pronto, apagó su *ruk*. La voluntad de él se esfumó de la mente de Linden, dejándola demasiado vacía para mantenerse en pie. Cuando arregló el lecho de paja, percibió su risa. Luego la puerta se cerró y oyó como corría los cerrojos. Allí fue abandonada, sola en su celda, como si su importancia no excediera de aquellas tablas con la paja y las paredes blancas.

Se tendió en la paja mientras el tiempo pasaba en ella con la indiferencia del granito de Piedra Deleitosa. Era una calabaza vacía y no podía rellenarse. Temía intentarlo, temía incluso pensar en intentarlo. Había horror en su alma. No deseaba nada, excepto silencio y oscuridad, y la paz del olvido. Pero no podía lograrlo. Cogida entre la repulsión y la muerte, se acurrucó dentro de su vacuidad y esperó las contradicciones de su dilema para separarse de ellas.

Los guardias iban y venían, llevando insípida comida y agua añeja. Pero lo oía muy vagamente. Estaba sorda al sonido que marcaban los movimientos de los guardias, la llegada o salida de prisioneros. El hierro no significaba nada. No había voces. Su cerebro trataba vagamente de encontrar alguna imagen para preservar su salud mental, algún nombre o respuesta que reinvocará la identidad que había perdido. Pero había pedido todos los nombres, todas las imágenes. En la celda no había respuestas.

Luego oyó una voz, un grito como si algún prisionero se hubiera evadido. Lo oyó con estupor y se mantuvo atenta. Luchando con los calambres producidos por su

largo tiempo de quietud, la rigidez del hambre y la sed, se acercó a la puerta como si estuviera lisiada.

Alguien hablaba en tono agradable y normal. La voz de alguien que no había oído nunca antes. Le complació tanto que al principio casi se le escaparon las palabras. Se pegó a la ventana, junto a la reja, cuando las palabras entraban en su oído.

—Ur-Amo Thomas Covenant —decía la voz—, Incrédulo y Portador del Oro Blanco. Yo te saludo. Eres recordado entre los *haruchai* —el que hablaba era inflexible al prescindir de su propia necesidad—. Yo soy Brinn. ¿Vas a liberarnos?

¡Covenant! Ella habría querido gritar al pronunciar aquel nombre; pero su garganta estaba demasiado seca para emitir siquiera un susurro.

Al instante siguiente, oyó el impacto del hierro en la carne. ¡Covenant! Un cuerpo cayó al suelo. Los guardias se movían a su alrededor. Colgándose a las rejas de la ventana, estrujó su cara contra las barras tratando de ver lo que ocurría; pero nada entraba en su campo visual. Un, momento después, unos pies pisaban el suelo como si llevaran una carga, alejándose hasta salir del recinto y dejándola nuevamente desamparada bajo un silencio sepulcral.

Quería sollozar; pero incluso eso hubiera sido un progreso para ella. Se le había dado un nombre con el que llenar su vacío: Covenant. Desesperanza y esperanza. Covenant aún estaba vivo. Y estaba allí. El podía salvarla. El no sabía que necesitaba ser salvada.

Durante un tiempo, largo y lleno de angustia, se colocó contra la puerta mientras su pecho se agitaba, emitiendo secos sollozos, y su corazón se colgaba de la imagen de Thomas Covenant. Había sonreído a Joan. Era vulnerable a todo y aún parecía indomable. ¿Era posible que los guardias le hubieran matado?

Tal vez lo hicieron, tal vez no. Su nombre, por sí sólo, ya era una esperanza para ella. Y le dio algo para reunir piezas de lo que había sido. Cuando el cansancio acabó con sus sollozos, fue hacia su vasija de agua y bebió. Luego comió de aquel rancio manjar tanto como su estómago pudo soportar. Después durmió durante un rato.

El ruido del cerrojo al descorrerse la despertó. Los pestillos de su propia puerta estaban soltados. Su corazón gimió mientras salía del lecho poniéndose en pie desesperadamente. ¿Covenant...?

La puerta se abrió. El Delirante entró en la celda.

Parecía no tener facciones ni manos; por donde quiera que su vestido dejara su carne a la vista, sus potentes emanaciones de enfermedad eran expandidas con tal intensidad que ella no podía percibir su forma física. La corrupción chamuscaba el aire entre ellos, apartándola hasta el fondo, junto a la pared. Humeaba como Marid, como las malignas abejas. También como Joan. Su aliento llenó la celda de cangrena y náusea. Cuando hablaba, su voz parecía pudrirse en los oídos de Linden.

—Resulta que tus compañeros han mentido. Estoy desconcertado. Había pensado

que en el Reino solo había cobardes y niños. Pero no importa. La destrucción de cobardes y niños es un pequeño placer, prefiero ver valor en mis víctimas. Afortunadamente el Incrédulo no va a intentar liberarte. Desconoce tu situación.

Linden trató de burlarle y escapar. Pero su cuerpo, torpe e inútil, estaba atrapado por la mirada del Delirante. No podía cerrar los ojos ante él. El hervía en sus nervios, metiéndose dentro de ella, requiriendo su alma para contagiarla de su mal.

—Pero incluso él —continuó el Delirante en un tono de agua estancada— no es un asunto importante. Sólo su anillo significa algo. Y no tendrá más remedio que entregarlo. Ya se ha vendido a sí mismo y no hay poder bajo el Arco del Tiempo que pueda impedir su desesperación. No, Linden Avery —dijo el Delirante sin pausa—, abandona toda esperanza respecto a Thomas Covenant. La principal tarea en la condena del Reino está sobre tus hombros.

¡No! No tenía defensa contra tanta corrupción. La noche rondaba a su alrededor, más cruel que cualquier oscuridad; la noche tan vieja como el dolor de los niños cuyos padres van a morir. ¡Nunca!

«Tú has sido especialmente escogida para esta profanación. Tú estás siendo forjada como se forja el hierro para conseguir la ruina de la Tierra —su voz violaba toda su carne—. Tú has sido escogida, Linden Avery, porque tú puedes *ver*. Porque tú estás abierta a todo aquello que nadie más en el Reino puede discernir, tú estás abierta a ser forjada. Con ojos, orejas y tacto, estás destinada a ser lo que el Despreciativo necesita. Haciendo falta destruir, tú serás la encargada de llevar a cabo la destrucción. Yo saborearé la ruina.

»Por tanto yo ya te he advertido. Para que conozcas el peligro y puedas evadirlo. De forma que, mientras te esfuerces en evadirlo, el Despreciativo pueda reírse con escarnio y triunfo».

¡No! No era posible. ¡Era médico! De ninguna manera podía ser forzada a destruir. Ningún poder, ninguna malevolencia podía deshacer lo que ella había escogido ser. ¡Nunca! Un chorro de palabras se desprendió de ella.

—Tú estás enfermo. Todo eso es producto de la enfermedad, no otra cosa. Tienes una dolencia que pudre tu mente. Es un problema psicológico. Una descompensación química del cerebro. No sabes lo que estás diciendo. ¡Yo no creo en el *mal*!

—¿No? —el Delirante parecía divertirse—. Ciertamente. Esa mentira, al menos, la debo rectificar —y avanzó hacia ella como una marea de mortandad—. Tú has cometido asesinato. ¿No hay mal en ti?

El Delirante extendió sus brazos como si quisiera abrazarla. No tenía cara ni manos. Una brillante alucinación en la manga de su vestido se alargó hacia ella y le acarició la mejilla.

El terror de aquel contacto apareció como una sombra en su alma. Un mal gélido congeló su cara, esparciendo hielo por todos sus sentidos corrió el encadenamiento de

toda su instintiva repulsión. Flameó a través de su cuerpo y se volvió verdad. La verdad del Despreciativo. El mal supuraba en sus facciones, neutralizando su severidad y belleza, corrompiendo lo que ella era. El Sol Ban brillaba en su carne; desierto, pestilencia, el llanto de los árboles. Hubiera querido aullar, pero no tenía voz.

Huyó. No había otra defensa. Echó a correr dentro de sí misma. Cerró los ojos, los oídos, la boca y los nervios de su piel, sellando toda entrada a su mente. *No*. El horror le dio el poder de paralizarse. *Nunca*. Quedándose ciega, sorda y sin sensibilidad al tacto, se hundió en la oscuridad como si fuera en la muerte, el inevitable legado del nacimiento.

DIECISÉIS. El Weird de los Waynhim

¡No lo haré!

Covenant luchaba para sentarse en el lecho donde descansaba, contra mantas que impedían sus movimientos y unas manos que le forzaban a mantenerse acostado.

¡Nunca abandonaré!

Ciegamente se esforzaba para liberarse. Pero una gran debilidad lo mantenía donde estaba. En su brazo derecho sentía un pretérito recuerdo de dolor.

—¡No me importa lo que me hagáis!

Y la hierba que había debajo de él era fragante y soporífica. No lograba quitarse de encima aquellas manos. Una visión incierta y borrosa favorecía la indefensión. La cara situada sobre él parecía gentil y humana.

—Descansa, portador del anillo —dijo el hombre amablemente—. Nada debes temer en este santuario. Ya habrá tiempo para tus urgencias cuando estés algo mejor.

La voz mitigó su desesperación. El agradable e intenso olor de la hierba le dio confianza y confort. Su necesidad de ir tras Linden a floraba a sus labios, pero no podía oírlo.

La siguiente vez que despertó, llegó con lentitud a un estado consciente y todos sus sentidos volvieron a él. Cuando abrió los ojos ya podía ver. Después de parpadear unos momentos ante la cúpula de piedra que había por encima de él, comprendió que se hallaba bajo tierra. Aunque descansaba sobre una gruesa capa de hierba fresca, era indudable que aquella espaciosa cámara había sido cavada en la tierra. La luz procedía de braseros colocados en los rincones de la habitación.

La cara que había visto antes, volvió. El hombre le sonrió y le ayudó a sentarse.

—Ten cuidado, portador del anillo. Has sido herido mortalmente. Esa debilidad tardará en desaparecer.

El hombre colocó en las manos de Covenant un tazón lleno de un líquido oscuro, haciendo que se lo tomara. El líquido tenía un sabor extraño; pero le sentó bien después de tanto tiempo sin tomar nada.

Luego empezó a mirar a su alrededor más atentamente. Su cama estaba en el centro de la habitación, levantada del suelo, como en un catafalco de hierba. Las piedras de las paredes y de la cúpula habían sido cuidadosamente pulidas y moldeadas. El techo no era alto, pero sí lo suficiente para estar de pie. En las paredes había entradas opuestas, una a cada lado. Los braseros eran de piedra gris, sin decorar, sostenidos sobre trípodes de hierro. El líquido espeso y negro que había en ellos, quemaba sin producir humo.

Cuando giró un poco más la cabeza vio a Vain cerca de él.

El Demondim estaba con los brazos colgando, ligeramente doblados. En sus labios había una débil y ambigua sonrisa y sus ojos negros sin pupila ni iris parecían

las órbitas de un ciego.

Covenant sintió un escalofrío de repulsión.

—Llevaos... —su voz le rasgó garganta como un cuchillo—. Lleváoslo de aquí.

El hombre sostenía a Covenant con un brazo detrás de su espalda.

—Tal vez podría hacerse —respondió—, pero haría falta mucha fuerza —dijo con una torcida sonrisa—. ¿Tienes alguna razón para desconfiar de él?

—Éste... —Covenant recordó amargamente las danzas de las víctimas del Sol Ban y la mueca de Vain. Tenía dificultad en pronunciar palabras por la cuchilla que sentía en su garganta—. No quiso ayudarme —el pensar en su propia necesidad le hizo temblar—. Debéis deshaceros de él.

—Ah, portador del anillo —dijo el hombre en un tono ligeramente airado—, estas preguntas no deben contestarse tan despreocupadamente. Hay mucho que debo contarte y mucho que espero que me cuentes.

Miró a Covenant y éste lo vio claramente por primera vez. Tenía el cabello negro y la constitución fuerte de un pedrariano, aunque no iba vestido, excepto por una ancha correa de cuero alrededor de la cintura. La mirada de sus ojos castaños inspiraban simpatía; pero sus mejillas habían sido profundamente castigadas por antiguas heridas, y la expresión de su boca denotaba que estaba bien familiarizado con el temor y la incomprensión. Su piel tenía la distintiva palidez de un hombre que había sido alguna vez ricamente pigmentado. Covenant, inmediatamente sintió simpatía hacia él.

—Me llamo Hamako —dijo el hombre—. Mi antiguo nombre era otro que los Waynhim no podrían pronunciar y lo he suprimido. Los Waynhim te llaman en su lengua portador del anillo, y eres bien conocido entre ellos. Pero con gusto haré uso de algún otro nombre que tú desees.

Covenant tragó saliva y tomó otro sorbo del tazón.

—Covenant —dijo resueltamente—, me llamo Thomas Covenant. —Luego volvió a la cuestión sobre Vain.

—Durante dos días —dijo—, mientras tú soportabas la fiebre, los Waynhim han estado examinando a este descendiente de los Demondim. Han hallado en él un objetivo, pero no daño alguno. Esto es desconcertante para ellos, pues perciben muy bien las manos de los ur-viles que los crearon a ellos y ellos no confían en los ur-viles. Y sin embargo, es una encarnación de la ciencia que ellos comprenden. Sólo una cosa los desconcierta —Hamako hizo una pausa como si lamentara recordarle a Covenant horrores del pasado—. Cuando liberaste al Waynhim *dhraga* del fuego, con peligro de tu vida, *dhraga* pronunció la voz de mando a ese Demondim, ordenándole que te defendiera. ¿Por qué no obedeció?

El líquido oscuro salvó la garganta de Covenant, pero su voz todavía sonaba ronca.

—Ya había utilizado yo la voz de mando. Mató a seis hombres.

—Ah, —respondió Hamako.

Dejó a Covenant por un momento y llamó a través de una de las entradas a la habitación en una lengua extraña. Casi inmediatamente, un Waynhim entró en la cámara. La criatura husmeó en dirección a Covenant y luego empezó una rápida conversación con Hamako. Sus voces producían un sonido chillón que roía los nervios de Covenant. Tenía muchas y desgraciadas experiencias con los ur-viles, pero alejó estos recuerdos y trató de no pensar mal de Vain. Poco después el Waynhim salió corriendo como si llevara una información importante. Luego Hamako devolvió su atención a Covenant.

La mirada del hombre estaba llena de preguntas cuando dijo:

—Entonces tu encuentro con ese Demondim no fue casual. No se te pegó a ti sin tu aceptación —Covenant movió la cabeza— Te lo dio alguien. Te fue proporcionado por aquellos que conocen tu propósito.

—No. Quiero decir, sí. Me ha sido regalado. Se me dijo cómo hacerle obedecer. Se me dijo que confiara en él —afirmó, fastidiado ante la idea de que Vain era de toda confianza—, pero nada más.

Hamako buscó la manera más correcta de formular la pregunta.

—¿Puedo preguntar... quien fue el donante?

Covenant se resistía a responder directamente. No es que desconfiara de Hamako, pero no quería discutir su experiencia con los Muertos. Por ello, respondió simplemente:

—Estuve en Andelain.

—Ah, Andelain, —Hamako lanzó un suspiro—. Los Muertos.

Hamako empezaba a comprender, pero no parecía tener todo aclarado.

Bruscamente, salió la intuición de Covenant.

—Tú sabes cuál es su propósito —había oído decir que la ciencia de los Waynhim era amplia y sutil—, pero no vas a decírmelo.

La boca de Hamako se torció con pena.

—Covenant —dijo, tratando de ser comprendido—, los Muertos eran tus amigos. ¿No es así? Su preocupación por ti es profunda y muy lejana. Es obvio que los Waynhim viven más la actualidad y aciertan más. Sin duda, hay muchas preguntas para las cuales guardan las respuestas. Pero...

Covenant le interrumpió:

—Tú sabes cómo combatir el Sol Ban y tampoco me lo vas a decir.

Su tono hizo que Hamako se pusiera en guardia.

—Con toda seguridad, los Muertos te habrán dicho todo lo que puede ser sabiamente dicho, ¡ah, Thomas Covenant! Mi corazón se muere de ganas de compartir contigo el conocimiento de los Waynhim. Pero ellos me han instruido

estrictamente de mantenerlos en reserva. Por muchas razones.

«Ellos son siempre contrarios a impartir sus conocimientos donde no pueden controlar el uso de aquello en que han sido aplicados. Para el portador del anillo, quizá estuvieran dispuestos a considerarlo. Pero no tienen la visión de los Muertos y temen transgredir las razones que han guiado aquellos regalos. Ésta es la paradoja de la ciencia, que debe ser alcanzada, más bien que concedida. De lo contrario se extravía. Lo único que se me permite decirte es que si ahora te revelara el propósito del Demondim, esta revelación podría dificultar el cumplimiento del fin. —Hamako puso cara de súplica—. Y el fin es altamente deseable.

—De todas maneras, los ur-viles lo desean grandemente —la frustración y su debilidad, hicieron a Covenant sarcástico—. Puede que esos Waynhim no sean tan sinceros como tú crees.

Vació el tazón y trató de levantarse. Pero Hamako le mantuvo tal como estaba. Covenant había provocado la cólera de aquel hombre. Con voz firme, Hamako dijo:

—Debo a los Waynhim la vida, la salud y todo el socorro que he necesitado, además de otras muchas cosas. Nunca traicionaré sus deseos para satisfacer los tuyos, aunque seas portador del anillo.

Covenant trató de librarse del agarro de Hamako, sin lograrlo. Tras el inútil esfuerzo, se dejó caer nuevamente en la hierba.

—Dijiste dos días —exclamó. Su futilidad le debilitaba más. ¡Dos días más!—. Tengo que marcharme. Estoy demasiado lejos de mi destino.

—Has estado gravemente enfermo —replicó Hamako—. Tu cuerpo todavía no puede sostenerse. ¿Qué urgencia tienes?

Covenant desechó una réplica provocadora. No podía ofenderse por la negativa de Hamako a contestarle preguntas cruciales; él mismo había hecho estas cosas. Cuando hubo dominado su rabia, respondió:

—Tres amigos míos fueron raptados por un Caballero y están en camino hacia Piedra Deleitosa. Si no les alcanzo pronto, los matarán.

Hamako absorbió la información. Luego llamó nuevamente a uno de los Waynhim. Mantuvieron otra rápida conversación. Hamako parecía explicarle algo, urgiéndole para algo. Las respuestas del Waynhim sonaban dudosas carentes de convicción. Pero la criatura terminó con una nota que satisfizo a Hamako. Cuando el Waynhim partió, volvió junto a Covenant.

—*Durhisitar* consultará al Weird de los Waynhim —dijo el hombre—. Pero no me cabe duda de que te ayudarán. Ningún Waynhim olvidará la redención de *dhraga* o el peligro de la trampa que te tendieron. Ahora descansa y no te preocupes. Este *rhysh* te concederá poder para seguir a tus compañeros.

—¿Cómo? ¿Qué pueden hacer?

—Los Waynhim son capaces de hacer muchas cosas —respondió Hamako,

indicando a Covenant con un gesto que siguiera acostado—. Descansa, digo. Mantén sólo esta esperanza, que es mucha, y deja de lado tu preocupación. Me enfadaré contigo si se te concede poder y estás demasiado débil para desempeñarlo.

Covenant no pudo resistir. La hierba despedía un aroma soporífero. Su cuerpo estaba agotado por el cansancio, y el roborante que había bebido parecía haber serenado su ansiedad. Dejó que Hamako le acomodara en la cama. Pero en cuanto el hombre se preparaba para salir, le dijo en tono distante:

—Al menos, explícame cómo llegué hasta aquí. La última cosa que recuerdo... —no miraba a Vain— estaba como muerto. ¿Qué hiciste para salvarme?

Hamako se sentó en un ángulo de la cama. Nuevamente su cara mostraba una desvaída simpatía.

—Ya te lo explicaré —dijo—. Pero debo decirte claramente que yo no te salvé.

Covenant volvió a levantar la cabeza.

—¿No?

—Quédate tranquilo —Hamako le empujó nuevamente hacia abajo—. No hay razón para ese asombro.

Agarrándose a los brazos del hombre con ambas manos, Covenant acercó su cara a la de él.

—¿Qué demonios hago yo aquí vivo?

—Covenant —dijo Hamako con una sonrisa—. ¿Cómo puedo contarte la historia estando tan excitado?

Lentamente, Covenant lo soltó.

—Muy bien —su cabeza estaba llena de espectros, pero se esforzó en relajarse—. Cuenta.

—Lo que pasó fue lo siguiente —dijo el hombre—: Cuando el Waynhim *dhraga* fue liberado por tu mano, y vio que este producto de Demondim no obedecía a su voz, quería que te fueras con él. Pero no pudo hacer que le comprendieras. Entonces *dhraga* reunió todas las fuerzas que sus heridas le permitieron y fue a informar al *rhysh* de tu situación. *Dhraga* había sido utilizado como cebo para una trampa. Esta trampa...

Covenant le interrumpió.

—¿Qué es un *rhysh*?

—Ah, perdona. Durante muchísimas vueltas de la Luna no he oído más voz humana que ésas distorsionadas por el Sol Ban. Había olvidado que no hablas la lengua de los Waynhim.

«En nuestro lenguaje, la palabra *rhysh* significa grupo. Hace referencia a una comunidad de Waynhim. En todo el Reino hay miles de Waynhim pero todos viven en *rhysh* de una o dos veintenas. Cada *rhysh* es autónomo, aunque tengo entendido que existe comunicación entre ellos. En la Gran Guerra de Piedra Deleitosa, hace casi

cuarenta siglos, cinco *rhysh* lucharon juntos contra los ur-viles del Despreciativo. Pero tales colaboraciones son ramas. Cada *rhysh* se atiene a su propia manera de interpretar el Weird. Este *rhysh* vive aquí desde hace mucho tiempo, sirviendo a su propia visión.

Covenant deseaba preguntarle el significado de la palabra *Weird*; pero ya lamentaba haber interrumpido su narración de los hechos.

«El *rhysh* —resumió Hamako—, fue informado de tu situación por *dhraga*. En seguida nos movilizamos para ayudarte, pero la distancia era demasiado grande. Cuando *dhraga* fue capturado, la decisión fue de no rescatarlo. Era muy duro para el *rhysh* abandonar a uno de sus miembros, pero temíamos esa trampa. Todos hemos trabajado durante largo tiempo demasiado cerca de un gran número de esas víctimas del Sol Ban —lágrimas inexplicables borraron sus ojos—. Durante largo tiempo, las almas enfermas que capturaron, han tratado de destruirnos. Por tanto, creímos que la trampa era para nosotros. No deseando matar ni ser muertos, abandonamos a *dhraga* a su suerte.

A Covenant le extrañó la forma en que Hamako se identificaba con el *rhysh*, y con la evidente lástima que sentía por las víctimas del Sol Ban. Pero no volvió a interrumpirlo.

«Asimismo —prosiguió Hamako, superando su emoción—, durante tres días de Sol Desértico, antes de la preparación de esta trampa, los Waynhim detectaron huellas de Delirante.

¡Un Delirante! —murmuró Covenant para sí. ¡Maldita sea! Eso explica la trampa. Y la araña.

«Por tanto temíamos mucho a la trampa. Pero en cuanto supimos que el portador del anillo había sido capturado, comprendimos el error y corrimos a socorrerte. La distancia —repitió—, era demasiado grande. Llegamos sólo a tiempo de ver como te redimiste solo con la magia indomeñable.

—¡Redírmeme...! —Su corazón dio un salto. ¡No! «Aunque tu brazo estaba en terrible estado y ennegrecido, tu anillo blanco despidió un gran fuego. Las ataduras se soltaron. La madera fue troceada y expandida por los alrededores. El lisiado del Sol Ban fue lanzado al otro lado como paja y salió corriendo lleno de terror. La expansión arrancó rocas del escarpado. Sólo este Demondim estaba incólume entre el fuego.

»El poder quedó cortado cuando te caíste. Al percibir tu veneno te trasladamos aquí y los Waynhim te cuidaron con todo su saber hasta que la muerte se alejó de ti. Aquí estarás seguro hasta que recuperes tus fuerzas.

Hamako se quedó callado. Después de estudiar a Covenant unos instantes, se levantó y se dispuso a salir.

—¿Dónde está el Delirante? —inquirió Covenant.

—Se ha perdido toda huella de él —respondió Hamako—. Supongo que su

objetivo quedó cumplido.

O tiene miedo de mí, pensó Covenant. No vio a Hamako abandonar la cámara. Estaba absorto en sus pensamientos. ¡Demonios del infierno!, primero Marid, luego las abejas y ahora esto. Cada ataque peor que el anterior. Y cada vez un Delirante envuelto en el ataque. ¡Satanás! ¿Por qué? Nuevamente se encendió su cólera. ¿Qué más? El Amo Execrable no le quería muerto, no si su anillo podía caer en manos de un Delirante. El Despreciativo quería algo completamente diferente. Lo que quería es que se rindiera; una abdicación voluntaria. Por lo tanto, la razón de aquellos ataques era su efecto sobre él mismo, la forma en que sacaban poder de su delirio, una violencia sobre la cual él no tenía control.

¡No tenía control!

¿Estaba tratando el Despreciativo de asustarle para que abandonara el anillo?

¡Que Dios le condene a los Infiernos! Siempre había sentido una casi obsesiva desconfianza en el poder. En el pasado, se había reconciliado con la magia, gracias a la cual había desafiado al Amo Execrable, sólo porque se había abstenido hacer pleno uso de ella. En lugar de haber intentado destrozarse completamente al Despreciativo, él había amortiguado el golpe final; aunque al hacerlo, permitió que el Amo Execrable se levantara de nuevo amenazando al Reino. Deliberadamente se había hecho culpable del futuro resurgimiento en el Reino de aquella enfermedad. Y había escogido eso porque la alternativa era mucho peor.

Creía que el Amo Execrable era una parte de sí mismo, una materialización del peligro moral que acecha al paria en su complejo sentimiento de cólera producido por su propio estado, una condena del leproso al Despreciativo decidida por todos, incluso por él mismo. La contención era el único escape posible a tal condena. Si hubiera dejado que su poder estallara sin control, permitiéndose utilizar por entero la magia indomeñable en su batalla contra el Amo Execrable, no hubiera conseguido otra cosa que alimentar a su propio Despreciativo interior. La parte de él encargada de calibrar, creer y afirmar, fue la parte que optó por la moderación. Un poder inmenso, desenfrenado y utilizado sin medida, le habría corrompido a él, y por un solo acto, habría pasado de víctima a verdugo. Sabía muy bien lo fácil que era para un hombre llegar a convertirse en aquello que odia.

Por tanto temía a su magia indomeñable, a su capacidad de poder y violencia. Y éste era precisamente el punto de ataque escogido por el Amo Execrable. El veneno despertó su magia cuando se hallaba más allá de cualquier control. La despertó y la incrementó. En Pedraria Mithil, casi falló en alumbrar la *orcrest* de Sunder; pero dos días atrás, aparentemente había roto piedras; sin voluntad de hacerlo.

Y todavía no sabía por qué. Tal vez al salvar a Joan, se *había* vendido a sí mismo; tal vez ya no era libre. Pero ni aún la falta de libertad le obligaría a rendirse. Y cada incremento de su poder aumentaba sus posibilidades de vencer nuevamente al

Despreciativo.

El peligro radicaba en el veneno, en la pérdida de control. Pero si podía evitar nuevas recaídas y aprender a controlarse...

Era un leproso. El control y la disciplina eran las reglas de su vida. Que el Amo Execrable considerara esto antes de cantar victoria.

Con aquellos pensamientos Covenant se quedó triste y en calma. Lentamente, los efectos de su enfermedad se alejaron. La fragancia de la hierba lo serenó como un calmante. Poco después, se durmió.

Cuando Hamako lo despertó, tuvo la impresión de haber dormido mucho tiempo. Nada había cambiado en el aposento, y sus instintos se mantenían seguros. Lamentándose de la forma en que todo parecía conspirar para incrementar el peligro de sus amigos, se incorporó hasta sentarse.

—¿Cuántos días he perdido hasta ahora?

Hamako puso un tazón de aquel líquido oscuro en las manos de Covenant.

—Has estado con nosotros durante tres días del Sol de Pestilencia —respondió. El amanecer todavía no está cercano, pero he querido despertarte porque hay muchas cosas que deseo enseñarle y decirte antes de que te vayas. Bebe.

Tres días. ¡Era horrible! Contrariado, Covenant tomó un largo sorbo de aquel líquido.

Pero mientras el líquido pasaba a su estómago, notó una notable mejoría en su estado. Podía mantener el tazón fijo y su cuerpo entero se sentía más estable. Miró a Hamako. Para satisfacer su curiosidad preguntó:

—¿Qué es este caldo?

—Es *vitrim* —Hamako sonreía. Parecía complacido del estado de Covenant—. Parece una esencia de *aliantha*, pero le debe más a la ciencia de los Waynhim que a la *aliantha* misma.

De un largo trago, Covenant vació el recipiente y se encontró de inmediato en mejores condiciones. Devolvió el tazón y se levantó.

—¿Cuándo puedo partir? Ya no tengo más excusas para esperar.

—Poco después de salir el Sol podrás reanudar tu viaje —respondió Hamako—. Te aseguro que no lamentarás mucho haber pasado estos días con nosotros —dio el tazón a un Waynhim que estaba por allí y tomó de él una bolsa de cuero parecida a una bota, que dio a Covenant—. *Vitrim* —dijo—. Si lo consumes prudentemente, no vas a necesitar ningún otro alimento durante tres días.

Covenant agradeció el regalo con un movimiento de cabeza y ató la bolsa a su cinturón. Mientras lo hacía, Hamako dijo:

—Thomas Covenant, lamento mucho haber tenido que rehusar contestarte a tus más urgentes preguntas. Por lo tanto deseo que comprendas al Weird de los Waynhim antes de que te vayas. Luego quizás compartas mi convicción de que podemos

confiar en tu sabiduría. ¿Estás dispuesto?

Covenant miró a Hamako con una acongojada expresión.

—Hamako, tú has salvado mi vida. Puedo ser un ingrato de nacimiento, pero aún puedo apreciar la importancia de no estar muerto. Trataré de comprender todo lo que trates de explicarme —casi involuntariamente añadió—: Sólo te ruego que no me tomes mucho tiempo. Si no hago algo pronto no seré capaz de vivir conmigo mismo.

—Entonces ven —dijo Hamako, empezando a andar hacia fuera de la habitación.

Covenant se entretuvo un momento para coger su camisa. Luego le siguió.

Al cruzar la puerta de entrada a la cámara, notó vagamente que Vain estaba detrás de él.

Se encontró en un corredor magistralmente excavado en la roca, por donde apenas podía andar derecho. El pasaje era largo y, a intervalos iluminado por pequeños incensarios colocados en las paredes. Dentro de ellos, un fluido oscuro ardía sin producir humo.

A cierta distancia, el pasaje se ramificó, convirtiéndose en una red de túneles. Mientras Covenant y Hamako pasaban por ellos empezaron a encontrar individuos Waynhim. Algunos caminaban en silencio; otros intercambiaban comentarios con Hamako en su extraña lengua; pero todos ellos se inclinaban al paso del portador del anillo.

Bruscamente, el túnel se abrió dando paso a una inmensa caverna. Estaba ricamente iluminada con braseros de líquido ardiente. Parecía tener más de treinta metros de altura y tres más de ancho. Al menos, una veintena de Waynhim se hallaban trabajando en aquella zona.

Con un escalofrío de sorpresa y desconcierto, Covenant observó que toda la caverna era un jardín.

El suelo estaba cubierto de espesa hierba. Había parterres en todas partes, llenos de la más diversa variedad de plantas. Varios árboles, entre ellos robles, melocotoneros, sicomoros, jacarandá, olmos, manzanos y otros, extendiendo sus ramas en el abovedado techo. Había parras y enredaderas en las paredes.

Los Waynhim cuidaban las plantas. Entre los árboles se movían, entonando cánticos y empuñando pequeñas varas de hierro, de las que salían pequeñas chispas de poder que nutrían las flores, arbustos y viñas, como una mezcla destilada de marga y luz solar.

El efecto era insólito. En la superficie del Reino, el Sol Ban lo hacía todo antinatural; nada crecía sin violar la Ley de su propia naturaleza, nada moría sin ruina. Sin embargo, allí donde no había luz solar, ni aire libre ni insectos para transmitir polen, el jardín de los Waynhim florecía con abundancia y belleza, tan natural como si aquellas plantas hubieran nacido para fructificar bajo un cielo de piedra.

Covenant quedó maravillado, pero cuando empezó a hacer preguntas, Hamako gesticuló indicándole silencio y lo condujo a través del jardín.

Despacio, pasearon por entre las flores y los árboles. El murmurante canto de los Waynhim llenaba el ambiente; pero ninguna de las criaturas hablaba, ni fuera entre ellas ni con Hamako. Estaban extasiadas en la concentración de su trabajo. Y en su concentración Covenant captó un vislumbre de la prodigiosa dificultad de la tarea que se habían impuesto. Mantener aquel jardín subterráneo en perfecta salud, requería milagros de devoción y de estudio.

Pero Hamako tenía más cosas que enseñar. Guió a Covenant y Vain hacia un extremo lejano de la caverna por otra serie de corredores. Éstos se hallaban inclinados en sentido ascendente y, mientras ascendían, Covenant notó un fuerte olor a animales. Ya había adivinado lo que iba a ver cuando entró en otra gran caverna, no tan alta como la del jardín, pero igualmente amplia.

Era un zoo. Los Waynhim alimentaban allí a cientos de animales diferentes. En pequeños corrales ingeniosamente dispuestos para imitar a las condiciones naturales de vida, vivían parejas de tejones, tilis, topos, nutrias, ratas almizcleras, zorros, conejos y linceos. Y muchos de ellos tenían crías.

El zoo estaba menos logrado que el jardín. Los animales sin grandes espacios para correr no pueden mantener su estado de salud natural. Pero este problema palidecía ante el asombroso hecho de que todos estuvieran vivos. El Sol Ban era fatal para la vida animal. Los Waynhim preservaban estas especies de una completa extinción.

Nuevamente, Hamako silenció las preguntas de Covenant. Abandonaron la nave y continuaron ascendiendo. En aquellos túneles no encontraron a ningún Waynhim. Pronto el ascenso era tan pronunciado que Covenant se preguntaba a qué profundidad de la Tierra había dormido durante tres días. Sintió congoja ante su insensibilidad, ya que había perdido la habilidad de calcular el peso de la roca que se hallaba por encima de él, adivinar la naturaleza del *vitrim* o localizar los espíritus de sus compañeros. Esta angustia le recordó que Linden hubiera podido decirle si podía fiarse o no de Vain.

Luego el pasillo se convirtió en una escalera espiral que conducía a una pequeña cámara redonda. Ninguna salida se hallaba a la vista, pero Hamako colocó sus manos en una sección de la pared, pronunció varias palabras en el lenguaje de los Waynhim y empujó. En la piedra una fisura, antes invisible, y se abrió.

Al abandonar la cámara, Covenant se encontró bajo las estrellas. En el horizonte Este, los cielos habían empezado a palidecer. El amanecer se aproximaba. A su vista, sintió una inesperada zozobra por tener que abandonar aquel lugar tan seguro y maravilloso. Tristemente reafirmó su decisión, sin mirar hacia atrás, cuando Hamako sellaba la entrada detrás de él.

Inseguro en la oscuridad, Hamako tuvo que guiarle a través de piedras y formas variadas que daban la impresión de extenderse en un área bastante amplia, a un espacio relativamente abierto. Allí se sentó, encarado al Este. Al reunirse con Hamako, Covenant descubrió que se hallaban sobre una llana extensión de piedras; protección contra el primer rayo del Sol Ban.

Vain se había retirado hacia un lado, como si no le importara o ni siquiera estuviera enterado de la necesidad de tal protección.

—Ahora voy a hablar —dijo Hamako. Sus palabras brotaban suavemente perdiéndose en la noche.

—No temas por el tullido del Sol Ban que quería matarte. Nunca más entrará en este lugar. Al menos conservan la mente y el miedo necesarios para no volver. Su tono indicaba que él mantenía aquel área consagrada a algún tipo de culto o de inextinguible recuerdo.

Covenant se dispuso a escuchar y, después de una pausa, Hamako empezó:

—Existe un gran abismo —Hamako exhaló, una forma más oscura entre las oscuras siluetas de la noche—, entre las criaturas que han nacido y las que han sido fabricadas. Las criaturas nacidas, como nosotros mismos, no sufrimos tormento alguno en razón de nuestra forma física. Puede que desees tener una vista mejor, más fuerza en los brazos, pero el emplazamiento de los ojos y las extremidades no te preocupa. Has nacido de acuerdo con la Ley para ser como eres. Sólo un loco detesta la naturaleza del nacimiento.

«Algo muy distinto ocurre con los Waynhim. Ellos fueron fabricados, como lo fueron los ur-viles, en las cuevas de cría de los Demondim. Y los mismos Demondim fueron creados por la ciencia más que por la sangre por los viles que les precedieron. Por tanto los Waynhim no son criaturas de Ley. Son enteramente ajenos al mundo. Y tienen una vida antinaturalmente larga. Algunos de entre los *rhysh* recuerdan a los Amos y la antigua gloria de Piedra Deleitosa. Otros cuentan la historia de cinco *rhysh* que lucharon frente a las puertas de Piedra Deleitosa en el gran sitio, y del Amo Azul que cabalgó en su ayuda en un alarde de valor. Pero dejemos esto.

»El número de los Waynhim es mantenido sólo porque los ur-viles continúan el trabajo de sus Demondim creadores. Mucha crianza se está llevando a cabo en las profundidades de la Tierra. Unos son ur-viles y otros Waynhim. También los hay que son nuevos, visiones encarnadas de ciencia y poder. Éste es el caso de tu compañero. Un consciente trabajo para cumplir un objetivo.

En el Este, el cielo estaba clareando lentamente. Las últimas estrellas se extinguían. Las siluetas alrededor de Covenant y Hamako iban adquiriendo forma, modulándose hacia su revelación.

«Éste es el Weird de todos los productos Demondim. Cada Waynhim y cada ur-vile se mira a sí mismo y ve que no necesitaba haber sido hecho como es. Es el

fruto de selecciones que él no hizo. A partir de este hecho, los Waynhim y los ur-viles tienen espíritus divergentes. Ello ha inspirado en los ur-viles un permanente disgusto por sus propias formas y un presuntuoso anhelo de perfeccionamiento, por el poder de crear lo que no son. Su dedicación es extrema, sin importarles los costes. Por ello han servido al Despreciativo durante milenios, ya que el Amo Execrable les compensa con conocimientos y material para sus crianzas. Y así se hizo tu compañero.

»Por ello los Waynhim se han desconcertado al no encontrar en él maldad alguna. Es un... una apoteosis. De él se desprende que los ur-viles han suprimido finalmente su violencia y falta de escrúpulos, logrando la perfección. Es el Weird de los ur-viles encarnado. Ya no puedo decirte más acerca de él.

»Pero el espíritu de los Waynhim es completamente distinto. No son indiferentes a los costes. Desde la gran Profanación que Kevin Pierdettierra y el Amo Execrable concibieron sobre el Reino, han aprendido a sentir verdadero horror a tales pasiones. Ellos previeron claramente el precio que los ur-viles iban a pagar y seguirían pagando siempre, para su desesperación, y por tanto siguieron otro camino. Compartiendo el Weird, escogieron entenderlo de manera distinta, buscando su propia justificación.

Hamako cambió de posición, volviéndose más directamente hacia el Este.

»En la lengua de los Waynhim, Weird tiene varios significados. Es una suerte o destino; pero también quiere decir opción y se usa para designar consejo o decisión a tomar. Lo de opción y destino no es una contradicción. Un hombre puede estar destinado a morir, pero no hay destino que pueda determinar si morirá con valor o cobardía. Los Waynhim escogen la manera en que van a afrontar su destino.

»En su soledad han escogido servir la Ley a la cual no pertenecen. Cada *rhysh* desempeña su propio deber. En el caso de aquí, el jardín y los animales. Desafiando al Son Ban y a todos los males del Amo Execrable, este *rhysh* se esfuerza en preservar cosas que crecen a partir de la semilla natural de la Ley en la misma forma que la naturaleza lo ha hecho. Si alguna vez llegara el final del Sol Ban, el futuro del Reino estaría asegurado con su vida natural.

Covenant escuchaba con tensión en su garganta. Estaba impresionado por la noble labor que hacían los Waynhim, aunque limitada. En los millares de leguas cuadradas de la vasta ruina del Sol Ban, una caverna llena de plantas saludables era algo insignificante. Y sin embargo, aquella caverna representaba tal compromiso y tanta fe en el Reino que, así considerada, era algo grandioso. Quería expresar su reconocimiento pero no encontraba palabras adecuadas. Nada podría ser nunca adecuado excepto la revocación del Sol Ban, que permitiría a los Waynhim disfrutar del futuro al cual estaban sirviendo. El temor a que su dedicación pudiera resultar inútil, nubló su visión; le obligó a cubrirse los ojos con las manos.

Cuando miró nuevamente hacia arriba, el Sol se estaba levantando.

Llegó a través de los Llanos, vestido de marrón claro. Un Sol del Desierto. Las formas del Reino se hicieron reales al salir de la oscuridad. Al mirar a su alrededor, vio que estaba sentado en una pedraria destruida.

Las casas estaban en ruinas, las paredes sin techos que sostener, los arcos esparcidos como cadáveres, las losas de piedra con ventanas apoyadas unas contra otras. Al principio pensó que se trataba de un pueblo destruido por un terremoto. Pero cuando la luz se intensificó, lo vio todo más claramente.

Desiguales agujeros como la palma de la mano llenaban todas las piedras como si el pueblo hubiera sufrido una lluvia de vitriolo, corroyendo los techos hasta que cayeran, rompiendo las paredes en pedazos y quemando partes del mismo suelo. El lugar en donde estaba sentado aparecía salpicado de marcas de ácido. Cualquier pieza de roca de la zona, que hubiera estado alguna vez en pie estaba ahora en ruinas.

—¡Demonios! —murmuró débilmente—. ¿Qué ha pasado aquí?

Hamako no se había movido; pero su cabeza estaba inclinada. Cuando habló, su tono indicaba claramente que estaba muy directamente familiarizado con la escena.

—De esto también quiero hablarte —dijo suspirando—. Por eso te he traído aquí.

Detrás de él, unas piedras se abrieron, dejando a la vista la cámara de la cual él y Covenant habían salido después de abandonar los corredores subterráneos. Ocho Waynhim salieron en fila, cerrando tras ellos. Pero Hamako no parecía prestarles atención.

—Esto es Pedraria Dura, el hogar del lisiado del Sol Ban que te atacó. Es mi pueblo.

Los Waynhim formaron un círculo alrededor de él y Covenant. Tras una mirada inicial, Covenant se concentró en Hamako. Quería escuchar lo que estaba diciendo.

—Mi pueblo —repitió el antiguo pedrariano—, un pueblo digno. Todos nosotros lo éramos. Hace una veintena de lunas, éramos fuertes y osados. Orgullosos. Con gran arrogancia por nuestra parte, decidimos desafiar al Clave.

«Seguramente ya sabrás la forma en que el Clave adquiere la sangre. Todos se someten al procedimiento como hicimos nosotros durante generaciones. Pero era humillante y aborrecible, de manera que, al final, nos negamos. Ah, orgullo. El Caballero se fue y Pedraria Dura cayó bajo el *Grim* de los na-Mhoram.

Su voz se estremeció.

«Puede que tú no tengas conocimiento de estas abominaciones. Llegó un Sol Fértil y estábamos fuera de nuestros hogares, plantando y cosechando para nuestro sostén, poco atentos a nuestro peligro. Luego, de pronto, el verde del Sol se volvió negro, de un negro maligno, y una nube fatal partió de Piedra Deleitosa hacia Pedraria Dura, viajando contra el viento.

Se cubrió la cara con la mano, frotándose la frente como queriendo controlar el dolor de su recuerdo.

«Los que permanecían en sus casas, niños, madres, enfermos e inválidos, perecieron con el pueblo, con una triste agonía. El resto se quedó sin hogar».

Los acontecimientos que describía eran vividos en él, pero no se permitía residir en ellos. Con un esfuerzo de voluntad, continuó:

«Luego vino la desesperación. Durante un día y una noche, estuvimos errando dentro de nuestras mentes rotas, sin poder pensar en nada. No podíamos pensar en protegernos. Luego el Sol Ban encontró a mi pueblo desprevenido convirtiéndolo en lo que ya has visto.

»Sin embargo, yo escapé. Afligido por la muerte de mi esposa y mi hija, perdido en mi soledad, encontré por casualidad a tres Waynhim, antes de que saliera el Sol y, viendo mi situación, me obligaron a refugiarme.

Levantó la cabeza e hizo un gesto como para librarse de su tristeza.

»Desde entonces he vivido y trabajado entre el *rhysh*, aprendiendo la lengua, la cultura y el Weird de los Waynhim. De corazón y voluntad, me he convertido en uno de ellos, en la medida en que un hombre puede asimilarlos. Pero si esto fuera todo lo que tenía que contarte... —miró a Covenant con tristeza— no te lo habría contado. Tengo otro propósito.

De pronto se levantó y miró a los Waynhim que les rodeaban. Cuando Covenant se acercó a él, dijo:

—Thomas Covenant, yo te digo que me he convertido en un Waynhim. Y ellos me han acogido como uno de los suyos. Más aún, ellos han hecho de mi pérdida una parte de su Weird. Los lisiados del Sol Ban tienen una vida terrible, cometiendo todo el mal posible antes de morir. En mi nombre, este *rhysh* ha tomado para sí la responsabilidad de mi pueblo. Son vigilados y protegidos, preservados del mal y de cometerlo en su salvaje estado. Por mí se han comprometido a prestarles tanto cuidado como a sus animales, ayudándolos y controlándolos. Por tanto siguen vivos en buen número y por ello el *rhysh* no quería liberar a *dhraga*. Y también por esta razón —Hamako miró directamente a Covenant— tanto el *rhysh* como yo, somos condenables por el daño que tú has sufrido.

—No —protestó Covenant—, no fue culpa tuya. No puedes culparte por algo que no pudiste prever.

Hamako dejó a un lado su objeción.

—Los Waynhim no pudieron prever su creación. Y sin embargo, el Weird subsiste —pero luego, de alguna manera, forjó una sonrisa—. Ah, Covenant —dijo—, no hablo por ningún deseo de condena. Sólo deseo tu comprensión —y señalando a su alrededor, añadió—: Los Waynhim han venido a ofrecerte su ayuda en busca de tu comprensión. Quiero que sepas lo que hay detrás de esta oferta para que puedas aceptarla como un regalo de su parte y perdonarnos por haberte entretenido tanto.

Nuevamente el respeto y la simpatía hacía difícil la respuesta de Covenant. Ya

que no tenía otra forma de expresar sus sentimientos, dijo formalmente lo que Atiaran le había enseñado:

—Gracias. La aceptación de este regalo me honra. Aceptándolo, devuelvo el honor a quienes me lo ofrecen —y luego añadió—: Os habéis ganado este derecho.

Lentamente la tensión de la sonrisa de Hamako desapareció y, sin dejar de mirar a Covenant, habló a los Waynhim, quienes le contestaron en un tono de asentimiento. Uno de ellos se adelantó y colocó algo en su mano. Cuando Hamako levantó sus manos, Covenant vio que se trataba de un puñal de piedra.

Covenant se echó un poco atrás, pero la sonrisa de Hamako era la sonrisa de un amigo. Al ver la vacilación de Covenant, el hombre dijo:

—Esto no significa ningún daño para ti. ¿Puedes darme la mano?

Conscientemente y reprimiendo su temblor, Covenant extendió su mano derecha con la palma hacia abajo.

Hamako cogió su muñeca y, después de mirar un momento las cicatrices de las uñas de Joan, le dio bruscamente un corte en las venas.

Covenant quiso retirar la mano, pero Hamako la sujetó fuertemente.

Su ansiedad se convirtió en consternación cuando vio que la herida no sangraba. Los bordes se abrieron, pero no salía sangre.

Dhraga se acercó. Su brazo roto descansaba sobre una tablilla, pero sus otras heridas aún no habían cicatrizado.

Levantó su mano herida. Cuidadosamente, Hamako hizo una incisión en la palma expuesta. En seguida brotó sangre oscura, bañando el antebrazo de *dhraga*.

Sin vacilar, el Waynhim puso su corte directamente en contacto con el de Covenant. La sangre caliente impregnó el reverso de su mano.

En aquel instante, se fijó en los otros Waynhim. Estaban cantando con voz suave en el claro amanecer desértico.

Simultáneamente, una oleada de fuerza se introdujo en su brazo, llegando a su corazón como un estallido de júbilo. Súbitamente se sintió más alto y más musculado. Su visión parecía expandirse, divisando mayor cantidad de terreno. Ahora pudo haberse librado fácilmente de Hamako pero no tenía necesidad de hacerlo.

Dhraga retiró su mano.

El derrame se había detenido. Su sangre había sido absorbida por la herida de la mano de Covenant.

Dhraga se retiró. Hamako dio el puñal a *durhisitar*. Mientras *durhisitar* cortaba su palma en el mismo sitio que lo había hecho *dhraga*, Hamako dijo:

—Pronto la fuerza va a parecerte difícil de sobrellevar, pero te ruego que la lleses. Mantente quieto hasta que todos los Waynhim hayan hecho su donación. Si el ritual es completo, tendrás la fuerza que necesitas para un día, o quizás dos.

Durhisitar puso su corte encima del de Covenant. Nuevo poder entró en sus

venas. Se sintió bruscamente rebosante de energía, capaz de cualquier cosa, de todo. Su incisión absorbió la sangre de *durhisitar*.

Cuando la criatura se retiró, difícilmente podía mantenerse quieto, esperando al siguiente Waynhim.

Sólo después de la tercera infusión ya se dio cuenta de que estaba recibiendo algo más que fuerza o poder. A *dhraga* le había reconocido por sus heridas, pero ¿cómo pudo conocer a *durhisitar*? Nunca había visto de cerca a aquel Waynhim en particular. Y sin embargo lo conoció por su nombre, lo mismo que el tercer Waynhim *dhubba* y al cuarto *vraith*. Estaba extasiado por la magnitud de los conocimientos recibidos.

Drhami fue el quinto; *ghohritsar*, el sexto. Covenant estaba saltando con una fuerza incontenible. Los nudillos de Hamako se blanqueaban, pero su presión tenía el peso de una pluma. Covenant tuvo que luchar para mantenerse firme y no estallar liberando su mano y saltar como un salvaje por encima de aquellas ruinas. El radio de escucha de su oído se había extendido tanto que incluso le era difícil distinguir palabras pronunciadas en sus cercanías.

Hamako le estaba diciendo:

—Recuerda a tus compañeros. No malgastes fuerzas. Mientras conserves este poder no te detengas ni para pasar la noche.

Ghromin.

Covenant se sentía tan colosal como Gravin Threndor, tan poderoso como Leones de Fuego. Sintió que podía triturar piedras con sus manos.

Dhurng: octavo y último.

Hamako soltó la mano de Covenant como si su poder le quemara.

—¡Ahora vete! —gritó—. Vete, por el Reino y por Ley, ¡y que ninguna maldición pueda nada contra ti!

Covenant irguió la cabeza, dio un grito que pareció resonar a leguas de distancia:

—¡Linden!

Volviéndose hacia el Noroeste, soltó la fogosa riada de fuerza que acababa de recibir y arrancó, corriendo, hacia Piedra Deleitosa, como una luz a través del aire.

DIECISIETE. El impulso de la sangre

El Sol ascendió, con su manto amarronado y potente, absorbiendo el jugo vital del Reino. La presión del calor era como si el cielo cayera con todo su peso. El suelo desnudo quedaba cocido y duro semejante a travertino. El fango suelto se convertía en arenilla y la arenilla en polvo, hasta que la atmósfera se impregnaba de marrón y de toda la superficie se levantaban nubes como vapor muerto. Vagos espejismos bordeaban los horizontes como avatares del Sol Ban.

Pero la fuerza de los Waynhim continuaba en las venas de Covenant. Corría con tanta facilidad y su velocidad era tal que no podía pararse ni por decisión propia; la potencia de sus músculos era increíble; la alegría exaltaba su corazón; aquella velocidad era preciosa para él. Sin esfuerzo alguno, corría como los Ranyhyn.

Las distancias recorridas eran medidas en su mapa mental, con nombres de regiones tan vagamente recordadas que no podía acertar cuando los había oído por primera vez.

A través de la extensa tierra salvaje de Fregavientos: once leguas. Por las escabrosas colinas de Kurash Festillin: tres leguas.

Hacia mediodía, se había afirmado a un paso largo y veloz que devoraba distancias como si su apetito por ello fuera insaciable. Fortificado con *vitrim* y poder, era inmune al calor, al polvo y a la alucinación.

Vain le seguía como si aquel producto de Demondim hubiera sido hecho especialmente para tales velocidades. Corría leguas y leguas con tal ligereza que el suelo parecía saltar bajo sus pies.

En las anchas explanadas de Victuallin Tayne, donde siglos atrás florecían grandes cosechas: diez leguas. Por el largo collado de piedra de Greshas hasta las tierras altas: dos leguas. Rodeando la cavidad seca del Lago Transparencia en el centro de Andelainscion, antiguo frutero del Reino; cinco leguas.

Covenant se movía como un sueño de fortaleza. No tenía sentido del tiempo ni de los pasos otrora medidos por el esfuerzo y el sudor. Los Waynhim habían pagado este poder para cedérselo y se encontraba libre para correr y correr. Cuando la noche se le vino encima, temió verse obligado a acortar el paso; pero no lo hizo. Las estrellas bruñían la hosca noche del desierto y salió la Luna, en creciente, vertiendo plata en la desolada tierra. Sin vacilación ni dificultad alguna, le arrancó a la oscuridad los nombres.

Por los Eriales del Centro: catorce leguas. Bajando por los campos de Ricamarga, un tesoro de las Llanuras, arruinado por el Sol Ban: seis leguas. En la sierra de Emacrimma: tres leguas. Cruzando por Peña Fash, una confusión de ruinas como los restos de una catástrofe: diez leguas.

La noche se desplegó como un oriflama, extendiéndose sobre los Llanos y

replegándose luego; pero él seguía corriendo al amanecer. Dejando atrás la Luna y las estrellas, vio la salida del Sol cuando se encontraba en el cauce seco del río Aliviaalmas, a más de cinco veintenas de leguas de Fustaria Poderdepiedra. La velocidad era para él tan preciosa como un regalo del corazón. Con Vain siempre a su espalda, seguía tomando sorbos de *vitrin*, dejando atrás el Aliviaalmas y dejando atrás las Llanuras Centrales para correr y correr, en dirección Noroeste, hacia Piedra Deleitosa.

Sobre el gran llano de Guardarriós: cinco leguas. A través de los pantanos de Carasgrises, que el Sol Desértico hizo transitables: nueve leguas. En las rocas altas de Tierrabanda: tres leguas.

Ahora el Sol estaba encima de él y llegó al final de su exaltación. Su extraordinaria fuerza no había disminuido; no aún, pero empezó a intuir que lo haría. Este pensamiento le produjo una sensación de fracaso. Conscientemente, aceleró la marcha, tratando de sacar el máximo posible de leguas de aquel regalo del *rhysh* de Hamako.

A través del ancho paso ondulado de la Montada: doce leguas.

Gradualmente recobró su naturaleza humana. El mantenimiento de aquella velocidad ya requería su esfuerzo. Su garganta empezaba a acusar el polvo.

Entre las colinas de Consecear Redoin, lisas como una suave manta arrugada: siete leguas.

Cuando el Sol lanzaba sus últimos rayos en su puesta tras las montañas occidentales, él descendía de las colinas, tambaleándose y con la boca abierta. Nuevamente era un ser mortal. El aire abrasaba sus pulmones cada vez que respiraba.

Durante un rato descansó en el suelo, manteniéndose tendido hasta que su respiración se hizo más fácil. Sin decir nada, observó a Vain para detectar en él algún signo de fatiga; pero la piel negra del Demondim era poco visible al anochecer y nada pudo sacar en claro. Pasado el tiempo de descanso, Covenant tomó dos sorbos de *vitrin* y se puso en marcha.

No sabía cuánto tiempo había ganado; pero era el suficiente para renovar su esperanza. ¿Le llevaban sus compañeros dos días de ventaja? ¿Tres? Podía esperar que el Clave no les hubiera hecho ningún daño en dos o tres días. Si lograba no retrasarse.

Prosiguió su camino apresuradamente, tratando de caminar durante la noche. Necesitaba dormir, pero su cuerpo no se hallaba tan cansado como era usual después de una marcha de cinco leguas. Ni siquiera le dolían los pies: El poder y el *vitrin* de los Waynhim lo habían sostenido maravillosamente. Con el frescor del aire para mantenerse alerta, esperaba cubrir más distancia antes de pararse a descansar.

Pero a una legua de su camino divisó un fuego a su izquierda.

Pudo haberlo pasado de largo, ya que estaba bastante lejos, pero se encogió en un

gesto de preocupación y se dirigió directamente al fuego. Su involuntaria esperanza de haber dado con sus amigos exigía una respuesta. Y si aquella luz representaba alguna amenaza, no quería dejarla atrás hasta saber qué era.

Pisando un terreno duro e irregular avanzó hacia su objetivo hasta que pudo distinguir algunos detalles.

La luz procedía de un simple fuego de acampado. Unos troncos de madera ardían brillantemente. Había un haz de leña cerca de tres grandes sacos.

Una persona vestida de un rojo vivo estaba sentada ante el fuego, con una capucha echada hacia atrás, revelando la línea facial y el pelo veteado de gris de una mujer de mediana edad. Llevaba algo negro alrededor del cuello.

Aquella persona le llevó a la memoria un vago recuerdo, como si hubiera visto alguien similar a ella; pero no podía recordar dónde ni cuándo. Luego movió las manos y Covenant vio que empuñaba un pequeño cetro de hierro con un triángulo en su extremo. Las maldiciones chocaron contra sus dientes. Descubrió su identidad por la descripción que había hecho Linden del Caballero de Pedraria Cristal.

Reprochándose su curiosidad, empezó a retroceder. Aquel Caballero no era el que buscaba. La Gravanélica de Fustaria Poderdepiedra había dicho que el raptor de Linden, Santonin na-Mhoram-in, era un hombre. Y Covenant no tenía intención de arriesgarse contra ningún miembro del Clave hasta que no fuera imprescindible. Con toda cautela, se apartó de la luz.

De súbito, oyó un rugido. Un gran bulto salió de la oscuridad plantándose frente a él impidiéndole alejarse del fuego. Con rugidos amenazantes, aquella cosa avanzaba como el muro de una casa.

Luego, una voz cortó la noche.

—¡Din!

La Caballera estaba observando a Covenant y a Vain.

—¡Din! —ordenó—. Tráemelos aquí.

La bestia continuó aproximándose, forzándolos a acercarse al fuego. Cuando penetró en el área iluminada pudo ver las dimensiones del inmenso animal.

Tenía la cara y los colmillos de un dragón, pero su largo cuerpo se parecía al de un caballo; un caballo con unos hombros tan altos como la parte superior de su cabeza, un lomo lo suficiente grande para llevar cinco o seis personas, y un pelo tan largo que le llegaba a los muslos. Detrás de cada tobillo le salía una larga espuela espinosa como un sable.

Sus ojos eran rojos y maliciosos y su rugido vibraba con ira. Covenant trató de retirarse sin aproximarse demasiado a la Caballera.

Vain le seguía con calma, dando la espalda a la bestia.

—¡Mediamano! —gritó la Caballera con sorpresa—. Me han mandado a buscarte, pero no esperaba encontrarte tan pronto —un momento después añadió—: No temas

a Din. Es fiel. Los corceles son criaturas del Sol Ban. Por tanto no tienen necesidad de comer carne. Y han sido paridos para obedecer. Nunca levantarán sus colmillos ni sus sables sin orden mía.

Covenant puso el fuego entre él y la mujer. Ella era baja y cuadrada, de nariz roma y barbilla saliente. Llevaba el cabello atado en la nuca, descuidadamente, como si no tuviera interés en cuidar los detalles de su apariencia. Pero tenía la mirada directa. La tela negra que colgaba alrededor de su cuello ritualizaba la parte delantera de su vestidura como una casulla.

Covenant no se fiaba de ella, en absoluto. Pero le pareció mejor arriesgarse con ella que con su corcel.

—Aquí estoy —dijo, con una silenciosa maldición por el temblor de su voz—. Dile que se vaya.

Ella le miró por encima de las llamas.

—Como tú ordenes —sin desviar su mirada, dijo—: ¡Vete Din! Vigila y aguarda.

La bestia emitió un rugido de contrariedad. Pero dio la vuelta y trotó, desapareciendo en la noche.

En un tono desenfadado y normal, la Caballera preguntó:

—¿Estás satisfecho?

Covenant contestó con un encogimiento de hombros.

—Cumple tus órdenes —no se relajó ni un ápice de su cautela—. ¿Qué satisfacción quieres que tenga?

Ella se comportaba como si tuviera razones para desconfiar de él y no quisiera demostrarlo.

—Tú dudas de mi, Mediamano. Sin embargo, parece que es mío el derecho a dudar de ti.

Bruscamente él respondió:

—¿Cómo puedes imaginar eso?

—En Pedrada Cristal desafiaste a Sivit na-Mhoram-wist en su legítima reclamación, y a punto estuviste de matarlo; pero yo te advierto —su tono delató involuntariamente su aprensión—. Soy Memla na-Mhoram-in. Si tratas de hacerme daño, no te será tan fácil conseguirlo. —Sus manos se aferraron al *ruk*, pero no lo levantó.

El reprimió una colérica respuesta.

—Pedraria Cristal está a unas ciento cincuenta leguas de aquí. ¿Cómo puedes saber lo que allí pasó?

Ella vaciló un momento; luego decidió hablar.

—Con la destrucción de su *ruk*, Sivit quedó indefenso. Pero el fallo de cada *ruk* es detectado en Piedra Deleitosa. Otro Caballero que casualmente estaba en aquella región fue enviado inmediatamente en su ayuda. Luego, aquel Caballero habló con su

ruk a Piedra Deleitosa, contando la historia. Yo ya lo sabía antes de que me enviaran a buscarte.

—¿Te enviaron? —preguntó Covenant, pensando, ¡cuidado!, cada cosa a su tiempo—. ¿Por qué? ¿Cómo sabías que yo iba a venir?

—¿A qué otro lugar, si no a Piedra Deleitosa, iría Mediamano con su anillo blanco? —preguntó a su vez ella—. Dejaste Pedraria Mithil, que está en el Sur, y luego apareciste en Pedraria Cristal. Tu destino era claro. En contestación a tus preguntas te diré que yo fui... pero no sola. Siete del Clave están distribuidos por toda esta región, para que no llegaras a la fortaleza sin previo aviso. Fuimos enviados para escoltarte si vienes como amigo. Y para advertirte si vienes como enemigo.

Deliberadamente, Covenant mostró su cólera.

—No me mientas. Fuiste enviada a mi encuentro para matarme. Cada pueblo del Reino recibió la orden de matarme en cuanto me vieran. Tu pueblo cree que soy una especie de amenaza.

Ella le estudió por encima de las llamas danzantes.

—¿Es que no lo eres?

—Eso depende. ¿De qué lado estás tú? ¿Del Reino o del Amo Execrable?

—¿El Amo Execrable? Este nombre me es desconocido.

—Llámale a-Jeroth. A-Jeroth de los Siete Infiernos.

Ella se endureció.

—¿Me preguntas si yo sirvo a a-Jeroth? ¿Has recorrido todas esas distancias en el Reino y no te has enterado de que el Clave se dedica enteramente al mejoramiento del Sol Ban? Para acusarme...

El la interrumpió como un hachazo.

—Pruébalo. —Y señalando enérgicamente su *ruk* añadió—. Baja eso. No les digas que he venido.

Ella se mantuvo inmóvil, atrapada bajo cierta indecisión.

—Si tú realmente sirves al Reino —prosiguió—, no necesitas tener miedo de mí. Pero yo no tengo ninguna razón para confiar en ti. ¡Maldita sea! ¡Has estado tratando de matarme! No me importa si eres más dura que Sivit —dijo, mostrando su anillo y esperando que ella no se apercibiera de su incapacidad—. Voy a desarmarte, a menos que me des una razón para no hacerlo.

Lentamente, los hombros de la Caballera se aflojaron. Con voz tensa dijo:

—De acuerdo. —Cogió su cetro por el triángulo y se lo lanzó por encima del fuego. El lo aceptó con la mano izquierda para tenerlo alejado del anillo. Aquello disminuyó su tensión. Introdujo el hierro en su correa, luego acarició su barba para guardarse de incurrir en cualquier error y empezó a componer sus preguntas.

Antes de que pudiera hablar, Memla dijo:

—Ahora estoy indefensa ante ti. Me he puesto en tus manos. Pero deseo que

comprendas al Clave antes de que decidas mi condena. Durante generaciones, los que leen el porvenir han predicho la venida de Mediamano y del anillo blanco. Ellos lo vieron como un presagio de destrucción para el Clave; una destrucción que sólo tu muerte podía impedir.

«Mediamano, somos el último bastión de poder en el Reino. Todo lo demás ha sido destruido por el Sol Ban. Sólo nuestro poder, constante y vigilante, preserva cualquier vida desde el Declive del Reino hasta las Montañas Occidentales. ¿Qué podría significar nuestra destrucción excepto la mayor calamidad del Reino? Es por ello que hemos decretado tu muerte.

«Pero la narración de Sivit tuvo un gran significado para Gibbon na-Mhoram. Tú poder fue revelado al Clave por primera vez. Los na-Mhoram se reunieron en concejo durante varios días, y al final decidieron hacer frente a tu provocación. Un poder como el tuyo, declaró, es raro y precioso, y debe ser utilizado en vez de resistido. Es mejor, dijo, buscar tu ayuda, aún arriesgando el cumplimiento de la palabra de los profetas, que perder la esperanza de poder utilizar tu fuerza. Por lo tanto, no te persigo para hacerte daño como hizo Sivit, por propia iniciativa.

Covenant escuchaba atentamente, cuidando su habilidad de escuchar, tanto si decía la verdad como si no. Sunder y Hollian le habían enseñado a temer al Clave. Pero necesitaba llegar a Piedra Deleitosa, y llegar allí de forma que no aumentara el peligro para sus amigos. Por ello decidió intentar una tregua con Memla.

—Muy bien —dijo, moderando su tono—, lo acepto; por ahora. Pero hay algo que quiero que comprendas. Yo no levanté un solo dedo contra Sivit hasta que él me atacó. —El no tenía recuerdo de la situación; pero no se sentía en la obligación de ser escrupulosamente veraz. Insistiendo por su seguridad, añadió—: El me forzó. Todo lo que yo quería era a la eh-Estigmatizada.

Esperaba que le preguntara por qué quería a la eh-Estigmatizada. Sin embargo, su frase siguiente le cogió por sorpresa:

—Sivit dijo que parecías estar enfermo.

Un escalofrío invadió su espina dorsal. Cuidado, se alertó. Ten cuidado.

—La fiebre del Sol Ban —respondió con el sentimiento de no ser honesto—. Me estaba recuperando.

—Sivit dijo también —prosiguió—, que ibas acompañado de un nombre y una mujer. El hombre era pedrariano, pero la mujer parecía extraña al Reino.

Covenant se decidió arriesgarse con la verdad.

—Ellos fueron capturados por un Caballero. Santonin na-Mhoram-in. He ido en su persecución durante días.

El esperaba cogerla por sorpresa y obtener de ella alguna revelación, pero respondió, arrugando la frente:

—¿Santonin? Ha estado ausente de Piedra Deleitosa durante muchos días, pero

no creo que haya capturado a nadie.

—Capturó a tres —replicó Covenant con voz áspera—. Puede estar a más de dos días por delante de mí.

Ella consideró por un momento la respuesta de Covenant. Luego sacudió la cabeza.

—No. Si hubiera cogido a tus compañeros lo habría comunicado a los Caballeros con su *ruk*. Yo soy na-Mhoram-in. La noticia no me habría sido ocultada.

Sus palabras le dieron la amarga sensación de estar con el agua al cuello, cazado en una trampa de falsedad sin posibilidad de salvación. ¿Quién estaba mintiendo? ¿La Gravanélica de Fustaria Poderdepiedra Santonin, para quedarse con el fragmento de la piedra *Illearth*? Su incompetencia para discernir la verdad hirió a Covenant como un ataque de vértigo. Pero luchó para mantener su semblante impassible.

—¿Acaso crees que lo estoy inventando?

Memla era, o una consumada mentirosa o una brava mujer. Enfrentó su mirada y dijo con sencillez:

—Creo que no me has contado nada acerca de tu fiel compañero —dijo, señalando a Vain.

El Demondim no había movido un músculo desde que había llegado junto al fuego.

—El y yo hemos hecho un trato —respondió Covenant—. Yo no hablo de él y él no habla de mi.

Los ojos de Memla se achicaron. Lentamente dijo:

—Eres un misterio, Mediamano. Entras en Pedraria Cristal con dos compañeros. Arrebatas a Sivit una eh-Estigmatizada. Muestras tu poder. Escapas. Cuando apareces de nuevo, increíblemente tus tres compañeros han desaparecido y han sido reemplazados por ese enigma negro. Y pides que se confié en ti. ¿Es el poder lo que te da tanta arrogancia?

¿Esto es arrogancia?, murmuró Covenant para sí. Ya te enseñaré lo que es arrogancia. Con un gesto desafiante, sacó el *ruk* de su correa y lo lanzó hacia ella.

—Muy bien —dijo—, habla con Piedra Deleitosa. Diles que voy hacia allí. Diles que cualquiera que se atreva a tocar a mis compañeros va a responder por ello.

Memla quedó sobrecogida por su determinación y vaciló. Miró el hierro y luego a él, debatiéndose rápidamente con ella misma. En seguida tomó su decisión. De mala gana guardó el *ruk* entre sus ropas y, enderezándose la casulla negra, suspiró.

—Como tú quieras —su mirada se ensanchó—. Si tus compañeros han sido realmente llevados a Piedra Deleitosa, yo respondo de su seguridad.

Su decisión aminoró la desconfianza de Covenant. Pero no se sentía aún satisfecho.

—Sólo otra cosa más —dijo, en tono tranquilo—. Si Santonin hubiera estado en

camino a Piedra Deleitosa mientras tu venías hacia aquí, ¿pudo cruzarse sin que tuvieras conocimiento de ello?

—Francamente —respondió ella con un cansado levantamiento de hombros—, el Reino es grande. Y yo soy sólo una mujer. Solamente los Caballeros conocen el lugar y estado de cada *ruk*. Aunque siete de nosotros fuimos enviados a esperarte, un Caballero podría pasar sin ser detectado, si así lo deseara. Yo confío en Din para vigilar y aguardar, pero cualquier Caballero puede imponer silencio a Din, y yo no soy más sabia que los otros. Así que si quieres creer que Santonin ha hecho algo a escondidas, no puedo contradecirte. Por favor, —continuó, con voz fatigada—, yo ya no soy joven y la desconfianza me cansa mucho. Debo descansar —encorvándose como una anciana, se sentó cerca del fuego—. Si sabes lo que te conviene, tú también descansarás. Estamos a sesenta leguas de Piedra Deleitosa, y un corcel no es un palanquín.

Covenant miró a su alrededor y consideró la situación. Se encontraba demasiado tenso y atrapado para descansar. Pero no intentó escapar de Memla. Quería la velocidad de su montura. Puede que fuera honesta o que no lo fuera; pero probablemente él no conocería la verdad hasta que llegara a Piedra Deleitosa. Después de un momento, también él se sentó.

Con la mente en otra parte, desató la bolsa de *vitrin* de su correa y tomó un pequeño sorbo.

—¿Quieres algo de comida o agua? —preguntó ella—. Tengo de todo —dijo, señalando hacia los sacos que estaban cerca de la leña.

El movió la cabeza negativamente.

—Tengo lo bastante para un día o más.

—Desconfías.

Buscando en un saco, Memla estiró una manta y la extendió en el suelo. Dando la espalda a Covenant se acostó, y tiró de la manta cubriéndose los hombros como para protegerse de sus suspicacias. Covenant la miraba a través de las llamas agonizantes. Sentía unos escalofríos que no tenían nada que ver con el aire de la noche. Memla na-Mhoram-in cuestionaba demasiadas de sus suposiciones. Casi no le preocupaba que ella arrojara dudas sobre su desconfianza respecto al Clave; él sabría como considerar el Clave cuando hubiera aprendido más acerca del Sol Ban. Pero el ataque a sus preconcepciones acerca de Linden y Santonin, le dejaron sudando. ¿Era Santonin una especie de bribón? ¿Se trataba de un intento directo del Amo Execrable para poner las manos en el anillo? ¿Un ataque similar a la posesión de Joan? La falta de respuestas le hicieron gemir en silencio.

Si Linden no estuviera en Piedra Deleitosa, necesitaría la ayuda del Clave para localizar a Santonin y él tendría que pagar por aquella ayuda con su cooperación y vulnerabilidad.

Acariciándose la barba como si pudiera obtener sabiduría de la piel de su cara, miró la espalda de Memla y trató de reunir presciencia. Pero no pudo suprimir el temor de ser forzado a rendir su anillo.

No. Esto no, por favor. Apretó sus dientes contra su miedo. El futuro era una pregunta de leproso. A él se le había enseñado una y otra vez que la respuesta radicaba en la dedicación exclusiva a las exigencias del presente. Pero nunca se le había enseñado cómo lograr tal dedicación exclusiva, cómo suprimir sus propias autocontradicciones.

Finalmente dormitó. Pero su adormecimiento era espasmódico. La noche era prolija en fragmentarias pesadillas de suicidio, visiones del autoabandono de un leproso, que lo aterrorizaban porque estaban muy próximas a los acontecimientos provocados por su mala suerte y a la manera en que se había entregado a sí mismo por Joan. Despertándose repetidamente, se esforzó en eludir sus sueños; pero en tanto volvía a la inconsciencia renovaban su omnipresente dominio.

Poco antes del amanecer, Memla se levantó. Quejándose de la rigidez de sus huesos, cogió unos cuantos leños para avivar el fuego, y luego puso a calentar un recipiente de agua en las llamas. Mientras el agua se calentaba, puso su frente en el fango en dirección a Piedra Deleitosa y rezó unas oraciones en una lengua que Covenant no pudo comprender.

Vain la ignoró como si se hubiera vuelto de piedra.

Cuando el agua se hubo calentado lo suficiente, usó una parte de ella para lavarse las manos, cara y cuello. El resto se la ofreció a Covenant. El la aceptó. Después de la noche que había pasado, necesitaba reconfortarse de alguna manera. Mientras él se lavaba lo mejor posible, Memla tomó comida de uno de sus sacos, para preparar el desayuno.

Covenant no aceptó sus manjares. En verdad, ella no había hecho nada amenazante contra él. Pero era una Caballera del Clave. Mientras todavía le quedara *vitrim* no estaba dispuesto a arriesgarse a comer de sus alimentos. Y también, admitió para sí, quería mantener presente su desconfianza. Le debía, al menos, tal franqueza.

Ella se ofendió por su rechazo.

—La noche no te ha enseñado cortesía. Estamos a cuatro días de Piedra Deleitosa, Mediamano. Tal vez piensas vivir del aire y el polvo cuando el líquido de tu bolsa se acabe.

—Lo que quiero demostrar —articuló—, es que confiaré en ti exactamente hasta donde deba hacerlo. No más.

Ella simplemente frunció el entrecejo, pero no replicó.

Pronto empezó a clarear. Moviéndose deprisa ahora, Memla recogió sus provisiones. Tan pronto como hubo atado sus sacos, unió sus bultos y los ató, dejando entre ellos un largo de cuerda. Luego levantó la cabeza y gritó:

—¡Din!

Covenant oyó ruido de cascos. Un momento después, apareció al trote el corcel.

Ella lo trataba con confianza y familiaridad. Obedeciendo a un gesto, Din se agachó apoyándose su vientre en el suelo. Entonces ella empezó a cargarlo, levantando los bultos y colocándolos sobre su lomo, de forma que colgaran en pares, equilibrando su peso. Luego, agarrándose a su largo pelo, se montó en él, sentándose cerca de sus hombros.

Covenant balbuceó antes de seguirla. Nunca se había sentido seguro montado en un caballo, en parte, debido a la fuerza de esos animales y también a la distancia que lo situaban del suelo; y el corcel era mucho más grande y peligroso que cualquier caballo. Pero no podía escoger. Cuando Memla le urgió a montarse, con voz irritada, él se agarró a su valor con ambas manos y subió, colocándose detrás de ella.

Din se levantó. Covenant se sujetó para no caerse. Un espasmo de vértigo hizo que todo le diera vueltas cuando Memla hizo girar a Din para encararse a la salida del Sol. El Sol asomó por el horizonte despidiendo calor amarronado. Casi al momento, la bruma hizo ondular el paisaje en la distancia, distorsionando todo el terreno. Los recuerdos de la ayuda que los Waynhim le habían dado, entraron en conflicto con su vértigo y con su sorpresa ante la inmunidad de Memla.

En respuesta a la pregunta que no había formulado, ella dijo:

—Din es una criatura del Sol Ban. Su cuerpo nos resguarda al igual que lo haría la piedra.

Luego puso a su bestia en dirección a Piedra Deleitosa.

El andar de Din era inesperadamente suave; y su pelo le daba a Covenant un medio seguro de sujetarse. Empezó a recuperar el equilibrio. El suelo todavía le parecía tremendamente lejano, pero ya había perdido aquella sensación de que iba a caerse. Delante de él, Memla estaba sentada con las piernas cruzadas cerca de los hombros del corcel. Confiando en sujetarse con sus manos en el momento en que una sacudida le hiciera perder el equilibrio. Al cabo de un rato él siguió su ejemplo. Con sus puños agarrados constantemente al pelaje de Din, procuró situarse en la posición más segura.

Memla no había ofrecido asiento a Vain. Aparentemente había decidido tratarlo exactamente como él la había tratado a ella. Pero Vain no necesitaba ir a caballo de ninguna bestia. Galopando sin esfuerzo detrás de Din, no daba señal alguna de que fuera consciente de lo que estaba haciendo. Covenant cabalgó toda la mañana en silencio, pegado a la espalda del corcel y tomando sorbos de *vitrim* cuando el calor se lo pedía. Pero a mediodía, cuando Memla decidió reanudar el viaje, después de un breve descanso, él sintió deseos de hacerla hablar. Quería información; la magnitud de su ignorancia le amenazaba. Envaradamente le pidió que le hablara de la Rede del Clave.

—¡La Rede! —exclamó por encima de su hombro—. Mediamano, el tiempo ante nosotros se cuenta por días, no por vueltas de Luna.

—Resúmelo —replicó—. Ya que no me quieres muerto, es posible que desees ayudarme. Necesito saber con qué me estoy enfrentando.

Ella se mantuvo callada.

Deliberadamente, Covenant dijo:

—En otras palabras, tú me *has* estado mintiendo.

Memla se inclinó bruscamente hacia adelante, carraspeó y escupió por detrás del hombro de Din. Pero cuando habló, su tono era suave, casi tímido.

—La Rede tiene un alcance muy grande y complejo. Comprende todo el conocimiento acumulado por el Clave con referencia a la vida en el Reino y a la supervivencia bajo el Sol Ban. Es tarea de sus Caballeros divulgar estos conocimientos por todo el Reino, de forma que las pedrarias y las fustarias puedan sobrevivir.

Estupenda, musitó Covenant para sí. Y secuestrar a su gente para obtener sangre.

«Pero estos conocimientos tienen muy poco valor para ti. Tú has vivido bajo el Sol Ban sin sufrir daño alguno. ¿Qué sentido tiene entonces hablarte de la Rede?»

«Y aún deseas comprensión. Mediamano, sólo hay una cosa que el Portador del anillo blanco debe comprender: el Triángulo —cogió su *ruk* y lo exhibió por encima de su hombro—. Los tres vértices de la verdad. La fundación de nuestro servicio.

Al ritmo de los pasos de Din, ella empezó a cantar:

«Tres son los días del Sol Ban;
Tres la Rede y su verdad;
Tres las palabras de na-Mhoram;
Tres los vértices de la Verdad».

Aprovechando su pausa, él preguntó: —¿Qué quiere decir eso de «Tres días del Sol Ban»? ¿No es cierto que el Sol Ban se acelera? La duración de cada Sol ¿no era antes de cuatro o cinco días, incluso más?

—Sí —respondió ella, impaciente—. Sin duda. Pero los videntes siempre han predicho que el Clave lograría mantenerlo en tres, logrando el equilibrio. Y ahora esperamos de alguna forma contribuir a inclinar a nuestro favor los períodos del Sol Ban, haciendo que su poder vaya declinando. Es por ello que los na-Mhoram desean tu ayuda.

«Pero yo estaba hablando de los tres Vértices de la Verdad —continuó con aspereza, antes de que Covenant pudiera interrumpirla nuevamente—. Al menos debes conocer esto. Éstos son los tres pilares en los que se apoya el Clave y en los que basa su vida cada pueblo. Primero, no hay poder en la tierra ni en la vida

comparable con el del Sol Ban. Tanto en poderío como en eficacia, el Sol Ban sobrepasa con mucha ventaja a todas las demás fuerzas. Segundo, no hay ser mortal que pueda resistir el Sol Ban. Sin una gran cantidad de conocimientos y astucia, nadie puede esperar llegar de un Sol Ban hasta el próximo. Y sin oposición al Sol Ban, toda vida está condenada a desaparecer. Tarde o temprano, el Sol Ban, acabaría por sembrar la ruina total. Tercero, no hay poder suficiente para oponerse a la condena del Reino excepto el poder que mana del mismo Sol Ban. Su poderío debe ser reflejado en contra de él. No hay otra alternativa. Por lo tanto, el Clave se ve obligado a derramar la sangre del Reino, ya que la sangre es la clave del Sol Ban. Si no desatamos este poder, nuestra desgracia no tendrá fin.

»¿Lo comprendes ahora, Mediamano? —inquirió Memla—. No dudo de que durante tu estancia en el Reino hayas visto muchas injurias por parte del Clave. A pesar de nuestra labor, los pedrarianos y fustarianos deben creer que extraemos su sangre por nuestro propio placer —para los oídos de Covenant, su acidez era la amargura de una mujer que instintivamente aborrecía sus propias convicciones—. ¡No juzgues mal! Este coste nos abrumba. Pero no vacilamos en hacerlo porque es nuestro único medio de preservar el Reino. Si has de culpar a alguien, culpa a a-Jeroth que desató la ira del Maestro, o a sus viejos traidores, Berek y sus aliados, que colaboraron con a-Jeroth».

Covenant quería protestar. Tan pronto como mencionó a Berek como a un traidor, todas las explicaciones de Memla perdieron su valor persuasivo. Nunca había conocido a Berek Mediamano. El primer Amo ya era una leyenda cuando Covenant entró en el Reino por primera vez. Pero sus conocimientos acerca de los efectos de la vida de Berek eran casi cuarenta siglos más próximos que los de Memla. Todo paquete de creencias que considerara a Berek un traidor estaba fundado en la mentira; y, por tanto, cualquier conclusión a partir de este principio era falsa. No obstante, mantuvo en silencio su protesta ya que no pudo concebir ninguna forma de demostrar su verdad. Ni tampoco ninguna perspectiva de victoria a corto plazo sobre el Sol Ban.

A fin de ahorrarse una discusión inútil, Covenant dijo:

—Por el momento me reservo el juicio sobre todo eso. Mientras tanto satisface mi curiosidad. Tengo una vaga noción de quién es a-Jeroth. Pero ¿qué significa lo de los Siete Infiernos?

Memla estaba musitando algo para sí misma. El sospechó que se resentía por su desconfianza precisamente porque era el eco de una desconfianza existente dentro de ella misma. Pero contestó bruscamente:

—Son la lluvia, el desierto, la pestilencia, la fertilidad, la guerra, el salvajismo y la oscuridad. Pero yo creo que todavía hay un octavo: La hostilidad ciega.

Dicho esto, abandonó todo esfuerzo destinado a proseguir la conversación.

Cuando se pararon para pasar la noche, él tiró la bolsa vacía y aceptó comida de

ella. A la mañana siguiente, hizo todo cuanto pudo para ayudarle a preparar la continuación del viaje.

Sentada sobre Din, ella se encaró a la salida del Sol. Salió por el horizonte como una cinosura en verde. Memla sacudió la cabeza.

—Un Sol Fértil —murmuró—. Un Sol Desértico siembra mucha ruina, un Sol de Lluvia puede traer dificultades, un Sol de Pestilencia conlleva peligro y aversión. Pero para los que viajamos, no hay Sol peor que un Sol de Fertilidad. No me hables bajo este Sol, te lo ruego. Si mis pensamientos se enturbian también nuestro camino será turbio e inseguro.

Tras media legua de camino, el suelo empezó a cubrirse de hierba. La vegetación se repoblaba visiblemente de un lugar a otro: los matorrales desplegaban vástagos color de menta. Memla levantó su *rukh*. Destapando su cetro lo decantó dejando caer sangre suficiente para untarse las manos. Luego empezó a cantar en un susurro. Una llama de color vermellón, pálida y pequeña a la luz del Sol, empezó a arder dentro del triángulo.

Bajo los cascos de Din la hierba se partía a lo largo de una línea recta que se extendía como una plomada hacia Piedra Deleitosa. Covenant observó como la partición de la hierba desaparecía en la distancia. La línea no destruía lo que cubría el suelo; pero todo lo que se hallaba cerca de ella: hierbas, arbustos o incipientes rebrotes, se apartaban del camino como si una serpiente invisible se fuera deslizando hacia el Noroeste a través de la germinante vegetación.

A lo largo de la línea, Din galopaba indiferente como si estuviera incapacitado para sorprenderse. Los cánticos de Memla se convirtieron en un débil murmullo. Tenía apoyado el extremo de su *rukh* en los hombros de Din; pero el triángulo y la llama permanecían erectos ante ella. A cada cambio del terreno el verdor se hacía más intenso, comprimiendo estaciones enteras en fracciones de día. Sin embargo, la línea permanecía abierta. Los árboles la esquivaban; los matorrales se dividían como si hubieran sido cortados con un hacha; los arbustos que bordeaban la línea no tenían ramas ni hojas en aquel lado. Cuando Covenant miró detrás de sí no vio rastros del camino. Se quedaba cerrado tan pronto como Memla había pasado. En consecuencia, Vain tenía que arreglárselas por su cuenta. Pero lo hacía con su característica indiferencia, cortando a su paso, ramas y matorrales, rompiendo troncos y derribando plantas espinosas que no dejaban marca alguna en su piel. No podía parecer menos consciente de sus dificultades. Observando al Demondim, Covenant no supo qué le asombraba más; si la habilidad de Memla para crear aquel camino o la de Vain para viajar a tal velocidad con el camino borrado.

Aquella noche, Memla explicó algo acerca de la línea que había creado. Su *rukh* conectaba con el gran Fuego Bánico de Piedra Deleitosa, donde el Clave realizaba sus trabajos contra el Sol Ban. Y los Caballeros se servían del *Rukh Maestro*.

Solamente el poder para conectar con el *Rukh Maestro* emanaba de ella. El resto lo hacía el Fuego Bánico. Y por ello el trazado de aquel camino requería su concentración, pero no hasta el punto de quedarse exhausta. Cuanto más se aproximaban a Piedra Deleitosa, más fácil era su acceso al Fuego Bánico. Así pudo formar la línea al día siguiente con mayor facilidad, desafiando incluso la resistencia de los grandes árboles y las espesuras de maleza que parecían bosques.

Y aún así, Vain podía seguir el paso del corcel. A cada legua la prueba se hacía más dura como si el tamaño y la espesura de la vegetación no tuvieran límites. Al tercer día no se había producido ningún cambio. Se intensificó aún más la extravagancia de la vegetación, pero no entorpeció en absoluto su seguimiento de Din. Pasó un rato y nuevamente Covenant se encontró con la cara hacia atrás, observando a Vain y la asombrosa e inconsciente fuerza que representaba.

Pero al caer la tarde, sus pensamientos abandonaron a Vain y empezó a concentrarse en todo lo que tenía delante. La salvaje jungla borraba toda señal que el terreno pudiera ofrecer, pero sabía que Piedra Deleitosa ya estaba cerca. Toda su ansiedad, temor y medios de precaución volvieron a su mente; y se esforzó en observar a través de la frondosidad como si una primera vista de la vieja fortaleza pudiera darle un vislumbre de lo que allí dentro se encerraba.

Pero no recibió ningún preaviso. Al final de la tarde, la línea de Memla empezó a subir por la empinada falda de una colina. La vegetación acababa bruscamente en las rocas de las colinas inferiores. Piedra Deleitosa apareció ante Covenant como si en un instante hubiera sido sacada del almacén de sus recuerdos.

El corcel llegó al pie de la gran ciudad de piedra, que los gigantes habían construido milenios antes a partir de las rocas de la meseta. Una cadena de montañas se extendía desde el Oeste más lejano hacia el Este, entonces a dos leguas de distancia de Covenant por su izquierda. Encima de su escarpado se hallaba la plataforma superior, aún a unos trescientos metros o más por encima de las colinas inferiores. La plataforma se estrechaba para formar un acuñado promontorio de media legua de longitud, y dentro de este promontorio, los gigantes habían cavado la inmensa e intrincada mansión de Piedra Deleitosa.

Toda la cara rocosa que se encontraba ante Covenant era una fortificación dotada de pilares y contrafuertes, con sus alquitrabes, troneras y aspilleras, desde un nivel de treinta o cincuenta metros por encima de las colinas inferiores hasta el borde de la plataforma. A su izquierda, Piedra Deleitosa gradualmente se fundía en roca local; pero a su derecha, el promontorio, hasta el borde de la cuña, estaba ocupado por la gran Torre Vigía, donde se hallaban los grandes portales de la fortaleza.

El tremendo y familiar tamaño de la ciudad hizo que su corazón se llenara de orgullo por los gigantes, a los que tanto había amado, y con un profundo dolor, por los gigantes que habían muerto en un cuerpo ocupado por un Delirante durante la

guerra de la piedra Illearth contra el Amo Execrable. Había oído decir que existía un mensaje grabado en las paredes de Piedra Deleitosa, con un simbolismo demasiado complejo para ser comprendido por mentes ajenas a los gigantes; y ahora nunca podría conocer su significado.

Pero éste no era su único pesar. La vista de Piedra Deleitosa le traía a la memoria otra gente, amigos y adversarios, a quienes él había dañado y perdido: Trel, cónyuge de Atiaran; Hille Troy, que había vendido su alma a un forestal para que su ejército pudiera sobrevivir; Corazón Salado Vasallodelmar o el Amo Superior Mhoram. Luego, la tristeza de Covenant se convirtió en cólera cuando consideró que el nombre de Mhoram estaba siendo utilizado por un Clave que deliberadamente derramaba sangre inocente.

Su ira creció cuando observó más atentamente a Piedra Deleitosa. La línea de Memla terminaba en un punto del centro de la ciudad; y desde la plataforma, por encima de este punto, se extendía un prodigioso rayo rojo dirigido directamente al corazón del Sol, ya a punto de ponerse. Se parecía al rayo del *orcrest* de Sunder; pero su tamaño era impresionante. Covenant lo miró, incapaz de calcular el número de vidas necesario para lograr aquel poder. Piedra Deleitosa se había convertido en una ciudadela de sangre. Sintió punzantemente que nunca volvería a estar limpia.

Pero su mirada percibió algo en el Oeste, una chispa de esperanza. Allí, a medio camino entre Piedra Deleitosa y las Montañas Occidentales se hallaban los Saltos Aferrados, donde el excedente de agua de la Laguna Brillante caía por el despeñadero para formar el Río Blanco. Y en el salto había agua; en cuyas salpicaduras se reflejaba el brillo del Sol poniente. El Reino había estado dieciocho días sin un Sol de Lluvia y seis de ellos habían sido desérticos; sin embargo las fuentes que alimentaban la Laguna Brillante no se habían secado.

Con odio y esperanza entre sus dientes, Covenant se dispuso a enfrentarse con lo que tenía ante él.

Memla suspiró al haber cumplido su misión y bajó su *ruk*. Con una orden oral mandó a la bestia, al trote, hacia las puertas de la fachada Sureste de la torre.

La Torre Vigía tenía aproximadamente la mitad de la altura de la meseta y sus secciones superiores eran independientes de la fortaleza principal, uniéndose a ella solamente mediante pasarelas de madera. Covenant recordó que en el interior de los muros de granito había un patio a cielo abierto que sellaba los cimientos de la torre con las de la fortaleza y los megalíticos pórticos de piedra de la parte baja de la torre se repetían en el patio, de forma que Piedra Deleitosa poseía una doble defensa en su única entrada. Pero al aproximarse a la Torre le sorprendió ver que las puertas exteriores estaban ruinosas. Aquello significaba que, en un pasado distante, Piedra Deleitosa había necesitado sus defensas interiores.

Los contrafuertes situados encima de los destrozados portones estaban desiertos,

así como las fortificaciones y troneras situadas sobre ellos; la Torre entera parecía desierta. Quizá ya no era defendible o tal vez el Clave no veía necesidad de defenderse de los extraños. O quizás aquel aspecto de deserción era una trampa para cazar a los desprevenidos.

Memla se dirigió directamente al túnel que conducía al patio; pero Covenant descendió del lomo de Din ayudándose con sus manos, que se agarraban al pelo del animal. Ella se paró, le miró con sorpresa y dijo:

—Esto es Piedra Deleitosa. ¿No quieres entrar?

—Lo primero es lo primero —sus hombros estaban tensos de aprensión—. Envíame aquí al na-Mhoram. Quiero que me diga personalmente que estoy seguro.

—El es el na-Mhoram —exclamó indignada—. El no puede ir y venir según los caprichos de otros.

—Mejor para él —Covenant controlaba su tensión con el sarcasmo—. La próxima vez que tenga un capricho lo tendré en cuenta. —Ella abrió la boca para replicar; pero él la cortó—. Ya he sido hecho prisionero dos veces. No quiero que vuelva a sucederme. No voy a entrar hasta que pueda hablar con el na-Mhoram. —Estimulado por una súbita intuición, añadió—: Dile que comprendo la necesidad de libertad lo mismo que él. No puede obtener todo lo que quiera por la violencia. Tendrá que colaborar.

Memla le miró por un momento y luego musitó:

—Como tú quieras. —Con una brusca orden mandó a Din hacia el túnel, dejando a Covenant solo con Vain.

Covenant controló su ansiedad y esperó. A través de los picos, el Sol se estaba poniendo en verde y lavándula. La sombra de Piedra Deleitosa se extendía sobre la monstruosa vegetación verde como un escudo de oscuridad. Vigilando la Torre por si hubiera signos de algún intento hostil, observó que no había banderolas ondeando en su cúspide. En realidad no era necesario. El caliente rayo rojo de la fuerza del Sol Ban señalaba Piedra Deleitosa como la sede del Clave más convincentemente que cualquier oriflama.

Incapaz de esperar con paciencia, gritó a Vain:

—Que el Infierno me trague si sé lo que tú buscas aquí; pero tengo ya demasiados problemas. Tendrás que cuidar de ti mismo.

Vain no respondió. Parecía incapacitado para oír.

Luego Covenant vio movimiento en el túnel. Un hombre bajo con una rígida túnica negra y una casulla roja salió del portal. Llevaba un cetro de hierro tan alto como él, con un triángulo equilátero en uno de sus extremos. La capucha de su vestido estaba echada hacia atrás, dejando al descubierto su cara redonda, su calva y sus mejillas sin barba. Su semblante era irónico, dentro de una habitual expresión de beatitud o majadería, como si supiera por experiencia que nada en la vida podía

modificar su compostura. Sólo sus ojos contradecían la estupidez de su cara. Eran de un rojo punzante.

—Mediamano —dijo con voz opaca—. Bienvenido seas a Piedra Deleitosa. Soy Gibbon na-Mhoram.

La simple blandura de las maneras de aquel hombre hacía sentirse incómodo a Covenant.

—Memla dice que estoy seguro aquí —dijo— ¿cómo se supone que puedo creerlo cuando vosotros habéis tratado de matarme desde que he puesto los pies en el Reino?

—Tú representas un gran peligro para nosotros, Mediamano —Gibbon hablaba como si estuviera medio dormido—. Pero he llegado a creer que también eres una gran promesa. En nombre de esa promesa acepto el riesgo de este peligro. El Reino necesita todo el poder que se pueda reunir. He venido sólo a tu encuentro para que veas la verdad de lo que digo. Estás aquí seguro en la medida que tus propósitos lo permitan.

Covenant quiso contestar a su aseveración, pero no estaba dispuesto a comprometerse y cambió de táctica.

—¿Dónde está Santonin?

Gibbon ni parpadeó.

—Memla na-Mhoram-in me ha hablado de tu suposición de que tus compañeros han caído en poder de un Caballero. No sé nada de eso. Santonin ha estado ausente de Piedra Deleitosa. Nos preocupa no saber nada de él. Su *ruk*h está silencioso. Si lo que dices es verdad, puede que tus compañeros hayan logrado dominarlo, apoderándose de su *ruk*h. Ya he dado órdenes a los Caballeros que habíamos enviado a esperarte para que empiecen la búsqueda. Si tus compañeros son encontrados, te prometo que valoraremos su seguridad.

Covenant no contestó. Se limitó a mirar con desconfianza al na-Mhoram, en silencio.

El hombre no mostraba confusión ni inseguridad en lo que decía. Luego, haciendo un gesto con la cabeza para referirse a Vain, dijo:

—Ahora debo preguntarte acerca de tu compañero. Su poder es evidente, pero no lo comprendemos.

—Ahí lo tenéis —respondió Covenant—. Sabéis de él tanto como yo.

Gibbon ensanchó su mirada, pero no mencionó su incredulidad. En su lugar, dijo:

—No conozco nada de él. Por lo tanto, no permitiré que entre en Piedra Deleitosa. Covenant se encogió de hombros.

—Tú decides. Si logras mantenerlo fuera, te felicitaré.

—Puedes estar seguro —el na-Mhoram señaló hacia el túnel—. ¿Me acompañas? Por un momento, Covenant vaciló. Luego dijo:

—No creo que pueda escoger.

Gibbon asintió ambigüamente, ya fuera refiriéndose a la decisión de Covenant o a su falta de opciones y se volvió hacia la Torre.

Caminando detrás del na-Mhoram, Covenant entró en el túnel como si fuera una senda peligrosa. Sus hombros se contrajeron involuntariamente ante el temor de que alguien pudiera saltar sobre él desde las aberturas del techo. Pero nadie le atacó. Entre el eco de sus pasos atravesó el túnel, saliendo al patio. Allí vio que las puertas interiores estaban intactas. Estaban abiertas solamente en la medida necesaria para permitir el paso del na-Mhoram. Miembros del Clave hacían guardia en las fortificaciones de la entrada. Invitando a Covenant a que le siguiera, el na-Mhoram se introdujo entre las grandes puertas de piedra.

Diablos, murmuró Covenant interiormente. Con Vain a su espalda, siguió adelante.

Las puertas estaban dispuestas como una mordaza. En el instante en que él las había cruzado se cerraron con un baque de granito vacío, dejando fuera a Vain.

No había luz. Piedra Deleitosa aparecía ante Covenant oscura como una prisión.

DIECIOCHO. Piedra Deleitosa bajo la lluvia

—¡Gibbon! —El miedo y la ira lastraban la voz de Covenant.

—Ah, perdón —respondió el na-Mhoram en la oscuridad—. ¿Deseas luz? Un momento.

Había túnicas alrededor de Covenant. El extendió sus brazos para mantenerlas apartadas; pero no le asaltaron. Luego oyó una voz de mando. Del triángulo del *ruk* salió una llama roja. Le siguieron otras luces. En unos momentos, la grandiosa entrada al vestíbulo de Piedra Deleitosa se iluminó de un rojo deslumbrante.

—Perdón —repitió Gibbon—. Piedra Deleitosa es un lugar en el que toda precaución es poca. El Clave es injustamente odiado por muchos, tal como tu misma desconfianza demuestra. Por tanto admitimos a los extraños con mucha cautela.

Esforzándose para recuperar su equilibrio interior, Covenant preguntó:

—¿No te has parado nunca a considerar que tal vez haya alguna razón por la que no gustáis demasiado al pueblo?

—Su desagrado es natural —respondió el na-Mhoram sin perturbarse—. Sus vidas están atemorizadas desde que sale el Sol hasta que se pone y no saborean el fruto de nuestra labor. ¿Cómo podrían creernos cuando decimos que sin nosotros todos ellos perecerían? No estamos resentidos por esto pero tomamos nuestras precauciones.

La explicación de Gibbon sonó totalmente lógica. Sin embargo, Covenant desconfiaba de la falta de pasión del na-Mhoram. Al no disponer de ningún reproche apto, él simplemente asintió cuando Gibbon preguntó:

—¿Vienes conmigo?

Al lado del na-Mhoram, siguió a través del vestíbulo, flanqueado por miembros del Clave que portaban antorchas.

El vestíbulo era tan amplio como una caverna. Había sido construido por gigantes para acomodar a gigantes. Pero Gibbon giró a un lado, introduciéndose en un pasillo y empezó a subir por unas escaleras hacia la parte superior de la ciudad. Piedra Deleitosa era tan compleja como un laberinto porque había sido diseñada de acuerdo con los criterios conocidos sólo por los desaparecidos gigantes. Sin embargo, le era familiar. Aunque él no había estado allí durante diez de sus años, sintió que recordaba todavía el camino. En cierto modo, se sintió satisfecho de esta circunstancia.

Leal a la fortaleza que recordaba, siguió a Gibbon hacia arriba. Una vez habían ya dejado atrás el vestíbulo de entrada, su camino estaba iluminado por antorchas que humeaban en salientes a lo largo de las paredes. Al cabo de poco entraron en un corredor en el que había, a largos intervalos, puertas de granito con tiradores de madera. Ante una de ellas se encontraba una figura encapuchada con túnica roja, pero sin casulla. Cuando el na-Mhoram se le acercó, abrió la puerta para él. Covenant se

detuvo un momento para asegurarse de que la entrada no estaba provista de cerraduras escondidas ni cerrojos. Luego siguió a Gibbon.

Más allá de la puerta había una *suite* con varias habitaciones: un área central amueblada con sillas de piedra y una mesa; el dormitorio a un lado y el cuarto de baño al otro; y un balcón exterior. En la mesa había una fuente con comida. La *suite* estaba alumbrada con teas, que, decoraban el aire con una patina de humo. Recordando aquellos fuegos sin humo de los Amos, Covenant empezó a poner en orden sus ideas para formular preguntas adecuadas al na-Mhoram.

—Aquí estarás cómodo —dijo Gibbon—. Pero si no te gusta, te podemos proporcionar los aposentos que desees. Piedra Deleitosa es demasiado grande para el Clave y gran parte de ella no se usa. —Refiriéndose al individuo encapuchado que estaba en la entrada, continuó—: Ésta es Akkasri na-Mhoram-cro. Ella te atenderá en todo cuanto desees. —La mujer encapuchada se inclinó sin descubrir su cara ni sus manos, retirándose acto seguido—. ¿Estás satisfecho, Mediamano?

¿Satisfecho? Covenant quería replicar. ¡Oh, seguro! ¿Dónde demonios está Linden? Pero refrenó este impulso. No quería proclamar lo mucho que sus compañeros le importaban. En su lugar, dijo:

—Sí, perfecto. Siempre y cuando nadie trate de clavarme un cuchillo, cerrar mi puerta con llave o envenenar mi comida.

La beatitud de Gibbon quitaba fuerza a cualquier emoción. Su mirada era tan suave como permitía el color de sus ojos. Observó a Covenant por un momento; luego se acercó a la mesa. Lentamente comió una pequeña porción de cada uno de los platos que había en la bandeja: Frutos secos, pan, estofado..., y los regó con un sorbo de líquido de la botella. Sosteniendo la mirada de Covenant, dijo:

—Mediamano, esa desconfianza no te es propia. Siento necesidad de preguntarte por qué estás aquí y cuándo esperas encontrar tal maldad en nuestras manos.

Covenant estaba preparado para contestar honestamente a esta pregunta.

—Sin contar lo que les haya podido ocurrir a mis amigos, necesito información. Necesito comprender al Sol Ban. Para ello necesito al Clave. Las gentes que he encontrado... —aquella gente estaba demasiado ocupada para contestar sus preguntas—, sólo sobreviven. Ellos no comprenden. Yo quiero saber qué es lo que causa el Sol Ban. Para luchar contra él.

Los ojos de Gibbon brillaban de una manera ambigua.

—Muy bien —respondió, en un tono que no expresaba ningún interés por lo que había oído—, sobre eso de luchar contra el Sol Ban, debo pedirte que esperes hasta mañana. El Clave descansa durante la noche. En cuanto a las causas del Sol Ban, la cosa es muy simple. Es la ira del Maestro contra el Reino por el mal que ha hecho en el pasado sirviendo a a-Jeroth.

Covenant protestó en su interior. Aquella idea era, o bien una mentira o una cruel

perversión. Pero no tenía intención de discutir sobre metafísica con Gibbon.

—No es eso lo que quiero decir. Necesito algo más práctico. ¿Cómo se produce? ¿Cómo empezó? ¿Cómo funciona?

La mirada de Gibbon no se inmutó.

—Mediamano, si yo estuviera en posesión de ese conocimiento, haría uso de él para mí mismo.

Era terrible. Covenant no sabía si creer o no al na-Mhoram. Una onda de fatiga emocional lo envolvió. Empezó a comprender lo duro que le resultaría obtener la información que necesitaba. Y su coraje decaía. Ni siquiera encontraba las preguntas correctas. Simplemente asintió cuando Gibbon dijo:

—Ahora estás muy cansado. Come y duerme. Quizá mañana lo verás todo más claro.

Pero al ver que Gibbon se dirigía hacia la puerta, Covenant se sintió obligado a hacer un nuevo intento.

—Dime, ¿cómo es que la Laguna Brillante todavía tiene agua?

—Es que nosotros moderamos el Sol Ban —respondió el na-Mhoram pacientemente—. Por tanto la tierra retiene algo de su vitalidad —sus ojos revelaron un toque de vacilación que desapareció en seguida—. Según una antigua leyenda, hay en las profundidades del lago un duende sin nombre que retiene el agua en contra del Sol Ban.

Covenant asintió nuevamente. Ya sabía que al menos había algo, con poder o no, en el fondo de la Laguna Brillante.

Luego Gibbon abandonó la habitación, cerrando la puerta tras de sí y Covenant se quedó solo.

Permaneció quieto durante un rato, dejando que su debilidad fuera cayendo sobre él. Luego cogió una silla y se sentó en el balcón, para pensar en la intimidad de la noche.

Su balcón estaba situado en el centro de la fachada Sur de la fortaleza. Una media Luna se estaba levantando, lo que le permitió observar la vasta maraña de vegetación y árboles que había dejado el Sol Fértil. Sentado, con los pies apoyados contra la barandilla del balcón para apaciguar sus temores, hizo correr sus dedos por su barba y trató de concentrarse en su situación.

De hecho, no esperaba un atentado físico contra su vida. Había insistido en la necesidad de libertad a fin de recordar al Clave que no ganaría nada matándolo, pero la verdad era que él acusaba al Clave de planear su asesinato.

Covenant temía por Linden, y sospechaba que sus amigos estaban en un peligro mayor que el suyo. Y su temor venía agravado por su incapacidad de hacer algo. ¿Dónde estaban? ¿Mentían Gibbon y Memla acerca de Santonin? De ser así, ¿cómo podría averiguar la verdad? ¿Qué podría hacer él? Sin Linden se encontraba

desvalido; necesitaba su percepción. En aquel momento, ella habría podido decirle si podía o no confiar en Gibbon.

Maldiciendo el entumecimiento de su leprosidad, preguntó a la noche por qué él, de todo el pueblo del Reino, Thomas Covenant, Incrédulo y portador del oro blanco, quien había vencido al Despreciativo en un combate a muerte, ¿por qué se encontraba ahora tan desvalido? Y la respuesta fue que el conocimiento de sí mismo, su fundamental confianza en lo que él era, se había puesto en duda. Sus recursos se habían vuelto una contradicción. Toda su voluntad consciente era incapaz de obtener una chispa de poder de su anillo; y sin embargo, cuando deliraba había ejercido una fuerza infernal más allá de su control. Por tanto, desconfiaba de sí mismo y no sabía qué hacer.

Pero ante esta pregunta, la noche permaneció muda. Acto seguido abandonó el interrogatorio y se preparó para dormir.

En el baño, se quitó las ropas y las lavó a conciencia, tras bañarse él. Luego las puso a secar en los respaldos de las sillas. En su desnudez se sentía más vulnerable, pero aceptó este riesgo mientras comía los manjares que habían sido depositados en la mesa. Se bebió toda la botella de *metheglin*. El aguamiel añadió una somnolencia física a su fatiga moral. Al acostarse, encontró la cama confortable y limpia. Esperando pesadillas, sorpresas y angustias, se metió entre las mantas y durmió.

Le despertó el ruido de la lluvia. Aguas torrenciales golpeaban el granito de Piedra Deleitosa con la fuerza de la corriente de un río. El aire de la habitación era húmedo; no había cerrado el balcón antes de irse a la cama. Pero de momento no se movió; permaneció acostado, dejándose llevar por el ruido de las aguas al estado de alerta.

Cuando, al fin, se volvió hacia el otro lado y abrió los ojos, se encontró a Vain, de pie, cerca de su cama.

El Demondim tenía el aspecto de siempre: brazos caídos, ligeramente doblados, cara relajada y ojos que no miraban a ninguna parte.

—¿Qué demonios...? —Covenant saltó de la cama y corrió hacia la habitación contigua. La lluvia caía en el balcón, salpicando el suelo interior. Desafió el diluvio y salió en busca de algo que le indicara de cómo Vain había podido llegar hasta él.

A través del aguacero, vio una enorme rama de árbol apoyada contra el extremo del balcón. El otro extremo del palo descansaba en otro balcón unos diez o doce metros por debajo. Aparentemente, Vain había escalado casi cien metros por la pared de Piedra Deleitosa, sirviéndose de su palo, llegando hasta los contrafuertes inferiores, levantándolo luego ante él y usándolo nuevamente para alcanzar los parapetos siguientes, ascendiendo por etapas, hasta llegar a la habitación de Covenant. Acerca de cómo Vain supo cuál era su habitación, no tenía idea alguna.

Chorreando agua, volvió rápidamente al interior y cerró la puerta del balcón.

Desnudo y mojado, se quedó mirando al Demondim, asombrado ante su inexplicable habilidad. Luego extendió los labios en una mueca, semejante a una sonrisa.

—Bien, bien —murmuró—. Esto los va a poner nerviosos, y cuando la gente se pone nerviosa comete errores.

Vain siguió mirando al vacío, como un sordo-mudo. Covenant asintió a sus pensamientos y se dirigió al baño para coger una toalla. Pero se detuvo al ver una rasgadura en el lado izquierdo de la cabeza de Vain que bajaba hacia su hombro. Había sido herido. De su piel dañada salía un fluido negro, como si hubiera sido cruelmente quemado.

¿Cómo...? En los últimos días Covenant se había convencido tanto de la invulnerabilidad de Vain que ahora no podía creer lo que veía. ¿Pudo alguien herir al Demondim? Seguramente. Pero al instante siguiente su asombro desapareció y empezó a comprender. Vain había sido atacado por los Caballeros del Clave al tratar de poner a prueba aquella figura misteriosa en el exterior de sus puertas. Lo habían quemado. Quizá ni siquiera había sido diseñado para defenderse a sí mismo. Pero su cara no revelaba ningún sentimiento de dolor. Después de un momento, Covenant entró en el cuarto de baño, maldiciendo, y empezó a secarse con la toalla.

¡Bastardos! Apuesto a que él no levantó ni un dedo. Rápidamente, se puso sus ropas, aunque no estaban secas todavía. Se dirigió hacia la puerta de su *suite* y la abrió.

Akkasri na-Mhoram-cro estaba en el pasillo con una nueva bandeja de comida a sus pies. Covenant le hizo señas bruscamente. Ella cogió la bandeja y la entró.

El la detuvo en el umbral, cogió la nueva bandeja y le dio la otra. Luego la despidió. Quería darle una oportunidad para informar de la presencia de Vain a los na-Mhoram. Era una pequeña venganza, pero la aceptó. La capucha escondía su cara, por lo que no pudo ver su reacción. No obstante se retiró con celeridad.

Covenant se sentó para desayunar.

Poco después de haber terminado llamaron a la puerta. Empujó la losa de piedra y quedó desilusionado al ver a Akkasri, sola.

—Mediamano —dijo en tono sarcástico—. Has mostrado deseos de tener conocimiento acerca de la resistencia del Clave al Sol Ban. El na-Mhoram me manda servirte. Yo te guiaré al lugar donde llevamos a cabo nuestros trabajos y te lo explicaré de la mejor forma que pueda.

Aquello no era lo que Covenant esperaba.

—¿Dónde está Gibbon?

—El na-Mhoram —respondió Akkasri, remarcando el título de Gibbon—, tiene muchas obligaciones. Aunque yo soy sólo na-Mhoram-cro puedo contestar a algunas preguntas. Gibbon na-Mhoram te atenderá si yo no llego a satisfacer tus necesidades.

Oh, Demonios, murmuró. Pero trató de esconder su desconcierto.

—Ya veremos, tengo una gran cantidad de preguntas —empezó a caminar hacia el pasillo, dejando la puerta abierta para Vain—. Vámonos.

Akkasri le siguió por el pasillo, haciendo caso omiso de Vain. Covenant no encontró esto natural. El Demondim no podía pasar desapercibido, ¿es que tal vez le habían indicado que debía adoptar aquella actitud? En ese caso, habría logrado que su venganza surtiera efecto.

Sus nervios se tensaron. Caminando al lado de Akkasri empezó a investigar, preguntando directamente:

—¿Qué es una na-Mhoram-cro?

—Mediamano —dijo la mujer, sin dejarle ver su cara—, los na-Mhoram-cro son los novicios del Clave. Se nos ha enseñado muchas cosas pero no dominamos todavía el *ruk* suficientemente para ser Caballeros. Cuando hayamos adquirido esa habilidad, seremos na-Mhoram-wist. Y con mucha más experiencia y sabiduría, algunos de nosotros pueden llegar a ser las manos del mismo na-Mhoram, los na-Mhoram-in. Ése es el grado de Memla, la que te ha traído hasta aquí. Recibe muchos honores por su valor y sagacidad.

—Si eres una novicia —inquirió él—, ¿qué es lo que puedes explicarme?

—Sólo Gibbon na-Mhoram posee todo el conocimiento del Clave —el tono de Akkasri parecía impregnado de indignación—. Yo soy inexperta, pero no ignorante.

—Muy bien —con Vain detrás de ellos, condujo a Covenant hacia abajo, dirigiéndose a los interiores de la Fortaleza—. Dime una cosa. ¿De dónde procede el Clave?

—¿Mediamano?

—No siempre habrá estado aquí. Hace mucho tiempo, otros seres habitaban en Piedra Deleitosa. ¿Qué les ocurrió? ¿Cómo empezó el Clave? ¿Quién lo fundó?

—Ah, —ella asintió—. Esto ya forma parte de la leyenda. Se dice que muchas y muchas generaciones atrás, cuando apareció el Sol Ban por primera vez en el cielo, el Reino estaba gobernado por un Concejo. Este Concejo era decadente, y no hacía esfuerzo alguno para enfrentarse con el peligro. Por tanto se perdió un tiempo precioso antes de la venida de los na-Mhoram.

Covenant empezó a reconocer el lugar hacia donde le conducía: estaban en el camino hacia el Recinto Sagrado.

Quedó especialmente sorprendido por lo vacíos que aparecían los salones y pasillos. Pero al reflexionar, comprendió que Piedra Deleitosa era inmensa. Podrían vivir en ella varios miles de personas sin ningún tipo de aglomeraciones.

«Su visión es la que nos guía ahora —la na-Mhoram-cro continuó hablando—. Viendo que el Concejo había caído en las garras de a-Jeroth se levantó en unión de unos pocos que se mantenían leales y atentos, expulsando a los traidores. Luego empezó el largo esfuerzo de nuestras vidas para conservar el Reino. De el Mhoram y

sus escasos seguidores proviene el Clave. Generación tras generación, na-Mhoram tras na-Mhoram, se ha esforzado en su lucha contra el Sol Ban.

»Es un trabajo lento. Ha sido realmente lento y costoso adquirir la maestría suficiente y reunir el número de miembros que necesitamos; como ha sido lento y costoso también la tarea de obtener sangre —pronunció la palabra “sangre” con una indiferencia perfecta, como si no tuviera importancia. Pero ahora nos acercamos ya a nuestro viejo sueño—. El Sol Ban ha alcanzado un ritmo de tres días y resistimos. ¡Resistimos, Mediamano! —hablaba con orgullo, pero fríamente, como si el orgullo fuera también impersonal, como si hubiera sido cuidadosamente adiestrada para contestar a las preguntas de Covenant.

Mientras él mantenía sus suspicacias a la expectativa. Caminaban por uno de los grandes pasillos del centro de la Fortaleza. Y enfrente pudo ver que el pasadizo giraba a la izquierda y luego a la derecha, alrededor de la pared exterior del Recinto Sagrado, donde los desaparecidos Amos habían celebrado sus Vísperas de Autoconsagración al Reino y a la Paz.

Al aproximarse observó que todo aquel gran número de puertas regularmente situadas alrededor de la pared y suficientemente grandes para dar paso a los gigantes, se mantenían cerradas. La breve apertura que se produjo en una de ellas al salir un Caballero del recinto le permitió vislumbrar un espeluznante calor rojo y un ruido sordo en su interior.

La na-Mhoram-cro se paró ante una de las puertas y se dirigió a Covenant.

—En este lugar es difícil hablar —él quería ver su cara; la voz de ella sonaba como si sus ojos fueran evasivos. Pero su capucha escondía su rostro. Si él no hubiera visto a Memla y a Gibbon, podía haber sospechado que todo el Clave escondía alguna deformidad—. Ésta es la sala del Fuego Bánico y del *Rukh Maestro*. Cuando los hayas visto saldremos y luego te hablaré de ello. El asintió, a pesar de que le invadió un sentimiento de miedo al ver lo que el Clave había hecho con el Recinto Sagrado. Cuando Akkasri abrió la puerta más próxima, él la siguió entrando en una ola de calor y ruido.

En el interior había un fuego deslumbrante. El recinto era una inmensa cavidad en la roca de Piedra Deleitosa. De forma cilíndrica, se levantaba desde un nivel más bajo que el inicio de las colinas hasta más de la mitad de la altura de la fortaleza. Desde una tarima colocada sobre el suelo, los Amos hablaban a la ciudad. Y en las paredes había siete galerías rodeando el espacio, una directamente encima de la otra. Allí el pueblo de Piedra Deleitosa oía a los Amos.

Nada más. Akkasri había llevado a Covenant a la cuarta galería, pero aún allí, al menos a cien metros sobre el nivel del suelo, estaba demasiado cerca del fuego.

El fuego ardía en el mismo sitio en que había estado la tarima, y levantaba sus llamas, aullantes de rabia, casi hasta la altura donde ellos estaban. La flama roja

desgarraba el aire como si las mismas raíces de la fortaleza estuvieran quemándose. La luz y el calor casi le cegaban; el fuego parecía tostar sus mejillas y chamuscar su pelo. Antes de poder observar cualquier detalle tenía que parpadear para quitar de sus ojos el empañamiento que le producían las lágrimas.

Lo primero que vio fue el *Rukh Maestro*. Descansaba sobre tres puntos de la barandilla de su galería. Un prodigioso triángulo de hierro. El centro de cada uno de sus brazos aparecía encendido de un rojo oscuro. Los miembros del Clave estaban en cada uno de los lados del *Rukh Maestro*. Parecían insensibles al calor. Sus manos se agarraban al hierro, concentrándose en él como si el Fuego Bánico fuera una escritura que pudieran leer con el tacto. Sus caras parecían rojas y fanáticas por encima de las llamas.

Evidentemente, aquel era el lugar desde donde el rayo rojo saltaba hacia el Sol.

Las puertas de la base de la cavidad y las del alrededor de la galería más alta estaban abiertas a efectos de ventilación. Con aquel brillo espeluznante, Covenant vio la cúpula por primera vez. Los gigantes habían hecho una verdadera creación decorativa cuando la esculpieron. Audaces figuras se cruzaban entre las piedras, representando escenas de la primitiva historia de los gigantes en el Reino. Parabienes, Gratitud y Confianza. Pero el fuego hacía aparecer las imágenes extrañamente distorsionadas y maléficas.

Apretando los dientes, bajó la mirada. Un movimiento en el suelo llamó su atención. Observó que varios hoyos habían sido excavados allí, para alimentar a la cavidad central. Un individuo vestido como la na-Mhoram-cro, se acercó a uno de los hoyos, llevando dos grandes cubos que vertió en él. Un fluido oscuro brotó de los cubos, como el icor de Piedra Deleitosa. Casi en seguida, el Fuego Bánico se avivó, volviéndose un color rubí como la sangre.

Covenant se estaba sofocando por el calor y por sus sentimientos. Su corazón se estremeció en su pecho. Rozando a Akkasri y a Vain al pasar, se dirigió hacia el brazo más próximo del *Rukh Maestro*. La gente que había allí no se apercibieron. El ruido de las llamas apagaba las pisadas de sus botas y su concentración era intensa. Cogió a uno de ellos por el hombro y tiró de él, arrancándolo del hierro. Aquella persona era más alta que Covenant. Una figura de poder e indignidad.

Covenant gritó a la cara encapuchada:

—¿Dónde está Santonin?

La voz de aquel hombre, casi inaudible, respondió:

—Yo soy un leyente. No un Vidente.

Covenant agarró la túnica del hombre.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Ha perdido su *ruk* —respondió el leyente—. ¡Bajo las órdenes del na-Mhoram, tratamos con diligencia, de averiguar su paradero! Si hubiera muerto con su

ruk aún en las manos, nosotros lo sabríamos. Cada *ruk* contesta al *Rukh Maestro*, a menos que caiga a manos ignorantes. Nunca soltaría el *ruk* voluntariamente. Por lo tanto le ha sido arrebatado por la fuerza. Tal vez haya sido asesinado. ¡No podemos saberlo!

—¡Mediamano! —Akkasri cogió a Covenant por el brazo, llevándoselo en dirección a la puerta.

El se dejó llevar hacia fuera del Recinto Sagrado. Se encontraba mareado por el calor y confuso ante una vaga esperanza. Tal vez el leyente dijera la verdad; tal vez sus amigos se hubieran apoderado de su raptor; ¡puede que estuvieran a salvo! Mientras la na-Mhoram-cro cerraba la puerta, él se apoyó contra la pared exterior y jadeó al sentir el reconfortante aire fresco.

Vain, estaba cerca de él tan callado y ajeno como siempre. Estudiando a Covenant, Akkasri preguntó:

—¿Volvemos a tu habitación? ¿Quieres descansar?

El sacudió la cabeza. No quería exponer tanto su esperanza. Con un esfuerzo, puso en orden sus confusos pensamientos.

—Estoy bien —su pulso decía lo contrario; pero esperaba que ella no percibiera tales cosas—. Explícame algo. He visto el *Rukh Maestro*. Ahora dime cómo funciona. ¿Cómo lucháis contra el Sol Ban?

—Quitándole su poder —contestó ella, simplemente—. Si se saca de un lago más agua de la que recibe de sus fuentes, el lago se irá vaciando. De esta forma resistimos al Sol Ban. Cuando los Mhoram crearon el Fuego Bánico, era muy poca cosa; y podía conseguirse muy poco. Pero el Clave lo ha desarrollado, generación tras generación, esperando que algún día se podría consumir el poder suficiente para detener el avance del Sol Ban.

La mente de Covenant empezó a hacer conjeturas. Luego preguntó:

—¿Y qué hacéis con todo ese poder? Debe ir a alguna parte.

—En efecto. Destinamos el poder a muchos usos diferentes; para fortalecer el Clave y continuar nuestro trabajo. Tal como has visto, mucha parte de él es utilizado por los Caballeros, para que puedan viajar y trabajar en condiciones que ningún hombre o mujer podrían igualar sin un gasto enorme de sangre. También se usa mucho poder para forjar los corceles de tal modo que el Sol Ban no tenga ningún ascendiente sobre ellos. Y más aún es consumido en la vida de Piedra Deleitosa. En la meseta superior hay cultivos. Vacas y cabras encuentran sus pastos. Telares y fraguas funcionan. En anteriores generaciones, el Clave se vio en dificultades ante las necesidades existentes y la escasez de recursos. Pero, ahora florecemos, Mediamano. A menos que caiga sobre nosotros algún desastre —dijo Akkasri en un tono muy agudo—, no fracasaremos.

—Y todo lo hacéis a base de matar gente —dijo Covenant con agresividad—. ¿De

dónde sacáis tanta sangre?

Ella volvió la cabeza con disgusto y dijo:

—Sin duda tú ya tienes conocimiento de eso —dijo ella secamente—. Si deseas conocer más detalles consulta al na-Mhoram.

—Desde luego que lo haré —prometió. El estado del Recinto Sagrado le recordó que el Clave vio maldad en toda una serie de símbolos que él sabía que eran buenos; y, por el contrario, los que ellos calificaban de buenos, a él le horrorizaban—. Mientras tanto, dime qué es lo que el na-Mhoram... —para irritarla, usó el título sarcásticamente—, ¿qué proyecto tiene en su mente para mí? El quiere mi ayuda, ¿qué desea que haga?

Ésta era una pregunta obvia para la cual ella ya había sido preparada. Sin vacilación alguna, Akkasri respondió:

—Desea hacerte Caballero.

Caballero murmuró para sí. Terrible.

—Por muchas razones, —prosiguió ella—, la distinción entre un leyente y un Vidente es mínima, pero muy importante. Quizá con tu anillo blanco pueda tenderse un puente entre ambas cualidades, dando al Clave el conocimiento necesario para guiar su futuro. Asimismo con tu poder, tal vez pueda ser constreñido aún más el Sol Ban. Incluso quizá podrías ejercer un dominio en la región de Piedra Deleitosa, librándola del Sol Ban. Ésta es nuestra esperanza. Cuanto más poder ejerzas, más se debilitará el Sol Ban, permitiendo la expansión de nuestro maestrazgo, para ir extendiéndose, bajo condiciones de seguridad, más y más, a través del Reino. Y así, el trabajo de generaciones podría ser comprimido en una sola vida.

«Es una brava misión, Mediamano, digna de cualquier hombre o mujer. Una gran tarea para salvar la vida y el Reino. Por esta razón, Gibbon na-Mhoram rescindió la orden de matarte».

Pero Covenant no quedó persuadido. Solamente la escuchaba con la mitad de su mente. Mientras ella hablaba se dio cuenta de una alteración en Vain. El Demondim ya no estaba completamente quieto. Su cabeza giraba de un lado a otro, como si escuchara un sonido distante y tratara de localizar su procedencia. Sus negras órbitas estaban enfocadas. Akkasri añadió:

—¿Me darás tu respuesta, Mediamano?

Covenant no dijo nada. Súbitamente tuvo la seguridad de que Vain iba a hacer algo. Una oscura excitación tiraba de él alejándolo de la pared, poniéndolo en guardia para lo que pudiera suceder. Bruscamente Vain empezó a caminar a lo largo de la curvada pared.

—¡Tu compañero! —la na-Mhoram-cro gritó con sorpresa y agitación—. ¿Adonde va?

—En seguida Covenant corrió detrás de Vain. Vamos a averiguarlo.

El Demondim se movía como un hombre que tuviera un total conocimiento de Piedra Deleitosa. Sin prestar ninguna atención a Covenant ni a Akkasri, ni tampoco a la gente con quien se cruzaba, atravesó corredores y escaleras, pasando de largo ante salones de reunión y refectorios, y a cada oportunidad descendía, siguiendo su camino hacia los cimientos de la Fortaleza. A cada descenso, la agitación de Akkasri crecía. Pero al igual que Vain, Covenant no malgastaba ninguna atención en ella. Buscando en su memoria trató de adivinar cuál era el objetivo de Vain. No pudo. Pronto, Vain se introdujo en pasadizos que nunca había visto antes. Las antorchas eran ya poco frecuentes allí. En algunos momentos apenas podía distinguir al negro Demondim a causa de la escasez de luz.

Luego, inopinadamente, Vain llegó a un lugar sin salida, iluminado sólo por una luz reflejada de algún lugar distante, detrás de él. Cuando Covenant y Akkasri llegaron Vain estaba con la vista fija en el final del corredor, como si la cosa que él buscaba estuviera escondida detrás de él.

—¿Qué ocurre? —Covenant no esperaba que Vain le respondiera. Habló solamente para relajar su propia tensión—. ¿Qué estás buscando?

—Mediamano —exclamó la na-Mhoram-cro—, él es tu compañero. —Parecía asustada y no preparada para las acciones de Vain—. Debes controlarlo. Aquí debe detenerse.

—¿Por qué? —preguntó Covenant, arrastrando las palabras y tratando de sacar de ella alguna revelación en un momento, de descuido—. ¿Qué hay de especial en este lugar?

La voz de ella gritó.

—¡Está prohibido!

Vain examinó la piedra como si estuviera pensando. Luego se adelantó unos pasos y tocó la pared. Durante un largo instante, sus manos tantearon la superficie.

Sus movimientos tocaron una cuerda de la memoria de Covenant. Había algo familiar en lo que Vain estaba haciendo.

¿Familiar?

Al momento siguiente, Vain alcanzó un punto en la pared, por encima de su cabeza. Inmediatamente, unas líneas de trazo rojo aparecieron en la piedra. Se extendieron. En pocos momentos el rojo dibujaba una amplia puerta.

La puerta se abrió, dejando a la vista un pasillo iluminado con antorchas.

¡Sí!, se gritó Covenant a sí mismo. Cuando él y Vasallodelmar había entrado en la guarida del Execrable, el Gigante había encontrado y abierto una puerta de la misma manera que Vain había encontrado y abierto ésta.

Pero ¿qué hacía aquella clase de puerta en Piedra Deleitosa? Nunca, ni los Gigantes ni los Amos habían utilizado aquellas entradas.

Se produjo una súbita acometida que lo desconcertó; vio el movimiento de

Akkasri demasiado tarde para detenerla. Apresuradamente, sacó un *rukhs* del interior de su túnica y vertió sangre en sus manos. En seguida el fuego iluminó el triángulo. Empezó a pronunciar palabras que Covenant no comprendió. Vain ya había desaparecido en el interior del pasillo. Antes de que la puerta pudiera cerrarse nuevamente, Covenant echó a correr detrás del Demondim.

El pasillo giraba en redondo y seguía paralelo al que habían dejado. Estaba bien iluminado. Pudo comprobar que aquel lugar no formaba parte del trabajo original de los gigantes. Paredes, suelo y techo, todo estaba chapucosamente construido. Los gigantes nunca habrían tratado la piedra con tan poco cuidado. Intuitivamente supo que aquel túnel no había sido excavado hasta después de celebrarse el Concejo. Había sido construido por el Clave para sus propios planes secretos.

Ante él se hallaba una ramificación del corredor central hacia la izquierda. Vain lo tomó y Covenant le siguió rápidamente.

En tres zancadas, el Demondim alcanzó la pesada puerta de hierro. Había sido cerrada con grandes cerrojos empotrados en la piedra, como si el Clave se propusiera mantenerla así para siempre.

Una débil luz marcaba las rendijas alrededor del metal. Vain no vaciló. Se precipitó hacia la puerta y encontró un punto en que había una rendija en la que meter los dedos. Su espalda y hombros se tensaron. El esfuerzo hizo brotar nuevo fluido de sus quemaduras.

Covenant oyó que alguien corría detrás de él pero no se volvió. Su atención estaba concentrada en Vain.

Con un prodigioso golpe de fuerza, Vain arrancó la puerta que se precipitó contra el suelo produciendo el estruendo de un gran yunque. Vain traspasó el umbral y penetró en una zona de luz nacarada. Covenant le siguió como un hombre en trance.

La estancia era una gran cámara con mesas y estanterías en las paredes, hasta el techo. Cientos de rollos de pergamino, cofres, urnas y bolsas llenaban los estantes. Las mesas estaban repletas de bastones mágicos, sables y cientos de talismanes. La luz procedía de tres de las urnas más ricas, colocadas en lo alto de la pared de enfrente, así como de varios de los objetos que había sobre las mesas. Paralizado por el asombro, Covenant reconoció la pequeña caja que una vez había contenido el *krill* de Loric Acallaviles. La caja estaba abierta y vacía. Se quedó con la boca abierta, incapaz de pensar, ver o comprender.

Un momento después, Akkasri y dos individuos vestidos como Caballeros entraron corriendo en la cámara, ondeando *rukhs* flameantes.

—¡No toquéis nada! —gritó uno de ellos.

Vain los ignoró como si ya hubiera olvidado que tenían poder para dañarle. Se dirigió hacia una de las mesas más lejanas. Allí encontró lo que buscaba: dos anchos aros de hierro, de un gris opaco.

Covenant los identificó más por instinto que por sus características: las abrazaderas del Bastón de la Ley.

El Bastón de la Ley, la herramienta más grande del Concejo de los Amos, creado por Berek Mediamano a partir de una rama del Árbol Único, fue destruido por la magia indomeñable cuando el Amo Execrable había forzado a la difunta Elena a desatarla contra el Reino. Bannor había devuelto las abrazaderas a Piedra Deleitosa después de la caída del Despreciativo.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, Vain cogió los aros.

Uno lo introdujo en su mano derecha. Parecía demasiado pequeño para ello; pero lo introdujo a través de sus nudillos sin esfuerzo alguno y quedó ajustado a su muñeca.

El otro se lo pasó a través de su pie izquierdo. El hierro parecía elástico. Con toda facilidad pasó a través del talón, quedándose fijo en su tobillo.

Uno de los Caballeros se quedó boquiabierto. Akkasri y otra mujer miraron a Covenant.

—Mediamano —dijo la compañera de Akkasri—. Tendrás que responder de esto. La Aumbrie del Clave está prohibida a todos. No toleraremos tal violación.

Su tono hizo que Covenant volviera en sí. El peligro flotaba en el aire. Pensando rápidamente dijo:

—Toda la ciencia de los Amos. Todo lo que antes pertenecía al Concejo. Todo está aquí y está intacto.

—Buena parte de ello está intacta —dijo rígidamente Akkasri—. El Concejo era decadente. Algo se perdió.

Covenant apenas la oyó.

—Las Alas primera y segunda —dijo señalando las brillantes urnas—. ¿Y la tercera? ¿Han encontrado el Ala tercera?

Al prever el Ritual de Profanación, Kevin Pierdetierra había escondido sus conocimientos en siete Alas, guardándolas para futuros Concejos; pero durante el mandato del Amo Superior Mhoram, sólo la primera, la segunda y la última habían sido encontradas.

—Evidentemente —replicó un Caballero—, de poco les sirvieron.

—Entonces, ¿por qué...? —Covenant puso en sus palabras todo su aterrado asombro—. ¿Es que no las *usáis*?

—Se trata de una ciencia para algo que ya no existe —la respuesta tenía la fuerza de una acusación—. No tienen valor bajo el Sol Ban.

Oh, Demonios. Covenant no encontró otras palabras para su decepción. ¡Maldita sea!

—¡Ven! —la orden de la Caballera cortaba como un látigo. Pero no iba dirigida a Covenant. Ella y sus compañeras se habían vuelto hacia Vain. Sus *rukhs* ardían con

luz roja, invocando poder.

Vain obedeció, moviéndose como si recordara el origen de su lesión. Akkasri le cogió el brazo tratando de sacar el anillo de su muñeca, pero el metal era de hierro y, por tanto inflexible. Gesticulando con sus *rukhs*, ellas escoltaron a Vain, saliendo de la Cámara como si Covenant no estuviera presente.

El les siguió. Ante su sorpresa, Vain las siguió como un cordero a través del umbral.

Caminaron hasta una cierta distancia a través del tosco corredor. Luego el pasillo giraba en ángulo y desembocaba en una gran sala iluminada con muchas antorchas. La atmósfera estaba gris de humo.

Sorprendido como si acabara de recibir una puñalada, Covenant descubrió que la sala era una prisión. Gran cantidad de puertas cerradas con pesados cerrojos se alineaban a ambos lados. Cada una de ellas tenía una pequeña ventana con gruesas rejas de hierro. Medio millar de personas podrían estar encerradas allí y nadie sin los instintos y conocimientos de Vain podría haberlas encontrado nunca.

Mientras Covenant la miraba, las implicaciones de la cólera de la Caballera encendieron la luz en su mente: Gibbon no pensaba permitir que él conociera este lugar.

¿Cuántos secretos más escondería Piedra Deleitosa? Una de las Caballeras fue hacia una puerta y descorrió los cerrojos. La puerta se abrió, dejando a la vista una celda apenas lo suficiente grande para contener un colchón de paja. Con sus *rukhs*, Akkasri y las otras obligaron a Vain entrar en ella.

El se volvió bajo el arquitrabe. Sus captoras le amenazaron con el fuego; pero él no hizo ningún movimiento contra ellas. Dedicó una mirada a Covenant. Su negra cara tenía una expresión de súplica.

Covenant le devolvió la mirada sin comprender. ¿Vain?

Un regalo que no tiene precio, había dicho Vasallodelmar. *No sirve más que a sus propios propósitos.*

Luego era demasiado tarde. La puerta se cerró detrás de él. La Caballera corrió los cerrojos.

Covenant protestó inútilmente. ¿Qué es lo que queréis de mí?

Al instante siguiente salió un brazo moreno a través de la reja de la celda contigua. Sus dedos arañaban el aire, como si así pudiera liberarse.

La escena galvanizó a Covenant. Era algo que comprendía. Se acercó a la puerta. Una Caballera le gritó, prohibiéndoselo. El no la escuchó.

Cuando llegó a la puerta, el brazo se retiró, apareciendo una cara aplanada, que se apretaba contra la reja. Unos ojos impávidos le miraban. El horror que sintió casi le hizo perder el equilibrio. El prisionero era uno de los *haruchai*, perteneciente al pueblo de Bannor, que había hecho su hogar en la firmeza de las Montañas

Occidentales. El rostro característico de la raza que habían formado los Guardianes de Sangre era inconfundible. Era inequívoco su parecido con Bannor, quien tan a menudo había salvado su vida.

En Andelain, el espectro de Bannor, había dicho: *Redime a mi pueblo. Su estado es una abominación.*

Suprimiendo el tono característico de su lengua nativa, el *haruchai* dijo:

—Ur-Amo Thomas Covenant, Incrédulo y Portador del Oro Blanco. Yo te saludo. Eres bien recordado entre los *haruchai* —el implacable rigor de su personalidad parecía incapaz de súplica—. Yo soy Brinn. ¿Vas a liberarnos?

Luego, un hierro caliente golpeó la parte posterior de su cuello y se tambaleó como un inválido, penetrando en la oscuridad.

Su inconsciencia era una agonía y no podía hacer nada para mitigarla. Al principio estaba sordo y ciego; pero luego la oscuridad se convirtió en lluvia. Torrentes frenados por el granito bajaban por las paredes, formando cascadas en los aleros y parapetos antes de estrellarse estrepitosamente contra el suelo. El ruido lo devolvió en sí. En seguida tuvo consciencia del contacto de las mantas contra su piel y de la insensibilidad de sus dedos; el entumecimiento del fracaso.

Recordando la lepra, lo recordó todo con una precisión que le hizo presionar su cara contra el lecho, agarrando fuertemente la manta con las manos. Vain, los *haruchai*. El ataque de las Caballeras.

Aquella puerta escondida que conducía a la cámara de los secretos y a la mazmorra.

Era la misma clase de puerta que el Despreciativo había utilizado antes en su guarida. ¿Qué hacía una puerta así en Piedra Deleitosa? Todo su cuerpo se estremeció. Al intentar moverse notó que su cuello estaba rígido y dolorido. Pero los huesos se mantenían intactos y el daño en sus músculos no parecía grave.

Cuando abrió los ojos encontró a Gibbon sentado al lado de su cama. La beata cara del na-Mhoram estaba tensa, expresando preocupación, pero en sus colorados ojos, sólo había peligro.

Con un rápido vistazo, Covenant comprobó que estaba acostado en la habitación de su suite. Hizo un esfuerzo para sentarse. Su espalda y sus hombros le dolieron agudamente, pero el cambio de posición le permitió dar un vistazo a su mano derecha.

El anillo estaba todavía allí. Fuera lo que fuera lo que el Clave intentaba, no incluía robarle el oro blanco.

Esto le consoló. Miró nuevamente al na-Mhoram e intuitivamente decidió no sacar a debate el asunto de la puerta. Había muchos peligros a considerar.

—Sin duda —dijo Gibbon con la máxima suavidad—, el cuello te duele, pero eso pasará. Swarte empleó demasiada fuerza. Ya la he reprendido por ello.

—¿Cuánto...? —la herida parecía haber afectado su voz. Apenas podía susurrar —. ¿Cuánto tiempo he permanecido inconsciente?

—Estamos a mediodía del segundo día de lluvia.

¡Maldita sea!, murmuró Covenant en su interior. Por lo menos, todo un día. Trató de estimar a cuanta gente habría podido matar el Clave durante aquel período de tiempo, pero no lo logró. Tal vez hubieran matado a Brinn. Desechó la idea.

—Akkasri —dijo, llenando el nombre de acusación.

Gibbon asintió con calma.

—Akkasri na-Mhoram-in.

—Tú me mentiste.

La estupidez del na-Mhoram parecía impermeable a cualquier ofensa.

—Quizás. Mi intención no era errónea. Tu viniste a Piedra Deleitosa lleno de hostilidad y suspicacias. Tuve que hallar medios para disminuir tu desconfianza y, al mismo tiempo, ponerme en guardia contra ti por si tuvieras malas intenciones. Por lo tanto, te dije que Akkasri era de las na-Mhoram-cro. Deseaba ganar tu confianza. En esto no iba equivocado. Como na-Mhoram-cro, Akkasri podía contestarte muchas preguntas sin mostrarte ninguna amenaza de poder. Creí conveniente hacerlo así en vista de tu trato con Memla na-Mhoram-in. Lamento que el resultado haya sido negativo.

Aquello parecía razonable; pero Covenant lo rechazó con un movimiento de cabeza. Inmediatamente, un pinchazo de dolor le hizo contraerse. Murmurando algo para sí, se frotó el cuello. Luego cambió de tema, intentando desconcertar a Gibbon.

—¿Qué demonios estás haciendo con uno de los *haruchai* en tu maldita prisión?

Pero el na-Mhoram parecía inmune al desconcierto. Cruzando los brazos, dijo:

—No deseaba que conocieras este hecho. Ahora crees que tienes suficientes razones para desconfiar. Yo deseaba que no tuvieras más razones hasta que conocieras la soberana importancia de nuestro trabajo.

Bruscamente Gibbon pasó a otro tema.

—Mediamano, ¿te llamó el *haruchai* por tu verdadero nombre? ¿Eres en verdad el ur-Amo Thomas Covenant, Increíble y Portador del Oro Blanco?

—¿Cuál es la diferencia? —murmuró Covenant.

—Este hombre se menciona con mucha frecuencia en las leyendas antiguas. Después del primer traidor, Thomas Covenant fue el mayor de los servidores de a-Jeroth.

—Eso es ridículo —la nueva distorsión de la historia del Reino lo desalentó. Pero estaba decidido a no caer en el cepo de Gibbon—. ¿Cómo es posible que yo sea aquel Thomas Covenant? En el lugar de donde vengo, este nombre es común, como lo son los anillos de oro blanco.

Gibbon le lanzó una mirada desafiante, pero Covenant no parpadeó. Mentira por

mentira, murmuró con rabia.

Finalmente, el na-Mhoram, admitió:

—No pareces tener su edad.

Luego Covenant, prosiguió:

—Pero yo estaba hablando del *haruchai*.

—Mediamano, no tenemos preso a un *haruchai*. Tenemos sesenta y siete.

—¡Sesenta...! —Covenant no pudo evitar que el horror se asomara a su rostro.

—Ahí está —Gibbon le señaló—. Tenía razones para temer tu respuesta.

—¡Por Dios! —exclamó Covenant con fiereza—. ¡Deberías temer a los *haruchai*!

¿Sabes a lo que te estás enfrentando?

—Los respeto profundamente —la habitual calma del na-Mhoram era completa—. Su sangre es potente y preciosa.

¡Ellos eran mis amigos! Covenant casi no podía evitar que sus pensamientos fueran audibles.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo?

—Mediamano, ya sabes que nuestro trabajo requiere sangre —Gibbon continuó esforzándose en parecer razonable—. En cuanto el Sol Ban crece, el Fuego Bánico debe crecer para resistirlo. Ya está muy lejano aquel día en que la gente del Reino podía satisfacer todas nuestras necesidades. Han pasado cinco generaciones desde que Offin na-Mhoram, que conducía entonces el Clave, tuvo que enfrentarse con la imposibilidad de llevar a cabo nuestro sueño. Había llegado al límite de lo que el Reino podía proveer y no era suficiente. No insistiré en su desesperación. Es suficiente decir que en aquel tiempo, por suerte o por milagro, los *haruchai* vinieron en nuestra ayuda.

Covenant se estremeció.

«Es verdad que no nos ayudaron voluntariamente. Cinco de ellos llegaron de las montañas occidentales en nombre de sus leyendas, en busca del Concejo. Pero Offin no dejó escapar aquella oportunidad. Capturó a los cinco. Con el paso del tiempo, cinco más vinieron en busca de los consanguíneos perdidos. También éstos fueron capturados. Eran fuertes y feroces, pero el poder del Fuego Bánico los amansó. Luego, más tarde, más *haruchai* llegaron en busca de los anteriores. Primero, de cinco en cinco, luego de diez en diez y luego llegaron por veintenas, con largos lapsos de tiempo entre llegada y llegada. Es un pueblo muy obstinado y generación tras generación han mantenido su intento. Generación tras generación, los que han venido han sido capturados —Covenant creyó ver un brillo de diversión en los rojos ojos de Gibbon—. A medida que se incrementaba el número de visitantes, crecía el Fuego Bánico. Ésta es la razón de que procuremos que no escape ninguno de ellos.

»Su más reciente incursión estaba formada por cinco veintenas de individuos, un verdadero ejército —la suavidad de Gibbon se asemejaba a la serenidad de un

corazón puro—. De ellos quedan tres veintenas y siete».

Una abominación. Tras las palabras del na-Mhoram, Covenant deseó la violencia. Difícilmente pudo ocultar su estado de ánimo cuando preguntó:

—¿Y con esto crees que vas a convencerme de que eres mi amigo?

—Yo no persigo tu convicción ahora —replicó Gibbon—. Yo me explico para que comprendas el motivo de haberte ocultado este conocimiento y por qué Swarte te golpeó cuando hablaste con el *haruchai*.

«Debes percibir el alcance de nuestra consagración a la tarea que nos ha sido encomendada. Para nosotros, una vida o una veintena de vidas, o un millar de vidas, no son nada comparadas con la vida del Reino. El Sol Ban es inmensamente perverso y nuestro gasto ha de ser inmenso para combatirlo.

«También deseo que comprendas que *tu* ayuda, el servicio de tu anillo blanco, promete la redención del Reino y la salvación de muchas veces muchas vidas. ¿Es que nuestras ejecuciones te afligen? Entonces ayúdanos, para que la necesidad de sangre pueda llegar a su fin. No hay otra manera de que puedas ayudar al Reino».

Covenant mantenía la mirada fija en Gibbon. A través de sus dientes murmuró:

—Yo conocí al primer Mhoram. La última vez que estuve aquí le hice escoger entre la esperanza del Reino y la vida de una niña pequeña. El escogió la vida de la niña —no había palabras que pudieran articular la bilis que había en su boca—. Eres peor que el Sol Ban.

El esperaba que el na-Mhoram replicara; pero solamente parpadeó y dijo:

—Luego ¿es verdad que eres el Incrédulo?

—¡Sí! —dijo firmemente Covenant. Y prescindiendo de cualquier subterfugio o protección personal, añadió—: Y no voy a permitir vuestro genocidio con los *haruchai*.

—¡Ah! —Gibbon suspiró y se puso en pie—. Temía que llegaríamos a esto —hizo un gesto de conciliación—. Yo no quiero hacerte ningún daño. Pero sólo veo un medio de que podamos obtener tu ayuda. Convocaré el Clave para una Videncia. Ello nos revelará toda la verdad que puedas esconder. Las mentiras serán detectadas y los corazones abiertos —Gibbon se dirigió al umbral—. Ahora descansa, Mediamano. Come y recupera fuerzas. Circula por donde quieras. Sólo te pido que no te acerques a la Aumbrie ni a los calabozos hasta que lo que hay entre nosotros se haya resuelto. Te mandaré a buscar cuando la Videncia haya sido preparada.

Sin esperar respuesta, el na-Mhoram abandonó la *suite*.

Videncia, gruñó Covenant. Su voz interior sonaba como un canto de rana. Por Dios, ¡sí!

Ignorando el dolor de su cuello, se quitó las mantas, y se fue a la habitación contigua en busca de comida. Había una nueva bandeja en la mesa. La habitación había sido cerrada para protegerla de la lluvia y la atmósfera estaba ligeramente

empapada de humo. Ahora, en la extraña seguridad de que el Clave no tenía razones para envenenarle, atacó la comida, devorándola para aplacar su hambrienta cólera. Pero no tocó la jarra de *metheglin*; no quería nada que pudiera empañar su lucidez o dañar sus reflejos. Intuyó que la Videncia de Gibbon sería una crisis y quería sobrevivir a ella.

Sentía una urgente necesidad de abandonar la *suite* y pasear por Piedra Deleitosa, midiendo su tensión y declararse contra la gran fortaleza; pero no lo hizo. Ejerciendo la disciplina de un leproso, se sentó en una de las sillas, extendió sus piernas sobre otra, descansó su dolorido cuello en el respaldo y se esforzó por mantenerse inmóvil. Músculo por músculo, su cuerpo se distendió, su frente se relajó, al tiempo que se suavizaba su pulso en un esfuerzo para lograr la concentración que requería para estar dispuesto.

En su mente aparecieron varias caras: Linden, Sunder, Brinn... El semblante de Brinn era tan autoritario como el de Bannor. Las facciones de Linden estaban distorsionadas, no por casualidad ni por sufrimientos, sino por miedo. A ellos les cerró su mente para que su propia pasión no le cegara. En su lugar, se puso a pensar en la puerta escondida que Vain había descubierto.

Podía sentir dentro de él la respuesta que luchaba en busca de claridad, pero estaba todavía bloqueada por sus preconcepciones. Sin embargo, su cercanía arrancaba de su cara gotas de sudor. No estaba preparado para la mendacidad que representaba. Mendacidad. Se colgó de esta idea y trató de concentrarse en sus implicaciones. Pero las manos de su mente eran medias manos, inadecuadas.

Una llamada en la puerta le hizo incorporarse. Un fuerte dolor sacudió su cuello; gotas de sudor salpicaron el suelo.

Antes de que pudiera abandonar su silla, la puerta se abrió. Memla entró en la habitación.

La atmósfera gris enmarcaba su pálido rostro. Cogía su *rukh* como si quisiera azotarle con él, pero no tenía llama. Sus ojos denotaban una espontánea sinceridad.

—¡Falsos! —gritó—. ¡Han sido falsos conmigo!

El se levantó, dando bandazos, para encararse a ella a través de la mesa.

Ella abrió la boca momentáneamente, en espera de que le salieran palabras, incapaz de comprimir la enormidad de su indignación en una mera frase. Luego estalló:

—¡Están aquí! ¡Santonin! ¡Santonin y tus compañeros! ¡Todos están aquí!

Covenant se agarró fuertemente a la mesa para no caerse. Mientras tanto, ella prosiguió:

—Dos pedrarianos y una extranjera, en la prisión —la furia obstruía su respiración—. Vi a Santonin donde no esperaba ser visto. El na-Mhoram me ha mentado directamente. ¡A mi! Me he enfrentado a Santonin y me ha revelado la

verdad. Me ha dicho porqué se me mandó a mí y a otros a buscarte. ¡Y sonriendo! No para escoltarte, no. Para asegurarse de que tú no pudieras alcanzarlo. Llegó a Piedra Deleitosa el segundo día del Sol Fértil. ¡Un día antes que nosotros!

¿Un día? Algo en Covenant se rebeló. ¿*Un día*? Pero Memla continuó explicándose:

—Si yo no te hubiera detenido; si hubieras caminado durante la noche, te habrías encontrado con él antes del amanecer. Pasó muy cerca de mí.

Con un incontrolado gesto, Covenant empujó la bandeja de la mesa, tirándola al suelo. Los recipientes de piedra se quebraron. El *metheglin* se derramó. Pero él se quedó más tranquilo.

—Memla —había sido injusto con ella. Había recuperado el control de sus miembros y de su objetivo; pero no podía controlar su voz—. Llévame ante Gibbon.

Ella se quedó mirándole. Su petición la cogió de improviso.

—Debes huir. Estás en peligro.

—Ahora —él necesitaba moverse, empezar en seguida, para que el temblor de su pecho no se extendiera a sus piernas—. Llévame ante él ahora mismo.

Ella vaciló. Luego asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Sí, es correcto.

Dio la vuelta sobre sus talones, y salió de la habitación.

La siguió con angustia y furia. Ella le condujo hacia abajo, hacia los cimientos de Piedra Deleitosa, a través de un camino que recordaba. Era un descenso largo, pero parecía pasar muy deprisa. Cuando ella entró en una sala, que le era familiar, iluminada con antorchas, él reconoció el lugar donde los Amos del Concejo tenían sus dependencias privadas.

El ancho y redondo atrio detrás de la sala no era tal como él lo recordaba. El suelo era de granito brillante, tan liso como si hubiera sido pulido por siglos de uso y cuidado. El techo era muy alto y las paredes estaban marcadas a intervalos por salientes, por los cuales otros niveles de la fortaleza comunicaban con las viviendas espaciadas alrededor de la base de la cavidad. Estas cosas concordaban con su recuerdo. Pero la luz era completamente diferente. Los Amos no necesitaban antorchas. El mismo suelo estaba iluminado con Energía de la Tierra. De acuerdo con antiguas leyendas, la piedra había sido encendida por Kevin Pierdetierra y el Bastón de la Ley. Pero aquella iluminación, máxima expresión del calor y fidelidad del Concejo, ya no estaba. Las antorchas que la reemplazaban parecían, en comparación, excesivamente brillantes e ineficaces.

Covenant no tenía ni tiempo ni podía malgastar su atención en milagros perdidos. Una veintena de miembros del Clave se hallaban alrededor del centro de la sala. Todos tenían sus *rukhs* a punto; y el cetro de na-Mhoram los dominaba. Todos se volvieron al oír las pisadas de Covenant. Las capuchas escondían sus caras.

Dentro de su círculo había una losa de piedra similar a un catafalco. Un ser estaba encadenado a ella con gruesos grilletes de hierro. Era uno de los *haruchai*.

Cuando Covenant se adelantó a Memla para acercarse al círculo, reconoció a Brinn.

—Mediamano —dijo el na-Mhoram. Por primera vez Covenant oyó a Gibbon en un tono excitado—. La Videncia está preparada. Todas las preguntas quedarán contestadas ahora.

DIECINUEVE. La videncia

La vibración de augurio en la voz del na-Mhoram detuvo a Covenant. La alta cúpula estaba oscura; no llegaba hasta ella la luz de las antorchas; los Caballeros estaban de pie en el suelo muerto como si fuera el fondo de un abismo. Cubiertos por sus capuchas, podrían haber pasado por ur-viles; sólo la pálida carne de sus manos mostraba cuando disponían sus *rukhs* para el fuego indicaba que eran humanos. Santonin estaba probablemente entre ellos. El Fragmento de la Piedra Illearth de Fustaria Poderdepiedra estaba probablemente escondida en algún lugar del círculo. El tono de Gibbon decía que Covenant no había sido convocado allí para nada bueno.

Covenant se había pasado. Ecos de rabia se repetían dentro de él como otra voz ridícula y reiterativa. Instintivamente cerró su medio puño, apretando su anillo de boda. Pero no se batió en retirada. En un tono rudo y desafiante, preguntó:

—¡Por toda la sangre del Infierno! ¿Qué habéis hecho con mis amigos?

—La Videncia contestará —Gibbon estaba ávido, hambriento—. ¿Escoges el riesgo de la verdad?

Brinn miró a Covenant. Su rostro estaba imperturbable; pero su frente aparecía llena de sudor. Bruscamente forzó sus cadenas, tratando, con una obstinada futilidad, de romperlas.

Memla no había cruzado el dintel.

—¡Cuidado, Mediamano! —advirtió con un susurro—. Aquí hay maldad.

El sintió la fuerza de su aviso. También Brinn se esforzaba en prevenirle. Por un instante, vaciló; pero el *haruchai* le había reconocido. De alguna forma, el pueblo de Brinn había conservado la historia del Concejo y de las antiguas guerras contra la corrupción: la verdadera Historia, no una versión deformada de ella. Y Covenant había encontrado a Bannor entre sus muertos, en Andelain.

Sin perder el control de sí mismo, dio unos pasos hacia el círculo y se acercó al catafalco. Puso su mano momentáneamente en el brazo de Brinn. Luego se encaró al na-Mhoram.

—Suéltale.

El na-Mhoram no contestó directamente. En su lugar se volvió hacia Memla.

—Memla na-Mhoram-in —dijo—, tú no tienes parte en esta Videncia. Deseo que te retires.

—No —su tono vibraba agresivamente—. Has sido falso con él. El no sabe con lo que se enfrenta.

—Sin embargo —Gibbon empezó con calma, pero luego perdió su habitual flema, estallando con un grito estridente—, ¡tú debes *salir!*

Por un momento, ella se negó. La atmósfera del lugar estaba impregnada de intenciones conflictivas. Gibbon levantó su cetro como si quisiera golpearla con él.

Finalmente, el repudio combinado del círculo fue demasiado fuerte para ella. Con visible amargura dijo:

—Yo prometí a Mediamano que sus compañeros estarían seguros. Es de muy mal gusto por parte del na-Mhoram tomar la palabra de una na-Mhoram-in tan a la ligera.

Seguidamente dio la vuelta y desapareció de la sala.

Gibbon se olvidó de ella como si nunca hubiera existido. Volviéndose nuevamente hacia Covenant dijo:

—No hay poder sin sangre —parecía incapaz de suprimir su excitación—. Y la Videncia requiere poder. Por tanto tendremos que sacrificar a este *haruchai* para contestar a tus preguntas.

—¡No! —exclamó Covenant.

—Necesitamos sangre —respondió el na-Mhoram.

—¡Entonces mata a uno de tus condenados Caballeros! —Covenant estaba lleno de furia—. ¡No me importa lo que hagas! Pero deja en paz a ese *haruchai*.

—Lo que tú prefieras —dijo Gibbon en tono triunfante.

—¡Ur-Amo! —gritó Brinn.

Covenant desoyó el aviso de Brinn. Sintió que tiraban de él y retrocedió del catafalco arrastrado por los Caballeros que tenía detrás. Le agarraron e inmovilizaron su brazo. Más rápidos para atacar que él para defenderse, vio brillar dos cuchillos.

Las hojas cortaron sus muñecas.

Dos líneas rojas se abrieron a través de su alma. La sangre salpicó el suelo. Los cortes eran profundos, lo suficientemente profundos para matarle lentamente. Al darse cuenta, se acuclilló. Pulsantes riachuelos marcaron sus brazos hasta los codos. La sangre se separaba de sus codos, esparciendo su pasión sobre la piedra.

A su alrededor, los Caballeros empezaron a cantar. El fuego escarlata iluminó sus *rukhs*; en unos instantes el rojo poder invadió el aire. Acuclillado e indefenso dentro del círculo, el dolor de su cuello le paralizó. Un espasmo de trepidación había recorrido su espina dorsal, clavándole donde estaba. El grito de su sangre cayó en silencio.

Gibbon avanzó, negro y extasiado. Con la punta de su cetro, tocó el creciente charco y empezó a trazar meticulosas líneas rojas alrededor de Covenant.

Paralizado, Covenant observaba como el na-Mhoram le encerraba en el triángulo, junto con su sangre.

El cántico se convirtió en palabras que no podía evitar comprender.

«Poder y sangre, y sangre y llama;
Imágenes de Videncia sin nombre;
Verdad tan profunda como Piedra Deleitosa;
Descubriendo el tiempo y la pasión.

«Fuera de aquí el tiempo y el espacio.
Nada va empañar nuestra visión.
La sangre descubre toda mentira;
Conoceremos la verdad, o moriremos».

Cuando Gibbon hubo completado su triángulo, retrocedió unos pasos y levantó su hierro. La llama se encendió tétrica y encarnada, en su extremo.

Y como en un estallido, aparecieron visiones en la mente de Covenant.

No perdió ninguna de sus facultades de autovigilancia. Los fuegos, a su entorno se volvieron más fantásticos y vinculantes; sus brazos se volvieron pesados como ruedas de molino. El canto tenía el ritmo del latido de su corazón. Pero detrás de los muros que veía y las piedras que conocía, otras visiones se perfilaban, estrellándose contra su mente.

Al principio, la visión era un caos impenetrable. Las imágenes sobrepuestas al catafalco de los Caballeros, entraban y salían de su visión tan febrilmente que no comprendía ninguna de ellas. Pero cuando angustiosamente se rindió, dejándolas entrar por el ojo de su vértigo, algunas de ellas, ganaron en claridad.

Como en tres fogonazos, vio a Linden, Sunder y Hollian. Estaban en la prisión, en celdas. Linden se hallaba acostada en su catre, tan pálida como la muerte.

Al instante siguiente, se borraron aquellas imágenes. Con un cambio brusco que le sobresaltó hasta el fondo de su ser, un caos de imágenes se autoenfocó. El Bastón de la Ley apareció entero. Entonces vio lugares: Piedra Deleitosa asediada por los ejércitos del Despreciativo, la guarida del Execrable hundiéndose en el mar, la Laguna Brillante abriendo sus aguas para aceptar el *krill* de Loric. Entonces vio nuevas caras: La difunta Elena en éxtasis y horror, el Amo Superior Mhoram empuñando el *krill* para matar el cuerpo de un Delirante, Vasallodelmar riéndose ante su propia muerte. Y detrás de todo, el Bastón de la Ley. Sobreponiéndose a todo, el Bastón de la Ley. Destruído por una involuntaria deflagración de magia indomeñable cuando la difunta Elena fue forzada a usarla contra el Reino.

Allí, ya arrodillado, como un suicida en un triángulo de sangre, sujeto a la piedra por un dolor de hierro, Covenant vio el Bastón de la Ley. Destruído.

La raíz de todo lo que necesitaba saber.

El Bastón de la Ley había sido creado por Berek Mediamano como un instrumento para mantener la Ley. Habían construido el Bastón a partir de un brazo del Árbol Único, como medio de gobernar la Energía de la Tierra en defensa de la salud del Reino. Y en soporte del orden natural de vida. Y precisamente porque la Energía de la Tierra era la fuerza del misterio y del espíritu, el Bastón se había convertido en lo único que servía a ella. Era la Ley. La Ley estaba encarnada en el Bastón. El instrumento y su objeto eran una sola cosa.

Y el Bastón había sido destruido.

Esta pérdida había debilitado la misma fibra de la Ley. Había sido retirado su soporte, un soporte crucial, y la Ley sucumbió.

De esta semilla crecieron el Sol Ban y el Clave.

Juntos llegaron. Juntos adquirieron dominio sobre el Reino. Y juntos se desarrollaron.

Después de la destrucción de la guarida del Execrable, el Concejo de los Amos había prosperado en Piedra Deleitosa durante siglos. Conducido primero por el Amo Superior Mhoram, y luego por sucesores igualmente dedicados e idealistas, el Concejo había cambiado el curso y el método de su anterior servicio. Mhoram había aprendido que la Ley de las Siete Alas, el conocimiento dejado por Kevin Pierdetierra contenía dentro de sí la posibilidad de corromperse. Temiendo una nueva profanación, había vuelto la espalda a aquella ciencia, tirando el *krill* a la Laguna Brillante y comenzando a buscar nuevas formas de utilizar y servir a la Energía de la Tierra.

Guiado por su decisión, Concejos consecutivos, durante generaciones, la habían utilizado y servido, haciendo verdaderos milagros. El principio de la verdad había sido restablecido. Todos los viejos bosques: Grimmerdhore, el Bosque de Musgo de Morin, la Espesura Acogotante, los Bosques Gigantes, etc., habían medrado en una medida tal que Caerroil Bosqueagreste, el Forestal de la Espesura Acogotante, había creído que su labor había terminado y pasó a mejor vida. Incluso los árboles más tenebrosos habían perdido mucho de su agresividad por el pueblo del Reino. Toda la devastación dejada por la guerra en el Declive del Reino, entre el Monte Trueno y el Coloso de la Cascada, habían visto restaurada su vida. La perversidad de los Yermos Meridionales había disminuido; y mucho se había hecho para aliviar la ruina de las Llanuras Devastadas.

Durante veinte siglos, el Concejo había laborado por la salud del Reino, en paz y prosperidad. Y al final, los Amos empezaron a creer que el Amo Execrable ya nunca más reaparecería, que Covenant lo había expulsado definitivamente del Reino, el Paraíso parecía estar a su alcance. Luego, confiando en la paz de que disfrutaban, miraron atrás, hasta los tiempos del Amo Superior Mhoram y decidieron cambiar sus nombres para marcar el camino de una nueva era. Su Amo Superior, sería llamado, a partir de entonces, el na-Mhoram. Su Concejo, sería llamado Clave. No veían límite en la felicidad que podían lograr. No tenían a nadie que pudiera decirles que sus logros habían sido demasiado fáciles.

Pero el Bastón de la Ley había sido destruido. El Clave prosperó, en parte porque la vieja severidad de la Ley y el sacrificio que comportaba pagar el precio por la felicidad y la belleza de las cosas, se había debilitado; y no tenían consciencia del peligro en que se hallaban.

Al encontrar la tercera Ala, no buscaron más conocimientos. Durante siglos habían crecido ciegos con pérdida de todos los medios del saber, porque el hombre llamado el na-Mhoram, el que había transformado el Concejo en el Clave, era un Delirante. Cuando Covenant derrotó al Despreciativo, reduciéndolo por medio de la magia indomeñable y las burlas, a una pobreza de espíritu tan completa que, al parecer, no le permitiría materializarse nunca más, el Despreciativo a pesar de todo había resistido, no había muerto. Tras la destrucción de su guarida se había escondido en las entrañas de un poder lo suficientemente grande para curarle incluso a él: en la misma Energía de la Tierra.

Y esto fue posible porque el Bastón de la Ley había sido destruido.

La Ley que le había limitado y resistido desde la creación de la Tierra, se había debilitado; y él podía resistirla mientras adquiría nuevas fuerzas, convirtiéndose en un nuevo ser y, mientras tanto, corrompía cuanto le era posible. Cuando logró totalmente sus propósitos la Ley enfermó.

La primera consecuencia de esta enfermedad fue que el trabajo del Concejo se hizo más fácil. Cada agravamiento fortalecía al Amo Execrable, y todo su poderío se ocupaba en incrementar la infección. Poco a poco llegó a manejar la Ley a su antojo.

Los Delirantes compartían su recuperación, y él no actuó abiertamente contra el Reino hasta que *Samadhi* Sheol hubo trazado su camino dentro del Concejo e iniciado su perversión, hasta que varias generaciones de na-Mhoram, cada uno de ellos cuidadosamente dominados por *Samadhi*, hubieran colocado el Clave bajo el dominio del Amo Execrable.

Poco a poco, el Juramento de Paz fue abandonado; poco a poco los ideales del Clave se alteraron. Por tanto cuando el Clave hizo la puerta secreta de su nueva prisión y Aumbrie, tomó por modelo aquello que los Delirantes habían conocido en la Guarida del Execrable. Poco a poco las leyendas del Amo Execrable fueron transformadas en historias de a-Jeroth, para explicar el Sol Ban y ocultar la mano del Amo Execrable que lo había provocado todo.

Trabajando siempre en secreto, de manera que el Clave tuviera en todo tiempo muchos miembros incorruptos, como Memla, que creían las mentiras del Delirante y, por tanto, eran sinceros en su servicio, *Samadhi* Sheol creó un instrumento que puso al servicio del Despreciativo, lo suficientemente maligno para obligar al derramamiento de sangre, lo bastante lógico para ser persuasivo. Sólo entonces permitió el Amo Execrable que su trabajo fuera visto.

El Bastón de la Ley había sido destruido y ahora sus manos llevaban las riendas de la naturaleza. Su cólera contra el Reino fue desatándose por etapas que se remontaron gradualmente a siglos, corrompiendo la Energía de la Tierra con el Sol Ban. Y esto pudo llevarlo a cabo fácilmente porque el Clave había sido concebido para que fuera incapaz de adoptar cualquier defensa eficaz. En realidad fue un medio

usado por *Samadhi* para cometer nuevos ultrajes. El derramamiento de sangre para combatir al Sol Ban solamente lograba hacerlo más fuerte. De esta forma el Amo Execrable logró desarrollar el Sol Ban sin invertir nada de sí mismo.

Mientras veía crecer el charco de sangre alrededor de sus rodillas, Covenant comprendió que todo aquello había sido hecho como preparación de algo, del golpe maestro de la maldad del Execrable: la invocación del oro blanco para el Reino. El Amo Execrable quería la posesión de la magia indomeñable e hizo al Reino lo que había hecho a Joan, para que Covenant no tuviera más remedio que rendirse.

La pérdida del Bastón explicaba por qué la invocación de Covenant había sido tan preparada. En el pasado, tales invocaciones siempre habían sido un acto de Ley, llevadas a cabo por el mantenedor del Bastón. Solamente cuando había estado a punto de morir de inanición o a causa del veneno de una serpiente, y la Ley de la Muerte había sido rota, fue posible su invocación sin el Bastón. Por tanto esta vez el Despreciativo se había visto obligado a grandes trabajos para apoderarse de Covenant. Se necesitaba una localización específica, un dolor específico, un triángulo de sangre, libertad de acción y muerte. Si alguna de estas condiciones hubiera fallado la invocación no habría sido posible y el Amo Execrable hubiera tenido que limitarse a perjudicar al Reino sin esperanza de lograr su objetivo final: la destrucción del Arco del Tiempo. Solamente destruyendo el Arco podría escapar de la prisión del tiempo. Solamente con magia indomeñable podría obtener la libertad y el poder para enfrentarse a la maldición del Creador a través de los cielos infinitos del cosmos.

Pero la invocación no había fallado y Covenant estaba muriéndose. Ahora comprendía porque Gibbon había expulsado a Memla. Si ella hubiera compartido esta visión de la verdad, tal ultraje la hubiera conducido a instigar una revuelta apoyándose en los Caballeros incorruptos, ya que Gibbon también era un Delirante.

Comprendía lo que había ocurrido con el Coloso de la Cascada. Había sido un avatar de los viejos bosques, erigidos en el Declive del Reino como defensa contra los Delirantes; y el Sol Ban había destruido los bosques, desatando la voluntad de la madera que había mantenido aquel monolito de piedra durante milenios.

Comprendió también por qué Caer Caveral había sido conducido a Andelain por la erosión del Bosque de Musgo de Morin, y por qué el último de los forestales fue condenado al fracaso. En sus raíces, el poder del forestal era una expresión de la Ley, de la misma forma que Andelain era la quinta esencia de la Ley; y el Sol Ban era corrupción que Caer Caveral pudo resistir pero no vencer.

Comprendió lo que había ocurrido con los Ranyhyn, los grandes caballos, así como con los hombres del Ra, que los cuidaban. Al percibir la maldad del Sol Ban en sus primeras apariciones, tanto los Ranyhyn como los hombres del Ra habían abandonado el Reino, instalándose al Sur de la costa del Mar Cuna del Sol, en busca de praderas más seguras. Estas cosas se le aparecían en forma de relámpagos, como

chispas de visión a través del foco central de su situación. Pero había cosas que no podía ver: un oscuro espacio donde Caer Caveral había tocado su mente; un borrón que podría haber explicado el objetivo de Vain. Un espacio en blanco que expondría la razón de que Linden hubiera sido escogida. Su sensación de fracaso era total. La ruina del Reino que él amaba; toda la maldad insondable del Sol Ban y el Clave eran producto de sus actos.

No tenía una respuesta lógica de su culpa. El Bastón de la Ley había sido destruido y no había sido él quien lo había hecho. La magia indomeñable había salido de su anillo para salvar su vida; un poder nacido más allá de su voluntad o capacidad de dominarlo había destruido el Bastón, no quedando de él nada excepto sus anillos. Por este acto había merecido morir. La lasitud de la pérdida de sangre parecía condigna y admirable. Su pulso disminuyó, próximo a fallarle definitivamente. El era culpable más allá de cualquier redención y no tenía valor para seguir viviendo.

Pero una voz habló en su mente:

—¡Ur-Amo!

Era una voz sin sonido, un contacto de pensamiento. Venía de Brinn. Nunca había oído un aviso mental del *haruchai*, pero reconoció al que hablaba por la intensidad de la mirada de Brinn. La fuerza de la Videncia hacía posible cosas que no podían ocurrir en otras condiciones.

Incrédulo Thomas Covenant.

Incrédulo, se respondió a sí mismo. Sí. Es culpa mía, es mi responsabilidad. *Debes luchar.* Las imágenes ante él empezaron nuevamente a rodar y mezclarse en un caos.

Responsabilidad. Sí. Sobre mi cabeza. No podía luchar. ¿Cómo podía cualquier hombre resistir la profanación de un mundo?

Pero la culpa estaba en la voz del Clave, en los Caballeros y en el Delirante, que habían cometido tales atrocidades. Brinn forzó sus ataduras como si quisiera romperlas, no aceptando morir. Linden todavía estaba en la prisión, inconsciente o muerta. Y el Reino ¡Oh, el Reino! ¡Iba a morir sin poder ser defendido!

¡Lucha!

En algún lugar de sus profundidades interiores encontró todavía fuerzas para maldecir. ¿Es que no eres más que un leproso? Incluso los leprosos deben evitar rendirse.

Las visiones rodaban en el aire. La luz escarlata se extinguió cuando Gibbon dio por finalizada la Videncia.

¡Alto! El todavía necesitaba respuestas: Cómo luchar contra el Sol Ban, cómo restaurar la Ley, cómo comprender el veneno que había dentro de él, cómo curarlo. Se concentró desesperadamente en las imágenes, tratando de poner en claro todo lo que necesitaba.

Pero no pudo. No pudo ya ver nada más, excepto los profundos cortes de sus muñecas, el fluido de sangre ralentizándose peligrosamente. Los Caballeros retiraron la Videncia de él antes de que pudiera obtener el conocimiento más importante. Estaban reduciendo su poder... No, no lo reducían, lo cambiaban, transformándolo en algo distinto.

En violencia.

Ahora podía sentirlos. Una veintena de voluntades detrás de su cuello mandándole que abandonara toda resistencia, que se quitara el anillo y lo entregara antes de morir. Un tétrico rojo salía de todos sus lados. Cada *ruk* ardía con violencia. Suelta el anillo. Déjalo a tu lado, antes de morir. Sabía que esto no formaba parte de la intención del Amo Execrable. Era cosa de Gibbon. *Samadhi* Sheol quería el oro blanco para él.

¡El anillo!

La voz mental de Brinn apenas era audible.

¡Incrédulo! ¡Nos van a matar a todos!

Todos, pensó desesperadamente. Sesenta y siete *haruchai*. Vain, si es que pueden, Sunder. Hollian, Linden.

El Reino.

¡Suelta el Anillo!

No.

Su negación era silenciosa y débil, como la primera Ala presagiando un *tsunami*.

No iba a permitir tal cosa.

Una furia extravagante, recogida de algún lugar más allá de los bordes de su conciencia, se convirtió en un mar de poder.

Su mente estaba libre ahora de todo, excepto de necesidad y determinación. Sabía que no podía hacer uso de la magia indomeñable para salvarse a sí mismo. Necesitaba un detonador. Pero los Caballeros mantenían el poder a su espalda, fuera de su alcance. Al mismo tiempo, su necesidad era absoluta. Cortar sus muñecas era una manera lenta de matarle, y así sucedería si no lograba detener la hemorragia y defenderse.

No quería morir. Brinn le había devuelto a sí mismo. Era algo más que un leproso. No había ruindad que pudiera forzarle a aferrarse a su condena. No. Había otras respuestas a su culpa. Si no podía encontrarlas, las crearía a partir de la primera materia de su ser.

Iba a luchar.

Ahora.

El *tsunami* estalló. La cólera erupcionó en él como la locura del veneno.

El fuego y la ira consumían su dolor. El triángulo y la voluntad del Clave se hicieron pedazos.

Un viento de pasión empezó a soplar a través de su cuerpo. La flama indomeñable salió con estrépito de su anillo.

El blanco brilló en su puño derecho. Una aguda incandescencia cubría su mano como si la misma carne fuera poder. La conflagración estalló en el rojo ambiente.

El pánico cundió en el Clave. Los Caballeros gritaban en un mar de confusiones. Gibbon gritaba órdenes.

Por un momento, Covenant se quedó donde estaba. Su anillo ardía como una antorcha blanca entre los rojos *rukhs*. Deliberadamente condujo el poder a su muñeca derecha, dominando el fuego a su voluntad. El derrame de su sangre se detuvo, cerrándose la herida del cuchillo. Una chispa de ira había secado y cicatrizado el corte. Luego dirigió la magia a su muñeca izquierda.

Su concentración dio tiempo a Gibbon para organizar la defensa. Covenant podía sentir a los Caballeros moviéndose a su alrededor, con el Fuego Bánico en sus *rukhs*; pero no les hizo caso. El veneno que había allí no le afectaba. Cuando sus muñecas hubieron cicatrizado, se levantó y se mantuvo erguido como un hombre que no hubiera perdido ni una gota de sangre ni pudiera ser tocado.

Su fuerza hacía tambalear la atmósfera de la sala. Salía de todo su cuerpo como si sus mismos huesos lanzaran el fuego.

Gibbon se encontraba delante de él. El Delirante empuñaba un cetro tan rebosante de calor y poder que el hierro chillaba. Un rayo de maldad roja rozó el corazón de Covenant.

Covenant lo apagó con un encogimiento de hombros.

Uno de los Caballeros lanzó un fulgurante *rukh* contra su espalda.

La magia indomeñable evaporó el metal a medio vuelo.

Luego, el furor de Covenant se convirtió en éxtasis, salvaje y sin freno. En un instante de furia que sacudió a Piedra Deleitosa hasta sus cimientos, la magia indomeñable estalló.

Los Caballeros gritaban y caían por todas partes. Las puertas saltaron de sus bastidores. El aire producía un ruido como el de la carne al freírse.

Gibbon gritaba órdenes que Covenant no podía oír. Luego lanzó un arco esmeralda a través del patio que luego desapareció.

Bajo la fuerza que se desataba, el suelo empezó a brillar como un magma de plata.

En algún lugar, entre el maremagnum de la Videncia, oyó reír al Amo Execrable.

Aquel sonido sólo avivó su furia.

Cuando miró a su alrededor, había cuerpos tendidos por todas partes. Solamente un Caballero quedaba en pie. La capucha del hombre había sido echada hacia atrás, revelando facciones contorsionadas y ojos asustados.

Instintivamente, Covenant adivinó que aquel era Santonin.

En sus manos sostenía un trozo de piedra que desprendía un vapor como si fuera hielo verde; la tenía presionada contra su *rukhs*. Una violenta expansión de fuego esmeralda salió de ella.

La piedra Illearth.

Covenant no tenía límites. No tenía control. Una ola de fuerza lanzó a Santonin contra la pared más lejana, abrasando sus vestiduras, que quedaron reducidas a cenizas, ennegreciendo sus huesos.

La piedra quedó libre y rodó como un corazón enfermo, latiendo en el brillante suelo.

Alcanzándola con llamas, Covenant atrajo la piedra hacia él. La encerró en su mediamano. Vasallodelmar había muerto para que la piedra Illearth fuera destruida.

¡Destruída!

Una explosión silenciosa conmocionó el antro; un verde grito devorado por la plata. La piedra se extinguió en vapor y furia.

Con un tremendo estruendo, el suelo se agrietó de pared a pared.

—¡Incrédulo!

Apenas podía oír a Brinn.

—¡Ur-Amo!

Covenant se volvió y, a través del fuego, vio al *haruchai*.

—¡Los prisioneros! —exclamó Brinn—. ¡El Clave retiene a tus amigos! ¡Van a quitarles sus vidas para fortalecer el Fuego Bánico!

El grito penetró en el loco arrebatamiento de Covenant. El asintió. Con un leve esfuerzo de su cerebro, rompió las cadenas de Brinn.

En seguida Brinn saltó del catafalco y salió de la sala.

Covenant le siguió con la flama.

Al final del recinto, el *haruchai* se lanzó contra tres Caballeros. Sus *rukhs* ardieron. Covenant arrojó plata hacia ellos, reduciéndolos a escoria.

El y Brinn se apresuraron a huir, atravesando los pasillos de Piedra Deleitosa.

Brinn abría la marcha; sabía cómo encontrar la puerta escondida que daba a la cárcel. Al cabo de poco él y Covenant llegaron a la entrada que habían construido los Delirantes. Covenant invocó fuego para echarla abajo; pero antes de que pudiera dar el golpe, Brinn encontró el punto clave en el bastidor invisible. Iluminado en trazos rojos, el portal se abrió.

Cinco Caballeros acechaban dentro del túnel. Estaban preparados para luchar; pero Brinn se lanzó contra ellos. En su primera carga falló. Pero luego, en un instante, derribó a dos de ellos. Covenant apartó los otros tres a un lado y siguió a Brinn, corriendo hacia la prisión.

La mazmorra no tenía otros defensores. El Clave no había dispuesto de tiempo para destinar más Caballeros, a aquel lugar, y si Gibbon estaba todavía vivo, era

presumible que se dedicara a reunir a sus fuerzas, no a arriesgarse a más pérdidas en deterioro del Clave. Brinn y Covenant entraron en el recinto de los calabozos y lo encontraron vacío, Brinn inmediatamente saltó a la puerta más próxima y empezó a descerrar los cerrojos; pero Covenant estaba lleno de poder; magia indomeñable que pedía ser manifestada. Apartando a Brinn, desencadenó una explosión que hizo temblar el mismo granito de Piedra Deleitosa. Con un enorme chirrido del metal, todas las puertas de las celdas saltaron de sus bastidores, que al precipitarse al suelo, tañeron como campanas perversas. En seguida aparecieron veintenas de *haruchai* dispuestos a luchar. Diez de ellos corrieron a defender la entrada del túnel. El resto se distribuyeron entre otras celdas, buscando más prisioneros.

Ocho o nueve personas del Reino, pedrarians y fustarians, aparecieron como si hubieran sido deslumbrados por el milagro de su indulto. Vain abandonó su celda lentamente. Cuando vio el fuego apasionado de Covenant, en su cara se dibujó una negra sonrisa burlona, la sonrisa de un hombre que conocía lo que Covenant estaba haciendo. La sonrisa de un demonio.

Dos *haruchai* sostenían a Sunder. El Gravanélico tenía una marca alrededor del cuello, como si hubiera sido rescatado de una horca, y parecía estar muy débil. Se quedó mirando a Covenant.

Hollian salió de su celda, pálida y asustada. Sus ojos se apartaron de Covenant como si temiera reconocerle. Cuando vio a Sunder corrió hacia él y se lanzó a sus brazos.

Covenant se quedó quieto, esperando a Linden. Vain sonreía, recordando el sonido de la risa del Amo Execrable.

Luego Brinn y otro *haruchai* sacaron a Linden. Su cuerpo estaba como abandonado en sus brazos, muerta o inconsciente, en un sopor más profundo que cualquier sueño.

Covenant al verla, lanzó un grito que arrancó pedazos del suelo, pulverizándolos hasta que el aire quedó lleno de polvo. No pudo detenerse hasta que Brinn le gritó que estaba viva.

Tercera parte

EL PROPÓSITO

VEINTE. La pesquisa

Abandonó la prisión y abandonó a sus compañeros porque no podía soportar la contemplación de las impenetrables pesadillas escritas en el semblante de Linden. Ella no tenía miedo de su leprosidad. Ella le había soportado en cada crisis. Éste era el resultado. Nadie podía reanimarla. Estaba sumida en un extraño sopor y padecía angustiosos sueños.

Subió a la meseta porque necesitaba recobrar de alguna manera su esperanza.

Ya la fiereza de su poder había empezado a volverse contra él. La sonrisa de Vain le obsesionaba como un eco de horror y de escarnio. Su rescate de Fustaria Poderdepiedra no era diferente de esto. ¿Cuánta gente había matado? No tenía control sobre su poder. El poder y el veneno lo controlaban a él.

Sin embargo, no abandonó la magia indomeñable. Piedra Deleitosa estaba todavía llena de Caballeros. Los vio cruzando los extremos de los largos pasillos, preparándose para defenderse o contraatacar. No tenía los suficientes ánimos para mantenerse sin el fuego de su anillo; una vez desposeído de su poder, carecería de toda autoprotección. Tendría que confiar en los *haruchai* para salvarse y salvar a sus amigos. Este pensamiento era amargo para él. El pueblo de Bannor había pagado tan altos precios en su nombre. ¿Cómo podía permitirles que nuevamente le sirvieran?

¿A cuánta gente había matado? Desprendiendo llamas como lágrimas, subió los distintos niveles de Piedra Deleitosa hacia la meseta superior. Y Brinn caminaba a su lado como si el *haruchai* se hubiera comprometido ya en su servicio. En algún lugar había encontrado una manta que ahora estaba sobre sus hombros. El Incrédulo se la colocó bien, apenas sin darse cuenta. Le ayudaba a protegerse contra el choque de la pérdida de sangre.

Covenant necesitaba esperanzas. Había obtenido mucho de la Videncia; pero aquellas visiones palidecían ante el impacto que le produjo la situación de Linden, palidecía ante su propia abominación de cuanto había hecho. No sabía que fuera capaz de causar tal carnicería. No podía enfrentarse a las exigencias de sus nuevos conocimientos sin alguna clase de esperanzas.

No sabía hacia que otro lugar dirigirse a excepción de la Laguna Brillante. Hacia la Energía de la Tierra que todavía permanecía allí tan vital como para mantener la laguna llena de agua, incluso cuando el Reino estaba bajo el dominio del Sol Desértico. Hacia el objeto que descansaba en las profundidades del lago.

El *krill* de Loric.

No lo quería porque era un arma. Lo quería porque era una alternativa, un instrumento de poder que podía resultar lo suficiente manejable para evitar el tener que confiar nuevamente en su anillo.

Y también lo quería porque la sonrisa de Vain todavía le daba vueltas en la

cabeza. En aquella sonrisa había visto a los creadores de Vain. Los seres ruines y crueles que recordaba. Seguro que habían mentido a Vasallodelmar. La misión de Vain no podía ser deseable. Era el propósito del Diablo. Covenant había visto a Vain matar, se había visto a sí mismo matando y conocía la verdad.

Y Loric, que era el padre de Kevin, había sido llamado Acallaviles. Había construido el *krill* para oponerse a las barbaridades de los antepasados de Vain. Tal vez el *krill* podría dar una respuesta sobre Vain.

Aquello también representaba una esperanza. Covenant necesitaba esperanzas. Cuando llegó a la plataforma abierta de la meseta, el brillo de su poder hacía la noche tan negra y horrenda como la obsidiana carne de Vain.

Nadie había podido reanimar a Linden. Había sido cazada en la red de una pesadilla maligna y no podía luchar para liberarse. ¿Qué clase de ser malvado había practicado con ella?

¿Y cuánta gente había muerto? El, que había jurado no volver a matar nunca más y no había mantenido aquel juramento. ¿Cuántos?

Su propio fuego le cegaba; no podía ver ninguna estrella. Los cielos se abrían sobre él como la condena de un leproso. ¿Cómo podía un hombre que careciera de la más elemental sensibilidad humana esperar controlar la magia indomeñable? *La magia indomeñable que destruye la paz*. Se sentía entumecido y lleno de veneno, impotente para ayudarse a sí mismo.

Envuelto en plata como una nueva encarnación del Sol Ban, atravesó las colinas hacia la Laguna Brillante. El pequeño lago estaba escondido en el terreno; pero conocía el camino.

Brinn le acompañaba, sin hablar. El *haruchai* parecía contento de ayudar a Covenant, fuera lo que fuera lo que intentara. De esta misma manera, la Escolta de Sangre había disfrutado sirviendo a los Amos. Su aceptación les había costado dos mil años sin amor, sueño o muerte. Y les había costado sobre todo aceptar la corrupción; al igual que Vasallodelmar, Bannor había sido forzado a contemplar como su pueblo se convertía en lo que ellos odiaban. Covenant no sabía qué hacer ante la tácita oferta de Brinn. ¿Cómo podía arriesgarse a que se repitiera el desastre de la Escolta de Sangre? Pero él estaba necesitado y no sabía cómo rehusar su ayuda.

Luego la vio. La Laguna anidada entre las Colinas. Su inmaculada superficie reflejaba su plata entre la negra noche, de forma que el agua parecía una mies de magia indomeñable a punto de ser arrasada por el oscuro vitriolo de los ur-viles. Avidéz blanca que sólo hacía sonreír a Vain. Pero el poder de Covenant ya estaba decayendo. Había perdido mucha sangre. La reacción de lo que había hecho era demasiado fuerte. Avanzó pesadamente, con las articulaciones casi rígidas, descendiendo al borde del agua, y allí se quedó, temblando, en la orilla de la Laguna Brillante, luchando para permanecer en la magia un poco más.

El agua, ante él reflejaba el fuego y la oscuridad. Una vez se habían bañado en aquella laguna. Pero hora estaba demasiado ocupado en hallar el último vestigio de energía de la Tierra. No sabía cuál era la profundidad del estanque. El Amo Superior Mhoram había tirado allí el *krill* en un acto de fe en el futuro del Reino. Seguramente había creído que no estaría al alcance de nadie. Covenant nunca sería capaz de bucear hasta tal profundidad. Y no podía pedir a Brinn que lo hiciera. Las implicaciones del compañerismo de Brinn ayudaron a su desaliento; no podía forzarse a sí mismo a pronunciarse en favor de una activa aceptación del servicio de Brinn. El *krill* parecía tan inalcanzable como si nunca hubiera existido. Tal vez nada de lo que le rodeaba había existido jamás. Tal vez se le había provocado aquel delirio y la sonrisa de Vain era la expresión de su demencia. Tal vez estaba ya muerto con un cuchillo en el pecho, experimentando el infierno que su leprosidad había creado para él.

Pero pasada la medianoche, cuando escudriñaba las aguas con el fulgor plateado, vio un débil eco en las profundidades: el *krill*. El respondió a su poder tal como había respondido al ser despertado por primera vez. Su anterior despliegue había conducido inevitablemente al fin de Elena y a la ruptura de la Ley de la Muerte. Por un momento, sintió temor de lo afilado de sus bordes y del peso de culpabilidad que ello implicaba. Había amado a Elena, pero la magia indomeñable era peor. El veneno era peor. No podía controlarlo.

—¿Cuántos...? —Su voz cortó el silencio—. ¿A cuántos de ellos he matado?

Brinn respondió desapasionadamente:

—Una veintena y uno, ur-Amo.

—¿Veintiuno? ¡Oh, Dios Mío!

Por un instante pensó que las fibras de su alma iban a desgarrarse y debían desgarrarse. Pensó que sus articulaciones se romperían en dos. Pero luego, un enorme golpe de poder surgió de su pecho y la flama blanca se elevó a los cielos.

La concusión fue repetida por la Laguna Brillante. De repente se encendió toda la superficie del lago. La llama empezó a girar con un remolino que había formado el agua y del centro del remolino salió un claro rayo blanco en respuesta a su llamada.

El *krill* se puso al alcance de la vista; brillante e inmaculado, en el corazón del lago; una larga espada de doble filo con una gema translúcida incrustada en la cruz de su recazo con la empuñadura. La luz procedía de su gema, reiterando el fuego de Covenant como si la joya y su anillo fueran hermanos. La noche quedaba atrás con su irradiación, con su poder y con las altas llamas de la laguna.

Todavía el *krill* estaba más allá de su alcance; pero él no vaciló ahora. El remolino del agua y las llamas que giraban con él le hablaron de cosas que comprendió: Vértigo y paradoja: el ojo de estabilidad en el corazón de la contradicción. Abriendo sus brazos al fuego, avanzó hacia dentro del lago.

La Energía de la Tierra le sostenían. La conflagración que había contestado a su

propia conflagración le rodeó y soportó su peso. Flotando como una llama de sombra a través de la plateada superficie, caminó hacia el centro de la laguna. En su debilidad, sintió que el fuego iba a sacarle de sí mismo, reducirlo a motas de mortalidad y lanzarlo al vacío espacio. El *krill* parecía más tangible que su propia carne; el hierro más lleno de significado que sus rendidos huesos, cuando se detuvo y lo cogió con sus manos, formando un arco brillante en la noche. Covenant apretó el *krill* contra su pecho y volvió junto a Brinn. Ahora la fatiga había terminado con él. Ya no podía mantener por más tiempo su poder de encendido. Los dedos de su voluntad soltaron su agarre y desapareció. En seguida las llamas de la Laguna Brillante empezaron a apagarse.

Pero todavía el lago le sostenía. La Energía de la Tierra le hizo este regalo al igual que una vez él había regalado la desesperación de Berek Mediamano en la vertiente del Monte Trueno. Las aguas le sostuvieron y no le abandonaron hasta que llegó a la orilla, ya en la oscuridad.

El estaba en la noche y la noche dentro de él. Sus ojos no distinguían nada excepto la oscuridad, como si hubieran sido sacados de su cabeza. Incluso el brillo de la gema parecía estar apagado. Desposeído ahora del poder, ya no podía ni sostener el *krill*. Era caliente para sus manos, lo suficiente para molestar los nervios que aún vivían. Lo dejó caer al suelo, donde brillaba como la última pieza de luz en el Mundo. Calladamente, se arrodilló a su lado, dando la espalda a la laguna, como si hubiera sido humillado. Se sentía solo en el Reino y en malas relaciones consigo mismo. Pero no estaba solo. Brinn cortó un trozo de su túnica, una vestidura hecha de un material ocre que parecía terciopelo, y envolvió el *krill* de forma que pudiera cogerse. Por un momento, tocó la espalda de Covenant gentilmente; luego dijo con voz tranquila:

—Ur-Amo. Ven. El Clave tratará de dar con nosotros. Debemos irnos.

Cuando el *krill* se apagó definitivamente, la oscuridad fue completa. Era un bálsamo para Covenant, un alivio para la pesadumbre del poder. Pero sabía que Brinn decía la verdad. Sí, él respiraba. Debemos irnos. Ayúdame.

Levantó la cabeza y pudo ver las estrellas. Brillaban como si solamente su propia belleza pudiera consolarlo de su soledad. La Luna se estaba levantando. Era casi llena.

En silencio y a la luz de la Luna, Covenant se puso en pie y empezó a llevar su cansancio de vuelta a Piedra Deleitosa.

Después de dar unos pocos pasos, aceptó la carga del *krill* de Brinn y lo guardó debajo de su correa. Todavía estaba caliente y representaba para él un alivio contra la abominación de sí mismo que se nudaba en su estómago.

Cansado y tambaleándose, avanzaba sin saber cómo podría llegar hasta Piedra Deleitosa. Pero Brinn le ayudaba. Le sostenía cuando lo necesitaba y lo dejaba solo cuando podía valerse por sí mismo. Pasó un rato como la secuencia de un delirio y

llegaron al promontorio y a la boca de la fortaleza del na-Mhoram.

Uno de los *haruchai* les aguardaba fuera del túnel que conducía a Piedra Deleitosa. Covenant se detuvo y el *haruchai* se inclinó. Luego Brinn dijo:

—Ur-Amo, éste es Ceer.

—Ur-Amo —dijo Ceer.

Covenant parpadeó ante él pero no pudo decir nada. Parecía que no le quedaban palabras.

Sin expresión, Ceer extendió una bolsa de cuero hacia él. El la aceptó. Cuando desató la bolsa, reconoció el olor a *metheglin*. En seguida empezó a beber. Su cuerpo deshidratado tenía una necesidad desesperada de líquido. No bajó la bolsa hasta que estuvo vacía.

—Ur-Amo —dijo Ceer, luego—, el Clave busca en el Fuego Bánico. Nosotros los sorprendimos y ellos no reaccionan; pero ahora tienen un gran poder en las manos, y cuatro *haruchai*, han sido sacrificados. Hemos sacado a todos los prisioneros de Piedra Deleitosa. Los protegemos lo mejor que nos es posible. Sin embargo, no están seguros. El Clave tiene fuerza para mandar en nuestras mentes, si quieren hacerlo. Lo sabemos por experiencia. Debemos huir.

Sí, dijo Covenant en su interior. Huir lo sé. Pero cuando habló, la única palabra que pudo encontrar fue:

—¿Y Linden?

Sin modular la voz, Ceer respondió:

—Ha despertado.

Covenant no se dio cuenta de que se había caído hasta que se encontró suspendido de los brazos de Brinn. No podía forzar sus piernas para enderezarlas, pero el *metheglin* le ayudó. Poco a poco vio que podía soportar nuevamente su peso y pronto estaba nuevamente en pie.

—¿Cómo...?

—Ur-Amo, nos hemos esforzado en despertarla —la supresión del argot de su lengua nativa para hablar en el lenguaje de Covenant hacía que las frases de Ceer sonaran completamente diferentes—. Pero estaba como muerta, y no quería ser socorrida. La sacamos de la fortaleza sin saber qué más podíamos hacer, pero tu compañero negro... —Ceer hizo una pausa, preguntando por el nombre.

—Vain —respondió Covenant, casi topando con el recuerdo de aquella sonrisa—. Es un ur-vile.

Una ligera contracción de sus cejas expresó la sorpresa de Ceer, pero no se pronunció acerca de sus pensamientos.

—Vain —resumió—, estuvo indiferente durante un tiempo. Pero luego, de pronto, se acercó a Linden Avery, la Escogida —Covenant supuso que el *haruchai* había ya hablado con Sunder y Hollian—. No sabiendo nada de él quisimos impedirlo, pero

nos apartó a un lado, como si no fuéramos lo que somos, colocó su mano por encima de ella y la despertó.

Un gruñido de incompreensión y temor salió de la garganta de Covenant pero Ceer prosiguió:

«Al despertar empezó a gritar y quería huir. Ella no nos conocía. Pero los pedrarianos, tus compañeros, la calmaron. Y aún —una ligera pausa delató la incertidumbre de Ceer—, Vain no había terminado. Ur-Amo, se inclinó ante ella... él, que es desatento con los *haruchai* y es sordo a todas palabras. Colocó su frente sobre sus pies.

»Esto la asustó —prosiguió Ceer—. Retrocedió, refugiándose en los brazos de los pedrarianos. Tampoco ellos conocían a ese Vain. Pero los pedrarianos estaban dispuestos a defenderla si era necesario. Luego se levantó y allí está todavía, indiferente a todo, como un hombre cazado en la violencia del Clave. No parece consciente de la Escogida ni de cualquier hombre o mujer. Ceer no tuvo necesidad de expresar su pensamiento. Covenant pudo leerlo en sus llanos ojos.

No confiamos en ese Vain.

Pero Covenant dejó de lado la cuestión de Vain. El *krill* le calentaba el vientre; y no tenía fuerza para distracciones. El camino estaba claro ante él y lo había estado desde que había absorbido el significado de la Videncia, y Linden había despertado. Había sido restaurada para él. Seguramente ahora podría aguantar el tiempo necesario para poner sus planes en acción.

Y aún se tomó su tiempo para una pregunta más:

—¿Cómo se encuentra?

Ceer se encogió de hombros ligeramente.

—Ha conocido la cara de la corrupción, pero habla claramente a los pedrarianos —después de una pausa, añadió—: Es tu compañera. Nos has redimido de la abominación. Mientras vivamos, ella y todos tus compañeros, no sufriréis más daños —luego, mirando hacia Brinn, dijo—: Pero nos ha advertido de la existencia de un Delirante. Ur-Amo, lo cierto es que debemos huir.

Un Delirante, pensó Covenant. Claro. Gibbon.

¿Qué le habrá hecho a ella?

La pesadilla sobre su cara estaba todavía viva. ¿Qué le habrá hecho ese bastardo?

Sin decir una palabra, se enderezó y empezó a avanzar con pesadez, bajando por el túnel hacia Piedra Deleitosa.

El camino era largo, pero el *metheglin* y la oscuridad le mantenían activo. La sonrisa de Vain le sostenía. ¿El Demondim la había despertado? ¿Se había arrodillado ante ella? Los ur-viles debieron mentirle a Vasallodelmar. *El rhysh* de Amako debió estar equivocado o estropeado. ¿Se habría inclinado Vain ante el efecto que Gibbon hubiera podido ejercer sobre ella?

¿Qué le habrá hecho ese bastardo?

Si Covenant había dudado alguna vez de su objetivo o de sí mismo, ahora estaba seguro. No había Clave ni instancia o imposibilidad que pudiera interponerse a su camino. Bajó a la ciudad, encerrando un juramento, a través de los *haruchai* que hacían guardia y vigilaban a los Caballeros, atravesando los portales y el pasadizo bajo la Torre Vigía. Ya había matado a veintiuna personas; sintió que, para sí, ya no tenía nada que temer. Su temor era por sus compañeros y su juramento era contra el Despreciativo. Su objetivo estaba claro.

Mientras pasaba por el túnel, una veintena de *haruchai* se reunieron a su alrededor como una guardia de honor. Llevaban suministros que habían recogido en Piedra Deleitosa para la huida de los prisioneros. Con ellos atravesó las destruidas puertas exteriores, introduciéndose en la noche.

Debajo, en la rocosa falda de la colina inferior ardía un gran fuego. Nítido contra la espesa jungla que se extendía más allá, flameaba con fuerte crepitación, luchando contra la leña mojada con que los *haruchai* lo alimentaban. Su luz amarilla iluminaba a todos los prisioneros defendiéndolos de la oscuridad.

Pudo ver a un grupo de pedrarianos y fustarianos mezclados entre sí, cerca del fuego. Los *haruchai* se movían alrededor de la zona preparando provisiones, recogiendo más leña de la jungla y vigilando. Vain permaneció inmóvil entre ellos. Sunder, Hollian y Linden estaban sentados juntos como consolándose unos a otros.

Covenant sólo tenía ojos para Linden. Ella estaba de espaldas a él. Apenas se dio cuenta de que todo el pueblo de Brinn se había vuelto hacia él, poniendo una rodilla en el suelo, como si su llegada hubiera sido anunciada con trompetas silenciosas. Con la oscura ciudadela recortándose tras él, se dirigió directamente hacia la espalda de Linden como si quisiera caer a sus pies. Sunder lo vio y avisó rápidamente a Linden y a Hollian. Los pedrarianos se levantaron de un salto para ver a Covenant, como si él portara la vida y la muerte. Más lentamente, Linden también se levantó. No pudo ver nada, excepto dolor en las ahumadas líneas de su semblante, pero sus ojos le reconocieron. Un temblor recorrió su cuerpo. El no podía detenerse. Se lanzó hacia ella y la rodeó con sus brazos, escondiendo la cara en su pelo.

Los *haruchai* volvieron a sus tareas.

Por un momento, ella le devolvió el abrazo como si estuviera agradecida por ello. Luego, súbitamente se endureció. Su esbelto y maltratado cuerpo se convirtió en algo incómodo a sus brazos. El trató de hablar pero no pudo. No podía deshacer los nudos de su garganta. Ella trató de deshacerse de él, y él la soltó; pero todavía no pudo hablar.

Linden no le miró a los ojos. Su mirada vagó unos momentos por su imagen, deteniéndose en el viejo corte que tenía en el centro de su camisa.

—Tú estás enfermo.

¿Enfermo? Momentáneamente, él no comprendió nada.

—Linden...

—Enfermo —su voz brotaba como sangre de sus labios—. Enfermo. —Moviéndose como si estuviera aturdida por aversión o pesar se volvió, dándole la espalda. Se hundió en el suelo, se cubrió la cara con las manos y empezó a balancearse adelante y atrás. El pudo oír que iba murmurando:

—Enfermo. Enfermo.

Su lepra.

La imagen casi le extirpó su último esfuerzo. De haber contado con su voz, le hubiera preguntado: ¿Qué te ha hecho ese bastardo? El había llegado demasiado lejos y tenía demasiadas responsabilidades. La presión del *krill* le sostenía. Cerrándose como si tampoco él pudiera ser tocado, miró a Sunder y Hollian, que parecían desconcertados ante la reacción de Linden.

—Ur-Amo, —empezó Sunder, tentativamente. Luego, cayó en el silencio. La herida que tenía alrededor del cuello parecía dolorosa; pero él no le prestaba atención. Viejas arrugas bifurcaban en su frente como si hubiera sido cogido entre odio y temor, camaradería y espanto, queriendo que fuera Covenant quien lo clarificara por él. Sus mandíbulas mascaban palabras que no sabía cómo pronunciar.

—Ur-Amo —dijo Hollian por él—. Ha sido seriamente dañada de alguna forma. No sé cómo, ya que Gibbon na-Mhoram le dijo: «A ti no debo hacerte daño». Sin embargo, una angustia la atormenta.

Sus pálidas facciones pedían a Covenant qué perdonara a Linden.

Covenant no sabía de dónde había sacado el valor la eh-Estigmatizada. Ya no era una muchacha y los peligros parecían aterrarla. Sin embargo tenía recursos. Era una paradoja de pánico y valor; ella había hablado cuando Sunder no pudo hacerlo.

—Has vuelto a comprar nuestras vidas al na-Mhoram —prosiguió ella—, a qué precio no lo sé. No puedo saberlo. No sé cómo considerar el enorme poder que tienes, pero he sentido la violencia de los Caballeros y he sufrido el encarcelamiento del Clave. Te doy las gracias de todo corazón. Y ruego para tener la oportunidad de servirte.

¿Servirme? —gruñó Covenant. ¿Cómo puedo permitir que me sirvas a mí? Tú no sabes lo que voy a hacer. Y sin embargo no podía rehusarla. De alguna forma, su esfuerzo por necesidad y convicción, había hecho que aceptara ya el servicio del *haruchai*, aunque el clamor de ellos sobre su indulgencia era cuarenta siglos más viejo que el de ella. Poniéndose rígido, porque sabía que si se inclinaba se rompería, formuló la única pregunta que pudo articular en la pobreza de sus recursos.

—¿Estás bien?

Ella miró a Sunder y a su cuello. Cuando él asintió, ella respondió:

—No es nada. Un poco de hambre y miedo. Ya estamos acostumbrados a estas

cosas. Y —continuó en tono más fuerte—, hemos sido bendecidos con algo más que nuestras vidas. Los *haruchai* son capaces de hacer milagros —con un gesto, señaló a tres individuos entre la gente de Brinn que estaban por allí cerca—. Ur-Amo, estos son Cail, Stell y Harn —los tres se inclinaron hacia Covenant—. Cuando fuimos sacados de la prisión, estuve contenta por salvar mi vida; pero los *haruchai* no estaban contentos —metiendo la mano entre los pliegues de su túnica, sacó su cuchillo y el *liantar*— Escudriñaron por toda Piedra Deleitosa y lograron recuperarlo para mi. También recuperaron la Piedra del Sol de Sunder y su puñal. —Sunder asintió. Covenant se extrañó de la nueva intimidad que permitía a Hollian hablar por Sunder. ¿Cuántas calamidades habrían pasado juntos?— ¿Cómo es posible que el Reino haya olvidado a los *haruchai*?

—Vosotros no sabéis nada de nosotros —respondió el que se llamaba Harn—. Ni nosotros sabemos nada de vosotros. No se nos hubiera ocurrido buscar vuestras pertenencias de no haber sido Memla na-Mhoram-in quien nos dijo que os habían sido sustraídas.

Memla, pensó Covenant. Otra pieza de su objetivo le vino a la memoria.

—Brinn. —La noche parecía amontonarse a su alrededor. Sunder y Hollian habían desaparecido de su vista—. Encuéntrala. Dile lo que necesitamos.

—¿Qué la encuentre? —preguntó Brinn, algo distante—. ¿Qué es lo que necesitamos?

Hasta que hubo comprendido la pregunta, Covenant no se dio cuenta de que estaba perdiendo la consciencia. Había perdido demasiada sangre. La oscuridad que lo rodeaba empezaba a producirle vértigo. Aunque anhelaba desmayarse, hizo un gran esfuerzo hasta que logró nuevamente levantar la cabeza, volviendo a abrir los ojos.

—Memla —dijo en voz alta—. Dile que necesitamos corceles.

—Sí, ur-Amo.

Brinn no se movió; pero dos de los tres *haruchai* se apartaron del fuego y marcharon en dirección a la Torre Vigía.

Alguien puso un tazón de *metheglin* en las manos de Covenant. El se lo tomó y, mientras trataba de hallar alguna imagen clara en su visión, se encontró mirando a Vain.

El Demondim estaba con su brazos ligeramente curvados, como si se dispusiera a realizar algo imprevisto. Sus negros ojos miraban a la nada; aquella mueca de vampiro se había ido de sus negros labios. Pero aún llevaba los anillos del Bastón de la Ley, uno en la muñeca derecha y el otro en el tobillo izquierdo. Las quemaduras que había recibido hacía dos noches ya estaban cicatrizadas.

Como un hombre atrapado en la violencia. ¿Era eso? ¿Era el Clave responsable de Vain? ¿Los ur-viles sirviendo al Clave? ¿Hasta dónde había llegado la mendacidad

del na-Mhoram? La negrura de Vain reflejaba la noche. ¿Cómo había reavivado a Linden? ¿Y por qué? Covenant quería desatar su ira contra el Demondim, pero él mismo había matado, sin control y sin disgusto. Carecía de rectitud para desenmascarar los intentos de Vain. Ya había demasiada sangre sobre su cabeza. Y no la suficiente en sus venas. Estaba desfalleciendo. La iluminación del fuego parecía encogerse. Disponía de tan poco tiempo...

Escucha, empezó a decir. Esto es lo que vamos a hacer. Pero su voz no tenía sonido.

Su mano buscó el hombro de Brinn. Ayúdame. Tengo que apoyarme. Un poco más.

Covenant.

La voz de Linden tiró de él, y le hizo recuperar la visión. Estaba delante de él. De alguna forma, ella se había esforzado para salir de su laberinto interior. Sus ojos le buscaban.

—Creí ver...

Luego se fijó en su descuidada barba como si hubiera sido el motivo de no haberla identificado antes. Después, su mirada encontró las gruesas cicatrices rojas de sus muñecas. Un agudo sonido sonó al aspirar entre los dientes.

En seguida lo cogió por los brazos y acercó sus muñecas a la luz.

—Estaba en lo cierto. Has perdido sangre. Mucha sangre —su práctica médica renació en ella. Le estudió, examinando su estado con los ojos y con las manos—. Necesitas una transfusión.

En el momento siguiente se dio cuenta de lo recientes que eran las heridas. Su mirada saltó a la cara de Covenant.

—¿Qué es lo que te han hecho?

De momento, él no pudo responder. La Videncia era demasiado complicada; se sintió incapaz de dar la respuesta que ella le pedía.

Pero Linden interpretó mal su silencio. Su semblante rebosaba abominación.

—¿Es que has...?

La aprensión de Linden le sacó de su parálisis.

—No. Eso no. Ellos me lo han hecho. Me pondré bien.

El alivio suavizó las facciones de Linden. Pero sus ojos no se apartaban de la cara de Covenant. Se esforzaba buscando palabras como si el conflicto de sus emociones bloquearan su garganta. Finalmente dijo con voz ronca:

—Te oí gritar. Casi quedamos libres —su fija mirada se salió de su objetivo, volviéndose hacia adentro—. Hubo unos momentos en que hubiera dado mi alma por oírte gritar de nuevo. —Pero los recuerdos la hicieron huir nuevamente de sí misma—. Dime —empezó, luchando para recobrar su austeridad, como si fuera algo esencial para ella—. Dime que te ha pasado.

El movió la cabeza.

—Estoy bien —¿qué más podía decir?— Gibbon quería sangre y no vi la manera de negarme.

El sabía que debía explicarlo todo, que todos sus compañeros necesitaban saber los conocimientos que adquirió en la Videncia, pero no tenía fuerza.

Para ahorrarle a Covenant el trabajo de explicarse, Brinn dijo con sencillez:

—La vida del ur-Amo fue confiscada en la Videncia. Pero con magia indomeñable, se curó a sí mismo.

Al oír esto las pupilas de Linden se oscurecieron. Sus labios decían sin sonido: ¿Curado? Su mirada se deslizó hasta la vieja cicatriz que estaba detrás del corte de su camisa. La determinación que la había hecho salir de sí misma pareció romperse. Una decepción que él no pudo comprender en aquel momento se asomó a sus ojos. Ella desvió la mirada y dijo:

—Luego no me necesitas.

Hollian fue hacia ella. Como una niña, Linden cruzó sus brazos alrededor del cuello de Hollian y escondió su cara en el hombro de la eh-Estigmatizada. Covenant no reaccionó. La rabia y la frustración eran lo único que había entre él y la oscuridad. No podía moverse sin perder el equilibrio. ¿Qué te ha hecho ese bastardo?

—Ur-Amo —dijo Brinn—. No podemos retrasarnos. El na-Mhoram no está muerto. Es seguro que el Clave va a atacarnos muy pronto.

—Lo sé. —El corazón de Covenant estaba gritando continuamente ¡Linden!, y sus ojos despedían destellos de autoreproche. Pero su voz era diamantina—. Nos iremos. Tan pronto como llegue Memla.

No dudaba de que Memla llegaría. No tenía alternativa. Había ya traicionado al Clave por él. Demasiada gente había ya hecho mucho por él.

—Está bien —respondió Brinn—. ¿Adonde iremos?

Covenant no vaciló. Estaba muy seguro de lo que tenía que hacer. Sus Muertos le habían preparado para ello.

—A buscar el Árbol Único. Voy a construir un nuevo Bastón de la Ley.

Sus compañeros quedaron súbitamente silenciosos. La incomprensión nublaba la cara de Hollian. Sunder frunció el entrecejo como si fuera a hablar, pero no pudo encontrar las palabras adecuadas. La relación entre pedrarianos y fustarianos aún los intimidaba. Vain no mostró interés ni con un simple parpadeo, pero los ojos de los *haruchai* adquirieron un cierto brillo.

—Los antiguos narradores —dijo Brinn lentamente—, cuentan que los Amos, incluso en tiempos de Kevin, tenían una leyenda sobre un Árbol Único, del cual fue hecho el Bastón de la Ley. Ur-Amo Covenant, vas a emprender una intrépida aventura. Serás acompañado, pero ¿cómo vas a encontrar el Árbol Único? Nosotros no tenemos ningún conocimiento de ello.

Ningún conocimiento. Covenant suspiró con desmayo. El ya lo temía. Al Sur del Reino se encontraba el Desierto Gris sin ningún rastro de vida. Al Norte, el largo invierno de las Cumbres del Norte, se decía que era inaccesible. Y al Oeste, donde vivían los *haruchai*, no se conocía el Árbol Único. El aceptó esto. Si Berek hubiera ido al Oeste a buscar el Árbol Único, seguramente habría encontrado al pueblo de Brinn. Con un esfuerzo, Covenant respondió:

—Tampoco yo. Pero iremos hacia el Este. Hacia el Mar. Al lugar de donde vinieron los gigantes. Para alejarnos del Clave. Después, ya veremos.

Brinn asintió.

—Muy bien. Esto es lo que harán los *haruchai*. Cail, Steel, Ceer, Harn, Hergrom y yo, compartiremos tu búsqueda, para protegerte a ti y tus compañeros. Dos veintenas volverán a nuestro pueblo para decirles que hemos ganado —su voz se agudizó ligeramente—. Y para considerar nuestra respuesta a las depredaciones de este Clave. Los que quedan ayudarán a estos pedrarios y fustarios volver a sus casas, si tal ayuda es deseada.

Las caras de los nueve individuos liberados del Reino, expresaron inmediatamente su satisfacción de aceptar la oferta de Brinn.

—Los viejos narradores hablan mucho de los gigantes, de su fidelidad y de sus risas, y también de su muerte —concluyó Brinn—. Nos gustará ver su pueblo natal y el mar que ellos amaban.

En aquel momento Covenant se planteó que si deseaba rehusar a los *haruchai*, librarse de depender y ser responsable de ellos nuevamente, después de cuatro mil años, aquella era la ocasión. Pero no pudo. No podía prescindir del soporte de Brinn. ¿No es bastante ya, se dijo, que fuera yo quien destruyera el Bastón? ¿Quién abriera la puerta al Sol Ban? ¿Tengo que cargar también con esto? Pero necesitaba a los *haruchai* y no pudo rehusarlos.

Entonces, la noche se bamboleó, pero luego sintió unas manos tocando su pecho y vio a Sunder ante él. El Gravanélico mantenía su barbilla levantada, exponiendo su lastimado cuello como si aquella herida mereciera respuestas.

Sus ojos reflejaban la luz del fuego como muestra de su mente dañada.

—Covenant —dijo en un tono seco, usando este nombre en lugar del título ur-Amo, como si quisiera cortar con el miedo, poder y mando de los hombres que estaban detrás de él—. Yo he viajado lejos en tu nombre y continuaré haciéndolo; pero hay temor en mí. La eh-Estigmatizada predice un Sol de Pestilencia, después de dos días de lluvia. Al liberarnos, has perjudicado el Clave, y ahora el Sol Ban se irrita. Tal vez hayas hecho tal daño que el Clave ya no pueda dominar al Sol Ban. Puede que hayas originado un gran peligro para el Reino.

Covenant escuchó la urgencia personal expresada por Sunder. Pero durante unos momentos le faltó valor para responder. La duda de Sunder lo debilitó. Sus venas

estaban vacías de vida, y sus músculos ya no podían sostenerlo más. Incluso el calor del *krill* debajo de su cinturón se había extinguido. Pero Sunder era un amigo. El Gravanélico había ya sacrificado demasiado por él. Entre sus pobres argumentos tomó la primera respuesta que encontró.

—El na-Mhoram es un Delirante, como Marid.

Pero aquello no satisfizo a Sunder.

—Esto es lo que dijo Linden Avery. Sin embargo, el Clave moderaba el Sol Ban en bien del Reino y ahora esta moderación se habrá debilitado.

—No —en algún lugar de su interior, Covenant descubrió un momento de fortaleza—, el Clave no modera el Sol Ban. Lo han estado usando para hacer daño al Reino. Alimentándolo con sangre. Han estado sirviendo al Amo Execrable durante siglos.

Sunder se quedó mirándole con asombro. La incredulidad saltó a su cara. La aseveración de Covenant violaba todo aquello en lo que siempre había creído.

—Covenant —la consternación rasgaba su voz. Sus manos hacían gestos suplicantes—, ¿cómo puede ser verdad? Es demasiado. ¿Cómo puedes estar seguro de que es verdad?

—Porque yo digo que es verdad. —El momento pasó dejando a Covenant tan abatido como la muerte—. Pagué por esta Videncia con mi sangre. Y yo estuve aquí hace cuatro mil años, cuando el Reino estaba lleno de salud. Todo lo que el Clave te ha enseñado es algo para justificar todo ese derramamiento de sangre.

Una parte distanciada de él vio lo que estaba haciendo y protestó. Se estaba identificando con la verdad, haciéndose a sí mismo responsable por ello. Probablemente ningún hombre podía mantener tal promesa. Hile Troy lo había intentado y había vendido su alma, convirtiéndose en el Forestal de la Espesura Acogotante.

—Luego... —Sunder trataba de comprender. Sus facciones denotaban horror ante las implicaciones de lo que decía Covenant, horror que se convertía en cólera—. Luego ¿por qué no luchas contra todo esto si de verdad es una abominación como dices?

Covenant perdió el equilibrio y cayó, apoyándose en Brinn.

—Estoy demasiado débil —apenas se oía a sí mismo—. Y ya he matado... —un espasmo de congoja torció su cara—. ¡Veintiuna personas! —Juré que nunca volvería a matar—. Pero para Sunder, hizo un último esfuerzo por articular lo que él creía. —No quiero luchar contra ellos hasta que deje de odiarlos.

Lentamente, el Gravanélico asintió. El fuego se convirtió en un rugido a los oídos de Covenant. En un instante de veleidad, pensó que Sunder era Nassic. Nassic con unos jóvenes y sanos. El Gravanélico también era capaz de cosas que desendiosaban a Covenant.

Había movimiento a su alrededor. La gente se estaba preparando para partir. Ellos le saludaban; pero su entumecimiento le impedía responder. Escoltados por casi una veintena de *haruchai*, abandonaron las colinas inferiores. El no vigilaba su partida, estaba al borde de la inconsciencia y luchaba por permanecer vivo.

Hubo un momento en que intentó acercarse al fuego, pero se encontró en los brazos de Brinn, quien gentilmente le reavivó, manteniéndole derecho. Intentó permanecer con los ojos bien abiertos y, tras pasar sus párpados a través del fabuloso cansancio de su mirada, vio a Memla.

Se hallaba ante él con expresión triste. Ya no llevaba la casulla y su túnica aparecía algo chamuscada en distintos lugares. Su pelo aclarado por la edad, colgaba sobre sus hombros. Su mejilla derecha aparecía dañada con unas ampollas causadas por el fuego. Sus facciones estaban demacradas, pero sus ojos parecían llenos de furia y miró a Covenant con el *ruk* empuñado.

A su espalda había cinco de los grandes corceles del Clave. Brinn le hizo un gesto de afirmación.

—Memla na-Mhoram-in —dijo—, el ur-Amo te ha estado esperando.

Ella hizo a Brinn un gesto de reconocimiento sin apartar la vista de Covenant. La aspereza de su voz revelaba, y al mismo tiempo controlaba su ira.

—No puedo vivir con mentiras. Te acompañaré.

Covenant no tenía palabras para ella. En silencio puso su mano derecha en su corazón y luego levantó la palma ante ella.

—He traído corceles —dijo—. No estaban muy bien guardados, pero si lo suficiente para estorbarme. Sólo pude coger cinco de las na-Mhoram-cro, con la cantidad que había. —Las bestias estaban cargadas con provisiones—: Ellos son Din, Clang, Clangor, Annoy y Clash.

Covenant asintió. Su cabeza se movía a sacudidas como si los músculos de su cuello hubieran sido ya inhabilitados.

Ella se acogió a su mirada.

—Pero hay un asunto que debe quedar claro entre nosotros. Con mi *ruk* puedo hacer que el Fuego Bánico nos ayude en nuestro viaje. Esto no puede impedirlo el Clave. Pero tampoco yo puedo impedir que ellos sepan donde estoy y lo que hago con el *ruk*, Mediamano —su voz adoptó un tono de súplica—. No deseo dejar de lado el único poder que yo poseo.

Su honestidad y valor pedían una respuesta. Con un esfuerzo que desenfocó sus ojos, y le hizo bandear la cabeza, Covenant dijo:

—Llévalo, correré ese riesgo.

Esta respuesta suavizó momentáneamente sus facciones.

—Cuando nos encontramos por primera vez —dijo ella—, tus dudas acerca de mí eran justas, aunque yo no lo sabía. Sin embargo, es preferible confiar —súbitamente

se endureció de nuevo—. Pero debemos partir.

VEINTIUNO. Lanzado

En algún momento, durante la noche, fue consciente de su delirio. Estaba siendo balanceado sobre el lomo del corcel. Unos brazos se cruzaron a su alrededor y lo sujetaron por encima de su corazón. Eran como un soporte de piedra. Brazos de *haruchai*.

Alguien dijo tensamente:

—¿No eres una curadora? Debes socorrerlo.

—No. —La respuesta de Linden sonaba, como un desmayo, afligiéndolo profundamente. Los destellos del *ruk* dañaban sus ojos. Pero cuando apartaba la vista de ellos se desvanecía de nuevo.

La siguiente vez que miró hacia arriba, vio el gris del amanecer en fragmentos a través de la monstruosa jungla. La luz del cielo le iba directamente a la cara. Había sido montado sobre Din, con Memla delante de él y Brinn detrás. Otro corcel, llevando a Ceer y Hergrom, iba en cabeza, siguiendo la línea que Memla creaba con su *ruk*. El resto del grupo seguía a Din.

Covenant trataba con dificultad de mantenerse definitivamente despierto. El camino de Memla corría dentro de una área de terreno relativamente claro, bajo la sombra de una loma de rododendros. Allí se detuvieron. Por encima de su hombro, Memla gritó a los que la seguían:

—Permanecer montados. Los corceles os protegerán del Sol Ban.

Por detrás de Covenant oyó que Sunder murmuraba:

—Luego es verdad.

Pero Hergrom saltó al suelo y empezó a coger las provisiones que le daba Ceer; y Brinn dijo:

—Los *haruchai* no compartimos esa necesidad de protegernos.

¿Inmunes? Covenant se quedó pensando. Sí. ¿De qué otra manera hubieran podido llegar a Piedra Deleitosa sanos y salvos?

Luego empezó a salir el Sol, lanzando rayos de carmín y miseria sobre la vegetación. Nuevamente la eh-Estigmatizada había acertado en la predicción del Sol Ban.

Cuando hubo pasado el primer toque del Sol, Memla ordenó que los corceles se arrodillaran, controlándolos a todos con su voz de mando. El grupo empezó a desmontar.

Covenant se deshizo de la ayuda de Brinn y trató de valerse por sí mismo. Vio que podía. Estaba tan pálido y débil como un inválido; pero sus músculos podían, al menos sostener su cuerpo.

Con inseguridad aún, volvió la cabeza hacia atrás, hacia el Oeste, para observar en la madrugada, algún signo del *Grim* del na-Mhoram. El Horizonte aparecía claro.

Cerca de él, Sunder y Stell habían descendido de uno de los corceles. Hollian y Harn, de otro. Cail ayudaba a Linden a descender de la quinta bestia. Covenant la observaba con preocupación; pero ella guardaba su mirada para sí misma, encerrándose en su propia soledad, como si los nervios de sus ojos, y sus huesos, hubieran sido humillados más allá de lo soportable.

Vio que estaba muy sola. No sabía qué hacer, y además, se sentía demasiado débil para hacer algo.

Mientras los *haruchai* preparaban comida para todos, carne seca, fruta y *metheglin*, Memla sacó de uno de sus sacos una gran bolsa de cuero con *voure* destilado, el jugo picante que los amigos de Covenant habían usado una vez para liberarse de los insectos bajo el Sol de Pestilencia. Cuidadosamente aplicó el concentrado a cada uno de sus compañeros, excluyendo solamente a Vain. Covenant aprobó su omisión. Quizá el fuego del *rukh* pudiera dañar al Demondim. El Sol Ban no podía.

Covenant comió lentamente y en buena medida, alimentando la pobreza de su cuerpo. Pero en todo momento, el peso de la aprensión le empujaba desde el Oeste. Había visto una pedraria destruida; había visto lo que el *Grim* podía hacer. Con un gran esfuerzo, reunió la voz suficiente para preguntar a Memla cuánto tardaría el lanzamiento del *Grim*. Ella estaba visiblemente nerviosa.

—Esto no se sabe nunca. Debe considerarse también el volumen y la fuerza del *Grim* —la mirada de ella se adentró en su cara, dejando una marca casi palpable de ansiedad en sus mejillas—. Yo lo veo —sus manos estaban apretadas contra su *rukh*—, será muy grande.

Muy grande, murmuró Covenant. Y él estaba tan débil... Se agarró al *krill* con las manos y trató de permanecer en calma.

Poco después, todos ellos volvieron a montar. Memla conectó con el Fuego Bánico, abriendo camino para los grandes corceles. Nuevamente, Hergrom y Ceer montaron Annoy para marchar en cabeza. Los nombres de las bestias parecían importantes para ella; como si las quisiera a su manera. Seguían Covenant, Brinn y la Caballera de Din, luego Cail y Linden, montando a Crash, Sunder y Stell con Clan. Por último Harn y Hollian con Clangor. Vain iba en la cola como si fuera absorbido, sin querer, por la estela de los corceles.

Covenant dormitó repetidamente durante el día. Había sido intensamente desangrado; no podía mantenerse despierto. Dondequiera que se detuvieran para comer, recoger comida o agua, o simplemente para descansar, él consumía todo el alimento que le daban, esforzándose a recobrar cualquier cosa que se pareciera a la fuerza. Pero entre paradas, el vaivén de los pasos de Din aflojaba su voluntad, de forma que cabalgaba en mareas de sueño, temor o insectos, sin poder evitarlo.

En aquellos períodos en que estaba completamente despierto, sabía por la rigidez

de la espalda de Memla, que ella quería huir, huir y siempre huir, sin parar nunca. Ella también sabía muy bien lo que el *Grim* podía hacer. Pero al llegar el atardecer su tensión cesó. Bajo el refugio de un prodigioso oropelino, paró la expedición para pasar la noche.

Al principio, cuando ella empezó a encender el fuego, el aire se pobló de insectos de toda clase; mientras las ramas y las hojas del árbol se agitaban con cosas que se agrupaban y las perforaban. Pero el *voure* protegía a los miembros del grupo. Y gradualmente, a medida que la oscuridad se filtraba en la jungla, moderando los efectos del Sol Ban, los insectos empezaron a desaparecer. Su molesto chirrido se extinguió cuando se retiraron para dormir. Memla dejó reposar sus cansados huesos al lado del fuego. Despidió los corceles y dejó que los *haruchai* se ocuparan de sus compañeros.

Sunder y Hollian parecían cansados, como si no hubieran dormido durante días; pero eran vigorosos, con reservas de fuerzas aún sin descubrir. Aunque conocían el *Grim*, al menos de oídas, su alivio al escapar de Piedra Deleitosa, compensaba su aprensión. Estaban y se movían juntos como si su encarcelamiento les hubiera hecho intimidar. Sunder parecía que consideraba a la eh-Estigmatizada como un remedio para sus viejos conflictos personales. Su juventud y su carácter alegre, eran un bálsamo para el Gravanélico, que había sacrificado a su propia esposa y a su hijo, y posteriormente había traicionado a su pueblo por Covenant. Y ella, a su vez, encontraba apoyo y valor en él, en su determinado esfuerzo de convicción. Ambos habían perdido mucho. Covenant pensó que podían consolarse el uno al otro. El no podía darles consuelo. Pero su compañerismo hacía más patente el aislamiento de Linden. El Delirante le había hecho algo. Y Covenant, que tenía experiencia en estas cosas, temía saber lo que era, al mismo tiempo que temía las consecuencias de no saberlo.

Cuando terminó su comida, ya había llegado al final de su habilidad para soportar la ignorancia. Estaba sentado cerca del fuego. Memla descansaba, medio dormida, a un lado de él. Al otro lado se sentaban Sunder y Hollian. Cuatro de los *haruchai* estaban de guardia más allá del árbol. Brinn y Cail paseaban silenciosamente por los alrededores, alertados ante cualquier peligro. Vain estaba al borde de la luz como la esencia de todos los secretos negros. Y entre ellos, al otro lado del fuego, Linden se replegaba en sí misma, con sus brazos alrededor de las rodillas y los ojos fijos en la fogata, como si fuera completamente extraña.

El no podía soportarlo. Había invertido muchas esperanzas en ella y sabía muy poco; tenía que enterarse de por qué estaba tan asustada. Pero no tenía idea de cómo conseguirlo. Su herida oculta la hacía intocable. De manera que, por su propio bien y por el de sus compañeros, se aclaró la garganta y empezó a contar su historia.

No omitió ningún detalle. De Andelain y los Muertos hasta Pedrada

Poderdepiedra, de la violencia de Vain hasta el *rhysh* de Amako, desde su carrera a través de las Llanuras Centrales a la revelación de Memla sobre la mendacidad del Clave; todo lo contó. Y luego, describió la Videncia tan detalladamente como pudo. Sus manos no estaban quietas mientras hablaba; el recuerdo le hacía, a veces, retorcerlas. Tiraba de su barba, entrelazaba sus dedos, agarraba su muñeca izquierda por encima de su anillo de boda; pero explicó a sus amigos todo lo que había presenciado.

El comprendía ahora por qué el Delirante había dejado que viera la realidad de la historia del Reino. El Amo Execrable quería que percibiera los grilletes de su opción y las consecuencias que le llevaron a tener que soportar aquel sentimiento de culpabilidad, quería que se maldijera a sí mismo por la destrucción del Bastón, y por el Sol Ban, y por cada vida que el Clave sacrificaba. Para que la zozobra de sus culpas le hicieran rendirse y entregar su anillo en un acto de autodesprecio. El Amo Execrable se reía de los leprosos. *Al final, sólo habrá una opción para ti.* En tal contexto, el veneno que había dentro de él tenía un sentido. Le habría dado un poder que no podía controlar. Poder para matar gente. Era una profecía de su destino; una profecía de su propia verificación.

Esto también lo explicó, esperando que Linden levantara sus ojos y le dirigiera la mirada, tratando de comprender. Pero no fue así. Su boca se mantuvo cerrada y austera permaneciendo en su aislamiento. Incluso cuando él detalló cómo las semillas plantadas por sus Muertos le habían llevado a concebir un plan para encontrar el Árbol Único, intentar construir un nuevo Bastón de la Ley y oponerse al Amo Execrable y al Sol Ban activamente, incluso entonces no respondió. Finalmente, él, ya falto de palabras, dejó de hablar.

Durante un tiempo, el grupo permaneció en silencio. Parecía que no quisieran evidenciar más su sufrimiento reciente. Pero luego Sunder habló. Para contestar a Covenant, contó lo que les había ocurrido a Linden, Hollian y a él mismo, después de que Covenant entrara en Andelain.

Describió a Santonin y la Piedra del Poder. Describió la violencia del Caballero, la manera con que él y Hollian se habían esforzado en convencer a Gibbon de que Covenant había desaparecido o había muerto. Pero, después de esto, ya no le quedó mucho que contar. Había sido encerrado en una celda con poca comida y agua, y con mucha menos esperanza. Hollian explicó más o menos lo mismo. Ambos habían oído el clamor de la primera entrada de Covenant en la cárcel y nada más.

Covenant pensó que probablemente Linden hablaría. Sin duda, ella completaría la historia con su parte. Pero no lo hizo. Escondió la cara entre las rodillas y se quedó sentada como si estuviera luchando contra un recuerdo lleno de dolor.

—Linden. —¿Cómo podía dejarla aislada? Necesitaba saber su verdad—. Ahora ya sabes cómo debía sentirse Kevin.

Kevin Pierdetierra, el último de la línea de Berek. Linden había dicho: *No creo en la maldad*. Kevin también había tratado de no creer en la maldad. Inconscientemente, él había traicionado al Reino, al no percibir a tiempo la verdadera naturaleza del Amo Execrable, y de esta forma había situado al Despreciativo en el camino de la victoria. Por esto había caído en la desesperación. En consecuencia, había desafiado al Despreciativo al ritual de la Profanación, esperando destruirlo y salvar al Reino. Pero incluso en esto falló. El había tenido éxito en lograr la Devastación del Reino que amaba y en perder el Bastón de la Ley, pero el Amo Execrable se había fortalecido.

Todo esto le contó Covenant a Linden.

—¿Es que no lo ves? —dijo, implorándola a que le escuchara—. La desesperación no es una respuesta. Es de lo que vive el Execrable. Sea lo que sea lo que te haya pasado, no puede haber sido peor que esto. ¡Linden, escúchame!

Pero ella no escuchaba ni daba ningún signo de que fuera capaz de oírle. De no haber visto las sombras de angustia moviéndose detrás de sus ojos, hubiera podido pensar que había vuelto al estado de coma que le había producido Gibbon.

Sunder seguía sentado, pensativo, como si no supiera escoger entre su simpatía por Linden y la comprensión de Covenant. Los oscuros ojos de Hollian estaban llenos de lágrimas. Brinn y Caen observaban como si fueran imitaciones de la impasibilidad de Vain. Ninguno de ellos ofreció a Covenant ayuda.

Luego ensayó una táctica distinta.

—Mira a Vain, Linden, dime lo que ves.

Ella no respondió.

—No se si debo confiar o no en él. No tengo tus ojos. Necesito que me digas lo que es.

Ella no se movió, pero sus hombros se sacudían como si estuviera llorando por dentro.

—Aquel viejo —su voz vacilaba—, en Haven Farm. Tú salvaste su vida y te dijo que *fueras fiel*.

Después de vacilar un momento, levantó su cabeza y le miró con unos ojos tan ofendidos como si hubieran estado encerrados en la miseria de su alma. Luego se puso en pie, exhalando vapores de amargura.

—¡Tú! —exclamó—. Tú sólo hablas de profanación. Es tu problema. ¿Por qué tuviste que venderte por Joan? ¿Por qué tuviste que meternos en esto? ¿No llamas a esto *profanación*?

—Linden —la pasión de ella supuso un estímulo para Covenant. El fuego latente entre los dos parecía haberse avivado con su furia.

Mientras tanto, Linden prosiguió:

—Desde luego que no. No puedes *ver*. Tú no *sabes* —sus manos apuntaban al aire como si quisieran arañarlo—. Tú crees que hará algún bien ir por ahí en busca de

algo absurdo. Haz un nuevo Bastón de la Ley —su voz era salvaje—. ¡Si ni siquiera lo *conoces*!

El repitió su nombre. Sunder y Hollian ya se habían puesto en pie. Memla mantenía su *ruk* a punto y Cail estaba cerca, alertado, como si tanto la Caballera como el *haruchai* sintieran violencia en el ambiente.

—¿Qué es lo que te hizo? ¿Qué te hizo ese bastardo?

—¡El dijo que tú no cuentas! —bruscamente iba pronunciando palabras, lanzándoselas, como si él fuera la causa de toda su desgracia—. Todo lo que quieren de ti es el anillo. El resto me concierne a mi. Gibbon dijo: «Has sido especialmente escogida para esta profanación. Estás siendo forjada como el hierro es forjado para lograr la ruina de la Tierra». Su voz se espesó en el recuerdo como la sangre alrededor de una herida. —Porque yo puedo *ver*. Así es como ellos me mandan hacer lo que ellos quieren, torturándome con lo que yo *veo*, siento y oigo. ¡Tú estás obligándome a hacer exactamente lo que ellos quieren!

Al instante siguiente se interrumpió. Sus manos saltaron a su cara, tratando de bloquear visiones. Su cuerpo se puso rígido como si estuviera al borde de sufrir un ataque; un gemido se detuvo en sus dientes. Entonces se hundió.

Desolada, susurró: —El me tocó.

—¿Te tocó...?

—Covenant —dejó caer sus manos, dejándole ver toda la angustia en su semblante—, tienes que hacerme desaparecer de aquí. Volverme al lugar a que pertenezco, donde mi vida no significa nada. Antes de que manden matarte.

—Lo se —dijo, porque ella necesitaba una respuesta—. Ésta es otra razón por la que quiero encontrar el Árbol Único. —Pero en su interior se sintió súbitamente lisiado. *Tú no cuentas*. Había puesto tantas esperanzas en ella, en la posibilidad de que estuviera libre de las manipulaciones del Amo Execrable, y ahora esta esperanza se había desvanecido—. Los Amos utilizaban el Bastón para llamarme aquí —de un solo golpe había cambiado todo—. El Bastón es la única cosa que conozco, capaz de mandarnos de vuelta.

Todo, excepto el *krill* y su vieja intransigencia. *Especialmente escogida...* ¡Maldita sea! Quería cubrirse la cara; podría haber llorado como un niño; pero los ojos de Linden se clavaban en él desesperadamente, tratando de creer. Sunder y Hollian se sostenían el uno al otro contra un miedo que no podían describir. Y las facciones de Memla moldeaban una expresión como de simpatía, como si ella supiera ya lo que significaba ser anillado. Sólo los *haruchai* permanecían inmutables; los *haruchai* y Vain.

Linden preguntó:

—¿Y tu anillo?

El contestó directamente a su pregunta.

—No puedo controlarlo.

Bruscamente, la expresión de Memla se convirtió en asombro. Como si hubiera dicho algo espantoso.

El la ignoró. Mientras su corazón se atormentaba, como si las lágrimas fueran una deuda que tenía con su naturaleza mortal que no podía pagar, él extendió sus manos, y allí, ante todos sus compañeros, hizo su acostumbrada revisión visual de su cuerpo.

Ah, todavía eres obstinado.

Sí, naturalmente, obstinado.

Actuando con su característica generosidad, Brinn le dio a Covenant una bolsa de *metheglin*. Covenant la levantó entre él y sus amigos, para que no pudieran ver su cara y bebió. Luego se puso a pasear por los alrededores del árbol, utilizando la noche para esconderse. Al cabo de un rato estaba acostado entre las cosas que había perdido y cerró los ojos.

Brinn le despertó al amanecer. Le hizo levantarse a tiempo para contemplar la segunda salida del Sol de Pestilencia, protegido por sus botas. El resto de la expedición estaba ya despierto. Sunder y Hollian se habían unido a Memla sobre unos trozos de piedra; los *haruchai* estaban ocupados en preparar la comida; Linden observando el acercamiento del Sol rojo. Su cara estaba sellada contra su propia vulnerabilidad, pero cuando vio a Covenant, sus ojos lo acusaron sobriamente. Después de los conflictos de la noche anterior, el simple reconocimiento de ella le pareció una sonrisa.

Se encontraba más fuerte; pero su recuperación conllevaba una renovación del temor. El Grim del na-Mhoram...

Memla parecía no haber olvidado en toda la noche aquel peligro. El miedo se dibujaba en sus facciones y sus manos temblaban sobre su *ruk*. Para responder a la mirada de Covenant, murmuró:

—Aún lo está levantando y no está contento. Será un *Grim* para rendir nuestras almas.

Por un momento, sus ojos se estremecieron, como si necesitara asegurarse más. Pero luego, en un impulso, se retiró y empezó a dar órdenes para que sus compañeros se dieran prisa. Pronto estuvieron en camino; moviéndose por una dura cantera a través del paso que Memla había invocado del Fuego Bánico. Su urgencia y el tenso temor de Covenant se contagiaron a los pedrarians, afectando incluso a Linden. La expedición cabalgaba en silencio, como si hubieran podido sentir el *Grim* dispuesto como un cuchillo detrás de sus cuellos.

La jungla, bajo el Sol de Pestilencia, agravaba el sentido de Covenant de un inminente desastre. Los insectos le envolvían como encarnaciones de enfermedad. Cada mata o arbusto malformado estaba repleto de malformados insectos. Algunos de los árboles se encontraban tan minados por las termitas que la madera parecía

leprosa. Y el olor a podrido se había intensificado. Bajo el broquel del Sol Ban, su estómago se revolvía casi esperando que la vegetación se abriera y empezara a supurar.

Pasó el tiempo y sus músculos volvieron a debilitarse. Cuando les llegó al fin el descanso de la puesta del Sol, su cuello y hombros estaban doloridos por el esfuerzo de tanto mirar atrás, buscando algún signo del *Grim*. Un temblor penetró hasta sus huesos. Tan pronto como Memla escogió un lugar para cantar, bajo el refugio de un eucalipto, en una zona megalítica, saltó al suelo, esperando estabilizarse sobre el granito. Pero sus manos y sus pies estaban demasiado insensibles para sentir nada.

A su alrededor, sus compañeros desmontaban. Casi en seguida, Linden fue a reunirse con Hollian. La demacrada cara de Linden estaba pálida. Su piel, tensa sobre el cráneo. Se acercó a la eh-Estigmatizada deliberadamente, pero luego no supo que decirle.

—Los insectos —murmuró—. El olor es peor. Peor que en cualquier otro Sol. No puedo esquivarlos. —Sus ojos observaban la manera en que sus manos se entrelazaban, como si este nudo pudiera mantenerla de una pieza—. No puedo. ¿Cómo va a ser mañana?

Sunder, que se había acercado a Hollian, asintió de mala gana a las palabras de Linden.

—Nunca en mi vida había estado bajo un Sol de Pestilencia con tan poco daño —su tono era duro—. No sabía que el Clave pudiera viajar sin ser tocado por eso que tanto atemoriza al pueblo del Reino. Y ahora, el ur-Amo Covenant nos dice que la inmunidad del Clave ha sido comprada para incrementar más que para reducir, los efectos del Sol Ban —su voz se oscureció como si recordara a toda la gente que había sacrificado—. Yo no dudo de él. Pero también desearía conocer algo del Sol de mañana.

Memla indicó con un encogimiento de hombros, que tales cosas no alteran su ansiedad. Pero Covenant se unió a Linden y a Sunder. Se sintió súbitamente enfermo ante la idea de que tal vez la Videncia hubiera sido una mentira diseñada por el Delirante Gibbon para confundirle. Si dos días de lluvia fueran seguidos solamente por dos días de pestilencia... Agarrándose a sí mismo esperó la respuesta de Hollian.

Ella accedió fácilmente. Su ligera sonrisa le recordaba a él que no era como Sunder. Con su *liantar* y su maestría, siempre era posible tocar el Sol Ban en beneficio de otros. Ella nunca había necesitado matar gente para obtener sangre. Por lo tanto, no tenía necesidad de abominar sus propias posibilidades como hacía Sunder.

Se retiró unos pasos para hacerse sitio. Luego cogió su puñalito y su varita. Sentándose en las hojas que cubrían el suelo se concentró. Covenant, Linden y Sunder, observaban atentamente mientras colocaba el *liantar* en su regazo. Cogió el cuchillo en su mano izquierda y dirigió la punta contra su palma derecha. Las

palabras de invocación salieron de sus labios y todos se reunieron como en un acto de liturgia. Incluso el *haruchai* dejó su tarea para presenciarlo. El pensamiento de que iba a cortarse ella misma provocó un rechazo en Covenant; pero ya estaba lejos aquellos días en que él podía protestar legítimamente ante algo así. Hollian se hizo un pequeño corte en su palma. Mientras la sangre fluía de la incisión, cerró los dedos en el *liantar*. El crepúsculo se había convertido en noche, quedando oculta de los observadores. Pero aún así los sentidos de Covenant pudieron percibir su poder engrosándose como motas de fuego encadenándose hacia la flama. Durante un angustioso momento, el silencio fue absoluto. Luego, entonó su cántico y la varita se encendió.

Llamas rojas surgieron como orquídeas de Sol Ban. Se extendieron en el aire y por debajo de su antebrazo hacia el suelo. Unos zarcillos encarnados se enroscaron ante ella. Eran brillantes; pero no irradiaban luz. La noche permanecía oscura. Intuitivamente Covenant comprendió su fuego. Con cánticos, sangre y *liantar*, pudo llegar al Sol del día siguiente y las llamas tomaron su color. Su fuego tenía el color preciso del aura del Sol Pestilente.

El suspiró, pensando que, al menos, no tenía razones para creer que la Videncia hubiera sido falsa.

Pero, antes de que la eh-Estigmatizada pudiera relajarse de su concentración, y dar por terminada su profecía, el fuego cambió bruscamente.

Un trazo negro tan intenso como el de la piel de Vain, saltó de la madera convirtiendo las llamas en ébano. Al principio, fue solamente un trazo a través del carmín, pero creció entre las llamas, hasta que las dominó, oscureciéndolas.

Las extinguió.

Instantáneamente la noche cubrió a los compañeros, aislándolos unos de otros. Covenant no pudo percibir nada excepto un poco de humo en el aire, como si la varita de Hollian hubiera estado en peligro de quemarse.

Covenant pronunció un ronco juramento y extendió sus brazos hasta que tocó a Brinn por un lado y a Linden por el otro. Luego oyó pisadas en las hojas y a Sunder gritar:

—¡Hollian!

En el momento siguiente, Memla también gritó con horror:

—¡Lanzamiento! —El fuego del *ruk* se desgranó, proyectándose entre los árboles e iluminando la noche—. ¡Ahí viene!

Covenant vio a Ceer detrás de la Caballera como para protegerla del ataque. Los otros *haruchai* formaron un aro defensivo alrededor del grupo.

—¡*Gibbon!* —gritó Memla—. ¡Abominación! —Su fuego sacudía el aire como si tratara de atacar a Piedra Deleitosa desde una distancia de casi dos veintenas de leguas—. ¡Por los Siete Infiernos!

Covenant reaccionó instintivamente. Se interpuso ante el fuego de Memla y la cogió por los brazos para evitar que le alcanzara.

—¡Memla! —le gritó—. ¡Memla! ¿De cuánto tiempo disponemos?

La desesperada expresión de Memla se suavizó al mirarle. Con un estremecimiento convulsivo apagó su fuego, dejando que la oscuridad volviera. Cuando habló, su voz salía como un susurro de alas de cóndor:

—Hay tiempo. El *Grim* no puede atravesar instantáneamente tantas leguas. Posiblemente nos queda un día completo. Pero es el *Grim* del na-Mhoram y ha tardado dos días en levantarse. Este lanzamiento puede incluso destruir la misma Piedra Deleitosa.

Memla se tomó un respiro, temblando.

—Ur-Amo, no podemos evadir este *Grim*. Va a seguir mi *ruk* hasta encontrarnos irremisiblemente —su voz chocaba contra obstáculos en su garganta—. Yo había creído que la magia indomeñable podía darnos alguna esperanza, pero si está fuera de tu control...

Detrás de Covenant, una pequeña llama tomó vida. Sunder había encendido una rama. La mantuvo levantada como una antorcha, sacando al grupo de la oscuridad.

Hollian estaba maldiciendo entre dientes, luchando para no exteriorizar sus ira. La violación de su predicción la había herido en lo más profundo.

—Efectivamente —dijo Covenant—. No puedo controlarla —sus manos seguían cogidas a las muñecas de Memla, tratando de evitarle un ataque de histeria—. Espera. Piensa. Tenemos que hacer algo acerca de esto. —Sus ojos sujetaron los de ella—. ¿Puedes dejar tu *ruk* atrás?

—¡Covenant! —Memla estalló en sollozos—. ¡Es todo lo que soy! ¡No soy nada sin él! —Trató de deshacerse de su mirada. Su voz se convirtió en un seco plañido—. Sin mi *ruk* no puedo apartar los árboles ni puedo mandar en los corceles. Es el poder bajo el cual ellos han sido criados. Al perderlo, mi dominio sobre ellos también se perdería. Nos abandonarían, o quizás incluso se volverían contra nosotros —su cara parecía desmoronarse bajo la inestable luz de la antorcha—. Ésta es mi condena —dijo sollozando—, en mi ignorancia e insensatez te llevé a Piedra Deleitosa.

—¡Maldita sea! —exclamó Covenant, casi contra sí mismo. Se sintió atrapado; y aún no quería que Memla se culpara. Había pedido su ayuda. Pero trató de apartar el desaliento—. Está bien —dijo—. Llama a los corceles. Vamos a tratar de huir.

Ella le miró, suplicando:

—¡Es el *Grim*! No se puede huir de él tan fácilmente.

—Pero ¡Demonios! ¡Si es sólo un Delirante! —su miedo le proporcionaba tonos lívidos. Cuanto más lejos tenga que enviarlo, más se debilitará. ¡Vamos a intentarlo!

Por un momento, Memla no pudo recuperar su valor, pero luego los músculos de cara se tensaron y sus ojos adquirieron un brillo de resolución o fatalidad.

—Sí, ur-Amo —respondió—. De alguna forma se debilitará. Hagamos el intento.

Cuando la soltó, ella empezó a llamar a los corceles. Salieron de la noche como grandes moles de oscuridad. Los *haruchai* empezaron a cargar suministros y fajos de leña en sus anchos lomos. Covenant se volvió para observar a sus compañeros.

Sunder y Hollian se hallaban detrás de Linden. Ella estaba hundida entre las hojas, tapándose la cara con las manos. Los pedrarianos le hacían gestos, pero no sabían cómo comunicarse con ella. Su voz llegó como si hubiera sido interceptada.

—Yo no puedo...

Covenant explotó.

—¡Muévete!

Linden vaciló, luego se puso en pie. Sunder y Hollian comenzaron a moverse, como si hubieran sido liberados de un trance. Cail, bruscamente, levantó a Linden del suelo, colocándola sobre Clash. Luego Covenant montó detrás de Memla. En un giro del corcel vio a Sunder y Hollian en sus monturas, vio a los *haruchai* colocándose en posición, mientras Memla vertía sangre de su *ruk*, encendiéndose luego como un cicatriz en la oscuridad.

En seguida los corceles se lanzaron al trote a lo largo de la línea que Memla formaba.

La noche, a cada lado del fuego, parecía iluminada por relámpagos. Covenant no podía ver a su espalda; temía que a Din pudiera en cualquier momento, borrarle el camino y se estrellase contra las piedras o se precipitase en cualquier despeñadero. Pero más que a todo esto tenía miedo de su anillo. Temía la demanda de poder que el *Grim* pudiera ejercer sobre él. Memla no permitía ningún desastre. En momentos imprevistos, su línea viraba ante obstáculos, pero con su fuego y su voluntad los mantuvo seguros y en velocidad constante. Ella corría por su vida, por la vida de Covenant o por la esperanza del Reino; y conducía a los corceles a través de la arruinada jungla como proyectiles de una ballesta.

Mientras viajaban la Luna se levantaba; corrían cuando estaba sobre sus cabezas y aún corrían cuando ya se había puesto. Los corceles eran criaturas del Sol Ban y no se cansaban. Sólo ante el amanecer, Memla los detuvo. Cuando Covenant desmontó, sus piernas temblaban. Linden se movía como si le hubieran dado una paliza. Incluso Sunder y Hollian parecían haber perdido su fortaleza. Pero el semblante de Memla mostraba sus facciones tensas y ella mantenía el *ruk* como si se esforzara a templar su alma con la pinchada del hierro. Sólo les permitió un breve descanso para tomar sus alimentos. Pero incluso este tiempo era demasiado largo. Stell apuntó al Sol. La muda intensidad de su gesto arrastró todos los ojos hacia el Este.

El Sol ya estaba por encima de la línea del horizonte con su aura roja enfermiza, ardiendo como una promesa de enfermedad. Pero la corona no era perfecta. En su borde había una bien definida mancha negra. La mancha era cuneiforme, como un

ataque de ur-viles, y alineada como si hubiera sido grabada en el Sol desde Piedra Deleitosa.

El gruñido de Linden fue más elocuente que cualquier grito.

Lanzando una maldición, Memla mandó a sus compañeros que montaran de nuevo sobre los corceles. En unos momentos, la expedición entera había remontado y las bestias corrían huyendo de la malicia negra.

No podían ganar. Aunque el paso de Memla era fuerte y seguro, aunque los corceles corrían al máximo de las fuerzas de sus grandes patas, la mancha negra crecía continuamente. Hacia mediodía ya había devorado la mitad del aura solar.

La presión creció en la espalda de Covenant. Sus pensamientos adoptaron el ritmo de los pasos de Din: No puedo... No puedo... Tuvo visiones de muerte: Hace diez años o cuatro milenios, en la batalla de Fustaria Alta, había matado Entes de la Cueva. Y luego, había hundido el cuchillo en el corazón de un hombre que había asesinado a Lena. No lograba pensar en poder excepto en términos de matar.

No tenía control sobre su anillo.

Luego el grupo abandonó la espesa jungla para introducirse en una sabana. Allí, nada obstruía el terreno, excepto la espesa hierba, crecida hasta el doble de altura que los corceles. Norte, Sur, Este y los solitarios montones de piedras, a grandes distancias unos de otros. Covenant tuvo un instante de visión aguda, antes de dejar la última ladera de las colinas para entrar en la sabana. El espacio se abrió; y él no pudo comprender porqué los cielos permanecían tan tranquilos bajo aquel Sol. Luego, el camino de Memla se hundió entre la hierba.

La expedición recorrió otra legua antes de que Hollian lanzara un grito que superó el ruido de los cascos.

—¡Ya viene!

Covenant se volvió en redondo.

Un cúmulonimbo tan tenebroso como la herida del Sol se acercaba por el Oeste. En su agitación adoptaba la forma de un puño, y se movía a tal velocidad que los corceles parecían estar quietos.

—¡Corre! —gritó Covenant a Memla.

Como para contradecirlo, ella detuvo bruscamente a Din. El corcel patinó, y casi perdió el equilibrio. Covenant casi perdió su asiento. Las otras bestias se desviaron, cayendo sobre la hierba.

—¡Cielos y Tierra! —exclamó Sunder—. Controlando todos los corceles, Memla los mandó dar vueltas, batiendo la hierba, para despejar un amplio círculo.

Cuando la vegetación al Este de él fue arrasada, Covenant se dio cuenta de por qué Memla había parado.

Directamente a través del camino de Memla, marchaba una curiosa columna de criaturas. Por un momento, pensó que eran Entes de la Cueva. Entes de la Cueva

corriendo a gatas en una apretada hilera de unos dieciocho metros de ancho, apretados hombro contra hombro, procedentes del Sur, en una corriente sin principio ni fin. Eran rechonchos de extremidades perezosas y cabezas embotadas como los Entes de la Cueva. Pero si aquello eran Entes de la Cueva, habían sido horriblemente alterados por el Sol Ban. Tenían una coraza plateada cubriendo su espalda que les llegaba hasta la cola; sus dedos y talones se habían convertido en garras y sus barbillas estaban partidas en dos terribles mandíbulas. No tenían ojos ni facciones. Sus caras habían sido borradas. Nada marcaba la parte frontal de sus cráneos, excepto largas antenas apuntadas hacia adelante, buscando su camino.

Se empujaban como si estuvieran corriendo ciegamente detrás de su presa. La línea de su marcha ya había sido rota por sus jefes para despejar el terreno. Su ruido era de un hormigueo de gigantescas hormigas. El parecido se acentuaba por el ruido de sus mandíbulas.

—¡Por todos los Infiernos! —exclamó Covenant. La negrura alrededor del Sol era ya casi completa. El *Grim* se hallaba a escasas leguas, y se acercaba rápidamente. El no veía ninguna forma de atravesar aquel río de criaturas pestilentes. Si fueran de la familia de los Entes, ...se estremeció al pensarlo. Los Entes de la Cueva habían sido poderosísimos como cavadores de la Tierra y tremendamente fuertes. Y aquellas criaturas eran casi tan grandes como los corceles. Si se interponían en su camino serían capaces de descuartizar las bestias de Memla.

Linden empezó a sollozar. Luego guardó silencio, mordiéndose por dentro. Sunder miró a aquellas criaturas con ojos empañados por el miedo. El cabello de Hollian colgaba sobre sus hombros como alas de cuervo, acentuando sus pálidas facciones como si estuviera preparándose para morir. Memla estaba desplomándose ante Covenant como si se hubiera roto la columna vertebral. Volviéndose a Brinn, Covenant preguntó nerviosamente:

—¿Qué os parece esto?

En respuesta, Brinn hizo un gesto a Hergrom y Ceer. Ceer se había montado sobre el lomo de Annoy, muy derecho, Hergrom se subió de pronto sobre los hombros de Ceer para ganar visión a través de la hierba. Un momento después, Brinn informó:

—Podemos ver a bastante distancia, pero no el final de esto.

¡Demonios! Tenía miedo de la magia indomeñable como poder que no podía controlar. ¡No debo! Pero sabía que recurriría a ella si no tenía más remedio. No podía permitir la muerte de sus compañeros.

El cúmulo se acercaba como el golpe de un hacha. El negro invadía ya el Sol. La luz empezó a disminuir.

Entonces tuvo un arranque de protesta. Con miedo o sin él, aquello era intolerable.

—Muy bien —despreciando la distancia que lo separaba del suelo, saltó del lomo

de Din—. Tendremos que luchar aquí.

Brinn fue junto a él. Sunder y Stell desmontaron de Clang. Hollian y Harn de Clangor. Cail tiró de Linden para desmontarla de Clash y la dejó de pie en el suelo. Sus manos se frotaban como queriendo armarse de valor; pero no lo encontraba. Covenant apartó la mirada para que la desolación de Linden no le hiciera a él más peligroso.

—Sunder —gritó—, has recuperado tu *orcrest*. Memla tiene su *ruk*. ¿Hay alguna forma de que podáis trabajar juntos? ¿Podéis atacar a esa cosa —dijo, señalando al *Grim*— antes de que nos aplaste? La nube se hallaba ya casi encima de sus cabezas. Producía un crepúsculo antinatural sobre la sabana, apagando la luz del día.

—No —Memla no había desmontado—. No hay tiempo. Es demasiado grande.

Aquello le pareció a Covenant una demanda para que usara su magia indomeñable. Quería gritar. ¡No puedo controlarla! ¿Es que no lo comprendes? ¡Podría mataros a todos! Pero ella seguía hablando como si su poder o su incapacidad fueran ya irrelevantes.

—Tú no debes morir. Esto es cierto —su inmovilidad le pareció súbitamente terrible—. Cuando el camino esté despejado, cruza inmediatamente. Esa marcha sellará rápidamente el espacio que queda. Entonces enderezó sus hombros y levantó la cara para mirar al cielo. —El *Grim* te ha encontrado por mí. Deja que caiga sobre mi cabeza.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, dio la vuelta a Din y lo guió hacia aquellas criaturas ciegas que avanzaban. Al tiempo que corría, encendió el fuego de su *ruk*, manteniéndolo delante de ella como un sable.

Covenant y Sunder echaron a correr detrás de ella, pero Brinn y Stell se interpusieron. Maldiciendo, el Gravanélico luchó para liberarse; pero Stell lo dominó sin esfuerzo. Furiosamente, Sunder gritó:

—¡Dejadme! ¿Es que no veis que va hacia la muerte?

Covenant no hizo caso de Sunder; captó los ojos llanos de Brinn y dijo peligrosamente:

—No hagas eso.

Brinn se encogió de hombros. He jurado defender tu vida.

—Bannor pronunció el mismo juramento —Covenant no hizo ningún esfuerzo, pero miró de frente al *haruchai*. Ha muerto gente por mi causa. ¿Cuánto más crees que puedo aguantar?—. Así es como murió Elena. Yo pude haberla salvado.

El *Grim* empezó a hervir casi directamente sobre la expedición. Pero aquellas criaturas que parecían Entes de la Cueva no se daban cuenta de ello. Marchaban ciegas hacia su condena, aplastando la vegetación de la llanura.

—Bannor mantuvo su juramento —dijo Brinn, sin hacer ningún esfuerzo para refutar lo que decía Covenant—. Esto es lo que cuenta la tradición, que desciende del

mismo Bannor. Fue el primer Mark Morin, comprometido con el Amo Superior, quien sucumbió —hizo un gesto a Ceer y éste, en respuesta, corrió hacia Memla y saltó con ligereza al lomo de Din—. Nosotros también —concluyó Brinn—, mantendremos la promesa que hemos hecho, hasta el límite de nuestras fuerzas.

Pero Memla reaccionó con furia.

—¡Por los Siete Infiernos! —exclamó—. ¡No soportaré esto! Tú no me has jurado nada a mí —levantando su *ruk*, se encaró a Ceer—. Si no desmontas voy a quemarte con mi última fuerza y todo este grupo morirá por nada.

—¡Memla! —Covenant trató de gritar, pero no pudo. No tenía nada que ofrecerle; su temor a la magia indomeñable lo paralizaba. Incapaz de obrar, observó como Ceer vacilaba, mirando a Brinn. Los *haruchai* se consultaron en silencio, considerando sus compromisos. Luego Ceer, saltó al suelo y se alejó de Din.

—¡No! —Protestó Covenant—. ¡Va a matarse!

No tenía tiempo de pensar. La tenebrosidad ya cubría la atmósfera. El oscuro Grim se posó sobre Memla, apuntando a su fuego. Los cielos alrededor de la nube permanecían de un cerúleo imposible; pero la nube era oscura como la medianoche. Iba descendiendo, volcándose sobre sus víctimas.

Debajo de ella, el aire crujía como si estuviera quemándose.

Los corceles se alteraron. Sunder sacó su *orcrest* y luego cogió la mano de Hollian y la atrajo hasta el extremo del círculo más alejado de Memla. Los *haruchai* tomaron posiciones defensivas entre sus compañeros y las bestias que seguían moliendo el terreno.

Entre aquella confusión, Vain permanecía impávido, negro bajo negro, como si ya estuviera acostumbrado a la oscuridad. Hergrom se colocó cerca de Vain. Pero Memla tenía en proyecto morir; Linden zozobraba, enfermando; y Covenant se sentía atrapado por el incontestable *deber/no deber* de su anillo. Le gritó a Hergrom:

—¡Deja que cuide de sí mismo!

Al instante, cayó de rodillas. El aire dio un estallido capaz de parar cualquier corazón; el *Grim* se rompió en pedazos convirtiéndose en una densa capa de copos negros flotantes, descendiendo como si fuera nieve.

Con alarmante lentitud, iban cayendo minúsculos cristales de oscuridad solar, como trozos tangibles de la misma noche, cuya fuerza no podía soportar ni la misma piedra.

Con aire de desafío, Memla mandó fuego al espacio. Mientras tanto Din, debajo de ella, cargaba contra la marcha de aquellas criaturas. Con tremendos saltos, la bestia y su Caballera, se dirigían al centro de la corriente.

Los copos del *Grim* siguieron su dirección por la atracción de su *ruk*. El núcleo central de su poder pasó más allá de donde se hallaba el grupo.

Las criaturas atacaron inmediatamente a la montura de Memla. Din lanzó un

rugido ensordecedor al sentir que las mandíbulas se clavaban en su carne. Sólo el peso de sus cascos, el corte de sus espuelas y el grosor de su piel lo protegían.

Luego el *Grim* empezó a caer sobre su cabeza. Su fuego seguía amenazante. Sacudía su *ruk* tratando de que ni ella ni Din fueran tocados por aquellos extraños copos. Cada copo que la llama destruía era sustituido por otros cien.

Covenant la observaba abatido, impotente ante aquella agresión, sabiendo que si se valía del anillo, no podía atacar sin incluirla a ella. El *Grim* se espesaba alrededor de Memla; pero sus límites cubrían la marcha, así como a los miembros de la expedición. Las criaturas eran arrastradas a la confusión mientras aquellos copos mortales, grandes como puños, caían sobre ellas.

Del *orcrest* de Sunder salió el rayo rojo hacia el oscuro Sol. Covenant gritó dándole ánimos. Moviendo la Piedra del Sol de un lado a otro, el Gravanélico captaba copos en el aire destruyéndolos antes de que le alcanzaran a él o a Hollian.

Los *haruchai* se movían alrededor del grupo. Utilizaban mayales de hierba de pampa para destruir los copos. Y cada uno de ellos destruía a su vez el látigo que lo atacaba, pero los *haruchai* cogían otros nuevos y seguían luchando.

De repente, Covenant fue derribado. Una pieza de negror estuvo a punto de alcanzar su cara. Brinn le había empujado haciéndole caer. Luego le ayudó a levantarse. Moviendo a Covenant de un lado a otro, Brinn bailaba entre la lluvia del *Grim*. Varios copos cayeron donde ellos habían estado. Llamas obsidianas encendieron fuego en la hierba.

La hierba empezó a arder en diversos lugares.

Todavía Vain continuaba inmóvil. Los copos alcanzaban su piel y su túnica. Pero en lugar de estallar se mezclaban con él y se deslizaban por su ropa, sus piernas, igual que el agua en el metal caliente.

Covenant miró al Demondim; luego, al aproximarse Brinn regateando a través del humo, quedó fuera de su visión.

Por un momento pudo ver a Memla. Luchaba furiosamente por su vida, expandiendo fuego con todo el coraje que le daba el haber sido traicionada por el na-Mhoram. Pero el foco del *Grim* estaba a su alrededor, formando un loco enjambre. Y las inquietas criaturas habían logrado ya que Din se doblara sobre sus rodillas. En algunos lugares, su piel había sido desgarrada, dejando su carne al descubierto.

De pronto, uno de los copos se estrelló contra la cabeza del corcel. Din se desplomó, dejando a Memla a merced de las criaturas.

—¡Memla! —Covenant se esforzó en tomar el control de su poder; pero las sacudidas que le producía Brinn al llevarlo de un lado a otro, no le dejaban concentrarse. Y de todas formas, ya era demasiado tarde.

Pero aún Ceer, con desprecio de su vida, dio un salto hacia adelante, y, cargando contra las criaturas, fue en ayuda de Memla.

Ella pudo incorporarse de nuevo, defendiéndose con una rociada de fuego. Por un instante estuvo, gallarda y desafiante, enfrentándose con ellas. Ceer casi la alcanzó.

Luego Covenant, la perdió de vista cuando Brinn lo apartó del camino de uno de aquellos cuerpos negros. Las llamas y los *haruchai* daban vueltas a su alrededor. Los copos caían por todas partes. Pero se levantó a tiempo de ver a Memla caerse con un espantoso grito, al ser tocada por un trozo de oscuridad en su pecho.

Al morir, tras lanzar su *ruk*, los cuatro corceles restantes se desbocaron. Su furia se desató como si sólo la voluntad de Memla la hubiera contenido.

Rugiendo entre los fuegos de la hierba, dos de ellos salieron del círculo y echaron a correr a través de la sabana. Otro se metió en la brecha que el *Grim* había abierto en la marcha. A su paso, Ceer apareció súbitamente a su lado. Liberándose de las criaturas se agarró al pelo del corcel, usando a la bestia para salir del peligro.

La cuarta bestia atacó al grupo. Su furia cogió de improviso a los *haruchai*. Sus ojos estaban encendidos de un rojo escarlata cuando embistió a Hergrom, derribándolo.

Hergrom había estado ayudando a Cail en la protección de Linden.

Instantáneamente la bestia se dirigió hacia ella.

Caen trató de apartarla. Linden se tambaleó y cayó hacia el lado opuesto.

Covenant la vio entre los cascos del corcel. Uno de ellos estaba sobre su cabeza, a punto de aplastarla. Nuevamente el corcel retrocedió. Cail estaba muy próximo. Covenant no podía asestarle el golpe sin darle al *haruchai*. Trató de correr hacia adelante. Cuando él corcel decidió pisar, Cail sujetó sus patas. En un momento imposible, quitó al animal de encima de Linden. Luego empezó a doblegarle.

¡Linden!

Con un prodigioso esfuerzo, Cail levantó al corcel, apartándolo hacia un lado. Sus cascos no tocaron a Linden al aterrizar.

Luego apareció la sangre. Desde el hombro al codo, el brazo izquierdo de Cail había sido abierto por una de las espuelas de la bestia. Retrocedió de nuevo. La mente de Covenant fue instantáneamente iluminada por el poder. Pero antes de que pudiera usarlo, Brinn le empujó, apartándole de una nueva caída de copos. La hierba ya era una mezcla de fuego y muerte. Cuando pudo ponerse en pie fue hacia Linden; pero su corazón se había helado dentro de él.

Cuando su visión se aclaró, vio a Sunder lanzar una ráfaga de fuego que dio de lleno en el cuerpo del corcel, derribándolo y dejándolo doblado sobre sus rodillas. Una vez recuperado, se llevó su dolor fuera del grupo.

Pero Linden yacía bajo el *Grim*, rodeada de un fuego que iba extendiéndose. Y no se movía.

VEINTIDÓS. La llanura de fuego

El fuego estaba delante de él, tapándole la vista de Linden. La lluvia del *Grim* oscurecía el aire. El ruido de las criaturas llenaba sus oídos. No podía ver si Linden estaba todavía viva. Brinn seguía trasladándolo de un lado a otro y agitando un puñado de hierba alrededor de su cabeza.

El fuego de Sunder salpicaba la atmósfera con un relampagueo rojo. Ahora los copos corrosivos empezaron a concentrarse sobre él. Covenant se liberó de Brinn y fue corriendo hacia Linden. Hergrom la había levantado del suelo. El *haruchai* la llevaba en una complicada danza de evasión. Ella colgaba de sus brazos. La sangre que brotaba de la parte posterior de su cabeza manchaba su cabello.

Covenant sintió en su pecho la llamada de la plata.

Pero cuando levantó la cabeza para invocar poder, vio que la negrura del Sol estaba disminuyendo. El rojo de pestilencia ya brillaba a través del ébano. Los últimos copos del *Grim* caían sobre la cabeza de Sunder y el Gravanélico los iba destruyendo todos.

Covenant cerró su garganta, dejó la magia indomeñable sin invocar. En lugar de hacerlo, se apresuró hacia Hergrom y Linden.

Cail estaba cerca. Había cortado un trozo de su túnica y, con la ayuda de Harn, hizo un torniquete en su brazo. Su desgarrada carne sangraba considerablemente.

Los otros *haruchai* estaban marcados por el humo y el fuego, pero no habían resultado heridos. Sunder y Hollian estaban también ilesos, aunque los esfuerzos realizados dejaron al Gravanélico tambaleante. Hollian le ayudaba a sostenerse.

Vain estaba a corta distancia, como si nada hubiera pasado. Las llamas se apagaban bajo sus pies como serpientes aplastadas.

Covenant los ignoró a todos. La cara de Linden era puro alabastro. La sangre teñía su abundante cabello. En sus labios se dibujaba una inconsciente mueca de dolor. Trató de cogerla de los brazos de Hergrom; pero éste no la soltó.

—Ur-Amo —la voz de Brinn parecía incapaz de sugerir cualquier prisa—. Tenemos que irnos. La brecha ya se cierra.

Covenant trató inútilmente de arrancar a Linden de los brazos de Hergrom. ¡Era intolerable que pudiera morir! No tenía sentido que terminara de esta forma. ¿Para qué, si no, había sido escogida? El la evocaba pero no sabía como llegar a ella.

—¡Covenant! —la agitada respiración de Sunder hacía casi inaudible su voz. Es tal como dice Brinn. La na-Mhoram dio su vida para que pudiéramos proseguir. Debemos irnos.

Memla. Aquel nombre quemaba a Covenant. Ella había dado su vida. Como Lena. Como tantos otros. Con un estremecimiento se volvió. Sus manos buscaban donde agarrarse.

—Sí —apenas podía oírse a si mismo con el ruido de las llamas—. Vámonos.

En seguida los *haruchai* se pusieron en marcha. Harn y Stell iban delante; Hergrom y Brinn seguían con Covenant. Cail guardaba a Sunder, Linden y Hollian. Nadie prestaba atención a Vain, formando un solo cuerpo, sortearon los fuegos de la hierba, dirigiéndose a la brecha de la marcha.

Las criaturas se movían como locas en el devastado terreno, donde Memla había caído. Los que encabezaban la marcha ya estaban fuera del alcance de la vista, ignorando lo que les había pasado a los que venían detrás. Pero más seres deformados llegaban constantemente del Sur. Podían haberse interpuesto en el camino del grupo inmediatamente, pero sus propios muertos los retrasaban. Las criaturas que llegaban tropezaban con los muchos muertos y heridos, al tiempo que cortaban su carne con sus tentáculos, alimentándose vorazmente. Y los fuegos añadían temor a su hambre.

Dentro de la confusión, los *haruchai* guiaban a Covenant y a los pedrarianos.

La expedición parecía pequeña y frágil al lado de aquellas grandes criaturas ciegas, vulnerable ante aquellas feroces mandíbulas, aquellas plateadas extremidades. Pero el pueblo de Brinn sabía hilar muy fino en su cautela. Y siempre que una de ellas se les acercaba, Stell y Harn se encargaban de golpearla fuertemente rompiendo su antena para que la criatura no pudiera localizar a su presa. Así mutiladas, las bestias se batían en combate mortal con su semejante. Covenant, Sunder y Hollian eran impelidos como si sus vidas fueran preservadas solamente por la mágica competencia de los *haruchai*.

Unos trozos de tela roja marcaban el lugar de la muerte de Memla, desposeído de cualquier tumba o signos de duelo.

Corriendo tanto como podían, todos los compañeros se adentraron en la espesa hierba, ya alejándose de la marcha. Algunas criaturas viraban para perseguirlos. Con toda su fuerza, Stell y Harn atacaban la hierba, abriendo un camino a través de ella. Sólo Vain parecía no tener prisa. No tenía necesidad de apresurarse. Cada criatura que se le acercaba, tratando de atacarle caía muerta al instante, siendo devorada por las otras.

Cuando ya habían recorrido una corta distancia entre la hierba, Ceer se unió a ellos. No habló; pero el objeto que sostenía explicaba lo que había hecho.

El *ruk* de Memla.

Su visión detuvo a Covenant. Las posibilidades que ofrecía rodaban en su cabeza. Adelantó su brazo para cogerlo.

Pero no tuvo tiempo. Una aguda crepitación cortaba la hierba como una guadaña. Miles de criaturas se abrían camino en su persecución.

Brinn empujó a Covenant. Todos echaron a correr.

Ceer, Stell, Brinn y Cail se quedaron detrás para defenderlos. Ahora era Cail quien encabezaba el grupo. A pesar de su brazo herido y de la espesura de la

vegetación, se abría camino con su cuerpo. Seguía Hergrom, llevando a Linden, y Covenant pegado a los talones de Hergrom, con Hollian y Sunder detrás de él.

Las criaturas se movían como si estuvieran preparadas para segar la sabana, a fin de darse un festín de carne humana. El ruido de su carga amenazaba al grupo como el fuego.

Cail atacaba los gruesos tallos con todo el antiguo valor de los *haruchai*, pero no era lo suficientemente rápido en abrir el camino para mantener la ventaja a los perseguidores. Covenant empezó pronto a tambalearse de cansancio. Aún convalecía de la Videncia. Sunder y Hollian no estaban en mejores condiciones. Linden parecía muerta en los brazos de Hergrom, y Cail dejaba marcas de sangre sobre la hierba.

En el reverso de la desesperación de Covenant había una demanda insistente.

¡Usa el anillo! Pero no podía. Estaba demasiado débil. Empezó a perder terreno. Cail y Hergrom parecían extenuarse con el azotante retroceso de la hierba. Si permitía que su veneno se activara, se exponía a consecuencias incontroladas. Se oyó a sí mismo gritar como si su esfuerzo fuera un cuchillo en su pecho. Pero no podía silenciar el dolor.

Súbitamente Brinn apareció a su lado. Hablando sólo lo suficientemente alto para ser oído, el *haruchai* dijo:

—Cail ha encontrado un lugar que puede ser defendido.

Covenant, se tambaleó cayendo entre la hierba cortada. Un olor a podrido obstruyó su respiración. Pero Brinn lo levantó de nuevo. El vértigo empezaba a apoderarse de él. Apoyado en el hombro de Brinn como si fuera la única cosa sólida que quedara en el mundo, se dejó medio arrastrar por él.

El camino que abría Cail condujo a una pila de piedras, elevándose incongruentemente de la sabana, como una tumba o señal dejada por los gigantes. Llegaba a la mitad de la altura de la hierba que lo rodeaba. Hergrom ya se había subido a ella, dejando a Linden en el suelo, en una relativa seguridad, y volvió para ayudar a Hollian a ascender. Ignorando su dolor, Cail se unió a Hergrom. Stell y Harn los siguieron. Cogieron a Covenant cuando Brinn y Ceer le empujaron hacia arriba.

En seguida fue junto a Linden y, luchando contra su debilidad, trató de examinarla. Levantando su cabeza y apartándole el pelo, tan cuidadosamente como pudo con sus dedos insensibles, descubrió que la herida no parecía grave. Ya casi había dejado de sangrar. Sin embargo, Linden permanecía inconsciente. Todos sus músculos estaban flácidos. Su rostro parecía haber salido de una batalla. Los agotados sentidos de Covenant no podían valorar su estado. No era útil para ella.

Sunder y Hollian subieron a reunirse con él. Arrodillándose al lado de Linden, Sunder la examinó. Sus facciones denotaban fatiga y nerviosismo.

—Ah, Linden Avery —dijo, casi sin voz—. Has tenido mala suerte.

Covenant ahogó una exclamación de angustia y trató de contradecir el tono

dramático de Sunder.

—No parece tan serio.

El Gravanélico, sin mirarle, aclaró:

—La herida en sí... Quizás incluso la de Cail no es una amenaza para su vida. Pero éste es un Sol de Pestilencia.

Luego se quedó en silencio.

—Ur-Amo —dijo Hollian, nerviosamente—, cualquier herida es fatal bajo el Sol de Pestilencia. No hay curación para la enfermedad del Sol Ban.

—¿Ninguna? —La palabra salió rota de Covenant.

—Ninguna —respondió Sunder, entre dientes.

Y Hollian añadió, con dolor en su mirada:

—Ninguna que sea conocida por el pueblo del Reino. Si el Clave tiene conocimiento de alguna curación...

No necesitaba completar la frase. Covenant comprendió. Memla había muerto. Se había vuelto en contra del na-Mhoram porque era honesta; porque era valiente, había dirigido el *Grim* hacia sí misma; y porque Covenant no había utilizado su magia indomeñable, ella estaba muerta. Su miedo le había costado la vida.

Le debía a sus compañeros cualquier cosa que supusiera la posibilidad, aunque fuese remota, de curar a Linden. Y a Cail.

Cualquier herida es fatal.

Y esto no era todo. Los corceles se habían ido. La expedición no tenía provisiones. Era culpa suya, porque había tenido miedo. Con poder había matado. Sin poder, había sido causa de muerte.

Memla había dado su vida por él.

Con los ojos ardientes, se levantó dificultosamente. Su propio celo era una amenaza para él; pero lo ignoró, como si fuera inmune al vértigo o al fracaso.

—¡Brinn!

Los *haruchai* se habían alineado defensivamente alrededor de las rocas y al nivel de la hierba. Por encima de su hombro, Brinn respondió:

—¿Ur-Amo?

—¿Por qué dejaste morir a Memla?

Brinn contestó, encogiéndose de hombros.

—La elección fue suya —su confianza en su propia rectitud parecía total—. Ceer ofreció su vida. Ella rehusó.

Covenant asintió. Memla había rehusado. Porque él le había dicho que no podía controlar su anillo.

No estuvo satisfecho con la respuesta de Brinn. Una vez, los Guardianes de Sangre habían tomado una decisión similar acerca de Kevin, y nunca se habían perdonado por ello. Pero tales cuestiones no importaban ahora. Memla estaba muerta.

Linden y Cail iban a morir. Parpadeando ante el calor que sentía en sus ojos, miró a su alrededor. Toda la expedición estaba sobre aquel montón de piedras. Todos, excepto Vain. Éste permanecía abajo, como si se encontrara cómodo en la hierba y el hedor. La jungla estaba fuera de la vista al Este. En todas direcciones la sabana se extendía hacia el horizonte, un mar en tierra de un verde amarillento, ondeando ligeramente bajo la brisa.

Pero había una sucia cicatriz al descubierto que corría imponderablemente hacia el Norte. Y desde esta cicatriz, una corriente similar había virado en dirección a la loma en que se encontraban. Los fuegos del *Grim* ya se habían extinguido, quedando solamente humo y rescoldo. Liberadas de aquel peligro, las criaturas corrían veloces en línea recta hacia las piedras. La hierba era un hervidero mientras la apartaban, cortaban y comían. Pronto la loma estuvo rodeada de bestias.

Covenant apenas podía ver a Vain. El Demondim defendía su terreno con perfecta serenidad y cada criatura que se le acercaba moría. Los *haruchai* estaban ya dispuestos cuando el ataque empezó. Cuando las criaturas empezaron a escalar las rocas. Brinn y su pueblo hicieron uso de la ventaja de su elevación para romper sus antenas. Luego la empujaban para que cayera al hervidero y fueran consumidas. Su fortaleza, precisión y equilibrio hicieron efectivo su trabajo; y las bestias que caían obstruían el paso a las otras.

Pero la loma de piedras era demasiado grande. Los cinco *haruchai* no podían defenderla por entero. Gradualmente fueron empujados hacia atrás. Covenant no vaciló. Una furia fría de poder invadió sus huesos. Maldiciéndose a sí mismo, cogió el paquete que guardaba debajo de su correa y desenvolvió el *krill* de Loric Acallaviles.

El brillo de su gema lo detuvo momentáneamente. Había olvidado la intensidad de aquel blanco, luz pura, la afiladura de sus bordes, el calor del metal. El temor natural del leproso le impedía tocar el *krill* sin la protección de la tela. Pero la necesidad del grupo era ineludible. Sus dedos estaban insensibles, irrelevantes. No había calor que pudiera alterar la condena que lo definía. Apartó la tela, cogió el *krill* con su media mano y fue a unirse a los *haruchai*.

Seres como Entes de la Cueva malformados venían lanzándose hacia arriba con sus largas extremidades. Sus tentáculos se clavaban en la piedra. Sus mandíbulas se abrían y cerraban con ruido. De una mordida podían arrancarle un brazo. Sus antenas ya le estaban buscando a él.

Moviéndose como un condenado empezó a atacarlas.

El *krill* partía sus corazas, cortaba las antenas, incluso las mandíbulas, como si fuera una espada manejada por la destreza y potencia de un gigante. El *krill* era un instrumento de la Ley, y las criaturas eran seres sin Ley, nacidas del Sol Ban. Un lánguido fulgor salió de la palma de Covenant extendiéndose a su muñeca y a su

brazo, pero lo cortó, sacudiéndose, y con cada golpe mandaba una bestia a la muerte, uniéndola a la masa que había bajo ella. Pronto Sunder se unió a la defensa. Su puñal no era un arma indicada para aquel trabajo, pero sabía manejarlo y su hoja podía cortar antenas. No lograba dislocar a las bestias como hacían los *haruchai*, pero a veces esto era innecesario. Con las antenas dañadas, las criaturas se desorientaban, chocaban unas con otras y caían al suelo. Y Stell, junto con Ceer, le protegían. El ataque no cesaba. Cientos de criaturas reemplazaban a las que caían. Pero ellos seguían defendiéndose. Al cabo de un rato, todo el terreno que circundaba la loma estaba desnudo de hierba. Y una tormenta de violencia muda cubría el suelo, tratando de atacar hacia arriba. Pero sólo un pequeño número de bestias podían asaltar las piedras en un determinado momento. Contra este limitado número, ellos podían aguantar. Los brazos de Covenant se hicieron pesados. Tenía que coger el *krill* con ambas manos. Sunder maldecía entre dientes, mientras se obligaba a continuar esforzándose, mucho después de que sus fuerzas estuvieran ya agotadas. Pero Hollian le proporcionaba períodos de descanso, ocupando su lugar y utilizando el puñal, porque su cuchillo era demasiado pequeño para la tarea. Y la fuerza de Vain también ayudaba, aunque él parecía no darse cuenta de lo que hacía. El grupo aguantó.

Así pasó la tarde. Covenant, al final, actuaba mecánicamente, como por reflejos. Su entumecimiento creció al paso del tiempo, mientras continuaba el asalto. Parecía tener fuego en sus articulaciones. Continuamente Brinn le salvaba de los ataques en cuya repulsión se mostraba demasiado lento. Apenas tuvo consciencia de que el Sol comenzaba a ponerse, y el frenesí de las criaturas a decrecer. Con el crepúsculo las bestias parecían perder su objetivo y la dirección en que estaba. De una a una, luego de dos en dos y luego por veintenas, empezaron a escurrirse, y a vagar por la hierba. Cuando la oscuridad llegó a la sabana y el azote del Sol Ban cesó, todas las criaturas huyeron.

Covenant se detuvo. Su corazón temblaba en su pecho. Mientras trataba de respirar, dejó caer el *krill* en las rocas. La loma tembló. Apoyado sobre sus manos y pies trató de acercarse a Linden, pero no podía alcanzarla. Su vértigo aumentó súbitamente. Sintió que todo le daba vueltas y se desvaneció en la ciega noche.

Algún tiempo después de que la Luna hubiera traspasado su cénit fue despertado por las convulsiones de Linden.

Se levantó y se arrastró a través de su fatiga, hambre y sed, tratando de ver lo que ocurría. Las piedras estaban iluminadas por el *krill*. Había quedado encajado entre ellas, de manera que iluminaba el sector. Sunder y Hollian se colocaron junto a Linden, observando su ansiedad. Ceer y Hergrom la sujetaron para que no se dañara a sí misma en el movimiento incontrolado de sus músculos.

En las piedras bajas, los otros *haruchai*, estaban apiñados como si estuvieran luchando entre sí. Con una rápida mirada, Covenant vio a Brinn, Stell y Harn,

esforzándose para mantener quieto a Cail. Al igual que Linden, el *haruchai* herido yacía sufriendo una frenética convulsión.

Al ver a Covenant, Sunder dijo con cara preocupada:

—El Sol de Pestilencia ha infectado su herida. De una enfermedad así, nadie se recupera.

Oh, Dios.

A Covenant, le invadió el pánico, y este aumentó al ver a Linden arqueándose, ahogándose con su propia lengua.

Le cogió la cara y trató de abrirle las mandíbulas; pero tenía los dientes fuertemente apretados y era imposible separarlos. Su cuerpo entero estaba rígido.

—¡Se ha tragado la lengua! ¡Abridle la boca!

Al instante, Ceer cogió sus muñecas, aprisionándolas en su mano izquierda, mientras que con la derecha trató de abrirle las mandíbulas. Por un latido de corazón, su fuerza no fue suficiente. Volvió a intentarlo y sus dientes se abrieron. Ella tembló bajo un espasmo de dolor. Manteniendo su boca abierta con la anchura de su mano, pudo con destreza llegar a su garganta, liberando la lengua.

Ella tomó aire como si quisiera gritar; pero sus convulsiones bloquearon el sollozo en su pecho.

Con un feroz espasmo, Cail apartó de él a Brinn. Dando vueltas en el aire, Brinn aterrizó en el suelo, volviendo nuevamente hacia él cuando Stell y Harn sujetaban a su compañero.

El rostro de Linden era cadavérico a la luz del *krill*. Su respiración parecía un sollozo que entraba y salía de sus atormentados pulmones.

Cail emitía unos sonidos como si estuviera asfixiándose. Una parte oscura de Covenant pensó: El es inmune al Sol Ban. Probablemente había veneno en la espuela.

Luego se concentró en Linden como si pudiera mantenerla viva con la sola fuerza de su voluntad. Acercó la mano para tocar su frente, y eliminó el sudor; pero él no pudo sentir nada.

—Ur-Amo —dijo Hollian, susurrando—, yo debo hablar de esto. Debe ser puesto en conocimiento de todos —no pudo leer su cara porque estaba a la sombra del *krill*—. He consultado el *liantar*. Mañana tendremos un Sol Desértico.

Covenant estaba pendiente del tormento de Linden, deseando hacer algo por ella.

—Me trae sin cuidado.

—Hay más —el tono de Hollian se agudizó. Era una eh-Estigmatizada acostumbrada al respeto—. Habrá fuego, como si el Sol fuera un Sol de llamas. Este lugar será peligroso. Debemos huir.

—¿Ahora?

—En seguida. Debemos volver al Oeste, hacia la tierra donde crecen los árboles. La tierra de esta pradera será la muerte para nosotros.

—¡Ella no está en condiciones! —su súbita furia sobresalió en el silencio de la noche; dejó a todos en un silencio sólo alterado por la ronca respiración de los enfermos. Con un movimiento de hombros, rechazó el aviso de Hollian—. No voy a moverla de aquí.

Hollian empezó a protestar, pero Sunder la interrumpió enérgicamente.

—El es el ur-Amo.

—Está equivocado. La verdad es la verdad. Esas muertes no pueden evitarse. Permanecer aquí significará la muerte para todos nosotros.

—El es el ur-Amo —la rudeza de Sunder se volvió gentil—. Toda tarea que él pone en sus manos es imposible; pero la cumple. Ten confianza, eh-Estigmatizada.

Linden inició otra serie de espasmos. Viendo la forma en que actuaba su enfermedad, Covenant temía que cada respiro pudiera ser el último. Pero luego, de pronto, sus convulsiones cesaron; se quedó flácida como una muñeca rota. Lentamente, su respiración se hizo más profunda, a medida que se sumergía en el sueño de su propio agotamiento.

La afección de Cail estaba más avanzada. Los ataques prosiguieron hasta la puesta de la Luna. La gente de Brinn tenían que luchar incesantemente para impedir que se produjera heridas de muerte al estrellarse su cabeza con la piedra.

—El amanecer se acerca —murmuró Sunder, como si temiera alterar la quietud reinante, o que el sonido de su voz indujera a Linden o a Cail a agitarse nuevamente—. Vamos demasiado retrasados —Hollian no podía evitar su descontento—. Debemos permanecer aquí. No llegaremos a tiempo a lugar seguro.

Covenant no les hizo caso. Estaba sentado junto a Linden, abrazándola y esforzándose a creer que viviría.

Nadie se movió. Todos permanecieron sentados a la luz del *krill* mientras el Este palidecía con la salida del Sol. Un resplandor polvoriento empezó a dibujar la silueta del horizonte. Todas las estrellas fueron borradas. El color del cielo fue matizándose de marrón ante el inminente amanecer. La atmósfera se volvió palpablemente más seca, anunciando calor.

Cuando el Sol salió, tenía un tinte de desecación. El contacto de sus rayos recordó a Covenant que no había comido ni tomado ningún líquido desde la mañana anterior. Un notable desapasionamiento empezó a revolverse dentro de sí, distanciándole de su destino. El ligero y tranquilo sueño de Linden en sus brazos era ya un objetivo logrado.

A medida que el Sol Ban coloreó la sabana, la hierba empezó a fundirse. Su fibra se iba convirtiendo en un cieno gris, derramándose en el suelo. Esto, recordó Covenant, fue lo que ocurrió en el Bosque de Musgo de Morin. En los bosques de Glimmerdhore y en la Espesura Acogotante. Un Sol Desértico se había levantado sobre ellos y, en consecuencia, decenas de miles de años de espeso bosque se habían

convertido en polvo. *Y la Gloria del Mundo es menos de lo que fue.* Por un momento recobró la pasión suficiente para maldecir: ¡Maldito seas, Amo Execrable! Sería mejor que me mataras.

En una voz semejante a la inanición de Covenant, pero infinitamente más firme, Brinn se dirigió a Hollian.

—Eh-Estigmatizada, tú has hablado de fuego.

—El *liantar* habló de fuego —la dignidad personal aumentada por la duda marcaba sus palabras—. Nunca había visto una llama así en mis predicciones. No me preguntes. No puedo responder.

Covenant pensó que el fuego no tenía ninguna razón de ser. La expedición estaba sin agua bajo un Sol Desértico. No se necesitaba nada más.

La verdad del augurio de Hollian se hizo evidente cuando el Sol se elevó lo suficiente y la hierba se hundió lo bastante para que la luz diera directamente en la loma. Y con la luz vino una tenue evaporación que parecía transformar la composición del suelo. El lodo empezó a resplandecer.

Covenant pensó que tenía alucinaciones.

De pronto, Vain subió a las piedras. Todos los ojos se fijaron en él, pero sus negros ojos permanecían inexpresivos, distantes, como si no se diera cuenta de sus actos.

Brinn y Hergrom se colocaron en posición de proteger a Covenant y a Linden. Pero Vain se detuvo, sin hacer caso del *haruchai*, y se quedó mirando al vacío como un invidente.

Poco a poco, el suelo fue adquiriendo un tinte rojizo, salpicado de amarillo. El color se intensificaba.

El suelo desprendía calor.

En los bordes de aquella isla de piedra, el cieno empezó a humear. Un humo extraño en forma de mechones, y luego en oleadas, cada vez más densas, llenó la atmósfera.

En unos momentos, todos los residuos ardían.

El humo empezó a salir también de otros lugares a lo ancho de la sabana. Pronto habría fuego en todas partes.

Y el lodo continuaba oscureciéndose.

El grupo observaba tensamente; incluso los *haruchai* parecían contener la respiración. Sólo Linden y Cail ignoraban lo que ocurría. Pero Vain no parecía ajeno al problema. Observó a Linden entre los hombros de Brinn y Hergrom y su expresión cambió como si un vago propósito tomara consistencia dentro de él.

Covenant, confuso estudió el suelo. La luz anaranjada y el calor le despertaron recuerdos. Gradualmente, la cara del padre de Lena, Trell, se clarificó en su mente, sin saber por qué. Podía ver a Trell de pie, duro como granito, en el hogar de Elena.

La cara del pedrario estaba enrojecida por la luz, con reflejos que brillaban en su barba, el mismo color de aquellas emanaciones. Luego Covenant recordó.

Gravel. Piedras de fuego.

Bajo el azote del Sol del Desierto, aquella sabana entera estaba siendo transformada en un mar de gravel. El fuego consumía los residuos, y debajo de ellos yacía el gravel, que lanzaba silenciosamente su calor a los cielos.

Covenant y sus compañeros podían estar colgados sobre un mar de lava.

Se quedó sentado, con mirada de ciego. Podía sentir la muerte como algo familiar. Memla se había sacrificado. Linden y Cail estaban a punto de morir. Todos ellos iban a morir.

Vain no avisó sobre su propósito. La inesperada rapidez de su movimiento cogió por sorpresa, incluso a los agotados *haruchai*. Con una pasmosa rapidez, apartó a Brinn y Hergrom y avanzó decididamente hacia Covenant y Linden. Hergrom se agarró a un saliente de la roca. Brinn se salvó de caer al gravel por la celeridad con que Ceer lo sujetó.

Sin esfuerzo alguno, Vain arrancó a Linden de los brazos de Covenant. Stell avanzó y golpeó a Vain entre los ojos. El Demondim no reaccionó, siguió con su propósito como si no hubiera sido tocado. Stell fue empujado contra Harn.

Sosteniendo a Linden suavemente, Vain caminó hacia el borde oriental de la loma y saltó sobre las piedras de fuego.

¡Vain!

Covenant se había levantado. Sus oídos silbaban como si el calor se hubiera convertido en viento. Sentía el veneno en sus venas. Quería hacer uso de la magia indomeñable, ¡quería atacar!

Pero si hacía algún daño a Vain, el Demondim podría dejar caer a Linden sobre el gravel. ¡Linden!

Vain no prestaba ninguna atención al peligro. Firmemente, con total seguridad empezó a caminar.

En aquel instante, Hergrom saltó como una pantera desde las piedras. En la extensión más lejana de su salto, hizo impacto en los hombros de Vain. El Demondim ni siquiera se tambaleó, siguió su camino a través del gravel con Linden en sus brazos y Hergrom colgando de su espalda como si fuera inconsciente de la existencia de ambos.

El grito de Covenant murió en su pecho. Sabía que Brinn y Sunder sujetaban sus brazos para impedir que fuera en persecución de Vain.

—El no siente el fuego —remarcó Brinn—. Puede que trate de salvarla. Y tal vez logre salvarla.

—¿Salvarla...? —Covenant se relajó. ¿Era posible? Le dolían los músculos de la cara, pero no podía relajarlos—. ¿Salvarla para que pudiera servir al Amo Execrable?

¿Por qué... no le ayudó antes, durante el *Grim*?

Brinn se encogió de hombros.

—Posiblemente porque vio que entonces su ayuda no era necesaria. Ahora lo hace porque sabe que estamos sin ayuda.

—¿Vain? —Covenant jadeó. No. No podía evitar los escalofríos que sentía en su interior—. No, no estamos sin ayuda —era insoportable. Ni un leproso podía soportar una cosa así. *No estamos sin ayuda*.

Miró hacia donde estaba Vain. El Demondim corría, desapareciendo entre los vapores del gravanel.

Covenant se liberó de Brinn y Sunder. Se enfrentó a sus compañeros. El esfuerzo para controlar su temblor le hizo notorio.

—Ceer. Dame el *ruk*.

Sunder mostró preocupación. Los ojos de Hollian se abrieron como si tuviera una intuitiva esperanza o temor. Pero el *haruchai* no mostró sorpresa alguna. Ceer cogió el *ruk* de Memla, sacándolo de su túnica, y se lo entregó. Covenant lo cogió bruscamente y lo puso delante de Sunder.

—Sunder. Tú eres el Gravanélico. Úsalo.

Los labios de Sunder formaron palabras sin sonido.

—¿Que lo use?

—Llama a los corceles. Ellos están criados con el Sol Ban, y pueden sacarnos de aquí.

El Gravanélico emitió una ahogada protesta.

—¡Covenant!

Apoyando el *ruk* en el pecho de Sunder, Covenant insistió:

—¡Hazlo! Yo no puedo. Yo no conozco al Sol Ban como tú y no puedo tocarlo. Soy un leproso.

—¡Y yo no soy un Caballero!

—No importa —Covenant mezclaba la ira y el miedo—. Aquí vamos a morir todos. Puede que yo no cuente. Pero tú sí. Hollian también. Vosotros conocéis la verdad del Clave —pinchó a Sunder con el *ruk*—. Úsalo.

El calor llenaba de sudor la cara de Sunder. Sus facciones parecía que iban a derretirse como la hierba. Desesperadamente, miró a Hollian, de forma suplicante.

Ella tocó su brazo lleno de cicatrices.

—Sunder —dijo suavemente—. Gravanélico. Quizá puedas hacerlo. Seguramente, la Piedra del Sol te da poder para intentarlo. Yo te ayudaré si me es posible. Con el *lianar* puedo percibir el estado del Sol Ban. Quizás también pueda guiarte a ti para dominarlo.

Por un momento se miraron uno a otro, midiendo la magnitud de la situación. Luego Sunder se dirigió nuevamente a Covenant. La expresión del Gravanélico era

de temor y de rechazo, por un instintivo odio hacia cualquier cosa que perteneciera al Clave. Pero aceptó el *rukh*.

De mala gana escaló la roca más alta de la loma, sentándose cerca de la radiación blanca del *krill*.

Hollian se situó de pie en una roca más baja, de manera que su cabeza estuviera al mismo nivel que la de Sunder. Ella observaba con atención como colocaba el *orcrest* en su regazo y luego destapaba el mango del *rukh*.

Las piernas de Covenant temblaban como si no pudieran ya soportar más el peso de lo que él era. Pero permaneció en pie, apoyado en las rocas, observando como testigo.

Sunder vertió el último fluido del *rukh* en su mano.

Hollian colocó su palma en la de él, dejando que permaneciera en contacto durante unos momentos para compartir la sangre como gesto de compañerismo. Luego con sus dedos untó el *liantar* y empezó a cantar suavemente, como para sí. Sunder se frotó las manos, ensució de rojo su frente y sus mejillas, para coger luego la Piedra del Sol.

Los rígidos acentos de su invocación eran un contrapunto al murmullo casi inaudible de Hollian. Juntos aspearon la madeja del poder del Sol Ban: Sangre y Fuego.

Pronto, su familiar rayo rojo se disparó como una querrela contra el Sol. Una trepidación como la descarga de un rayo resonó en el aire.

Levantó el *rukh* y lo mantuvo de forma que el rayo de la Piedra del Sol corriera a lo largo del hierro. Sus nudillos se blanquearon contrastando con el reverso de sus manos.

Delicadas llamas nacieron como vástagos a lo largo del *liantar*. Hollian cerró los ojos. Su fuego tomó poco a poco el color marrón del aura solar y empezó a formar zarcillos. Uno de ellos se enrolló en las manos de Sunder para luego subir por el *rukh* hasta el rayo de la Piedra del Sol.

Parpadeó nerviosamente, defendiéndose del sudor que molestaba sus ojos, que brillaban como si el *rukh* fuera una serpiente que no podía ni sostener ni soltar.

Un dolor punzante en el pecho de Covenant le recordó que se había olvidado de respirar. Cuando se esforzó a inhalar parecía que el vértigo tiraba de él. Sólo sus brazos apoyados en la roca le impidieron perder el equilibrio.

Ninguno de los *haruchai* miraba a Sunder y Hollian. Cail volvía a sufrir convulsiones. Los otros luchaban para mantenerlo quieto. Los recuerdos de Linden oprimieron a Covenant, que cerró los ojos ante la náusea.

Volvió a mirar hacia arriba cuando los cánticos finalizaron. Tanto el rayo de Sunder como la llama de Hollian se extinguieron. Los pedrarianos se sostenían uno al otro. El Gravanélico sacudía sus hombros.

Covenant se arrodilló, sin saber cómo había perdido el equilibrio.

Cuando Sunder habló, su voz era sarcástica.

—Después de todo, no es muy difícil ser un Caballero. Ya sé manejar el *ruk*. Los corceles están a mucha distancia, pero vendrán.

Al fin, cesó la crisis de Cail. Durante un tiempo recobró la consciencia, pero hablaba en la lengua de los *haruchai* y Covenant no podía comprender lo que decía.

La primera de las grandes bestias volvió poco después de mediodía. Por entonces la sed y el hambre habían afectado a Covenant reduciéndolo a un estado próximo a la ceguera. No podía distinguir cuál de los corceles era el que se aproximaba ni si el animal llevaba todavía los suministros. Pero Brinn lo aclaró:

—Es Clangor, el corcel que asaltó a Linden Avery. Cojea y su pecho está quemado. Pero el gravanel no le hace daño —un momento después añadió—: Su carga está intacta.

Intacta, pensó Covenant. En seguida miró a través de la bruma como Ceer y Stell saltaban sobre el corcel, volviendo luego con bolsas de agua y comida. Oh, Dios mío.

Cuando él y los pedrarianos hubieron satisfecho su primera sed desesperada y habían empezado a comer, Annoy llegó galopando del Sur. Al igual que Clangor, no había sido lastimado por el gravanel; pero se movía incómodamente alrededor de la loma, tratando de escapar de las piedras de fuego.

También volvieron Clash y Clang. Sunder frunció el entrecejo ante ellos, como si no le gustara el orgullo que sentía por lo que había logrado, pero a Hollian le brillaba la sonrisa.

En seguida los *haruchai* empezaron a prepararse para la partida.

Cogiendo el trozo de tela que había tirado, Covenant volvió a envolver el *krill* y lo guardó detrás de su cinturón. Luego descendió de las piedras hasta el nivel del lomo de los corceles. A poca distancia del suelo, el calor del gravanel era lo bastante intenso como para chamuscar su carne. No pudo evitar el recuerdo de Corazón Salado Vasallodelmar en las Cenizas Calientes, donde el gigante se había sumergido en lava para ayudar a Covenant.

Desconfiando de los corceles y de sí mismo, Covenant no podía saltar la pequeña distancia que le separaba de la montura.

¡Basta!, dijo para sus adentros. No dejaré que por mí mueran más amigos. Tuvo que esperar, colgado de donde estaba, bizqueando contra la irradiación, hasta que los *haruchai* le ayudaron.

En un momento, Ceer y Brinn se unieron a él, llevando a Cail. Sunder levantó el *ruk* no muy seguro de su maestría, pero los corceles obedecieron, acercándose al borde de las piedras. Dejando a Cail, Ceer saltó al lomo de Annoy. Harn le pasó los sacos. Los cargó en el lomo de Annoy y luego cogió a Cail con ayuda de Brinn, sentándolo en el animal.

El brazo de Cail estaba amoratado y supuraba. Esto inquietó a Covenant. Cail necesitaba a Linden. Ella era médico.

Linden estaba tan enferma como el *haruchai*.

Practicando su control, Sunder mandó Annoy apartarse de los otros corceles. Luego Harn y Hollian montaron sobre Gangor. El Gravanélico, junto con Stell, montó a Clang. Antes de que Covenant pudiera prescindir de su miedo, Brinn lo levantó para montarlo sobre Clash.

Cayó sobre el ancho lomo de Clash y se agarró fuertemente al pelo. El calor le sometía a un asado lento. Pero aún pudo levantar la voz.

—Encuentra a Vain. Rápido.

Con un gesto, Sunder dirigió las bestias hacia el Este. Galoparon hacia lo lejos a través del aire anaranjado por el gravanel.

Clang llevaba a Sunder y el *ruk* a un paso vertiginoso y las otras monturas seguían su paso. Incluso Clangor, que tenía una herida, no se quedaba atrás. Corría como el viento, con furor en sus ojos rojos. Había sido formado por el poder del Fuego Bánico para obedecer a cualquier *ruk*. No podía rechazar la autoridad de Sunder.

Covenant no pudo calcular la velocidad. Apenas podía mantener los ojos abiertos en aquel calor. Apenas podía respirar. Sólo sabía que viajaba a gran velocidad, pero no la velocidad que llevaría Vain. La ventaja del Demondim era tan larga como la mañana.

El viento abrasaba su cara. Sus ropas estaban tan calientes que parecía que iban a fundirse al contacto con la piel. Tenía sudor caliente en todo su cuerpo. Sus ojos exudaban lágrimas contra el brillo y el calor del gravanel. Pero los corceles corrían como si hubieran nacido sobre las piedras de fuego. Hollian galopaba sobre el lomo de Harn. Sunder se abalanzaba sobre el cuello de Clang. Los *haruchai* cabalgaban con magistral desenvoltura. Y los corceles corrían.

El gravanel parecía no tener fin. El fuego coloreaba los cielos con licuada grandeza. A través del humo, la corona solar parecía un anillo incandescente separada del Sol. La sabana entera era un lecho carbonífero; los corceles estaban atravesando un verdadero infierno. Pero Sunder había aprendido a dominar el *ruk*. Y mientras viviera, las bestias no fallarían.

No lo hicieron. Corrían como si hubieran nacido entre las llamas. Con regularidad, infatigablemente, dejaban las leguas atrás como vidas quemadas en un horno.

La respiración de Covenant parecía un sollozo, no porque le faltara aire, sino porque sus pulmones se estaban secando. Empezó a tener visiones de la Laguna Brillante, el frío estanque bendecido con la Energía de la Tierra. Sus huesos palpitaban al inhalar agua. Y los corceles corrían.

Cuando dejaron el gravanel para marchar sobre barro duro, el súbito cambio hizo que el aire desértico les pareciera un puro deleite. Levantó la cabeza. Su pecho sintió un alivio, como si se tratara de un viento polar. Un instante después, los corceles repiqueteaban con sus cascos el suelo muerto y cocido por el Sol, levantando nubes de polvo. La bruma se redujo. De pronto, el terreno adquirió unas formas, un sentido. Entonces vio a Vain delante de él. El Demondim estaba de pie, negro y fatal, en el banco de una hondonada que se cruzaba con el camino que seguía el grupo. Los anillos del Bastón de la Ley acentuaban su aspecto de medianoche. Observaba a los corceles corriendo hacia él como si ya los hubiera estado esperando. Estaba solo.

¿Solo?

Cuando la bestia se paró en seco, Covenant fue lanzado, aterrizando duramente. Tendido sobre el barro, le gritó a Vain:

—¿Qué has hecho con ella?

Vain no se movió. Covenant se lanzó con rabia sobre el Demondim, retrocediendo en seguida como si hubiera chocado contra una pared de obsidiana. Al instante apareció Hergrom, saliendo de la hondonada. No parecía herido, aunque sus vestiduras estaban chamuscadas por el gravanel. Sin expresión, como si no quisiera dignarse a juzgar la precipitación de Covenant dijo:

—Está aquí. En la sombra.

Covenant saltó, precipitándose hacia el canal.

El lecho seco no era profundo. Aterrizó sobre la arena y dio algunas vueltas buscando a Linden.

Estaba tendida sobre su espalda bajo la sombra del margen del canal. Su piel estaba ligeramente enrojecida; había estado muy cerca del gravanel. Pudo verla con tanta claridad como si la tuviera grabada en su mente: Su nuevo color, los regueros de sudor en su pelo color trigo, su cicatriz entre las cejas, como la expresión de su lucha contra la vida que había tenido.

Sufría convulsiones. Sus talones golpeaban la arena. Sus dedos arañaban el suelo; se notaban espasmos en su cuerpo, que le obligaban a doblar la espalda. Una sonrisa cadavérica se plasmaba en su rostro. Ligeros sonidos entrecortados se escapaban entre sus dientes, como fragmentos de dolor.

Covenant se colocó a su lado, la cogió por los hombros para frenar el movimiento de sus brazos. Su pánico le impedía pronunciar palabras o emitir sonido alguno.

Sunder y Hollian se unieron a él y fueron seguidos por Harn y Hergrom. Brinn, Ceer y Stell llegaron un momento después, llevando a Cail. El también estaba sufriendo otra de sus crisis.

Sunder puso una mano en el hombro de Covenant.

—Es la enfermedad del Sol Ban —dijo con voz triste—, lo siento. No durará mucho.

El sollozo de Linden se convirtió en un ronquido en su garganta, como de agonía. Parecía querer decir:

¡Covenant!

¡Linden!, gimió. ¡No puedo ayudarle!

De pronto sus ojos se abrieron, mirando de forma salvaje. Se abrieron por encima del rictus que había desnudado sus dientes.

—Cove... —su garganta trabajaba con los músculos tensándose y relajándose. Sus mandíbulas estaban pegadas una a otra como si hubieran sido atornilladas. Sus ojos brillaban con blanco delirio ante él.

—Ayuda...

Sus esfuerzos para hablar quemaban el corazón de Covenant.

—Yo no... —no le salían las palabras—. No sé cómo.

Sus labios se estiraron como si quisieran hundir sus dientes en la mejilla de él. Sus cuerdas vocales estaban muy tensas. Tuvo que forzarlas extraordinariamente.

—*Voure*.

Se acercó más a ella.

—¿*Voure*?

—Dame... —su esfuerzo le cortó como si fuera una espada—. *Voure*.

—¿El jugo que protege de los insectos? —sus órbitas estaban secas como la fiebre—. Estás delirando.

—No —la intensidad de su insistencia pinchaba el aire—. Mente... —su mirada blanca y salvaje suplicaba, imploraba. Cada partícula de su determinación, luchaba contra su garganta—. Clara. —El esfuerzo agravó sus convulsiones. Su cuerpo golpeaba contra el suelo como si estuviera enterrándose viva—. Yo... —Por un instante rompió en sollozos. Pero se reanimó, tratando de resumir—. Sentir.

¿Sentir?, se preguntó, ¿sentir qué?

—*Voure*.

Durante un terrorífico momento, estuvo al borde de perder la oportunidad de comprenderla. Luego lo logró.

¡Sentir!

—¡Brinn! —gritó por encima de su hombro—. ¡Trae el *voure*!

¡Sentir! Linden podía sentir. Tenía el sentido de la salud nacido en el Reino; podía percibir la naturaleza de su enfermedad. Comprenderla con precisión. Y el *voure* también. Sabía lo que necesitaba.

El ángulo de su mirada le alertó. Con una sacudida se dio cuenta de que nadie se había movido, que Brinn no estaba obedeciendo.

—Covenant —murmuró Sunder penosamente—. Ur-Amo, te ruego que me escuches. Ella tiene la enfermedad del Sol Ban. No sabe lo que dice.

—Brinn —Covenant hablaba con suavidad pero su lúcida pasión cortaba

totalmente la disuasión de Sunder—. Su mente es clara. Sabe exactamente lo que dice. Trae el *voure*.

Aún el *haruchai* no cumplió el encargo.

—Ur-Amo —dijo—. El Gravanélico tiene conocimiento de esta enfermedad.

Covenant tuvo que soltar a Linden, cerrar los puños contra su frente para no gritar.

—La única razón... —Su voz vibraba como un cable altamente tensado—. Kevin Pierdetierra pudo efectuar el Ritual de Profanación, destruir toda la vida del Reino por centenares de años y fue porque los Guardianes de Sangre estuvieron con él y dejaron que lo hiciera. El les ordenó no hacer nada; y él tenía conocimientos. Por tanto, obedecieron. Por el resto de sus vidas, su juramento fue corrupto y ellos no lo supieron. Ni siquiera supieron que estaban corrompidos hasta que el Amo Execrable se lo hizo ver, hasta que les demostró que podía hacer que le sirvieran a él. —El Execrable había mutilado a tres de ellos para que se parecieran a Covenant—. ¿Es que vais a seguir aquí presenciando como muere más gente? —Bruscamente, perdió el control de sí mismo. Golpeando la arena con sus puños gritó—: *¡Trae el VOURE!*

Brinn dirigió una mirada a Sunder y a Cail. Por un momento pareció dudar. Luego salió de la hondonada en dirección a los corceles.

Casi al momento estuvo de vuelta, trayendo el recipiente de cuero de Memla; mostrando desinterés, como si evadiera toda responsabilidad, lo entregó a Covenant.

Temblando, Covenant destapó el frasco. Tenía que aplicar a la operación mucha fuerza de voluntad para que sus manos estuvieran quietas y administrar sólo unas pocas gotas a Linden por entre sus dientes. Luego observó, en un trance de miedo y esperanza, como ella se esforzaba en tragar.

Su espalda se arqueaba, torciéndose como si se hubiera roto su espina dorsal.

La mirada de él se oscureció. El Mundo rodaba en su cabeza. Su mente se convirtió en la calada y zambullida de los cóndores. No podía ver, no podía pensar, hasta que la oyó susurrar.

—Ahora Cail.

El *haruchai* respondió inmediatamente. Su comprensión del problema de Cail demostraba que su mente estaba clara. Brinn cogió el frasco, corrió al lado de Cail y, con la ayuda de Stell, forzó un poco de *voure* entre sus cerradas mandíbulas.

Linden fue experimentando una relajación músculo por músculo. Su respiración mejoró, las cuerdas de su garganta se aflojaron. Uno a uno, sus dedos se desengarzaron. Covenant levantó su mano, escondiendo en la suya sus uñas rotas, mientras vigilaba su evolución. Sus piernas se volvieron flácidas sobre la arena. El le cogía la mano porque no podía decir si se estaba recuperando o si se moría.

Luego lo supo. Cuando Brinn vino hacia él y anunció, sin modular la voz:

—El *voure* es eficaz. Se va a curar.

Ella emitió un leve suspiro.

VEINTITRÉS. El Llano de Sarán

Covenant la observó mientras dormía, humana y apaciblemente, hasta mucho después de la puesta del Sol. Luego, a la luz del fuego que habían encendido los *haruchai*, la levantó. Estaba demasiado débil para comer algo sólido, por lo que la alimentó con *metheglin* diluido en agua.

Se estaba recuperando. Ni su borrosa visión podía engañarle. Cuando se dispuso nuevamente a dormir, él se tendió en la arena, cerca de ella, y casi al instante empezó a soñar.

Eran sueños en que la magia indomeñable se desataba de manera salvaje e irremediabilmente destructiva. Nada podía detenerla y cada destello de poder era un júbilo para el Despreciativo. Covenant se convertía en un devastador del Mundo. Se convirtió en un Kevin, a una escala que sobrepasaba toda profanación concebible. El fuego blanco salía de las pasiones y le hacían lo que era, ¡y él no podía...! Pero el ajeteo de sus compañeros le despertó mucho antes del amanecer. Sudando, en el frío del desierto, se puso en pie y miró a su alrededor. La leña del fuego indicaba que Linden estaba sentada, con la espalda apoyada en la pared del canal. Hergrom la atendía en silencio, dándole comida.

Ella captó la mirada de Covenant. El no pudo ver su expresión en aquella luz escasa, ni tampoco saber dónde se encontraban. Su visión parecía obstruida por las imágenes de la pesadilla. Pero la oscuridad y la importancia de su cara le atrajeron hacia ella. Se agachó ante ella y se dedicó a observar su rostro. Después de un momento, murmuró como para sí mismo:

—Pensé que estabas acabada.

—Yo pensé —respondió ella, con voz grave—, que nunca llegaría a hacerte comprender.

—Lo sé.

¿Qué más podía decir?

Pero la inoportunidad de su frase le avergonzó. Se sentía tan incapaz de llegar a ella...

Pero mientras él sufría por sus limitaciones, la mano de Linden le alcanzó, acariciándole la enredada barba. Su tono adquirió más vigor.

—Hace que parezcas más viejo.

Uno de los *haruchai* empezó a reavivar el fuego. Un resplandor rojo en sus ojos húmedos les dio el aspecto de carbones encendidos, de lenguas de fuego producidas por su mente. Ella siguió hablando, luchando contra la emoción en su garganta.

—Me pediste que observara a Vain. —Ella señaló con la cabeza al Demondim, que estaba en el centro de la hondonada, a unos pasos de ella—. Lo he intentado, pero no he comprendido. No está vivo. Tiene un enorme poder imperativo; pero es...

inanimado. Como tu anillo. Podría ser cualquier cosa.

Se cubrió los ojos con la mano. Por un momento se desestabilizó.

—Covenant, es doloroso mirarlo. Duele mirar cualquier cosa. —Los reflejos formaban como unas pulsaciones rojoanaranjadas bajo la sombra de su mano.

El quería rodearla con sus brazos, pero sabía que no era eso lo que necesitaba. Un Delirante la había tocado, había cercado su alma. Gibbon le había dicho que su sentido de la salud la destruiría. En un tono más áspero respondió:

—El salvó tu vida.

Sus hombros se encogieron.

—El salvó la vida de Cail.

Ella se estremeció, se quitó la mano de la cara, dejándole ver sus ojos con la nueva luz del fuego.

—El salvó *tu* vida.

El la miró tan directamente como pudo, pero no dijo nada. Le dio todo el tiempo que ella necesitaba.

—Después de Pedraria Cristal, estuviste a punto de morir. Yo no sabía qué hacer. —Su boca adoptó una expresión de amargura—. Incluso aunque hubiera tenido a mano mi maletín... Aparte de que los hospitales, laboratorios, equipamientos y doctores no son demasiado buenos. —Pero un momento más tarde, ella se tragó su insuficiencia—. No sabía qué más hacer. Por ello me metí dentro de ti. Sentí tu corazón y tu sangre, al igual que tus pulmones y tus nervios... tu enfermedad. Yo te mantuve vivo, hasta que Hollian fue capaz de ayudarte.

Los ojos de Linden se apartaron de los suyos, dejando vagar la mirada por el canal, como sintiéndose culpable.

«Fue horrible. Caer en aquella enfermedad. Pruébalo. Como si fuera yo la que estaba enferma. Era como respirar cangrena. —Su frente se arrugó de repulsión o pesar, pero forzó nuevamente su mirada hacia el rostro de él—. Te aseguro que nunca más haré una cosa así.

La pesadumbre que sintió le hizo inclinar la cabeza. Miró entre las sombras. Pasó un largo momento, antes de que Covenant pudiera decir algo sin ofenderla.

—¿Mi leprosidad te horroriza tanto?

—No. —Su tajante negación levantó nuevamente sus ojos—. No era la lepra. Era veneno.

Antes de que él pudiera absorber su aseveración, ella continuó:

«Todavía está dentro de ti. Está creciendo. Por eso me resulta tan penoso mirarte. —Luchando para no llorar, dijo con voz ronca—: No puedo mantenerlo fuera. Nada. El Sol Ban está dentro de mí. No puedo mantenerlo fuera. Tú hablas de profanación. A *mí* todo me está profanando.

¿Qué puedo hacer yo?, murmuró para sí mismo. ¿Por qué me seguiste? ¿Por qué

trataste de salvar mi vida? ¿Por qué no te disgusta mi leprosidad? Pero, en voz alta, trató de darle respuestas y no preguntas.

—Así es como trabaja el Execrable. Trata siempre de convertir la esperanza en desesperación. La fuerza en debilidad. Ataca cosas que son buenas y trata de hacer de ellas algo maligno. —El Despreciativo había utilizado el amor de Kevin por el Reino, el servicio de los Guardianes de Sangre, la fidelidad de los Gigantes, la pasión de Elena, para corromperlos a todos. Y Linden había mirado a Vain porque él, Covenant, le había pedido que lo hiciera—. Pero ese cuchillo corta por ambos lados. Cada vez que trata de dañarnos, nos da una oportunidad para luchar contra él. Debemos encontrar la fuerza en nuestra debilidad. Hacer esperanza de la desesperación.

«Linden. —Con su media mano cogió una de las suyas, estrechándola—. No hace ningún bien tratar de esconderse de él. —*No sirve de nada evadir sus trampas*—. Si cierras los ojos te volverás más débil. Debemos aceptar lo que somos. Y negarle a él. —Pero sus dedos eran insensibles. No podía decir si había contestado o no a su apretón.

La cabeza de Linden había caído hacia adelante; su cabello escondía su cara.

—Linden, eso salvó tu *vida*.

—No. —Su voz parecía envuelta por el inminente amanecer y las sombras—. Tú salvaste mi vida. Yo no tengo ningún poder. Todo lo que puedo hacer es *ver*. —Tiró de su mano—. Déjame sola —dijo suspirando—. Esto es demasiado, pero lo intentaré.

El quería protestar. Pero su apelación le conmovió. Con un dolor intenso en todas las articulaciones se levantó y fue a calentarse.

Mirando vagamente alrededor de la hondonada divisó a los pedrarianos. Su visión le detuvo.

Estaban sentados a poca distancia. Sunder sostenía el *ruk*. Unas débiles llamas rojas iluminaban el triángulo. Hollian le ayudaba, tal como hizo la primera vez que había cogido el *ruk*. Covenant no podía acertar lo que estaban haciendo. Durante largo tiempo no les había prestado ninguna atención y, por tanto, no tenía idea de lo que intentaban.

Primero lanzaron sus fuegos. Por un momento permanecieron sentados, mirándose y cogiéndose las manos, como si necesitaran reunir fuerzas.

—No podemos evitarlo. —Su susurro recorrió la hondonada como una voz procedente de las estrellas—. Debemos soportar lo que viene de la mejor forma posible.

—Sí —musitó Sunder—. Lo mejor que podamos. —Luego su tono se suavizó—. Yo puedo soportar mucho... contigo.

Cuando se levantaron, él se acercó más y la besó en la frente. Covenant miró hacia otro lado, sintiéndose como un intruso. Pero los pedrarianos fueron

directamente hacia él; y Sunder le dirigió la palabra con aire preocupado.

—Ur-Amo. Esto debe ser dicho. Desde el momento en que me requeriste —pronunció la palabra irónicamente— para que me hiciera cargo de este *ruk*, ha habido un temor en mí. Mientras Memla sostenía su *ruk*, el Clave sabía de ella. Por lo tanto, el *Grim* vino sobre nosotros. Temo que, al ganar maestría con su *ruk* yo también puedo ser conocido del Clave. Covenant, —balbuceó sólo un instante— mi temor es cierto. No tengo la preparación suficiente para leer el propósito del Clave, pero he sentido su amenaza, y sé que estoy expuesto a ellos.

—Ur-Amo —Hollian intervino serenamente—, ¿qué debemos hacer?

—Ni más ni menos que lo que hemos estado haciendo. —Covenant apenas la oyó. Apenas oyó su propia respuesta—. Correr. Luchar. Si nos toca hacerlo. —El estaba recordando la convulsa cara de Linden, su rígida boca, su sudor en el cabello. Y la magia indomeñable—. Vivir.

Temiendo que iba a perder el control, se volvió.

¿Quién era él para hablar a otros sobre la vida y la lucha cuando no era capaz siquiera de dominar su estremecedor poder? ¡El veneno! Ahora era parte de él. A medida que la magia indomeñable se hacía más practicable, todo lo demás parecía más y más imposible. Era capaz de destruir. Y completamente incapaz de otra cosa.

Cogió un frasco de *metheglin* y bebió en cantidad para evitar lamentarse en voz alta. Luego se puso a pensar. El poder corrompe. Porque es inseguro. No es bastante. O es demasiado. Enseña a dudar. La duda genera violencia. La afición al poder iba creciendo en él. Partes de él estaban hambrientas de la furia del fuego indomeñable.

Hubo un momento en que tenía tanto miedo de sí mismo, de las consecuencias de sus propias pasiones, que no podía ni comer. Bebió de aquel aguamiel y miró las llamas, tratando de creer que sería capaz de contenerse.

Había matado a veintiuna personas. Estaban vividas en él ahora que se acercaba el amanecer. ¡Veintiuna!

Hombres y mujeres cuyo único crimen había sido el estar sometidas a la deformación de un Delirante.

Cuando levantó la cabeza, encontró a Linden de pie, cerca de él.

No estaba todavía muy seguro de sus fuerzas, estaba débil todavía, pero era capaz de sostenerse por sí mismo. Ella le miró serenamente. Cuando bajó sus ojos, le dijo, con el eco de su antigua severidad:

—Debes comer algo.

El no podía rehusar. Cogió un trozo de carne seca. Ella asintió y luego se fue a examinar a Cail. Covenant masticaba abstraídamente mientras la observaba.

Cail parecía estar sano y enfermo a la vez. Parecía haberse recuperado de la enfermedad del Sol Ban, y recobrado su nativa solidez y compostura. Pero su herida estaba todavía muy infectada; el *voure* no era eficaz contra el veneno de la espuela.

Linden examinó la herida. Luego pidió fuego y agua caliente. Hergrom y Ceer obedecieron sin comentarios. Mientras se calentaba el agua, ella pidió prestado el cuchillo de Hollian, lo quemó en las llamas y lo utilizó para sajar la infección de Cail. El soportaba el dolor estoicamente. Sólo una ligera tensión entre las cejas delataba lo que sentía. Sangre y fluido amarillo se derramaron, manchando la arena. Sus manos eran precisas, a pesar de su debilidad. Sabía exactamente donde tenía que hacer el corte y la profundidad del mismo.

Cuando el agua ya estuvo lista, obtuvo una manta de Brinn. Cortándola en tiras, usó una para lavar la herida. Con otras hizo un rudimentario vendaje. Finas gotas de sudor reflejaban la luz del fuego en la frente de Cail, pero él no desfallecía.

—Estarás bien tan pronto como podamos detener la infección. —Su voz sonaba impersonal, como si estuviera leyendo un libro de medicina—. Tú tienes tanta salud como cinco personas juntas. —Luego, apareció su severidad—. Esto va a dolerte. Si pudiera encontrar alguna forma de eliminar el dolor lo haría, pero no puedo. Lo dejé todo en mi maletín.

—No te preocupes, Linden Avery —respondió Cail—. Estoy bien. Yo te ayudaré.

—¡Ayúdame a ti mismo! —replicó ella en seguida—. Cuida de este brazo. —Mientras hablaba, se aseguraba de que el vendaje estuviera bien colocado, luego, vertió agua hirviendo sobre el tejido. Cail no emitió ningún quejido. Ella se tambaleó y se apartó de él para sentarse contra la pared de la hondonada, como si no pudiera soportar las muestras de valor de aquel hombre.

Un momento después, Vain llamó la atención de Covenant. La primera luz del Sol daba directamente sobre su cabeza, y él se apartó; un compendio de negror y secretos. Sunder y Hollian se fueron silenciosamente a buscar una piedra para refugiarse. Covenant ayudó a Linden a levantarse. Los *haruchai* esperaban contemplando la salida del Sol, al igual que el resto del grupo.

El Sol salió vestido de marrón, como el sudario del Mundo. Sed, alucinaciones, fiebres... Pero Linden dijo, involuntariamente:

—¡Es más débil!

Luego, antes de que Covenant pudiera preguntarle qué significaba, exclamó, con decepción:

—No. Debo haber perdido el juicio. No ha cambiado.

¿Cambiado? La amargura de Linden le dejó en un mar de ansiedad mientras la expedición levantaba el campamento, montaba en los corceles e iniciaba la marcha hacia el Este. ¿Estaba tan afectada por el miedo que ya no podía confiar en sus ojos? En sus convulsiones, el sudor había oscurecido su cabello, dejando rachas de oscura ansiedad. Pero parecía recuperarse. Su herida había sido relativamente leve. Viajaba por las tierras devastadas de las Llanuras del Norte, bajo aquel terrible Sol, como si estuvieran atravesando un yunque. ¿Por qué sabía tan poco de ella?

A la mañana siguiente, Linden estaba más fuerte, más segura. Movía la cabeza como si ya hubiera dejado de atormentarla. Cuando miró el amanecer y vio levantarse el tercer Sol Desértico, todo su cuerpo se tensó.

—Estaba en lo cierto —dijo—. Es más débil. —Un momento después gritó—: ¡Allí! —Su brazo señalaba el horizonte—. ¿Lo habéis visto? ¡Justo allí! ¡Ha cambiado! Era más débil y, de repente, se volvió más fuerte que nunca, como si hubiera atravesado una frontera.

Ninguno habló. Sunder y Hollian miraron a Linden como si temieran que la enfermedad del Sol Ban hubiera afectado su mente. Los *haruchai* la miraban sin expresión.

—Yo lo vi. —Su voz endureció—. No estoy loca.

Covenant se rindió.

—Nosotros no tenemos tus ojos.

Ella le miró durante unos instantes y luego se volvió, alejándose hacia los corceles que estaban esperando.

Ahora cabalgaba como si estuviera enojada. A pesar de la brutalidad del Sol y de la incomodidad de montar en lomos de Clash, su fortaleza aumentaba. Y con ella su ira. Su habilidad de ver ya le había costado su precio y ahora sus compañeros parecían dudar de lo que veía. El mismo Covenant confiaba en ella sólo a medias. Cualquier debilitamiento del Sol Ban era un signo de esperanza. Entonces, ¿por qué iban a admitir que era falso? ¿Después de todo lo que había pasado? Cuando le hicieron la parada para pasar la noche, ella comió, atendió el brazo de Cail y se acostó para dormir. Pero mucho antes del amanecer, ya estaba paseando por la pizarra muerta como si contara los minutos que faltaban para una revelación. Su tensión indicaba claramente lo mucho que necesitaba estar en lo cierto, lo mucho que su exacerbada alma necesitaba alivio.

Aquella mañana, el Sol salió con rojo de pestilencia, tintando de carmín las siluetas del horizonte, al tiempo que hacía el desierto rosado, de un color agradable y extraño, como un campo santo dorado; pero, aunque forzó su vista hasta que en su cerebro danzaron imágenes de fuego, Covenant no pudo vislumbrar ningún signo de que el Sol Ban se debilitara. Sin embargo, Linden asintió firmemente, como si hubiera estado en lo cierto. Después de un momento, Brinn dijo en tono impersonal:

—La Escogida tiene una clara visión. —Usó su título como en reconocimiento de su poder—. La corrupción del Sol ha decrecido.

—No lo entiendo —musitó Sunder, escéptico—. Yo no veo que decrezca.

—Ya lo verás —respondió Linden—. Nos estamos aproximando.

Covenant tuvo súbitamente, una vaga esperanza.

—¿Aproximándonos a qué?

¿Era que el Sol Ban se estaba desmoronando?

—Pregunta a la Escogida. —Brinn se encogió de hombros, declinando toda responsabilidad por lo que veía—. Nosotros no sabemos nada de esto.

Covenant se volvió hacia Linden.

—Te lo diré —dijo ella, sin mirarle—, cuando esté segura.

El se tragó una maldición y se quedó quieto. *Es demasiado*, había dicho ella. *Probaré*. El lo comprendió. Lo estaba probando. Ella quería confiar en lo que veía y temía estar equivocada. Ser herida nuevamente. Contra sus propios deseos, la dejó sola.

Ella continuó mirando hacia el Este mientras los *haruchai* distribuían comida y *voure*. Comió a desgana, ignorando al pueblo de Brinn, mientras éstos disponían los corceles para la marcha. Pero luego, justo cuando Sunder conducía las bestias hacia adelante, estiró su brazo y gritó:

—¡Allí!

Brinn miró el Sol.

—Sí, la corrupción vuelve a recuperar fuerza.

Covenant protestó. Sin duda, ella no quería explicar lo que veía. ¿Por qué quería ocultarlo?

Malhumorado, montó a Clash, entre Linden y Brinn. La expedición salió para viajar a través de las desoladas tierras.

Bajo aquel Sol, el desierto era un lugar de silencio y escorpiones. Sólo destacaba el ruido de los cascos en una atmósfera sin viento; y pronto aquel ruido formó parte del silencio. Los insectos se escurrían sobre las rocas o acolchaban la arena, sin hacer ruido. El cielo estaba vacío de vida como una tumba. Lentamente, el estado de ánimo de Covenant se volvió rojo y fatal. Los Llanos parecían atemorizados de la sangre que había derramado. Involuntariamente, jugó con su anillo, dándole vueltas en su dedo, como si sus huesos tuvieran ansias de fuego y poder. Sin embargo, odiaba matar, se odiaba a sí mismo. Y tenía miedo.

Tenemos que aceptar lo que somos. ¿Dónde había aprendido la arrogancia, o la insensibilidad, para decir tales cosas? Aquella noche sus recuerdos y sueños le hicieron hervir la piel como si estuviera ávido de inmolación, de una oportunidad para calcinar sus viejas culpas en llamas. Lena ocupaba su visión como si hubiera sido esculpida detrás de sus ojos. Una niña, en lugar de un cuerpo en su madurez. El la había violado. El recuerdo de su llanto era para él una pesadilla. *Era un leproso moral*.

Me perteneces. El era una criatura de magia indomeñable y duda; y la larga noche, como la impotencia de todo el Reino bajo el Sol Ban, era también un desierto.

Pero a la mañana siguiente, cuando el Sol salió con su infestación encarminada, también él pudo ver que su aura era más débil. Parecía pálida, casi incierta. Sunder y Hollian también pudieron verlo.

Esta vez, la debilidad se mantuvo hasta media mañana. Ascendiendo desde el primer cuarto del espacio, el aura cruzó un umbral; y el Sol Ban se cerraba sobre las llanuras como un párpado. La intuición trataba de clarificarse en la cabeza de Covenant. Sintió que debería ser capaz de darle un nombre. Pero no pudo. A falta de los ojos de Linden parecía carecer también de la habilidad de interpretar lo que veía. Una ceguera extraña.

Aquella tarde llegaron al Declive del Reino.

Ahora Covenant sabía dónde estaba. El Declive era el precipicio que separaba las tierras altas del Oeste de las tierras bajas del Este. Se extendía más o menos del Norte al Noroeste, desde el pie de la Cordillera Meridional, hasta las inexploradas alturas Septentrionales. Muchas leguas al Sur de él, el Monte Trueno, el antiguo Gravin Threndor, arrimado al despeñadero, de rodillas en las Tierras Superiores y sus codos en las Tierras Superiores. En las profundidades de sus oscuras raíces se había encontrado la piedra Illearth y en las profundidades de su oscuro corazón estaba la cámara secreta de Kiril Threndor, donde el Amo Execrable, el Despreciativo, tenía ahora su morada.

El Sol se estaba poniendo cuando la expedición se detuvo. La sombra del Declive, de mil a mil doscientos metros de altura en aquel lugar, oscurecía todo el Este. Pero Covenant sabía lo que había delante. La mortal ciénaga del Llano de Sarán.

En épocas anteriores, el Sarán se había convertido en lo que era (un mundo de intrincados canales, de vida exótica y grandes peligros) por los efectos de un río llamado Corriente de la Corrupción. Estas aguas salían de entre las rodillas del Monte Trueno y procedían de las catacumbas que había en las entrañas de la montaña, después de atravesar los viveros de Entes de la Cueva, y las cavernas de crianza de los Demondim, a través de osarios y pozos de despojos, laboratorios y forjas, hasta que era contaminada de la más absoluta inmundicia. A medida que estas aguas residuales se extendían por el llano, fueron corrompiendo aquella región, antes hermosa, convirtiendo un lago que era hogar de garzas y orquídeas, en un asilo de seres malformados. Durante las últimas guerras, el Amo Execrable, había encontrado muchas fuerzas para sus ejércitos en el Llano de Sarán.

Covenant sabía todo esto del Llano porque una vez lo había recorrido con sus propios ojos, desde el Declive del Reino hasta el Monte Trueno. Lo había visto con una visión del Reino agudizada que ahora ya no poseía. Pero también tenía otros conocimientos de aquella región. Había oído muchas cosas durante sus visitas a Piedra Deleitosa. Y había aprendido otras cosas de Runnik, de la Escolta de Sangre. Una vez, Runnik había acompañado a Korik y dos Amos, Hyrim y Shatra, en una misión a Línea del Mar, para pedir la ayuda de los gigantes contra el Amo Execrable. El Ama Shetra había sido asesinada en Sarán y Runnik había sobrevivido apenas para contar la historia. A Covenant le horrorizó sólo pensar en el Llano de Sarán bajo un

Sol de Pestilencia. Sin duda, tenía que contarles la historia a sus compañeros.

Los *haruchai* acamparon a una tirada de piedra del despeñadero, porque Covenant rehusó acercarse más a él en la oscuridad; todavía se sentía demasiado susceptible al peligro de los precipicios. Después de comer y de haberse fortalecido con *metheglin* se unió a la tertulia alrededor del fuego, amontonó sus recuerdos y pidió a sus amigos que le escucharan.

Linden estaba sentada frente a él. Quería sentir que estaba cerca, pero el fuego que se interponía la distanciaba. Sunder y Hollian estaban vagamente en los extremos de su visión. Su atención se redujo al crujido de la madera y a la narración de la historia de Runnik.

Puño y Fe, había dicho el Guardián de Sangre. *No fracasaremos*. Pero fracasaron. Covenant sabía por qué. Habían fracasado y caído en la corrupción, muriendo después. El Juramento había sido roto y los gigantes asesinados.

Pero aquellas cosas no formaban parte de lo que tenía que contar. Para controlar el mal sabor del recuerdo, él se imaginó la cara de Runnik delante de él. El Guardián de Sangre había estado, con ojos de angustia, ante el Ama Superior Elena, el Amo Mhoram, Hille Troy y el Incrédulo. Aquella noche se había encendido un fuego. Covenant pudo recordar las palabras exactas de Runnik. *Los ataques del acechador. La caída del Amo Shetra*. ¡Maldita sea!

En un tono apagado, contó las partes esenciales de la historia. La primera vez que vio el Llano de Sarán, éste era un lugar de frondosa abundancia y muerte sutil. Vivo, con asustados animales de agua, y maliciosos árboles, adornado con estanques de claro veneno; trasechado de arenas movedizas; poblado de flores bellas y enfermas. Un lugar donde la naturaleza se había vuelto traicionera, pululada y hambrienta, pero no maligna. No era condenable de la misma manera que no lo eran las tormentas o los predadores. Los gigantes, que sabían obrar con cautela, siempre habían podido viajar a través del Llano. Pero cuarenta años más tarde, cuando la misión de Korik llegaba del Declive, el Llano de Sarán cambió. Su maldad latente había despertado. Y esta enfermedad a la que Runnik había llamado *el acechador del Llano de Sarán* había llevado a la muerte al Ama Shetra, a pesar del hecho de que ella había estado bajo la protección de quince Guardianes de Sangre. Quince. Primero los Ranyhyn, y luego los mismos Guardianes de Sangre, habían llevado, sin saberlo, el peligro a la misión de Korik, y de los mensajeros que Korik había enviado para contar los sucesos al Ama Superior, solamente Runnik había podido sobrevivir.

Después de que Covenant se quedara en silencio, sus compañeros permanecieron callados por un momento. Al fin Hollian preguntó:

—Entonces ¿no debemos andar por ese lugar de riesgo?

Covenant levantó la cabeza.

—Esto ocurrió a cien leguas de distancia de aquí. No se cómo estará ahora. —

¿Habría aumentado o disminuido la peligrosidad del Llano de Sarán bajo el Sol Ban?

—No tenemos mucho tiempo —dijo Sunder inmediatamente—. ¿Queréis enfrentaros a un segundo *Grim*? El Clave nos escucha mientras hablamos de estos asuntos. Cuando pongo mi mano sobre el hierro siento los ojos del Fuego Bánico, fijos en mi corazón. No tienen piedad.

—El Clave no puede... —Linden empezó. Luego se detuvo.

—El Clave —respondió Covenant— mata gente todos los días para mantener vivo el sangriento Fuego Bánico. ¿Cuántas vidas crees que van a costar cien leguas?

—¿Puede ser que ese *acechador* ya no exista? El Sol Ban lo altera todo. ¿No se habrá alterado también el Llano de Sarán? —Intervino Hollian.

—No —respondió Linden—, pero cuando Covenant y los pedrarianos se volvieron hacia ella, musitó: —Os hablaré de esto por la mañana.

Enrollándose unas mantas en el cuerpo como si quisiera protegerse, se volvió.

Durante un rato, después de que Sunder y Hollian se hubieran ido a descansar, Covenant se quedó sentado, observando como se iba apagando el fuego y debatiendo en su mente la forma de resistir la tentación del Llano de Sarán aparecida en el fondo de su cerebro, para adivinar qué era lo que Linden había visto en el Sol Ban y para encontrar el coraje que necesitaba para el Llano de Sarán.

Tú eres mío.

Despertó cansado y ansioso de poder, poco después del amanecer y vio que Linden y los pedrarianos, al igual que Cail, Harn y Stell, se habían levantado ya y contemplaban el panorama desde el borde del Declive. El aire era frío y sentía su cara tensa y sucia, como si sus sueños estuvieran prendidos de su barba, arañándole la cara con sucios dedos. Se levantó, temblando, y sacudió sus brazos para entrar en calor. Luego aceptó de Brinn una ración de *metheglin*.

Mientras bebía, Brinn dijo:

—Ur-Amo. —Su manera de hablar llamó la atención de Covenant como una mano sobre su hombro. Brinn aparecía inescrutable como la piedra en el crepúsculo, pero por su decidida actitud daba la impresión de que el problema era importante—. No confiamos en estos corceles.

Covenant arrugó la frente. Brinn le había cogido por sorpresa.

Luego Brinn continuó:

—Los viejos narradores conocen lo que Runnik de la Guardia de Sangre le contó al Ama Superior Elena. Hemos oído que la misión de los gigantes de Línea del Mar fue revelada al *acechador* del Llano de Sarán por la Energía de la Tierra. La Energía de la Tierra de los Ranyhyn era fiel a todo aquel que los montaba. Y el Juramento de los Guardianes de Sangre era una cosa de la Energía de la Tierra. Pero nosotros no hemos hecho ningún juramento que condicione nuestras vidas. La magia indomeñable no necesita ser utilizada. El Gravanélico y la eh-Estigmatizada, no

necesitan emplear su ciencia. El *acechador* no tiene por qué vigilarnos.

Covenant asintió como si captara el significado de lo que estaba diciendo Brinn.

—Los corceles —musitó— son criaturas del Sol Ban. ¿Temes que nos traicionen?

—Sí, ur-Amo.

Covenant se encogió de hombros.

—No tenemos alternativa. Perderíamos mucho tiempo andando.

Brinn lo admitió con una ligera inclinación. Por un instante, el *haruchai* se asemejó tanto a Bannor que Covenant casi se emocionó. También Bannor hubiera manifestado sus dudas y luego aceptado la decisión de Covenant, sin cuestionarla. De pronto Covenant sintió como si sus Muertos volvieran a la vida, que Bannor estaba presente en Brinn, impasivo e incondicionalmente fiel, que Elena estaba encarnada en Linden. El pensamiento oprimió su corazón.

En aquel momento, un aviso le llevó hacia el Declive. El Sol estaba saliendo.

Protegiéndose contra su vértigo incipiente, corrió a reunirse con sus compañeros, junto al borde del precipicio.

El Sol salió por el Este con un rojo pálido, como si hubiera empezado a sudar sangre. La luz iluminó la parte alta del Declive, pero dejaba la tierra baja todavía en la oscuridad, como una vasta región que fuera sacada muy lentamente de la noche. Aunque no podía ver nada del Llano, el mismo Sol le estaba comunicando algo.

Su aura era más débil. Más débil que la de la mañana anterior. Linden lo observó durante un momento. Luego dirigió la mirada al Declive, rastreando arriba y abajo. Covenant escuchó el zumbido de los insectos como si hubieran resucitado de aquel suelo muerto.

—Oh, Dios —dijo Linden en tono triunfante—. Estaba en lo *cierto*.

Se quedó quieta, sin atreverse siquiera a respirar.

—Ésta es la línea. —Hablaba con excitación, al comprenderlo—. El Declive del Reino. Es como una frontera. Sus brazos trazaban signos en el aire. —Ya veréis. Cuando el Sol pase por encima del borde, al mediodía, el Sol Ban será tan fuerte como siempre.

Covenant tragó saliva y preguntó:

—¿Por qué?

—Porque la atmósfera es distinta. No tiene nada que ver con el Sol. La corona es una ilusión. Nosotros la vemos porque miramos al Sol a través de la atmósfera. El Sol Ban está en el aire. El Sol no cambia. Pero el aire... —El no la interrumpió. Pero comprendía lo que decía. Aquello tenía sentido. El poder para dominar el Sol era inconcebible—. El Sol Ban es como un filtro. Una manera de adulterar la propia Energía del Sol, de corromperla. —Ella dirigía sus palabras a Covenant como si tratara de conducirlas a su mente a través de su ceguera—. Y todo está al Oeste a partir de esta línea. —Luego volvió la cabeza hacia el Este—. Sólo está esparcida.

Por esto parece más débil. El Clave ya no nos puede localizar aquí. Y el Llano de Sarán quizás esté tal como lo recuerdas.

¿Todo...?, pensó Covenant. Pero ¿cómo? Hay cambios de viento, tormentas...

Linden pareció ver esta pregunta en su cara.

—Está en el aire —insistió—. Pero es como una emanación. Desde el suelo. Debe tener alguna relación con la Energía de la Tierra, de la que tanto has hablado. Es una corrupción de la Energía de la Tierra.

¡Una corrupción de la Energía de la Tierra! A estas palabras, la cabeza empezó a darle vueltas y sus propias intuiciones empezaron a tomar coherencia. Ella estaba en lo cierto. Completamente. Debió haberse dado cuenta él mismo. El Bastón de la Ley había sido destruido...

Y el Amo Execrable estableció su nuevo hogar en el Monte Trueno, que se sentaba en el mismo borde del Declive, de cara al Oeste. Naturalmente, el Despreciativo había de concentrar el Sol Ban en las Tierras Superiores. El dominaba ya la mayor parte del Este. Todo estaba muy claro. Sólo un ciego podría ser incapaz de ver aquellas cosas.

Durante un largo instante, otras facetas de la revelación le preocuparon. El Amo Execrable había vuelto la misma Energía de la Tierra en contra del Reino. El Sol Ban tenía un límite en su alcance. Pero era lo suficiente intenso y profundo.

Luego, le pareció oír por primera vez algo que había dicho Linden. *El Llano de Sarán quizás...*

¡Por todos los diablos! Esforzándose para ponerse en movimiento, impulsó sus vacilantes huesos hacia el Declive para mirar por encima del precipicio.

La sombra del horizonte había ya descendido hasta la mitad de la altura del despeñadero. Una débil luz rosada empezó a reflejarse en las aguas de Sarán. Como unas pálidas piedras brillantes, rosadas y tenues, se extendían en el fondo de la sombra, formando líneas, como el mapa de la noche que se extinguía. O una trampa. A medida que el Sol se levantaba las gemas adquirían un tono más amarillo y las líneas eran más intrincadas. Con sus ramificaciones y espacios intermedios, formaban las venas vitales del Llano. A la vez explicación, trampa y anatomía. Luego, ya toda el agua brilló en blanco y el mismo Sol iluminó el Llano.

Después de cinco días en las devastadas llanuras, Covenant sintió que el verdor y el agua que se encontraban por debajo de él eran exquisitos, agradables y fascinantes como sólo las serpientes y la belladona podían serlo. Pero Linden estaba a su lado, mirando con grandes ojos el pantano. Sus labios no dejaban de pronunciar las palabras: *Oh, Dios mío*, una y otra vez, pero sin hacer ruido.

El corazón de Covenant se llenó de miedo.

—¿Qué ves?

—¿Quieres ir allá abajo? —El horror estranguló su voz—. ¿Estás loco?

—¡Linden! —dijo, como si el temor de ella fuera una acusación que no podía tolerar. El reverso de sus manos ardía con la necesidad de abofetearla. ¿Estaba ciega ante la presión que había en su interior? ¿Insensible a las víctimas del Clave?— Yo no puedo ver lo que tú ves.

—Soy médico —puntualizó, como si hubiera estado sangrando interiormente—. O lo era. No puedo soportar toda esa *maldad*.

¡No! La cólera de Covenant se extinguió a la vista de su zozobra. No digas eso.

—Lo comprendo. Mejor que nadie. Dime que ves.

Ella no levantó los ojos para mirarle.

—Está vivo. —Su voz era un susurro de angustia—. Toda la cosa tiene vida. —Gibbon le había prometido que ella destruiría el Reino—. Está hambriento. Es como un Delirante.

¿Un Delirante? El quería gritar: ¿Qué clase de persona eres tú? ¿Por qué el Execrable te escogió a ti? Pero se mordió la lengua.

—¿Es un Delirante?

Ella movió negativamente la cabeza y siguió moviéndola como si no pudiera alcanzar el final de todas las cosas que deseaba negar.

—Los Delirantes son más... —Ella tuvo que buscar la descripción adecuada— ... más específicos. Más conscientes. Esto todavía es *posesión*. —Pronunció esta palabra como si la enfermara. Sus manos saltaron a su boca—. Ayúdame.

—No. —Su negativa no era un rechazo; deseaba abrazarla. Pero esto no era lo que ella necesitaba—. Tú puedes soportarlo. Aquel hombre te escogió por alguna razón. —Tratando de encontrar la manera de ayudarle, dijo:

—Concéntrate en ello. Usa lo que veas para apoyarte a ti misma. Traía de saber con lo que te enfrentas a cada instante. ¿Esa cosa puede vernos?

Ella cerró los ojos, cubriéndoselos para aislarlos de su visión. Pero luego se forzó a mirar nuevamente. Luchando contra la repulsión dijo:

—No sé. Es tan grande... Si no se da cuenta de que estamos aquí, si no atraemos su atención...

Si, concluyó por ella, no mostramos la clase de poder de que se alimenta... Pero una súbita visión de magia indomeñable le aturdió. No sabía por cuánto tiempo podría contener aquella presión. En un arranque, se volvió hacia Brinn y habló sin poder evitar que su estado de ánimo se reflejara a su tono.

—Prepara los corceles. Encuentra un camino para bajar. Tan pronto como hayamos comido, nos iremos.

Al volverse, después de haber dado la orden al *haruchai* casi chocó con Sunder y Hollian. Se apoyaban uno contra el otro, como para darse un mutuo soporte. Los extremos de la mandíbula de Sunder se abultaron. Un gesto de aprensión o desaliento se mostraba en su frente. El rostro de la joven eh-Estigmatizada estaba pálido de

ansiedad.

La emoción fue mayor de lo que Covenant podía soportar en aquel momento. ¿Por qué estaba siempre condenado a causar dolor a los demás? Con una aspereza involuntaria, dijo:

—Vosotros no tenéis por que acompañarnos.

Sunder se enfureció. Hollian parpadeó ante Covenant, como si éste la hubiera abofeteado. Pero antes de que pudiera articular una disculpa, ella colocó una mano en su brazo.

—Ur-Amo, tú no nos comprendes. —Su voz era como una prolongación de su gesto—. Ya hace mucho tiempo que hemos superado toda tentación de abandonarte.

Con un esfuerzo, Sunder relajó la presión de sus dientes.

—Es verdad. ¿Es que no nos comprendes? El peligro no significa nada. Hemos ido ya tan lejos de nuestros conocimientos que todos los peligros nos parecen iguales. Y Linden Avery ha dicho que pronto estaremos libres de la amenaza del Clave.

Covenant se quedó mirando al Gravanélico y a la eh-Estigmatizada.

—No, Covenant —prosiguió Sunder—. Nuestro problema es otro. Nosotros viajamos hacia donde el Sol Ban no alcanza. No queremos el Sol Ban. No estamos locos. Pero sin él... —Vaciló cuando dijo—: ¿Qué propósitos tienes respecto a nosotros? ¿Qué valor tenemos para ti? No hemos olvidado Andelain. El Sol Ban nos ha hecho tal como somos. Tal vez bajo otro Sol sólo seremos una carga para ti.

La franqueza de su incertidumbre conmovió a Covenant. El era un leproso; él comprendía perfectamente lo que decían. Pero creía que el Sol Ban podía ser alterado. Tenía que creer que no era la única verdad en sus vidas. De no ser así, ¿qué razón habría para seguir adelante? Para librarse del nudo que tenía en la garganta dijo:

—Vosotros sois mis amigos. Vamos a probar y veremos.

Deseando encontrar tiempo para autocontrolarse, se fue a comer algo.

Sus amigos se unieron a él. En silencio, comieron como si mascaran la esencia de sus aprensiones.

Al cabo de un rato, Ceer llegó para decirles que había un camino que descendía por el barranco. Hergrom y Cail empezaron a cargar los corceles. Antes de que Covenant hubiera reunido la energía suficiente, la expedición estaba montada y en marcha.

Encabezaban la caravana, Ceer, Hergrom y Cail, montados sobre Annoy. Con los cuidados de Linden y la salud propia de los *haruchai*, Cail se había recuperado bastante de su herida. Brinn, Linden y Covenant seguían montados en Clash. Luego iban Harn y Hollian en Clangor, y finalmente Stell y Sunder sobre Clang. Vain seguía en la cola.

Marcharon en dirección Norte a lo largo de media legua de un amplio camino

tallado en las rocas del Declive. Era el vestigio de uno de los viejos caminos de los gigantes por los cuales viajaban entre Línea del Mar y Piedra Deleitosa. Covenant cerró sus puños en el pelo de Clash y tuvo que luchar contra su vértigo cuando empezaron a descender. Bajar por aquella rampa escarpada era un temor constante para él, pero había sido construida por los gigantes y, aunque excesivamente inclinada y con curvas constantes, era lo suficiente ancho para los grandes corceles. Sin embargo, el vaivén del lomo de Clash le hacía sentirse como a punto de ser arrojado al precipicio. Incluso durante un breve descanso, cuando Brinn mandó hacer un alto para proveerse de agua, de una fuente de las rocas, el llano parecía rodar ante él como una tormenta verde. Siguió dando vueltas, sudando, hasta bajar el último trecho, entrando en el húmedo aire de las colinas inferiores, con un dolor en el pecho que parecía como si hubiera olvidado como respirar.

Las colinas inferiores se vieron claramente durante algún tiempo antes de que tomaran otro tortuoso camino hacia el peligroso Llano de Sarán. Brinn hizo correr a los corceles a mayor velocidad cuando el camino se hizo recto en las proximidades de aquel mar verde. Pero los detuvo en el límite de aquella espesa vegetación que recubría las colmas. Por un momento revisó la caravana, estudiando brevemente a Vain, como si no estuviera seguro de lo que se podía esperar del Demondim. Luego se dirigió a Linden.

—Escogida —dijo en un tono muy formal—, los antiguos narradores dicen que los Guardianes de Sangre tenían unos ojos como los tuyos. Pero nosotros no los tenemos. Nosotros sabemos actuar con precaución, pero también comprendemos que tu visión sobrepasa la nuestra. Tú debes ayudarme a vigilar para que no caigamos en las trampas del Llano.

Linden tragó saliva. Su postura estaba tensa y cerrada, y sentía un miedo que no la dejaba hablar. Pero asintió con la cabeza, en contestación a la pregunta.

Ahora era Clash el corcel que dirigía la expedición. Covenant miró a Linden y Brinn, así como la enorme cabeza de Clash, cuando pasaron delante. La ladera de la colina descendía hacia un pantano rizado por la brisa, con mucha hierba, más allá del cual se hallaban las primeras plantas retorcidas de la vegetación del Llano. Oscuros arbustos se apilaban en torno a los árboles que escondían el horizonte. El verdor de sus hojas parecía vagamente venenoso bajo aquel Sol rojo pálido. En la distancia se oía cantar un pájaro. Luego calló. El Llano de Sarán estaba quieto y silencioso como si les esperara, manteniendo la respiración. Covenant tuvo fuerzas para decir:

—Vamos.

Brinn mandó marchar a Clash. Agrupada como un puño, la expedición entró en el Llano de Sarán.

Clash se adentró en el pantano entre juncos e inmediatamente quedó sumergido hasta las rodillas.

—Escogida —murmuró Brinn, en reprobación, cuando el corcel retrocedió para liberarse del fango.

Linden dudó unos momentos.

—Lo siento. Yo no... —Respiró profundamente y enderezó su espalda—. Terreno sólido a la izquierda.

Clash viró en aquella dirección. Esta vez, el suelo era firme. Pronto la bestia recorría el camino entre la hierba que le llegaba al pecho.

Un animal del tamaño de un cocodrilo apareció súbitamente debajo de los cascos de Clash. Un depredador sin apetencia por una presa tan grande. Clash se asustó; pero el *ruk* lo mantuvo firme. Pegado a su asiento, Covenant forzó su vista hacia adelante y trató de no pensar en que estaba cabalgando en una ciénaga de la cual no había salida ni modo de escapar.

Guiado por el sentido de Linden, Brinn los condujo hacia unos árboles. A pesar de los soles pasados, la altura de la hierba allí era normal, incluso para la nublada percepción de Covenant, la atmósfera era agobiante y chancrosa, como una exaltación de enfermedad, la palpable leprosidad de polución.

Cuando llegaron a los árboles, la expedición pasó bajo crecientes borrones de sombra. Al principio, el terreno entre los troncos estaba despejado, aparte de los hierbajos amontonados por el viento que escondían cosas que Covenant no podía adivinar. Pero a medida que los jinetes avanzaban, los árboles se multiplicaron. La hierba dio paso a una zona de charcos de lodo que absorbían ansiosamente los cascos de los corceles. Tallos, ramas y hojas ocultaba el cielo. En los límites del alcance del oído, podían percibirse sonidos de agua, casi subliminales, como si algún hipopótamo cansado estuviera moviendo el agua en alguna charca cercana. El ambiente del Llano de Sarán sentó al pecho de Covenant como un miasma.

De pronto, un iridiscente pájaro salió chillando de los matorrales en dirección al cielo. El sobresalto le alteró. Sudando, lo miró con la boca abierta. La jungla era completa; no podía ver más allá de diez o doce metros en cualquier dirección. Los corceles seguían un camino invisible entre árboles grises y rechonchos con la corteza rota y los troncos tumefactos. Pero cuando miró tras él no pudo ver signo alguno del camino que acababan de recorrer. El Llano de Sarán se sellaba a sí mismo detrás de ellos. En algún lugar, no muy lejano, pudo escuchar un chorro de agua, como la última sangre del cuello de Marid.

Sus compañeros cabalgaban con una tensión creciente. La mirada de Sunder parecía saltar de un lugar a otro. La cara de Hollian expresaba un pánico inconsciente como si fuera una niña esperando el mayor de los terrores. Linden estaba sentada, inclinada hacia adelante, agarrada a los hombros de Brinn. Y cuando hablaba, su voz era débil y tensa, despersonalizada por la vulnerabilidad ante el mal que sentía en todos lados. Sin embargo, Vain parecía tan despreocupado como el maldecido,

inmune, incluso ante la posibilidad de un destino fatal.

Covenant sintió que sus pulmones se llenaban de humedad.

Los corceles parecían compartir su dificultad. Podía oírlos aspirar estertorosamente. Poco a poco se iban inquietando y su paso era cada vez más inseguro, mostrándose alternativamente obstinados o miedosos. ¿Qué hacen...? Empezó a decir. Pero la pregunta le asustó y la dejó sin terminar.

Al mediodía, Brinn mandó hacer un alto en un montículo cubierto de pimpinelas y defendido en dos de sus lados por un charco de un lodo viscoso que olía a alquitrán. En ellos nadaban unas pálidas y flagelantes criaturas. Rompían la superficie, formando anillos y luego desaparecían. Parecían cuerpos pálidos y necróticos sobre la oscuridad del fluido. Luego Linden señaló a través de las ramas hacia el Sol. Cuando Covenant miró la aureola debilitada, la vio cambiar, tal como ella lo había predicho. El pleno poder del Sol Ban volvía, restaurando la pestilencia en el Llano de Sarán.

Ante su visión, un escalofrío indescriptible corrió por sus vísceras. El Llano de Sarán bajo un Sol de Pestilencia.

Holian atrajo la atención de todos mientras miraba el charco, con los nudillos entre los dientes.

En cada punto donde la luz del Sol tocaba la superficie, las pálidas criaturas se levantaban. Mostraban a la luz sus feas cabezas, como queriendo salir. Un ligero viento movía los árboles, con lo cual la luz también oscilaba de un sitio a otro. Las criaturas se esforzaban en seguir los puntos de luz. Cuando una de ellas había ya sacado la cabeza a la luz varias veces, empezaba a expandirse. Parecía madurar como el fruto y luego se abría en un estallido, esparciendo gotas verdes por todo el charco. Las gotas que caían en la sombra, se ennegrecían rápidamente y desaparecían. Pero las que caían en la zona soleada seguían brillando.

Covenant cerró los ojos; pero no podía apartar de su mente aquella visión. Unas motas verdes seguían danzando sobre rojo detrás de sus párpados. Luego volvió a mirar. Aquellas salpicaduras eran luminiscentes y funestas, como esmeraldas líquidas. Crecían mientras flotaban, alimentándose de lodo y pestilencia.

—¡Dios mío! —El horror impregnó el susurro de Linden—. ¡Tenemos que huir de aquí!

La convicción de su tono era completa. Los *haruchai* se pusieron en movimiento. Sunder llamó a los corceles. Cail ayudó a subir a Linden, luego a Covenant, para que Clash no tuviera que arrodillarse. Stell y Harn hicieron lo mismo con los pedrarios. Esquivando el charco, Brinn guió las bestias hacia el Este lo más rápidamente que su atrevimiento pudo, adentrándose hacia la aventura del Llano de Sarán.

Afortunadamente, el Sol Ban parecía estabilizar a los corceles, reforzando el poder del *ruk* de Sunder. Su gobierno se hizo nuevamente más fácil. Cuando animales malformados se escurrían debajo de sus cascos, o tímidos pájaros rozaban

sus cabezas, seguían siendo gobernables. Después de haber recorrido media legua, los jinetes pudieron comer sin desmontar.

Mientras comían, Covenant buscaba la manera de preguntar a Linden, pero ella se le adelantó diciendo:

—No me preguntes. —Rondaban espectros detrás de sus ojos—. Duele demasiado. Yo solo sabía que estábamos en peligro. No quiero saber cuál era la causa.

El asintió. La protección del grupo requería que ella aceptara visiones que le comprimían el alma. Estaba expuesta a eso. Y él no tenía manera de ayudarle.

El *haruchai* pasó a sus compañeros una bolsa de *voure*. Mientras se aplicaban el picante jugo en la cara, Covenant se dio cuenta de que el aire estaba poblado de mariposas.

Aleteo rojo y azul, amarillo como un limpio brillo solar, con fulgores alternos de púrpura y verde de pavo real, llenaban los espacios entre árboles como nieve multicolor, a la vez agradable e inquietante. La danza de Sarán... El Llano de Sarán bajo un Sol de Pestilencia. Los insectos le hacían sentirse extrañamente violento. Eran bonitos. Y habían nacido del Sol Ban. El veneno que llevaba dentro respondía a su encanto como si, muy a su pesar, anhelara estrellarse con cada fulgurante ala que aparecía ante él. Casi no se dio cuenta de que volvían a moverse entre los peligros del pantano. Una vez, había estado mirando sin poder hacer nada como sus amigos morían. Ahora, cada recuerdo incrementaba en él la presión, la urgencia de poder. Pero en aquel lugar, el poder era un suicidio.

Dirigidos por la precaución de Brinn y la visión de Linden, los expedicionarios avanzaban hacia el Este. Durante un rato viajaron por los bordes de un canal de agua poblado de lirios, pero luego el canal viraba hacia el Norte y se vieron forzados a tomar una decisión. Linden dijo que el agua era segura. Brinn, en cambio, temía que las patas de los corceles pudieran enredarse en los tallos.

La opción fue arrebatada de sus manos. Hergrom dirigió su atención hacia el Noroeste. Por un momento, Covenant no pudo ver nada a través de la oscura jungla. Luego vio algo.

Fragmentos de verde lívido, del mismo verde que había visto en el charco de alquitrán, se estaban moviendo, avanzando.

Linden dijo precipitadamente:

—Vamos. —Golpeando los hombros de Brinn, añadió—: Cruza. Tenemos que alejarnos de esas cosas.

Sin vacilar, Brinn mandó a Clash hacia el agua.

En seguida las patas del corcel se enredaron en los tallos de los lirios. Pero la poca profundidad del canal permitía a la bestia caminar sobre su fondo. Clash luchó para deshacerse de las plantas con una serie de saltos violentos, salpicando en todas

las direcciones.

Las otras monturas siguieron por la ladera Oeste. Chorreando agua de sus gruesos cueros, empezaron a desplazarse tan rápidamente como el Llano de Sarán lo permitía. Atravesaron trozos de jungla tan espesa que los árboles parecían que iban a clavarse en los exploradores y las enredaderas colgaban como horcas. Cruzaron ondulados campos de césped verde, intrincadamente sembrados de cenagales. Bordearon negros pantanos que humeaban como devoradores de carroña, charcas con detonantes erupciones. Pasaron entre claras corrientes, riberas cubiertas de lodo y por verdaderas avenidas de fango. Por dondequiera que pasaran los jinetes, los animales huían de ellos y los pájaros los delataban con roncós chillidos de miedo u hostilidad; los insectos revoloteaban a su alrededor, enjambrados y guardando sólo cierta distancia por el olor a *voure*.

Y detrás de ellos iban los destellos de verde, como lentejuelas apenas vistas, como si fueran perseguidas por esmeraldas.

A lo largo de la tarde lucharon contra el Llano; pero, por lo que Covenant pudo ver, no ganaron nada, excepto pánico. No podían ampliar la distancia que los separaba de aquellos brillos verdes. Sentían amenazas a su espalda. De vez en cuando, las manos de Covenant se retorcían como si tuvieran ansias de lucha, como si no tuviera otra respuesta al miedo que la violencia.

Al final del día, Brinn hizo un alto para comer. Pero nadie sugirió la idea de acampar. Ahora la persecución era más claramente visible. Unas formas verdes del tamaño de niños pequeños, brillando como luciérnagas, salían furtivamente de las matas. Eran criaturas esmeralda con cautela y propósitos. Veintenas de ellas avanzaban lentamente como una maldición que no tenía ninguna prisa.

Una fina lluvia empezó a caer, como si el ambiente del Llano de Sarán sudara de ansiedad.

Uno de los corceles resopló, Annoy pateó, moviendo agitadamente la cabeza. Covenant gruñó. Shetra había sido una de las Amas más valientes del Consejo de Elena, adepta al poder. Quince Guardianes de Sangre y el Amo Hyrim no habían tenido posibilidad de salvarla.

Covenant se agarró a su montura y miró al frente mientras Brinn y Linden iniciaban la marcha entre la llovizna.

Poco a poco el agua empapó su cabello y ya bajaba hacia sus ojos. El susurro de la lluvia llenaba el aire como un suspiro. Todo lo demás había caído en el silencio. El avance de las criaturas verdes era completamente silencioso. Sunder empezó a demandar obediencia a los corceles.

—Arenas movedizas —gritó Linden—. A la derecha.

Entre sus rodillas Covenant podía sentir el temblor de Clash. Por un momento, la arena movediza hizo un pequeño ruido a la pisada del corcel. Luego el sonido de la

lluvia se intensificó, convirtiéndose en una exaltación de codicia húmeda. Detrás de la lluvia, el Llano de Sarán, esperaba.

Las criaturas ya se hallaban a un tiro de piedra del grupo y seguían acercándose.

Linden se hundió con un grito.

Covenant dirigió su mirada al frente, buscando en la noche.

En la distancia había una línea de luces verdes. Se extendía desde el Este, cruzándose ante su camino.

La línea se torcía hacia el Norte, extendiéndose para unirse a la persecución.

¡Demonios del infierno!

Se habían metido en una trampa. Fluctuando entre los árboles, los matorrales y la lluvia, las luces empezaron a contraerse alrededor de los jinetes. Estaban siendo desviados hacia el Sur.

Clangor cayó sobre sus rodillas. Luego se levantó de nuevo, soplando de miedo.

Linden maldecía entre dientes. Covenant la oía como si fuera la voz de la lluvia. Ella estaba desesperada, peligrosamente próxima a la histeria. Abrir sus sentidos en aquel lugar debió significar para ella una violación. Un torrente que él no podía ver se sobrepuso al ruido de la lluvia. Luego se desvaneció. Ocasionalmente las patas de las bestias sumergidas en agua poco profunda pasaban con dificultad a través de viejos y nudosos cipreses. La llovizna caía como un crisma, ungiéndolos para el sacrificio. No quería morir así. No, sin confesarse y sin significado alguno. Su media mano se abrió y se cerraba sobre su anillo como una profecía inconsciente.

Linden continuaba instruyendo a Brinn, diciéndole al oído todo lo que veía, como si aquello fuera su única defensa contra aquella loca noche; pero Covenant no la escuchaba. Se revolvía en su asiento, tratando de calibrar aquella persecución. La lluvia sonaba como la caída de agua sobre gemas calientes. Si se escurría del lomo de Clash, las criaturas se le echarían encima en un momento.

Una exclamación de Sunder salió de la oscuridad.

—¡Cielos y Tierra!

Un ruido, como un lloriqueo, salió de Hollian.

Covenant se volvió y vio que también en el Sur había una línea de fuegos verdes. Ya los tenían rodeados completamente.

El terreno estaba despejado; nada oscurecía el círculo de luces. En un lado las luces se reflejaban en una pequeña balsa en forma de destellos verdes. El agua parecía mirar de soslayo. Las criaturas avanzaban como la lepra. La noche no emitía ningún sonido excepto el suspirar de la lluvia.

Clang bailaba como un potro nervioso. Annoy pateaba fuertemente, yendo de un lado a otro. Pero Sunder seguía manteniendo a los corceles bajo control. Les hizo adelantarse hasta que estuvieron en el mismo centro del círculo verde. Allí los detuvo.

En voz baja, Brinn dijo:

—Retened vuestro poder. El *acechador* no puede haber sido hecho para detectarnos.

Linden jadeaba como si le fuera difícil respirar.

Las criaturas iban acercándose silenciosamente en la oscuridad. Las que llegaban al borde del agua se detenían, mientras las otras seguían acercándose. No tenían facciones específicas y parecían dotadas de algún designio. En cierto modo, parecían niños.

Hergrom desmontó, convirtiéndose en una sombra, avanzando al encuentro de la línea. Por un momento quedó dibujado sobre el fondo luz verde. La lluvia punteaba su silueta.

Luego Linden dijo desesperadamente:

—¡No! ¡No los toques!

—Escogida. —La voz de Brinn era como la piedra—. Debemos salir de esta trampa. Hergrom va a hacer un ensayo para que podamos saber cómo luchar.

—¡No! —Su urgencia la sofocó—. Son ácido. ¡Están hechos de ácido!

Hergrom se detuvo.

Piezas de oscuridad volaron hacia él procedentes de Ceer. El las cogió al vuelo, dos maderos de las provisiones de leña.

Cogiéndolos por sus extremos, se enfrentó a las criaturas.

Inflexible ante el verdor, balanceó uno de los leños como si fuera un palo de golf, golpeando a la criatura más próxima.

Se abrió como una bota de vino, esparciendo vitriolo esmeralda en el suelo. El palo se incendió.

Las criaturas que estaban al lado parecían indiferentes a la baja sufrida. Y pronto se apresuraron a cubrir el vacío.

Golpeando con el otro palo rompió otro de aquellos seres. Luego volvió, llevando ambos palos como antorchas.

A la luz del fuego, Covenant vio que estaban en una extensión de hierba incongruente. Más allá de aquellos niños que avanzaban había unos árboles negros acurrucados como cobardes vampiros. La charca, a su izquierda, era más grande de lo que pensaba. A escasa distancia de superficie había un espeso y oscuro lodo. Un cenagal.

Las criaturas verdes trataron de cerrar el cerco sobre la expedición.

Como si pudiera leer los pensamientos de Covenant, Brinn dijo:

—Ur-Amo. Atención.

Covenant trató de responder, pero no pudo. Sus pulmones estaban llenos de humedad. Su pecho luchaba con el aire. Parecía asfixiarse en la lluvia. La lluvia corría por su cara como sudor de sangre.

No. No era la lluvia. Era el mismo aire que lo estrangulaba.

Gradualmente cambió el ruido de la lluvia. Empezó a sonar como un sollozo. De lo más profundo de la noche se levantó un llanto hacia el cielo.

Estaba en los pulmones de Covenant. El mismo aire estaba gritando. Pudo oír a Sunder hablar con dificultad, sentir los músculos de Linden esforzándose para respirar y el sabor de su agrio temor.

El *acechador*.

¡Maldita sea!

El grito se acentuaba en intensidad y pasión, convirtiéndose en un asfixiante alarido. Se clavaba en las profundidades de su pecho, hundiéndose en su rabia como en arena movediza.

Pánico.

Permanecían allí como un rebaño a punto de ser sacrificado, temblando y mudo, mientras las criaturas de ácido avanzaban.

Un instante después, el dolor de Clash se volvió convulsivo. Moviéndose salvajemente, el corcel lanzó a Linden y Covenant a la hierba. Luego la emprendió locamente contra Clang. Con Brinn colgando de su cuello, Clash derribó a Sunder y Stell del lomo de Clang. En seguida, el desbocado corcel trató de saltar sobre Clang.

Covenant se incorporó a tiempo de ver a Clangor enfurecerse. Ignorando los chillidos de Hollian y las órdenes de mando de Harn, la bestia embistió a Clash y Clang, poniéndolos de rodillas en el suelo. Súbitamente, los cuatro corceles quedaron poseídos de una frenética locura y trataron de atacar a Sunder y a Stell. Annoy se unió, berreando, a la irritación de los otros animales. Ceer y Cail se libraron de su corcel. Stell y Harn rescataron a Hollian impidiendo que fuera alcanzada por los cascos de Clangor.

Vain estaba cerca del borde del charco, observando la confusión como si se divirtiera.

Covenant no podía comprender porqué las criaturas de ácido no atacaban. Continuaban acercándose más y más, pero sin tomar la iniciativa de atacar.

Brinn aún estaba colgado del cuello de Clash, defendiéndose con la mano libre de los dientes de los otros corceles. El *haruchai* parecía pequeño y desamparado en medio de la locura de las bestias.

La oscuridad penetró dentro de Covenant como veneno. Instintivamente acariciaba su anillo. Oro blanco. Poder.

Quería gritar pero no tenía suficiente aire. El alarido del *acechador* hacía sonar la lluvia de una manera especial al chocar con su pecho, produciendo una especie de hormigueo en toda su piel.

Empezó a levantar el brazo, pero Linden, cogiendo su media mano con las dos suyas, le gritó histéricamente.

—¡No!

La fuerza de su desesperación lo dejó quieto y frío. Un gélido viento sopló en su mente. ¡Úsalo! La presión le amenazaba. Su anillo. ¡No! Pero el *acechador*...

El *acechador* estaba ya sobre aviso. Estaba...

¿Por qué estaba sobre aviso? ¿Quién le había avisado?

Lanzándose hacia delante, Ceer se reunió con Brinn entre los corceles. Juntos empezaron a descargarles los sacos de suministros y los fajos de leña.

Antes de que hubieran terminado, Clangor se levantó, seguido de Annoy. Clash y Clang dieron un salto.

Enloquecidos por la lluvia y por la presión del *acechador*, asaltaron a Sunder. El Gravanélico se refugió debajo de Clangor, evadiendo a Annoy de manera que las bestias colisionaran entre sí. Pero la hierba era blanda bajo sus pies. Mientras trataba de esquivarlos, se cayó. Un caos de cascos explotó a su alrededor.

Linden cogía el brazo de Covenant como si tratara de impedir que interviniera, pero no lo había hecho; ni siquiera hubiera podido moverse para salvar su propia vida. Los niños de ácido...

¡El alarido!... Corceles rodando. La lluvia cayendo sobre su piel.

¿Quién había alertado...?

Stell apareció entre las bestias; se hallaba encima de Sunder tratando de protegerlo. Con sus piernas, moviéndose en todas direcciones golpeaba a los animales en la cabeza, como forzándolos a que lucharan entre sí.

Brinn y Ceer trataron de distraer los corceles, pero su terrible furia contra Sunder los absorbía. Rodaba de un lado a otro esquivando los golpes. Pero su furia era demasiado grande.

¡Los corceles!, exclamó Covenant. Sus ojos se salían de las órbitas bajo la presión de la asfixia y el vértigo. Criaturas del Sol Ban. Energía de la Tierra corrupta.

El *acechador* estaba alertado por ese poder.

Luego, el ataque estaba dirigido contra los corceles. Y ellos lo sabían. Por eso estaban tan aterrorizados.

¿Por qué no huían?

¡Porque estaban atados!

¡Demonios!

Covenant se puso en movimiento con una violencia que derribó a Linden. Sus ojos se centraban en Sunder. No podía respirar, pero tenía que hacerlo. El alarido llenaba sus pulmones, estrangulándolo, pero no podía dejar que Sunder muriera. Con una convulsión de voluntad, sacó palabras de su interior.

—¡El *ruk*h! ¡Lánzalo lejos!

Sunder pudo no haberlo oído. El ruido del *acechador* ahogaba cualquier otro sonido. El Gravanélico saltaba sobre su pecho como si hubiera sido levantado por

uno de los corceles, cayendo luego nuevamente al suelo, con el *ruk* en sus manos. Stell se lo arrebató, lanzándolo por encima de los corceles. Fue a parar al centro del charco.

Instantáneamente, las bestias dieron la vuelta y arremetieron contra el hierro como si fuera la causa de su desgracia. En su terror, se afanaban en destruir el objeto que les impedía huir.

Uno de ellos embistió a Vain. No precisó de ningún esfuerzo especial para evadir el impacto. Se mantuvo su pose habitual de pie, como si no hubiera Energía en la Tierra que pudiera tocarlo. Pero la bestia era una criatura del Sol Ban, fiera y tremendamente asustada. Su ímpetu lo derribó hacia atrás.

El cayó en la charca.

Los corceles se precipitaron tras él, hundiéndolo con sus cascos. Luego ellos también quedaron atrapados en la ciénaga. El agua empezó a hervir. Hubo una turbulencia en toda su superficie. Los corceles rugían de terror; una especie de corrientes serpenteaban como si la charca fuera a erupcionar.

Ruidos de succión llegaron del charco como si estuviera tragando. Momentos después, el remolino cesó. El agua se quedó relajada tras un suspiro de satisfacción.

Cuando el movimiento se detuvo, Vain apareció, solo, en el centro de la charca.

Se iba hundiendo verticalmente. Pero sus indiferentes ojos estaban más ciegos que nunca a la luz de las antorchas. El agua le llegaba al pecho. No hacía ningún esfuerzo para salvarse, ni gritaba.

—¡Brinn! —gritó Covenant.

Pero los *haruchai* estaban todavía moviéndose. Harn estiró una cuerda de los sacos descargados y se la lanzó a Brinn. Inmediatamente, pero sin prisas, éste cogió un cabo y se lo lanzó a Vain. La cuerda cayó a su espalda. El no parpadeó ni dio ningún signo de haberla visto. Sus brazos se mantenían pegados a sus costados. Su mirada estaba tan muerta como la ciénaga.

—¡Vain! —La llamada de Linden sonó como un llanto. El Demondim no la acusó.

Brinn tiró de nuevo de la cuerda y, rápidamente, hizo un lazo con un nudo corredizo. El agua llegaba ya al cuello de Vain. El *haruchai* se preparó para lanzarla.

De un golpe, Brinn lanzó la cuerda alcanzando con su lazo el cuello de Vain. Cuidadosamente, Brinn tiró de ella. Luego se enrolló a la cuerda para tirar con más fuerza. Ceer y Harn fueron en su ayuda.

De pronto, Vain quedó sumergido, perdiéndose de vista.

Cuando los *haruchai* tiraron de la cuerda, ésta llegó vacía. El lazo estaba intacto.

Hasta que se oyó a sí mismo hablar. Covenant no comprendió que podía respirar, que había estado respirando. El asedio del *acechador* había desaparecido. Los niños de ácido se habían ido como desvaneciéndose en la noche.

Ya no quedaba nada, excepto la lluvia.

VEINTICUATRO. La Búsqueda

Covenant aspiró a fondo en un esfuerzo para estabilizar la marcha irregular de su corazón. Introdujo tal cantidad de aire en sus pulmones como si incluso la lluvia del Sarán fuera dulce.

En el silencio reinante, oyó a Hollian murmurar el nombre de Sunder. Cuando Sunder contestó, ella dijo:

—Estás herido.

Covenant limpió el agua de sus ojos y se acercó al Gravanélico a la luz de una antorcha. El dolor se mostraba en la cara de Sunder. Juntas, Hollian y Linden, le apartaron la ropa. Al dejar sus costillas al descubierto, vieron un hematoma en el lugar en que los corceles habían golpeado.

—Quédate quieto —ordenó Linden. Su voz salió como si hubiera hecho un gran esfuerzo para no gritar. Pero sus manos estaban seguras. Sunder se contrajo instintivamente a su contacto; luego se relajó cuando los dedos se mantuvieron sobre la piel sin producirle ningún dolor—. Un par de ellas están rotas. —Tras una pausa, añadió—: Tres están sólo algo cascadas. —Entonces colocó su palma derecha sobre el pulmón—. Respira. Hasta que te duela.

El inhaló aire; un espasmo de dolor se reflejó en su cara. Pero ella hizo un gesto con la cabeza como de reafirmarse en lo que pensaba.

—Has tenido suerte. El pulmón no ha sufrido. —En seguida pidió una manta a uno de los *haruchai*—: Voy a vendar tu pecho. Inmovilizando estas costillas lo mejor que pueda. Va a dolerte. Pero después podrás moverte sin que te haga daño.

Stell le dio la manta que ella en seguida cortó en anchas tiras. Cuidar de Sunder pareció calmarla. Su voz perdió su dureza anterior.

Covenant la dejó en su trabajo y se dirigió al fuego. Hergrom y Ceer se movían cerca de él. Luego, una onda de reacción le obligó a arrodillarse en la húmeda hierba y doblarse hacia adelante con las manos en el estómago para no quejarse en voz alta. Pudo oír a Sunder suspirando entre dientes mientras Linden vendaba su pecho; pero el sonido era similar al de la lluvia y Covenant ya estaba empapado. Se concentró en la irregularidad de los latidos de su corazón y trató de controlarlo. Cuando le pasó el ataque, se levantó y fue en busca de *metheglin*.

Brinn y Ceer habían podido salvar sólo la mitad de las provisiones; pero Covenant pudo beber libremente del líquido que quedaba. En el futuro tendría que valerse por sí mismo. Se estaba balanceando precariamente sobre la otra orilla de sí mismo y no quería caer a ella.

Hubo momentos en los que había estado a punto de utilizar la magia indomeñable... de declarar al *acechador* que los corceles no eran su única presa disponible. Si Linden no le hubiera detenido... La llovizna mortificaba su piel. Si ella

no le hubiera detenido, ella y sus compañeros podrían haber sufrido el mismo destino que el Ama Shetra. Sus amigos... él era una trampa para ellos. Una amenaza andante. ¿Cuántos de ellos morirían antes de que fructificaran los planes del Amo Execrable?

Bebía *metheglin* como si tratara de apagar un fuego, el fuego en el cual estaba destinado a quemarse. El fuego de sí mismo. La lepra lo hacía impuro. Poder y duda. Parecía sentir el veneno avanzando ávidamente hasta los límites de su mente. Vagamente observó a los *haruchai* tratando de conseguir refugios entre las mantas para que no tuvieran que permanecer bajo la lluvia. Cuando Linden ordenó a Sunder y a Hollian que descansaran, él se unió a ellos.

Despertó al amanecer con la cabeza pesada. Las dos mujeres habían pasado la noche despiertas. Linden estaba como una esposa abatida con el cabello empapado, pegándosele a la cara; pero Sunder estaba de pie ante él. La lluvia había cesado. Sunder paseaba lentamente por la hierba, llevando con cuidado sus costillas dañadas. Concentración o dolor acentuaban su frente.

Covenant se levantó de su mojada cama y se dirigió al depósito de provisiones para beber un poco de agua. Luego, como que necesitaba compañía, volvió junto al Gravanélico.

Sunder hizo un gesto de bienvenida. Las arrugas de la parte superior de la nariz parecían complicar su visión. Covenant esperaba que dijera algo acerca del *rukh* o de los corceles. Pero no lo hizo. En su lugar murmuró tensamente:

—Covenant, no me gusta Sarán. ¿Es así la vida en ausencia del Sol Ban?

Covenant se quedó pensativo ante la idea. Le hizo pensar en Andelain. La tierra era igual a los Muertos; esto ocurría sólo en Andelain, donde aún el Sol Ban no había manchado o violado la tierra. Recordó la canción de Caer Caveral:

*Pero mientras pueda, escucharé la llamada
del verdor y del árbol; y por su dignidad,
mantengo la alabarda de la Ley contra la Tierra.*

El lamento de aquella música, hacía renacer en él viejos pesares y odios. ¿No era él, Thomas Covenant, quien había vencido al Despreciativo y hundido en el mar su guarida?

—Si lo es —respondió en un tono venenoso y mortífero—, voy a despedazar el corazón de aquel bastardo.

Distanciadamente, el Gravanélico preguntó:

—¿Es el odio una cosa buena? ¿No debimos entonces permanecer en Piedra Deleitosa y dar batalla al Clave?

La lengua de Covenant estaba preparada para responder, pero su mente estaba bloqueada por una recolección de recuerdos. Inesperadamente vio al Delirante *Turiya*

en el cuerpo de Triock, un pedrariano que había amado a Elena. El Delirante decía: Sólo aquellos que odian son inmortales. Su ira le hizo dudar. ¿Odio? Con un esfuerzo, recobró el control de sí mismo.

—No. Suceda lo que suceda, ya tengo demasiada sangre inocente en mis manos.

—Te comprendo —dijo Sunder, con un suspiro. Su mujer y su hijo estaban en sus ojos; tenía razones para comprender la negación de Covenant.

La luz del Sol había empezado a penetrar en los claros de los árboles, dibujando un listado luminoso en la húmeda atmósfera. Un amanecer libre del Sol Ban. Covenant lo miró por un momento, pero era indescifrable para él. El Sol hizo que Linden y Hollian se levantaran. Pronto el grupo se preparó para partir. Nadie pronunció el nombre de Vain, pero su falta se notaba en el campamento. Covenant había tratado de no pensar en ello. El Demondim era un ser letal y sin escrúpulos. Sonreía y daba rienda suelta a su poder. Pero también era un regalo de Corazón Salado Vasallodelmar. Y Covenant estaba avergonzado ante la idea de que había permitido que un compañero, cualquier compañero, se ahogara en aquella ciénaga, aunque Linden hubiera dicho que Vain no estaba vivo.

Poco tiempo después, los *haruchai* cargaron con las provisiones y partieron. Nadie dijo una palabra caminaron a pie en el Llano de Sarán, rodeados de peligros y bajo las orejas del *acechador*. Parecía que veían delatores esperando detrás de cada árbol, en cada torrente. Ninguno de ellos tenían el valor de hablar. Brinn y Cail encabezaban la marcha, con Linden entre ellos. Girando ligeramente hacia el Norte desde el Este, cruzaron el claro y prosiguieron su camino nuevamente adentrándose en la jungla.

Durante un rato, la mañana fue blanca y luminosa con una suave neblina. Rodeaba a los árboles de evanescencia. El grupo parecía estar solo en el Llano, como si cualquier otra forma de vida se hubiera extinguido. Pero en cuanto la neblina empezó a esfumarse, el pantano tomó vida. Los pájaros se levantaron en pardas bandadas o en individuales borrones de color; silenciosas bestias huían de los viajeros. En un lugar, la expedición encontró un grupo de grandes monos grises, junto a unos matorrales en los que crecían unas bayas escarlata que parecían venenosas. Los monos tenían caras caninas y emitían gruñidos amenazadores. Pero Brinn caminó hacia ellos sin expresión en sus llanos ojos. Los monos saltaron a los árboles abriendo la boca como hienas.

Durante la mayor parte de la mañana, marcharon por un camino de la jungla que ponía terreno sólido bajo sus pies. Pero durante la tarde, tuvieron que cruzar un ancho fangal donde entre montoncillos de hierba podrida y sarnosa, se albergaban oscuras charcas, pozos y zonas de arenas movedizas. Algunas de las charcas eran claras. Otras pestilentes y mefíticas. A intervalos, y de forma inesperada, como si algo vivo y maligno estuviera en su fondo. Linden y el *haruchai* tenían muchas dificultades en

hallar un camino seguro en aquella región.

En la distancia, detrás de ellos, el Sol cruzó el declive y adquirió el aura azul de lluvia. Pero el cielo sobre el Llano de Sarán permanecía claro, limpio de nubes.

A la puesta del Sol habían viajado poco más de cinco leguas.

Hubiera sido mejor, pensó Covenant mientras mascaba su cena, si hubiéramos venido cabalgando. Pero sabía que tales lamentaciones no tenían ningún sentido. Hubiera sido mejor si él nunca hubiera hecho daño a Lena ni a Elena... si nunca perdido a Joan... o si no hubiera contraído la lepra. El pasado era tan irremediable como una amputación. Pero habría podido incrementar su escasa mejoría si tantas vidas del Reino no hubieran estado en su haber.

Aquella noche volvió la lluvia. Llenó la oscuridad, mojó el amanecer y no cesó hasta después de que ellos pasaran media mañana pisando barro.

Por la tarde tuvieron que vadear un marjal de hierbajos y juncos. El agua cubría los muslos de Covenant; los juncos superaban la altura de su cabeza. El temor de peligros ocultos alteraba sus nervios, pero no tenían alternativa; el pantano bloqueaba su camino según pudieron comprobar los *haruchai*.

La espesura de los juncos les obligó a caminar en fila india. Brinn la encabezaba, seguido inmediatamente de Linden y Cail. Luego iban Harn, Hollian, Stell, Sunder, Covenant, Ceer y Hergrom. El agua era oscura y aceitosa. Las piernas de Covenant perdían sensibilidad como si hubieran sido cortadas en la línea del agua. Había nubes de mosquitos; y el pantano apestaba como si hubiera contenido reses muertas. El saco que colgaba de la espalda de Stell impedía a Covenant mirar al frente; no sabía cuanto más tendrían que andar de aquella forma. Instintivamente trató de darse prisa, pero sus botas se pegaban al barro y el agua era tan densa como la sangre.

La suciedad cubría sus piernas y manchaba su ropa. Sus manos se agarraban involuntariamente a las cañas, sabiendo que no podían salvarlo de una posible caída. Su mente maldecía al pensar en Vain. El Demondim, ni siquiera había dirigido la mirada a la gente que trataba de salvarlo. Covenant sentía el pulso en sus sienes.

De pronto, los juncos de su lado se movieron. El agua se agitó. Una serpiente tan gruesa como su muslo rompió la superficie.

Instantáneamente Sunder desapareció de su vista.

Unos metros más allá reapareció con la serpiente enrollada en sus caderas y cuello. Las brillantes escamas cubrían una fuerza suficiente para romper su espalda como si fuera un palo seco.

Toda la celeridad de los *haruchai* le pareció poca a Covenant. Vio a Stell deshacerse de su saco, echarse al agua, recorrer el camino a nado, como si cada fase de la acción hubiera sido cronometrada. Ceer no llevaba ningún saco; estaba a una fracción de latido por delante de Stell. La boca de Hollian se abrió para lanzar un grito. Cada uno de los juncos era distinto y terrible. El agua tenía una textura de lana

mugrienta, Covenant lo vio todo: escamas mojadas; serpientes enrollándose para matar; Ceer y Stell en su primer intento de buceo; la boca de Hollian...

¡Marid! Un hombre sin boca, agonía en sus ojos, serpientes como arma. Colmillos ante la cara de Linden. Marid. Colmillos clavados como clavos de crucifixión en el brazo derecho de Covenant.

Veneno.

En aquel instante, se convirtió en una llama de furia. Antes de que Ceer y Stell hubieran cubierto la mitad de la distancia, Covenant quemó a las serpientes que estrujaban la espalda de Sunder. La magia indomeñable quemó la carne transparente, convirtiendo la espina, costillas y entrañas en incandescencia.

Linden lanzó un grito de espanto.

Las convulsiones de la serpiente al morir lanzaron a Sunder al agua.

Ceer y Stell se sumergieron. Desaparecieron, pero reaparecieron pronto sosteniendo al Gravanélico, que tenía la boca abierta entre ellos. Serpientes muertas colgaban de sus espaldas mientras sacaban a Sunder del peligro.

Todo el poder de Covenant fue apagado por el grito de Linden. El sueño se adueñó de sus huesos. Visiones de niños verdes y sofocación. ¡Maldito infierno!

Sus compañeros se quedaron mirándolo boquiabiertos. Las manos de Linden estaban apretadas contra los lados de su cabeza, luchando por contener su miedo. Covenant esperaba una repulsa de Linden por lo que había hecho. Pero no la recibió.

—Ha sido culpa mía. —Su voz era ronca y débil a la vez—. Debí haber captado esa cosa.

—No. —Stell habló como si fuera inmune a la contradicción—. Atacó cuando tu ya habías pasado. El error es mío. El Gravanélico estaba bajo mi cuidado.

—¡Maldición! —Covenant maldecía inútilmente—. ¡Por todos los Infiernos!

Con un esfuerzo, Linden apartó sus manos de la cabeza y se fue al lado del Gravanélico, que respiraba con dificultad debido al dolor de su pecho. Lo examinó por un momento, lo auscultó y luego dijo:

—Vivirás.

El incidente y la falta de medios hizo que su voz amarga como la bilis.

Los *haruchai* empezaron a moverse. Stell recogió su saco. Brinn reformó la línea de la expedición. Tratando de mantenerse erguida, Linden tomó su lugar y prosiguieron su camino.

Trataron de apresurarse. Pero el agua se hacía cada vez más profunda, manteniéndolos en cautela. Su contacto frío y sucio irritaba la piel de Covenant. Hollian no podía mantenerse sobre sus pies. Tenía que colgarse del saco de Harn y dejarse llevar. La herida de Sunder lo hacía jadear como si estuviera expirando.

Pero, al fin, las cañas dieron paso a un canal abierto; y a poca distancia había un repecho cubierto de hierba. El fondo había bajado. Y tuvieron que ir nadando.

Cuando llegaron al terreno sólido vieron que toda su ropa estaba cubierta por una fina capa de lodo pardo y brillante. También se había pegado en las ventanas de la nariz de Covenant. Linden no podía disimular el asco que le producía.

Con su característica indiferencia, los *haruchai* ignoraron su suciedad. Brinn estaba en la ladera, estudiando el Oeste. Hergrom se fue más allá, hasta que encontró un árbol al que pudo subir.

Cuando volvió, dijo que ninguno de los niños verdes de ácido se hallaba a la vista.

El grupo se apresuró. Más allá de la bajada, cayeron en un caos de matorrales y pequeños riachuelos que parecían correr por todas partes, sin moverse. Les alcanzó el crepúsculo cuando todavía estaban allí, tratando de sortear los obstáculos, dando vueltas y más vueltas en la zona y obedeciendo la estricta orden de Linden de no dejar que ni una gota de aquel agua les tocara.

Al anochecer, descubrieron el primer signo de persecución. Allá, muy lejos, entre los matorrales, había una luz de color esmeralda. Desapareció en seguida. Pero nadie dudó de su significado.

—¡Jesús! —exclamó Linden—. No puedo soportarlo.

Covenant intentó mirarla; pero su cara estaba en la oscuridad, que parecía crecer en sus facciones.

En silencio, el grupo tornó unos alimentos y se preparó para huir durante la noche.

La noche llegó cuando el Sol se hubo puesto por detrás del Declive. Pero luego, de una manera extraña, los torrentes empezaron a emitir luz. Un resplandor nacarado, fantasmagórico y febril, brillaba en las aguas, como fosforescencia enferma. A esta luz, el choque del agua con los matorrales, daba la impresión de que corría, aunque el agua pareciera antes estancada. La luminiscencia se expandía por todo el sector, mezclándose y luego separándose nuevamente, como un tejido de luz de Luna, pero tendiendo siempre hacia el Noreste.

El origen de la luz marcaba la presencia de una fuerte radiación.

Covenant tocó el brazo de Brinn, señalando el fuego. Brinn organizó la expedición y empezaron a caminar hacia adelante.

La oscuridad hacía que se sintieran desorientados respecto a la distancia; la luz estaba más lejos de lo que parecía. Antes de que los exploradores cubrieran la mitad del terreno, unas débiles luces esmeralda empezaron a aparecer detrás de ellos. Apareciendo y desapareciendo alternativamente, a medida que pasaban entre las matas los niños de ácido los seguían. Covenant cerró su mente a la persecución, concentrando la mirada en el resplandor que tenía al frente. No podía soportar el pensamiento del próximo ataque, el ataque que había hecho inevitable.

Siguiendo las líneas resplandecientes de las corrientes, como si fueran un mapa,

Brinn guió a la expedición tan rápidamente como la precaución permitía.

Súbitamente se detuvo.

Iluminado de color perla, señaló al frente. Por un momento Covenant no vio nada. Luego, contuvo la respiración para mantenerse inmóvil.

Furtivamente, se dibujaban entre ellos y la luz unas figuras oscuras, al menos dos de ellas muy grandes.

Hergrom empujó a Covenant para que se escondiera entre las matas. Sus compañeros hicieron lo mismo. Covenant vio a Brinn alejándose como una sombra ante la fantasmagórica luz. Luego el *haruchai* fue absorbido por los matorrales. Covenant perdió de vista las figuras que se movían. Siguió mirando hacia donde las había visto antes. ¿Cuánto tardaría Brinn en investigar y volver?

Oyó un ruido, como una violenta expulsión de aire.

Instintivamente, trató de levantarse. Hergrom le retuvo agachado. Algo pesado se movía entre las hierbas. Se oían golpes, y podía sentir su fuerza. El insistió para que Hergrom le soltara. Un instante después le soltó. Todos se levantaron de nuevo. Cail y Ceer se adelantaron. Stell y Harn siguieron con los pedrarianos. Covenant cogió la mano de Linden y fue con ella tras de Sunder.

Cruzaron en diagonal dos corrientes, y luego todos los pequeños canales iluminados estuvieron a su derecha. El flujo de plata se reunía en tres canales, los cuales corrían serpenteando hacia la luz principal. Pero la expedición estaba ahora en terreno firme. La maleza entre los árboles era espesa. Sólo los *haruchai* fueron capaces de moverse en silencio. Cerca de la ladera del torrente más próximo encontraron a Brinn. Estaba con los puños en sus caderas. El nácar se reflejaba en sus ojos planos, dándoles expresión de júbilo.

Estaba frente a una figura que le doblaba la altura. Una figura como una reencarnación. Un sueño hecho realidad. O uno de los Muertos.

¡Un gigante!

—Los viejos narradores decían la verdad —dijo Brinn—. Estoy muy contento.

El gigante estaba con sus grandes brazos cruzados sobre su pecho, tan sólido como el tronco de un roble. Llevaba una vestidura formada por discos de granito y entrelazados unas gruesas polainas de cuero. A su espalda se veía un gran saco de provisiones. Tenía la barba cerrada. Sus ojos brillaban con cansancio debajo de unas pobladas cejas. La desconfianza que se reflejaba en su mirada mostraba que él y Brinn se habían peleado, y que él no compartía la alegría de Brinn.

—Luego tú sabes cosas que yo ignoro. —Su voz retumbaba como piedras en una cúpula subterránea—. Tú y tus compañeros. —Luego miró al grupo—. Y tu alegría... Con una mano tocó el lado de su mandíbula... es algo muy pesado.

Súbitamente, los ojos de Covenant se llenaron de lágrimas. Le cegaban, no podía parpadear y borrar visiones de Corazón Salado Vasallodelmar, cuya risa y puro

corazón se habían hecho más para abatir al Amo Execrable y curar al Reino que cualquier otro poder, a pesar del hecho de que su pueblo había sido exterminado hasta el último niño por el Gigante-Delirante llevando un fragmento de la piedra *Illearth*, cumpliéndose así la inconsciente profecía de su Hogar en Línea del Mar, que ellos llamaban *Coerceri, La Aflicción*.

Todos muertos, todos los Sinhogar. Procedían de un lugar, muy lejos en el mar, y vagando por el mundo habían perdido los caminos para volver con su pueblo. Por ello se habían establecido en un nuevo hogar, en Línea del Mar, donde habían vivido durante siglos, hasta que tres de sus hijos más orgullosos habían sido hechos Gigantes-Delirantes, servidores del Despreciativo. Luego se habían dejado matar antes que perpetuar un pueblo que pudo convertirse en lo que ellos odiaban.

Covenant lloró por ellos; por la pérdida de tanto amor y fidelidad. Lloró por Vasallodelmar. Lloró porque el gigante que estaba ahora ante él no podía ser uno de aquellos Sinhogar, ninguno de aquel pueblo que había aprendido a atesorar. Y porque, a pesar de todo, aún había gigantes en el Mundo.

No sabía que era lo que había dicho en voz alta, hasta que Hollian lo tocó.

—Ur-Amo. ¿Qué es lo que te apena?

—¡Gigante! —gritó—. ¿No me conoces? —Se adelantó a Linden hacia aquella enorme figura—. Soy Thomas Covenant.

—Thomas Covenant —repitió el gigante, como el eco de una montaña. Con gentil cortesía, como si estuviera conmovido por las lágrimas de Covenant, se inclinó—. Es un honor para mi conocer tu nombre. Te tomo como un amigo, aunque es raro encontrar amigos en este lugar. Yo soy Grimmand Honninscrave, —sus ojos buscaron a Covenant—. Pero estoy confuso. Parece que has conocido gigantes. Gigantes que no volvieron para contar su historia a su pueblo.

—No —respondió Covenant, luchando con sus lágrimas. ¿No volvieron? No pudieron. Perdieron su camino, y fueron exterminados—. Tengo mucho que contarte.

—En otra ocasión —dijo Honninscrave—, me gustaría escuchar una larga historia, aunque fuera triste. La Búsqueda está escasa de historia; pero el peligro nos acecha. ¿No habéis visto los *skest*? Por desgracia hemos colocado nuestros cuellos en un garrote. El tiempo está ahora más para la batalla y la astucia que para las historias.

—¿*Skest*? —preguntó Sunder, nerviosamente, por encima del dolor de sus costillas—. ¿Hablas de las criaturas ácidas que son como niños y lucen como esmeraldas?

—Grimmand Honninscrave. —Brinn habló como si Sunder no estuviera presente—. La historia de que habla nuestro ur-Amo es conocida entre nosotros también. Yo soy Brinn, de los *haruchai*. De mi pueblo también son los aquí presentes: Cail, Stell, Har. Ceer y Hergrom. Te doy nuestros nombres en nombre de un digno recuerdo. —Brinn cogió la mirada de Honninscrave—. Gigante, no estás solo.

Covenant ignoró tanto a Brinn como a Sunder. Involuntariamente, y sólo de forma seminconsciente, levantó la mano para tocar la de Honninscrave, para verificar que el Gigante era de carne y hueso. Pero sus manos eran insensibles, estaban muertas. Tuvo que encerrarse en sí mismo para ahogar su frustración.

El gigante le miró con simpatía.

—Seguro que la historia que deseáis contarme es de gran interés. La escucharé cuando el tiempo lo permita. —Bruscamente se volvió—. Brinn, de los *haruchai*. Tu nombre y los nombres de tu gente me hacen honor. El debido y formal cambio de nombres e historias es un placer para el cual ahora no tenemos tiempo. En verdad, no estoy solo.

—Venid —dijo por encima de su hombro.

Ante su palabra, tres gigantes más salieron de entre los árboles, acercándose a largos pasos.

El primero en llegar fue una mujer. Era hermosa, con un cabello que parecía hierro finamente hilando, con una mirada de férreos propósitos. A pesar de que era más delgada que él y ligeramente más baja, iba vestida como un guerrero. Llevaba una malla con grebas en sus manos; un yelmo colgaba de su cinturón, un hierro redondo salía por detrás de sus hombros. En una vaina que llevaba colgada a su lado había una espada casi tan alta como Covenant.

Honninscrave la recibió con deferencia y le dijo los nombres que el grupo le había dado. Luego les dijo:

—Ella es la Primera de la Búsqueda. La servimos a ella.

El otro gigante no tenía barba. Tenía una vieja cicatriz, como un golpe de sable, debajo de sus ojos, a través del puente de la nariz. Pero en su aspecto y vestidura se parecía mucho a Honninscrave. Su nombre era Cable Soñadordelmar. Al igual que Honninscrave, no iba armado y llevaba una gran carga de provisiones. El cuarto individuo no era más alto que el alcance de un brazo de Covenant. Parecía un lisiado. En el centro de su espalda, su torso se encorvaba hacia adelante, como si tuviera la columna doblada, imposibilitándole para erguirse. Sus extremidades eran grotescamente musculadas como ramas de árbol estranguladas por duros tallos. Y su cara también era grotesca: ojos y nariz malformados, y la boca torcida. El corto cabello que coronaba su cara sin barba, estaba tieso, como si hubiera tenido un susto. Sonreía y su mirada parecía alegre y jovial; a pesar de su fealdad, su cara resultaba agradable.

Honninscrave pronunció el nombre del gigante: Encorvado.

—¿Encorvado? —La vieja simpatía de Covenant por los lisiados le hizo dudar—. ¿Es que no tiene ni derecho a dos nombres? ¿Encorvado y nada más?

El gigante respondió como si hubiera podido leer el corazón de Covenant. Su voz sonaba como el murmullo de una fuente.

—Se me han ofrecido otros nombres. Y muchos. Pero, ninguno me gustaba. — Sus ojos brillaban con un misterioso regocijo—. Piénsalo bien y comprenderás.

—Lo comprendemos. —La Primera de la Búsqueda habló como hierro templado—. Ahora lo que necesitamos es huir o defendernos.

Covenant tenía muchas preguntas en su mente. Quería saber de dónde habían salido aquellos gigantes. Por qué estaban allí; pero el tono de la Primera le devolvió a sus problemas inmediatos. En la distancia vio brillos verdes. Una línea que formaba como una nariz.

—Huir es difícil —dijo Brinn desapasionadamente—. Las criaturas de esta persecución son muchas.

—Los *skest*, sí —retumbó Honninscrave—. Quieren cercarnos como al ganado.

—Bueno —dijo la Primera—, debemos prepararnos para defendernos.

—Espera un minuto. —Covenant buscó entre los pensamientos que daban vueltas en su cerebro—. Esos *skest*, vosotros los conocéis. ¿Qué sabéis de ellos?

Honninscrave miró a la Primera y luego se encogió de hombros.

—Saber es algo muy relativo. No sabemos nada de este lugar ni de su vida. Hemos oído el discurso de estos seres. Se llaman a sí mismos *skest*. Y su objeto es el de hacer sacrificios para otro ser, al cual adoran. De este ser no dicen el nombre.

—Para nosotros —el tono de Brinn escondía repugnancia—, se conoce como el *acechador* del Llano de Sarán.

—Es el Sarán. —Linden se expresaba rotundamente, excitada. Días de íntima vulnerabilidad la habían dejado febril e indefensa—. Todo este lugar está vivo de alguna forma.

—¿Pero cómo sabéis tanto? —preguntó Covenant a Honninscrave—. ¿Cómo podéis comprender su lenguaje?

—Esto también —respondió el gigante—, es algo que no puede llamarse saber. Poseemos un regalo de lenguas por el cual tratamos más fácilmente con *Elohim*. Pero todo lo que hemos oído no nos ofrece ninguna ayuda para el presente.

Elohim. Covenant recordó este nombre. Lo había oído por primera vez de Vasallodelmar. Pero aquellos recuerdos, sólo acentuaban su sentido del peligro. Había confiado en que los conocimientos de Honninscrave les podrían proporcionar una forma de escapar. Dándole la vuelta al problema, dijo:

—Tampoco la defensa puede haceros ningún bien. —Trató de darle fuerza a su mirada—. Tenéis que escapar. Tenéis que escapar. —Vasallodelmar murió por mi culpa—. A través de las líneas podéis escapar y ellos no harán nada para impedirlo. Es a mí a quien buscan. —Sus manos gesticulaban de forma que no podía reprimir—. Llevad con vosotros a mis amigos.

—¡Covenant! —protestó Linden, como si hubiera anunciado su intención de suicidarse.

—Resulta —dijo Encorvado— que el conocimiento de Thomas Covenant respecto a los gigantes no es tan grande como él cree.

Brinn no se inmutó; su voz no contenía mala intención.

—El ur-Amo sabe que su vida está bajo la protección de los *haruchai*. No le abandonaremos. Los antiguos gigantes tampoco hubieran abandonado nunca a un compañero en peligro. Pero esto no os ata a vosotros. Sería triste para nosotros veros dañados. Debéis huir.

—¡Sí! —insistió Covenant.

Frunciendo el entrecejo, Honninscrave preguntó:

—¿Por qué cree el ur-Amo que los *skest* le buscan a él?

Brevemente, Brinn le explicó que ellos sabían algo del *acechador* del Llano de Sarán.

La Primera dijo:

—Está decidido. —Desató su yelmo de la correa y se lo colocó a la cabeza—. De esto, la Búsqueda ha de ser testigo. Encontraremos un lugar para defendernos.

Brinn señaló la luz del Noreste. La Primera miró en aquella dirección.

—Bien —dijo.

En seguida se volvió y empezó a caminar.

Los *haruchai*, pronto pusieron en movimiento a Covenant y Linden, así como a los pedrariansos. Flanqueados por Honninscrave y Soñadordelmar, con Encorvado a sus espaldas, la expedición siguió a la Primera.

Covenant no podía resistir. Estaba completamente aterrorizado. El *acechador* sabía que estaba allí y quería encontrarlo; estaba obligado a luchar o morir. Pero sus compañeros los gigantes, incluido Vasallodelmar, había sufrido el tormento de Cenizas Calientes por su culpa. ¡No debemos...! Estaba seguro de volverse loco, si llegaba a ser la causa de hacer cualquier daño a sus amigos.

Los *skest* fueron en su persecución. Salieron de las depresiones del Llano, formando una pared compacta contra cualquier ataque. Las líneas en cada lado se iban estrechando. Honninscrave lo había descrito muy bien: ¡Oh, Infierno! Estaban siendo conducidos hacia la luz.

Ahora brillaban enfrente de ellos, bañando la noche de color de nácar, el color de su anillo. Entonces pensó que el agua brillaba como lo hacía porque su anillo estaba presente. Ellos se encontraban próximos a la confluencia de los canales. En el lado izquierdo, la jungla se subía por una larga ladera de colina, dejando el terreno despejado al frente, tan lejos como alcanzaba la vista, pero el camino era complicado por las enredaderas y raíces que salían del suelo. A la derecha, las aguas formaban un lago que tenía la longitud de la ladera. Sobre su superficie brillaba una especie de vapor plateado, que no era natural. La luz producía en sus alrededores una sombra vampiresca como si aquel resplandor fuera el peculiar canto mortuario de los

desventurados. Aquel paisaje era bello y funesto a la vez.

A poca distancia, en su camino por la ladera, se encontraron bloqueados por una barrera de *skest*. El viscoso fuego verde se iba cerrando desde el nivel del agua hasta la ladera, formando una curva alrededor del grupo.

La Primera se detuvo y examinó el terreno.

—Debemos cruzar por el agua.

—¡No! —replicó Linden en seguida—, si lo hacemos así, nos matarán.

Entonces, la Primera, enarcó las cejas.

—Entonces, parecerá... —y después de un momento de consideración—, que el lugar de la defensa lo habremos escogido nosotros.

Un extraño silencio le respondió. La respiración de Encorvado silbaba ligeramente, dentro y fuera de sus entumecidos pulmones. Sunder se agarraba a Hollian defendiéndose del dolor de su pecho. Las caras de los *haruchai* parecían máscaras de muerte. Linden estaba visiblemente aterrorizada.

Poco a poco, la atmósfera empezó a sudar bajo el asedio del *acechador*.

Covenant sentía que se le iba llenando el cuerpo hasta llegar a la garganta, como agua, aumentando poco a poco en volumen e intensidad. Los *skest* salían interminablemente, acompañados de aquel intenso grito. La transpiración producía hormigueo en toda su piel. El veneno latía en él como fiebre.

Cable Soñadordelmar, se puso las manos a los oídos; luego las bajó cuando comprobó que no podía cerrar sus oídos al paso de aquel alarido. Un mudo gruñido descubrió sus dientes.

Con toda calma, como si no sintieran necesidad de apresurarse, los *haruchai* desempaquetaron los pocos leños que les quedaban. Se los repartieron a razón de uno por cabeza, ofreciendo el resto a los gigantes. Soñadordelmar miró la madera, sin comprender, pero Encorvado cogió varios de ellos y dio el resto a Honninscrave. Aquellas estacas parecían palillos en las manos de los gigantes.

La boca de Linden se abrió como si fuera a gritar; pero el ruido del *acechador* ahogaba cualquier otro sonido.

Los *skest* avanzaron, tan verdes como la corrupción.

Desafiando su sofoco, Brinn dijo:

—¿Debemos soportar esto? Ataquemos a esos *skest*.

La Primera le miró. Luego miró a su alrededor. Sin pensárselo más, sacó su espada, que parecía oírse vibrar superando el alarido, cuando la movía por encima de su cabeza.

—¡Piedra y Mar! —gritó, lanzando su grito de batalla.

Y Covenant, que ya había conocido a los gigantes, respondió:

«Piedra y Mar, profundos en la vida,

dos inalterables símbolos del Mundo».

Forzó las palabras, a pesar de su vértigo, tal como las había aprendido de Vasallodelmar.

«Permanencia en el descanso y permanencia en la acción;
participantes en el Poder que queda».

Aunque el esfuerzo amenazaba con hacer saltar sus ojos, habló muy alto para que la Primera lo oyera y comprendiera.

Los ojos de ella le buscaron con interés.

—Tú has conocido a los gigantes —carraspeó. El alarido obstruía su garganta—. Te nombro Giganteamigo. Somos camaradas, para bien o para mal.

Giganteamigo. El nombre casi le ahogaba. Los gigantes de Línea del Mar habían dado este título a Damelon, padre de Loric. A Damelon, que había predicho su destrucción. Pero no tenía tiempo de protestar. Los *skest* se aproximaban. Entonces sufrió un ataque de tos. Las esmeraldas le producían más vértigo a medida que se esforzaba en respirar. El alarido le hacía vibrar los huesos. Su mente iba encadenando nombres. Giganteamigo, Damelon, Kevin, Linden, Marid, Veneno.

Venenovenoveneno.

Con los palos a punto, Brinn y Ceer avanzaron a lo largo del borde del lago para enfrentarse a los *skest*. Los otros *haruchai* movieron el grupo en aquella dirección. El sudor que caía en los ojos de Encorvado le hacía parpadear como un loco. La Primera empuñó su espada con ambas manos.

Lleno de vértigo, Covenant siguió solamente porque Hergrom le empujó.

Marid. Colmillos.

Lepra desecho sucio.

Ahora ya estaban cerca de los niños ardientes. Demasiado cerca.

De pronto, Soñadordelmar, pasó delante de Brinn y cargó contra los *skest*.

Brinn gritó:

—¡Gigante! —y le siguió.

Con su enorme pie, Soñadordelmar aplastó a una criatura. Ésta se rompió, esparciendo ácido y llamas.

Soñadordelmar se tambaleó por el dolor que le subía por la pierna. Sus mandíbulas se abrieron, pero sin dejar salir ningún sonido de su garganta. En un vislumbre de percepción, Covenant se dio cuenta de que era mudo. La mala fortuna hizo que Soñadordelmar cayera hacia los *skest*.

La voz del *acechador* burbujeaba como la codicia del pantano.

Brinn dejó caer sus palos y cogió a Soñadordelmar por la muñeca. Desafiando el

peso del gigante, tiró de él, apartándolo de las criaturas.

Al instante siguiente, Encorvado los alcanzó. Con una prodigiosa facilidad, cargó sobre sus hombros a su camarada herido. El dolor se reflejaba en la cara de Soñadordelmar; pero colgaba de los hombros de Pitch y se dejó apartar de los *skest*.

Al mismo tiempo, Ceer empezó a atacar. Aplastó uno de los niños de ácido con un revés de su bastón. La conflagración hizo astillas la mitad de la madera. Luego tiró los trozos restantes a la criatura siguiente. Mientras el *skest* ardía, ya había cogido otro madero para volver a golpear.

Stell y Brinn se unieron a él. Rugiendo, Honninscrave empezó a golpear la línea con un doble fajo de madera, aplastando a cinco *skest* antes de que las maderas se le quemaran en las manos.

Juntos, abrieron una brecha en la nariz del *acechador*.

El alarido intensificó su furia, clavándose en los pulmones del grupo.

Hergrom tiró de Covenant para salir por la brecha. Cail, subió, llevando a Linden. Brinn y Ceer mantenían la brecha abierta con el último de los leños mientras Honninscrave y la Primera corrían a través de las llamas, confiando en su inmunidad al fuego. Encorvado le siguió con Soñadordelmar en su espalda.

Luego los *haruchai* se quedaron sin madera. Aparecieron más *skest* para cerrar la brecha, conducidos por el infalible chillido del *acechador*, Stell atravesó la brecha. Harn le lanzó Hollian a Stell, luego hizo lo mismo con Sunder.

Como uno solo, Brinn, Ceer y Harn, saltaron por encima de las criaturas.

Los *skest* ya se habían vuelto en persecución. El *acecho* rugía con más furia.

—¡Ven! —gritó la Primera, casi logrando imponer su voz al alarido incesante. Los gigantes corrían a lo largo de la orilla del lago. Encorvado llevaba a Soñadordelmar con la agilidad de un *haruchai*.

Todos huyeron. Sunder y Hollian corrían juntos, flanqueados por Han y Stell. Covenant se tambaleaba a causa de las raíces y tallos muertos entre Brinn y Hergrom.

Linden no se movió. El horror y la sofocación había convertido su cara en alabastro. Covenant la miró y vio en su rostro la misma expresión que la primera vez que ella había visto a Joan, una mirada de parálisis.

Cail y Ceer la cogieron por los brazos y la obligaron a correr.

Ella se resistía; su boca se abrió para gritar.

—¡Cuidado! —dijo la Primera.

Hollian rompió en sollozos.

Brinn y Hergrom se pararon en seco, mirando hacia el lago.

Covenant se estremeció ante su vista y se hubiera caído de no haberle sujetado el *haruchai*.

La superficie del lago crecía. El agua se convirtió en un brazo, como una concatenación de brillo fantasmagórico; un tentáculo con veintenas de dedos. Creció,

elevándose, como la encarnación del grito del *acechador*.

Desenrollándose como una serpiente, golpeó a los que estaban más cerca.

A Linden.

Como una niña horrorizada, Linden trató de escapar. Cail y Ceer tiraron de ella. Inconscientemente se resistió.

En aquella pesadilla, Covenant vio como el pie izquierdo de Linden quedaba atrapado en la horca de una raíz. Los *haruchai* trataron de ayudarle. Con un espasmo de dolor se rompió. No se oyó ningún sonido bajo la furia del *acechador*. El brazo de agua le lanzó fosforescencia. Cail lo vio llegar y trató de bloquearlo. El brazo lo lanzó fuera de camino, dejándolo tendido con la cabeza en dirección de los *skest* que avanzaban.

Las criaturas se acercaban lentamente como una marea. Linden trató de llorar y no pudo.

El brazo de agua retrocedió nuevamente, apartando a Ceer.

Luego Honninscrave se lanzó a toda velocidad hacia el lugar donde estaba Linden.

Covenant trató, con todas sus fuerzas de seguir al gigante, pero Brinn y Hergrom se lo impidieron.

Al instante, se encendió su furia. Una oleada de veneno se apoderó de él. La magia indomeñable empezó a brillar.

Su poder apartó a los *haruchai* como si hubieran sido lanzados por una explosión.

El brazo del *acechador* volvió a atacar. Honninscrave se interpuso, desviándolo. Su peso lo estrelló contra el suelo con un claroscuro de chispas blancas, pero no podía dominarlo. Luego enrolló al gigante, levantándolo en el aire. La presión le produjo un dolor que se reflejaba en su cara. Luego lo amartilló contra el suelo, dejándolo tendido.

El brazo ya alcanzaba a Linden.

Ardiendo como una antorcha, Covenant recorrió la distancia que lo separaba de ella, pero su mente era un caos de visiones y vértigo. Vio a Brinn y Hergrom tendidos al suelo, tal vez heridos, tal vez muertos. Vio colmillos crucificando su antebrazo. Vio veneno cometiendo asesinatos que él no podía controlar. El fulgurante brazo buscó nuevamente a Linden con sus dedos.

En un violento latido de su corazón, el horror se impuso a él. Todos sus temores se convirtieron en el temor del veneno, de la magia indomeñable que no podía dominar, de él mismo. Si atacara aquel brazo podría dañar a Linden. El poder salía de él como una llama.

Los dedos del *acechador* la cogieron por el cabello, arrastrándola hacia el lago. Su tobillo roto aún estaba atrapado por la raíz. El brazo tiró de ella, atormentando sus huesos. Luego su pie quedó libre.

¡Linden!

Covenant avanzó nuevamente. El grito había roto sus pulmones. No podía respirar. Mientras corría, sacó el *krill* de Loric, lanzó la tela y lo empuñó. Con la espada despidiendo fuego blanco, se lanzó al ataque contra el brazo.

Se oyó un grito de dolor. El brazo soltó a Linden, retirándose. El *krill* casi fue arrancado de su puño. La herida despidió plata como una Luna en llamas, esparciendo arcos de angustia en el cielo oscuro.

Herido y enfurecido, el brazo enrolló a Covenant, levantándolo del suelo. Por un instante se encontró cogido, sin defensa en un lazo que lo aplastaba. Con una fuerza salvaje, el *acechador* lo levantó hacia el cielo para meterlo luego en el agua. Lo hundió más y más como si el lago no tuviera fondo ni final. El frío quemaba su piel, obturando su boca; la presión en sus oídos parecía un clavo que se introducía en su cráneo; su mente quedó en la oscuridad. El *acechador* intentaba cortarlo por la mitad. Pero la gema del *krill* brillaba con potencia. El *krill* de Loric, forjado como un arma contra la maldad. Un arma. Con ambas manos, Covenant, pinchó con la espada aquel brazo que parecía una serpiente.

Con una convulsión, aflojó su agarre. La sangre del *acechador* llegó hasta la cara de Covenant.

Pero continuaba siendo empujado hacia el fondo, hacia las profundidades del abismo de las entrañas del *acechador*. Empezó a acusar la falta de aire. El agua y el frío atenazaban sus huesos. La presión en sus ojos marcaba signos de mortalidad y fracaso. Fracaso. El Sol Ban, el Amo Execrable riéndose ante su absoluto triunfo.

¡No!

Linden agonizaba.

¡No!

Antes de que la mano del *acechador* pudiera apretar de nuevo, giró su cuerpo en redondo, encarándose a la procedencia del brazo, siempre bajando. El *krill* ardía de manera salvaje ante su vista.

Con toda la pasión de su corazón dolorido, con todo lo que sabía del *krill*, magia indomeñable, rabia, veneno... acuchilló el brazo del *acechador*.

La caliente espada cortó la carne pasando a través de su apéndice como si todo fuera agua.

Al instante, el lago ardió. El agua se agitó despidiendo fulgores blancos como llantos. El *acechador* se convirtió en llamas. Súbitamente el brazo del *acechador* desapareció.

Aunque todavía empuñaba el *krill*, Covenant no podía ver nada. El dolor del *acechador* lo había cegado. Se halló flotando solo en las profundidades, tan oscuras que nunca más podrían tener luz. El se moría por falta de aire.

VEINTICINCO. «En el nombre del Ser Puro»

Ineficazmente, obstinadamente, luchó contra el agua hasta con los dientes, esforzándose en subir. Se encontraba ya desposeído de poder y le era difícil moverse en aquellas profundidades. Sus miembros estaban muertos por falta de aire. Ya nada quedaba de él, excepto la última convulsión de su pecho que le abriera la boca... nada excepto la muerte y la memoria de Linden con su tobillo roto, luchando por llorar.

En un mudo rechazo, siguió moviendo brazos y piernas como una plegaria para llegar a la superficie.

Luego, en la oscuridad, sintió que una mano lo sujetaba, dándole la vuelta. Manos duras cogieron su cara. Una boca se pegó a la suya. Las manos forzaron sus mandíbulas, abriéndolas; la boca le inyectó aire. El débil sabor de aire lo mantuvo vivo. Las manos lo empujaron hacia arriba.

Llegó a la superficie y abrió la boca con desesperación, los brazos le sostuvieron mientras inhalaba el primer aire. El tiempo se borraba mientras entraba y salía del estado de consciencia a causa de su maltratado corazón.

Una voz distante, ¿Hollian?, llamaba con insistencia.

—¿Brinn? ¿Brinn?

Brinn respondió por detrás de la cabeza de Covenant.

—El ur-Amo vive.

Otra voz dijo:

—Loor a los *haruchai*. —Sonaba como la voz de la Primera de la Búsqueda—. Seguramente ese título fue muy honorable entre los gigantes que vuestro pueblo conoció.

Luego Covenant oyó a Linden decir, hablando desde el fondo de un pozo de pena:

—Por eso el agua parecía tan mortífera. —Hablaba con la voz entrecortada, entre dientes, para dominar su dolor—. El *acechador* estaba allí. Ahora se ha ido.

En el silencio, detrás de su voz, estaba llorando.

Se ha ido. Poco a poco el aire restauró la mente de Covenant. El *acechador* se había ido. Había sido sacado de allí; pero ciertamente no había muerto; no, eso era imposible; no podía haber matado una criatura tan grande como el Sarán. El lago estaba oscuro. Los fuegos causados por el derramamiento de ácido de los *skest* ya se habían apagado por falta de combustible. La noche cubría el Llano. Pero él había mantenido empuñado el *krill* y su brillo le permitía ver.

Sin duda, el *acechador* estaba todavía vivo. Cuando Brinn lo llevó nadando a la orilla y le ayudó hasta que estuvo bien acomodado en terreno seco, sintió que la atmósfera estaba demasiado tensa para sentirse cómodo. A lo lejos, oyó los lamentos que en aquella criatura causaba el dolor; débiles sollozos semejantes a un burbujeo en

el aire como autocompasión de demonios.

En cada lado, los *skest* brillaban débilmente. Se habían retirado; pero sin abandonar la misión del *acechador*.

El solamente había herido a la criatura. Ahora no se satisfecería con mera comida. Ahora desearía venganza.

Una antorcha se encendió. A la luz de la inesperada llama, vio a Hergrom y Ceer cerca de Honninscrave, cargados con leña que aparentemente habían recogido de los árboles de la colina. Honninscrave tenía un gran brasero en el cual Ceer encendía antorchas, una después de otra. Mientras Hergrom pasaba los leños a los otros *haruchai* se iba iluminando el grupo.

Covenant miró su *krill*.

Su gema brillaba en su forma más pura, como si fuera inviolable, pero su luz le recordó la explosión de furia que por primera vez había despertado la espada cuando Elena era el Ama Superior. Independientemente del propósito de Loric cuando fabricó el *krill*, Covenant había hecho de él un instrumento de fuego salvaje. Su limpio brillo le deslumbraba.

En silencio, Brinn recogió el trozo de tela que Covenant había tirado. Tomó el *krill* y envolvió su calor, como si de esta forma pudiera hacer la verdad más soportable para Covenant. Pero Covenant estaba mirándose las manos. Sus manos estaban ilesas, sin quemadura alguna. Habían sido protegidas por su propio poder. Incluso su carne se había acostumbrado ya tanto a la magia indomeñable que instintivamente se protegía a sí mismo, sin dañar ninguna parte de él excepto su alma. Y si aquello fuera verdad...

Gimió.

Si aquello era verdad, ya estaba condenado.

Pero ¿qué significaba la condena sino liberarse del tremendo precio del poder? ¿No era aquello lo que hizo al Amo Execrable como ahora era? Los condenados compraban poder con sus almas. Los inocentes pagaban por él con sus vidas. Allí estaba la verdadera inocencia de Sunder, aunque hubiera sacrificado a su propia esposa y a su hijo... Y la verdadera culpa de Covenant. Incluso en la guarida del Execrable se había evitado pagar la totalidad del precio. En aquella ocasión, sólo su contención le había salvado, su rechazo a intentar la total eliminación del Amo Execrable. Sin aquel refrenamiento, se habría convertido en otro Kevin Pierdetierra.

¿Dónde estaba ahora su contención? Sus manos estaban intactas. Insensibles por la lepra. Torpes y casi inútiles, sí; pero habían sostenido el poder sin lastimarse, y Brinn le había ofrecido el paquete con el *krill* como si fuera su futuro y su condena. El lo aceptó. ¿Qué otra cosa podía hacer? Era un leproso. No podía negar lo que era. ¿Por qué otra razón había sido escogido para llevar la carga de las necesidades del Reino? Tomó el paquete y lo colocó detrás de su cinturón, como si al menos de esta

forma pudiera ahorrarle a sus amigos el compartir su condena. Luego, con un esfuerzo, como un reconocimiento de fatalidad miró al grupo.

A pesar de sus quemaduras, Honninscrave, parecía esencialmente entero. Soñadordelmar podía sostenerse sobre su pie quemado por el ácido, y Encorvado se movía como si hubiera olvidado su propio paseo por fuego. Esto recordó a Covenant la *caamora*, el viejo ritual gigantino del fuego de la aflicción. Recordó a Vasallodelmar enterrando sus manos ensangrentadas entre los carbones para castigarlas y limpiarlas de maldad. Vasallodelmar se había horrorizado de la insidia con que había matado Entes de la Cueva y había tratado con fuego su congoja. Las flamas le habían dolido pero no dañado. Y cuando sacó las manos estaban limpias.

Limpias, murmuró Covenant, limpias. Anhelaba la purificación del fuego, pero obligó a sus ojos a mirar más allá de los gigantes. Mirando directamente a Brinn casi lloró. Brinn y Hergrom habían sido tocados por la magia indomeñable; sus cejas y cabellos estaban chamuscados, sus ropas estropeadas. Había estado tan cerca de hacerles realmente daño...

Al igual que Honninscrave, Cail y Ceer, estaban abatidos, pero intactos. Mantenían antorchas sobre Linden.

Linden permanecía en el suelo con la cabeza apoyada en el regazo de Hollian. Sunder se arrodilló a su lado, sujetando su pierna para mantenerla quieta. Sus nudillos estaban blancos por el esfuerzo y miraba angustiado como si temiera tener que sacrificarla para obtener su sangre.

La Primera estaba cerca con los brazos cruzados sobre su malla, como un monolito enfadado, mirando a los distantes *skest*.

Linden no había dejado de hablar. Su voz era un contrapunto a los *skest*. Seguía diciendo que el agua era ahora segura, que él se había ido, que podía estar en cualquier parte, que él era el Sarán, pero que era, ante todo, una criatura de agua, el mayor peligro de la vida en el agua. Seguía hablando y hablando para no tener que llorar.

Su pie izquierdo descansaba en un ángulo imposible. Astillas de hueso pinchaban la piel de su tobillo y la sangre salía de las heridas, a pesar de la presión que ejercía Sunder con su mano.

El ánimo de Covenant decayó ante aquella visión. Sin transición consciente, se encontró arrodillado junto a ella. Los huesos de las rodillas le dolían como si se hubiera caído. Las manos de ella se abrían y cerraban a sus lados, tratando de encontrar algo que la ayudara a sobrellevar el dolor.

De repente, la Primera dejó de estudiar a los *skest*.

—Giganteamigo —dijo—, le duele mucho. Nosotros tenemos *diamantina*. Para una persona que carece de la estatura de un gigante, su acción será rápida. — Covenant no levantaba los ojos de la cara de Linden. Estaba familiarizado con la

diamantina. Era un licor hecho por los gigantes—. También es altamente curativo — continuó la Primera—. Destilado para nuestra restitución. —Covenant apreció matices de compasión en su duro tono—. Pero no conocemos ningún método que pueda repararle la lesión. Sus huesos quedarán soldados tal como están ahora. Ella quedará...

Quedará coja.

No. Su irritación creció, su resentimiento ante la impotencia, furia ante el dolor. El agotamiento de su espíritu se hizo insoportable.

—Linden. —Adelantó su cara para que ella pudiera verle. Sus ojos estaban distraídos—. Tenemos que hacer algo por tu tobillo. —Los dedos de Linden hurgaron en el suelo—. Tú eres el médico. Dime lo que hay que hacer. —Su cara parecía una máscara—. *Linden*.

Sus labios estaban completamente blancos. Sus músculos estaban tensos contra la presión de Sunder. Seguramente pronto ya no podría soportar más el dolor. Su respiración era ronca.

—Inmoviliza la pierna. —Gemidos entrecortados salieron de su garganta; se esforzó para no llorar—. Sobre la rodilla.

Al momento, Sunder obedeció. Pero la Primera gesticuló.

—Aquí se necesita la fuerza de un gigante —dijo. Y envolvió la pierna de Linden con sus grandes manos, sosteniéndola como un tornillo de piedra.

—No dejéis que me mueva.

El grupo cumplió sus órdenes. Su dolor era indescriptible. Ceer la sujetó por los hombros. Harn, uno de sus brazos. Sunder el otro. Y Brinn sujetaba su pierna ilesa.

—Dadme algo para morder.

Hollian cortó una tira de su túnica, la dobló varias veces y se la ofreció a Linden.

—Sujetad fuertemente el pie. —En sus ojos se reflejaban el miedo—. Tirad de él en la dirección contraria a la rotura. Fuerte. Seguid tirando hasta que las astillas del hueso dejen de sobresalir por la piel. Luego dobladlo en línea con la pierna. Sujetad bien el pie para que los huesos no giren. Cuando yo sienta que está bien —dijo febrilmente, pero bajo su propio control médico—, asentiré con la cabeza. Luego podéis ir soltando el pie. Poco a poco. Poned una tablilla. Arriba, por encima de la rodilla. Después entablillad toda la pierna.

Inmediatamente cerró los ojos y abrió la boca, aceptando la tela de Hollian.

Una náusea de miedo retorció los intestinos de Covenant; pero lo ignoró.

—Bien —dijo—. Yo lo haré. —Su valor le aterraba. Se acercó al pie de Linden; pero Cail lo apartó.

Covenant maldijo entre dientes; pero Cail respondió sin vacilar:

—Esto lo haré yo por ella.

Covenant temblaba. Y temblaban sus manos que habían sostenido aquel poder lo

suficiente grande para ahuyentar al *acechador*, sin haber sufrido daño alguno.

—Digo que *yo lo haré*.

—No. —La negación de Cail fue rotunda—. Tú no tienes la fuerza de los *haruchai* y la responsabilidad de su herida es mía.

—¿Qué no lo comprendes? —insistió Covenant, sin encontrar razón suficientemente fuerte para convencerlo—. Todo lo que toco se vuelve sangre. Todo lo que hago es matar. —Sus palabras parecían caer al suelo, contaminadas por la distante autocompasión del *acecho*—. Ella está aquí porque quiso salvar mi vida. Necesito ayudarle.

Inesperadamente, Cail miró hacia arriba, encontrándose con la mirada herida de Covenant.

—Ur-Amo —dijo, como si hubiera medido al Incrédulo de pies a cabeza—, tú no tienes fuerza.

¡Tú no lo comprendes! Covenant trataba de gritar. Pero no salían palabras de su garganta. Cail estaba en lo cierto. Con su media mano no podría coger correctamente el pie de Linden; no podría ayudarle, no estaba capacitado. Y sin embargo sus manos estaban ilesas. No pudo resistirse cuando Encorvado lo cogió, apartándolo del grupo que se hallaba en torno a Linden.

Sin hablar, el deformado gigante le condujo al fuego del acampado. Honninscrave lo estaba avivando. Soñadordelmar estaba sentado allí, dejando descansar el pie quemado por el ácido. Miró a Covenant con un silencio elocuente. Honninscrave le dirigió una mirada de comprensión. Luego cogió una taza de piedra de uno de sus bultos y se la dio a Covenant. Este supo por el olor que la taza contenía *diamantina*, potente como el olvido. Si bebía de aquella taza, quizás no recobraría la conciencia hasta el día siguiente. O dos días después.

El estado de inconsciencia eliminaba las cargas, evitaba el sentimiento de culpa.

No bebió de aquel líquido. Se quedó mirando las llamas sin verlas, sin sentir como se acentuaban las arrugas de su cara por la aflicción. No hizo nada más que escuchar los sonidos de la noche. El *acechador* lloraba su desgracia, suavemente, para sí mismo. La respiración de Encorvado era estertorosa. Los gritos de Linden eran terribles cuando Cail tiraba de su pie; sus huesos hacían un ruido como los bastones mojados al romperse.

Luego, la Primera dijo:

—Ya está hecho.

El fuego daba reflejos de color naranja y amarillos en las lágrimas de Covenant. Ya no quería poder ver nunca más. Deseaba quedarse para siempre sordo e insensible, pero se volvió hacia Encorvado, y levantando la taza ante él, dijo:

—Toma. Ella necesita esto.

Encorvado le llevó la taza a Linden. Covenant lo siguió como una hoja seca en su

caída.

Antes de que Covenant llegara junto a ella, se encontró a Brinn y a Cail. Éstos le cerraron el paso; pero le hablaron con deferencia.

—Ur-Amo. —La modulación de Brinn expresaba la dificultad que tenía en excusarse—. Fue necesario evitar que lo hicieras. No significa esto que rechazemos tu ayuda.

Covenant, luchando con la tensión que tenía en su garganta, dijo:

—Encontré a Bannor en Andelain. Me dijo: *Redime a mi pueblo. Su estado es una abominación. Y ellos te servirán bien.*

Pero no había palabras adecuadas para expresar lo que él intentaba decir. Pasó por el lado de los *haruchai* y fue a arrodillarse al lado de Linden. Estaba justamente terminando la taza que la Primera sostenía para ella. La piel de su cara parecía tan desprovista de sangre como el mármol. Una patina de dolor nublaba su mirada. Pero su respiración se hacía más segura y sus músculos habían empezado a relajarse. Con sus dedos insensibles se secó las lágrimas de los ojos, para verla claramente, tratando de creer que se pondría bien.

La Primera le miró.

—Confía en la *diamantina*. Ella se curará. —Le dijo con calma.

—Ella necesita vendajes. Una tablilla. Esa herida debe desinfectarse.

—Todo se hará. —El temblor de la voz de Hollian le indicó que también ella necesitaba ayuda—. Sunder y yo...

El asintió mudamente, permaneciendo al lado de Linden mientras los pedrariansos iban a calentar agua y a preparar los vendajes, así como las tablillas. Linden aparecía invulnerable en su debilidad. Se arrodilló con sus brazos apoyados al suelo, vigilando como la *diamantina* la conducía al sueño.

También observó el cuidado con que Hollian, Sunder y Stell lavaban y le vendaban el tobillo. Luego le aplicaron la madera en la pierna, asegurándola debidamente. Pero al mismo tiempo, un curioso dilema se le presentó, un vacío como el abismo existente entre su inutilidad y su poder. Ahora estaba seguro, aunque temía admitirlo, de que se había curado a sí mismo con la magia indomeñable cuando había sido invocado en la Atalaya de Kevin, con la herida del cuchillo todavía sangrando en su pecho. Recordó su horror ante la frase del Amo Execrable: *Me perteneces*. Y recordó también el calor y la llama blanca.

Entonces ¿por qué no podía hacer lo mismo por Linden, uniendo sus huesos de la misma manera que había sellado su propia carne? Por la razón que le impedía sacar agua de la Tierra y oponerse al Sol Ban. Porque sus sentidos eran demasiados torpes para aquel trabajo, desacordes con el espíritu de las necesidades físicas que le rodeaban.

Claramente, esto era deliberado. Una parte crucial de los intentos del

Despreciativo. Claramente el Amo Execrable trataba a cada paso de incrementar el poder y la impotencia de Covenant, encerrándolo en el tormento de propia contradicción y duda. Pero ¿por qué? ¿Qué se proponía con ello?

No tenía respuesta. Había invertido demasiada esperanza en Linden, en su capacidad de curar. Y el Amo Execrable la había escogido precisamente en el mismo terreno. Era demasiado. Covenant no podía pensar. Se encontraba débil y abyecto. Por un momento escuchó el lamento del *acechador*. Luego, abandonó su sitio junto a Linden y volvió a la fogata en busca del calor para sus helados huesos.

Sunder y Hollian se unieron a él. Se sostenían el uno con otro como si también sintieran el frío de su situación. Después de unos momentos, Cail y Hergrom sirvieron alimentos y agua. Covenant y los pedrarios comieron como supervivientes de un naufragio.

El entumecimiento de Covenant creció a pesar del alimento. Sentía la cabeza pesada. Su corazón estaba sometido a un gran peso. Apenas se dio cuenta de que la Primera de la Búsqueda había llegado para hablar con Honninscrave. Estaba de pie ante las llamas como un hombre contemplando su propia disolución. Cuando Honninscrave se dirigió a él, velos de fatiga oscurecieron las palabras del gigante.

—La Primera ha hablado —dijo Honninscrave—. Debemos partir. El *acechador* está vivo. Y los *skest* no se retiran. Debemos aprovechar ahora que están diseminados y pueden ser combatidos. Si el *acechador* renueva ahora el asalto, todo tu poder y todo el dolor de la Escogida, no habrán servido para nada.

Partir, murmuró Covenant. Ahora. La importancia de las palabras estaba escondida. Su cerebro parecía una lápida.

—Dices la verdad —respondió Brinn por Covenant—. Sería grato viajar con gigantes. Según los antiguos historiadores, *haruchai* y gigantes viajaban juntos en aquellos viejos días. Pero quizá nuestros caminos no coincidan. ¿A dónde vais vosotros?

La Primera y Honninscrave miraron a Soñadordelmar. Éste cerró sus ojos, como ignorándolo, pero con uno de sus largos brazos apuntó hacia el Oeste.

Brinn miró como si fuera inmune a cualquier desilusión.

—Luego, debemos partir. Nuestro camino es hacia el Este, y es urgente.

¿Partir? Una ola de estupor penetró en Covenant. El deseaba la compañía de los gigantes. Tenía un mundo de cosas para contarles. Y ellos eran importantes para él también en otro aspecto, en algo difícil de expresar. Sacudió la cabeza.

—No.

—Acabamos de encontrarnos. —Pero no era esto exactamente lo que quería decir. Trató de aclarar sus ideas y luego prosiguió—. ¿Por qué hacia el Oeste? —Estas palabras despejaron algo su falta de lucidez—. ¿Por qué estáis aquí?

—Giganteamigo —respondió la Primera, con voz de acero—, es una larga

historia y perder el tiempo es arriesgado. El *acechador* es un peligro demasiado grande para ser menospreciado.

Covenant cerró los puños y trató de insistir.

—He vencido a esa cosa una vez —dijo— y la venceré otra. Tengo que hacerlo. —¿Por qué no comprendéis? Todo vuestro pueblo fue exterminado—. Decidme, ¿porqué estáis aquí?

La Primera miró a sus compañeros. Honninscrave se encogió de hombros. Soñadordelmar mantuvo los ojos cerrados, prisionero de su propio dolor. Encorvado escondió la cara detrás de una taza de *diamantina*.

Nerviosamente dijo:

—Habla brevemente, Grimmand Honninscrave.

Honninscrave se inclinó, reconociendo el derecho de ella a mandarle. Luego se volvió a Covenant. Su cuerpo adquirió una postura formal, como si incluso sus músculos y sus vísceras creyeran que las historias eran cosas que tenían que tratarse con respeto. Su parecido con Vasallodelmar impresionaba a Covenant de una manera especial.

—Entonces, escucha, Thomas Covenant —dijo Honninscrave, con una cadencia especial en su profunda voz—. Nosotros somos los dirigentes de la Búsqueda, la Búsqueda de los Gigantes, así llamada por el propósito que nos ha llevado tan lejos desde el mundo de nuestro verdadero hogar. En nuestro pueblo, de vez en cuando, entre las generaciones, nace uno poseído de un regalo que nosotros llamamos «La Visión de la Tierra», un regalo de visión que sólo los *elohim* logran comprender. Es un extraño regalo que no puede ser ni pedido ni rehusado. Sólo obedecido. Muchas son las historias que desearía contarte para que comprendieras la importancia de lo que voy a decir, pero debo contentarme con esta sola frase: La Visión de la Tierra se ha convertido en una orden a todos los gigantes, que ninguno podría voluntariamente eludir o desafiar. Es por ello que estamos aquí.

«Dentro de nuestra generación, nació un gigante, hermano de mi hueso y sangre, y la Visión de la Tierra estaba en él. Es Cable Soñadordelmar, llamado así por la visión que le ata, y no tiene voz; se quedó mudo por la extravagancia y el horror de lo que la Visión de la Tierra le ha mostrado. Con los ojos que se le otorgaron, vio una herida sobre la Tierra, ulcerada y terrible, una herida como un gran nido de gorgojos, alimentándose de la carne del corazón del Mundo. Y percibió que esta herida, si se deja sin curar, crecerá para consumir toda la vida y el tiempo, devorando los cimientos y la piedra angular de la Tierra, sacando la piedra y el mar de su estado natural, convirtiendo todo en un verdadero caos.

»Por tanto, se celebró un Giganteclave y la Búsqueda cumplió con su deber. Tenemos la misión de encontrar esa herida y oponernos a ella en defensa de la Tierra. Por esta razón, izamos las velas desde nuestro hogar en el mejor *dromond*^[1] de todos

nuestros barcos gigantes, el Gema de la Estrella Polar. Y también por esta razón hemos seguido la mirada del Soñadordelmar a través de los grandes océanos del Mundo, nosotros y dos veintenas de nuestra gente, quienes atienden el barco. Y por ello estamos aquí. La herida está en esta Tierra, en el Oeste. Queremos encontrarla y descubrir su naturaleza, a fin de poder invocar la Búsqueda para resistirla o curarla».

Honninscrave terminó y esperó la respuesta de Covenant. Los otros gigantes estudiaron al Incrédulo como si él tuviera la llave del misterio. La Primera, con expresión seria; Soñadordelmar, tan intensamente como un oráculo; Encorvado, como si escondiera entre dientes risa o aflicción. Las posibilidades ensancharon las caras de los pedrarianos cuando empezaron a comprender por que Covenant había insistido en escuchar las explicaciones de los gigantes. Pero Covenant se quedó callado. También él veía las posibilidades; la explicación de Honninscrave había abierto un pequeño espacio de claridad en su mente, y en este espacio había respuestas. Pero estaba preocupado por un viejo y triste recuerdo. El pueblo de Vasallodelmar había muerto porque no pudo encontrar el camino de regreso a su hogar.

—Ur-Amo —dijo Brinn—, el tiempo nos apremia. Debemos partir.

Partir. Covenant asintió. Sí. Dadme fuerzas. Tragó saliva y preguntó:

—¿Dónde está vuestro barco?

—El *dromond Gema de la Estrella Polar* —respondió Honninscrave, como si deseara que Covenant usara el nombre del Barco—, está anclado en el delta de un gran pantano que hay en el Este, a una distancia de ciento cuarenta leguas.

Covenant cerró los ojos.

—Llevadme allí. Necesito vuestro barco.

El aliento de la Primera silbó entre sus dientes. Encorvado se quedó con la boca abierta ante la audacia del ur-Amo. Después de un momento, Honninscrave, comenzó a hablar, vacilando:

—La Primera te ha nombrado Giganteamigo. Deseamos ayudarte. Pero no podemos...

—Thomas Covenant —dijo la Primera, con voz aguda como una espada—. ¿Qué te propones?

—¡Oh, cielos! —dijo Encorvado, riéndose—. Que ese *acechador* espere hasta que estemos listos. No debemos tener prisa. —Sus palabras pudieron ser sarcásticas; pero su tono era risueño y complaciente—. ¿No somos gigantes? ¿No son las historias más preciosas para nosotros que la vida?

Con calma, casi gentilmente, la Primera dijo:

—Calma, Encorvado.

Cumpliendo su orden, se calló; pero su sonrisa continuó como un desafío a la amenaza del *acechador*.

En el fondo de su entumecimiento, Covenant guardaba las pocas cosas que había comprendido y mantuvo los ojos cerrados para que no se le escaparan. Distanciado de sí mismo por la oscuridad y la concentración, apenas oía lo que estaban diciendo.

—Yo conozco la herida; yo se cual es. Incluso creo saber lo que hay que hacer contra ella. Es por esto que estamos aquí. Os necesito... Vuestro barco, vuestros conocimientos, vuestra ayuda...

Lo que buscas no está dentro del Reino.

El Bastón de la Ley. El Árbol Único.

Y Mhoram también había dicho: *No te dejes engañar por las necesidades del Reino. Lo que persigues no es lo que parece ser.*

Cuidadosamente, Honninscrave dijo:

—Cable Soñadordelmar pide que te expliques con más claridad.

¿Con más claridad? Por un instante, Covenant no pudo ver más claridad por ninguna parte. ¿Debo explicaros que todo ha sido por culpa mía? ¿Qué soy yo quien abrió la puerta? Pero se centró en las cosas que no comprendía y empezó a hablar. Allí, en la noche, con los ojos cerrados contra la luz del fuego y bajo las inmaculadas estrellas, describió el Sol Ban y el propósito por el cual el Amo Execrable había creado el Sol Ban. Situó su origen en la destrucción del Bastón de la Ley. Luego habló de su propio papel en aquella destrucción, para que los gigantes pudieran comprender porque la restitución del Bastón era responsabilidad suya. Y luego les habló de lo que había aprendido en Andelain.

Todas aquellas cosas corrían juntas en su mente; no sabía si las palabras que decía en voz alta tenían algún sentido. Cuando terminó se quedó en silencio, esperando.

Al cabo de pocos instantes, la Primera dijo, con aire pensativo.

—Tú pides utilizar el Gema de la Estrella Polar para buscar por todo el Mundo ese Árbol Único. Tú pides nuestra colaboración y nuestros conocimientos de la Tierra para ayudarte a buscarlo.

Covenant abrió los ojos, y dejó que fuera su mortal cansancio quien hablara por él. Sí. Miradme. ¿De qué otra forma creéis que la herida puede curarse?

—¡Piedra y Mar! —exclamó ella—, esto es una dura tarea. Si es verdad lo que dices la clave de la Búsqueda está en ti.

—El ur-Amo —dijo Brinn con su acostumbrada falta de expresión—, dice la verdad.

Ella rehusó su aclaración con un brusco encogimiento de hombros.

—No dudo de que dice la verdad respecto a lo que él cree. Pero ¿es su criterio seguro? El nos pide que dejemos en sus manos toda la Búsqueda, sin una visión concreta de lo que debemos hacer. Admito que es poderoso y que ha conocido la amistad de los gigantes. Pero el poder y la seguridad no son hijos del mismo padre.

—¿Sabéis...? —Covenant sintió que caía nuevamente en la estupidez,

desesperándose— ¿...sabéis dónde está el Árbol Único?

—No —respondió ella secamente. Luego dudó por un momento—. Pero sabemos dónde puede obtenerse este conocimiento.

—Entonces, llevadme allí. —Su voz era desesperada, suplicante—. El Sol Ban empeora. Todos los días se mata a gente para alimentarlo. El Reino se está muriendo. —Juro que nunca volveré a matar, lo juro en nombre de la *caamora* de Vasallodelmar. Pero no puedo detenerme—. Por favor.

La Primera se vio atrapada por la indecisión. El la había metido en un gran dilema. Honninscrave se arrodilló junto al fuego para atenderlo, ya que necesitaba hacer algo con sus manos. La cara de Soñadordelmar estaba apenada, como mutilada por su mudez. Cerca de él, Sunder y Hollian esperaban con impaciencia.

Silbando ligeramente entre dientes, Encorvado empezó a empaquetar las pertenencias de los gigantes. Sus facciones expresaban la completa confianza de que la Primera tomaría la decisión más apropiada. Imprevisiblemente, una chispa de blanco brilló en las profundidades del lago. Fluctuó unos instantes y desapareció. Luego alumbró nuevamente.

Al instante, todo el lago se iluminó de color de plata. El brillo espectral volvió a iluminar la noche. El agua había vuelto a la vida.

En la distancia, el grito del *acechador* crecía rabiosamente. El aire pareció congelarse de miedo.

Sunder soltó una maldición. Cail y Hergrom se dirigieron al depósito de provisiones. Encorvado lanzó un bulto a Honninscrave. Éste lo recogió y se colocó sus correajes. La Primera ya había desmontado el fuego. Ella y Honninscrave cogieron maderos para usarlos como antorchas. Encorvado tiró el otro bulto a Soñadordelmar, cogiendo luego una antorcha para sí mismo.

Ceer y Cail habían levantado a Linden, pero la tablilla les dificultaba mantenerla en posición correcta. Covenant vio que no les sería posible llevarla y correr con ella sin dañar su tobillo. No sabía qué hacer. Sus pulmones se quejaron. El alarido creciente del *acechador* abrió las cicatrices de los pasados ataques. El sudor le salía de los mismos huesos del cráneo. Los *skest* se estaban moviendo, estrechando su fuego alrededor de ellos. No había nada que pudiera hacer. Luego Soñadordelmar fue hacia Cail y Ceer. El gigante cogió a Linden; sus grandes brazos la soportaban con tanta seguridad como una camilla. Al verlo, Covenant salió de su parálisis. El confiaba instintivamente en los gigantes. La expedición empezó a escalar la falda de la colina hacia el Norte. El los dejó, volviéndose para observar el agua. ¡Inténtalo! Sus puños lanzaron amenazas a la luz del agua y al *acechador*. ¡Ven! ¡Trata de atacarnos de nuevo!

Brinn lo arrancó del borde del lago, arrastrándolo, mientras se tambaleaba en el camino de subida a la colina.

Oscilando, trató de mantenerse en pie. Los oscuros árboles saltaban ante su vista como bailarines asustados bajo la luz nacarada. Tropezaba una y otra vez, pero Brinn le cogía.

El grito del *acechador*, exasperado de dolor y frustración, penetraba estridentemente en sus oídos. En los extremos de su visión entraron los *skest*.

Se movían en persecución como hostigados por la furia del *acechador* a su espalda.

Luego, Brinn lo empujó hacia la cima de la colina.

De pronto, la luz del lago se apagó. Vio una serie de antorchas dentro de la jungla delante de él. El se apresuró a seguir las como si estuviera cazando luciérnagas. Sólo la ayuda de Brinn le salvó de tropezar con los troncos o de caerse entre los espesos matorrales y raíces.

El *aullido* subió de tono para convertirse en un chillido agudo, bajando luego a un tono más soportable. Pero seguía pinchando el oído de Covenant como una espada. Necesitaba aire. La noche se convirtió en vértigo. No sabía adonde iba.

Más allá de las antorchas apareció un borrón verde. Los *skest* se aproximaban por la izquierda, forzándolos a virar hacia la derecha.

Más *skest*.

El desfile de antorchas giró hacia la derecha.

Falto de aire, fuerza y valor, Covenant apenas podía sostener su peso. Las extremidades empezaban a fallarle, el pecho le dolía. Pero Hergrom cogió su otro brazo. Tambaleándose entre los *haruchai*, siguió a sus compañeros. Tuvieron que atravesar por un frío torrente para interponerlo entre ellos y las bandadas de *skest* que estaban avanzando. Pero luego el torrente se convertía en arenas movedizas. Perdieron mucho tiempo buscando un terreno sólido próximo al cenagal.

Llegaron a un lugar donde el lodo era claro y el suelo tan muerto que ni las hierbas acuáticas podían crecer allí. Luego empezaron a correr. Brinn y Hergrom arrastraban a Covenant a más velocidad de la que él podía seguir. Súbitamente todo el grupo se detuvo como si hubieran chocado contra una pared invisible.

La Primera lanzó una exclamación como un corte de espada. Sunder y Hollian se quedaron sin respirar. Encorvado levantó su deformado pecho. Honninscrave caminaba en círculos, escudriñando la noche. Soñador del mar parecía un árbol, con Linden en sus brazos y mirando a la Oscuridad como si hubiera perdido la vista.

Con su propia respiración rendida como si tuviera una herida interna, Covenant avanzó para ver por qué se habían detenido.

¡Agrupaos! ¡Maldito infierno!

El terreno muerto se extendía como una península hacia una región de lodo. La ciénaga bloqueaba el camino a ambos lados a más de un tiro de piedra. El lodo olía como un depósito de carne corrompida, como si el fondo estuviera lleno de

cadáveres, y parecía lo suficiente profundo para tragarse incluso a los gigantes sin dejar rastro.

Los *skest* ya habían empezado a masificarse en la cabeza de la península, encerrándolos en la trampa del *acechador*. Cientos de *skest*. Veintenas de centenares. La noche era completamente verde, pulsando como una adoración. Incluso armados con una montaña de leños, no había gigante o *haruchai* que pudiera luchar contra aquello; y ya no tenían más madera que las antorchas.

La respiración de Covenant se hizo febril.

Miró a sus compañeros. Aquella luz les hacía más visibles, tan visibles como sus perseguidores. Linden se quejaba en los brazos de Soñadordelmar, como si su sueño se viera perturbado por pesadillas. La cara de Hollian parecía no tener sangre bajo sus negros cabellos, pálida como una muerta. Todo el rostro de Sunder se cerraba alrededor de sus dientes apretados. Su vulnerabilidad angustió el corazón de Covenant. Los *haruchai* y los gigantes podían, al menos, defenderse antes de morir, pero ¿qué podían hacer Sunder, Linden y Hollian, excepto morir?

—Ur-Amo. —El aspecto de Brinn, con su cabello medio quemado y su frialdad, era cadavérico bajo aquella luz—. El anillo blanco. ¿Pueden ser apartados esos *skest*?

¿Miles de ellos? Quería preguntar Covenant. No tengo la fuerza necesaria. Pero su pecho no podía forzar las palabras.

Una de las antorchas de Honninscrave se quemó hasta el final en su mano. Con un gesto rápido se sacudió la mano, tirando el resto de la madera a la ciénaga. Al instante, el fuego prendió en el lago y las llamas se extendieron por todo el lago como almas en tormento. Un calor que era un anticipo del infierno los empujó hacia el centro de la península como si fueran un rebaño.

La Primera se deshizo de las antorchas, sacó su espada y trató de gritar algo. El *acechador* ahogaba su voz, pero los gigantes la comprendieron. Se colocaron alrededor de sus compañeros, usando sus propios cuerpos como escudos contra el calor. La Primera, Honninscrave y Encorvado miraban hacia fuera. Soñadordelmar dio la espalda al fuego, protegiendo a Linden.

Poco después una explosión sacudió el terreno. Encorvado se tambaleó. Hollian, Sunder y Covenant cayeron al suelo. Cuando Covenant se levantó vio unas tremendas llamas levantándose del lodo. Era como una tormenta de fuego que se elevaba en espiral hacia los cielos. Su furia levantó un viento atemporalado. Se situó sobre la península, amenazando con azotar al grupo. El grito del *acechador* tomó un giro de conflagración.

¡No!

Covenant se deshizo de Brinn, atravesó la barrera de gigantes por el lado de Honninscrave, y se dirigió decidido hacia el surtidor de fuego.

Empuñando el *krill*, lo levantó de forma que su gema brillara claramente. La más

pura plata taladró el fuego anaranjado del lodo, superándolo tanto en calor como en luminosidad.

En el silencio de su interior, Covenant pronunció palabras que no comprendía. Palabras de poder.

¡Melenkurion abatha! ¡Duroc minas mili khabaal!

Inmediatamente, el surtidor de fuego se quebró. Cayó, haciéndose pedazos como si Covenant hubiera cortado otro brazo del *acechador*. Pequeñas llamas saltaban en la superficie del lodo como ira frustrada.

De pronto, el aire había quedado libre. El viento, sin aullidos, avivaba el fuego. Los compañeros de Covenant tosieron y respiraron como si hubieran sido rescatados de las manos de un estrangulador.

Covenant se arrodilló sobre el suelo muerto. En su cabeza sonaban repiques de luz, celebrando la victoria. O la derrota. Al fin y al cabo no había diferencia; victoria y profanación eran una misma cosa. Se estaba desplomando. Pero unas manos vinieron a socorrerlo. Eran firmes y gentiles. Cubrieron el *krill* con la tela, retirándolo de sus dedos empapados de poder. Una relativa oscuridad brotaba de las cuencas de sus ojos como si fueran hoyos vacíos, esperando la noche. La oscuridad habló con la voz de Brinn:

—El *acechador* ha sido castigado. Y teme serlo de nuevo.

—Es verdad —dijo la Primera—. Por eso ha dejado la tarea de matarnos en manos de sus acólitos.

Brinn ayudó a Covenant a ponerse en pie. Parpadeando ante las numerosas imágenes repetidas del *krill* que le había deslumbrado, se esforzaba para ver. Pero los fulgores eran todavía demasiado brillantes. Aún estaba contemplando su cambio de color hacia la esmeralda cuando oyó a Hollian. Los gigantes y los *haruchai* estaban rígidos. Los dedos de Brinn se apretaron instintivamente en el brazo de Covenant.

Poco a poco, las manchas blancas se volvieron de color naranja y verde. Fuego del lago y *skest*. Las criaturas de ácido habían llegado a la cabeza de la península, brillando y humeando como en un éxtasis religioso. Su avance era lento, no por miedo sino porque querían prolongar la espera de su llegada.

Los compañeros de Covenant miraron boquiabiertos en la dirección de los *skest*, pero no a los *skest*.

Intacto, entre aquellas formas verdes, como si fuera inatacable por cualquier ácido concebible, estaba Vain. Su postura era relajada; sus brazos colgando, ligeramente curvados a sus costados. Pero a intervalos daba un paso, dos pasos, colocándose gradualmente al frente de los *skest*. Las criaturas se estrellaban contra sus piernas sin producirle ningún efecto.

Su mirada dirigida a Linden era inequívoca.

En una imagen de su memoria, Covenant vio a Vain, sosteniendo a Linden en sus

brazos, saltar sobre un mar de gravanel. El Demondim había vuelto después de haber desaparecido en la ciénaga para rescatar a Linden.

—¿Quién...? —empezó la Primera.

—Es Vain —respondió Brinn—, regalado a nuestro ur-Amo Thomas Covenant por el gigante Corazón Salado Vasallodelmar, que está entre los muertos de Andelain.

Ella aclaró su garganta buscando una pregunta de la que pudiera obtener una respuesta más útil. Pero antes de que empezara a hablar Covenant oyó un ruido similar al estallido de una burbuja de lodo.

En seguida Vain se detuvo. Sus ojos parpadearon, mirando más allá del grupo. Luego se desenfocó.

Covenant se volvió a tiempo para ver a una pequeña figura separarse del lodo hirviente, dirigiéndose hacia el terreno firme. Aquella figura era poco más alta que los *skest* y de forma parecida a un niño malformado, sin ojos ni otras facciones.

Pero estaba hecha de barro. Unas llamas revoloteaban sobre ella al salir del fuego; luego se apagaron, dejando una criatura marrón y opaca como una escultura de arcilla mal hecha. Unas cavidades rojizas en su cuerpo parecían incandescentes bajo ceniza.

Paralizado por el reconocimiento, Covenant observó como una segunda criatura de barro emergía del lodo. Parecía un cocodrilo moldeado por un hombre ciego.

Ambas se quedaron en el borde, mirando hacia ellos. De alguna parte de las figuras salía un sonido modulado que sonaba como una especie de lenguaje. La voz del barro.

La Primera y Encorvado las contemplaban, ella con firmeza, él con un ligero aire de hilaridad. Pero Honninscrave dio unos pasos hacia las figuras y se inclinó formalmente. Con sus labios produjo unos sonidos parecidos a los que emitían ellos.

Susurrando, Encorvado informó a sus compañeros.

—Se llaman a sí mismo, los *sur-jheherrin*. Preguntan si deseamos ayuda contra los *skest*. Honninscrave responde que nuestra necesidad es absoluta. —Las criaturas hablaron de nuevo. La cara de Encorvado adoptó una expresión de asombro—. Los *sur-jheherrin* dicen que seremos salvados en nombre del Ser Puro —añadió, encogiéndose—. No lo comprendo.

Los *jheherrin*. Covenant relacionó interiormente una serie de recuerdos que le atormentaban. Oh, Dios mío.

Los pobres *jheherrin*. Habían vivido en las cuevas y charcos de lodo, en los alrededores de la guarida del Execrable. Eran los subproductos vivos de los laboratorios de crianza del Despreciativo. Los había dejado vivir porque el tormento de sus vidas le divertía.

Pero los había subestimado. A pesar de su constante terror, habían rescatado a Vasallodelmar y a Covenant de los esbirros del Amo Execrable. Habían enseñado a Covenant y a Vasallodelmar los secretos de la Guarida del Despreciativo,

ayudándoles a llegar al salón del Trono y enfrentarse a él. En el nombre del Ser Puro...

Los *sur-jheherrin* eran claramente descendientes de aquellos seres blandos. Habían sido liberados de la esclavitud, tal como su antigua leyenda había profetizado. Pero no por Covenant, aunque había sido él el portador del poder. Su mente ardió con el recuerdo; aún podía escucharse a sí mismo diciendo, ya que no tenía otra alternativa: *Miradme. Yo no soy puro. Yo soy corrupto.* La palabra *jheherrin* significaba «los corruptos». Su respuesta había decepcionado a las criaturas de barro, incluso las había sumido en la desesperación. Y aún así le habían ayudado.

Pero Vasallodelmar... el Ser Puro, quemado y lavado con la *caamora* de Cenizas Calientes, había abatido al Despreciativo, liberando de su condena a los *jheherrin*.

Y ahora sus descendientes vivían en el barro y en las ciénagas del Llano de Sarán. Covenant miró a los *sur-jheherrin* como si fueran un acto de gracia, el fruto del gran corazón de Vasallodelmar, que ellos todavía tenían atesorado a través de los siglos que habían erosionado todos los recuerdos humanos del Reino.

Las criaturas de ácido continuaban avanzando, ignorando a Vain y a los *sur-jheherrin*. Los primeros *skest* ya no estaban a más de cinco pasos de ellos, irradiando luz esmeralda. Hergrom, Ceer y Harn estaban en posición de defenderse al precio que fuera, si bien debían tener presente que incluso los *haruchai* eran vulnerables ante aquel vitriolo verde. Su falta de expresión parecía demoníaca bajo aquella luz.

Los *sur-jheherrin* que hablaban con Honninscrave no se movieron. Sin embargo, materializaron su oferta de ayuda. De pronto, el barro de la charca empezó a arder y se levantó como una ola, saltando al terreno firme, junto a la orilla, dividiéndose luego en formas separadas. *Sur-jheherrin* como monos pasmados, reptiles malformados y perros ineptos; veintenas de ellos, avanzaron arrastrando fuegos que rápidamente se extinguían en sus espaldas. Con sorprendente velocidad, pasaron entre los *haruchai* y más de ellos siguieron. Fuera del charco, iluminados intensamente por el fuego del *acechador*, se levantaron en su defensa.

Las fuerzas se encontraron. Vitriolo y arcilla, entraron bruscamente en contacto. No se produjo ni un solo impacto de fuerza. Los *skest* y los *sur-jheherrin* confrontaban sus naturalezas esenciales unos contra otros. Los *skest* habían sido criados para verter llamas verdes sobre cualquier cuerpo que se les opusiera; pero las formas de barro absorbían el ácido y el fuego. Cada uno de los *sur-jheherrin* abrazaba un *skest*, atrayendo la criatura de ácido hacia sí mismo. Por un instante, el lodo brillaba con llama esmeralda; luego desaparecía y el *sur-jheherrin* iba a buscar otro *skest*.

Covenant observaba la confrontación a distancia. Para sus pasiones conflictivas, la batalla parecía no tener ningún significado, aparte del que tenían los *sur-jheherrin* en sí mismos. Mientras sus ojos seguían la acción, sus oídos captaban cada palabra

del diálogo entre Honninscrave y las primeras formas de barro. Honninscrave seguía preguntándoles como si temiera que el resultado del combate fuera incierto y que la supervivencia de la Búsqueda pudiera depender de lo que él pudiera escuchar.

—Honninscrave pregunta —dijo Encorvado, traduciendo—, si tantos *skest* podrán ser abatidos. Los *sur-jheherrin* contestan que les superan mucho en número, pero que en el nombre del Ser Puro, podrán abrirnos el camino a través de su cerco para ayudarnos a huir del Sarán.

Más unidades de arcilla salieron del barro para unirse a la lucha. Los *sur-jheherrin* no podían absorber a los *skest* sin un sacrificio por su parte. A medida que cada criatura absorbía ácido, el verde que quemaba dentro de ella era más fuerte y al final su arcilla se deformaba. Los primeros ya empezaban a fundirse como cera caliente. Cuando perdían su solidez se retiraban del combate y por los lados de la península volvían al barro.

—Honninscrave pregunta si los *sur-jheherrin* que se marchaban habían sido mortalmente heridos. La respuesta es que no, que una vez disipado el ácido, su cuerpo se restauraba.

Cada una de las criaturas de barro consumía varios *skest* antes de verse obligada a retirarse. Paulatinamente las líneas del asalto se fueron aclarando, al ir desapareciendo los individuos que las formaban. Y más y más *jheherrin* salían del charco, emplazando a los que se habían retirado.

Otra parte de Covenant sabía que sus brazos estaban cruzados sobre su estómago y que se estaba balanceando de un lado a otro como un niño nervioso. Todo era demasiado vivido. Pasado y presente coincidían en él: el sufrimiento de Vasalodelmar en las Cenizas Calientes, la desesperación de los seres blancos, hombres y mujeres inocentes muertos, Linden desvalida en los brazos de Soñadordelmar, fragmentos de demencia.

Y todavía podía percibir el murmullo de Encorvado tan intensamente como un nervio desnudo.

—Honninscrave pregunta cómo es posible que los *sur-jheherrin* puedan sobrevivir bajo el *acechador*. Ellos contestan que son criaturas de ciénaga, que viven entre tierras movedizas y bancos de arcilla del pantano, y que allí no las pueden ver.

En su avance, los *sur-jheherrin* alcanzaron a Vain, pasando bajo sus muslos. El Demondim ni los miró. Permanecía quieto como si el tiempo no significara nada para él. Las criaturas de barro estaban a medio camino de la cabeza de la península.

—Honninscrave pregunta si los *sur-jheJierrin* conocen a ese hombre, llamado Vain. Pregunta si fue él quien les indujo a ayudarnos. Ellos contestan que no lo conocen. Entró en sus pozos de arcilla por el Oeste y empezó a viajar en esta dirección atravesando sus caminos como si los conociera. Es por ello que lo siguieron intentando descubrir su misterio. —Nuevamente Encorvado parecía perplejo—. Así

es como aparentemente les dio la oportunidad de alertarse ante el hecho de que el pueblo del Ser Puro estaba presente en el Llano de Sarán... y en el peligro. En seguida se olvidaron de Vain y se apresuraron a cumplir con su antiguo compromiso.

Iluminado por esmeraldas a su espalda y fuego de barro anaranjado en su cara, Vain miraba enigmáticamente a la expedición sin revelar nada.

Detrás de él, los *skest* empezaban a sucumbir. Una sensación de peligro pareció penetrar en sus minúsculas mentes; en lugar de seguir adelante hacia su absorción, empezaron a retirarse. Los *sur-jheherrin* avanzaron con más rapidez.

Honninscrave seguía haciendo ruidos con sus labios. Encorvado murmuró:

—Honninscrave pide a los *sur-jheherrin* que le hablen de su Ser Puro, de quien él no sabe nada.

—No —mandó la Primera por encima de su hombro—. Pregúntale sobre esas cuestiones en otra ocasión. Ahora se aclara el camino que tenemos ante nosotros. Los *sur-jheherrin* se han ofrecido a ayudarnos desde este lugar. Ahora debemos decidir nuestro camino. —Luego se volvió a Covenant intencionadamente, como si fuera él quien la hubiera metido en un dilema que antes no existía—. Mi palabra es que el deber de la Búsqueda está en el Oeste. ¿Cuál es tu respuesta?

Soadordelmar estaba a su lado, sosteniendo a Linden. Su semblante expresaba un problema más personal que la mera cuestión Este-Oeste. Covenant abombó su pecho, incapaz de dejar de mecerse.

—No. —Su mente era un montón de fragmentos, un recipiente de piedra rota, y cada uno de ellos tan afilado y vivido como un delito—. Estás equivocada. —Los pedrarianos se quedaron mirándolo, pero no pudo ver sus caras. Apenas podía saber quién era él—. Necesitáis saber algo del Ser Puro.

Los ojos de la Primera se abrieron.

—Thomas Covenant —dijo ásperamente—, no me compliques las cosas. La supervivencia y el objetivo de la Búsqueda está en mis manos. Debo decidir rápidamente.

—Entonces, decide. —Súbitamente, las manos de Covenant se volvieron puños, golpeando el aire—. Escoge y sigue ignorando. —Su debilidad le dolía en la garganta—. Estoy hablando de un gigante.

La Primera se echó atrás, como si inesperadamente le hubieran tocado el corazón. Dudó unos momentos, mirando más allá del grupo para observar el progreso de los *sur-jheherrin*. La cabeza de la península estaría despejada en pocos momentos. Luego se dirigió a Covenant.

—Muy bien, Giganteamigo. Háblame de ese Ser Puro.

¡Giganteamigo! Covenant se afligió. Quería esconder su amargura; pero la pasión de sus recuerdos no podía ser silenciada.

—Corazón Salado Vasallodelmar. Un gigante. El último de los gigantes que

vivieron en el Reino. Habían perdido su camino de vuelta a casa. —El rostro de Vasallodelmar brilló ante él. Era la cara de Honninscrave. Todos sus muertos volvían—. Cualquiera otra esperanza se había extinguido. El execrable tenía el Reino en sus manos, para aplastarlo. No quedaba nada, excepto yo y Vasallodelmar. El me ayudó. Me llevó a la Guarida del Execrable para que, al final, pudiera luchar, al menos para cumplir con esta obligación, incluso morir, si era preciso. El se quemó... —Estremeciéndose trató de seguir la historia ordenadamente—. Antes de que yo llegara allí, el Execrable nos había preparado una trampa. Habríamos muerto. Pero los *jheherrin*, sus antepasados... nos rescataron. En el nombre del Ser Puro.

«Esto formaba parte de su leyenda, la esperanza que los mantenía vivos. Creían que algún día, algún Ser Puro, alguien que no tuviera su alma cogida por las manos del Execrable, llegaría para liberarlos. ¡Si tenían suerte! Estaban tan atormentados... No habían bastantes lágrimas en todo el mundo para llorar por su suerte. Yo no podía... —Aquí chocó con su viejo odio, pensando en las víctimas, los pretéritos y los desposeídos—. Yo tenía poder, pero no era puro. Estaba tan lleno de enfermedad y de violencia... —Sus manos agarraron aire y quedaron vacías—. Y aún así nos ayudaron. Pensaban que ya no tenían razón para vivir, y nos ayudaron.

Su visión de aquel valor lo mantuvo silencioso por un momento. Pero sus amigos esperaban. La Primera esperaba. Los *sur-jheherrin* ya estaban más allá de la península, absorbiendo *skest*. Continuó:

»Pero ellos no pudieron indicarnos la manera de atravesar las cenizas calientes. Era un mar de lava. No teníamos ningún medio para atravesarlas. Vasallodelmar... —El gigante había *gritado Yo soy el último de los gigantes. Daré mi vida como me plazca*. El recuerdo que Covenant tenía de aquel grito, nunca se había borrado—. Vasallodelmar me llevó sobre sus hombros. Caminó por la lava hasta que se lo tragó. Pero antes ya me había lanzado al otro lado. —Su zozobra resonó en él como una amenaza de magia indomeñable, del poder que no deseaba—. Pensé que estaba muerto.

Sus ojos ardían con el recuerdo del magma.

»Pero él no estaba muerto. Volvió. Yo no podía hacerlo solo. Incluso no podía llegar a la Guarida del Execrable. Nunca podría haber encontrado el Salón del Trono y salvar al Reino. Volvió para ayudarme. Purificado. Todas sus heridas habían sido selladas, y todo su odio y furia para matar y todas sus ambiciones personales. Todo había sido sellado. Me dio lo que yo necesitaba y yo no tenía nada para darle; me dio placer, risa y valor para que yo pudiera terminar lo que tenía que hacer, sin cometer otra profanación. Sin embargo, él murió en ello.

¡Oh, Vasallodelmar!

»El fue el Ser Puro. El Ser que liberó a los *jheherrin* y liberó al Reino. Con risas. Un gigante.

Luego miró a los que le rodeaban. En la soledad interior que le daban los recuerdos, estaba preparado para luchar con todos ellos por el respeto que Vasallodelmar merecía. Pero su desenfrenada pasión no tenía donde ir. Las lágrimas reflejaban luz verde y naranja en las mejillas de Honninscrave. El rostro de Encorvado mostraba un sincero pesar. La Primera, tragó saliva, esforzándose por mantener su postura. Cuando hablo, sus palabras sonaron más fuertes debido a su esfuerzo de autodominio.

—Quiero escuchar más cosas de los gigantes que has conocido. Thomas Covenant, te acompañaremos a partir de ahora.

Un espasmo de disgusto personal se notó en la cara de Soñadordelmar. La cicatriz que tenía debajo de los ojos parecía protestar; pero no tenía voz.

En silencio, Brinn cogió por el brazo a Covenant, conduciéndolo hasta el final de la península. El grupo lo siguió. Al frente, los *sur-jheherrin* habían logrado hacer un pasadizo a través de los *skest*. Brinn empezó a caminar rápidamente tirando de Covenant a medio camino de la noche libre.

Cuando hubieron traspasado a los *skest*, el *haruchai* se volvió hacia el Este.

Mientras huían, un chillido de rabia hizo temblar a la noche, sonando salvajemente en el Sarán. Frente a Covenant y a Brinn, aparecieron *sur-jheherrin* resplandeciendo naranja y verde. Guiados por figuras de barro, empezaron a correr.

VEINTISÉIS. *Coercrí*

Cinco días después, llegaron al borde del Llano de Sarán, abandonando la jungla y los terrenos pantanosos hacia última hora de la tarde, bajo un cielo sin nubes. Los *sur-jheherrin* eran inesperadamente rápidos y su conocimiento del Llano era perfecto; iban a un paso que Covenant no hubiera podido seguir sin ayuda. Sunder y Hollian por su parte, estaban en condiciones poco mejores. De haber marchado por su cuenta, hubieran adelantado mucho menos y tal vez hubiesen muerto.

Por ello, durante una gran parte del día, los gigantes los llevaron auestas. Soñadordelmar aún llevaba a Linden en sus brazos, inclinada para proteger su pierna; Sunder iba sentado contra la espalda de la Primera, usando su escudo como apoyadura; Hollian viajaba sobre los deformados hombros de Encorvado; y Covenant iba sostenido en el ángulo del codo de Honninscrave. Nadie protestó de esta disposición. Covenant estaba demasiado cansado para sentir vergüenza de su necesidad de ayuda, y el peligro le prevenía sobre cualquier otra forma de orgullo.

A intervalos, durante los últimos cinco días, el aire gritaba, atemorizándolos. Contra ello, no había otro remedio que huir. Cuatro veces fueron amenazados. Dos veces las hordas de *skest* aparecieron entre oscuras corrientes y charcas de alquitrán; dos veces, el mismo *acechador* atacó.

Pero, ayudados por los *sur-jheherrin* y las grandes provisiones de leña, pudieron repeler a los *skest*. Y también Covenant hacía frente al *acechador* con la luz de su *krill*, lanzando fuego blanco de su gema, hasta que el *acechador* se acobardaba y huía, llorando demencialmente.

Siempre que había ocasión, durante los períodos de descanso o de viaje menos frenético, Honninscrave hacía preguntas a los *sur-jheherrin* para obtener conocimientos de ellos. Su historia era muy concisa, pero delineaba con suficiente claridad los rasgos de su pasado.

Hubo un tiempo, que debía ser medido por siglos, después de la caída de la Guarida del Execrable, los *jheherrin*, habían seguido viviendo en sus casas, sin atreverse a confiar en su redención, a confiar en que su existencia era aceptada. Pero al fin recibieron una prueba lo suficiente clara para sus temerosos corazones. Libres del poder del Despreciativo y del poder corruptivo de la piedra Illearth, los *jheherrin* habían adquirido nuevamente la capacidad de tener hijos. Aquello era redención, sin duda. Llamaron a sus hijos los *sur-jheherrin* para marcar su nueva libertad. En la edad que siguió, aquellos seres blandos empezaron una larga migración que los llevó lejos del lugar de su anterior horror.

De la cueva al charco de lodo, de la ciénaga al pantano, de las cavidades al lecho del río, viajaron hacia el Norte durante años, buscando terreno donde poder desarrollarse. Y hallaron todo cuanto necesitaban en el Sarán. Para ellos era un lugar

seguro. Su carne de arcilla y adaptabilidad, su habilidad para vivir en profundidades de tierra movediza y corrientes, encajaba a la perfección con el Llano. Y al vivir seguros olvidaron sus viejos temores, convirtiéndose en criaturas que podían afrontar el dolor y el riesgo si necesitaban salir a la superficie.

Por tanto, la gratitud al Ser Puro creció a lo largo de las generaciones. Cuando vieron gigantes en peligro, su decisión de ir en su ayuda fue tomada sin dudar un instante por todos los *sur-jheherrin* del Llano de Sarán.

Con aquella ayuda, la expedición llegó finalmente al estrecho espacio saludable que hay entre el extenso y peligroso Sarán y las colinas colindantes de Línea del Mar. La expedición estaba huyendo del más desesperado asalto de los *skest*, pero de pronto, los árboles dejaron ver entre sus copas un claro cielo cerúleo como un regalo. El olor a helechos sustituyó al hedor de podredumbre y a los peligros del Llano. Enfrente, se levantaban las colinas cubiertas de hierba como almenas de un lugar seguro.

Los gigantes cruzaron corriendo una corta distancia, como *Ranyhyn* disfrutando de la libertad; luego se volvieron para mirar detrás de ellos.

Los *skest* se habían esfumado. El aire estaba tranquilo, sin codicia ni rabia, libre de cualquier sonido, excepto el canto de los pájaros y la risa. Incluso el suelo que tenían bajo sus pies era más seguro, sin trepidación.

Los *sur-jheherrin* se volvieron al Llano, como para evitar que les dieran las gracias. En seguida Covenant abandonó el brazo de Honninscrave y volvió a los límites de la jungla, tratando de encontrar las palabras que quería, pero su corazón se había vuelto como tierra salvaje en la que no crecían palabras. No pudo hacer nada más que mirar silenciosamente a través de los árboles con el Sol en su cara, pensando: Vasallodelmar estaría orgulloso.

La Primera se volvió para dedicar una última mirada al Sarán, con una desacostumbrada dulzura en sus ojos. Brinn fue detrás de ella, seguido por todos los demás. Se quedaron allí unos momentos, como en homenaje a la incuestionable nobleza y dignidad de los *sur-jheherrin*.

Más tarde, los *haruchai* abrieron sus provisiones y prepararon una comida. Allí, entre el Sarán y Línea del Mar, se alimentaron y trataron de medir las implicaciones de su situación.

Linden estaba sentada, despierta y con aspecto cansado, con la espalda apoyada en la espinilla de Soñadordelmar. Necesitaba apoyarse debido al rígido entablillado de su pierna izquierda. Había despertado un día y medio después de producirse la herida y se había esforzado en asegurar a sus compañeros que su tobillo se estaba recuperando debidamente. La *diamantina* era un potente calmante. Pero desde entonces, Covenant no había tenido ocasión de hablar con ella. Aunque la cara de Soñadordelmar mostraba una constante infelicidad, cuidaba a Linden como si fuera

una niña.

Covenant sentía grandes deseos de hablar con ella. Pero en aquel momento sentado entre los helechos con el Sol de la tarde tocando sus hombros, al pasar hacia el ocaso, estaba preocupado por otras cuestiones. Los gigantes le habían llevado hasta allí; pero no estaban convencidos de que debían prestarle la ayuda que necesitaba. Y había prometido narrarles la historia de los Sinhogar. No sabía de donde iba a sacar la fuerza para contarla.

Sin embargo, tenía que decir algo. Sunder y Hollian se habían retirado en busca de un refugio privado. Covenant lo comprendió. Después de todas sus pérdidas, tenían ante ellos un mundo para el cual no estaban preparados... un mundo sin el Sol Ban que los hacía valiosos a sus compañeros. Pero los gigantes estaban allí, esperando, sentados alrededor de las llamas, para escuchar sus argumentos de apoyo a su petición de ayuda. Algo tenía que decir. Algo que no estaba en él.

Por fin, la Primera rompió el silencio.

—Giganteamigo —dijo, usando el título que gentilmente le había dado— tú has conocido gigantes. Al pueblo de tu amigo, Corazón Salado Vasallodelmar. Deseamos mucho escuchar su historia. Hemos visto en ti que no es una historia grata; pero los gigantes decimos que el júbilo está en las orejas que escuchan, no en la boca que habla. Nosotros sabremos como escuchar con placer, aunque el contarle te aflija.

—Placer. —Covenant tragó, rompiendo su voz. Las palabras de la Primera parecían haber echado abajo el poco valor que le quedaba. Sabía lo que harían los gigantes cuando escucharan su historia—. No, todavía no estoy preparado.

Desde su sitio, al lado de Covenant, Brinn dijo:

—La historia es conocida entre los viejos narradores de los *haruchai* —se acercó más al fuego y vio una repentina consternación en la cara de Covenant—. Yo la contaré, aunque no se me ha enseñado a contar historias.

A pesar de su desapasionada expresión, su mirada demostraba que estaba ofreciendo un regalo, ofreciéndose a llevar una de las cargas de Covenant.

Pero Covenant conocía la historia demasiado bien. Lo ocurrido a los Guardianes de Sangre y su juramento estaba sólidamente enlazada con la desgracia de los gigantes de Línea del Mar. En su honestidad de *haruchai*, Brinn revelaría seguramente partes de la historia que Covenant nunca escogería para contar. Brinn diría que la misión de Korik a la tierra de los Sinhogar había llegado a *Coerceri* con el Amo Hyrim durante la matanza de los gigantes por un Gigante-Delirante. Tres de los Guardianes de Sangre sobrevivieron y lograron matar al Gigante-Delirante y apoderarse de un fragmento de la piedra Illearth. Pero la piedra los había corrompido, poniéndolos al servicio del Amo Execrable, y aquella corrupción había trastornado a la Escolta de Sangre y la llevó a romper su juramento, abandonando los Amos durante el peligro más grave. Seguramente, Brinn describiría estas cosas como si no

fuera un gran pesar para su pueblo, como si no fueran la causa de que un grupo de *haruchai* hubieran vuelto al Reino para ser presa de los carniceros del Clave. Covenant no podía permitirlo. La Escolta de Sangre siempre se había juzgado a sí misma por unas reglas que ningún mortal podía comprender.

—No. —Covenant casi se exasperó. Miró a Brinn y, a través de su mirada le dio la única respuesta que tenía. No tienes que hacer eso. Eso pertenece al pasado. No fue culpa de ellos. «La corrupción presenta muchas caras». Repetía las frases de Bannor. «La inculpación es una cara más estética que las otras, pero no deja de ser una máscara para el Despreciativo». ¿Sabes que el Execrable mutiló a aquellos tres guardianes? ¿Y que los convirtió en mediamanos? Te lo contaré cuando esté preparado. Está en mi cabeza.

Una sombra de presagio le dijo que los *haruchai* iban a morir por su culpa.

Brinn lo estudió durante un momento. Luego el *haruchai* se encogió levemente y retrocedió para ocupar su sitio guardando la espalda de Covenant. Covenant se quedó sin nada entre él y los ojos expectantes de los gigantes.

—Giganteamigo —dijo la Primera, lentamente—, tales historias han de ser compartidas. Un hecho sin contar atormenta el corazón. Pero yo no te pido que ayudes a tu corazón. Yo pido por mí. Tu historia concierne a mi pueblo y yo soy la Primera de la Búsqueda. Has hablado del Sol Ban que tanto daño hace a la Tierra. Mi deber está allí. En el Oeste. La Visión de la Tierra de Soñadordelmar es clara. Debemos descubrir a ese ser maligno y oponernos a él. Y aún tú deseas nuestra ayuda. Tu preguntas por nuestro gran *dromond* Gema de la Estrella Polar. Tú aseguras que tu camino es el camino correcto de la Búsqueda. Y tú rehúsas hablarnos de algo que concierne a nuestro pueblo.

«Thomas Covenant, insisto en que cuentes tu historia porque debo tomar una determinación. Sólo la historia puede guiarme a la verdad que busco. Careciendo del conocimiento que mueve tu corazón, carezco de medios para juzgar tus planes y tus deseos. Debes hablar.

¿Debo? En su pobreza emocional, habría querido gritar: ¡No sabes lo que estás pidiendo! Pero los gigantes le miraban con unos ojos interrogantes que mostraban su preocupación. Honninscrave se parecía a Vasallodelmar como si fuera la reencarnación del mismo. La mirada de Soñadordelmar parecía la de su Visión de la Tierra. La sonrisa de Encorvado era difícil de descifrar. Covenant gimió interiormente.

—Esas colinas... —gesticuló, señalando al Este y moviendo su media mano como un hombre que acabara de agarrar las únicas palabras posibles—, ...son el límite de Línea del Mar, donde los gigantes que conocí solían habitar. Tenían una ciudad en el mar, *Coercri*... La Aflicción. Quiero ir allí.

La Primera no habló ni parpadeó. Cerró su puño y trató de mantenerse tranquila.

—¿Es allí donde fueron asesinados?

Los ojos de Honninscrave se encendieron. Encorvado respiró a través de dientes, produciendo un silbido.

—¿En sus casas?

—Sí.

La Primera de la Búsqueda miró a Covenant. El vio reunidas en su mirada desaliento, duda y juicio como sombras de mar detrás de sus ojos. A pesar de su temor, él estaba extrañamente seguro que su indignación le daría lo que él deseaba.

En su tono duro y frío, ella dijo:

—Honninscrave volverá al Gema de la Estrella Polar y lo llevará más al Norte. Nos reuniremos en esa *Coerceri*. Así podré preparar mi respuesta a tus deseos, si tu historia me convence. Y a los otros de la Búsqueda les gustara, seguramente, ver una ciudad de gigantes en esta perdida tierra.

—Thomas Covenant, yo esperaré. Te acompañaremos a la costa de Línea del Mar. Pero... —Su voz cortó el aire como una espada en sus manos— ...quiero escuchar esa historia de asesinatos.

Covenant asintió. Cruzó los brazos sobre sus rodillas y escondió su cara entre los codos; necesitaba estar solo con su inútil pesar. Oírás la historia. Ten piedad de mí.

Sin decir una palabra, Honninscrave empezó a preparar las cosas que tenía que llevarse. Luego se alejó, a grandes pasos, hacia el mar, como si los gigantes no tuvieran necesidad de descansar nunca.

El ruido de Honninscrave en la preparación de su partida, pareció aumentar el cansancio de Covenant. Cuando se hubo marchado se dispuso a dormir como si no esperara despertarse nunca.

Pero salió de sus sueños bajo la plena luz de la luna. En las últimas llamas del fuego pudo ver a los gigantes y a los pedrarianos durmiendo. Observó el reposo de los morenos rostros de los *haruchai*. Vain estaba de pie en el último ángulo iluminado, mirando a nada como un profeta en trance.

Un brillo de color rojo naranja, reflejado por los ojos de Linden revelaba que también ella estaba despierta. Deseaba dormir, pero su deseo de hablar con ella se impuso. Moviéndose silenciosamente, fue a su lado.

Ella le saludó con un movimiento de cabeza, en silencio. Mientras él se sentaba, ella siguió contemplando las brasas.

No sabía cómo empezar. No encontraba las palabras adecuadas. Tentativamente, preguntó:

—¿Cómo está tu pierna?

El susurro de ella salió de la oscuridad como una voz de otro mundo.

—Ahora comprendo como debió sentirse Lena.

¿Lena? La sorpresa y la vergüenza lo dejaron mudo. El le había hablado del

crimen cuando ella no quería oírlo. ¿Qué significaba para ella ahora?

—Tú la violaste; pero ella creyó en ti y te perdonó. Lo mismo me ocurre a mi ahora.

Luego se quedó callada. El esperó durante un momento largo. Entonces dijo, en un susurro lleno de tensión:

—Cuéntame.

—Casi todo es una violación. —Hablabas tan bajo que él apenas podía oírte—. El Sol Ban. El Sarán. Cuando aquel Delirante me tocó, me sentí como si el Sol Ban estuviera dentro de mí. No se cómo puedes vivir con ese veneno dentro. Algunas veces, incluso no puedo ni mirarte. Aquel toque me negó todo lo que soy. He pasado la mitad de mi vida luchando para ser médico. Pero cuando vi a Joan, me quedé tan horrorizada... No puedo dejar de pensar en eso. Me convirtió en una mentira. Y por ello que te seguí.

«Aquel Delirante... me produjo el mismo sentimiento que Joan, pero mil veces peor. Antes de aquello podía, por lo menos, sobrevivir, soportar lo que veía... El Sol Ban, lo que hizo al Reino... porque pensé que era una enfermedad, pero cuando él me tocó, lo convirtió todo en maldad. Mi vida entera. Lena debió sentirse así».

Covenant juntó sus manos y esperó. Pocos momentos después, ella prosiguió:

«Pero me duele el tobillo. Puedo sentirlo. Cuando se rompió pude ver dentro de él, ver todo lo que se necesitaba hacer, como volver a colocar los huesos en su sitio y supe cuando estuvieron colocados correctamente, y ahora puedo sentir que me duele. Están soldándose exactamente como han de hacerlo. Los tejidos, los vasos sanguíneos y los nervios». —Hizo una pausa como si no pudiera poner toda su emoción hablando en voz baja—. Y esa *diamantina* acelera el proceso. En pocos días podré volver a caminar.

«Lena debió sentirse así, o de lo contrario no te hubiera soltado. Covenant —su tono era una súplica de comprensión—, necesito curar cosas. Lo necesito. Por eso me hice médico, y por eso no puedo soportar este mal dentro de mí. Es algo que no puedo curar. No puedo curar almas. No puedo curarme a mí misma.

El quería comprenderla y se esforzaba en comprenderla. Sus ojos reflejaban las brasas del fuego como ecos de súplica. Pero tenía tan pocos conocimientos de lo que era, y del proceso que la había llevado a ser como era... Sin embargo, conocía sus necesidades, aunque superficialmente. Con un esfuerzo se tragó su incertidumbre, su temor.

—El Árbol Único —dijo—. Lo encontraremos. Los gigantes saben a quien preguntar para encontrarlo. Haremos un Bastón de la Ley. Tú podrás irte a casa. De alguna manera.

Ella apartó la mirada, como si no fuera la respuesta que deseaba oír, pero cuando habló, dijo:

—¿Crees que nos van a ayudar? Soñador del mar no quiere hacerlo. Puedo verlo. Su visión de la Tierra es como lo que yo siento. Pero él la tiene todo el tiempo. La distancia no importa. El Sol Ban lo carcome continuamente. El quiere afrontarlo. Luchar contra él. Terminar con todo lo que le pasa, y la Primera confía en él. ¿Crees que podrás convencerla?

—Sí. —¿Qué otra cosa podía ofrecerle? Hacía promesas que no podía mantener porque no tenía otra cosa que darle—. A ella no va a gustarle. Pero encontraré la forma.

Linden asintió como si lo hiciera para sí misma. Durante un rato estuvo callada, haciendo vagar su mirada sobre los carbones, aislándose porque necesitaba valor y sólo sabía buscarlo en soledad. Luego susurró:

—Yo no puedo volver al Sol Ban. —Estas palabras fueron casi inaudibles—. No puedo.

Al escucharla, Covenant hubiera querido decirle: No tendrás necesidad de volver. Pero era una promesa que no se atrevía a hacerle.

En Andelain, Mhoram había dicho: *La cosa que buscas no es la que parece ser. Al final debes volver al Reino. ¿No es lo que parece...? ¿No es el Árbol Único? ¿El Bastón de la Ley?*

Aquel pensamiento lo arrancó del lado de Linden. No podía enfrentarse a él. Fracasad, volvió a sus mantas, acariciando su aprensión hasta que su cansancio lo llevó de nuevo al sueño.

A la mañana siguiente, cuando el amanecer aún permanecía escondido, ondulante y seductor, detrás de las colinas, la expedición partió hacia Línea del Mar.

Ascendieron rápidamente por las colinas, a pesar del estado de Covenant, y se pararon a contemplar entre dos luces, la región que una vez había sido el hogar de Corazón Salado Vasal del mar. Un viento frío helaba sus caras; y bajo aquella luz libre de cualquier tinte, vieron que el otoño había llegado a aquella noble tierra de Línea del Mar. Debajo de ellos había bosques anidados entre las curvas de las colinas; robles, arces y plátanos mostraban el cambio de estación. Oropelinos gloriosamente engalanados. Y más allá de los bosques se extendían praderas tan lujosamente verdes como el último resplandor del verano.

Al ver Línea del Mar por primera vez, al ver salud y belleza por primera vez, desde que había abandonado Andelain, Covenant se sintió extrañamente seco y deprimido. Parte de él se volvía insensible. Su anillo le pesaba en su media mano, como si por la amputación de dos de sus dedos hubiera perdido la respuesta a sus propias dudas. Allí en Piedra Deleitosa, hombres y mujeres inocentes estaban siendo asesinados para alimentar al Sol Ban. Mientras aquel crimen continuara no había salud en el Mundo.

Y sin embargo, estaba vagamente sorprendido de que Sunder y Hollian no

parecieran complacidos por lo que veían. Miraban el otoño, de la misma forma que habían mirado a Andelain, como un canto de sirenas, seductor y falso, portador de la locura. Habían sido enseñados a sentirse amenazados por la belleza natural de la Tierra. En aquel lugar, no sabían quiénes eran. En el Sol Ban y el Amo Execrable habían logrado algo más que la corrupción de la naturaleza. Habían desposeído a gentes de su capacidad humana de vibrar ante la belleza. Nuevamente, Covenant se vio forzado a considerarlos como leprosos.

Pero los otros se mostraban contentos ante aquel panorama. La dura expresión de la Primera se había suavizado; Encorvado rebosaba satisfacción, como si no pudiera disimular su felicidad; el malhumor de Soñadordelmar también se suavizó en cierto modo, permitiéndole sonreír. Los *haruchai* se quedaron ante la vista erguidos y solemnes como si en sus mentes prevaleciera el respeto por todo aquello que una vez había sucedido en Punta del Mar. Y Linden observó la salida del Sol como si el otoño le ofreciera la paliación de su angustia personal. Vain no mostraba reacción alguna. Al Demondim le era indiferente estar bajo cualquier Sol.

Al final, la Primera rompió el silencio.

—Vamos a seguir nuestro camino. Mi corazón ha concebido el deseo de ver esa ciudad que los gigantes llamaban la Aflicción.

Encorvado soltó una carcajada similar al grito de un cernícalo, extrañamente solitaria. Con paso firme comenzó a caminar bajo la luz de la mañana. Ceer y Hergrom le siguieron. La Primera también siguió. Soñadordelmar se movía con la oscilación de un coloso, tenso y pétreo. Sunder inició la marcha con aprensión; y Hollian se mordía su labio inferior. Juntos marcharon tras los gigantes, flanqueados por Stell y Harn. Y Covenant iba entre ellos como un hombre cuyo espíritu hubiera perdido todos sus resortes.

Descendiendo hacia los árboles, Encorvado empezó a cantar. Su voz era potente y segura como si la mayor parte de su vida la hubiera dedicado a cantar. Sin embargo, su canción elevaba los corazones como trompetas. Su melodía estaba llena de viento y de olas, de sal y de fuerza, de triunfo sobre el dolor. De una manera tan clara como el nuevo día, cantó:

«Dejad que las olas se estrellen en la costa,
dejad que las rocas tengan musgo y mar,
que los riscos sean esculpidos por las tormentas...
que la calma llene las profundidades,
o que el viento sacuda las olas, una
y otra vez.
Nada rompe el equilibrio del Mar y la Piedra,
las rocas y la agresión del agua el hogar conservan.

Somos los gigantes,
nacidos para vivir.
Intrépidos para ir hacia donde nuestros sueños van.

«Dejad que el Mundo sea increíblemente grande,
el Océano vasto como el tiempo...

Dejad que los viajes terminen o se frustren,
que las expediciones hallen hielo o ventisca,
y peregrinos sed para siempre. Vagar...
y vagar...

Nada viola el equilibrio del mar y la piedra
La Tierra y el puerto el hogar conservan.
Somos los gigantes,
nacidos para navegar,
intrépidos para ir donde los sueños van.

Caminaba con esta canción, pasando entre los árboles y el calor de fuego de las hojas, con el anhelo y avidez de escuchar toda historia que el Mundo pudiera contar. Con su canto llevaba a la expedición adelante, iluminaba la mirada de Soñadordelmar, reconfortaba a los pedrariansos como una afirmación hacia lo desconocido y, finalmente, daba una emoción a los pasos desapasionados de los *haruchai*. Resonaba en la mente de Covenant como la truncada gloria de los árboles, recreaba temporalmente su corazón para seguir, sin desfallecer, caminando por la tierra que había sido el hogar de Vasallodelmar.

Había estado demasiado tiempo bajo el Sol Ban, demasiado tiempo fuera de la tierra que recordaba. Sus ojos pasaban por los árboles y prados, por las vistas y perspectivas, como si aquellas cosas terminaran con el desconcierto, devolviéndole las razones para luchar. Más allá de las colinas, Línea del Mar era una profusión de uvas, como una viña abandonada a su estado salvaje durante siglos, y sobre ella volaban pájaros y toda clase de animales hacían sus nidos. De no haber carecido de la visión de Linden, hubiera podido pasarse días simplemente renovando su sentido de la salud.

Pero estaba condenado a permanecer en la superficie de lo que veía. Ante las leguas que lo separaban de la costa, sesenta o más, la inquietud volvió. A su espalda había gente que moría pagando por cada día de su viaje. Pero no podía viajar más deprisa. Una crisis se estaba desarrollando dentro de él. Poder. Veneno. Odio. Era imposible vivir con la magia indomeñable. Imposible vivir sin ella. Imposible mantener todas las promesas que había hecho. No tenía respuestas. Era un leproso como cualquier leproso. Su tensión era inútil. Tratando de retrasar el tiempo del impacto, del azote de la tormenta de veneno y duda, buscó otras maneras de ocupar

su mente.

Linden estaba inmersa en sus propios esfuerzos para recuperarse del daño que el Sol Ban y el Sarán le habían hecho. Sunder y Hollian compartían un aire de desconfianza, como si no supieran lo que estaban haciendo. Por tanto Covenant volvió a los gigantes, a Encorvado, que era tan locuaz como dura la Primera. Sus poco agraciados rasgos se movían grotescamente cuando hablaba; pero su apariencia contradecía su lúcida mirada y su irreprimible humor. Al toque de una pregunta habló del antiguo Hogar de los Gigantes, de los grandes mares del Mundo, de los milagros y misterios del vagar por él. Cuando se excitaba jadeaba al respirar; pero para él, incluso este jadeo era una forma de comunicación, un esfuerzo para comunicar algo esencial de él. Su charla fue larga y llena de divagaciones, apostrofes gigantinos a la eterna grandeza de la piedra y del océano; pero gradualmente empezó a hablar de la Búsqueda y de los gigantes que la encabezaban.

El papel de Cable Soñadordelmar no necesitaba explicaciones. Su visión de la Tierra guiaba la Búsqueda. Y su mudez. El extravagante horror que le había privado de la voz, como si el intento de poner en palabras lo que había visto le hubiera sellado la garganta, sólo hacía su exigencia en la Búsqueda más absoluta.

Pero la presencia de Grimmand Honninscrave no venía dada por la razón de ser el hermano de Soñadordelmar. El Giganteclave le había seleccionado, por su pericia como piloto y capitán. El era el capitán del *dromond* Gema de la Estrella Polar, cargo que ostentaba con orgullo.

En cuanto a la Primera, antes había sido una espadachina, una de las pocas entre la generación viva de gigantes, que habían mantenido durante milenios un cuadro de luchadores para ayudar a sus vecinos y amigos cuando se hallaban en necesidad. Había sido elegida porque se conocía su firmeza, su proceder tan resolutivo y astuto como el mar, y porque había superado a cualquier otro espadachín para ganar su puesto a la cabeza de la Búsqueda.

—Pero ¿por qué...? —preguntó Covenant— ¿para qué quería el puesto?

—¿Por qué? —replicó Encorvado—. En verdad, ¿por qué no debía aceptar? Es diestra con la espada y entrenada para la batalla. Ella sabe, como sabemos todos, que esta herida crecerá para consumir la Tierra, a menos que nos opongamos. Y ella cree que este mal ya se está sintiendo, incluido dentro de nuestra tierra, en nuestro Hogar, dando lugar a mares enfurecidos y a cosechas estériles. Y a lisiados. —Sus ojos brillaban alegremente, ahorrando a Covenant compadecerse de su deformidad.

—Muy bien. —Covenant se tragó la indignación que sentía cuando se encontraba a alguien cuya felicidad parecía estar divorciada de la dura realidad del dolor.

—Háblame de ti. ¿Por qué fuiste tú escogido?

—Sobre esto no hay gran misterio. Todo barco, por poderoso que sea, necesita un Encorvado. Yo soy experto en remendar cabos y todo lo que haga falta. Asimismo mi

inferior estatura me permite trabajar en lugares donde a otros gigantes les falta espacio. Y por otra razón, mejor que las anteriores —bajó la voz para que sólo le oyera Covenant—: Soy el marido de la Primera de la Búsqueda.

Involuntariamente Covenant abrió la boca. Por un instante creyó que Encorvado bromeaba. Pero el humor del gigante era muy personal.

—Para mi —susurró para que la Primera no pudiera oírle—, se llama Martilla Pintaluz. No podía permitir que zarpara para esta Búsqueda sin mí.

Covenant se quedó en silencio, incapaz de pensar en ninguna respuesta adecuada. Soy *el marido*...

Ecós de Joan recorrieron su cuerpo; pero cuando trató de recordar su cara, no encontró nada, excepto imágenes de Linden.

Durante la tarde del tercer día de la Búsqueda en Línea del Mar, Linden pidió prestado el cuchillo de Hollian para cortar los vendajes y la tablilla de su pierna. Sus compañeros observaron como intentaba flexionar la rodilla y luego el tobillo. Su cara acusó punzadas de dolor, pero las ignoró concentrándose en el estado interior de sus huesos y tejidos. Después de un momento, sus facciones se relajaron.

—Está demasiado tenso. Mañana trataré de andar.

Un suspiro se oyó en todo el grupo.

—Eso es bueno —dijo la Primera, con satisfacción.

Sunder asintió. Hollian se agachó junto a Linden, para felicitarla. Linden aceptó la alegría de todos; pero su mirada se dirigió a Covenant y sus ojos estaban llenos de lágrimas para las cuales él no tenía respuesta. El no podía enseñarle a distinguir entre lo bueno y lo malo, o su sentido de la salud.

A la mañana siguiente puso peso en su pie y los huesos aguantaron. No estaba preparada para caminar mucho, por lo que Soñador del mar continuó llevándola. Pero al día siguiente ya empezó a trabajar para desarrollar la fuerza de sus piernas, y al otro ya pudo caminar a intervalos, casi la mitad del recorrido de la marcha.

Para entonces, Covenant sabía que se estaban aproximando al mar. El terreno había perdido elevación durante los últimos días a lo largo de colinas, valles, terrenos selváticos, llanuras de heno, y campos en las faldas como terrazas cortadas por los gigantes. Los árboles se inclinaban ligeramente como si escucharan el mar; y aquel aire frío había sido reemplazado por aire húmedo, de forma que cada racha de brisa parecía un suspiro del mar. Aún no olía a sal; pero no tardaría mucho.

Aquella noche sus pesadillas fueron ocupadas por el ruido de la tormenta. La matanza y el horror lo hacía todo más insoportable por su vaguedad. No sabía a quién se estaba matando ni por qué. No podía percibir ningún detalle, excepto sangre, sangre en todas partes; sangre de la inocencia y del juicio arbitrario que permitía el asesinato. Se despertó al borde del llanto, y vio que estaba bajo una tormenta. Tenía frío y no podía dejar de temblar.

Al cabo de un rato, el látigo azul y el aplauso de la tormenta cesaron, dando lugar a una viento del Este; pero la lluvia continuó. Llegó el amanecer, con torrentes de agua mojando a los expedicionarios hasta empapar los huesos de Covenant. Incluso los gigantes se movían como si llevaran demasiado peso. Gritando sobre su nariz, Encorvado sugirió que buscaran algún lugar donde refugiarse, y esperar a que parara de llover. Pero Covenant no podía esperar. Cada día de su viaje costaba vidas al pueblo cuya única esperanza arrancaba de su creencia en el Clave, en un Clave que era falso. Arrastró a sus amigos a seguir andando con una furia que agitó los nervios de su mano derecha como si sus dedos sintieran ya la caliente carga de su anillo. Los compañeros avanzaban como caminantes solitarios, separados unos de otros por el diluvio.

Cuando al fin dejó de llover y se abrió un claro en el cielo hacia el Este, allí, en el horizonte, pudieron ver la solitaria torre del Faro de *Coerceri*. Elevado como un antebrazo de piedra, del que se hubiera cortado la mano, defendía el tiempo y la soledad, como si fuera la última lápida de los Sinhogar; los gigantes habían amado la risa, los niños y la felicidad, habían sido asesinados en sus mismos hogares porque decidieron no defenderse.

La lluvia se desplazó hacia el Oeste y Covenant pudo oír a las olas estrellarse contra la base de La Aflicción. Una línea de océano gris se dibujaba más allá de las rocas, y encima de ella, unas cuantas gaviotas, habían levantado el vuelo tras la tormenta, girando como los condenados.

Avanzó hasta que pudo ver la ciudad muerta.

La espalda de la ciudad estaba ante él; *Coerceri* miraba hacia el mar. Los Sinhogar habían construido su ciudad sobre aquel peñasco para que mirara hacia el Este y la esperanza. Sólo había tres entradas en la parte posterior de la Aflicción; tres túneles en la roca como tres bocas de granito abiertas para siempre por el horror de aquel golpe que los había desposeído de su hogar y del significado de sus vidas.

—Thomas Covenant. —La Primera estaba a su lado, con Encorvado y Soñadordelmar detrás de ella—. Giganteamigo —su voz era como una espada en posición de descanso; sin amenazar, pero dispuesta para entrar en combate—, has hablado de gigantes y de *jheherrin*. En nuestras prisas, no te hemos preguntado aquello que no comprendemos. Y hemos esperado pacientemente oír la otra historia que prometiste contarnos. Pero ahora debemos preguntarte. Este lugar es claramente un trabajo de los gigantes, de nuestro pueblo. Esta obra es para nosotros la sangre y hueso de nuestro Hogar. Sobre esto no hay equivocación posible. —Luego su tono se tensó—. Pero este lugar al que llamas la Aflicción ha estado vacío durante muchos siglos. Y los *jheherrin* de los cuales tú hablas, también es una historia de muchos siglos. Sin embargo, tú eres humano, con una vida más corta que cualquier otra raza en la Tierra. ¿Cómo es posible que hayas conocido a los gigantes?

Covenant hizo un gesto, torciendo la boca.

No; no había espacio en su corazón para contestar a aquella pregunta.

—En el lugar de donde yo vengo —murmuró—, el tiempo corre de una manera distinta. Nunca había estado aquí antes. Pero conocí a Corazón Salado Vasallodelmar. Puede que mejor de lo que me conozco a mí mismo. Hace tres mil quinientos años. —Sintió un sobresalto al concienciarse del tiempo transcurrido. ¡Tres mil quinientos...! Era demasiado. Un período así parecía no tener fondo. ¿Cómo podría enderezar todo lo que se había torcido durante tantos años?

Encerrándose en sí mismo, se quedó mirando hacia abajo, hacia el túnel central, la entrada principal a *Coercrí*.

Las nubes se habían retirado hacia el Oeste; descubriendo el Sol. Alumbraba casi directamente el pasadizo de piedra, mostrándole el camino que conducía al despeñadero. Empezó a caminar hacia el túnel, como si tuviera la intención de arrojar por el borde cuando llegara al final, pero Brinn y Hergrom lo flanqueaban, sabiendo lo que pensaba. Sus compañeros le siguieron en silencio, enmudecidos como si les condujera a un camposanto bañado por vieja sangre. Solemnemente entraron en la Aflicción.

Al final, el túnel daba a una rampa como cortada por la parte oriental del despeñadero. Tanto por el Norte como por el Sur, *Coercrí* se curvaba como desde la proa de la ciudad. Desde aquel lugar, Covenant pudo ver toda la extensión de la Aflicción en cada lado. Estaba construida verticalmente, nivel tras nivel, en la falda del precipicio; y las ringleras seguían el contorno de las rocas. Como resultado, la ciudad, de unos trescientos cincuenta metros desde el borde a la base, vista desde enfrente tenía un aspecto nudoso y complicado, como manos agarradas contra el tiempo y la erosión del mar.

Esta apariencia era acentuada por la sal que se había depositado en ella durante siglos. En las paredes de las rampas inferiores había una gran acumulación que le daba un color gris-claro; incluso los niveles superiores estaban marcados por el jaspeado de la caducidad, del acumulado hábito de martirio.

Detrás de los terraplenes y nivel tras nivel, había portales que daban a estancias privadas y salas públicas, lugares de trabajo y cocinas, lugares para cantar canciones o contar historias y para celebrar el Giganteclave. Y más abajo, ya al pie de la montaña, varios muelles de piedra salían de la base sobre la que se asentaba la ciudad. Muchos de éstos estaban ya en ruinas; pero cerca del centro de *Coercrí*, los muelles y la pasarela entre ellos, estaban todavía en pie. Las olas encrestadas que había dejado la tormenta se batían con la pasarela, con frustración y obstinación, determinadas a romper los muelles, derribar la roca, asaltar *Coercrí*, como si toda la vida de la Tierra estuviera empeñada en que el asedio se completara.

Al contemplar la ciudad, la Primera habló como si no deseara demostrar que

estaba conmovida.

—He aquí, en verdad, una morada hecha para gigantes. Este trabajo no lo hace nuestro pueblo a la ligera ni de una manera desconsiderada. Quizá los gigantes de este lugar sabían que estaban perdidos de su Hogar. Pero no se habían perdido a sí mismos. Ellos habían honrado a todo su pueblo.

Su voz tenía un débil resplandor como de hierro candente.

Y Encorvado, sin poder contener su salvaje alegría, levantó su cabeza y empezó a cantar como reconocimiento a su pueblo, a través de las edades.

«Somos los gigantes
nacidos para navegar,
intrépidos para ir donde los sueños van».

Covenant no podía soportar lo que escuchaba. No se habían perdido a sí mismos. No. No, hasta el final. Hasta que los mataron. El también podía recordar canciones. *Ahora somos los Sinhogar, huérfanos de raíces, parientes y amigos.* Cogiendo sus pasiones con ambas manos para controlarlas, empezó a bajar por el terraplén. Durante el camino se vio forzado a mirar dentro de algunas de las cámaras, como un gesto de respeto hacia los muertos.

Toda la piedra de las habitaciones: utensilios, sillas, mesas... estaban intactos, aunque cada forma de piedra o fibra se había extinguido; pero las superficies estaban cubiertas de sal. El polvo y las telarañas no hubieran podido mostrar más elocuentemente la vacuidad de la Aflicción. Impelido por su propia urgencia, Covenant se dirigió al centro de la ciudad. Con sus compañeros siguiéndole, tomó una escalera que descendía a un nivel inferior y luego al mar. Los escalones estaban hechos por gigantes. Tenía que dar medio salto en cada escalón y cada impacto en el suelo le sacudía el corazón. Pero empezaba a oscurecer, y él tenía prisa. Bajó tres niveles más antes de ver más habitaciones. La primera puerta daba a una sala lo suficiente grande para reunir a veintenas de gigantes; pero la segunda, a cierta distancia de la cara de la ciudad, estaba cerrada. Había estado cerrada a lo largo de las edades. Todas las juntas alrededor del arquitrabe estaban selladas por el salitre. Sus instintos acudieron a la parte central de su mente. Por razones que no podía explicar, le dijo a Brinn:

—Abre esta puerta. Quiero ver lo que hay dentro.

Y Brinn se apresuró a obedecer. Pero el salitre impedía introducir los dedos en sus juntas.

En seguida, Soñadordelmar se unió a él y juntos empezaron a escarbar la costra como si no pudieran soportar una puerta encerrando secretos. Pronto, pudieron encontrar un lugar para introducir sus dedos en el borde de la piedra. Luego, con un

enorme tirón, sacaron la puerta de su sitio.

El aire que había estado tantos siglos entumbado y no tenía ningún signo de corrosión, se filtró por la abertura.

Era una vivienda. Por un momento, el deslumbramiento impedía ver su interior. Pero en cuanto Covenant ajustó su vista, descubrió una forma humana oscura, sentada en una silla, al lado de la chimenea.

Momificado por el aire muerto y el tiempo, había un gigante.

Sus manos se agarraban a los brazos de su sillón, perpetuando su agonía final. Trozos de piedra vieja todavía sobresalían entre sus dedos.

Su frente había desaparecido. Toda la parte superior de su cabeza había desaparecido. Su cráneo estaba vacío, como si su cerebro hubiera explotado, lanzando la mitad de sus huesos.

¡Maldita sea!

—Es como contaron los antiguos historiadores. —Brinn sonaba como el aire muerto—. Así es como fueron asesinados por los Gigantes Delirantes, sin resistirse, en sus propias casas. ¡Maldito sea el Infierno!

Temblando, Soñadordelmar se adelantó.

—Soñadordelmar —le gritó la Primera, con suavidad, desde el portal, previniéndolo.

Pero no se detuvo. Tocó la mano del gigante muerto y trató de abrir aquellos rígidos dedos. Pero la carne se había vuelto polvo que al contacto cayó silenciosamente al suelo.

Un espasmo convulsionó su cara. Por un instante sus ojos brillaron demencialmente. Se llevó los puños a los lados de su cabeza como si estuviera tratando de luchar contra la Visión de la Tierra. Luego se volvió y se dirigió a Covenant, como si exigiera por la fuerza que contara la historia de los Sinhogar.

—¡Gigante!

La orden de la Primera inmovilizó a Soñadordelmar. Se volvió, y se esforzó en controlarse.

Gritos que Covenant no podía sofocar daban vueltas en su cabeza; maldiciones que no tenían significado. Salió de la habitación apresurándose a continuar su descenso hacia la base de *Coercrí*.

Llegó al llano de los muelles cuando las gaviotas se preparaban para dormir y se desvanecía la última luz rosada que la puesta de Sol proyectaba en el mar. Las olas llegaban con fuerza a la pasarela para romperse luego contra las piedras, esparciendo espuma y fosforescencia. *Coercrí* estaba encima de él, con el Sol detrás de ella. Parecía asomada al mar como si fuera a caerse.

Apenas podía distinguir las caras de sus compañeros. Linden, los gigantes, Sunder y Hollian, los *haruchai*, incluso Vain... parecían un jurado sin caras reunido

para investigar la crisis de su lucha con el pasado, con el recuerdo del poder, y dispuestos a condenarle. Sabía lo que iba a pasar como si lo hubiera previsto, como si lo hubiera pronosticado con sus intestinos, aunque su mente estaba demasiado perdida en la pasión para reconocer cualquier cosa, excepto sus propias necesidades. Había hecho promesas y parecía haber oído ya a la Primera, antes de que hablara.

—Ahora, Thomas Covenant. Ha llegado el momento. Ya hemos visto la Aflicción. Ahora debemos conocer la historia de nuestros camaradas perdidos. No estaremos satisfechos ni podremos tomar ninguna decisión hasta haber escuchado lo que tienes que contarnos.

El sonido del agua mantenía su ritmo contra la pasarela, como un eco salado de su pena. Sin escucharse a sí mismo respondió:

—Encended un fuego. Muy grande.

Sabía lo que los gigantes harían cuando hubieran escuchado lo que tenía que decirles. Sabía también lo que él haría.

Los *haruchai* obedecieron. Con teas que habían recogido en Línea del Mar, encendieron el fuego cerca de la base de los muelles. Luego llevaron madera para alimentar las llamas. Pronto el fuego tan alto como los gigantes y las sombras bailaban como recuerdos en los muros de las rampas.

Ahora Covenant podía ver como Sunder y Hollian habían dejado atrás su aprensión. Linden lo observaba como si temiera que estuviera al borde de perder el juicio. Las caras de los gigantes, directamente iluminadas por la luz del fuego, estaban esperando. Al reflejo de las llamas, las caras achatadas de los *haruchai* parecían estáticas e inviolables, tan puras como las altas montañas en donde habían hecho sus hogares. Y Vain... Vain estaba negro contra el negro de la noche, indiferente.

Pero nada de esto concernía a Covenant. La inutilidad de sus propias maldiciones no tenía importancia. Solamente el fuego guardaba algún mensaje, solamente *Coerciri* y la reiteración de las olas. Podía ver a Vasallodelmar en las llamas. Palabras que había suprimido durante largos días de miedo e incertidumbre, surgieron ahora como un credo, y empezó a hablar.

Explicó lo que había aprendido sobre los Sinhogar, tratando de retrasar su asesinato, alargando su historia.

El placer está en los oídos que escuchan.

¡Vasallodelmar! ¿Dejaste morir a tu pueblo porque sabías que yo iba a necesitarte?

Sólo las estrellas impedían que la noche fuera tan negra como la Aflicción. La luz del fuego no podía evitar la oscuridad de la ciudad ni la oscuridad de su corazón. Nada excepto aquel rumor del mar, subir y bajar, dolor y duelo, podía tocarle mientras ofrecía su historia a los muertos.

Plenamente, formalmente, sin omitir nada, explicó como los gigantes habían llegado a Línea del Mar. Explicó como Damelon había recibido a los Sinhogar, a su llegada al Reino, y había predicho que su privación habría terminado cuando tres hijos hubieran nacido de ellos, hermanos de un nacimiento. Y él habló y habló de la fidelidad y amistad que unía a los gigantes con el Concejo, ayudándose mutuamente; sobre la alta gratitud de los gigantes y su pericia, que había construido la gran Piedra Deleitosa para los Amos; sobre la empresa que movió a Kevin velar por la seguridad de los gigantes antes de su desafortunada cita con el Amo Execrable, invocando el Ritual de Profanación; sobre la lealtad que condujo a los gigantes nuevamente al Reino después de la Profanación, llevando con ellos la primera Ala de la ciencia de Kevin, para que los nuevos Amos pudieran aprender a dominar la Energía de la Tierra. Todas estas cosas las detalló Covenant tal como le habían sido contadas a él.

Pero luego entró en la historia Corazón Salado Vasallodelmar, navegando contra la corriente del Aliviaalmas hacia Piedra Deleitosa para informar a los Amos del nacimiento de tres hijos. Aquel había sido un tiempo de esperanza para los Sinhogar. Una época para construir nuevos barcos y compartir la felicidad. Después de dar su ayuda para la búsqueda del Bastón de la Ley, Vasallodelmar había vuelto a Línea del Mar; y los gigantes habían empezado a prepararse para el viaje de vuelta a su Hogar.

Al principio, todo marchaba bien. Pero cuarenta años más tarde, Línea del Mar se vio sumida en el silencio. Los Amos tuvieron que enfrentarse con el ejército del Despreciativo y el poder de la Piedra *Illearth*. Su necesidad era desesperada y no sabían qué les había pasado a los gigantes. Para averiguarlo, enviaron a la misión de Korik a *Coerceri* con los amos Hyrim y Shetra para dar y pedir la ayuda que fuera posible.

Los pocos Guardianes de Sangre que sobrevivieron relataron la misma historia que Vasallodelmar había contado a Covenant.

Y ahora él volvía a repetirlo como si fuera la permanente melodía del mar. Sus ojos estaban llenos de la luz del fuego, ciego para sus compañeros. No oía nada excepto las olas estrellándose contra la pasarela y su propia voz. En lo más profundo de sí mismo esperaba la crisis, sabiendo que llegaría, aunque desconocía la forma que iba a tomar.

Por desgracia, cayeron los tres hermanos, un acontecimiento más terrible para los gigantes que una simple muerte en casa. Los tres habían sido capturados por el Amo Execrable, aprisionados por el poder de la piedra *Illearth* y manipulados por Delirantes. Llegaron a convertirse en los más poderosos sirvientes del Despreciativo. Y uno de ellos regresó a la Aflicción.

Covenant sentía el eco de las palabras de Vasallodelmar. Las usó sin saber lo que podrían provocar.

«Fidelidad» había dicho el gigante. «La fidelidad fue nuestra única respuesta a

nuestra extinción. No habríamos podido soportar nuestro declive si no hubiéramos escogido la dignidad».

«Por ello mi pueblo se horrorizó cuando vio que se le había despojado de ella, dejándolo como un barco con velas rotas por el viento. Los tres hermanos que habían visto el portento de su esperanza de Hogar cambiaron su fidelidad por el más potente poder maligno, simplemente con un pequeño golpe del Despreciativo. ¿Quién en el Reino osaría enfrentarse a un Gigante-Delirante? Y así fue como los Sinhogar se convirtieron en el medio de destruir aquello a lo que se habían mantenido siempre fieles. Y en horror a la negación de su fidelidad que su locura produjo tras largos siglos de orgullo, fueron transfigurados. La repulsión no dejó lugar para pensar en resistencia o alternativa. Antes de pagar el coste de su caída, antes de arriesgarse a que muchos de ellos se convirtieran en servidores del Rompealmas, decidieron dejarse matar».

La voz de Vasallodelmar seguía sonando en su cerebro dándole palabras.

—Soltaron sus herramientas.

Pero en la noche se había producido un cambio. El aire era más denso. El ruido de las aguas había cambiado por la concentración de la atmósfera. Extrañas fuerzas se levantaban dentro de la ciudad.

—Y guardaron sus fuegos.

Los terraplenes estaban llenos de sombras y las sombras empezaron a tomar forma. Una luz tan ilusiva y fugaz como la fosforescencia del mar esparcía rumores de movimiento, arriba y abajo, por los caminos de *Coercri*.

—Y dejaron listas sus casas.

Unos vislumbres parecidos a algo que Covenant había visto antes, fluctuaban en las viviendas y se solidificaban, despidiendo un resplandor pálido como perlas calientes. Altos espectros de nácar y espanto empezaron a salir a lo largo de los pasadizos.

—Como si prepararan su partida.

Los Muertos de La Aflicción venían a hacer su ronda de noche.

Por un momento, él no comprendió nada. Sus compañeros estaban en la otra parte del fuego, observando a los espectros; y las sombras le amenazaban a él desde la parte frontal de *Coercri*. ¿Era verdad, después de todo, que Vasallodelmar había dejado a su pueblo para ayudar a Covenant? ¿Que la única razón del Amo Execrable para destruir a los Sinhogar fue la de llevarle a él, Thomas Covenant, a la desesperación? Luego, al final estalló la crisis y lo comprendió. Sus muertos habían tomado forma como si fueran de carne y hueso y se dirigían a los sitios que habían sido sus hogares. Y allí, en lo alto, en el terraplén más al Sur de la Aflicción, se acercaba el Gigante-Delirante para asaltarles.

Resplandecía con luz verde y en su puño derecho agarraba una imagen humeante

de esmeralda, el eco fantasmal de la piedra *Illearth*. Con una avidez inusitada se acercó al gigante más próximo. El no hizo ningún esfuerzo para escapar o resistirse. El puño del Delirante y la piedra pasaron a través de su cráneo, por su cerebro, por su mente; siendo eliminado por un destello de poder. En silencio, el Gigante-Delirante, fue al ataque de su próxima víctima.

Los muertos de la Aflicción revivían la masacre. La secuencia de sus movimientos, el camino del Gigante-Delirante, de víctima a víctima, era tan fielmente reproducido como una grabación. Y el destello de cada muerte reiterada se reflejaba en las olas sin ruido ni final, puntuando trágicamente la danza de los espectros de los Sinhogar. Condenados por la forma en que habían abandonado el sentido de sus vidas, no podían hacer más en aquella ciudad, que se había convertido en su tumba, que repetir aquella acción como manifestándola una y otra vez, a través de las edades, mientras en *Coerceri* hubiera algún ojo para contemplar aquella desgracia.

El Gigante-Delirante iba de casa en casa, repitiendo su horrendo crimen. Así cada brillo de esmeralda producido en la rampa más alta por cada nuevo golpe, pinchaba los ojos de Covenant empalando su visión y su mente como clavos de crucifixión.

Y mientras la mascarada seguía, multiplicando su atrocidad, los gigantes vivientes se derrumbaban tal como él ya sabía que lo harían. El, en su angustia, lo había previsto todo. *El placer está en los oídos del que escucha*. Sí, pero algunas historias no pueden ser redimidas sólo por el talante del que escucha, por la voluntad de un corazón abierto. Una muerte como ésta, muerte apilada cruelmente sobre la muerte, siglo tras siglo, requería otra clase de respuesta. En su desesperación, los gigantes vivientes, aceptaron la respuesta que Covenant había previsto para ellos.

Encorvado fue el primero. Con un súbito llanto de aflicción, se precipitó al fuego, y puso sus manos en las llamas hasta los hombros. Las llamas llegaron a su cara, echó la cabeza atrás contra el ángulo de su deformado torso.

Linden lanzó un grito. Pero los *haruchai* lo comprendían y permanecieron quietos.

La Primera se unió a Encorvado. Arrodillándose en la piedra, cogió con sus manos un leño encendido y lo sostuvo apretado.

Soñadordelmar no se detuvo al borde de las llamas. Como si su Visión de la Tierra le hubiera privado de cualquier refrenamiento, puso su cuerpo entero en el fuego, permaneciendo allí entre las llamas como la manifestación de su agonía.

Caamora: El fuego ritual de la Aflicción. Sólo con esta manera salvaje de inflingirse dolor físico podían los gigantes librarse del dolor de sus almas.

Covenant había esperado esto, anticipándose a ello con temor. *Caamora*. Fuego. Vasallodelmar había caminado por el magma de Cenizas Calientes y había salido de ellas como el Ser Puro.

El proyecto le aterrorizaba. Pero no tenía otra solución para el veneno que llevaba en sus venas. Para el poder que no podía controlar. No tenía otra respuesta para las culpas del pasado. Los muertos habían repetido ante él su condena en la Aflicción, condenados siempre a morir de aquella manera, a menos que él pudiera encontrar alguna gracia para ellos. Vasallodelmar había dado de buena gana su vida para que Covenant y el Reino pudieran vivir. Covenant empezó a avanzar hacia el fuego. Brinn y Hergrom se opusieron. Pero luego vieron la esperanza o la ruina en sus ojos. Entonces se apartaron.

—¡Covenant! —Linden corrió hacia él; pero Cail la detuvo, manteniéndola lejos.

El fuego vociferó ante la cara de Covenant como la voz de su destino; pero él no se detuvo. No podía detenerse. En el trance de su compromiso, siguió avanzando con el llanto del mar.

En el fuego.

En seguida se convirtió en magia indomeñable y aflicción, ardiendo con una intensa llama blanca que ninguna otra llama podía tocar. Brillando igual que la gema del *krill*, dio unos pasos entre los leños y brasas hacia el lado de Soñadordelmar. El Gigante no le vio, estaba demasiado lejos en el sufrimiento para verlo. Recordando el dolor de Vasallodelmar, Covenant empujó a Soñadordelmar. La magia indomeñable alejó al gigante del fuego, enviándole a la piedra fría con las extremidades extendidas.

Lentamente, Covenant miró a sus compañeros a través de las llamas. Éstas distorsionaban sus figuras, pero ellos lo miraban como si fuera un vampiro. La aterrada mirada de Linden lo conmovió. Pero como no podía responderle de otra manera, volvió a su propósito.

Obtuvo dominio de la magia indomeñable, gobernándola según su voluntad, para que se convirtiera en su propio ritual: Una articulación de compasión y odio para todo tormento, todo desfallecimiento.

Ardiendo, se abrió a las llamas circundantes.

Éstas se apresuraron a incinerarle; pero él estaba dispuesto. El gobernaba el fuego con su plata, doblegándolo bajo su mando. Llama y poder se proyectaban juntos de manera que la llama del fuego brillaba tremendamente en la noche.

Extendió sus brazos hacia la ciudad, como si quisiera abrazar a toda la Aflicción.

En magia indomeñable, poder blanco sin sonido, Covenant gritó:

¡Ven! ¡Esto es la *caamora*! ¡Venid y seréis curados!

Su poder y su voluntad interrumpieron la mascarada, rompiendo los lazos que ataban los muertos a su sobrenatural condena. Al oírle, se volvieron como si hubieran estado esperando durante las edades de su angustia aquella llamada.

En multitudes y con anhelo, empezaron a bajar por los pasajes de *Coercri*.

Como una riada, a la base de los muelles.

Hacia el Fuego.

El Gigante-Delirante trató de seguirles. Pero la rotura de su eterna ronda pareció romper también su dominio sobre ellos. Romper su hechizo maléfico. Su forma se iba borrando a medida que avanzaba, hasta que sólo quedó de él una ligera mancha verde de memoria sobre la Aflicción... Hasta que se extinguió en la noche y desapareció.

Y los muertos continuaban afluyendo al fuego.

Los *haruchai* se retiraron, llevándose a Linden y a los pedrarianos. Encorvado y la Primera, con los huesos doloridos, fueron a atender a Soñadordelmar.

Vain no se movió. Estaba en el mismo paso de los Muertos y miraba la inmolación de Covenant con cierta festividad en sus ojos. Pero los Muertos pasaban por su lado en una corriente interminable. La necesidad y esperanza se reflejaban en sus caras grises.

Dirigiéndose a ellos como si fueran uno solo. Como si fuera sólo Vasallodelmar en una versión multiforme, Covenant los abrazó, llorando con fuego blanco.

La magia indomeñable les infringió dolor, quemándolos de la misma forma que una conflagración física hubiera quemado sus cuerpos. Sus formas estaban rígidas, con las mandíbulas apretadas, ojos mirando fijamente, espectros llorando de dolor en su alma. Pero el llanto era también risa.

Y la risa prevalecía.

Covenant no podía tocarlos. Llegaban a sus brazos, pero no tenían cuerpo que pudiera abrazar. Nada llenaba su abrazo; ningún contacto podía restaurarle. Era como si estuviese solo en el fuego.

Pero la risa también estaba en él. Estaba contento con la restitución que Vasallodelmar había sabido como compartir. Corría en sus oídos como el mar y lo sostuvo hasta que todo lo demás se hubo ido, hasta que su poder fue consumido contra los cielos y la noche se cerró sobre él como todas las aguas del Mundo.

VEINTISIETE. Giganteamigo

A la mañana siguiente, el *dromond* Gema de la Estrella Polar llegó con deslumbrantes velas blancas, como si hubieran sido recién creadas por el reflejo del Sol en el mar azul. Apareció como un gran castillo de piedra, impulsado amablemente por el viento. Bello, grande y rápido, en concordancia con la gracia y fortaleza de los gigantes.

Covenant observaba su acercamiento desde lo alto del peñasco de *Coerceri*. Estaba sentado bastante lejos del borde por su temor a las alturas, pero lo suficientemente cerca para tener una buena vista. Linden, Sunder y Hollian estaban con él, aunque sólo había solicitado la compañía de los dos pedrarianos. Brinn, Cail, Stell y Harn, también estaban allí. Y Vain había seguido a Covenant o a Linden, subiendo a través de la Aflicción, aunque no ofrecía ninguna explicación del porqué lo había hecho. Sólo Hergrom y Ceer esperaban abajo con los gigantes.

Antes, Sunder había dicho a Covenant cómo había sido salvado al fallarle su poder. Linden lo había estado observando entre el fuego, leyendo su magia indomeñable y midiendo los límites de su duración. Un momento antes de haberse apagado la llama blanca, dio el aviso. Soñadordelmar se había lanzado al fuego, saliendo por el otro lado con Covenant en sus brazos, ileso. Ni sus ropas llegaron a quemarse.

De madrugada se despertó del sueño más tranquilo que había tenido en toda su vida. El Sol tocaba la parte superior del peñasco de la ciudad, iluminando las caras de Linden y de la Primera, que estaban sentadas mirándole. La Primera mostraba su belleza de hierro como si tras ella yaciera una profunda gentileza. Pero la mirada de Linden era ambigua, indecisa.

En tono seco, preguntó:

—¿Por qué no me dijiste lo que ibas a hacer?

—No me atreví —respondió él, diciéndole la verdad—. Tenía demasiado miedo. Aún me cuesta admitir lo que hice.

Ella cambió de posición, quedando algo más apartada.

—Pensé que te habías vuelto loco.

El suspiró, permitiéndose expresar, al menos, parte de su soledad.

—Puede que sea así. A veces es difícil ver la diferencia.

Ella arrugó la frente y se quedó en silencio, mirando hacia el mar iluminado por la salida del Sol. Después de un momento, La Primera empezó a hablar.

—Thomas Covenant —dijo—. No sé hasta que punto estás relacionado con el destino de la Búsqueda. No he visto el Sol Ban con mis propios ojos, ni he encontrado en ninguna persona la maldad de ese que llamáis el Despreciativo. Tampoco he sentido en mi propio corazón señales que me indiquen lo que se debe

hacer. Pero Encorvado me pide que confíe en ti. Cable Soñadordelmar ha tenido una visión de curación, cuando había llegado a creer que no había forma de curación para el Mundo. Respecto a mi... —la Primera tragó con esfuerzo—, me gustaría seguir a un hombre que pudiera traer la paz a los desventurados.

«Giganteamigo —prosiguió, conteniendo su emoción con formalidad—, la Búsqueda te llevará a la Tierra de *Elohim*. Creemos que allí podrás obtener ese conocimiento sobre el Árbol Único. Si es así, te acompañaremos hasta el Árbol, esperando una respuesta al peligro de la Tierra. Esto lo haremos en el nombre de nuestro pueblo que ha sido redimido de su condena.

Con la mano se quitó las lágrimas y se alejó, dejándolo como si aquello fuera la realización de sus sueños.

Covenant se levantó porque todavía había cosas que hacer, necesidades que cubrir, responsabilidades a considerar. Habló con los pedrariansos, los llevó a la parte más alta del peñón, junto con Linden y los *haruchai*. Vain los siguió. Allí se sentaron dándole la cara a la mañana, al mar y a la desconocida Tierra.

Le hubiera gustado estar solo con el recuerdo de su *caamora*. Pero veía que se acercaba la hora de su salida del Reino. Iba a zarpar con el mismo viento salado que movía su cabello y su barba, sabiendo que no había alternativa. Cada día se sacrificaban vidas para alimentar al Sol Ban. La necesidad del Reino era una carga que no podía llevar solo.

Durante un tiempo estuvo intercambiando silencio con sus compañeros, pero al final encontró la fuerza de voluntad suficiente para hablar.

—Sunder. Hollian. —Estaban atentos como si él se hubiera convertido en una figura decisivamente importante. Se sintió como un verdugo cuando dijo—: No quiero que vengáis conmigo.

Los ojos de la eh-Estigmatizada se abrieron como si él la hubiera abofeteado sin aviso ni causa. La sorpresa y el disgusto hicieron a Sunder decir:

—¿Ur-Amo?

Covenant trató de disculparse.

—Lo siento. Es duro decirlo. Pero no significa lo que parece. —Trató de controlarse—. Hay algo más que quiero que hagáis.

Hollian frunció el entrecejo compartiendo la confusión de Sunder.

—Es el Sol Ban —dijo—. Voy a abandonar el Reino para tratar de hallar el Árbol Único. De esta forma espero restituir el Bastón de la Ley. No sé que más puedo hacer, pero el Clave... —Covenant carraspeó ante la cólera que subía por su garganta—. No se cuánto tiempo estaré fuera y cada día que pasa matan a más gente. Alguien tiene que detenerlos. Y quiero que seáis vosotros.

Hablaba mirando al mar como temiendo la reacción de sus amigos.

«Quiero que regreséis a las Tierras Altas, que visitéis los pueblos, cada pedraria y

cada fustaria que podáis encontrar. Contadles la verdad del Clave. Convencedlos. Impedidles rendirse a los Caballeros. Para que el Sol Ban no lo destruya todo antes de que yo vuelva.

—Thomas Covenant —dijo Sunder con los puños cerrados—, ¿has olvidado Pedraria Mithil? ¿Has olvidado Fustaria Poderdepiedra? El pueblo del Reino sacrifica a extraños para satisfacer sus propias necesidades de sangre. No vamos a convencer a nadie. Seremos sacrificados en la primera pedraria que encontremos.

—No. —Covenant sacudió la cabeza. Sabía lo que quería hacer y estaba seguro de ello—. Dispondréis de algo que los hará escuchar. Y también podréis usarlo para defenderos si tenéis necesidad de ello. Con ambas manos sacó su enfundado *krill* del cinturón y lo puso ante Sunder.

—¿Covenant? —El Gravanélico, atónito, miró a Linden y a Hollian, y luego nuevamente a Covenant. Linden estaba sentada con los ojos bajos, contemplándose los dedos que tocaban la piedra. Pero la cara de Hollian se iluminó en reconocimiento—. El *krill* es tuyo —murmuró Sunder, al tiempo que pedía comprensión—. Yo soy un Gravanélico. Nada más. ¿De qué puede servirme este talismán?

Covenant le manifestó su esperanza.

—Creo que puedes acoplarte a él lo mismo que lo hiciste con el *ruk* de Memla. Creo que puedes utilizar el *krill* de la misma forma que usas la Piedra del Sol. Y si lo unes, no necesitarás sangre para obtener fuego. Puedes usar el *krill* para excitar al *orcrest*. Podrás obtener agua, hacer crecer plantas, hacerlo todo. Sin sangre. Cada pueblo te escuchará por ello. No se atreverán a matarte. Tratarán de retenerte para que les ayudes.

»Y eso no es todo. Esto es *poder*. La prueba de que el Sol Ban no es toda la verdad. La prueba de que tienen una alternativa, de que no están obligados a obedecer al Clave ni a permitir que los desangren.

Con una de sus manos, apartó parte de la tela que cubría el *krill* para que brillara en las caras de sus compañeros.

»Sunder —imploró—. Hollian. Tomadlo. Convencedlos. Todos somos responsables. Todos los que sabemos que el na-Mhoram es un Delirante. No permitáis que el Clave siga matando gente. —La luz del *krill* llenaba sus órbitas. No pudo ver cómo respondían sus amigos—. Dadme una oportunidad de salvarlos.

Por un momento temió que los pedrarianos rehusaran la responsabilidad que les ofrecía. Pero al final Sunder recogió el *krill* y cubrió nuevamente la gema con la tela. Con cuidado, envolvió de nuevo la espada, colgándola en el cuero de su vestimenta. Sus ojos resplandecieron como ecos de fuego blanco.

—Thomas Covenant —dijo—, ur-Amo e Incrédulo, portador del Oro Blanco. Te doy las gracias. Es cierto que mi corazón no tenía mucha apetencia por esa expedición a través de desconocidos mares y tierras. No tengo conocimiento de tales

cosas y poca fortaleza para ello. Tú tienes gigantes a tu lado, *haruchai*, y el poder del oro blanco. Yo allí ya no puedo serte de ninguna utilidad.

»He aprendido que el Sol Ban es malvado. Pero es un malvado que puedo comprender y confrontar. —La cara de Hollian se reafirmaba en sus palabras. Su mirada era un destello de gratitud—. Deseo hacer algo por mi pueblo. Hacer algo contra el Clave, que tanto daño ha hecho a nuestras vidas.

Covenant parpadeó a las repeticiones de plata que se interponían en su visión. Estaba demasiado orgulloso de Sunder y Hollian para hablar.

Entonces se levantaron.

—Ur-Amo —dijo el Gravanélico—. Haremos lo que dices. Si algún mortal puede asestar un golpe al Clave, somos nosotros. Puedes estar seguro. Tú has restaurado en mí a Nassic, mi padre. Puedes confiar en nosotros mientras vivamos.

—Y seremos rápidos —añadió Hollian— porque sólo somos dos y el Sol Ban está en todo el Reino.

Covenant no se había dado cuenta de que Stell y Harn se habían retirado discretamente; pero ahora volvían llevando provisiones en sus espaldas. Antes de que Covenant o los pedrarianos pudieran hablar, Brinn dijo:

—El Sol Ban es efectivamente muy vasto. Pero no tendréis que luchar solos. Los *haruchai* no nos rendiremos a su servicio. Y yo te digo que mi pueblo tampoco sufrirá el azote del Clave sin oponerse. Podéis contar con nuestra ayuda dondequiera que vayáis; pero muy especialmente cuando actuéis cerca de Piedra Deleitosa.

Sunder no sabía cómo dominar su voz. Los ojos de Hollian estaban humedecidos y reflejaban la luz del Sol.

El verlos, allí de pie, con todo su valor, hizo derrumbarse la frágil serenidad de Covenant.

—Podéis marcharos ya —dijo secamente—. Volveremos. Contad con ello.

En un arranque de emoción, Hollian le rodeó el cuello con sus brazos y le besó la cara. Luego fue hacia Linden. Linden le devolvió su abrazo emocionadamente. Un momento después, los pedrarianos abandonaron el peñasco. Stell y Harn los siguieron.

Covenant los observó. Los dos *haruchai* se movían como si nada pudiera nunca cambiar su talante. Pero Sunder y Hollian andaban como personas que acabaran de recibir el mayor regalo de su vida. Eran gente normal, insignificantes en comparación con la tarea que tenían que cumplir. Sin embargo, su valor era extraordinario. Cuando pasaron por el escollo donde se encontraba el faro en ruinas, iban abrazados.

Después de un momento, Linden rompió el silencio.

—Has hecho bien —su voz llevaba una máscara de severidad—. Ellos se han sentido incómodos desde que abandonamos el Declive. El Sol Ban es el único mundo que conocen. Y han perdido todo lo demás. Necesitan hacer algo personal e

importante. Pero tú... —Le miró como si en sus ojos él hubiera llegado a ser un objeto de temor y de deseo—. No te conozco a ti. No sé si eres el hombre más fuerte que he conocido, o el más débil. Con todo el veneno en ti, todavía... No sé lo que estoy haciendo aquí. —Sin pausa, como si todavía estuviera preguntando sobre la misma cuestión, dijo—: ¿Por qué les has dado el *krill*? Creí que lo necesitabas. Es un arma contra Vain.

Sí, pensó Covenant, respirando profundamente. Y una alternativa a la magia indomeñable. Eso es lo que pensé. Pero aceptando el *krill*, Sunder y Hollian, han hecho de él una vez más un instrumento de esperanza.

—No quiero más armas —dijo—. Ya soy demasiado peligroso.

Ella mantuvo su mirada. La súbita claridad de su expresión le indicó que de todas las cosas que le había dicho esta, al menos, la comprendería.

Luego, un grito llegó de *Coercrí*.

—¡Giganteamigo! —Era la voz de Encorvado—. ¡Ven! ¡El *Gema* de la Estrella Polar se acerca!

Los ecos aún seguían en la mente de Covenant después de que la llamada hubiera terminado. Giganteamigo. El era quien era, un hombre normal, mutilado por la soledad, la responsabilidad y la amargura. Pero finalmente se había ganado el título que la Primera le había concedido.

El *dromond* se acercó, virando poco a poco, ágilmente, hacia los muelles. Lleno de gigantes que plegaban las velas.

Con cuidado, igual que un hombre que no quiere morir, Covenant se levantó y, con Linden, Brinn y Cail, abandonó el peñón. Luego bajaron hasta el barco.

GLOSARIO

a-Jeroth de los Siete Infiernos: Amo de maldad; nombre con el que el Clave denomina al Amo Execrable, el Despreciativo.

Acechador, el: Monstruo del Llano de Sarán.

Aflicción, la: *Coercri*, Ciudad de los Gigantes.

Aimil: Hija de Anest, esposa de Sunder.

Akkasri na-Mhoram-cro: un miembro del Clave.

Aliantha: bayas-tesoro.

Amigo de la Tierra: Título concedido por primera vez a Berek Mediamano.

Amith: una mujer de Pedraria Cristal.

Amo Execrable: el enemigo del Reino.

Amo Superior: dirigente del Concejo de los Amos.

Amos, los: antiguos miembros del Concejo del Reino.

Andelain, colinas de: región del Reino libre del Sol Ban.

Anest: mujer de Pedraria Mithil, hermana de Kalina.

Annoy: un corcel.

Árbol Único, el: Árbol místico de cuya madera se hizo el Bastón de la Ley.

Atalaya de Kevin: montaña mirador cercana a Pedraria Mithil.

Aumbrie del Clave: cámara depósito de la antigua ciencia.

Andelain: región de las Llanuras Centrales.

Asesino Gris, el: el Amo Execrable, el Despreciativo.

Atiaran: mujer de Trel, antigua mujer del Reino, madre de Lena.

Bannor: antiguo Guardián de Sangre.

Bastón de la Ley, el: Instrumento de poder formado a partir del Árbol Único.

Bayas-tesoro: *alianta*, una fruta nutritiva.

Berek Mediamano: antiguo héroe. El primer Amo.

Bosque de Musgo de Morin: antiguo bosque del Reino.

Brannil: hombre de Fustaria Poderdepiedra.

Brinn: Líder de los *haruchai*, protector de Covenant.

Búsqueda, la: expedición organizada por los gigantes en busca de la Herida de la Tierra.

Caamora: ordalía de aflicción mediante el fuego a la que se entregan los gigantes.

Caballero: un miembro del Clave.

Cable Soñadordelmar: un gigante, miembro de la Búsqueda, poseído de la Visión de la Tierra.

Caer-Caveral: Forestal de Andelain; antiguamente Hile Troy.

Caerroil Bosqueagreste: antiguo Forestal de la Espesura Acogotante.

Ceer: uno de los *haruchai*.

Cenizas Calientes: río de lava que antiguamente protegía la Guarida del Amo Execrable.

Clang: un corcel.

Clangor: un corcel.

Clash: un corcel.

Clave: los dirigentes del Reino.

Coerceri: antigua ciudad de los gigantes.

Coloso, el: antigua figura de piedra que protege las Tierras Altas.

Concejo de los Amos: Cámara formada por los antiguos dirigentes del Reino.

Corazón Fuerte: Berek Mediamano.

Corazón Salado Vasallodelmar: antiguo gigante, amigo de Covenant.

Corcel: una bestia creada por el Clave con el poder del Sol Ban.

Corrupción: nombre que los *haruchai* dan al Amo Execrable.

Cristal, Pedraria: hogar de Hollian.

Croft: Gravanélico de Pedraria Cristal.

Damelon Giganteamigo: hijo de Berek, antiguo Amo.

Delirantes: tres antiguos sirvientes del Amo Execrable.

Demondim: vástagos de ur-viles y Waynhim.

Desierto Gris: una región del Sur del Reino.

dhubba: un waynhim.

dhurug: un waynhim.

dhraga: un waynhim.

diamantina: un licor de los gigantes.

Din: un corcel.

drhami: un waynhim.

dromond: un barco gigante.

Drool Piedracaliente: antiguo Ente de la Tierra.

durhisitar: un waynhim.

eh-Estigmatizada: una mujer que usa la madera para leer el Sol Ban.

Elena: antigua Ama, hija de Elena y Covenant.

Elohim: pueblo al que antiguamente se enfrentaron los gigantes.

Emacrimma: una región de las Llanuras Occidentales.

Energía de la Tierra: la fuente de todo el poder del Reino.

Entes de la Cueva: criaturas malignas que viven bajo el Monte Trueno.

Escogida, la: título otorgado a Linden Avery.

Espectros de Andelain: criaturas de luz viviente que habitan en Andelain.

Espesura Acogotante: antiguo bosque del Reino.

Forestal: un protector de los bosques del Reino.

Fortaleza del na-Mhoram: Piedra Deleitosa.

Fuego Bánico: fuego mediante el cual el Clave domina el Sol Ban.

Fustaria: un pueblo; antiguamente, un pueblo basado en la ciencia de la madera.

Fustaria Poderdepiedra: un pueblo de las llanuras del Sur.

Fustarianos: habitantes de una fustaria.

Garganta del Traidor: río que nace en el Monte Trueno.

Gema de la Estrella Polar: un barco de los gigantes.

Gibbon: el na-Mhoram.

Giganteamigo: el título dado primero a Damelon y luego a Thomas Covenant.

Gigantes: pueblo procedente de muy lejos en el mar.

Giganteclave: Concejo de los Gigantes.

ghohritsar: un waynhim.

ghramin: un waynhim.

Gravanel: piedras de fuego.

Gravanélico: uno que usa la piedra para dominar el Sol Ban.

Gravin Threndor: el Monte Trueno.

Grim, el: tormenta destructora enviada como maldición por el Clave.

Grimmand Honninscrave: un gigante; capitán del Gema de la Estrella Polar.

Guardián de Sangre: antiguos servidores del Concejo de los Amos.

Guarida del Execrable: antigua residencia del Amo Execrable.

Hamako: superviviente de la destrucción de una pedrada.

Harn: uno de los *haruchai*, protector de Hollian.

Haruchai: un pueblo que vive en las Montañas Occidentales.

Herem: un Delirante, conocido también como *turiya*.

Hergrom: uno de los *haruchai*.

Hile Troy: un hombre procedente del mundo de Covenant que se convirtió en Forestal.

Hogar: tierra hogar de los gigantes.

Hollian: hija de Amith; eh-Estigmatizada de Pedraria Cristal.

Hyrim: antiguo Amo, miembro del Concejo.

Incrédulo: título dado a Thomas Covenant.

Jehannum: un Delirante, también conocido como *moksha*.

Jheherrin: subproductos vivos y blandos de la maldad del Execrable.

Jous: un hombre de la Pedraria Mithil, hijo de Prassan, padre de Nassic, heredero de la misión de los Redimidos.

Juramento de Paz: antiguo juramento del pueblo del Reino contra la violencia innecesaria.

Kalina: esposa de Nassic, madre de Sunder, hija de Alloma.

Kevin Pierdetierra: hijo de Loric, antiguo Amo.

Kiril Threndor: cámara de poder dentro del Monte Trueno.

Korik: antiguo Guardián de Sangre.
Krill: espada de poder, hecha por Loric Acallaviles.
Kurash Festillin: una región de las Llanuras Centrales.
Laguna Brillante: un lago cercano a Piedra Deleitosa.
Lena: hija de Atiaran, madre de Elena.
Leones de Fuego: fuego que brota de Monte Trueno.
Ley, la: el orden natural.
Ley de la Muerte: la separación de los vivos y los muertos.
Leyente: miembro del Clave que usa el *ruk* maestro.
lianar: madera de poder utilizada por un eh-Estigmatizado.
Línea del Mar: región del Reino, antes habitada por gigantes.
Llano de Sarán: una región de las Tierras Bajas.
Loric Acallaviles: hijo de Damelon, antiguo Amo.
Maestro: nombre que da el Clave al Creador.
Maestro de la Ciencia: líder ur-vile.
Magia indomeñable: el poder del oro blanco, considerado la clave del Arco del Tiempo.
Mar del Sol Naciente: océano al Este del Reino.
Marga antilesiones: barro con propiedades curativas.
Marid: un hombre de Pedraria Mithil.
Mediamano: título dado a Thomas Covenant y a Berek.
Melenkurion, Vertedero Celeste de: montaña de la Cordillera Occidental.
Memla na-Mhoram-in: Caballera del Clave.
Metheglin: una bebida.
Mhoram: antiguo Amo Superior del Concejo.
mirkfruit: fruto de pulpa narcótica.
Mithil, Pedraria: un pueblo de las Llanuras del Sur.
Moksha: un Delirante, conocido también como Jehannum.
Monte Trueno: un pico en el centro del Declive del Reino.
Morin: antiguo Primer Signo de la Escolta de Sangre.
na-Mhoram, el: líder del Clave.
na-Mhoram-cro: último rango del Clave.
na-Mhoram-in: máximo rango del Clave.
na-Mhoram-wist: rango medio del Clave.
Nassic: padre de Sunder, hijo de Jous, heredero de la misión de los Redimidos.
Nelbrin: hijo de Sunder.
Offin: antiguo na-Mhoram.
orcrest: Piedra del Sol, piedra de poder usada por un Gravanélico.
Oro Blanco: un metal de poder inexistente en el Reino.

Oropelino: árbol parecido al arce con hojas doradas.

Pedraria: un pueblo; antiguamente, basado en la ciencia de la piedra.

Pedrariano: habitante de una pedraria.

Piedra del Sol: *orcrest*.

Piedra del Poder: nombre de un fragmento de la piedra Illearth.

Piedra Deleitosa: Ciudad-montaña del Clave.

Piedra Illearth: piedra verde, fuente de poder maligno.

Encorvado: un gigante, miembro de la Búsqueda, esposo de la Primera de la Búsqueda.

Primer Signo: antiguo jefe de la Escolta de Sangre.

Primera Ala: conocimiento primario dejado por Kevin.

Primer Traidor: nombre que da el Clave a Berek Mediamano.

Primera de la Búsqueda, la: Jefe de los gigantes.

Prothall: antiguo Amo.

Ra, hombres de: hombres de las Llanuras que antiguamente cuidaban a los Ranyhyn.

Ranyhyn: grandes caballos que antes vivían en las Llanuras de Ra.

Recinto Sagrado: antigua sala de Vísperas de Piedra Deleitosa.

Rede: Conocimientos de historia y supervivencia promulgados por el Clave.

Redimido: antiguamente, estudiantes de la ciencia liberados de responsabilidades convencionales. Luego fundadores de una orden para recibir a Thomas Covenant en el Reino.

Rhysh: una comunidad de waynhim.

Ricamarga: una región de las Llanuras Occidentales.

Ritual de Profanación: acto de desesperación con el cual Kevin Pierdetierra destruyó gran parte del Reino.

Rompealmas: nombre que antiguamente daban los gigantes al Amo Execrable.

Rukh: talismán de hierro con el cual el Clave obtiene el poder.

Rukh maestro: triángulo de hierro en Piedra Deleitosa que alimenta y lee los otros *rukhs*.

Runnik: antiguo Guardián de Sangre.

Samadhi: un Delirante, conocido también por Sheol.

Santonin na-Mhoram-in: un Caballero del Clave.

Segunda Ala: segunda unidad del conocimiento escondido de Kevin.

Ser Puro: redentor según la leyenda de los *jheherrin*.

Seres Blandos: los *jheherrin*.

Sheol: un Delirante, también conocido por *samadhi*.

Shetra: antigua Ama del Concejo.

Siete Infiernos: los de a-Jeroth: desierto, lluvia, pestilencia, fertilidad, guerra,

violencia y oscuridad.

Sinhogar: los antiguos gigantes de Línea del Mar.

Sivit na-Mhoram-wist: un Caballero del Clave.

Skest: criaturas de ácido que sirven al *acechador* del Llano de Sarán.

Sol Ban: un poder producido por la corrupción de la naturaleza.

Stell: uno de los *haruchai*, protector de Sunder.

Sunder: hijo de Nassic; Gravanélico de Pedraria Mithil.

Sur-jheherrin: descendientes de los *jheherrin*, habitantes del Llano de Sarán.

Swarte: un Caballero del Clave.

Tercera Ala: tercera unidad del conocimiento escondido de Kevin.

Tierrabanda: una región de las Llanuras Occidentales.

Tierras Altas: las que están al Oeste del Declive del Reino.

Tierras Bajas: las que están al Este del Declive del Reino.

Trell: padre de Lena, antiguo maestro de la piedra en Pedraria Mithil.

Tres Vértices de la Verdad, los: Base de las creencias promulgadas por el Clave.

Triock: antiguo pedrariano que amó a Lena.

Turiya: un Delirante, también conocido como Herem.

Ur-Amo: título otorgado a Thomas Covenant.

Ur-viles: vástagos de Demondim; criaturas de poder maligno.

Ussusimiel: melón nutritivo cultivado por el pueblo del Reino.

Vain: Demondim producto de los experimentos de crianza de los ur-viles.

Viles: una raza de seres que crearon a los Demondim.

Visión de la Tierra: poder gigantino de percibir a distancia males y necesidades.

Vísperas: antiguo rito de consagración de los Amos.

Vitrim: fluido nutritivo creado por los Waynhim.

Voure: una planta cuyo jugo protege de los insectos.

vraith: un waynhim.

Waynhim: vástagos del Demondim, pero oponentes de los ur-viles.

Weird de los Waynhim: concepto que tienen los Waynhim del castigo, el destino y el deber.



Stephen Reeder Donaldson (Cleveland, 13 de mayo de 1947) es un escritor estadounidense de ciencia ficción y fantasía épica.

Nació en Cleveland, hijo de James R. Donaldson, un médico misionero, y Mary Ruth Reeder, especialista en prótesis. Desde los tres a los dieciséis años vivió en la India, donde su padre se encargaba del tratamiento a leproso. Donaldson se tituló como Master of Arts en inglés en la universidad de Kent State en 1971.

A menudo se le ha comparado con J. R. R. Tolkien por su magnífica construcción de mundos y culturas, además de su espléndida escenificación de batallas y prodigios. Por otro lado se señalan influencias de William Shakespeare, Mervyn Peake y las óperas de Richard Wagner. Tanto las Crónicas de Thomas Covenant, el Incrédulo como La necesidad de Mordant hacen uso del paradigma del «otro mundo» ya usado por C. S. Lewis.

Su serie The Gap Cycle, no traducida aún al castellano, es una ambiciosa incursión de Donaldson en el género de la ciencia ficción. Como en Las crónicas de Thomas Covenant, el autor muestra la debilidad y la crueldad humanas ante situaciones de supervivencia y brutalidad.

Notas

[1] En la Edad Media, barco de guerra muy rápido. (*N. de los t.*) <<